Universidad de San Buenaventura Cali

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad

III

Manuel Alejandro Moreno Camacho
Johnny Javier Orejuela Gómez
Tatiana Calderón García
Editores académicos

2016

Abordajes psicoanalíticos
a inquietudes sobre la subjetividad III

Universidad de San Buenaventura Cali

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad III

Manuel Alejandro Moreno Camacho
Johnny Javier Orejuela Gómez
Tatiana Calderón García
Editores académicos

2016

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad III

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad III / Editores Johnny Javier Orejuela Gómez, Manuel Alejandro Moreno Camacho, Tatiana Calderón García. Cali: Editorial Bonaventuriana, 2016

447 p.
ISBN: 978-958-8785-97-4

1. Psicoanálisis 2. Psicoanálisis y política 3. Psicoanálisis y cultura 4. Sujeto (psicoanálisis) 5. Teoria psicoanalitica 6. Clínica psicoanalítica 7. Psicología - Investigaciones 8. Transferencia (psicoanálisis) 9. Psicoanálisis infantil I. Orejuela Gómez, Johnny Javier, editor II. Moreno Camacho, Manuel Alejandro, editor III. Calderón García, Tatiana, editor IV. Tít

150.195 (D 23)
A154ab

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad III

© Editores académicos: Manuel Alejandro Moreno, Johnny Orejuela y Tatiana Calderón
Grupo de investigación: *Estéticas urbanas y socialidades*.
Facultad de Psicología

Universidad de San Buenaventura
Colombia

@ Editorial Bonaventuriana, 2016
Universidad de San Buenaventura
Dirección Editorial de Cali
Calle 117 No. 11 A 62
PBX: 57 (1) 520 02 99 - 57 (2) 318 22 00 – 488 22 22
e-mail: editorial.bonaventuriana@usb.edu.co
http:// servereditorial.usbcali.edu.co/editorial/
Colombia, Sur América

El autor es responsable del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.
© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-8785-97-4
Tiraje: 150 ejemplares
Cumplido el depósito legal (ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000)

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.
2016

En homenaje póstumo a nuestro amigo y colega, el profesor
Pierre Ángelo González Gutiérrez
como signo de gratitud y reconocimiento por su contribución
a la expansión del psicoanálisis a través de la escritura y la formación
de muchos estudiantes en nuestra región.

Agradecimientos

Queremos expresar nuestros agradecimientos a la Universidad de San Buenaventura Cali, por su confianza en este proyecto editorial y su respaldo para llevarlo a cabo.

A la doctora Amelia Imbriano, por su gentil respaldo a nuestro trabajo a través de su generoso prólogo.

A nuestros invitados internacionales Christian Dunker, Julio Ortega Bobadilla y Paula Hochman Vappereau, así como a los psicoanalistas colombianos Javier Navarro, Mario Elkin Ramirez, Ulises Cuellar, Carlos Calle, Esteban Ruiz Moreno, John Alexander Quintero, Jorge Eduardo Moncayo, John James Gómez y Ana Lucía Arango, por sus aportes para hacer mas grande y fértil este proyecto.

A todos nuestros egresados de la Especializacion en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica y de la Maestría en Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, porque inspiraron este proyecto y contribuyeron con su escritura y dedicación a él.

A la Editorial Bonaventuriana por su excelente y diligente trabajo, sin cuyo esfuerzo no habría sido posible materializar este proyecto, en especial a Claudio Valencia, Carlos Jaime Castilla y Carlos Humberto Cárdenas.

Contenido

Agradecimientos 9
Prólogo 15
Presentación 21

PARTE I
Psicoanálisis, malestar y cultura

Psicoanálisis, malestar y violencia en la cultura contemporánea
Javier Navarro 25

Malestar, sufrimiento y síntoma: sus cualidades subjetivas y su comprensión en el mundo del trabajo
Johnny Orejuela y María del Pilar Murcia 51

Lógica subjetiva en la construcción del enemigo en el conflicto armado en Colombia
Mario Elkin Ramírez 71

El sujeto adicto frente a las políticas de salud pública. Una lectura psicoanalítica sobre los nuevos estatutos de la droga y una clínica posible
Tatiana Calderón García 85

Dinámicas subjetivas de combatientes en el conflicto armado colombiano
Katerine Andrade y Manuel Alejandro Moreno 99

El capitalismo contemporáneo y el goce derivado del consumo
Carlos Alfonso Calle Madrid 119

La perspectiva psicoanalítica de la función cultural y subjetiva de la religión
Camilo Bustamante y Johnny Orejuela 137

Versiones del padre
Pierre Ángelo González 153

El discurso capitalista: análisis conceptual acerca del cuerpo como objeto de goce
Ana Lucía Arango Arias 163

El malestar en la cultura educativa del capitalismo
Patricia Montoya Jaramillo y John Alexánder Quintero 181

La función de la palabra en las redes sociales: una aproximación desde la teoría psicoanalítica
Ricardo Alfonso Paredes 199

PARTE II
Apuestas clínicas

¿Existe un concepto pertinente de la toxicomanía?
Gerard Pommier. Traducción: Javier Navarro 219

Del malestar al sufrimiento: lo no dicho que se escucha a través del síntoma de un docente
María del Pilar Murcia y Johnny Orejuela 231

La locura, enigma más allá de los límites de la razón
Julio Ortega Bobadilla 259

La identificación en las teorías de Freud y Lacan
Ulises Orestes Cuéllar 283

Obstáculos subjetivos en la adherencia al tratamiento en pacientes diagnosticados con diabetes. Una aproximación a su estado del arte
Wilmar Hernán Reyes y Johnny Orejuela 297

La depresión: un significante contemporáneo
Angelique van Langeveld y Jorge Eduardo Moncayo 331

Anorexia y feminidad: entre el hambre y el deseo
Carolina Villegas Vanegas 347

La fisura en la subjetividad
Lucelly López Atuesta 361

El niño y su constitución subjetiva
Luisa Fernanda Mesa Tobón 375

Interés superior del niño: consideraciones sobre la subjetividad en los programas de protección
Luz Amparo Mantilla y Manuel Alejandro Moreno 387

PARTE III
Psicoanálisis, ciencia e investigación

La pasión insípida por la reducción al dato: la coartada determinista
Paula Hochman Vappereau 405

27 + 1 errores más comunes de quien quiere escribir una tesis en psicoanálisis
Christian Ingo Lenz Dunker. Traducción de María del Pilar Murcia, Alexandra Valencia y Johnny Orejuela 425

El caso clínico en psicoanálisis: una causa perdida
John James Gómez 449

¿El psicoanálisis forma parte de la psicología?
Esteban Ruiz Moreno 465

Sobre los autores 473

Prólogo

Hay un vacío entre lo que se sabe y lo que se busca
que permite el surgimiento de aquello que todavía no se nombró.
Hintikka, J. (2007). Socratic Epistemology.

Nuevamente la Facultad de Psicología de la Universidad San Buenaventura Cali ofrece una producción que pone en evidencia uno de los pilares fundamentales de su misión, cual es mantener el equilibrio entre tres de sus tareas esenciales: investigar, enseñar y servir a la comunidad.

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad es la definición en acto de la presencia e interacción académicas, mediante las cuales la universidad aporta a la sociedad –en forma crítica y creadora– los resultados y logros de su investigación y docencia, lo cual, sin duda, y mirado desde esa perspectiva es un ejemplo de democratización del saber. Por otro lado, muestra que sus investigaciones se ocupan de las realidades socioculturales y por su medio, enriquece y redimensiona su actividad académica, asumiendo de esta manera su función social.

Los paradigmas de formación, integración y calidad que debe encarnar la universidad, unidos a la aceleración de los procesos tecnológicos, demográficos, urbanos, ambientales, sociales, productivos, económicos, etc. en el mundo, instalan la necesidad de interpretar la extensión en su sentido más amplio e involucrarla en los más diversos aspectos de vinculación con la sociedad y el medio, no solo transfiriendo, sino también –y fundamentalmente– escuchando. No es suficiente abrir las puertas de la universidad; en la actualidad, es necesario salir y formar parte integrándose a la comunidad. Este libro, en sus tres ejes temáticos: psicoanálisis, malestar y cultura; apuestas clínicas, y psicoanálisis, ciencia e investigación, es testimonio de que la línea de investigación

"Intersecciones del psicoanálisis" se preocupa y se ocupa de las problemáticas comunitarias y a partir de allí interroga sobre la articulación entre psicoanálisis, ciencia e investigación.

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad es la producción de una línea de investigación, razón que lleva a felicitar a todos sus autores por el hecho de sostener la incomodidad de la implicancia que conlleva: poner en trabajo una pregunta bajo una condición: ¡quien pregunta no descansa! Si se responde a la ética del psicoanálisis, el investigador sostiene la incomodidad de soportarla.

El trabajo investigativo en psicoanálisis sostiene un método y este libro muestra que la línea de investigación y cada uno de los que en ella participan, han encontrado el método analítico y lo han reconstruido como propio, según la transferencia en juego.

Un método en psicoanálisis es encontrar un modo de trabajo que permanezca abierto a la singularidad de sus conceptos y su clínica. Es una tarea que no se limita a encontrar respuestas, pues siempre habrá algo de inaprehensible en su objeto. Por ello, siempre se trata de la construcción, y para el investigador, de la construcción de su estilo metodológico. Como señala el lógico finlandés Jaako Hintikka, este se construye como práctica de la interrogación. Se trata de un trabajo que encuentra su "medida de exigencia" –en alusión a la pulsión– en un repertorio de instancias que más allá de lo esperado incluye lo imprevisto y lo sorpresivo y en el que tienen prioridad los indicios no codificados. Ellos son el *kern unseres wesen* de la investigación en psicoanálisis, en el que siempre hay un intervalo vacío en la articulación de la clínica del sujeto y en la clínica de la cultura. Paradoja: no hay una sin la otra, pero no son enteramente correspondientes ni complementarias. Por tal razón, el método analítico freudiano se impone como cabecera.

El libro muestra una producción de artículos, en los cuales cada investigador transfiere sus posibles conclusiones de trabajo y, principalmente, su modo de formarse como tal en la construcción misma de la investigación. Ella se apoya en un principio: hay un vacío entre lo que se sabe y lo que se busca, que permite el surgimiento de aquello que todavía no se nombró.

De acuerdo con nuestra consideración, los autores han sostenido con rigor metodológico –lo cual no significa *rigor mortis*– una propuesta fundamental: buscar o dejarse encontrar mediante el conocimiento que le falta.

El libro resulta de un trabajo (*investigare*) que más allá del conocimiento previo, del recorrido bibliográfico y de la búsqueda de actualizaciones, lee las lógicas del *vestigium* en pos de las pequeñas huellas. Se incluye toda observación como posible respuesta o quizás nueva pregunta; o sea, no hay dato neutro. Y, es partiendo de ellos que se revive el espíritu freudiano.

En virtud de determinadas preguntas lógicamente formuladas, el lector encontrará que las interrogaciones se condicionan a partir de aquello que se sabe y lo que agujerea el saber.

De vuelta a la lógica de Hintikka (2007): "una observación es siempre una respuesta a una pregunta. Esta carga de preguntas implica, por supuesto, una carga de conceptos, puesto que la respuesta a una pregunta tiene normalmente que ser formulada en términos de los mismos conceptos con que la pregunta fue formulada" (p. 12). En nuestra consideración, *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad* tiene el valor de haber sabido encontrar las preguntas. Y no cualquier pregunta, sino aquellas que se sitúan en los bordes del saber, allí donde se alcanzan los límites del conocimiento accesible. El énfasis deja de estar en las doctrinas para ubicarse en las preguntas que surgen en los extremos del saber. ¡Tal es la valentía de la tarea!

Las diversas temáticas tratadas en cada capítulo nos demuestran "la medida de la exigencia de trabajo", tal como decía Freud, que posibilita la articulación entre los conceptos ya formulados y lo que estaba a la espera de ser encontrado. Con ello se tiende un puente sobre el vacío del conocimiento que falta y el campo del saber se pone en trabajo como si se tratara de una alternativa newtoniana en la cual hay una producción que se genera a partir de la articulación de singulares. Es importante destacar que han sabido sostener el puente.

Aunque no sean capaces de sanar la insuficiencia del saber, las investigaciones producen una ampliación del conocimiento sobre el objeto de estudio y revelan la ampliación de las fronteras del saber y la producción de nuevos límites. En toda investigación hay un anteproyecto en el que se precipitan las inquietudes que dejaron los saberes previos, un inicio que formaliza los interrogantes, un desarrollo que multiplica las preguntas y un final que se precipita como conclusión inacabada. Tiempo de ver, comprender y concluir, no sin impases y al correriente de ello nuestros investigadores nos ofrecen la tercera compilación titulada *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad.*

Mantenerse inquietos respecto de la subjetividad es una tarea que ofrece la dificultad de no saber en esta época qué encontramos de ella. Y justamente allí

radica el valor de esta línea de investigación, valor que se muestra superlativo cuando la interrogación se desprende de los hechos de la vida contemporánea, respecto tanto de los combatientes como del enemigo, los síntomas del capitalismo y el goce sobre el cuerpo. Son hechos que muestran consecuencias en la configuración de la subjetividad.

En los albores del siglo XX, autores de diversas disciplinas y contemporáneos a los comienzos del psicoanálisis, sostuvieron la concepción de un hombre constituido por el lenguaje. Así, encontramos por fuera del psicoanálisis teorizaciones que destacan el valor de la subjetividad, entre ellas las de León Petrazycki (1900) que consideraba la función organizadora del derecho como una significación subjetiva; Max Weber (1927) para quien la acción podía ser considerada social en cuanto significación subjetiva; Talcott Parsons (1937) y su concepción del hombre, relativa al arraigo en la subjetividad como posibilidad de dejar de ser un mero individuo; Jerome Hall (1947), quien dedicándose a la articulación persona-sociedad-historia rescata la historicidad originaria del hombre y su alteridad como constituyentes de la subjetividad, y George Mead (1957), para quien no se puede pensar la subjetividad sino respecto del *otro generalizado*. Estas consideraciones han partido de hechos que posibilitaron pensar la subjetividad en relación con el lenguaje como constituyente de la subjetividad.

Pero, ¿a qué lenguaje está referido el sujeto actual? ¿El lenguaje del discurso capitalista posibilita la metáfora del sujeto o la inhibe? En mi consideración, estas cuestiones atraviesan los diferentes artículos teóricos o clínicos referidos a los diversos topos del malestar en/de la cultura, que el lector encontrará en esta compilación.

Nos encontramos con un mundo que se caracteriza por una flexibilización de las funciones normativas mediante procesos de legitimación de lo ilegítimo que generan consecuencias subjetivas y sociales superlativas. A ello se suman lógicas de estados de excepción, causa de diversos totalitarismos. El discurso social es dominado por la gestión comercialista que al operar de modo "totalitario" reduce el sujeto a la figura de "usuario-consumidor". Este proceso implica una franca crisis de puntos de referencia y podría legitimar diversos modos de industrialización de la muerte, máxima figura del quebranto simbólico, anomia y desintitucionalización. ¿Qué decir del sujeto? ¡Que está desinstitucionalizado! Los artículos que se precipitan del grupo de investigación "Estéticas Urbanas y Socialidades" se refieren a los diferentes nombres de esa desistitucionalización y tratan siempre el rechazo del inconsciente.

Por último, quiero destacar el valor de este libro. Se trata de una escritura que genera un corte respecto de una investigación y un nuevo tiempo que en psicoanálisis tiene un valor especial, pues el sujeto se constituye vía la escritura. Con base en esta consideración, agradezco a los autores su escritura, pues es una apuesta a la subjetividad.

Amelia Haydée Imbriano.
Buenos Aires, Argentina. 3 de septiembre de 2016.

Bibliografía

HINTIKKA, J. (2007). *Socratic Epistemology: Explorations of Knowledge-Seeking by Questioning*. London: Cambridge University Press.

PETRAZYCKI, L. (1900/ 2011). *Derecho y moral*. Nueva Jersey: Transaction Publishers.

WEBER, M. (1927/2000). *Colección de ensayos de sociología cultural*. México: Fondo de Cultura Económica.

PARSONS, T. (1937). *Estructura de la acción social*. Mexico: McGraw-Hill.

HALL, J. (1947). *Jurisprudencia integrativa*. Nueva York: Ocenana.

MEAD, G. (1957). *Social Psychology*. Chicago: University of Chicago Press.

Presentación

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad es el nombre de una serie de publicaciones iniciada en el 2012, cuyos libros forman parte del trabajo de la línea de investigación "Intersecciones del psicoanálisis", del grupo de investigación Estéticas Urbanas y Socialidades.

En esta oportunidad, presentamos a la comunidad académica el tercer volumen de la serie, el cual fiel a la estructura de los anteriores contiene escritos teóricos, de reflexión y de resultados de investigación, producto del trabajo académico de investigadores invitados, colaboradores, profesores, egresados y estudiantes de los programas de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali.

En el volumen anterior, señalábamos con entusiasmo el crecimiento en la participación de autores en el libro y específicamente el aumento en la motivación a la escritura de nuestros estudiantes y egresados del programa de Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica. En esta oportunidad la diferencia viene por cuenta de los estudiantes de la Maestría en Psicología, énfasis investigativo, inscritos en la línea de investigación Intersecciones del Psicoanálisis. En este volumen hemos incluido algunos trabajos de estudiantes de la maestría en la modalidad de coterminalidad; es decir, que una vez egresados de la Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica han inscrito un proyecto de investigación en la Maestría en Psicología, área en la cual adelantan sus estudios, y se han acogido al plan de homologación propuesto para la coterminalidad en los posgrados de la Facultad de Psicología.

Los trabajos incluidos en este volumen se han agrupado en tres ejes temáticos: psicoanálisis, malestar y cultura; apuestas clínicas, y psicoanálisis, ciencia e investigación. En psicoanálisis, malestar y cultura encontrarán aproximacio-

nes psicoanalíticas asociadas a ámbitos como el malestar provocado por la violencia; la sociedad de consumo y el discurso capitalista y sus efectos en las formas y usos del cuerpo en contemporaneidad; el sufrimiento en el trabajo, y las prácticas educativas. También se reúnen las reflexiones sobre la religión y su función cultural, un análisis sobre la función de la palabra en las redes sociales, y aproximaciones investigativas a la lógica de la construcción del enemigo en los actores armados del conflicto colombiano.

En apuestas clínicas los trabajos giran en torno a la reflexión conceptual, a partir del psicoanálisis, de las toxicomanías, la identificación y la infancia. Así mismo, un grupo de textos explora temáticas relacionadas con la salud física y la salud mental, como la adherencia al tratamiento en pacientes diabéticos, la depresión y la anorexia, mientras que otros incursionan en la reflexión clínica de un caso en el contexto escolar y acerca de la aplicación de los principios clínicos de orientación psicoanalítica a los programas de protección para niños y niñas.

Finalmente, en psicoanálisis, ciencia e investigación, se reflexiona sobre el estatuto epistemológico del psicoanálisis como disciplina y sus relaciones con las ciencias, en particular con la psicología. Ello incluye raciocinios sobre el determinismo y la reducción al dato, y el abordaje del caso clínico en psicoanálisis y sus características.

Esperamos que este volumen contribuya a difundir el psicoanálisis y sus relaciones con las ciencias sociales y la psicología, y que como los otros, sea de interés para nuestros estudiantes y colegas comprometidos en este propósito.

Manuel Alejandro Moreno Camacho
Johnny Javier Orejuela Gómez
Tatiana Calderón García

Parte I

Psicoanálisis, malestar y cultura

Psicoanálisis, malestar y violencia en la cultura contemporánea[1]

Javier Navarro

En *El porvenir de una ilusión* Freud (1927) recurre a la diferencia entre naturaleza y cultura. Muchos años después el antropólogo estructuralista Claude Levi-Strauss (1969) dedica los primeros capítulos de *Las estructuras elementales del parentesco* a reflexionar sobre el salto de la especie humana como resultado de la aparición de la cultura en la naturaleza, momento en el cual la prohibición del incesto ocupa un lugar fundamental y decisivo. El tabú del incesto es la primera ley no natural de carácter universal y constituye el primer *no* que la cultura opone a la naturaleza. Al respecto, las discusiones entre antropólogos, filósofos y psicólogos contemporáneos abundan a favor y en contra, especialmente cuando se trata de ver la prueba de que el complejo de Edipo es universal; es decir, no existe ninguna civilización o cultura alguna donde la madre no esté prohibida como objeto sexual.

Cabría afirmar paradójicamente, que el hábitat natural del hombre es la cultura, puesto que fuera de la cultura no hay seres humanos. Dejaremos de lado la explicación de cómo se produce cronológicamente ese mítico y obscuro salto de la naturaleza a la cultura, pero es indudable que sin el lenguaje articulado propio del ser hablante ese salto no se hubiese dado. El lenguaje mismo es "la casa del ser […] en su vivienda mora el hombre" (Heidegger, 1970, p. 7). Ahora

1. En este capítulo queremos agradecer a Isabella Builes, estudiante de IX semestre de psicología de la Universidad Eafit, quien muy diligentemente revisó y ajustó el texto de este capítulo de acuerdo con las normas APA.

bien, tenemos que decirlo, la adquisición del lenguaje y toda la extensa serie de las conquistas espirituales que implica, tienen un precio al que hay que darle el nombre de "malestar".

¿Quién podría negar que con la cultura y el lenguaje el hombre ha alcanzado cimas espléndidas que tienen los más elevados picos en la orografía espiritual, desde el monte Olimpo, cuna de los dioses griegos, hasta las cumbres siempre inaccesibles en las que las religiones primitivas acunaron a su vez sus propios dioses para construirle al hombre un albergue habitable y una respuesta a los enigmas insuperables que la ruptura con la naturaleza produjo en él? Agreguemos las enseñanzas sobre lo que es justo e injusto, sobre el bien y el mal, sobre lo que le está permitido y lo que le está prohibido; en últimas, las construcciones formidables del derecho, las religiones, la ética, el arte y las ciencias.

Pero, por desgracia, el disfrute de tales maravillas de la creatividad humana se ve opacado por el malestar, el descontento y el sufrimiento que trae aparejados la existencia humana. No hay vida humana que no pague su cuota de dolor e inconformidad y ninguno de los bienes producidos por la cultura alcanza para eliminarla. Lo que el hombre ganó con la cultura lo perdió con la aparición de la conciencia, y especialmente de la conciencia de la muerte y la transitoriedad. El ser humano es el único animal para quien la muerte y las deyecciones son un problema. La metafísica y la religión se han encargado de hallarles sentido a los misterios de la primera; en cuanto a los detritos, la educación impone en los primeros años el control de los esfínteres. Y, extrañamente –como en esos términos latinos en los que una misma palabra tiene dos significados contrarios, como "sacer" (que significa a la vez sagrado y abominable)– otra palabra de este tenor se aplica para hacer referencia a las reflexiones de lo que pasa con el destino final del hombre y la muerte e igualmente para referirse a lo que sucede con los excrementos. Se trata del término de doble origen etimológico, escatología, en el que la serpiente del sentido se muerde la cola.

La cultura que surge al diferir del reino animal como razonamiento y meditación hace aparecer los extremos y conocerlos. Algunos animales presienten que están en peligro y huyen de una muerte posible, pero ninguno piensa en el más allá, ni ofrece rituales funerarios, ni erige tumbas conmemorativas. El hombre, en plena juventud, puede dedicarle largas reflexiones a la muerte y sufrir, temeroso, la posibilidad de su advenimiento, todavía lejano. Esa tanatofobia no existe en la naturaleza en la que cada cosa llega, casi siempre, serenamente, a su fin, salvo cuando el hombre interviene en los mataderos de los animales. Tampoco en la naturaleza sobra nada: no se acumulan basuras ni deshechos y los excrementos

de los seres vivos sirven de abono para fecundar aún más la tierra. Pero el hombre va llenando de residuos su hábitat; los deshechos, imposibles de reciclar, se cuentan en millones de toneladas. El ecosistema se trastorna y la naturaleza, quebrada en su equilibrio, comienza a pasar una factura interminable. Tal cobro parece no tener fin; por el contrario, aumenta sus ratas año tras año.

Nos enfrentamos, también, a un malestar a secas: el malestar de vivir, la ansiedad por el solo hecho de estar vivos. Un malestar en la cultura que nunca desaparecerá y al que consideramos con la esperanza de mitigarlo. Las religiones y las filosofías, en sus variantes cultas y populares, han tratado de ofrecernos fórmulas de salud espiritual y de salvación del dolor permanente. Seguirán haciéndolo y algunas propondrán su propia escatología. Pero, a decir verdad, no hay malestar de vivir que no esté inscrito en el intercambio de relaciones con los otros y con el lenguaje.

Existe además un *plus* de malestar que proviene de la violencia humana, cuya máxima expresión es la guerra fratricida. Una característica hasta ahora inamovible del comportamiento social es la de que "los conflictos de intereses entre los hombres se zanjan en principio mediante la violencia" (Freud, 1976, p. 169). Sustituye a continuación la noción de poder por la noción de violencia.

No podemos negar la violencia inherente a la naturaleza y a las jerarquías de poder que se construyen dentro de los grupos zoológicos. Decía Konrad Lorenz (1973) que:

> *Si juntamos en el mismo recipiente dos lagartos, dos petirrojos, dos ratas, dos monos o dos muchachos, que no se conozcan de antemano, lucharán. Si hacemos lo mismo con animales de especies diferentes, habrá paz –a menos, claro está, que haya entre ellos la relación predador–presa. La agresión intraespecífica –o agresión, sin más– se encuentra en la inmensa mayoría de los vertebrados y en muchos invertebrados. No puede haber duda acerca de las importantes funciones que desempeña, a favor de la supervivencia de la especie* (p. 45)

Cabe señalar que para los etólogos la violencia animal no tiene una marca negativa. Como lo señala Lorenz (1973), en muchos casos es indispensable. Pero tal violencia y tal poder son distintos de lo que conocemos como agresividad humana. William James, citado por Lorenz (1973), definía al hombre como la más formidable bestia de presa y, de hecho, la única que hace presa sistemáticamente en su propia especie. Es preciso poner el énfasis en el carácter sistemático de gran parte de la violencia humana. Se trata, pues, de una violencia organizada, planeada según un sistema que debemos aceptar a regañadientes a la que podemos calificar plenamente de cultural; agresividad

sujeta a reglas y principios para acabar con el enemigo. Un modo racional de exterminio cuyo ejemplo estremecedor lo dieron los nazis en los años cuarenta del siglo XX. Cuando se piensa y se discute sobre "violencia" se supone que se trata "naturalmente" de la violencia de los seres humanos; es decir, de una violencia histórica, aunque la agresividad humana tiene unos componentes y unas características completamente excepcionales y particulares. No se puede negar la agresión entre los animales, como lo puede observar cualquiera, pero cuando es un etólogo el que observa el actuar agresivo del animal, lo hace con base en ciertos parámetros del comportamiento instintivo que explican que en la mayoría de las veces esta agresividad no llega al daño físico, sino que permanece en la mera intención o ritual. Es preciso reconocer el dato universal de los investigadores en el sentido de que, excepto en lo que respecta a la relación presa-predador, los animales rara vez matan a los miembros de otras especies. Habría que ponerse de acuerdo, en gracia de discusión, en que la predación al ser un acto de agresión de un animal contra otro, no debe caer en el campo de la violencia antropológicamente pensada. Este es un punto clave que nos permite sacar partido de la diferencia entre "instinto" como impulso puramente animal y "pulsión" como impulso exclusivamente humano, propio del ser hablante.

Se oye frecuentemente la expresión "violencia irracional", la cual, sin embargo, no carece de razones. Sabe encontrarlas muy buenas cuando quiere desencadenarse, pero por buenas que sean no merecen que se las tome en serio. La violencia misma las va a olvidar. La violencia insatisfecha busca y termina siempre por encontrar una víctima substituta. Substituye el objeto que excitaba su furor por otro que no tiene título particular ni "culpa" algunos; es inocente y no debería suscitar las iras del violento. Su única "culpa": "[...] ser vulnerable y estar a su alcance" (Girard, 1995, p. 46).

Los insectos sociales se comportan con agresividad solo para defender su colonia. Cuando hay un aparente perjuicio para la cohesión de su sociedad se estimula una serie de mecanismos, entre ellos el reconocimiento del olor de una colonia extraña. Indicios visuales provocan agresión en las abejas, hormigas y avispas. La lucha abierta entre los mamíferos ha sido estudiada en detalle y se distingue de la lucha ritual en el sentido de que aquella es un encuentro entre dos individuos de la misma especie con reglas estrictas porque es a muerte. Sin embargo, semejante lucha no ha sido observada por los investigadores. Lo que parecen armas, mirado desde el punto de vista antropocéntrico, no es otra cosa que "instrumentos" para asir la comida y desgarrarla, aunque ese asir y ese desgarrar impliquen eliminar la pieza cazada. Los hombres vemos allí una acción "violenta" que quisiéramos suprimir, puesto que lanzamos sobre las presas

una mirada de piedad y conmiseración puramente humana y "antinatural". En muchos órdenes de mamíferos los dientes y garras se han adaptado de distinto modo como herramientas de usos diversos e incluso –al menos los dientes– como símbolos sexuales y de estatus. Se comprende que el uso de "armas" en la lucha entre especies distintas no tiene el mismo sentido que el uso de armas en la violencia humana y, específicamente, en la guerra. En esta, las armas buscan la prolongación y aumento de la fuerza con la finalidad de hacer desaparecer al enemigo o eliminar su combatividad, reducirlo a la inactividad y someterlo. En los mamíferos estas armas funcionan ante todo como instrumentos de alimentación y subsistencia. La presa no es un enemigo que hay que hacer desaparecer, tampoco un amigo al que se traiciona. Es, más bien, un "fruto" que es preciso capturar e incorporar por ventajas biológicas evidentes e indispensables. En todas las especies mamíferas lo que se observa es el interés por evitar la agresión dentro de los grupos. Cuando la lucha se presenta entre individuos del grupo o entre dos grupos con armas potencialmente peligrosas, el combate se ritualiza con la finalidad de evitar la muerte del otro. El ritual de lucha se vuelve despliegue, amenaza y sumisión o aplacamiento, de tal modo que los combates se limitan a ser pruebas de fuerza, seguidas de separación rápida y retirada del más débil.

Entre los animales la lucha abierta (y con mayor razón la ritual) termina con el sometimiento del vencido al vencedor. Entre los lobos como entre los perros, la lucha culmina cuando el contendiente más débil se echa de espaldas y expone, en completa indefensión, sus partes más vulnerables al vencedor, que no se aprovecha de semejante ventaja y ello garantiza que la lucha no termine con la muerte del vencido. Las preguntas de los etólogos son, básicamente: ¿qué produce la intensa inhibición en el vencedor?, ¿de dónde surge?, ¿qué le impide dar el golpe de muerte cuando el rival se le somete?

En el ser humano tal conducta de perdón de la vida se atribuye a razones culturales y religiosas, como la conmiseración. Pero esta, a nuestro parecer, no es más que el apuntalamiento cultural de un comportamiento instintivo originario en los mamíferos cuya finalidad es evitar que la agresividad dentro de la especies ocasione la muerte de gran cantidad de individuos. Ahora bien, ¿por qué en solo una especie de mamíferos –la especie humana– falla este comportamiento inhibitorio que ha evolucionado en su mundo cultural precisamente hacia la conmiseración y el perdón?

Sin lugar a dudas, el tránsito de los homínidos de la naturaleza a la cultura generó algo en relación con la muerte que permitió independizarla del puro comportamiento animal como instinto gregario y sacralizarla y desacralizarla

según su contexto. Ya no basta, ni es automático, el sometimiento a secas para obtener el apaciguamiento del vencedor y el reconocimiento de los derechos de pertenencia a la especie del vencido, ese reconocimiento que llamamos "derechos humanos".

Las funciones de la lucha intraespecífica (esto es, distribuir a los individuos en el hábitat común; seleccionar el mejor para la defensa de la familia y la sociedad; establecer un orden social, jerarquizándolo) que imponen la organización de las especies y sus leyes comunitarias, llevan a considerar la agresión como un comportamiento necesario, biológica y socialmente. Pero es fácilmente observable dentro de los animales superiores que la lucha, si se puede limitar, se reduce al mínimo. Un grito y mucho ruido pueden bastar para evitar las heridas graves y la muerte y en este sentido –es decir, por la necesidad de hacer menos peligrosa la agresión– Lorenz (1973) se refiere a la "ritualización" de la lucha.

La agresión intraespecífica no es un dato fácilmente observable y puede ocurrir que no sea empíricamente visible. Un ejemplo de esto lo dan los monos patas (Carthy y Ebling, 1964), pues durante las quinientas horas de observación los investigadores no dieron cuenta de ataque alguno de un macho adulto ni cicatrices o lesiones importantes. En ese mismo grupo, ni las hembras ni los jóvenes exhiben posturas de sumisión frente al macho dominante ni se apartan de su camino. Se concluye que la función principal del macho grande es la vigilancia a causa de los animales de presa, más que por motivos de dominancia agresiva.

Para Lorenz (1973) el "instinto de muerte" freudiano constituye una hipótesis innecesaria y en ello coincide con muchos psicoanalistas. Tiene razón cuando sostiene que tal hipótesis es extraña a la biología; sin embargo, desconoce que ese "instinto" no es la "pulsión". La "pulsión de muerte", como prefirió traducir Lacan (1991), tiene que ver más con la cultura y el lenguaje que con etología y la biología. Esto nos hace suponer que para abordar el problema de la agresión desde el punto de vista humano se necesitan metodologías y puntos de partida que tengan en cuenta el salto de la naturaleza a la cultura, cosa que no parece muy clara en Lorenz ni en los psicoanalistas biologicistas.

La pulsión de muerte (fundamentalmente simbólica) y la agresividad subjetiva (fundamentalmente imaginaria), encuentran su sello en la condición de ser hablantes de los seres humanos y en la disparidad subsecuente del deseo y de la imagen complementaria del otro.

Se odia porque se ama. El león que mata su presa no la odia sino que la utiliza. El hombre que mata por celos mata por amor; es decir, por una inadecuación entre lo que desea y el objeto de su deseo, por una falla en la plenitud. En un

video de *YouTube*, un joven estudiante irrumpe con odio en una conferencia de Lacan para increparlo en los tiempos de la protesta estudiantil y quejarse con encono de la sociedad y de los maestros. Una vez que abandona la sala, Lacan dice de él que sufre por un asunto de amor, por un fracaso en la plenitud de la vida, por una promesa de amor incumplida.

Cuando Lorenz y Einstein manifiestan su esperanza de que las guerras puedan ser suprimidas apelando a la razón de los estadistas y cuando el gran físico puso toda su confianza en que Freud (1933) "pudiera sugerir métodos educativos ajenos al ámbito de la política para eliminar el problema" (p. 184), les están concediendo al desarrollo cultural del hombre y a su ética un alcance sobre las pasiones que la experiencia contemporánea está lejos de avalar casi cien años después. Freud (1976) nunca estuvo seguro de que "la vida pulsional se pudiera someter a la dictadura de la razón" (p. 170). Si bien existen motivaciones sociales, políticas y económicas evidentes para la violencia bélica, su modo de acción se presenta tan "primitivo", tan "salvaje", y tan "ilógico", que parece escapar a toda reflexión y por ende, a toda solución.

Nos encontramos, entonces, con tres tipos de violencia: la violencia animal (y de ciertas plantas carnívoras que el cine actual no ha desaprovechado, lo que nos invita a pensar en la inclinación a la antropomorfización de la naturaleza); la violencia del poder (de los Estados y contra los Estados), y la violencia individual.

Así mismo, tenemos que vérnoslas con otro malestar, a saber, el malestar del ciudadano contemporáneo ante las desilusionantes democracias y su horror ante las dictaduras criminales, que tiene una base política y es experimentada en sus relaciones personales con los ciudadanos que lo rodean y con los que comparte opiniones e ideas. Puede ser un colectivo de ciudadanos quienes expresan conjuntamente el sufrimiento y el inconformismo y la desilusión por el estado de cosas sociales.

Pero Freud (1976) nos advierte que tal desilusión no está justificada. Nunca ha habido una razón por la cual hacerse ilusiones y menos aún con la noción de la armonía primigenia perdida. Una nostalgia, sin embargo, surge en muchos espíritus selectos que quisieran poner como innato un sentimiento universal: el sentimiento de ser uno con la naturaleza y con el todo –el sentimiento oceánico al que se refiere Romain Rolland, citado por Freud (1976)–; un estado de armonía vivido como una elevada religiosidad, como un ligarse el yo con la totalidad. Este sería el bien perdido, el paraíso perdido que Freud (1930) refuta con serenidad en el primer capítulo de *El malestar en la cultura.* Este sentimiento de unidad que experimenta el poeta proviene de la misma fuente que "[…] las necesidades religiosas derivadas del desvalimiento infantil y de la añoranza del

Padre. […] No se podría indicar en la infancia una necesidad de fuerza equivalente a la de recibir protección del padre" (p. 282).

De haber perdido el paraíso, el malestar individual o colectivo, que puede estar también en la base de algunos movimientos utópicos y políticos de los cuales la sociología pudiera dar cuenta (el falansterio de Fourier), no siempre oculta otro malestar –el del ser hablante– tomado aisladamente, cuyo universo fantasmagórico puede implicar sufrimientos intensos y aún mayores que los mismos sufrimientos políticos. Aunque inscrito, como hemos dicho, en la relación social y familiar con los otros, es tan enigmático, paralizante y destructivo, que puede llevar a la muerte o a la desolación más aterradoras.

Nunca como antes, y con motivo que sería preciso señalar, este "malestar de estar vivo" se había acentuado tanto como en el capitalismo contemporáneo. La globalización de los mercados,[2] de las políticas y de las transnacionales, quiebra y rompe continuamente costumbres, rituales, vínculos religiosos y supersticiones que mantenían protegidos a ciertos individuos dentro de sus comunidades ante esta desilusión.

El malestar de los pueblos sometidos a la miseria económica y psicológica y a las enfermedades naturales y culturales se ve duplicado por el malestar del aislamiento y la soledad, que a su vez aumentan la desilusión ante las expectativas que los individuos construyen para lograr lo que tienen por felicidad alcanzable: el amor.

Pero esta última infelicidad, a saber, la de la imposible realización de un amor permanente y sin fisuras, es universal y no distingue clase social. Quizás las penurias de la vida cotidiana, sus miserias, puedan apagar y disfrazar los anhelos de los más pobres, pero los demás debemos enfrentarnos siempre, en la tristeza de la vida cotidiana, con las desilusiones del yo.

Señalemos y enumeremos algunas de tales ilusiones y desilusiones del yo: la ilusión del reconocimiento por parte de los otros, que un ego nunca satisfecho considera como siempre menor del esperado; la culpa que atormenta y no se sabe de dónde proviene, pero que está presente en todos los actos de su vida

2. Aquí es preciso recomendar el excelente libro de Néstor A. Braunstein (2012), *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*, para un análisis del mundo tal y como presenta hoy en día: "[…] como un vasto complejo de servomecanismos" (p. 69). Yendo más allá de Deleuze, Foucault y Agamben e incluso de Lacan, reflexiona muy detenidamente sobre las sociedades de soberanías, las sociedades disciplinarias y particularmente sobre las sociedades de control. Un libro clave para saber de qué malestar se debe hablar en la actualidad.

social y familiar; el desconocimiento de sí mismo, inevitable, pues forma parte de su constitución; la simulación, el autoengaño, la farsa y el simulacro con los que el yo se propone ser lo que no es; el amor al prójimo como a sí mismo con todos los matices paradójicos señalados por Freud (1930); el narcisismo, base y centro del universo imaginario que la psicología quisiera desterrar y que es tanto más engañoso cuanto más desconocido y negado, como en el altruismo y la limosnería; los deseos sexuales tan exigentes como inconfesables y perversos y tan contrarios a la moral supuesta que su comunidad le impone y que la sexología de buena fe quisiera hacer pasar como inocuos y fuentes de alegría; las identificaciones, siempre seductoras y embaucadoras; su sadismo o masoquismo a los que rechaza conscientemente, pero que se le imponen en las relaciones con sus parejas; sus envidias, sus odios irrefrenables, en fin su vida oprimida y depresiva.

Sería preciso releer sus *Máximas* para reconocer que el duque de La Rochefoucauld (1984) ya en el siglo XVII no se hacía ilusiones con el yo al que le supuso un amor para sí mismo y fue el primero en bautizar como "amor propio". Ninguna de las virtudes morales que se exhibían en su tiempo como modelos que debían seguirse quedó incólume ante su crítica. Así, el duque explica que si alguien es moderado lo hace por el egoísmo de no perder su fortuna; si justos, por el temor de perder lo que cree el virtuoso que le corresponde. Esto es, que el justo censura la injusticia no por aversión a ella, sino por temor al daño que pueda recibir; la alegría por el éxito de un amigo oculta la esperanza de sacar algún provecho; la modestia, es la manifestación secreta de quien desea recibir alabanzas en gran cantidad; en fin, para La Rochefoucauld, "no se aplaude la virtud ni se censura el vicio más que por interés".

Quienes quieran encontrar la más viva descripción de la maldad y la crueldad más o menos escondida pueden recurrir a una relectura del *El gato negro*, de Edgar Allan Poe (1956). ¿Por qué razón el amo del pobrecito gato negro, tan pequeño e inocente, lo martiriza tanto? ¿Por qué, luego de saltarle un ojo con la punta de una navaja –lo cual es una espantosa atrocidad– se decide una mañana a consumar el suplicio del pobre animalito inofensivo ahorcándolo? El héroe del cuento responde que hay un espíritu de perversidad que domina en las sombras del alma humana y la perversidad es uno de los primeros impulsos del corazón humano.

Aproximar los textos del moralista y del poeta de tan oscura catadura a las posiciones del psicoanálisis, equivale a repetir una vez más que no es el psicoanálisis el que se aplica al arte –el famoso psicoanálisis aplicado– sino que, por el contrario, los poetas y los artistas son quienes tienen algo que enseñarle al

psicoanálisis. Y en este caso, lo que enseñan son estas verdades sobre el egoísmo y la perversidad –universales, por cierto– que algunos no podrían dejar de calificar de pesimistas.

Pero tachar de pesimista al psicoanálisis contemporáneo sería lo mismo que llamar pesimista a la física actual porque no encuentra la armonía del universo. Por el contrario, encuentra agujeros negros, cuerdas, materia oscura; es decir, aquello que hace que el universo sea. Los llamados optimistas de nuestra época, hijos del consumismo y las corporaciones internacionales, pueden muy bien recibir el nombre de "nihilistas" que les daba Nietzsche (2003) a los "negadores de la vida", desesperados porque la armonía prometida por los predicadores del bienestar resultó ser una estafa.

Puesto que la promesa de felicidad como búsqueda de la unidad mítica se mostró finalmente como una engañifa, los nihilistas modernos incapaces de desprenderse de su fascinación, se la juegan por la acumulación de riqueza y la felicidad que producen los éxitos personales concebidos única y exclusivamente como enriquecimiento y poder social. El dios de esta unidad nihilista no es otro que el dinero, uno de los más poderosos.

> *El capitalismo es una religión y los bancos son sus templos, pero no metafóricamente, puesto que el dinero se ha convertido no en un instrumento destinado a ciertos fines, sino en un dios, dando lugar a una nueva religión monstruosa, totalmente irracional* (Agambén y Salvá, 2012, p. 1).

El éxito, el exitismo y el modo norteamericano de vida, constituyen la propuesta engañosa del nihilismo contemporáneo extendida hoy por todo el planeta.

El fracaso entra en relación directa con lo que se espera del éxito. Pero el éxito puede o suele ser desastroso. Triunfar implica esperar como resultado un estado permanente de felicidad, con lo cual esta se convierte en una trampa. Lo que se produce, para quien concibe así el éxito, es la instalación permanente en algo que sí existe sin duda: la infelicidad. Su contraparte siempre permanece en el estado de promesa y nunca es alcanzada plenamente. La promesa es promesa de paraíso, de unidad, de amor pleno sin tiempo ni contratiempo.

La promesa de la felicidad como búsqueda de la unidad mítica perdida en cuanto mito del paraíso y mito platónico del huevo original narrado por Aristófanes en *El Banquete* (Platón, 2003), señala, constituye y forma la expresión adulta de la experiencia de alegría que habría experimentado el niño ante el espejo, la vivencia jubilosa, la satisfacción del reconocimiento narcisista especular en la constitución del yo, del yo-ideal y la imagen del cuerpo propio, con un resto

no imaginable que Freud (1930) llamará "añoranza de plenitud". Todos los espejismo de la autosuficiencia de la conciencia tienen allí su origen; es el punto de encuentro identificatorio del yo que se crea en su encuentro con el otro especular, tal como nos fue narrado por Lacan (1966) en su *Estadio del espejo.*

La contradicción radica en que aquello a lo que aspira el sujeto no es tanto permanecer en el deseo que lo impulsa en la búsqueda del objeto que cree necesitar para su satisfacción plena, aunque el deseo se defina como insatisfacción permanente, sino en aspirar al goce[3] que se presenta siempre como una paradoja: la satisfacción es dolorosa, excesiva, puro sufrimiento que podríamos resumir en la expresión "el paraíso de esta noche es el infierno de mañana" que describe perfectamente el mundo de la drogadicción y el alcohol. El sujeto es feliz, dice Lacan, en Televisión.[4] Sí, con este tipo de felicidad no renuncia al espejismo de la plenitud. En cambio se queja permanentemente de su división porque no

3. Debe leerse el concepto de "goce" a partir de la precisión que hace Le Gauffey (2007) cuando señala que "goce" designa "el exceso de la referencia sobre la significación" (p. 52). A pesar de los esfuerzos eruditos y enciclopédicos de Braunstein (2006), la tendencia de los lacanianos es la de psicologizar la noción, suponerla como equivalente a terquedad en el "deseo de sufrir" o de ponerse, preconscientemente, en situación de padecimiento y de repetición. A partir de los años ochenta creció la tendencia a presuponer un "goce del cuerpo", una especie de goce biológico; o como dicen algunos, "goce del Uno", después (de que se ha negado la existencia del Otro). La fórmula lacaniana de que "no hay Otro del Otro", devino sencillamente en "no hay Otro", o en la simpleza "el otro que no existe", y llevó a la afirmación de la sola existencia del "Uno", sin ver la inconsistencia de que tampoco habría "Uno" si no hay "Otro". El goce, pues, en psicoanálisis señala un enigma con relación al sentido y al sinsentido; al hiato entre la referencia y la significación, y por supuesto, surge por la palabra y el lenguaje, por su función y su campo, por la existencia del Otro en su consistencia puramente verbal, pero no, por ello, menos real. Su es-xistencia funda el Uno. Los conceptos tanto de sujeto como de goce son arrastrados continuamente, al abismo de la psicologización, de donde hay que estarlos rescatando permanentemente, para que el psicoanálisis no se hunda con ellos.
4. Que Lacan diga que el sujeto es "feliz" o "dichoso" (heureux, en francés), es una afirmación que se debe tomar al pie de la letra; es decir, no por el significado actual de heureux en los diccionarios, sino por su referencia al encuentro del sujet con la heure, entendida como moment d'un événement. El sujeto es un acontecimiento. El sujeto es "dicho" por el significante para otro significante. En este sentido es "dichoso". No hay rastro aquí, pues, de promesa de bienestar, canto pastoral. Si cometemos la ingenuidad (de la que hay que huir como de la peste) de confundirlo con el "yo" o con el "individuo" al hacerlo quejoso, histérico, es para llamar la atención sobre un concepto muy difícil de captar, y que requiere, para su cabal compresión, estudios como los de Le Gauffey (2000). La traducción de este difícil texto hecha por Massota (1977) para la editorial Anagrama no se puede utilizar por estar cargada de errores. Uno de ellos es que precisamente la expresión "Le sujet est hereux" (1974, p. 40) no se encuentra en Anagrama en la página que le correspondería (107). Hay una mejor traducción en Otros escritos (1966, p. 535).

puede existir sino como divido, barrado, apuntando continuamente hacia la fantasía con la que construye la realidad. Perder la barra equivale a perderse: perderse como sujeto del deseo en lo real de un goce como puro *objeto a*,[5] que cae en una nada sin representación posible.

No dejó Freud de referirse al par ilusión/desilusión. "Las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de estos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces, tenemos que aceptar sin queja que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos" (Freud, 1976, p. 277). Con lo que sostiene también que las ilusiones son, en gran medida, mecanismos necesarios de supervivencia, tanto en su época como en la nuestra. Que se hagan trizas no implican que no se sustituyan continuamente por otras.

Pero lo que permanece como crítica para su época –que no pierde vigencia para la contemporánea– es su afirmación de que en las guerras (y lo dice en 1915, muchos años antes de la atroz Segunda Guerra mundial, antes de Vietnam y de las infames guerras en Europa y Asia) hay dos cosas que provocan gran desilusión:

> *1. la ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como los guardianes de las normas éticas y 2. la brutalidad en la conducta de los individuos a quienes por su condición de partícipes en la más elevada cultura humana, no se los había creído capaces de algo semejante* (Freud, 1976, p. 282).

Pero estos comportamientos que en períodos de paz o mirados desde la frialdad de quien no participa en sus entornos se ven como aberrantes e inaceptables, tanto desde el punto de vista ético como desde el punto de vista lógico, pueden ser explicados, según Freud (1976), por la ceguera intelectual que se produce cuando las pasiones gobiernan la razón y cuando las pulsiones expresan de nuevo su condición primitiva de violencia no sofocada por principios represores o supresores de una ética superior; es decir, más atenta a los momentos en que la civilización, sin asaltos de conflictos interiores o exteriores inminentes, asienta sus valores éticos y culturales más elevados. Nuestra inteligencia depende de la vida afectiva, lo que hace que los argumentos lógicos sean impotentes frente a las pasiones, produciendo esa "ceguera lógica".

Es la invidencia intelectual la que hace reaccionar a los ciudadanos del mundo, a todo ser prendido de sus ilusiones e incapaz de abandonarlas sin el peligro de

5. También sobre este concepto estrictamente lacaniano debe consultarse a Guy Le Gauffey en *El objeto* a *de Lacan* (2013).

deshacerse en sus identificaciones más primarias, como si se dijera *sotto voce*: "No seguiré pensando porque lo que pienso no me gusta, me parece horrible, inarmónico, feo, no va conmigo. No haré tal prueba". No es probable que esta actitud cambie. Por el contrario, cada vez se afirma más. Si las ilusiones y el enmascaramiento de la verdad y de la mentira, eran el pan ético-religioso que se repartía en la familia y en las escuelas, en la actualidad se ven reforzados para producir un ciudadano acrítico, por lo que Louis Althusser llamó hace algunos años "los aparatos ideológicos del Estado": la prensa y la televisión que sellan su boca con la mordaza de la publicidad, cuyas exigencias aprietan más que las censuras explícitas de las tiranías, a los que habría que agregar el monstruo informático de la internet que sirve tanto a la verdad como a la mentira; al esclarecimiento como a la confusión; a la transmisión de saberes de gran calidad como de saberes para gran parte de la población, espurios y marcadamente tendenciosos o triviales a los que los cibernautas se entregan como a verdades indiscutibles. Es cierto que Internet puede ser una herramienta de emancipación, pero no es menos cierto que también lo es de sometimiento, tanto peor cuanto es consentido y no vivido como impuesto. Se trata de la nueva versión de "la servidumbre voluntaria" que señalara La Boetie (2007), sobre cuya expresión debemos reflexionar, pues lo voluntario de tal servidumbre, después de la reflexión filosófica de Hegel sobre la dialéctica del amo y del esclavo, de los escritos sobre la voluntad de poder en Nietzsche y el descubrimiento del inconsciente en la investigación freudiana, hay que repensarlo a partir de la enseñanza lacaniana de los cuatro discursos y su tránsito hacia los discursos del capitalista y de los mercados. ¿Cuánta voluntad, cuánto deseo de servidumbre sostiene al hombre contemporáneo, al hombre internauta? El narcisismo puede expresarse también en el mayor sometimiento posible del ego al Otro: ese mismo ego que se promociona gracias a *Facebook*, a *Twitter* y a otras redes sociales; la mayor exhibición de egos que ha conocido la humanidad. Egos enormes que ocupan todo el ancho de banda. Antaño parecía de mal gusto hablar mucho de uno mismo. Ahora es la norma y el que no la siga no es nadie; está fuera de onda, literal y electrónicamente.

¿Se muestra en esa práctica, a veces ingenua a veces obscena, un apuntar aunque sea minúsculo de la voluntad de poder nietzscheana, de deseo de emancipación? O por el contrario, ¿se trata de la mayor servidumbre voluntaria nunca antes vista en la historia de la humanidad?

La servidumbre voluntaria no había sido nunca antes tan patrocinada como en la época contemporánea. El patrocinio viene, por supuesto, de las rentas que produce la publicidad manejada a su vez por grandes corporaciones. Di-

gamos, entonces, que la humanidad actualmente está enredada o que vivimos bajo un nuevo imperio bajo el gobierno de la "redocracia" o "netocracia". La sobredeterminación de la red es la manifestación global del discurso del amo contemporáneo. Se imponen el discurso capitalista y el discurso de los mercados como último avatar del discurso del amo. La red es una red discursiva, de significantes escritos en billones de billones de bits y bites que retornan al lenguaje ordinario con la orden más esclavizante que se haya conocido: ¡Goza! ¡Compra! No importa que lo que compras ya lo tengas, incluso en abundancia. Lo importante, lo que te hace ser sujeto actualizado es la actualidad de tu compra. El que te identifiques con el objeto desechable que pronto será tan caduco como tu compra misma. Esta misma hay que renovarla una y otra vez para que puedas existir de la manera vertiginosa como existen los objetos prescindibles, desechables, del mercado actual. La demanda "obscena y feroz" de gozar se extiende junto con la exigencia de comprar, a la exigencia de gozar del presente: sexo, bebida, comida sin restricciones. Nada está prohibido de aquello que identifique a las personas con el consumo que los lleve al consumo de sí mismas, del consumo a la consunción, a la drogadicción y a la paradójica anorexia, como consumo de nada.

Schreber (1979), nos adelanta en su delirio personal inmerso en el siglo XIX que le tocó vivir, lo que sería el delirio paranoico colectivo del siglo XXI. Sus palabras describen un superyó en su manifestación psicótica más alarmante. Dice Schreber que Dios le exigía el goce permanente como modo normal para las almas en el orden del mundo. Y concluye: "Mi deber es proporcionárselo" (p. 239).

Nuestra diferencia con Schreber estriba en que esta demanda de goce por parte del Otro ya no cae dentro de lo irregular, dentro de la anomalía; al contrario, tal demanda paranoide del Otro se nos presenta como la norma. Ahora el "loco" es el que no consume.

Las sociedades de control a las que se refiere Deleuze (1999), no dejan de tener, sin embargo, su resquicio no controlado por el que se cuelan sitios como *wikileaks* o el video que cuestiona el proceso a los miembros activos de *Pirate Bay* (que puede verse en *Youtube*), así como las protestas de los blogueros, las luchas por la libertad de expresión y contra la infamia del capitalismo y las transnacionales (como Avaaz), la expresión de los movimientos rebeldes, las luchas ecológicas (Salva la selva), las denuncias políticas, en fin, el pensamiento crítico y por supuesto, el psicoanálisis, que no sería nada si no tuviera su toque emancipatorio.

Toque emancipatorio, sí; pero, ¿tiene el psicoanálisis contemporáneo algo que ofrecerle y prometerle a la sociedad actual en el seno de la cual debate, se afana

e investiga para permanecer? Para algunos –y no son pocos– el psicoanálisis mismo, como teoría y práctica, y sobre todo, como remedio contra la infelicidad, ha fracasado junto con sus neuróticos.

Se toma, también, como falta de éxito el que no haya podido responder finalmente y de manera decisiva al interrogante (ya va para un siglo) que le planteara Albert Einstein a Freud. Y más aún, no solo cómo acabar con la guerra, sino también cómo remediar el sufrimiento neurótico o lo que se ha llamado, con esa tendencia a medicalizar todo lo que no marcha, "la enfermedad mental".

A la pregunta de Einstein, hemos visto, Freud (1976) respondió con el desengaño. No hay nada qué hacer mientras la violencia y el poder conformen una unidad; es decir, sean lo mismo. En cuanto a lo segundo, la respuesta es más compleja. El sufrimiento subjetivo se transforma con la época. Las neurosis del siglo XIX no son las mismas que las del siglo XXI. La represión sexual propia del capitalismo de la era victoriana, con sus secuelas sintomáticas propias de la histeria decimonónica que se expresaban en conversiones y crisis espectaculares en las cuales el cuerpo está muy comprometido y se manifestaban en risas, llantos, estigmas sensoriales, anestesias, hiperestesias, cegueras, alucinaciones, tics, convulsiones epileptoides, contracturas, parálisis, etc., ha dado paso a una insatisfacción cuyos síntomas se manifiestan en la expresión continua de un sufrimiento y una protesta por el desencuentro con la promesa no cumplida del goce prometido. Nunca como antes, la fórmula lacaniana de que "la relación sexual no existe" explica el desconsuelo de las mujeres frente al amor y de las feministas frente al comportamiento masculino. Sufren (sufrimos) por un imposible de traspasar; por un real impenetrable: aquel que señala la imposible relación complementaria y completamente satisfactoria entre el hombre y la mujer; o, para ser más comprensivos, entre el amante y el amado. La fórmula lacaniana nos advierte que si esta es la ilusión del sujeto en análisis, lo que obtendrá, si va hasta el final, es el desengaño total, aparejado con la propia destitución subjetiva que lo acompaña.

Cuando el psicoanálisis contemporáneo –es decir, el psicoanálisis lacaniano– se refiere a la histeria, la define como un discurso que se presenta como un tipo de lazo social particular. Así, con Lacan (1991), evitamos una definición que tienda a hacer de la histeria una "enfermedad" y, de contera, evitamos poner la etiqueta de "enfermos" a los histéricos. La película *Hysteria* (2011) de la directora Tanya Wexler, en su tono de comedia británica muestra lo que ha sido la histeria considerada como enfermedad médica e incluso como perturbación

antisocial, que podría haber llevado a alguna protofeminista voluntariosa y progresista trabajadora social, a la reclusión manicomial.

Al hacer de la histeria un tipo de discurso, Lacan incluye a todos los seres hablantes, a todos aquellos que por serlo establecen un lazo social con otros. Así, entonces, no se califica la histeria como buena o mala, ni como patología. Esto rompe, por supuesto, con la tradición médica y con el uso popular injurioso. Histérico o histérica no tiene por qué aplicarse como insulto o como dictamen patológico, en cuanto todos los seres humanos, hombres y mujeres de cualquier comunidad, establecen relaciones sociales que hacen lazo, esto es, que ligan histéricamente, por el lenguaje, unos sujetos a otros. Cuando este no es el caso, nos encontramos con algunos sujetos que no hacen lazo social o cuyo lazo social se encuentra especialmente deteriorado o por fuera de la "norma" histérica. Nos encontraríamos allí con los llamados "psicóticos" o con los "perversos". Por alguna razón se los ha llamado "anormales", con lo que el discurso de la histeria se propone como "normal".

En el discurso de la histeria se establece siempre una relación con el amo. Si el sujeto hablante, hombre o mujer, entra en el lazo analítico, su condición de histérico sufriente se manifiesta por la queja permanente de que sus sufrimientos se deben a las fallas de un padre, sujeto que puede tomar también la identidad de un novio, un esposo o un amigo de cualquier sexo. El Otro siempre falla. En esta queja por la falla paterna nos encontramos con el retorno de lo reprimido y es allí donde se instala el síntoma. Un amo así, impotente, castrado, fallido, "faltón", no le sirve a la mujer en general (y a algunos hombres en particular) para mantener la ilusión de lo que debe ser una mujer, una mujer amada por el padre.

Por tratarse de este lazo particular con el amo, el discurso de la histeria se modifica en su sintomatología por los efectos de la condición histórica misma. El padre del siglo XIX no es el padre de los siglos XX y XXI. Ha habido un desfallecimiento simbólico de la *imago paterna*.

Los síntomas de las primeras histéricas, las de la Edad Media e incluso las del siglo de Charcot y del joven Freud, eran espectaculares, como ya dijimos. El cuerpo se expresaba sin palabras, con mucho énfasis, en la forma sintomática de los estigmas sensoriales, de las anestesias; en fin, de las llamadas conversiones.

Con Freud –y por el hecho de haber descubierto que había que dejarlas hablar, que había que escuchar sus palabras– las "enfermas" (denominadas así por la psiquiatría e incluso por Freud mismo), se curaban y a veces de manera espec-

tacular, de estas somatizaciones.[6] Pero en los siglos XX y XXI otros síntomas se destacaban en aquella metafísica, síntomas más sutiles y al mismo tiempo más férreos, como la depresión y la euforia inespecíficas, la frialdad en las emociones o la verbosidad infatigable, la bulimia y la anorexia, los trastornos de la menstruación, etc.

Si vamos a definir el síntoma –con Lacan (1991)– como "lo que no anda", "lo que no cae bien" (p. 94), lo que no funciona para el sujeto, diremos que los síntomas que se presentan hoy en los lazos histéricos, según nuestra práctica, giran en torno a las desdichas del amor: confusiones, depresiones, llanto, anorgasmias relativas, sentimiento de impotencia, quejas permanentes del comportamiento de los otros, padres, hermanos, familiares, novios, amantes, esposos, amigos. El "otro" no sirve, así como es, para el goce de "mi condición de mujer"; el otro me escamotea la felicidad que estaría obligado a darme. Por tal razón, se da vueltas alrededor del interrogante de lo que es una mujer para el otro. ¿Cómo es posible hacer uno de dos? Lo que esperan estas mujeres es, finalmente, ser amadas. Esta será también su frustración irresoluble en el nivel puramente imaginario. A "curarlas", a eso apunta el psicoanálisis.

Buscando ser amada por el otro, una histérica de cualquier sexo que asume la falta con su cuerpo, puede solicitar al cirujano la transformación de este y hacerlo así más atractivo para el amado, según la ideología estética actual. Después de efectuada la operación (y no solo una vez en muchos casos), la frustración en relación con el otro retorna al punto de partida, con lo que el goce de su propio cuerpo parece anulado. Para nadie es desconocido que el negocio de las cirugías estéticas es un éxito nacional e internacional en Cali, Colombia.

Dicho esto último, sostengo que no se puede calificar a mujer alguna de "histérica" en sí misma. Al ser un lazo social ineludible, el "insulto" o la clasificación tendría que aplicarse a todo sujeto demandante de amor; es decir, a todo el mundo. El hecho de querer ser más atractiva y de practicarse una operación estética no hace de una mujer en particular una "histérica". El síntoma será

6. Dice Lacan en *Palabras sobre la histeria* (1981): "Allí está nuestra práctica: aproximarse a cómo operan las palabras. Lo esencial de lo que dijo Freud, es que hay la mayor relación entre el uso de las palabras en una especie que tiene palabras a su disposición y la sexualidad que reina en esta especie. La sexualidad está enteramente tomada en esas palabras, ese es el paso esencial que él dio. Es mucho más importante que saber lo que quiere decir o no quiere decir el inconsciente. Freud puso el acento en este hecho. Todo esto es la histeria misma. No es un mal uso emplear la histeria en un empleo metafísico; la metafísica, es la histeria" (pp. 14-15).

histérico solamente en el momento en que, sometida al discurso del análisis, como analizante, en el dispositivo analítico, una mujer "descubre" cómo y por qué sus quejas y padecimientos somáticos y espirituales responden al "desamor" del otro; en términos lacanianos, a su desconocimiento de la inexistencia de la relación sexual, a su pretensión de que la relación sexual con el otro es posible y a la suposición de que ¡por fin!, en algún momento, será una con su amado en una unión idílica sin diferencias en la que –ahora sí– sabría lo que es ser mujer, la mujer.

El psicoanálisis, pues, no tiene nada para prometer; nada del orden de la realización del amor que en la histeria se pide para luego sustraerlo. Lo que no quiere decir que porque no promete no pueda llegar a un final. El psicoanálisis resguarda un lugar en el que la palabra, libre de trabas, da la oportunidad a una verdad nunca suficientemente expresada. La ardua y dura conquista de tal verdad, de la que dice Lacan que solo puede ser dicha a medias, siempre envuelta en un manto de simulación que le es consustancial y subyace en el que ha sido el drama de la vida subjetiva de cada quien, no viene sin efectos sobre la subjetividad misma. Cuando se sabe algo de aquello de lo que no se quiere saber nada en absoluto, el sujeto no queda indiferente; se afecta profundamente.

En cualquier otro lugar, la verdad no está para ser dicha ni para ser expuesta. Si solamente es semidicha en el gabinete analítico, es al mismo tiempo porque allí es imposible mentir. También la mentira es dicha a medias, porque la mentira siempre apunta a la verdad que solo el propio sujeto en análisis puede sancionar y aún desconociéndola conscientemente se le impone en su malestar. La verdad, desconocida, surge en actos sintomáticos que encubren su origen con explicaciones que no son más que la prolongación justificativa de su encubrimiento y del malestar e incluso del daño a veces irreparable que causan. Freud proporciona algunas reflexiones al respecto.

Existen algunos rasgos neuróticos tan presentes en nuestra sociedad contemporánea como lo estuvieron a principios del siglo XX. En 1916 Freud publica sus tres artículos sobre tipos de carácter que expresan claramente cómo su origen se encuentra en las exigencias de la cultura; es decir, en el tipo de superyó que se le impone históricamente. No podemos negar que esos mismos caracteres están presentes, ahora con más fuerza, en las demandas de goce de nuestra sociedad actual.

En el primer artículo denominado *Las excepciones*, Freud estudia el carácter de aquellas personas que no pueden abandonar el principio del placer y que por nada del mundo aceptan el principio de realidad que los demás parecen aceptar. Ellos estarían exentos porque son excepcionales, dado que han sufrido "y se han

privado bastante", especialmente en la infancia con cuya experiencia dolorosa adquirieron el derecho a disfrutar en el presente de todo placer posible. Pero como este placer, precisamente, no es posible, se instala en ellos una rebeldía neurótica llena de padecimientos por estar privados de lo que, según ellos, merecen. Sus quejas y querellas van dirigidas a reivindicar los derechos que señalan perdidos. No deja Freud de hacer alusión a ciertos pueblos que colectivamente presentarían los mismos síntomas, pero se abstiene muy comedidamente de decir cuáles. Hace, por supuesto, referencia a Alemania (y a los otros pueblos europeos sumidos en la Primera Guerra Mundial), en cuyos discursos políticos se ponen de manifiesto que se lucha para reivindicar sufrimientos pasados. ¡Y qué decir del nazismo que surge como protesta por los dolores, sufrimientos y vejámenes causados por los judíos al pueblo alemán!

Muchos de los casos de violencia aparentemente absurda tendrían su causa en ese darse los violentos una condición de excepcionalidad que los exime de todo juicio porque ya sufrieron y pueden causar el daño que les provoque. Feos como Ricardo III creen que todo les está permitido: masacres, atentados, incendios, expropiaciones, desplazamientos, narcotráfico. Las aparentes motivaciones políticas de izquierda o de derecha, ocultan los verdaderos orígenes narcisistas de su criminalidad. Freud lo resume al poner de ejemplo *Ricardo III* de Shakespeare:

> *La naturaleza ha cometido conmigo una grave injusticia negándome la bella figura que hace a los hombres ser amados. La vida me debe un resarcimiento, que yo me tomaré. Tengo derecho a ser una excepción, a pasar por encima de los reparos que detienen a otros. Y aún me es lícito ejercer la injusticia, pues conmigo se la ha cometido* (Freud, 1916, p. 314).

No es esta, por supuesto, la explicación de toda violencia, pero sí señala uno de sus aspectos más enigmáticos. La gratuidad de muchos comportamientos agresivos y criminales individuales y colectivos que no pueden ser explicados como reacciones políticas o sociales ante una injusticia actual, tendrían aquí parte de su elucidación.

En su segundo artículo de título paradójico, Freud habla del éxito y el fracaso en su época y en la época de Shakespeare. Decide recurrir a los personajes literarios para ilustrar lo que ha encontrado en sus prácticas de psicoanalista: aquellos que han soñado con un triunfo que los desvela y anhelan más que cualquier otro bien, sienten que una vez obtenido aquello con lo que soñaban, no les conviene, no les sirve, los incomoda e incluso los deprime: Lady Macbeth declara que todo aquello que ambicionaba y que finalmente obtuvo por el crimen, no vale nada.

El éxito y el fracaso en la sociedad contemporánea están, en general, más cerca de lo que pudiera pensarse. Lejos de rechazarse se complementan: el éxito individual es el fracaso de la sociedad. Los hombres exitosos, por experiencia general, les dan la espalda a los asuntos y problemas que aquella acarrea, cuando no incrementan su magnitud. Aunque no sea el mismo mecanismo descrito por Freud, tales éxitos en una sociedad atravesada por intereses contrarios al desarrollo espiritual, obedientes a las biopolíticas opresivas de corporaciones y gobiernos, implican, de nuevo, el fracaso del individuo que ha triunfado. Su éxito tiene el amargo sabor de traición a la humanidad.

Por otra parte, no pocos individuos fracasados desde el punto de vista de su poco éxito con el dinero o de su poca condescendencia con los valores antiespirituales, mercantilistas, ecocidas, etc., y sin la mansedumbre que implica el exitismo capitalista para el cual el éxito en la vida es la identificación con los valores del gran capital y con el poder, resultan en buena parte de los casos (cuando la miseria no los lleva al horror de una vida improductiva) dedicados a labores humildes pero creativas y espirituales.

El psicoanálisis no puede tomar el partido del éxito social y considerar como "enfermo mental" irremediable a quienes aspiran a otros valores totalmente impensables para el medio social y aún –y sobre todo– para la familia, aparato ideológico que se horroriza ante los hijos y padres que no producen riquezas. No puede medir su efecto terapéutico por el mayor o menor lugar ocupado por sus sujetos en el posicionamiento de la escala social. El deseo de un sujeto no coincide siempre con los valores imperantes.

Tal como está el arca del diluvio en el momento presente para el planeta, el éxito de los individuos, de unos miles entre millones de náufragos, la está conduciendo al remolino en el que el fracaso de la humanidad se sumirá sin salvación.

Muchos jóvenes y adultos sienten su vida como un fracaso, incluso antes de comenzar a luchar a favor de su propia dignidad. No encuentran un lugar de identidad en una sociedad que no los acoge y en la que la pequeña diferencia de su narcisismo, aquel *plus*-de-gozar que no encuentra representación posible ni puede ser nombrado, deriva, finalmente, en las adicciones más variadas y en un modo de vida delincuencial que bien puede tener un principio de explicación en el tercer artículo de Freud (1916) *Los que delinquen por sentimiento de culpabilidad*.

El peso insoportable de la culpa de la que Nietzsche (1996) hizo su análisis en *La genealogía de la moral*, se convierte en la fuente inverosímil, pero no menos cierta, de buena parte de la delincuencia inexplicable desde el punto de vista puramente sociológico. Es decir, inexplicable para aquella sociología que no

tiene en cuenta el imponderable efecto de la culpa en los seres humanos. Hay un puente que se cruza rápidamente desde la culpa a la búsqueda de servidumbre.

En *El malestar en la cultura* Freud (1930), remitiéndose a su investigación sobre la psicología de las masas, señala:

> *Puesto que la cultura obedece a una impulsión erótica interior, que ordena a los seres humanos unirse en una masa estrechamente atada, solo puede alcanzar esta meta por la vía de un refuerzo siempre creciente del sentimiento de culpa* (p. 128).

Freud (1921) mostró en sus obras y especialmente en *Psicología de las masas y análisis del yo* la íntima relación entre tal sentimiento de culpa de la masa y la necesidad de ser gobernada por un poder ilimitado: "La masa –dice– tiene un ansia extrema de autoridad, sed de sometimiento" (p. 121).

Hitler, el gran genocida, sabía que aumentando desproporcionadamente el poder del *imago* paterno y utilizando el sentimiento de culpa como abono para el terror, el sometimiento de la masa era seguro. La masa siempre quiere un padre omnipotente y si está acá y no en el más allá, mejor. Hitler, en una entrevista antes de la Segunda Guerra Mundial, respondió lo siguiente:

> *La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. Las mujeres también, las mujeres y los niños. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo; los alivia el temor […] ¿Y me venís a hablar de crueldad y os indignáis por habladurías de torturas? Pero si es precisamente lo que quieren las masas. Necesitan temblar. […] El terror es el arma política más poderosa y no me privaré de ella so pretexto de que resulta chocante para algunos burgueses imbéciles* (Rauschning, 1946, p. 60).

Hay algo en las masas que las impulsa a una identificación amorosa con el Otro, siempre y cuando este Otro sea la encarnación o la representación del goce absoluto. En cuanto más poderoso más irrestricto es el amor, más grande la posibilidad de encontrar la felicidad, aunque su paraíso implique el infierno para otros, para quien esté en el lugar del otro malvado, otro que hay que construir y que en el caso de las masas hitlerianas eran los judíos, raza maldita que había que destruir necesariamente si se quería llegar al paraíso social. Por supuesto, la razón y la lógica poco logran para contener la ebriedad de las multitudes ansiosas de fiesta belicosa.

También es el parecer de Foucault (1979):

> *Sucede que las masas, en el momento del fascismo, desean que algunos ejerzan el poder, algunos que, sin embargo, no se confunden con ellas, ya que el poder se*

> *ejercerá sobre ellas y a sus expensas, hasta su muerte, su sacrificio, su masacre, y ellas, sin embargo, desean este poder, desean que este poder sea ejercido. Este juego del deseo, del poder y del interés es todavía poco conocido* (p. 85).

En su texto de 1949 *La agresividad en psicoanálisis*, Lacan señala en su tesis IV que "[…] la agresividad es la tendencia correlativa de un modo de correlación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característicos de su mundo" (p. 102) y en la tesis V, del mismo texto, propone la noción de la agresividad que él sostiene como "[…] una de las coordenadas intencionales del yo humano, y especialmente relativa a la categoría del espacio, permite concebir su papel en la neurosis moderna y en el malestar de la civilización" (p. 112).

El espacio del que habla Lacan en 1949 en *La agresividad en psicoanálisis* es el espacio de la topología social, un espacio atravesado de un extremo a otro por relaciones de poder en las cuales el yo adquiere su verdadera dimensión. Es el espacio, también, en el que se despliega el deseo en su compleja dialéctica que lo lleva desde "cederlo" (lo que arrastra a la depresión), a temerlo (lo que está presente en la angustia con su insistente interrogación: ¿qué quiere el Otro de mí?). Es aquí, también, entre la cesión del deseo y la fobia al otro, entre la depresión y la angustia, en la que se enclava la construcción del sentido de la realidad; realidad que, finalmente, es la concebida por la fantasía más íntima en la que se desarrolla la relación del sujeto con el objeto de su deseo. Es también, por supuesto, el espacio ético por excelencia (se entiende aquí ético a la manera psicoanalítica: la tensión y el conflicto permanentes entre el deseo inconsciente, el yo, el superyó y la moral reinante que les puede proponer a los seres humanos el mandato imposible de "amar a los otros como a sí mismos").

Esta fórmula puramente imaginaria, puesto que con el otro como semejante entramos en lo fundamental en una relación especular, puede ser combinada con otra de carácter simbólico: respetar al otro por el hecho de que pertenece a la misma comunidad, a la misma cultura, a la misma lengua o a la misma especie: la especia hablante.

El psicoanálisis no tiene un mandato para dar fórmula moral alguna que imponer. Solo tiene una experiencia singular que sugiere y debe ser vivida de principio a fin sin garantía de "éxito" y un "saber" que surge de esa experiencia. Esa experiencia y ese saber son los del propio goce, la manera singular, única, irrepetible (la huella dactilar del psiquismo) de enfrentar el sujeto al sentido (en un punto en que también es sinsentido), inasimilable, la manera íntima y solitaria de sufrir el hecho irremediable de ser "uno", uno mismo, en la "trágica y estúpida existencia", en la que ya no hay más respuesta posible, salvo la que venga de lo

real, como imposible, su sinsentido. Se trata de la "vida fantasmagórica" de cada uno, la dignidad de la cual reconoce cada uno, pero a veces tan inconfesable hasta para sí mismos que la vida se vuelve invivible en el desconcierto de la repetición del malestar que llamamos neurótico.

Una vez conmovida en sus cimientos por la experiencia psicoanalítica que señala al mismo tiempo la organización de la realidad que necesitamos para soportar la existencia, esta fantasía fundamental permite al sujeto tomar distancia (lo que constituye una experiencia espacial) de esa realidad que ha simbolizado para historizar su vida. Este es el cuidado de sí que la cura psicoanalítica propone y que no puede desligarse de los otros, del cuidado que surge hacia el Otro originado en la misma experiencia analítica. No hay "sí mismo". El "sí mismo" es tan ilusorio como la autonomía del yo. No hay "sí mismo" sin el Otro. Que la destitución subjetiva aquí implicada sea también una destitución total del "sujeto supuesto saber", tiene también consecuencias que no podemos desarrollar aquí.

Para concluir

Lo que el psicoanálisis puede hacer éticamente por el otro, por el semejante, por el hermano, por el ser hablante, va más allá de amarlo y respetarlo (es decir, de odiarlo y humillarlo). El psicoanálisis tiene en cuenta la manera propia, intransferible, de vivir el sentido y el sinsentido de cada uno y reconocer que esa manera de vivir es absolutamente singular para cada sujeto y no debe "entrarse a saco" en ella, perturbarla, invadirla y modificarla arbitraria y salvajemente. Saber que hay un no saber central en el descentrado "comportamiento" del otro, cuyo núcleo es una incógnita. Saber, también, con el saber de la propia experiencia que es convicción, al final, de la perplejidad ante el propio sinsentido, extraño e íntimo, único, no reductible a la comprensión simbólica y menos aún, a la imaginaria.

Bibliografía

AGAMBÉN, G. y SALVÁ, P. (2012). *Dios no murió, se transformó en dinero.* Recuperado de: http://partidopirata.com.ar/2012/09/10/dios-no-murio-se-transformo-en-dinero-entrevista-a-giorgio-agamben/

BRAUNSTEIN, N. (2012). *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista.* México: Siglo XXI.

CARTHY, J. y EBLING, F. (1964). *Historia natural de la agresión*. México: Siglo XXI.

DE LA ROCHEFOUCAULD. (1984). *Máximas.* Madrid: Akal.

DELEUZE, G. (1999). *Conversaciones.* Valencia: Pre-Textos.

FOUCAULT, M. (1979). *Microfísica del poder,* Madrid: La Piqueta.

FREUD. S. (1916) *Los que delinquen por sentimiento de culpabilidad*. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura.* Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

FREUD, S. (1933). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.* Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

FREUD, S. (1921).*Psicología de las masas y análisis del yo.* Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

FREUD, S. (1927). *El porvenir de una ilusión.* Obras completas. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

FREUD, S. (1976). *¿Por qué la guerra? (Einstein, Freud)*. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu.

GIRARD, R. (1995). *La violencia y lo sagrado.* Barcelona: Anagrama.

HEIDEGGER, M. (1970). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Taurus.

LA BOETIE, E. (2007). *El discurso de la servidumbre voluntaria o el contra uno.* Madrid: Tecnos.

LACAN, J. (1966). *El estadio del espejo.* En: Escritos I. México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1991). *El seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós

LACAN, J. (1949). *La agresividad en psicoanálisis.* En: Escritos I. México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1966). Escritos. México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1966). *Otros escritos.* México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1981). *Palabras sobre la histeria. En: Escritos II.* México: Siglo XXI.

LE GAUFFEY, G. (2'13). *El objeto a de Lacan*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

LE GAUFFEY G. (2000). *Anatomía de la tercera persona*. México: Epeele.

LE GAUFFEY G. (2007). *El notodo de Lacan*. Buenos Aires: Cuenco de Plata.

LÉVI-STRAUSS, C. (1969). *Las estructuras del parentesco.* Buenos Aires: Paidós.

LORENZ, K. (1973). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI.

MASSOTA, O. (1977). *Lecturas de psicoanálisis Freud, Lacan*. Buenos Aires: Paidós.

NIETZSCHE, F. (1996). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.

PLATON. (2003). *El banquete.* Madrid: Alianza.

POE, A. (1956). *El gato negro.* Madrid: Alianza.

RAUSCHNING, H. (1946). *Hitler me dijo*. Buenos Aires: Hachtte.

SCHREBER, D. (1979). *Memorias de un enfermo nervioso.* Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.

WEXLER, T. (2011). *Hysteria.* New York: Sony Pictures Classics.

Malestar, sufrimiento y síntoma: sus cualidades subjetivas y su comprensión en el mundo del trabajo

Johnny Orejuela y María del Pilar Murcia

El malestar se inscribe, sin duda, en el campo de lo subjetivo y potencialmente se constituye –no exclusivamente– en la materia prima para la producción del sufrimiento. Sabemos, con Freud, que este malestar como condición es inherente a la condición de los individuos; esto es, como condición estructural, que por efecto de ser sujetos de una cultura que impone con cierta violencia un orden, produce en el campo de los sujetos una división/tensión subjetiva que deriva de la lucha entre dos tendencias antagónicas y dialetizantes: el deseo y la ley. El deseo, en el orden de lo individual, se impone como tendencia a mantener, en términos narcisísticos, el mayor nivel posible de placer. La ley, por su parte, representa una prohibición que produce un efecto de "falta en el ser" (castración) y tiende a ser rechazada por el sujeto en cuanto inhibe su tendencia al placer. Este conflicto estructural entre lo social y lo individual, pero dialécticamente establecido e insuperable, es una forma esquemática de presentar el origen del malestar en la perspectiva de Freud en *El malestar en la cultura*, obra reconocida como el texto antropológico freudiano (no "clínico") en el que Freud presenta (se asume) un diagnóstico del malestar del hombre moderno y "una crítica

psicoanalítica a la modernidad, una versión freudiana de la condición trágica del sujeto en el mundo moderno" (Birman, 1999. p. 17).

Ahora bien, este malestar es el insumo básico para la posibilidad del sufrimiento psíquico que deviene de la incompatibilidad entre la demanda adaptativa del orden social y el deseo del sujeto, que no siempre deriva en sufrimiento por una falla en la forma de resolución de esa incompatibilidad que se da por vía de la represión neurótica. Una mala defensa, toda vez que no cumple su propósito, pues el mismo Freud (1930) reconoció que ese conflicto cede solo cuando el sujeto es capaz de *hacer coincidir el deseo con la le*y; esto es, dar lugar a un deseo que no necesariamente sea satisfecho por fuera de la ley y el orden de la cultura. Es decir, de la aceptación, de la integración simbólica, de una mínima condición para poder vivir en sociedad, lo cual implica aceptar la prohibición y su efecto: la castración; la condición estructural de que "no todo" se puede, condición para lograr hacer lo que sí es posible (porque "no todo" está prohibido). Se trata de pasar de la impotencia neurótica a la imposibilidad lógica y alcanzar una mayor potencia sublimatoria que permita valerse de la cultura para alcanzar la mayor realización personal, una felicidad posible como consecuencia de la caída de los ideales (prestigio, total dominio de sí, éxito absoluto, etc.), pues es de un exceso de ideales que derivamos enfermos.

En suma, el malestar como experiencia subjetiva de tensión, insatisfacción y displacer inespecífico, difuso en el sujeto, puede derivar en sufrimiento o en felicidad según sea el caso y condiciones que permitan lo uno o lo otro, de acuerdo con la historia personal de cada sujeto. La noción de "malestar" está asociada, entonces, a otros conceptos que le permiten cobrar todo su sentido: el sufrimiento, la psicopatología y el síntoma. Conceptos diferenciados, pero constelados entre sí para permitir una cartografía más clara, en este sentido, de la subjetividad humana.

La relación malestar (*unbehagen*), síntoma y sufrimiento (*soufrance*), puede ser planteada como que "el síntoma es la articulación discursiva entre el malestar y el sufrimiento", pero también el síntoma puede ser entendido como "modalidades del sufrimiento y del malestar". Del mismo modo, se puede concebir lo psicopatológico como "[…] *impasse*, bloqueo o suspensión de la simbolización, y el síntoma como forma restitutiva, en exceso y no reconocida, del fracaso de una experiencia" (Dunker, 2011. p. 4). Podría decirse asimismo, que el síntoma hace referencia a una experiencia de sufrimiento transitorio y en ese sentido de nivel (bajo, menos intenso) tramitable por el sujeto hasta cierto punto. La

patología, por su parte, hace referencia a síntomas típicos y permanentes que han superado la capacidad de ser tramitados por el sujeto y en el que este no puede defenderse por sí mismo, lo cual los hace de mayor complejidad e intensidad como forma de sufrimiento. Es claro que el estatuto del síntoma no es el de una anomalía que debe ser eliminada –como en el caso de la clínica médica–, sino de un esfuerzo restitutivo de la economía psíquica como la mejor forma adaptativa en un caso singular y no como signo de enfermedad e inadaptación.

Por otro lado, Dejours (1996) hace referencia al sufrimiento como "[…] espacio de lucha que cubre el campo situado entre, de un lado, el bienestar y, de otro, la enfermedad mental o la locura" (p.153). Para este autor, el sufrimiento es de dos tipos: sufrimiento creativo, compuesto de soluciones originales y favorables a la producción de la salud, y sufrimiento patógeno, que es todo lo contrario.

Ahora bien, hay una relación estrecha entre sufrimiento y reconocimiento. Para Dunker (2011), el síntoma como modalidad de sufrimiento es una forma de demanda y reconocimiento del malestar en cuanto ha estado insuficientemente nominado, nombrado o reconocido. Para Dejours (2005), del reconocimiento depende el sentido último del sufrimiento y opera como correa de transmisión para que se pase, por efecto del reconocimiento, de un sufrimiento creativo a uno patógeno y viceversa. "El reconocimiento es elemento decisivo en el proceso de movilización subjetiva de la inteligencia y de la personalidad en el trabajo" (p. 48). Por ese motivo, desempeña un papel fundamental en la posibilidad de transformar el sufrimiento en placer, "[…] juega un papel importante en el destino del sufrimiento en el trabajo y en la posibilidad de transformarlo en placer" (p. 48).

El reconocimiento es, entonces, una variable importante en la construcción de la subjetividad, el establecimiento de los lazos sociales y el origen del sufrimiento mismo, pues el deseo de reconocimiento habita el centro del alma humana, como bien lo ha planteado Hegel. Del reconocimiento depende la realización de las promesas humanas y el logro de su potencialidad; de lo contrario, emerge la enfermedad y la alienación mental y social. La lucha por el reconocimiento está en la base de la comprensión de la gramática moral de los conflictos sociales: el reconocimiento en la esfera afectiva (del amor) genera confianza, en la esfera del derecho genera autorrespeto y en la esfera de la solidaridad genera autovaloración y autoestima (Honneth, Axel, 2003). No obstante, el reconocimiento está en la base de los conflictos psíquicos, pues no hay patología mental que no esté atravesada por una crisis de la identidad. "El sujeto puede transferir el

reconocimiento en el trabajo al registro de construcción de su identidad […] la identidad constituye el armazón de la salud mental. No hay crisis psicopatológica que no tenga en su centro una cris de identidad" (Dejours, 2005, p. 45).

La relación sufrimiento-trabajo sería, en un paradójico doble sentido, así: del sufrimiento producido por el trabajo (objetivo) y del trabajo (subjetivo) producido por el sufrimiento. "El trabajo en sí mismo no produce sufrimiento; es el sufrimiento el que produce trabajo" (Dejours, 1987, p. 103). Esta aclaración cobra toda importancia, pues no se trata de concebir el trabajo como la fuente del malestar o el sufrimiento humano. El malestar es estructural y preexiste al trabajo; más bien se trata de comprender cómo las condiciones actuales del trabajo pueden estar exacerbando esa posibilidad de sufrir de más por el trabajo.

El sufrimiento en particular, experimentado en el contexto del trabajo, haría referencia al hecho de que entre los polos malestar y sufrimiento se encuentran los síntomas como evidencia de un desbalance en la economía subjetiva. El malestar estructural preexistente al trabajo y relativamente soportable derivaría, entonces, en una manifestación sintomática del desgaste exagerado, el cual se constituye en un sufrimiento que no ha sido posible simbolizar. Esto significa que un sinsentido desgastante emergió como real en el contexto de trabajo.

Para Dejours (1987), el trabajo como sufrimiento es, ante todo, un estado de lucha del sujeto contra las fuerzas que lo empujan en dirección a la enfermedad mental.

> *Surgió de ahí una primera concepción del sufrimiento como característica de los estados mentales que se sitúa entre dos extremos: de un lado, la salud mental, el bienestar psíquico; de otro, la dolencia mental descompensada. Entre estos dos extremos estaría el sufrimiento* (p. 18.).

En su consideración, el sufrimiento es una experiencia vivenciada; o sea, "[…] un estado mental que implica un movimiento reflexivo de esa persona sobre su estar en el mundo […] el concepto del sufrimiento pertenece al orden de lo singular, permanece siempre individual y único" (Dejours, 1999, p. 19). En suma, para Dejours el sufrimiento es un campo de lucha entre el bienestar y la dolencia mental descompensada.

De acuerdo con este autor, el sufrimiento es la experiencia afectiva de tensión, lucha y desgaste, experimentada íntimamente como un drama, un dolor contra el riesgo de descompensación psicopatológica. Es un estado de tensión psíquica vivido como desgaste (mental y del cuerpo) derivado del esfuerzo por restable-

cer la economía psíquica, esto es, del esfuerzo de procurar el desbloqueo de la descarga de una sobrecarga psíquica.

Ahora bien, al no compartir del todo ni estar satisfecho con la definición de sufrimiento planteada por Dejours (1987; 1999; 2005) –porque hay un olvido o subestimación de la dimensión inconsciente y de la voluntad de goce en la comprensión e intervención respecto del sufrimiento en el trabajo, lo que hace que la noción sea relativamente difusa e ingenua al trabajar, sin explicitarlo, con el sujeto de la conciencia o la preconsciencia– presenta una visión reduccionista del sufrimiento como condición negativa y de la subjetividad en el trabajo como sufrimiento. Hay una tendencia general a la desconsideración de la gramática general del contexto en la comprensión del malestar subjetivo y el sufrimiento en el trabajo contemporáneo.

Como respuesta a la crítica expuesta y en línea con Dunker (2011), se ofrece como posible definición de sufrimiento, la siguiente:

> *El sufrimiento, como modalidad del malestar que aspira al reconocimiento, es la experiencia subjetiva de excesiva tensión y desgaste que lleva a la pérdida de la experiencia de sí, derivada de la sobrecarga pulsional inconsciente que ha sido impedida de descargarse, de simbolizarse y traducirse en el necesario placer (distensión) que restablecería el equilibrio de la economía psíquica.*

Para comprender la especificidad de la cualidad psíquica de la experiencia de malestar subjetivo como experiencia de tensión y desgaste, es necesario poner esta categoría clínica en relación con otras que le son colaterales como modalidades de su manifestación, como el sufrimiento y el dolor psíquico. Esto se discutirá en el siguiente apartado.

Malestar, sufrimiento y dolor: límites y continuidades

En general, en el uso cotidiano, pero también en el campo especializado, las nociones malestar, sufrimiento y dolor suelen ser consideradas sinónimas, por lo cual en ocasiones son usadas de manera intercambiable como si se refirieran a la misma cualidad como experiencia subjetiva. En otras, se hacen diferencias que no quedan suficientemente explicitadas o se plantean continuidades entre los términos; por ejemplo, entre el dolor y el sufrimiento. Birman (2013) plantea:

> *La fuerza de la pulsión en un circuito pulsional y que produciría el deseo y el sujeto al mismo tiempo, en el que el registro del dolor sería transformado efectivamente en sufrimiento. De esta manera, el aparato psíquico sería un aparato de subjetivación*

> *a la manera de una transformación permanente del registro del dolor en el registro del sufrimiento* (p. 52).

Esto significaría que si bien hay independencia entre el dolor y el sufrimiento, hay a la vez una continuidad entre el uno y el otro derivada de aquello que se origina en el campo del cuerpo (tensión, necesidad) y solo cobra valor y sentido cuando es subjetivado en el campo psíquico por el efecto de entrar en el orden del deseo, deseo que siempre está relación con el Otro (demanda).

Otros, por su parte, entre las categorías sufrimiento y dolor plantean una cualidad diferenciable:

> *Clásicamente, estos términos se distinguen de la manera siguiente: mientras que el dolor remite a la sensación local causada por una lesión, el sufrimiento designa una perturbación global, psíquica y corporal, provocada por una excitación generalmente violenta. Si el dolor es una sensación bien delimitada y determinada, el sufrimiento, en cambio, se presenta como una emoción mal definida* (Nasio, 1999, p. 24).

Tenemos así que mientras el dolor es preciso y claramente identificable, el sufrimiento es impreciso, mal definido y significativamente intenso, incluso violento.

Por su parte, Cabera, Lluch y Casas (2009); Montoya, Schmidt y Prado (2006) y Ventura (2013), han diferenciado el dolor del sufrimiento ubicando el primero en el plano corporal y el sufrimiento en el plano psíquico. Por ello, han planteado que la diferencia entre el dolor y el sufrimiento radica en que el dolor es la experiencia de incomodidad asociada a una enfermedad o lección física, mientras el sufrimiento es la particular forma como es interpretado, incluso prolongado, el desgaste que produce tal enfermedad en el sujeto. Es decir, el sufrimiento es la interpretación subjetiva de un daño en el campo del cuerpo; o sea, del dolor físico.

Desde otra perspectiva (Miramontes, 2013), la diferencia entre el sufrimiento y el dolor estriba en que el dolor psíquico corresponde a una experiencia inevitable de aflicción por una pérdida que bajo ciertas condiciones será superada como prueba emocional, y el sufrimiento es la prolongación excesiva e innecesaria –esto es, neurótica– de un dolor legítimo. La cualidad que diferencia el dolor del sufrimiento consiste en que este último es un dolor no aceptado y en cuanto tal una forma de resistencia a la pérdida que convierte un duelo normal en un duelo patológico.

Es claro, entonces, que se han dado diferentes esfuerzos por precisar estos conceptos que parecen tener en común su oscuridad y resbaladiza definición. “No

bien captados, se escurren a la razón" (Nasio, 1999, p. 23). Aun así, claramente identificables en la condición humana, pues si bien no tenemos una definición clara de sufrimiento, no cabe duda de que somos capaces de reconocer cuándo alguien está sufriendo. Es decir, somos sensibles a la experiencia del malestar, el sufrimiento o el dolor en el otro. Esto es, quizás, lo que nos hace humanos (Dunker, 2014).

De otro lado, es más o menos claro para los especialistas que la definición precisa del sufrimiento y de sus modalidades de expresión y representación es una tarea compleja y de difícil resolución. Esto quizás obedezca a que esos mismos términos nacen en suelos disciplinares y epistemológicos diferenciados (Dantas, 2009), o sea, han sido objeto de definición y uso racional como categoría analítica por múltiples disciplinas, como la medicina, la psiquiatría, la psicología, el psicoanálisis, la psicopatología e, incluso, la misma sociología clínica.

Aun así, Montoya, Schmidt y Prado (2006) se dieron a la tarea de intentar una definición transcultural del sufrimiento suficientemente genérica que admitiera una categoría precisa y de alto valor heurístico. En esta vía, han propuesto el sufrimiento como

> *[…] un estado de distrés más o menos permanente experimentado por el sujeto en el seno de una sociedad y una cultura completa, al enfrentar una amenaza percibida como capaz de destruir su propia integridad física o psicosocial, y ante la cual se siente vulnerable e indefenso* (p. 120).

Podemos deducir de esta definición que el foco definitorio del sufrimiento radica en que: a. es una experiencia de tensión percibida como negativa; b. es una experiencia más o menos permanente en el tiempo; c. es una experiencia subjetiva; d. es una experiencia cuya interpretación es relativa al contexto cultural en el que el sujeto está inserto; vale decir, el sufrimiento es una interpretación situada cuyo valor está mediado por el contexto cultural; e. se trata de una experiencia percibida como amenaza a la integridad y en cuanto tal el sujeto distingue que no tiene los recursos suficientes para enfrentar el daño.

Se tiene, entonces, una clara diferencia, pero también una continuidad entre el dolor y el sufrimiento y entre el sufrimiento y el malestar. Estos límites y continuidades entre estos tres conceptos podrían esclarecerse si tomamos como referencia diferentes dimensiones y con base en ellas hacer un análisis de cada uno para comprender la especificidad de la cualidad psíquica que implican (Cuadro 1).

Cuadro 1

Límites y continuidades entre las nociones de malestar, sufrimiento y dolor psíquico

	Nivel de intensidad	Cualidad	Nivel de simbolización	Nivel de tolerancia	Instancia de registro
Malestar	Baja intensidad	Difuso	Relativamente simbolizable (se puede o no articular)	Tolerable	Preconsciente/ inconsciente (se puede o no saber)
Sufrimiento	Alta intensidad	Relativamente identificable	No simbolizable (sin sentido, inarticulable)	Intolerable	Inconsciente (saber no sabido)
Dolor psíquico	Media/alta intensidad	Claramente identificable	Simbolizable (articulable)	Tolerable	Consiente (se sabe)

Fuente: elaboración propia.

Así, lo común a las nociones de malestar, sufrimiento y dolor estriba en que siempre se trata de: a. una experiencia subjetiva; b. una experiencia de tensión; y c. una experiencia de desgaste. De tal manera, podríamos afirmar que el núcleo común a las tres experiencias es *una experiencia subjetiva de tensión desgastante.*

Lo que diferencia una experiencia de otra radica en que mientras el malestar es una experiencia de malestar difusa y tolerable (Dunker, 2014; Gaulejac, 2006), susceptible de simbolizarse y de baja intensidad ubicada en el registro preconsciente o inconsciente; es decir, una tensión que, en ocasiones, es posible saber a qué se debe, el sufrimiento sería la experiencia de tensión relativamente identificable pero de alta intensidad, intolerable en cuanto difícil de simbolizar; esto es, el sujeto experimenta un sinsentido inarticulable de carácter inconsciente.

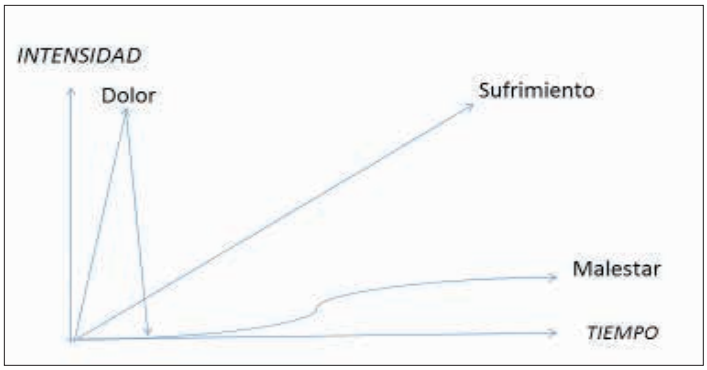
El dolor se correspondería con una tensión psíquica claramente identificable, susceptible de simbolizarse y tolerable, a pesar de que puede ser de mediana y alta intensidad, pues se registra en el orden consciente; esto es, se sabe claramente por qué está doliendo.

Los anteriores elementos permiten diferenciar el malestar del sufrimiento: mientras el primero es de baja intensidad el segundo lo es en alta; mientras el malestar es difuso y el sufrimiento es relativamente identificable, el dolor es reconocible

como experiencia. Mientras el dolor es simbolizable, el sufrimiento es difícil de articular con alguna estructura de sentido; es decir, no se puede enlazar a la estructura simbólica (para lograrlo necesitaría de la mediación simbólica de la palabra bajo el efecto de la transferencia –del otro–, pues no puede solo: la autoconciencia como el autoanálisis son imposibles); el dolor se articularía en función de los recursos que disponga el sujeto. Finalmente, mientras el dolor puede ser experimentado en el plano de la consciencia, el sufrimiento lo es en el plano de lo inconsciente. El malestar puede estar en el plano preconsciente o inconsciente, según el caso (Figura 1).

Figura 1

Diferenciación de las experiencias de malestar, dolor y sufrimiento en función de la intensidad y el tiempo



De acuerdo con la Figura 1, en relación con la intensidad y el tiempo podemos diferenciar las tres experiencias psíquicas, así: el dolor es de alta intensidad y corto tiempo; el malestar es de baja intensidad y largo tiempo, y el sufrimiento es de relativa alta intensidad y prolongado en el tiempo.

Ahora bien, si consideramos adecuada la definición de sufrimiento como experiencia de tensión, desgastante, intensa, intolerable e inconsciente, en la cual el sujeto siente amenazada su integridad psíquica y su vulnerabilidad al no contar siempre con los recursos subjetivos para enfrentarla, y comprendemos que el malestar, por su parte, es una experiencia de tensión desgastante difusa, indeterminada pero tolerable por su baja intensidad y susceptibilidad de simbolización, cabría la pregunta de si la experiencia común en el campo del trabajo es la del sufrimiento o la del malestar; es decir, si se trata de la experiencia de un sufrimiento intenso e intolerable, o si, por el contrario, la de una tensión tolerable para el sujeto en el trabajo, que hemos comprendido aquí como de malestar.

La respuesta planteada para este interrogante apunta en el siguiente sentido: lo que caracteriza el mundo del trabajo contemporáneo en sus términos más amplios y generales, es la experiencia del malestar antes que la de un sufrimiento intenso y generalizado. El mundo laboral no puede ser caracterizado como dominado por el sufrimiento sin negar que haya, en efecto, sujetos que sufren en sus trabajos.

Se parte de considerar que muchos de los análisis planteados por la psicodinámica del trabajo y en especial muchos de los casos presentados en la literatura por Dejours (2005), corresponden más a experiencias de malestar que de sufrimiento propiamente dicho. Esto no quiere decir que en el campo del trabajo no haya sujetos en condición de sufrimiento real y verdadero, sino que numerosos casos y las investigaciones empíricas llevadas a cabo denotan que corresponden a sujetos en condición de malestar subjetivo. Con esto no se niega la existencia de sujetos que experimentan la tensión psíquica desgastante y paradójica que podría corresponder a la noción psicoanalítica lacaniana de *goce* –tolerable–, en cuanto un *placer-displacentero* que atañe a la lógica de la repetición (distinto de un *displacer-placentero* que concierne a la condición del *masoquismo*) (Dunker, 2014), y que podemos hacer equivaler aquí (si es tolerable) con la noción de malestar. No siempre (ni todos) los sujetos en el trabajo están en condiciones de sufrimiento intenso, intolerable e insimbolizable. Se podría considerar, además, que si el sufrimiento es susceptible de transmutarse en placer con relativa facilidad y autonomía, no se trataría, entonces, de una experiencia de sufrimiento intenso sino de malestar difuso y tolerable. Súmese a esto el hecho de que, además, no se puede descuidar que en el mundo del trabajo también hay sujetos que experimentan placer y que en relación con la teoría del placer o de la potencialidad sublimatoria del trabajo, aún hay lagunas y desarrollos teóricos en ciernes (Mendes, Araújo y Soares, 2014). Freud (1930), no describió el sufrimiento sino el malestar en la cultura (difuso, pero tolerable). Podríamos parafrasearlo aquí diciendo que se trata hoy del malestar en la cultural laboral.

El trabajo: campo de lucha entre el placer y el sufrimiento

Ahora bien, en la medida en que las trasformaciones han sido significativas y los impactos múltiples –y no menos discutibles–, crece el interés por las implicaciones que para los trabajadores y la sociedad tiene el nuevo paisaje laboral. Lo anterior ha tenido repercusiones tanto objetivas como subjetivas que pueden ser agrupadas en términos de la precariedad, la degradación de la calidad

de vida y la aparición de nuevas patologías laborales. "El estrés, la angustia y el acoso, patologías de la hiperactividad o el subempleo, la fatiga y el desgaste profesional, la violencia y las experiencias traumáticas nos indican que de la escena del trabajo nos vienen sombras oscuras" (Lhuilier, 2007, p. 18).

Estos fenómenos que afectan la subjetividad y las trasformaciones estructurales que la moldean en el contexto del trabajo, han hecho que en la última década emerja una serie de estudios diversos –incluso, polares–, acerca de la relación entre subjetividad y trabajo, pues mientras para algunos el énfasis mayor está puesto en las ventajas y beneficios que conlleva la implicación subjetiva en el trabajo, para otros esta tiene un rostro manipulador. Sin embargo, algunos autores no se han preocupado por la defensa, ni por la detracción de la presencia de la subjetividad en el mundo del trabajo, sino por entender y caracterizar las consecuencias personales del capitalismo flexible (Sennett, 2000).

Lo cierto estriba en que en la literatura actual relativa a los estudios laborales aparece la subjetividad en el trabajo –expresión acuñada por algunos bajo el sintagma de "subjetivad laboral" (Orejuela y Ramírez, 2011)– como eje de interés investigativo. De un lado, la autonomía y la autorrealización en el trabajo permiten afirmar que el trabajo aporta a la felicidad de las personas, y de otro, y al contrario, sus condiciones de desarrollo así como de degradación redundan en el deterioro de la calidad de vida y de la salud que converge en la aparición de patologías laborales (estrés, *burnout*, *mobbing*, suicidios, etc.), asunto de investigación y preocupación actual toda vez que representa malestar subjetivo en el trabajo e infelicidad. El sufrimiento subjetivo derivado de las actuales condiciones del trabajo es hoy en día asunto de interés y hace que la investigación de la subjetividad en toda su complejidad y manifestaciones, se constituya en un desafío para la psicología organizacional y de trabajo (POT) (Malvezzi, 2016) en particular, y para los estudios laborales en general. Ello se da tanto a nivel teórico (objeto de investigación) como metodológico (formas de abordaje), e incluso de aplicación (estrategias de intervención profesional).

¿Trabajar para ser feliz? (Baudelot y Gollac, 2002); *La fábrica de la infelicidad* (Berdi, 2003); *Trabajo, felicidad e infelicidad* (Warr, Peter, 2007), son títulos que muestran una tendencia creciente a abordar el estudio de la subjetividad en el trabajo y englobar la dialéctica felicidad/infelicidad en él. La felicidad y el malestar en el trabajo son formas, entre otras, de examinar el efecto sobre lo

subjetivo del nuevo paisaje laboral. Hoy no hay duda del creciente involucramiento de la subjetividad en la organización del trabajo:

> *Es un hecho que la subjetividad ha sido redescubierta por la administración, al punto de que si en la administración hoy fuese prohibido usar los conceptos psicológicos referidos fundamentalmente a la implicación de la subjetividad en el trabajo, la administración estaría retrocediendo por lo menos unos cincuenta años* (Malvezzi, 2012, p. 15).

¿Qué aspectos del trabajo pueden promover una relación feliz o infeliz en él y con él? La felicidad en el trabajo no es prerrogativa de un grupo social. La mitad de los trabajadores franceses expresaron algún tipo de malestar en el trabajo, y al contrario de lo que pudiera pensarse, una mayor autonomía en el trabajo no significa más felicidad. De hecho,

> *[…] la relación es positiva para los más cualificados, y es débil o inexistente en la parte inferior de la jerarquía profesional. El hallazgo es similar al que se refiere a la relación entre la intensidad del trabajo y la experiencia subjetiva de esta última* (Baudelot y Gollac, 2002, p. 254).

Esto nos indica que no necesariamente la autonomía se traduce en mayor felicidad y la intensificación en mayor insatisfacción. La flexibilidad, por su parte, es más aceptada y asociada a oportunidad por los más jóvenes y rechazada y vista como peligro por los más viejos; una muestra más de lo paradójico del asunto subjetivo en el contexto del trabajo siempre mediado por lo social. Vemos cómo ciertas condiciones serán interpretas diferencialmente según la posición jerárquica, el nivel de cualificación, el sexo, la edad y la propia historia personal.

En relación con los efectos subjetivos del trabajo los debates siguen abiertos. Para un sector de investigadores, el trabajo es una de las causas de mayor malestar, según las nuevas coordenadas laborales. Para otros, por el contrario, es fuente de satisfacción. Asimismo, una parte de ellos insiste en presentar la dimensión de malestar y sufrimiento que el trabajo representa en términos del deterioro de la calidad de vida y la salud física y mental, al tiempo que otra facción enfatiza en las ventajas que el nuevo modelo de trabajo implica en relación con una mayor autonomía, realización personal y emancipación. Así, para Malvezzi (2012),

> *[…] quizás el más importante producto de la existencia de la psicología del trabajo es tener al lado el potencial emancipatorio de la subjetividad. La subjetividad es un elemento estratégico en el proceso de emancipación y el estudio de la identidad es una evidencia de esto, pues es uno de los elementos de la ecuación del poder político en la sociedad actual. Uno de los grandes desafíos de la subjetividad en el trabajo en el siglo XXI es el enfrentamiento de los efectos de la lógica del mercado* (p, 25).

Esto indica que la subjetividad no es lo afectado dramáticamente por las lógicas del trabajo y limitada por él, sino la palanca que nos permite la emancipación al constituirse en una forma de resistencia a la fuerza alienante del capitalismo.

Por otro lado, Antunes (2005) advierte que las implicaciones subjetivas en el trabajo ostentan un rostro manipulador cuyo propósito es la conquista encubierta de una mayor alienación al trabajo, sin tener que recurrir a formas burdas de violencia. En cierto sentido, esto significa que el mayor involucramiento laboral, la sensación de mayor participación y autonomía, así como de mayor autoexpresión, oblitera la posibilidad de denuncia de la explotación y la alienación del trabajo, hoy más intenso y precario. Esta posición respecto del reconocimiento de lo humano, de lo subjetivo como manipulación gerencial, es compartida por Teixeira (1996), quien ve en el discurso humanista de la alta gerencia solo un pseudohumanismo.

Así, tenemos un campo de tensiones respecto de la relación trabajo-subjetividad; pero, igualmente, posiciones menos polarizadas, intermedias, que plantean que el lugar de trabajo es un sitio tanto de placer como de dolor, y desde las cuales se critica

> *[…] la presentación de la vida organizativa de manera unidimensional con jefes frustrados, trabajadores emocionalmente exhaustos y clientes insatisfechos como foco central del análisis. Así pues, ¿por qué no vemos, en los informes recientes concernientes a la emoción en el lugar de trabajo alguna forma de satisfacción, disfrute y reconocimiento que puede obtenerse de distintas formas del trabajo emocional? ¿Dónde quedan las indirectas, el humor, la compasión, la humanidad experimentados y mostrados en la conducta cotidiana de los trabajadores? Si la organización está saturada de sentimientos (Ashfor y Humphrey, 1995), ¿por qué se analiza la emotividad organizacional desde un punto de vista tan estrecho?* (Bolton, 2006, p. 6).

Esto invita a reconocer la doble dimensión, la condición dialéctica, la paradoja que enfrenta la relación trabajo-subjetividad, pues manifiesta un doble rostro: la satisfacción, el placer y la realización; y el sufrimiento, la frustración, el malestar y la opresión ejercida por la estructura. Pero, asimismo, la capacidad de agencia, reflexividad y experticia de los sujetos. Es decir, "[…] más que ante un trabajador emocionalmente alienado presentado en muchos análisis de la emotividad organizativa, nos encontramos ante trabajadores emocionalmente experimentados que contribuyen a la fabricación de una organización de mil maneras" (Bolton, 2006, p.7).

El triple registro de expresión de los síntomas de malestar en el trabajo: corporal, subjetivo y social

El malestar es expresado en manifestaciones sintomáticas que evidencian su presencia. Como se expresó anteriormente, los síntomas toman cuerpo en la articulación discursiva del malestar que aspira al reconocimiento. Esto significa que aquel puede ser exorcizado si es reconocido, lo cual sucede si pasa por el diafragma de la palabra cuyo poder reside en que una experiencia difusa, indeterminada e inarticulada cobra sentido si se trasmite por la palabra bajo el efecto de la transferencia simbólica. Ello permite que tal experiencia se incorpore en una estructura simbólica que le da sentido. El efecto de la palabra es contratraumático en relación con los síntomas, pues trauma es todo aquello que no ha sido posible de ser pasado por la eficacia simbólica de la palabra. De ahí que las psicoterapias verbales en general –incluida la psicoanalítica–, tengan eficacia simbólica si se dan bajo el efecto de ese fenómeno conocido en psicoanálisis como transferencia y en otras ofertas terapéuticas como confianza en la relación terapéutica y más específicamente en la persona del terapeuta. Sobra aclarar que el solo hecho de hablar no es en sí mismo garantía de simbolización. La eficacia simbólica reside en la condición de atribuirle (tener fe) a quien se le habla cierto saber-poder.

Esto puede hacer ineficaz el dispositivo de la psicodinámica del trabajo propuesto por Dejours (1999; 2005), pues no es suficiente que el colectivo de trabajo hable de sus síntomas, ni que haya un clínico experto en hacer la adecuada interpretación. La eficacia reside en que el colectivo hable bajo el efecto de la transferencia y el clínico escuche e interprete en el momento oportuno el *kairoz*. Cualquier interpretación que no sea bajo el efecto de la trasferencia, en el momento oportuno y sobre el orden significante y simbólico expresado por el sujeto mismo es inútil. El solo hecho de que en un consultorio se encuentren los personajes paciente y terapeuta no hace eficaz el análisis. Es necesario que estén articulados bajo el efecto de la transferencia simbólica y la interpretación del analista tenga la eficacia –asimismo simbólica– de introducir el elemento que hace falta para que los síntomas se den en sus efectos de desgaste y goce, única garantía de que la palabra del paciente tenga un efecto simbólico ordenador y pacificador.

En ese sentido, la noción de síntoma con la que se podría trabajar para pensar las manifestaciones del malestar en el trabajo tendría que ser aquella que supere el modelo medicalista en la que los síntomas son expresiones de enfermedad, anormalidad e inadaptación. Se trata de integrar una comprensión más psicoanalítica y psicodinámica en la que aquellos alcancen el estatus de formaciones

del inconsciente –adaptativas– que den consistencia ontológica al sujeto y, paradójicamente, arrastran goce en *plus*; esto es, una forma de defensa que aspira a ser adaptativa pero que falla, que no lo es todo, porque a la vez que apacigua produce un desgaste no calculado.

Una rectificación de la comprensión del síntoma visto como un fenómeno con estatuto adaptativo, podría llevarnos a comprender por qué –como afirma Lacan– "el neurótico ama sus síntomas". Para el sujeto no es fácil renunciar a los síntomas, pues a pesar del displacer que arrastran ocupan un lugar en la economía psíquica. Visto así, se podría entender el porqué de las resistencias en las intervenciones terapéuticas antes que el deseo de cura, así como la pérdida de eficacia de algunas intervenciones psicodinámicas del trabajo que no obtienen el éxito esperado si los cambios propuestos o posibles son advertidos por el sujeto o el colectivo como un cambio que compromete y pone en riesgo una forma defensiva que provee ganancias secundarias, a pesar de que arrastre desgaste excesivo en *plus* (*plus* de goce), pues como lo plantea Dunker (2002), el sujeto hace un cálculo neurótico de su goce; es decir, piensa estratégicamente qué gana y qué pierde en cada caso, y acepta mantenerse como está o se arriesga a la posibilidad de un cambio, según el balance que haga de las pérdidas y las ganancias que implica renunciar a sus síntomas y exponerse al cambio. De este aspecto, se hablará más ampliamente en el capítulo X.

De vuelta al problema del malestar en el trabajo contemporáneo, puede afirmarse que los síntomas que se manifiestan en relación con esta experiencia, se clasifican en tres registros: corporal, psíquico y relacional.

En cuanto a los síntomas corporales, el malestar en el trabajo y el sufrimiento que en él se puede experimentar se manifiestan en el ámbito del cuerpo mediante trastornos fisiológicos derivados de un estado de tensión desgastante e inasimilable conocido popularmente como "estrés", una categoría que opera, según Lhuilier (2007), como la representación social del malestar, del goce en el trabajo, ya se había señalado. Así, tenemos en este nivel síntomas como trastornos cardiacos, gastrointestinales, músculo-esqueléticos, lesiones por esfuerzo repetitivo, marcas del cansancio por agotamiento físico, alteración del sueño, fatiga física y cognitiva, síndrome de quemarse por el trabajo (*burnout*) aletargamiento extremo (*karoshi*), etc.

Respecto de los síntomas psíquicos, estos comprenden experiencias de desgaste emocional tales como depresión; desconfianza en sí mismo; sensación de vacío o sinsentido; sensación de incertidumbre y riesgo insoportables; vivencia de emociones negativas como temor, irritabilidad, impotencia y resentimiento, y en general, lo que se ha convenido en llamar patologías de la soledad, dentro de

las cuales la más dramática es el suicidio en el trabajo que Dejours ha abordado con ahínco.

En el tercer registro (el relacional), se agrupa una cierta clase de síntomas asociados a la fragilización de lazo social: aumento de la conflictividad intersubjetiva, competencia inmoral, falta de respeto, deslealtad, desconfianza mutua, y en general, cualquier otro de negación del reconocimiento legítimo, como pueden ser la precarización de cooperación y la pérdida de relaciones de solidaridad y de aprecio mutuo. Podríamos decir que existen patologías del reconocimiento tales como humillación, violencia, estigmatización, vulneración de derechos y el acoso laboral, como heridas o síntomas de sufrimiento moral (Honneth, 2010).

El nudo real, simbólico e imaginario del trabajo: un instrumento conceptual para pensar la génesis del malestar laboral

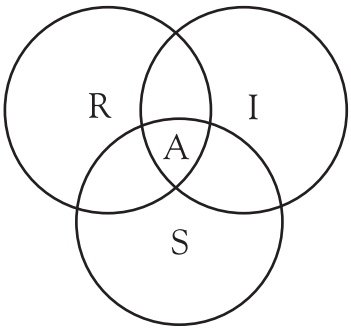
La psicodinámica del trabajo ha hecho un aporte significativo en la comprensión de qué parte del sufrimiento que se experimenta en el trabajo deviene de la imposibilidad de disponer de la recursividad subjetiva al enfrentar los efectos de lo real en el trabajo, experimentados en el registro emocional como experiencia de frustración e incapacidad de control de las situaciones de trabajo. Si bien es innegable la contribución conceptual para diferenciar entre trabajo prescrito, trabajo real y lo real del trabajo, se considera que la capacidad heurística de la categoría real de trabajo puede ser complejizada e incrementada si se la articula en una relación topológica –esto es, de nudo–, con las categorías imaginarias y simbólicas, pues el trabajo comporta estos tres registros simultáneamente: real, simbólico, imaginario. Lo real es, como plantea Dejours (1999), la experiencia de la resistencia de los materiales, las máquinas y los equipos al control por parte de los operadores, lo cual produce como saldo angustia y frustración. Lo simbólico correspondería al conjunto de reglas organizacionales del mercado de trabajo y del oficio, a lo que se añade el conjunto de valores que pautan un orden social más amplio y que al constituir en su conjunto el orden simbólico del trabajo es, por definición, un orden incompleto e inconsistente. Este orden simbólico, al pautar las condiciones de intercambio en el mundo del trabajo e imponerle un ritmo a la pulsión en cuanto limita la posibilidad de realización inmediata de las imposiciones, de los imperativos, del programa del principio del placer, se constituye en parte en la fuente del malestar y también en la condición de posibilidad de la emergencia de lo real que también puede ser fuente de malestar y sufrimiento.

El registro imaginario atañe a la posibilidad de construcción de la *gestalt* imaginaria, que permite construir una idea más o menos estable de sí mismo conocida en psicoanálisis como "yo" y que alude a él en términos de la constitución de una identidad o en términos de un conjunto de proposiciones que permiten elaborar una representación de sí y de los demás en el teatro social; en este caso, en el teatro social del trabajo.

Estos tres registros no podrían, topológicamente hablando, ser entendidos de manera desarticulada. Por ello, explicar el malestar en el trabajo con base en una causa basada exclusivamente en la dimensión de lo real, es, si bien necesario, insuficiente, toda vez que la dimensión imaginaria exacerbada por las relaciones de competencia entre iguales (propias de la ideología, del discurso deportivo y del culto al desempeño) y la negación recíproca del reconocimiento, también tienen efecto real (y están en la génesis del malestar experimentado en el trabajo). A su vez, el declive del orden institucional (Dubet, 2006), o lo que en psicoanálisis se ha convenido en llamar la declinación de la figura paterna, con sus respectivos efectos de anomia que en el campo del trabajo se representa por el proceso creciente de desregulación laboral, es otra condición de posibilidad para malestar en el trabajo por la pérdida de las referencias, el entumecimiento psicológico y la negación del reconocimiento legítimo, entre otros. El debilitamiento de lo simbólico y su función apaciguadora exponen a los sujetos con menos recursos simbólicos para enfrentar lo real de la agresividad connatural a las relaciones humanas. Es decir, un desorden de lo simbólico puede producir también los efectos de un desorden real. Este principio entraña la famosa expresión: "Cuando la política falla, se impone la guerra; y a la vez, cuando la política triunfa la guerra cesa" (Figura 2).

Figura 2

El nudo borromeo del trabajo: lo real, lo simbólico y lo imaginario



R: real; I: imaginario; S: simbólico; cuarto anillo (A): la actividad

Se tiene pues, que la única génesis de malestar no reside en el registro de lo real, sino que también participan de ella el registro de lo imaginario exacerbado y el registro de lo simbólico debilitado. En consecuencia, el malestar social contemporáneo obedece a un intento de negación de lo real, a una exacerbación de lo imaginario (imaginarización de lo real y de lo simbólico) y a una debilitación de lo simbólico. Vemos aquí cómo es necesario considerar simultáneamente los tres registros en una relación de nudo para comprender el malestar y el sufrimiento producido en el campo de trabajo.

Un análisis topológico de los tres registros psíquicos incluye los anillos de lo real, lo simbólico y lo imaginario, sostenidos por un cuarto anillo que evita su desarticulación. Cada uno operaría independientemente si en el caso del psiquismo ese cuarto anillo lo constituye el síntoma (en sujetos normales) y el *sinthome* para quienes han llevado su análisis hasta sus últimas consecuencias. En el análisis topológico del trabajo, los nudos real, simbólico e imaginario están sostenidos por un cuarto anillo: la actividad, en el sentido definido por Dejours como el trabajo realmente hecho en el que está comprometida la subjetividad. Es decir, la inteligencia y el deseo del sujeto (síntoma laboral).

Bibliografía

ANTUNES, R. (2005). *Los sentidos del trabajo: ensayo sobre la afirmación y negación del trabajo.* Buenos Aires: Ediciones Herramienta Taller de Estudios Laborales.

BAUDELOT, C. y GOLLAC, M. (2002). *Travailler pour etre heureux*. Paris: Fayart.

BERARDI, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global.* Recuperado de: www.TraficantesdeSueños.com.

BIRMAN, J. (1999). *Mal–estar na actualidade: a psicanalise e as novas formas de subjetivacão*. Rio de Janeiro: Civilizacão Brasileira.

BOLTON, S. (2006). "Una tipología de la emoción en el trabajo". En: *Sociología del Trabajo*. 57, 3-29.

DANTAS, M. (2009). *Sofrimiento psíquico, modalidades contemporâneas de representação e expressão.* Curitiba: Juruá Editora.

DEJOURS, C. (1987). *A loucura do trabalho: Estudo de psicopatologia do trabalho*. São Paulo: Cortez.

DEJOURS, C. (1999). *Conferencias brasileiras: identidade, reconhecimento e trasgressao no trabalho.* São Paulo: FGV.

DEJOURS, C. (2004). *O fator humano.* Rio de Janeiro: Fundacão Getulio Vargas.

DEJOURS, C. (2005). *Trabajo y sufrimiento: cuando la injusticia se hace banal.* Madrid: Editorial Modus Laborandi.

DEJOURS, C. (2009). *El desgaste mental del trabajo*. Madrid: Modus Laborandis.

DEJOURS, C., ABDOUCHELI, E y JAYET, C. (1996). *Psicodinâmica do trabalho: contribuicoes da escola dejouriana á análise da relaca prazer, sofrimento e trabalho*. São Paulo: Atlas.

DUBET, F. (2006). *El declive de la institución: profesionales, sujetos e individuos en la modernidad.* Barcelona: Gedisa Editorial.

DUNKER, C. (2002). *O calculo neurótico do gozo.* Sao Paulo: Escuta.

DUNKER, C. (2011). *Estructura e constituicão da clínica psicanalítica: uma arqueología das prácticas de cura, psicoterapia e tratamento*. São Paulo: Annablume.

DUNKER. C. (2014). "Malestar, sufrimiento y síntoma: teoría del reconocimiento y psicopatología psicoanalítica". En: Orejuela, J. y Moreno, A. (2014). *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad*. Cali: Bonaventuriana.

FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura.* Obras completas, Tomo XVII Buenos Aires: Amorrortu.

GAULEJAC, V. (2006). *As origens da vergonha*. São Paulo: Via lettera.

HEGEL, G. (1807)/[2009]. *Fenomenología del espíritu.* México: Fondo de Cultura Económica.

HONNETH, A. (2003). *Luta por reconhecimento: a gramática moral dos conflitos sociais.* São Paulo: Editora 34.

LHUILIER, D. (2007). *Clinique du Travail*. París: Érès.

MALVEZZI, S. (2016). "La psicología organizacional y del trabajo: una historia de desafíos". En: Orejuela, Villamizar y Andrade. (Eds.). *Psicología de las organizaciones y del trabajo: apuestas de investigación.* Cali: Bonaventuriana.

MALVEZZI, S., OREJUELA, J., CHIUZI, R., VESGA, J & RIASCOS, W. (2012). *Gramáticas actuales de la relación hombre-trabajo: propuestas de lectura*. Cali: Bonaventuriana.

MENDES, A., ARAUJO, L. y SOARES, F. (2014). "Escucha política y clínica del sufrimiento en el trabajo: contribuciones desde las prácticas en clínica psicodinámica del trabajo brasilera". En: Orejuela. J. (Ed.) *Psicología de las organizaciones y del trabajo: apuestas de investigación.* Cali: Bonaventuriana.

NASIO, J. (1999). *El libro del dolor y el amor*. Barcelona: Gedisa.

OREJUELA, J. y RAMÍREZ, A. (2011). Aproximación cualitativa al estudio de la subjetividad laboral en profesionales colombianos. *Pensamiento Psicológico*. 9(16), 125-144

SENNETT, R. (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del capitalismo flexible*. Barcelona: Anagrama

TEIXERA, J. (1996). "Nos quem, cara palida?": A Razao Depois de Taylor."*Recursos" Humanos e Subjetividade.* Petropolis. Vozes.

WARR, P. (2007). *Work, Happiness, and Unhappiness.* London: LEA, Publishers.

Lógica subjetiva en la construcción del enemigo en el conflicto armado en Colombia

Mario Elkin Ramírez

Freud (1930) da una definición de lo que puede ser el otro para cada sujeto, a saber, el colaborador, el objeto sexual, el modelo y el enemigo, y es este último el menos desarrollado en psicoanálisis, a diferencia de los otros. No obstante, a partir de ellos pueden hacerse inferencias de lo que es la construcción del enemigo desde el punto de vista subjetivo.

Una reciente investigación[7] partió del análisis de los discursos de los actores armados en Colombia, para inferir de ellos la manera como se construye el enemigo. Se pudo establecer una dimensión subjetiva que privilegio aquí y que pretendo explicitar de modo fragmentado, más allá de las dimensiones política, jurídica, social o filosófica, que también colegas de otras disciplinas han elucidado en la investigación.

El sujeto se estructura con base en otro tomado como modelo de identificación y del que el sujeto toma, inconscientemente, determinados rasgos conforme a los cuales se transforma a sí mismo. En ese movimiento hay una fascinación por el modelo y de igual manera, una fascinación por el enemigo. Es una especie

7. Discursos sobre el enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2009, llevada a cabo por el Grupo Interdisciplinario de Investigación sobre Conflictos y Violencia (Iner), de la Universidad de Antioquia. El presente capítulo es un producto derivado de esa investigación.

de amor en el sentido de la atención permanente del otro: se lo observa, lo que aquí se traduce en vigilancia; se está pendiente de su manera de ser, de pensar, de actuar y de sentir, pero más que para obnubilarse en su adoración, es para criticarlo, señalarle la equivocación, su falla, su error. Hay, como en el amor, una alienación especular por el enemigo; es un fenómeno próximo al que en psicoanálisis se reconoce como transferencia negativa.

Jacques Lacan (1966) ha elucidado en su *Estadio del espejo*, que luego del momento lógico de la *alienación* del sujeto por esa imagen y su fascinación, adviene un momento de distancia, de rivalidad, de odio por otro que sirvió de modelo, en el que no caben en el mundo dos tan semejantes, se odia a ese otro y se inicia el movimiento lógico de la *separación*.

Es tal vez la explicación del surgimiento subjetivo de la enemistad, cuando el modelo se convierte en rival y se busca una diferenciación máxima de su ser, afirmado así la subjetividad en función de la diferencia radical con el otro.[8]

En nuestra investigación se verificó un funcionamiento reiterativo de un espejo sangriento entre los actores armados: los unos se copian a los otros las tácticas, las estrategias, los discursos, las acciones, el número de muertos en cada ataque, las formas de matar y el trato al enemigo. Pero también hay una tendencia a la diferenciación máxima en el nombramiento en el enemigo de los atributos negativos y aquellos que la sociedad detesta y, por contraste, la atribución de las mayores virtudes y principios positivos a sí mismo. Es como si lo íntimo abyecto se proyectara y reconociera en el otro.

Cuando se requiere del enemigo para afirmarse en su identidad como diferente, ello nos introduce en otra lógica subjetiva polarizada: aquella en la que hay una directa proporcionalidad entre la cohesión identitaria con la segregación absoluta de lo diferente.[9]

---

8. El presupuesto psicoanalítico que pone en cuestión la tautología simplista del "yo soy yo", radica en que la afirmación de la identidad no es posible sino a costa de negar que "yo soy los otros", negación que puede, incluso, hacer ejercicio de la violencia extrema para borrar toda traza de lo que del otro nos constituye. Es lo que se instala de la propia intimidad en los otros, en una *extimidad*, para segregar hacia el exterior los componentes propios detestados y desde ese lugar encarnado afuera, en los otros, tratar de borrarlos, ubicarlos lejos de la vista, no querer saber nada de ellos, eliminarlos.
9. Hay en el ámbito colectivo una identidad fragmentada en elementos múltiples donde se reconoce una tendencia a la segregación de los demás y un reconocimiento, ante sí y ante los otros, de las insignias que hacen esa diferencia en una relación de directa proporcionalidad, a mayor cohesión, mayor segregación del enemigo.

El enemigo necesario y el contingente

En el análisis de los discursos del secretariado de las FARC-EP[10] y de los paramilitares,[11] el enemigo aparece como una entidad necesaria; es decir, su propia identidad es definida y justificada a partir de la existencia del enemigo.

El conflicto armado no es, entonces, una explosión de violencia "sin sentido", sino que obedece a un cálculo racional fundamentado en argumentos de favorabilidad colectiva que esconden pasiones individuales. Y mientras el enemigo se vuelve necesario desde el punto de vista ideológico, político, económico, social y subjetivo, la argumentación de los discursos muestra cómo la razón crea monstruos.

El relato del mito fundacional de las FARC-EP da cuenta de un equilibrio cuasi paradisiaco en la que humildes campesinos vivían pacíficamente y pretendían explotar la tierra de manera cooperativa. La relación de estos sujetos con sus semejantes era, literalmente, la de colaborador, pero un otro externo llamado después "el imperialismo norteamericano", con un plan expansionista y colonizador al que se añade la concepción de prevenir la propagación internacional del comunismo que ya había triunfado sobre él en la revolución cubana, convenció a un otro más cercano –el gobierno colombiano de la época– para unirse a su cometido.

De este modo, a ese otro nacional llamado "gobierno" se le ocurrió que la explotación cooperativa de la tierra que hacían los dichosos campesinos constituía un foco comunista en el país, "una república independiente" dentro de la soberana Colombia. De este modo y bajo el pretexto de defender la república homogénea y el modo de producción capitalista, encontró amenazante esa relación de colaboración, erigió como enemigos a los campesinos y bombardeó su zona de manera desproporcionada.

El discurso del legendario Tirofijo durante la instalación de la mesa de diálogos del Caguán, narra en detalle ese acontecimiento fundador,[12] toda vez que ese ataque hizo necesaria una reacción que se concretó en la fundación de las FARC-EP como una incipiente guerrilla conformada por unos pocos campesinos

10. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo.
11. Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).
12. Discurso de Manuel Marulanda Vélez, enviado para la instalación de los diálogos del Caguán y leído el (1999-01-07). Fuente: documento consultado en la Fundación Ideas para la Paz en Bogotá.

que ejercían el derecho de rebelión, debido a que se los estaba excluyendo de la democracia.

> *En 1964, a raíz del triunfo de la revolución cubana, el presidente Kennedy diseñó un plan contrainsurgente para América Latina con el fin de evitar el surgimiento de otras revoluciones en el continente. A estas medidas diseñadas por el Pentágono se les dio el nombre del Plan Laso y es dentro de este marco cuando el presidente Guillermo León Valencia les declara la guerra a cuarenta y ocho campesinos de la región de Marquetalia, dirigidos por Manuel Marulanda Vélez [...] A los pocos días comenzó el gigantesco operativo con 16 mil hombres del Ejército, utilizando toda clase de armas, inclusive bombas bacteriológicas lanzadas por aviones piloteados por expertos militares gringos* (Vélez, 1999, p. 4).

Aquí se prefigura el origen mítico de la insurgencia; se argumenta su razón de ser; por qué su lucha ha debido ser armada; en qué consisten su causa y su recorrido; se describen las traiciones de las que han sido objeto, y se expresa el resentimiento que los ha habitado por largo tiempo. Los cuarenta y ocho sobrevivientes a ese ataque se unieron desde entonces para combatir a ese otro "Gobierno nacional", que por ese acto fundacional se constituyó a su vez en enemigo necesario de las FARC-EP.

Se arguye la desproporción del ataque, el ensañamiento del enemigo con ellos, sus propias pérdidas. En consecuencia, fue el otro quien por medio de ese ataque los nombró como sus enemigos, les dio consistencia y los hizo crecer. Fue el otro quien comenzó la enemistad y los erigió como sus enemigos. Desde hace cincuenta años las FARC-EP han justificado su existencia en la arbitrariedad del enemigo-Gobierno, corroborada con cada acción de este para combatirlos. Los atacados se autodefinirán como un ejército de defensores del pueblo, de héroes llenos de arrojo y valentía que han desafiado la muerte luchando contra un gigante despiadado y aniquilador al que dan una consistencia enorme y necesaria para justificar su propia existencia. Según esta perspectiva, si hubiera paz con justicia social no existirían, se disolverían, no tendría sentido su funcionamiento.

Este mito del origen se estableció en sus discursos como una historia caracterizada por un rasgo épico, heroico y glorioso. Como algo que retorna siempre cada vez que alguno de los integrantes del secretariado se refiere a cómo nació la insurgencia, en qué se constituyeron, por qué han resistido en el tiempo, qué quieren del enemigo y qué los justifica como combatientes de un Estado-enemigo que según el grupo insurgente, siempre los ha perseguido, provocado, calumniado y traicionado. Retorna el mito fundacional que se reivindica como el sostén simbólico e imaginario de su guerra.

Un factor subjetivo que ha servido de soporte a la ferocidad guerrillera y a su permanencia en esa posición es la instalación de un resentimiento perenne contra un destinatario específico. Su resentimiento amenaza lo establecido, alimenta su fortalecimiento militar, alenta su condición insurgente y fundamenta subjetivamente la crueldad que justificó su radicalización como enemigo.

Un mito del origen similar es narrado para dar cuenta del nacimiento de las AUC. Unos pequeños propietarios de tierra disfrutaban de su explotación, pero las guerrillas comenzaron a pedirles cuotas para no atacarlos y al tiempo financiar su guerra contra el Estado. De esta manera, dio comienzo al robo de ganado, al secuestro y al hostigamiento, actitudes que merecieron la estructuración de su propia milicia armada como un modo de autodefensa, pues el Estado no cumplió su función de defenderlos. Por esta razón, los primeros discursos paramilitares analizados eran contra la insurgencia y en defensa de su propia existencia en función del combate contra su enemigo del cual desprendía, igualmente, su propia consistencia. Las FARC-EP y otros grupos insurgentes como el ELN[13] y el EPL,[14] fueron los enemigos necesarios de las AUC.

Los jefes paramilitares definen las AUC como un "movimiento nacional antisubversivo", de ahí que denominen a las guerrillas sus enemigos naturales o históricos y las diferencien de otros actores con los que llegaron a tener confrontaciones. Por esta razón, la insurgencia se presenta como un enemigo necesario en el discurso paramilitar en virtud del papel que desempeña en la configuración identitaria del actor armado. Al respecto, afirmaba Carlos Castaño: "[…] sostener la autodefensa en el momento en que se acabe la guerrilla sería imposible. La unidad a nosotros nos las ofrece […] la existencia de la guerrilla" (Arismendi, 2000).[15]

En la ponencia que presentó ante el Congreso de la República en julio de 2004, Ramón Isaza describía la existencia de un pasado rural anterior a la guerra caracterizado por una vida familiar pacífica y modesta:

13. Ejército de Liberación Nacional.
14. Ejército Popular de Liberación.
15. Los estudios académicos sobre el conflicto armado en Colombia han brindado evidencia suficiente para dudar de la validez de este discurso, según el cual la naturaleza de los paramilitares sería exclusivamente antisubversiva. Desde la perspectiva de autores como Duncan (2005), Cepeda (2006), Medina (2005) o Franco (2002), el paramilitarismo en Colombia ha estado vinculado íntimamente a dinámicas de acumulación capitalista más que a prácticas contrainsurgentes.

> *No eran esos tiempos como los de ahora, no eran las costumbres iguales a las de hoy, se vivía para la familia, como primera medida y en segundo lugar de los vecinos, de la comunidad […] la vida era simple y los campos sitios ideales para vivir y criar la familia, por lo cual diez o doce gallinas, dos o tres vacas lecheras nos daban huevos y leche para nuestro consumo, dos o tres marranitos que se mantenían sueltos, cuando ya estaban gordos los vendíamos y con eso comprábamos el arroz, el chocolate, la manteca, la sal, el azúcar y otras cosas de la canasta familiar* (Isaza, 2004).

Esta armonía idílica habría sido perturbada por las guerrillas que sin razón aparente reclamaron para sí los animales domésticos de los campesinos y violaron su derecho a la propiedad. "Cuando esos bandidos se nos llevaban algo, nos descuadraban todo, nos privaban de lo necesario, por eso había que tomar alguna decisión" (Isaza, 2004, p. 7).

Relatos similares aparecen recurrentemente en las presentaciones públicas de los jefes paramilitares entre 1998 y 2005 (Gurisatti, 2000), acompañados por el recuerdo de secuestros a familiares cercanos, como es el caso del padre de Carlos Castaño. Estos sucesos particulares de violencia son asumidos como el germen de la enemistad, pues se corresponden con los primeros ataques que recibieron de parte de la guerrilla.

Castaño expresaba: "La guerra mía se inició por venganza, fue evolucionando y comencé a ser un actor político como lo que representamos hoy" (Gurisatti, C. 2000). Señala el paso que va desde la venganza por el asesinato de su padre a manos de la guerrilla a la elaboración de una posición política y militar para enfrentarlos. Esa evolución podría llamarse sublimación si la venganza se hubiera convertido en aspiración a la justicia a manos del Estado, pero al ser por mano propia que se busca ahora combatir al ofensor, no cabe la idea de la sublimación, sino la ampliación del campo de la venganza dirigida al enemigo.

De lo anterior se deduce que los paramilitares se consideran originalmente víctimas de la guerra más que actores generadores de ella. En sus discursos, los grupos guerrilleros son retratados como ladrones y secuestradores desprovistos de toda motivación política que llegaron para dar fin a la vida pacífica de sus comunidades de origen.

Pero ese enemigo necesario de las AUC que justificaba su existencia, a la vez era el enemigo del Estado y por una lógica elemental, "el enemigo de mi amigo se vuelve mi enemigo". Esa coincidencia en el enemigo con el Estado llevó a una alianza entre AUC y Estado para combatirlo juntos. Alianza difícil dados las limitaciones del derecho internacional humanitario (DIH) y los distintos tratados

–como el de Ginebra– que restringen la guerra en cuanto al trato del enemigo y las formas de combatirlo. Así, las FARC-EP se convirtieron en el enemigo común y necesario del Estado y de las AUC.

La versión que dan las FARC-EP del origen de las AUC diverge radicalmente de este relato, pues al contrario, expresan que fue el Estado mismo el que creó las AUC para que hicieran el trabajo sucio que él no podía hacer por estar sujeto al DIH y a los tratados internacionales. Para ellos, las AUC "son los hijos ilegítimos" del Estado.

La concepción heroica de la lucha contrainsurgente se expresa también en las denominaciones de algunas de las facciones de las AUC, como es el caso de "Héroes de Tolová" o "Héroes de Granada". Etimológicamente, el héroe es aquel varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes; personaje de carácter elevado en la epopeya. El discurso denota, entonces, que los paramilitares se sacrificaron por el pueblo, hicieron una "acción grande y pública" que el "juicio de la historia" tendrá que reconocer, puesto que confrontaron en muchos lugares a los enemigos de la patria encarnados en el terrorismo de la subversión y gracias a ello, hicieron posible en los territorios que lograron someter a su dominio, la "concordia, la tolerancia y la civilidad" entre sus habitantes, a la par de la sobrevivencia del modelo económico vigente tributario de valores como la libertad de empresa, la "inversión" de los capitales, la productividad, el desarrollo, y el "trabajo honesto".

Este discurso autoidentitario conlleva implicaciones importantes en la caracterización de la insurgencia, pues esta ya no solo propicia la unidad del actor armado, sino que también enaltece la heroicidad del guerrero. Para que esto último ocurra el enemigo debe ser descrito como particularmente aterrorizador y monstruoso. Como si se tratara de un relato de la épica clásica o de una novela caballeresca, los jefes paramilitares se refieren a las guerrillas como "profetas armados del caos, la violencia y el terrorismo" (Mancuso, 2004), al tiempo que se las vincula con lo sombrío y lo desconocido:

> *Aquí, están presentes conmigo los héroes dolientes de la guerra, los que sobreviven y los que fallecieron. Están aquí, los que caminan sin descanso defendiendo esta Colombia desconocida para muchos, patrullando en parajes peligrosos y solitarios, donde acecha el enemigo terrorista. También los héroes anónimos caídos en la lucha, que ya no podrán disfrutar la Paz* (Mancuso, 2204).

Luego de la ruptura de los diálogos de Pastrana con las FARC se da paso a una forma de enemistad absoluta (Schmitt, 1999), en la cual el enemigo es desco-

nocido en su naturaleza política y reducido al papel de criminal o no humano. La guerra ya no se entiende como una confrontación entre ejércitos opuestos y adquiere las características propias de una "guerra contra la humanidad" (Mancuso, 2004b).[16]

Ocasionalmente, esta postura se presentó acompañada de comentarios religiosos que pretendían caracterizar a los paramilitares como emisarios de una voluntad divina. Con estas palabras cerraba Mancuso su discurso en la instalación de la mesa de negociación con el Gobierno Uribe: "Que Dios, por conducto de nosotros, ejecute sus designios de paz para los colombianos" (Mancuso, 2004a).

El enemigo contingente depende, en cambio, del contexto y los intereses del grupo armado que lo erija. En el caso de las FARC-EP, se convertía en enemigo de la paz todo aquel que se opusiera al diálogo que desarrollaban en su momento con el Gobierno en el Caguán y todo aquel que lo desaprobara o criticara. En cuanto al paramilitarismo, el lugar del enemigo contingente venía a ser ocupado por todos aquellos –personas, organizaciones, instituciones, grupos poblacionales– que le reportaran alguna utilidad inmediata en cuanto enemigo.

Combatir un enemigo en nombre de los valores comunes da réditos políticos. Lo que en la investigación se ha llamado "utilidad simbólica del enemigo" es la forma de acceder a nuevos capitales simbólicos. Es el caso evidente del paramilitarismo. Allí radica el fundamento de la llamada "limpieza social" ejercida por ellos en su instauración en los territorios. En este punto emergen enemigos contingentes (consumidores de drogas, prostitutas, ladrones, etc.), cuya eliminación es aplaudida por grandes sectores de la nación.

Del diálogo con el adversario a la eliminación del enemigo

En el momento de los acercamientos entre la insurgencia y el Estado en el Caguán, se plantea como la posibilidad de resolver la enemistad mediante el diálogo. Durante este proceso varió jurídicamente la valoración del enemigo, pues para procurar los diálogos fue preciso que el Estado les reconociera a las FARC-EP el estatuto de enemigo político, de contradictor en rebelión. Ese cambio de estatuto introduce al enemigo en la dialéctica del reconocimiento,

16. Durante la instalación de la mesa de negociación en Santa Fe de Ralito, Mancuso (2004b) sostuvo firmemente esta postura: "La de las guerrillas comunistas colombianas es una guerra contra las libertades y la dignidad del pueblo colombiano. Y toda guerra contra las libertades y la dignidad de cualquier nación de la Tierra es también una guerra contra la humanidad" (p. 5).

momento en el cual se lo colma de humanidad, de semejante, de alguien con iguales derechos. Pero ante cualquier contratiempo reverdecía la desconfianza, la sospecha de traición.

En la instalación de los diálogos, Andrés Pastrana enunciaba: "Confío en que la ilusión de paz de los colombianos será realidad y que esta oportunidad histórica iniciará, por siempre y para siempre, la travesía hacia la paz". El orador confiesa que sabe que la paz es una ilusión y no obstante, promete volverla realidad; paz perpetua. En psicoanálisis, el mecanismo de la ilusión es inconsciente y consiste en la proyección hacia afuera, al futuro, al más allá, de una difusa percepción interna en la que se ve realizado un anhelo. Pero no al presente de manera realista, la ilusión es también una formación del inconsciente, una realización onírica en la fantasía de un deseo y por tanto no un trabajo en la realidad en el camino racional de su concreción.

La ilusión es susceptible de colectivizarse, razón por la cual el orador señala que es de "muchos colombianos". La paz perpetua es para los colombianos una ilusión que mueve mayores masas que la conducen a un sueño colectivo. Las ilusiones son gratas y tienen un poder afectivo, por lo cual son las preferidas por la colectividad y el líder, si está avisado, utiliza a su favor para lograr a partir de esa idea rectora una cohesión de las mayorías a su alrededor. Porque la ilusión permite a las masas humanas satisfacerse en su creencia en ellas.[17]

Durante los diálogos se acentuó el espejo sangriento. La vanidad del gobernante de la época armonizaba con la soberbia de los miembros del secretariado de las FARC que pensaban que la zona de despeje era un país que se les había otorgado –su laboratorio de paz– que les otorgaba la dignidad para negociar como pares sin ninguna mediación simbólica, atrapados en la lógica imaginaria elucidada por Lacan en su matema *a-a'*.

Y así, a partir de la ruptura de los diálogos el enemigo devino lo peor. Cuando el oponente –cualquier persona, institución, comunidad, pueblo o nación– entra en la serie del enemigo que se tiene que eliminar; cuando el enemigo político

17. Freud (1976) especificó la identificación como el mecanismo a partir del cual se configuran las masas artificiales. Su producción consiste en que el ideal del yo (conciencia moral, superyó) de cada miembro de la masa ha identificado al líder del grupo o a una idea rectora. Del reconocimiento de que los otros han también remplazado su ideal del yo por dicho líder, surge un vínculo entre ellos. Ese doble vínculo, al líder y a los otros, brinda estructura homogénea al grupo, su identidad, incluso cuando el líder no está encarnado sino que es remplazado por una idea rectora o una ilusión. Por contraste, quien se oponga a esa ilusión estará condenado a la segregación y la enemistad.

en el campo práctico pasa a ser tratado y combatido como enemigo absoluto y, en consecuencia, se pretende su negación como ser humano y se busca su exterminio, el conflicto se degrada.[18] A la ruptura de los diálogos se despojó al enemigo de su humanidad, de su lucidez y de sus derechos para convertirlo en aquello que el imperio norteamericano acababa de acuñar como el arquetipo del enemigo absoluto: el terrorista. El enemigo se vuelve un *homo sacer* desnudo de todo derecho; es la encarnación del mal. Se lo priva de la condición de persona y se tiende la noción de enemigo a civiles "[…] considerados peligrosos debido al carácter encubierto de sus acciones" (Ferro y Uribe, 2002).

De los discursos sobre el enemigo derivan la tortura física y psicológica, la humillación, la crueldad y el uso irracional y excesivo de la violencia, lo que ha incidido en la degradación del conflicto y en su prolongación. En el caso de los paramilitares, el diálogo con el Gobierno de Álvaro Uribe no representaba un mecanismo para tramitar la enemistad sino una oportunidad para resolver sus problemas jurídicos. Ello confirmaría la tesis de que por no haberse creado como una fuerza contra el Estado –aliada a él en algunos aspectos– no había una diferencia radical que no pudiera ser tramitada. Incluso, en su momento se pensó perdonada y olvidada.

A la vez, las formas imaginarias de representarse el enemigo como demonio, plaga, peste, locura (formas simbólicas de nombrarlo) dan lugar a giros discursivos en su construcción, algo común en todos los actores armados implicados. Las variaciones dependen de las coyunturas políticas, sociales, jurídicas y económicas que modulan el trato con el enemigo. De adversario político a terrorista o de aliado a narcotraficante es algo que va más allá de la nominación: a una profunda función performativa de la nominación que apunta a nombrar el corazón del ser del enemigo, lo que conlleva una forma implacable de combatirlo sin ningún límite.

Considerar el adversario como enemigo absoluto permite y legitima su eliminación no solo como contrincante político, sino también como ser humano y ser vivo. Visto el conflicto desde una lógica militar y al estar justificado por motivos "enaltecidos", predomina en el tratamiento del enemigo absoluto la crueldad sobre la misericordia y el derecho, independientemente de quién sea el agente. Se ponen en marcha estrategias discursivas de deshumanización o

18. La territorialización intrasubjetiva cada vez más estrecha que Freud llama el narcisismo de las pequeñas diferencias, hace que el yo o la colectividad imaginen su propia identidad y segreguen a todo aquel que pretenda igualárseles en su terreno.

desubjetivación con las cuales se pretende describir al enemigo como no persona para conducirlo hacia su animalización, patologización y cosificación.

Luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, los jefes de las AUC se empeñan en calificar a la subversión como "terrorista", "narcoterrorista", "sembradora del terrorismo", o "reducto terrorista" (en el caso del ELN). De lo que se deduce que los paramilitares privilegian los estereotipos hegemónicos para referirse a sus enemigos, aquellos calificativos que, como el "narcotráfico" y el "terrorismo", gozan de mayor fuerza, capacidad de deslegitimación y reconocimiento nacional e internacional.

Esto demuestra, además, la influencia de los poderes internacionales en la construcción de la enemistad en Colombia. A través de lo que Bourdieu y Wacquant (2005) llaman "la razón imperialista", tales poderes definen e identifican los "crímenes" y su jerarquía de los mismos y por esta vía los enemigos de un actor internacional son asimilados por los actores locales. "Narcotráfico" y "terrorismo" son para los Estados Unidos, la Unión Europea y los poderes conexos, las conductas que mayor castigo merecen. En el caso colombiano, basados en la acusación de narcotraficantes de las organizaciones insurgentes, se ha legitimado la extradición de sus integrantes a los Estados Unidos y destinado los recursos del Plan Colombia a la lucha contrainsurgente. De allí que al imputarles a las FARC-EP la participación directa en el narcotráfico, correlativamente se las trata en el discurso como los "peores criminales internacionales en la historia de América Latina". La internacionalización de las categorías con las cuales se alude al enemigo sería, por tanto, una de las expresiones de la globalización definida por Santos como "localismo globalizado".[19]

En el caso específico de las FARC-EP, el discurso de los paramilitares actuó en dos direcciones: por un lado, se buscó rechazar las opiniones y proyectos de esta organización insurgente asegurando que mentían en su voluntad de paz y obedecían a intereses personales, por lo cual el Caguán era un engaño de enormes proporciones. En segundo lugar, se procuró difundir la idea de que las

19. Sobre este concepto, Santos (2009) expresa: "Consiste en el proceso por el cual un fenómeno local dado se globaliza con éxito, ya se trate del funcionamiento mundial de las ETN, de la transformación de la lengua inglesa en *lingua franca,* de la globalización de la comida rápida o de la música popular norteamericanas, o de la adopción mundial de las leyes de propiedad intelectual norteamericanas para los programas informáticos. En este contexto, la división internacional del globalismo asume el siguiente patrón: los países centrales se especializan en los localismos globalizados, mientras que a los países periféricos les es impuesta la alternativa de los globalismos localizados" (p. 310).

FARC-EP se ubicaban por fuera de lo racionalmente aceptable. Estas estrategias discursivas se pueden resumir en cuatro:

Irracionalidad. Se intenta demostrar que las FARC-EP (y la subversión en general) son irracionales e ilógicas y que sus proyectos carecen de sentido. Un proceso de diálogo honesto como lo entienden los paramilitares, implica "traer a las FARC-EP a la razón" " (Acosta, 2000). Se evidencia en expresiones como: "La irracionalidad y barbarie de las FARC-EP hicieron inevitables la ruptura del proceso de negociación" (Acosta, 2000).

Animalización. Se describe a las FARC-EP con rasgos animales y se utilizan palabras como fauces y madriguera, entre otras, para referirse a los grupos insurgentes. Castaño habla, por ejemplo, de "La terquedad de las FARC-EP en amenazar y dar golpes como bestias enfurecidas y armadas de puñales". Esta estrategia guarda relación con la concepción épica que los paramilitares tienen de sí mismos, a la cual nos hemos referido antes.

Enfermedad. Se caracteriza a las FARC-EP como enfermos mentales y delirantes. En este caso se habla, por ejemplo, de los "delirios mesiánicos de las FARC-EP" (AUC, 2002a) que pretenden instaurar la anarquía.

Exclusión de la sociedad. Se asegura que las FARC-EP nunca han formado parte de la sociedad. Dice Carlos Castaño: "En el caso de los subversivos hay que hablar de inserción en la sociedad, porque nunca fueron sociedad, en el caso nuestro de retorno a la normalidad civil" (AUC, 200b).

Sea esta una pequeña muestra de la dimensión subjetiva que subyace a la creación del enemigo inferida a partir del análisis de sus discursos.

Bibliografía

ACOSTA, L. (2000, 5 septiembre). Entrevista a Carlos Castaño, Comandante de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Agencia Internacional Reuters.

ARIZMENDI, D. (2000, 1 de marzo). Entrevista a Carlos Castaño. En: "Cara a Cara". Bogotá: Canal Caracol T.V.

AUC (2004). Discurso de Mancuso ante el Congreso de la República.

AUC. (2002a) COM sobre la ruptura del Caguán. Bogotá: AUC.

AUC. (2002b). Las FARC y su desespero. Bogotá: AUC.

BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. (2005). "Sobre las astucias de la razón imperialista". En: Wacquant, L. (Coord.). *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática*. Barcelona: Gedisa. pp. 209-210.

DUNCAN, G. (2005). "Los señores de la guerra: del campo a la ciudad en Colombia". En: *Revista Foro.* Nº 59, pp. 3-19.

FRANCO, V. (2002). *Orden contrainsurgente y dominación.* Bogotá: Instituto Popular de Capacitación. Siglo del Hombre Editores.

FERRO, J. y URIBE, G. (2002). *El orden de la guerra, las FARC-EP: entre la organización y la política.* Bogotá: Centro Editorial Javeriano.

FREUD, S. (1976). "Psicología de las masas y análisis del yo". En: *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1930/1976). "El malestar en la cultura", cap. V, en: *Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires: Amorrortu.

GALLEGO, C (2005). *ELN: una historia contada a dos voces. Entrevista con "el cura" Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista, "Gabino".* Bogotá: Rodríguez Quito Editores.

GURISATTI, C. (2000, 8 agosto). Programa "La Noche". Entrevista a Carlos Castaño. Bogotá: RCN Televisión.

ISAZA, R. (2004). Texto presentado ante el Congreso de la República. Recuperado de: http://www.google.com.co/url?sa=tyrct= jyq=yesrc= sysource=webycd=1yved=0CCsQFjAAyurl=http%3A%2F%2Fwww.derechoshumanosypaz.org%2FMATERIAL_DDHH%2FANALISIS_COYUNTURAL%2FALTERNATIVIDAD_PENAL%2FDISCURSO_RAM_N_ISAZA_JUL_28.DOCyei=ucUaUN6TOY-M6QHf_4A4yusg=AFQjCNHqqn0bqiV_uAYfTp0yc48Oy0ahbAysig2=q5xIztFsPiRtb5-jqEdYfA.

LACAN, J. (1966). *Escritos 1. El estadio del espejo.* Siglo XXI. Argentina.

MANCUSO, (2004b). Discurso de instalación de la Mesa, Ralito. Santafé de Ralito: AUC.

MARULANDA, M. (1999). Discurso de instalación de los diálogos de paz en El Caguán. Bogotá: Fundación Ideas.

SANTOS, Boaventura de Sousa. (2009). *Sociología jurídica crítica: para un nuevo sentido común en el derecho*. Madrid: ILSA/Trotta.

SCHMITT, C. (1999). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.

El sujeto adicto frente a las políticas de salud pública

Una lectura psicoanalítica sobre los nuevos estatutos de la droga y una clínica posible

Tatiana Calderón García[20]

Las drogas en nuestro país son un asunto de Estado y no sabemos en qué medida ello sea conveniente. Hemos sido testigos de las diversas propuestas alrededor de su despenalización, su venta y su consumo. Muchas de ella claramente progresistas, defendidas en la Constitución de 1991 –que nos permitieron mirarlas como un asunto de libertades personales– y otras radicalmente moralistas en las que se penaliza nuevamente la dosis mínima y el consumo de toda suerte de sustancias. De acuerdo con este panorama, vemos que el problema de las drogas divide las opiniones sociales. Al respecto no hay acuerdos y sí leyes y programas en marcha.

El problema no es sencillo y este texto no pretende elucidar todas sus aristas, pero intentaremos problematizar algunas de ellas ya que Colombia, en los años noventa, pasó de ser un país productor a ser un país consumidor. Este cambio sucedió en menos de una década cuando ya se lograba entender cómo combatir el narcotráfico mediante alianzas internacionales y fumigaciones de toda índole. Lidiábamos con los fenómenos urbanos de la aparición del dinero rápido y habíamos logrado una falaz armonía entre la mala imagen internacional y la

20. Magíster en Psicología Clínica de la Universidad del Valle. Psicóloga Clínica y docente asociada e investigadora de la Universidad de San Buenaventura Cali. Coordinadora de la Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica.

cotidianidad nacional. En ese tiempo el problema del consumo no era nuestro, sino de los países que querían nuestra droga. Pero sí lo era el asunto de la producción y el tráfico. ¡En este momento somos un país consumidor!

Para el Observatorio de la Droga en Colombia, entre el 2004 y el 2011 el consumo nacional se ha elevado notoriamente, lo que ha generado una insistente demanda de la sociedad al Estado por acciones eficientes y efectivas a los problemas asociados con la producción, el tráfico y el consumo de drogas. Los informes y reportes estadísticos oficiales muestran preocupantes aumentos del consumo de sustancias psicoactivas. En el 2013, el Observatorio reportó que el uso de drogas ilícitas en la población entre los doce y los sesenta y cinco años va en aumento, y entre ellas el incremento más significativo es en el consumo de marihuana, que pasó de un 2,12 % en el 2008 a 6,17 % en el 2013, práctica más acentuada en los estudiantes universitarios con un aumento del 11,2 % a 15,01 %. Adicional a esto, el reporte también es significativo para otras drogas ilícitas como la cocaína y la heroína, cuyo consumo pasó del 2,5 % al 7,93 %. Se cree, además, que el 9,1 % de la población global ha usado alguna droga ilícita al menos una vez en su vida. El estudio también registra el aumento de consumo en jóvenes y adultos jóvenes, entre los doce y los treinta y cuatro años, en comparación con mayores de treinta y cuatro años. Llaman la atención estas cifras, ya que mientras el consumo de tabaco pasó del 25 % en el 2008 al 18 % en el 2011, el consumo de psicotrópicos "duros" aumenta cada vez más en nuestro país.

Sin embargo, esta situación es necesario revisarla con cuidado, ya que en asuntos de droga el Estado colombiano no hace ninguna diferencia entre los términos consumidor, abusador y adicto. Si bien estos adjetivos están claramente diferenciados y definidos, los programas de atención se hacen pensando más en consumidores. Un consumidor es alguien que habitual u ocasionalmente usa o consume una o varias sustancias, sin que necesariamente sea un adicto o requiera especial atención (imaginemos que hubiese programas de prevención y tratamiento para el alcoholismo por aquellos que ocasionalmente toman licor para brindar en una cena). Cabe indicar que uno de los más graves problemas de las políticas de mitigación del consumo y de atención radica en que están trazadas de acuerdo con las cifras de los consumidores y no con las de quienes verdaderamente padecen un problema: los adictos. Y con esto se quiere señalar la gravedad de que un problema tan serio como el de la droga, se analice exclusivamente como un problema moral, ya que no todo el que consume es un potencial adicto (esto se abordará con un trasfondo psicoanalítico más adelante).

En materia de política pública hemos homologado un asunto de orden jurídico con un problema de salud; vale decir, hemos confundido los problemas de legalidad de la droga (es claro que la mayoría de los psicotrópicos son ilegales). No por su ilegalidad su consumo se puede convertir en un problema de salud pública.

En esa vía, es necesario comprender que lo que antes se consideraba una alerta, un peligro para la juventud o un vicio, su nuevo estatus en la salud pública entraña ahora una enfermedad. Es un hecho la desaparición paulatina del vocabulario popular la palabra vicioso, único término para referirse a quien consumía abusivamente o estaba sencillamente perdido en la droga. En su lugar han aparecido toda suerte de terminologías técnicas que han poblado el vocabulario: adicto, drogadicto, drogodependiente, farmacodependiente, toxicómano… Y como si fueran pocas estas locuciones técnicas, es cada vez más usual llamarlos por el nombre de la sustancia: heroinómanos, cocainómanos, opiómanos, etc.

Pues bien, sin duda varios discursos han permitido llegar hasta esta sobreespecificidad de la nominación cuando de drogas se trata, pero todos tienen algo en común y es que el estudio de las adicciones ha tomado como objeto de estudio la droga; es decir, ha puesto el énfasis no en el sujeto que consume ni en los derivados psicológicos del consumo, sino en el objeto que consume (marihuana, heroína, cocaína) o el objeto que lo consume o por el cual es consumido.

Al respecto, voy a referir en este texto tres asuntos. El primero tiene que ver con su inclusión en el DSM V. En segundo lugar me referiré al estatuto de enfermedad y en tercer lugar hablaré de manera rápida de lo que esto significa frente a sus tratamientos con base en una postura psicoanalítica.

La *American Psychiatric Association* (2013), conocida como DSM, se refiere en su quinta versión a cuatro condiciones posibles para aludir a los trastornos y síndromes asociados a las drogas: intoxicación, abuso, dependencia y trastornos asociados a la deprivación de las sustancias. Es decir, las sustancias enferman de manera circunstancial y a esto lo llamamos intoxicación. También enferman por consumo repetitivo y a esto lo denominamos abuso; enferman por dependencia cuando no se pueden abandonar y a cambio hay alteraciones psicológicas permanentes asociadas a esto. y enferman por su abstinencia. En pocas palabras, las sustancias pueden producir cuatro formas de enfermar, pero su consumo siempre enferma.

Así y acorde con el tóxico consumido, se describe de la A la Z en el DSM una amplia semiología tóxica. Miremos aquí un ejemplo de sus formas de clasificación y las sustancias reconocidas:

- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de las anfetaminas.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de la cafeína.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación del *cannabis*.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación a la cocaína.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de fenilciclidina.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación con inhalantes.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de nicotina.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación con sedantes.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de opiáceos.
- Intoxicación, abuso, dependencia y deprivación de sedantes, hipnóticos o ansiolíticos.

Esta clasificación señala los efectos orgánicos que estas drogas ocasionan en la fisiología del organismo, pero también indican algunos efectos psicológicos asociados los cuales suelen ser contradictorios, ya que si bien la cocaína pueda causar agitación, otro efecto asociado puede ser la depresión.

Por si fuera poco esta enorme clasificación, el DSM-5 (2013) incluyó otras adicciones no asociadas a una molécula, sino a la conducta. Son las llamadas adicciones conductuales, entre las que se tienen la ciberadicción, la ludopatía, la adicción al trabajo, el gasto compulsivo, la adicción al teléfono y la adicción al sexo. En principio podría pensarse que esto no es más que la extrema patologización de la vida cotidiana. Pero estas nuevas adicciones conductuales ofrecen una interesante pista para contemplar un sujeto de la adicción, ya que a diferencia de los criterios diagnósticos para adicciones por sustancias ligadas al efecto orgánico, estas nuevas formas tóxicas del consumo sustituyen la sustancia por algo en lo que el sujeto participa: incapacidad de autocontrol, daño a otro, negación del problema, cambios en el humor y abandono progresivo de otros intereses y conductas. Al menos aquí hay un sujeto, un sujeto que compra, que goza, que juega, que habla con otros por el chat. Pero el problema aquí –y no como en las otras adicciones a sustancias–no son los objetos de consumo, sino lo que le sucede al sujeto que consume y lo que hace en su consumo al menos en el plano de la conducta.

Y esto es importante porque tanto los tratamientos como la prevención de la drogadicción se ha centrado en la eliminación de las sustancias; es decir, en combatir el tráfico y eliminar el consumo. Pero estas nuevas adicciones conductuales nos imponen de nuevo la tarea psicológica de pensar en el adicto y

su padecer, ya que en una sociedad de consumo a nadie se le ocurriría cerrar los trabajos, los centros comerciales o suprimir los medios de comunicación.

Estas nuevas adicciones conductuales nos invitan a pensar y no a moralizar –espero– el asunto de las adicciones. Es decir, a cavilar estas adicciones como un *farmakón*.[21] Le Polichet (2012), define los tóxicos (heroína, cocaína, marihuana) como *farmakón*; es decir, como una sustancia que tiene un sentido de doble valencia y por ello pesa sobre la subjetividad. Puede ser a la vez veneno y a la vez remedio; al tiempo que que intoxica, cura. Esto nos permite entender por qué el DSM se contradice cuando alude a los efectos psicológicos de las drogas: a la vez que excitan deprimen. Vale decir, el efecto psicológico de la droga siempre es subjetivo en el sentido de que atraviesa un sujeto que tiene un psiquismo activo, razón por por la cual sus efectos no serán tan predecibles como los efectos orgánicos.

En este sentido, las adicciones podrían ser un modo particular de relación altamente dependiente de un sujeto adicto con un "objeto droga", a la par que, por un lado, enuncian un discurso de la "omnipotencia del *farmakón*" y reducen el asunto a un estado de necesidad provocado por el efecto químico de la sustancia en el organismo (como lo expresan las posturas de orden neurológico); y por otro lado se ocupan de la reactualización de un vínculo primario con un objeto totalizante, a saber, la adicción a la droga como derivación de una imposibilidad de separación del sujeto respecto de su figura primordial, lo cual se compensa con en el consumo del sustitutivo tóxico.

Cabe asumir que estas adicciones conductuales abren el camino para admitir las adiciones como un síntoma al estilo del síntoma freudiano; es decir, como aquello que anuncia un conflicto y se hace visible por medio de las acciones del sujeto, pero que no tiene –parcialmente– nada que ver con el conflicto (aunque guarde una imbricada relación) y solo actúa como una posibilidad de escape energético en la que la pulsión encuentra algo de su satisfacción. Esto nos retrotrae a la joven obsesiva descrita por Freud (1917), quien una y otra vez articulaba su inoficioso y dispendioso ritual para dormir, a sabiendas de la inutilidad de su acción, pero sin poderlo abandonar ya que era la única forma económica de asumir un conflicto angustiante en extremo.

21. Término acuñado por Silvie Le Polichet con base en los planteamientos de Derridá (1968). Concibe el farmakon como aquello que no tiene carácter propio. Es una no sustancia sin efectos que puede virar sus sentidos: es a la vez cura y veneno. Esta propuesta retoma la idea de Sócrates y la cicuta.

Con esto quiero indicar que si bien la patologización de la vida cotidiana puede ser un desacierto mayúsculo, estas adicciones conductuales y no a sustancias nos devuelven al asunto de tratar de comprender lo que pasa en la vida del sujeto que manifiesta conductualmente un goce sin límite encaminado a su propia destrucción. Sostengo que incluso si se erradicara y prohibiera toda producción de fármacos y sustancias psicotrópicas en el mundo, seguirían existiendo *farmakones*. Es decir, ilusiones de autocuración de conflictos intrapsíquicos no resueltos que toman la vía del *acto* para poner en escena con una estética subjetiva su manifestación.

Pensando el nuevo estatuto de la adicción como una enfermedad

Las acciones del Estado se han orientado a promover programas de prevención de la drogadicción en escuelas, empresas, familias y universidades. Sin embargo, es innegable que se requiere un proceso de atención a los sujetos adictos que vaya más allá de un proyecto de ley o una política institucional y se oriente hacia el bienestar de aquellos que padecen a causa de las SPA.

Por esta razón, el consumo y los procesos de intervención y rehabilitación se convirtieron en el centro de múltiples estrategias para afrontar esta problemática. Sin embargo, queda pendiente el debate mundial sobre la legalización de la droga, el cual se ve cada vez más lejano de los imaginarios colectivos. Pero, con independencia de estas necesarias discusiones sobre qué hacer con el asunto de la droga, debemos ocuparnos de aquellos sujetos que padecen una adicción en una sociedad en la cual no hay libertad de consumo y el estigma social y los discursos plagados de moralismos están a la orden del día en cuanto a manejo, diagnóstico y tratamiento.

Consecuencia de lo anterior es que el adicto es tratado en Colombia como un enfermo, lo cual da lugar a la política de atención al consumo de sustancias psicoactivas, como lo establece la Ley 1566 de 2012, que se plantea en su artículo primero lo siguiente:

> ***Artículo 1. Reconocimiento****. Reconózcase que el consumo, abuso y adicción a sustancias psicoactivas, lícitas o ilícitas es un asunto de salud pública y bienestar de la familia, la comunidad y los individuos. Por lo tanto, el abuso y la adicción deberán ser tratados como una enfermedad que requiere atención integral por parte del Estado, conforme a la normatividad vigente y las Políticas Públicas Nacionales en Salud Mental y para la Reducción del Consumo de Sustancias Psicoactivas y su Impacto, adoptadas por el Ministerio de Salud y Protección Social.*

Cabría, entonces, un análisis de los planes de prevención y atención en Colombia a partir de este estatuto. Para empezar, revisemos la definición de enfermedad según la RAE:

> **1.** *f. Alteración más o menos grave de la salud.*
>
> **2.** *f. Pasión dañosa o alteración en lo moral o espiritual.*
>
> **3.** *f. Anormalidad dañosa en el funcionamiento de una institución, colectividad, etc.*

Una enfermedad es un daño que llega sin comprenderse muy bien cómo sucede. En este sentido, la Ley 1566 de 2012 ha desterrado la palabra vicio y por ende la condición de vicioso ha perdido toda vigencia. Sin embargo, cabría reflexionar acerca de las aserciones propuestas por la RAE para explicar con mayor amplitud las implicaciones de este nuevo estatuto

De acuerdo con la definición de la RAE, un vicio es:

> *1. m. Mala calidad, defecto o daño físico en las cosas.*
>
> *2. m. Falta de rectitud o defecto moral en las acciones.*
>
> *3. m. Hábito de obrar mal.*
>
> *4. m. Defecto o exceso que como propiedad o costumbre tienen algunas personas, o que es común a una colectividad.*
>
> *5. m. Gusto especial o demasiado apetito de algo, que incita a usarlo frecuentemente y con exceso.*
>
> *6. m. Desviación, pandeo, alabeo que presenta una superficie apartándose de la forma que debe tener.*
>
> *7. m. Lozanía y frondosidad excesivas, perjudiciales para el rendimiento de la planta. Los sembrados llevan mucho vicio.*
>
> *8. m. Licencia o libertad excesiva en la crianza.*
>
> *9. m. Mala costumbre que adquiere a veces un animal.*
>
> *10. m. Cariño, condescendencia excesiva, mimo.*

Como vemos, un vicio no es algo deseable. Es el efecto de algo que el sujeto hace y ese hacer está cargado éticamente. Es decir, no es un designio, ni una mala fortuna, ni efecto del azar, sino algo que el sujeto elige y actúa con base en ello. Por otra parte, la definición está moralizada en el sentido de un orden

social que señala su mala condición y su peligro. Toda sociedad tiene algo qué decir sobre sus vicios y algo qué hacer con sus viciosos. Sin embargo, considerar los vicios como enfermedades es desvirtuar tanto la condición ética como la condición moral del sujeto en su consumo.

Al padecerlo como una enfermedad más, se corre el riesgo de que la participación del sujeto se desvirtúe y por tanto deviene en esclavo. ¿Quién es esclavo? El adicto. ¿Quién es el amo? La sustancia. Los esclavos no tienen palabra a menos que se subleven de su amo. Al respecto, Pedinielli y Bonnet (2008) rescatan la etimología de la palabra adicción. Según estos autores, adicto viene del latín *ad dicere*, que significa "ser llamado para"; en nuestro caso, ser llamado para ser esclavo de un amo como pago de una deuda.

Asignar la condición de enfermo a alguien que padece el costo de una deliberación, de una elección en el deseo, lo deja anclado a una situación de la que posiblemente no puede deshacerse, pues no le pertenece sino que se la debe a un objeto externo como causa de su mal. Al igual que el resto de enfermedades es algo que determina el sujeto biológicamente, por lo cual pensar lo terapéutico con base en esto puede ser complejo y seguramente poco efectivo.

A partir del psicoanálisis se pueden distinguir dos ideas sobre el asunto de la droga, plausibles para comprender el acto toxicomaníaco. Por una parte, las toxicomanías son producto de una relación de objeto nociva para el sujeto que implica una condición de dependencia y actuaciones autodestructivas, las cuales se sostienen por la gratificación de rememorar satisfacciones primarias favorecidas por una falla en las relaciones tempranas del sujeto con los objetos. Por otra parte, las toxicomanías serían una condición sintomática en la que el sujeto encuentra un modo de tramitar su sufrimiento merced a la intoxicación.

En ambas consideraciones aparece como elemento integrante de la lógica del acto toxicomaníaco un "objeto droga" que se nombra y refiere sin definirlo claramente. Ello complica la comprensión de la relación entre el sujeto y la droga, mas aún si se tiene en cuenta la complejidad que un objeto, entendido en el sentido psicoanalítico, reviste para un sujeto. Por tal razón, al centrarnos en el carácter de objetalidad que se da por supuesto tanto en teoría como en la clínica de las adicciones, debemos reflexionar en torno a la droga con base en considerarla un objeto en el sentido analítico, en la dinámica toxicómana y en la relación que el sujeto que se adentra en la experiencia tóxica configura con tal elemento.

Genuinamente, no hay entre el consumidor y su droga una relación. Desde el punto de vista psicoanalítico estricto significa un intercambio pulsional no recíproco, como los casos de las melancolías y el duelo amoroso. Hay un sujeto que ama (es decir, que descarga pulsionalmente su carencia en el otro) y es amado (rechazado, querido, odiado por otro que es a su vez sujeto de un deseo). Por tanto, no hay una relación en el sentido estricto, sino un sujeto que sufre y goza, pero no en una relación. Y si la hubiere, sería una relación en el pleno sentido narcisística, una relación autocontenida que no evoca la falta sino su negación. Recordemos que el narcisismo no tiene otro objeto que el yo (Freud,1914).

El adicto atrapado en su tratamiento

La rehabilitación del consumo es, sin duda, uno de los asuntos más complejos dentro de las problemáticas de salud pública, ya que su atención no solo implica importantes inversiones, sino también una incapacidad del Estado para brindar de manera satisfactoria los tratamientos y satisfacer las demandas relacionadas con la inclusión del adicto como paciente dentro del ya por sí deficiente sistema de salud colombiano. Más todavía cuando estas inversiones dejan un manto de duda acerca la intención terapéutica perseguida y su efectividad.

De acuerdo con esta lógica, los tratamientos y las políticas con respecto al consumo de sustancias psicoactivas, están encaminadas hacia la prohibición según lo sustenta (Velosa, 2009), en tanto los programas de prevención tienen como objetivo la eliminación del consumo y están impregnados de discursos moralistas que tratan de reintegrar la personas a las dinámicas socialmente aceptadas, contribuyendo así al mejoramiento de la calidad de vida del sujeto.

Estas iniciativas están enfocadas en la erradicación del consumo y en la inclusión generalizada de los consumidores en los programas de tratamientos contenidos en el plan obligatorio de salud. Esto refleja una deficiencia debida al bajo nivel de especialización de los tratamientos, los cuales deberían estar orientados a las necesidades individuales que demanda cada sujeto. Según Gómez (2012), las consecuencias de la problemática de la drogadicción no se centran únicamente en el adicto, sino también en asuntos como los índices de violencia, la peligrosidad en las ciudades y la existencia de guetos en los cuales se concentran tanto expendedores como consumidores. Esta realidad muestra que los tratamientos ofrecidos posiblemente no son los mejores, pues las falencias en materia de costos y efectividad son notables y los recursos para atender la población adicta reposan todavía en la idea ilusoria de “salud integral para todos”.

La oferta de programas de atención, además de su precariedad, es llevada a cabo en su mayoría por fundaciones de beneficencia de carácter religioso o por rehabilitados altruistas que buscan alternativas de financiamiento mediante oficios diversos. Estos procesos de rehabilitación son de eficacia discutible, en especial en población adolescente cuyos integrantes tienen el mayor grado de vulnerabilidad. Prueba de ello son los resultados del Ministerio de Salud y protección Social (2010), basados en la encuesta nacional de sustancias psicoactivas en adolescentes en conflicto con la ley llevada a cabo por el ICBF y el DANE en el 2009. en ella se identifica que del total de adolescentes que se incorporan a procesos de rehabilitación, el 46 % reincide y el 55 % obtiene algunos logros. Estos datos requieren interpretaciones amplias, pero por lo pronto debemos recordar que estos tratamientos son llevados a cabo, en su mayoría, por instituciones con pocos recursos, a las que hace muy poco les fueron impuestas determinadas condiciones para establecerse según las condiciones y regulaciones del sistema de salud. De todas maneras, pese a su falta de recursos y controles han contribuido al mejoramiento de la calidad de vida de algunas personas.

Es probable también que parte de las explicaciones de esta nada alentadora encuesta sobre la efectividad de los tratamiento de las adicciones en nuestro país, tenga que ver con la expectativa de lo que los mismos adictos llaman "mantenerse limpio", cuyo indicador de medida es erradicar completamente el consumo y no necesariamente conseguir un equilibrado placer con los objetos de consumo. Aquí de nuevo llegamos al dilema de moralizar la prohibición, ya que mientras la droga siga siendo ilegal y su consumo signifique un oscuro manto de producción, distribución y venta conocido como narcotráfico, no podremos discutir sobre consumos equilibrados (o "mitigación", según el nuevo término acuñado en la política). Muchos tratamientos encaminados a partir de que la curación consiste en el retiro completo de la droga, proponen discutibles modelos de sustitución por otros objetos de satisfacción menos nocivos, los cuales van desde los psicofármacos hasta la teoterapia, y ubican al fármaco o a Dios en el lugar de la verdad. Aquello que aliviana la falta disminuye la angustia y resuelve, al menos de manera temporal, la inquietud de ser y existir.

Finalmente, no se trata de afirmar que el psicoanálisis plantea una cura distinta de la que otros modelos han sugerido. Algunas teorías psicoanalíticas han planteado consideraciones diagnósticas muchas de ellas criticadas por quien esto escribe no a partir de conductas sino de estructuras, como un intento de adentrarnos en la subjetividad de los adictos y las razones particulares por las que sus necesidades subjetivas encuentran en la droga un nicho de resolución. Es posible también que el terapeuta-analista ubique el lugar de droga en la

relación transferencial con sus pacientes. Considero que el aporte no está en criticar duramente lo que se hace, cuando al final podrían existir intereses y coincidencias que harían más sencillo el trabajo de la rehabilitación y se logre el interés por parte de las políticas públicas.

El psicoanálisis podría aportar a este nuevo estatuto de enfermedad –en el cual el adicto queda desresponsabilizado y entregado a su mal– y también al dispositivo de salud que lo recibe y acoge para apartarlo de la droga. Una reivindicación de los antiguos "vicios" para pensar que un vicio nos devuelve la condición del sujeto que consume como un deseante y por tanto, su tratamiento implica considerar una ética del sujeto en su consumo en la cual el sujeto está preso o es esclavo de sus elecciones de un modo autodestructivo, pero curativo a la vez, que no puede ser descontado a la hora de pensar una terapéutica. Y al dispositivo de salud, la necesidad de revisar las formas particulares como cada quien elige, se entrega, se defiende y se repara.

Bibliografía

American Psychiatric Association. (2013). Cautionary statement for forensic use of *DSM-5*. In *diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th ed.). Washington, DC: Author. http://dx.doi.org/10.1176/appi.books.9780890425596. CautionaryStatemen

AKSENCHUK, R. (2006). "Toxicomanía y psicoanálisis. Del goce globalizado a la ética de la diferencia". En: *Psikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales*. Recuperado de: www.psikeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania.htm El día 20 de Enero de 2014 a las 9 horas

BECOÑA E., CORTÉS M. *et al.* (2008). *Guía clínica de intervención psicológica en adicciones. Guías clínicas*. Recuperado de: https://encrypted.google.com/search?hl=es&source=hp&biw=1024&bih=468&q=Gu%C3%ADa+cl%C3%ADnica+de+intervenci%C3%B3n+psicol%C3%B3gica+en+adicciones.+Gu%C3%ADas+cl%C3%ADnicas+Socidrogalcohol.+&btnG=Buscar+con+Google&aq=f&aqi=&aql=&oq=. El día 4 de noviembre 2015 a las 22 horas

BRAUNSTEIN, N. (2006). "Los goces distinguidos". En: *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BRAUNSTEIN, N. (2006). "@-Dicción del goce". En: *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Estudio nacional de consumo de drogas en Colombia. Resumen ejecutivo (2009). Estudio del Ministerio de la Protección Social y dirección nacional de estupefacientes. Tomado de 2009 desde http://www.risaralda.gov.co

FERNÁNDEZ J., SECADES R. (2000). "La evaluación de los programas de tratamiento en drogodependencias. implicaciones profesionales para los psicólogos". En: *Papeles del Psicólogo*. No. 007. Consejo General del Colegio de Psicólogos. Madrid, España. Recuperado de: http://redalyc.uaemex.mx/pdf/778/77807707.pdf recuperado Septiembre 20 de 2012

FLÓREZ, S., POSSO, R. y MEDINA, Z. (2001). *Aspectos de la organización psicológica de consumidores de droga que han terminado un proceso teoterapeutico*. (Tesis de grado). Universidad del Valle, Cali, Colombia.

FREUD, S. (1917) "Duelo y melancolía". En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1912). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Contribuciones a la psicología del amor II*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1915). *Introducción al narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1916-1917). *El sentido de los síntomas*. Buenos Aires: Amorrortu.

LE POULICHET, S. (2012). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.

LÓPEZ, C. (2006). "La adicción a sustancias químicas. ¿Puede ser efectivo un abordaje psicoanalítico?" En: *Psykhe* [online]. vol.15, n.1, pp. 67-77. ISSN 0718-2228 Recuperado de: http://redalyc.uaemex.mx/pdf/967/96715106.pdf.

MCDOUGALL, J. (2001). "La economía psíquica de la adicción". *Revue française de psychanalyse*, Vol. 68, pp. 511-527.

Ministerio de la Protección Social y Dirección Nacional de Estupefacientes (2009). *Estudio nacional de consumo de drogas en Colombia: resumen ejecutivo*. Tomado de: www.descentralizadrogas.gov.co agosto 27 de 2010.

PÉREZ, A. (2007). *Transiciones en el consumo de drogas en Colombia*. Tomado de http://www.nuevosrumbos.

Reporte Mundial de Drogas (2008). Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. Tomado de http://www.unodc.org.

SECADES, V., y FERNÁNDEZ, R. (2001). "Tratamientos psicológicos eficaces para la drogadicción: nicotina, alcohol, cocaína y heroína". En: *Psicothema. (3)*, pp. 365-380.

VERA. O. E (1988). *Droga, psicoanálisis y toxicomanía*. Buenos Aires: Paidós.

Dinámicas subjetivas de combatientes en el conflicto armado colombiano

Katerine Andrade y Manuel Alejandro Moreno

> *La guerra trasgrede todas las restricciones a que nos obligamos en tiempos de paz […] no reconoce las prerrogativas del herido ni las del médico, ignora el distingo entre la población combatiente y la pacífica […], arrasa todo cuanto se interpone a su paso, con furia ciega […], destroza los lazos comunitarios entre los pueblos empeñados en el combate y amenaza dejar como secuela un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos* (Freud, 1915, p. 280).

No hay un consenso generalizado sobre las razones que nos llevan a la agresión y a sobrepasar los límites del respeto hacia los demás hasta el punto de su aniquilación. Según Freud (1915), una guerra si bien acarrea horror y sufrimiento, sus implicaciones y consecuencias son diferentes, pues cada individuo implicado se verá más o menos afectado según la calidad de los vínculos sociales que haya construido y el conjunto de significantes que sostienen su estructura subjetiva. De hecho, los efectos de la guerra no son solo sobre la dinámica social de las generaciones actuales, sino también sobre la constitución del psiquismo de generaciones futuras (Flores, 2010).

Por su parte, las reflexiones académicas sobre el conflicto y su impacto en los sujetos pocas veces dirigen la mirada sobre los militares. Pensar en estos actores de la guerra implica enfrentarse a preguntas del tipo ¿qué satisfacción entraña un oficio en el que se pone en juego la vida bajo la premisa de la protección de los otros? El presente texto propone algunas reflexiones sobre esta cuestión a

partir del análisis de la posición asumida por pilotos de combate de las fuerzas militares de Colombia.

La pregunta que alienta esta reflexión se inspira a partir del intercambio epistolar que Freud sostiene con Einstein en 1933. En su carta titulada *¿Por qué la guerra?* Einstein plantea: "¿Cómo es que estos procedimientos logran despertar en los hombres tan salvaje entusiasmo hasta llevarlos a sacrificar su vida? Solo hay una contestación posible: porque el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción" (Einstein y Freud, 1933, p.185). Ante tal interrogante, Freud contesta con una confirmación:

> *Cuando los hombres son exhortados a la guerra, puede que en ellos responda afirmativamente a ese llamado toda una serie de motivos, nobles y vulgares, unos de los que se habla en voz alta y otros que se callan […] Por cierto que entre ellos se cuenta el placer de agredir y destruir; innumerables crueldades de la historia y de la vida cotidiana confirman su existencia y su intensidad* (p. 193).

Pensar la guerra con el psicoanálisis

Al analizar la guerra como fenómeno aparece una complicación: diversos abordajes se dieron a la tarea de comprenderla; sin embargo, no existe un consenso sobre cómo explicar que un sujeto se preste para atacar, aniquilar y matar a un opositor.

Para avanzar en esta cuestión, es necesario abordar el significante guerra; sin embargo, como es de esperar, dicho aspecto no puede entenderse a la luz de sí mismo sino que es necesaria la integración de más significantes a la cadena de sentido de la cual se desprenden múltiples significaciones posibles.Es innegable la conexión entre la guerra, la agresión y la violencia. La agresividad está marcada como una condición humana y una disposición que caracteriza a los sujetos que crece desde la infancia y progresa de acuerdo con las particularidades culturales en las cuales se desarrolla el niño. Es decir, aunque el sujeto tenga una disposición hacia la agresividad esta puede ser modificada por medio de la inscripción a una cultura, proceso que se va dando con ayuda de la función del tercero en la constitución de la subjetividad.

Su intención nace de las primeras relaciones humanas entre el sujeto y el objeto. Cuando se constituye el yo, necesita de un otro para reconocerse e identificarse como unidad diferente; solo viendo la imagen del otro puede dar cuenta de su cuerpo y su imagen. Sin embargo, estas relaciones están rodeadas de rivalidad y conflicto ya que el otro, como tercero, es necesario en la formación de la función

del yo. Pero también este otro es visto como un opositor que puede arrebatarle aquello que desea; es decir, hay una relación de dependencia y a la vez de conflicto. En este proceso el yo hace un ensamblaje de diversas identificaciones a partir de los otros, generando así una colectividad. Estas identificaciones son efectuadas de manera inconsciente y ocurren cuando el sujeto toma ciertos rasgos de los otros y los instaura como propios, asegurando co ello hacerse diferente de los otros, función concretada por el aspecto narcisista del yo (Lacan, 1949).

Los otros con los cuales el yo se constituye, pueden llegar a ser un ellos de amigos o de enemigos. Es así como estas relaciones siempre estarán mediadas por filiación y tensión: el otro es necesitado por el sujeto para constituir el yo, quien será de ahí en adelante la representación de la organización coherente de los procesos anímicos del sujeto. De allí parte la concepción de enemigo que se explicará más adelante.

La agresión es una condición humana y será el orden simbólico y cultural el encargado de regularla, sin dejar de lado que su efectividad como ente regulador dependerá de la investidura de razón y autoridad que el sujeto atribuya a dicho ente. Por ello, en muchas ocasiones la función reguladora no se da a cabalidad en el aseguramiento de guiar o encauzar dicha agresividad, provocando así un desatamiento de la condición agresiva del sujeto. La agresividad es un recurso al servicio de la imposición de una unidad única e indivisible. Pero también podría ser la manera como el yo defiende aquello que desea para continuar deseando y por tanto viviendo (Sampson, 2001).

Por su parte, el término violencia ha sido utilizado de manera indiscriminada para definir contextos con características muy diversas, a raíz de lo cual es probable que no sea propiamente un concepto, sino que se entienda mejor como una consecuencia que tiene su raíz en la agresividad humana. En este caso, hay dos aspectos importantes acerca de la violencia que se relacionan entre sí. El primero de ellos estriba en que la violencia que incluye la destrucción del otro puede notarse como una puesta en acto del sujeto en la que se genera una transgresión del cuerpo y de la ley. Al haber una transgresión del cuerpo, el sujeto utiliza la violencia de manera que el sufrimiento del otro (e inclusive el propio al destruir) le genera placer, acto que se enmarca en la búsqueda de un goce (Castro, 2005). Al entender el goce como una forma singular de sentir placer a partir del sufrimiento, cada sujeto lo concreta de forma particular. En el caso de la destrucción, utiliza el cuerpo del otro como medio y logra la satisfacción pulsional mediante el otro que es objeto de goce. Flores (2010), afirma que la

guerra se trata de un goce a partir de la obscuridad del hombre, que no se da solo por poder sino también por el placer y más allá del placer, por un goce de su mirar perverso.

Lacan (1958) describe que la violencia es lo esencial en la agresión. Sin embargo, le añade una característica: no puede ser reprimida; es decir, no puede acceder a la estructura del lenguaje ya que no puede ser simbolizada. Por tanto, se da como una forma de relación interhumana que se genera por el cruce de la pulsión con la cadena significante en la que se articula con el fantasma y como fantasía fundamental de las relaciones del sujeto con el objeto. El fantasma es descrito como una fantasía subjetiva desde la cual se estructuran las relaciones del sujeto y sirve de soporte para su deseo. La agresividad intentará de manera insistente y repetitiva que el objeto de deseo se integre a la representación simbólica, pero cuando este intento falla queda al descubierto su existencia en lo real y lo hace imposible de ser simbolizado, lo que genera un encuentro insoportable inscrito en el orden de la pulsión de muerte (Castro, 2005). Por tanto, la única forma de articulación de la violencia con la pulsión es por medio de la agresividad, ya que esta sí puede ser reprimida. En su avidez de satisfacción, la pulsión se articula con el fantasma y se satisface por medio de la agresividad con el objeto. Pero también cuando ese intento de satisfacción falla, funda un encuentro con la pulsión de muerte.

Encontramos, entonces, una relación recíproca entre la agresividad y la violencia. La violencia como lo esencial en la agresividad en cuanto forma de relación interhumana en la que se articula la pulsión con el fantasma y el sujeto toma al otro como objeto de goce mediante la transgresión del cuerpo y la ley.

En el contexto de la agresividad y la violencia sobresale el fenómeno de la guerra, que consiste en una compleja creación para eliminar al semejante y en la cual un Estado opera como ente regulador en el orden simbólico en el sentido que señala al enemigo interno y ejerce un monopolio sobre los medios violentos para encauzar y regular la agresividad. En el caso del conflicto colombiano, el Estado establece como enemigo las organizaciones ilegales y estructura los militares como ente para imponer las posturas políticas por medio de la violencia y el monopolio de las armas sobre estos enemigos. Por tal razón, es importante revisar la guerra y las apreciaciones que se han concebido a partir de este aspecto.

Gallo y Jiménez (2002) afirman que la guerra ocurre porque existe un desacuerdo respecto de la distribución de recursos materiales o simbólicos que suscita una divergencia de intereses. En el conflicto colombiano, un recurso simbólico, a

saber, el poder, ha estado en juego y podría ser el causante de los desacuerdos respecto de su distribución. Este ha estado presente en Colombia desde los inicios del conflicto.

Por otra parte, se encuentra la posición política de la guerra vista como un acto de fuerza llevado hasta sus máximos límites de crueldad y utilizado como medio para imponer la propia voluntad al opositor para así derribarlo e incapacitarlo (Clausewitz, 2008). La guerra es la forma de imponer la voluntad o los ideales políticos del Estado sobre el opositor, haciendo de ella un instrumento para alcanzar sus metas.

Es así como encontramos dos posiciones que se relacionan: la política, como instrumento del Estado para el cumplimiento de sus ideales, entre ellos el mantenimiento del poder, y la sociológica, que envuelve una discordancia en la distribución de los recursos. En este sentido y según lo planteado por Freud (citado por Castro, 2005), las guerras tienen como objetivo establecer la superioridad de una de las partes. En esta lógica, el Estado, de la mano con los militares, intenta demostrar constantemente su superioridad frente a su enemigo, para lo cual se dota de tecnología, entrenamiento, equipos y personal. Por su parte, las organizaciones ilegales en su afán de demostrar su capacidad superior también se valen de estrategias ilegales para la compra de equipos, desarrollo de tareas de logística y garantizar su financiación. La guerra es lo que se ve, pero detrás de ella juegan las estrategias de ambas partes para doblegar a su contrincante.

Castro (2001) propone una mirada psicoanalítica de la guerra haciendo una reflexión sobre la implicación necesaria del sujeto en la destrucción del otro en cuanto búsqueda de reconocimiento y demostración de superioridad. Pero hay un aspecto adicional que consiste en una relación de deseo que se sostiene en la competencia: la rivalidad sin límite hasta la eliminación del otro del que no quede rastro alguno. Esta rivalidad se enmarca dentro de la constitución del yo a partir del otro, en la que el otro puede ser nombrado como enemigo y se intentará ser diferente del otro a toda costa, lo que desembocaría en una necesidad marcada de rivalidad y competencia que logra su satisfacción en la búsqueda de ese reconocimiento y, por supuesto, en la superioridad, sin dejar de lado que existe un placer y un más allá del placer: un goce.

Después de abordadas algunas explicaciones de diversos autores acerca de la guerra, es preciso tener en cuenta las posiciones que indagan sobre el sujeto de la guerra, aquel que ingresa por diversas razones y forma parte de manera voluntaria de este complejo mundo. En este contexto, Sampson (2001) afirma

que el sujeto que ingresa a la guerra debe tener condiciones especiales que implican un exhaustivo entrenamiento. Como segunda condición aparece la importancia de una figura que puede ser el jefe, el comandante, el oficial, que convoca la obediencia de las tropas. Ante esta figura la sumisión humana prácticamente no conoce límites. La tercera condición es el vínculo horizontal con los miembros del grupo, que lo hace compacto y solidario al punto de que ante una amenaza no da marcha atrás.

La actividad bélica se explica como una masa artificial en la que a partir de las identificaciones de los miembros con un líder se sustituye el ideal del yo de cada persona que la conforma. Ello implica que los combatientes se mantienen en una actitud de fascinación por su líder independiente del ideal (Freud, 1915), en la que se da una minimización de las desventajas psíquicas para protegerse de la pérdida colectiva de inteligencia y se reserva la toma de decisiones a determinados individuos según la jerarquía (Freud, 1921).

Por su parte, el proceso de entrenamiento debe basarse en la disciplina, la subordinación, la responsabilidad y el respeto por los superiores. En las escuelas de formación se enfatiza en la figura de autoridad como la persona que toma las decisiones, dirige, delega y acompaña el cumplimiento de las órdenes y a la que se le guarda respeto y por lo tanto sumisión. Milgram y Zimbardo (citados por Sampson, 2005), llevaron a cabo un estudio alrededor de la identificación total con una organización y su figura de autoridad, que implica una renuncia a la responsabilidad personal la cual se sustituye por el honor y la satisfacción de cumplir con lealtad el deber encomendado. La tropa que logra la identificación con su comandante o jefe no refutará la orden que este le impone, en concordancia con lo que le han enseñado durante su formación. Por su parte, el vínculo entre compañeros aparece como una relación en la cual se idealiza e identifica un rasgo común basado en el lazo social, cuyo objetivo es crear las condiciones para su desencadenamiento colectivo (Zafiropoulos y Asoun, citados por Castro, 2005).

Freud (citado por Castro, 2001), afirma que el sujeto que ingresa a participar de la guerra muestra una actitud particular hacia la muerte al desafiarla y convocarla mediante sus actos. Ingresar a la guerra se iguala a ser un héroe, ya que forma parte de una elección soportada en la osadía y en el ideal de inmortalidad de su propia vida. En caso de morir, su vida será entregada a una gran causa, lo que la hace trascendente y quien sea investido como héroe nunca morirá. Esta noción

se ubicará en el lugar de la búsqueda de sentido, si aceptamos la afirmación de Freud (1921): "Si la vida no tuviese fin alguno perdería su valor" (p. 93).

El hecho de querer ser nombrado y recordado como héroe tiene un claro tinte narcisista relacionado con la posición superior que se adquiere por los actos a los que se enfrenta y la osadía y el valor que ostenta el sujeto al enfrentar a su enemigo, que también, en ocasiones, se muestra como un ideal colectivo de patria que lleva a otros a que se sumen a la organización.

De esta forma se evidencia la implicación y naturaleza de la guerra. Hay un sujeto que forma parte de una tropa y al pertenecer a esta se identifica tanto con su autoridad como con sus compañeros de guerra. Es él quien basado en su lealtad asume como propia la forma de pensar y actuar de su líder. En combate, estas acciones forman parte de una estrategia política en la que se persigue poder, reconocimiento y superioridad. Sin embargo, este de quien se habla es un sujeto que posee un inconsciente constitutivo de su deseo y su goce de los cuales nada conoce, pero todo cuanto hace está delineado por ese deseo y por su satisfacción pulsional. Al mirarlo a la luz de la guerra, es un motivo que permite un posicionamiento frente a ella y en este sentido el combate puede ser una de las formas de satisfacer ese deseo enmarcado dentro de su pulsión que da paso al goce y en el que a partir del sufrimiento se genera algo más allá del placer.

La pulsión y su satisfacción en el entorno de la guerra

Como aspecto fundamental del aparato psíquico del hombre, el inconsciente está conformado por diversas instancias enmarcadas por la esencia de la psique. Entre ellas se tienen las pulsiones, descritas por Freud (1915) como fuerzas que provienen de una tensión displacentera y buscan su satisfacción por medio de la cancelación del estado de estimulación mediante un objeto. Las pulsiones se encuentran en constante devenir y movimiento y provienen de una fuente de estímulo situada en el interior del organismo; por lo tanto, no sirve de nada huir ya que constantemente emergen y nada vale contra ellas.

Se distinguen, asimismo, las pulsiones sexuales que buscan conservar la vida y las pulsiones de destrucción o muerte que buscan matar o destruir. Las primeras tienen como función mantener la vida y salvaguardar el yo; las segundas están descritas por Freud (citado por Imbriano, 2004) como una "[…] tensión correlativa a la estructura narcisista en el devenir del sujeto" (p. 3), ya que están encaminadas a buscar y asegurar el camino hacia la muerte y permitir que el sujeto vuelva a su estado inicial de inanimado (Freud, 1920).

Durante el proceso de constitución de las instancias psíquicas (ello, yo y superyó), las pulsiones egoístas y crueles son inhibidas y guiadas hacia otras metas, logrando con ello su fusión con otras pulsiones al pasar de pulsiones egoístas a pulsiones sociales. Sin embargo, el sujeto continúa en una situación de ambivalencia de sentimientos, pues la pulsión de muerte ejerce presión para ser satisfecha y se convierte en una pulsión de destrucción (Acuña, 2008).

Las pulsiones están ligadas al principio de placer que determina el placer y el displacer por la cantidad de excitación presente en la vida anímica. El displacer corresponde a un aumento de esta cantidad y el placer a una disminución. El aparato psíquico intenta mantener la cantidad de excitación lo más baja posible o al menos constante. Sin embargo, aunque tienda al principio del placer, las pulsiones de conservación del yo se sobreponen al placer con el principio de realidad, el cual exige posponer la satisfacción, renunciar a posibilidades y tolerar el displacer de manera temporal. Ahora bien, aunque el aparato psíquico tolere el displacer por un tiempo, la pulsión de muerte siempre busca ser satisfecha y en ese intento aparece una forma de encontrar su meta: la compulsión de repetición, premisa mediante la cual la pulsión en su afán de buscar la satisfacción, encuentra un objeto para cumplir (parcialmente) su meta y logra llevar al sujeto a que repita la acción mediante la cual encontró su satisfacción. Es así como un sujeto puede verse varias veces consumiendo alcohol, drogándose o practicando deportes extremos (Freud, 1920).

Al ubicar la misión de un piloto militar a la luz de la pulsión surgen cuestionamientos como el siguiente que orientan esta reflexión: ¿es posible encontrar correspondencia entre la labor desempeñada por los pilotos militares y la satisfacción de la pulsión de muerte? Se ha visto que un piloto militar se expone a la muerte con frecuencia, exposición conocida de manera consciente por quienes ejercen esa labor. Es común que entre las actividades asociadas al ejercicio militar los pilotos ejecuten acciones de preparación en las que son informados de las misiones que deben ejecutar y los riesgos a los que se exponen. Así mismo, la labor está supeditada a la efectividad técnica de la aeronave; es decir, no están exentos de que la máquina por alguna razón falle. A su vez, las fuerzas de la naturaleza también forman parte de las contingencias que podrían poner en peligro la vida de los pilotos, pues las condiciones geográficas del terreno pueden dificultar la operación y provocar accidentes. Todas estas vicisitudes son conocidas por ellos; sin embargo, en contra del sentido común al ser llamados a una misión no se niegan a efectuarla. Por el contrario, en la mayoría de los casos es una vinculación vivificante para el ejercicio de su profesión. En este punto también vale la pena destacar que la permanencia en el cargo es una decisión

voluntaria, ya que en cualquier momento los militares pueden solicitar ser relevados de su cargo y aunque en ocasiones esta opción se presenta, lo común es encontrar que la labor que efectúan les genera satisfacción.

Sin embargo, ser piloto militar no solo implica llevar a cabo una misión, pues detrás de esa posible satisfacción pulsional existe un sujeto que ejecuta actos con los que podría no estarse de acuerdo. Es decir, es un sujeto que rectifica su actitud con respecto a su forma de comportarse antes de ingresar a ser militar, lo cual implica que los pensamientos y acciones anteriores se alineen con la institución militar y por tanto su actuar frente a los actos relacionados con la guerra se modifican de tal manera que ahora son aceptados y en algunas ocasiones justificados. Según Ramírez (2007), esto es posible porque el sujeto sustituye el ideal del yo, el cual entra en conflicto con las exigencias de la guerra y hace que se enfrente a los impulsos de crueldad reprimidos en la infancia, lo que produce que en su vida adulta se genere un conflicto entre los polos de su naturaleza que lo obliga a modificar y transmutar los valores anteriores y adoptar unos nuevos, generando así nuevas reglas de comportamiento y asumiendo que algunas ideas antes reprimidas por su yo ideal, son ahora permitidas en ciertas circunstancias. Estas situaciones se inscriben en la legalidad, pues el piloto en cuanto militar está regido por una condición particular que le ofrece el Estado y le confirma que las acciones ejecutadas en su nombre son legales.

En este contexto cabe preguntarse si el piloto militar ejecuta las misiones de ataque basado únicamente en la legalidad que le ofrece el Estado y apoyado en una satisfacción pulsional relacionada con su pulsión de muerte. Es importante indagar por la subjetividad y por aquello que hace diferente a cada sujeto. Es aquí donde encontramos que las pulsiones se entretejen con otras instancias en el aparato psíquico.

Uno de los factores relacionados con las pulsiones es el deseo, del cual nada conoce el sujeto y nace de la relación del sujeto con una carencia que nunca se colma. Todo lo que hace guarda relación con su deseo que lo lleva a actuar de múltiples maneras y a buscar constantemente objetos para obtener su satisfacción. El sujeto siempre está descrito por su vacío que intenta llenar con diferentes objetos; sin embargo nunca encuentra aquel que lo lleve a su plena satisfacción, razón por la cual el deseo mantiene al sujeto vivo.

Pero no existe deseo sin la ley que se instaura en el sujeto desde pequeño cuando se enfrentar a su complejo de Edipo y se instaura el no-todo del Nombre del Padre, quien impone su ley, pone límites al deseo del sujeto y le hace entender

que la satisfacción del deseo no será completa. El paso por este complejo permite que el sujeto sea integrado en el orden simbólico del lenguaje (Chiozza, 1972).

Dado que el sujeto nada sabe de su deseo, no se podría ubicar con exactitud su misión militar en el marco de aquel. Aunque se dé una satisfacción por la labor que ejecuta, su deseo es desconocido. Entonces, ¿cuál es la instancia que hace que el piloto militar vuelva sobre el mismo acto? ¿Existe otro factor relacionado con el acto de atacar?

Si se continúa entretejiendo su subjetividad se encuentra el concepto de goce, definido como la satisfacción mediante el desbordamiento de los límites del placer y el sufrimiento en el cuerpo que se manifiestan de diversas formas, pues cada sujeto encuentra su forma particular de gozar. Es en ese momento cuando observamos vemos el piloto militar arriesga su vida delimitada por su cuerpo y sobrepasa los límites. Entonces, podría existir un goce en relación con su propio cuerpo en cuanto lo pone en riesgo constante y juega con sus límites, ya que aunque requiera oxígeno, el entrenamiento en una cámara hiperbárica, la actividad física que le permite soportar fuerzas gravitatorias superiores a la normal y una constante corriente de adrenalina, hace que aborde el avión sin queja.

Dejours (2009), concibe características específicas en los pilotos militares (específicamente en los de caza) y refiere que su deseo de volar se relaciona con la omnipotencia, la superación y la liberación de los límites humanos, en los cuales encuentran total placer. El piloto se entrega al goce narcisista y genera una verdadera reconciliación entre el yo adulto y las aspiraciones arcaicas del ideal del yo, lo que produce en él una sensación de bienestar, victoria y exaltación. Se trata, entonces, del goce narcisista entendido como el amor propio y descrito como el cambio de investidura de la libido de un objeto al yo y toma este último como objeto en el cual centrar su energía en la satisfacción de su placer, basado en esa superación que le brinda el hecho de efectuar una labor que pocas personas hacen: el hecho de llevar su cuerpo a los límites y de sentir que volando alcanza una satisfacción total de su yo. Sin embargo, su goce narcisista se alimenta de la identificación y confirmación narcisista de sus semejantes y aprovecha para exhibirse (Nasio, 1996).

De esta manera, cuando se indaga sobre la satisfacción de un piloto militar al detallar su profesión ante las demás personas, se encuentran comentarios como el siguiente: "Cuando una persona desconocida se entera de que soy piloto militar se genera admiración y sorpresa. Esto le da satisfacción personal a uno, porque aunque nunca pensé de niño ser piloto militar, hoy en día disfruto lo que hago". Aunque no se evidencia, hay una satisfacción personal al sentirse

admirado por otras personas, lo cual valida socialmente su actuar y le ofrece legalidad a las acciones que ejecuta como piloto militar.

La construcción del enemigo

Ahora bien, el piloto militar no desarrolla sus acciones de manera aleatoria. Las misiones de la guerra son estratégicas y planeadas con una intención. Para que haya guerra debe haber un opositor. En la guerra, la construcción del enemigo implica en primera instancia un factor político que permite identificar y hacer conocer de manera pública quién es el enemigo, y en segundo nivel un factor social que valida al enemigo como tal.

Según Eco (citado por Gallo, 2013), la construcción de un opositor permite definir la identidad de un sujeto ya que proporciona la posibilidad de encararlo con valor (de sí mismo). Es decir, el opositor hace posible que el sujeto se identifique con el valor que debe tener para confrontarlo y en esta vía algunos militares encuentran que poseen el valor de enfrentar a su enemigo y se sienten identificados como opositores. En este sentido, será descrito el aspecto imaginario en el que la construcción del enemigo se convierte en la posición desde la cual el sujeto estructura su accionar.

Gallo (2013) afirma que el enemigo deviene en necesario, ya que permite reconocerse a sí mismo en relación con la presencia del otro, ese otro como diferente de mí y que da paso a la afirmación de sí mismo: la propia identidad es definida y justificada a partir de la existencia de dicho enemigo y da consistencia a los hechos violentos de la guerra.

Sin embargo, no se puede dejar de lado a la sociedad, ya que el enemigo está ligado a una comunidad social en la que subsisten sentimientos hacia él que generan una identificación acompañada del vínculo social. Es el enemigo el que forja esos vínculos y por tanto los afectos serán equivalentes a los de la sociedad (Gallo, 2013). Así mismo, se debe tener en cuenta el lugar del enemigo en dicha sociedad, ya que si se marca como diferente daría legalidad a las acciones de guerra en su contra y por tanto se podrá ubicar en el lugar del enemigo (lugar simbólico y disponible) desde el cual lleva a cabo una competencia a nivel de relaciones de poder. Por tanto, este lugar puede ser cambiado y ocupado por un nuevo opositor.

Gallo (2013) distingue varios tipos de enemigo, así: el *enemigo político*, que tiene una connotación simbólica y como tal se le otorga este lugar; el *enemigo social*, con una connotación de amenaza terrorista y por tanto toda acción queda au-

torizada con el fin de destruirlo; el *enemigo coyuntural*, que puede ser externo o interno según si el lugar resulte favorable de acuerdo con la circunstancia particular, y el *enemigo absoluto*, caracterizado por una presión militar y una intención razonada de aniquilación más que de sometimiento.

El conflicto armado en Colombia comenzó con un nivel de enemigos sociales que el Gobierno, con su posición política, ordenó derrotar utilizando todos los medios posibles. Posterior a ello, la guerra pasó de tener un enemigo social a tener un enemigo absoluto que implicaba una presión militar encaminada a aniquilarlo. Es en esta dinámica que los militares se juegan la vida, ya que deben cumplir con lo ordenado por sus superiores a fin de llegar a la meta trazada. Tendrá la mediación de la construcción de una identidad colectiva que sobrepasa la construcción individual.

No obstante, cabría indagar sobre su posición como sujetos, ya que así como el sujeto se estructura con base en las identificaciones inconscientes de rasgos generadas por la fascinación del modelo, también hay una fascinación por el enemigo que impele a observarlo con el objetivo de criticarlo, señalarlo y juzgarlo por los errores y equivocaciones, generando así un fenómeno similar al de la transferencia negativa en psicoanálisis (Gallo, 2013). De esta manera, cabe interrogarse sobre la categoría de actos malos o actos buenos de las acciones militares: ¿es posible que la misión de un militar se perciba como mala desde el punto de vista jurídico?

Según Ricoeur (2006), el mal es:

> *[…] todo acto humano por lo cual el hombre puede ser imputado, reprochado o acusado; la imputación consiste en asignar a un sujeto como responsable de una acción, la acusación coloca dicha acción como violatoria del código de ética aceptado por dicha comunidad* (p. 24).

Ahora bien, un militar está investido de una legalidad otorgada por el Estado y por la sociedad, razón por la cual sus actos de guerra no pueden ser reprochados ni él acusado. Botero (2014), afirma que los actores de la guerra se valen de procesos de pensamiento e interpretaciones para sustentar la legalidad de la acción y contrarrestar los efectos del accionar del adversario, dejando así la causa propia como justa y la del adversario como injusta. Durante las misiones de guerra, la trasgresión llega al punto de no acarrear culpabilidad alguna; es decir, en las que "matar al adversario no crea remordimientos" (Dejours, 2009, p. 96).

Estos procesos de racionalización e interpretación de los actores se evidencian en palabras como las siguientes:

> *[Cuando estoy volando] pienso en defender a mis compañeros de armas que se encuentran en tierra. Pienso que esas personas que no conozco (enemigos), solo tienen como objetivo destruir la paz de las personas buenas de este país […] y como no hay tiempo de hablarles para que se detengan, es necesario detenerlos por la fuerza. Ellos podrían acabar con la vida de mis compañeros que lo único que buscan es proteger a quienes hacen el bien en este país.*
>
> *[…]*
>
> *En el campo de combate, mientras escucho que los están atacando y los quieren matar, se elimina por completo mi racionalidad; y no solo la mía, sino la de mis compañeros. Es entonces cuando atacar se convierte en la única forma de hacer algo para que otros puedan vivir.*

En estas palabras se corrobora el registro imaginario sobre el cual se desarrolla la guerra. Ante cualquier hecho violento, prima dicha construcción imaginaria sobre el aspecto simbólico.

En el contexto de la guerra, el enemigo es el encargado de ligar a un grupo para que se enfrente a una amenaza común, visto como un "objeto ante el cual el sujeto deviene objeto" y que acecha todo el tiempo, donde se procura ocultar al otro las propias acciones e intentar imaginar las acciones del enemigo para lograr no devenir objeto sino que sea el enemigo quien quede en esta posición (Castro, 2005, p. 92).

En este punto cabría indagar sobre el cuestionamiento de Gallo (2013): ¿qué ha inventado el ser humano para contrarrestar la tendencia inconsciente a la destrucción del semejante, tendencia que insiste desde las entrañas del ser de cada uno y encuentra en la construcción del enemigo una oportunidad grandiosa de ponerse en acto?

A lo largo del desarrollo de las sociedades se ha visto que aunque se haya intentado minimizar los efectos de la guerra mediante la creación de leyes y la educación, se continúa la construcción de un enemigo común sin lograr civilizar –si este es un término que se pueda utilizar– las pulsiones. Los ensayos han sido insuficientes y siempre "[…] la vía del goce no cesa de salir triunfante y de poner en jaque las estrategias culturales destinadas a civilizar la pulsión humana" (Gallo, 2013, p. 141).

Angarita *et al.* (2015), proponen que la construcción de un enemigo político es necesaria para la paz, ya que esta permite establecer y reconocer las diferencias. Así, ante un problema la democracia hará esfuerzos y generará estrategias para negociar esas diferencias y minimizar las consecuencias del conflicto. La cons-

trucción del enemigo, así no sea en ambientes de guerra, siempre estará presente en la subjetividad, pues permite diferenciar al otro de sí mismo. Esta construcción es la forma como el sujeto se hace diferente y estructura su psiquismo.

Conclusiones

La guerra en Colombia ha tenido consecuencias devastadoras. El objetivo del presente artículo se enmarcó en la búsqueda de la dinámica que subyace a los pilotos militares en el conflicto y en reflexionar sobre su posición como participantes, a partir de la hipótesis de que la actividad bélica ejercida por un sujeto responde a la búsqueda de una satisfacción pulsional por una vía legítima. A continuación, se presentan las reflexiones a las que se llegó, en primer lugar, de manera social. Es decir, sobre un actor de guerra como un sujeto que pertenece a un grupo social. Y en segundo lugar, a partir de un actor de guerra con una subjetividad implicada en los actos en los que participa.

En la guerra colombiana operan dos criterios: primero, el enemigo es denominado grupo narcoterrorista al margen de la ley y se muestra como un enemigo absoluto que se debe presionar militarmente hasta destruirlo. Este enemigo es validado por el Estado y afirmado por la sociedad, lo cual genera una legalidad al militar a quien ejecuta una orden. En segundo lugar, se tiene al líder, que como cabeza ejerce la política y da las órdenes respecto del enemigo. El segundo al mando es quien toma las órdenes y crea una estrategia para el cumplimiento de la orden que debe efectuarse con sumisión y a cabalidad.

Lo anterior se puede corroborar con lo afirmado por Lacan (1994), quien propone que para la existencia de un teatro de guerra debe haber un enemigo como amenaza común y un jefe al que los hombres puedan fijar un límite a su autoridad, represente una función que dependa de las necesidades del grupo y de quien se pueda afirmar que ha nacido a partir del grupo.

En esa medida se establece la guerra como un instrumento político que sirve en función de las necesidades y deseos de los políticos. Sin embargo, en Colombia una serie de dirigentes están dispuestos a destruir en su esencia los grupos al margen de la ley, lo que le ha permitido la guerra por mucho tiempo. El Estado pretende demostrar a cualquier nivel su superioridad frente al enemigo y puna día tras día por sostener el poder. Por su parte, el enemigo no se queda atrás y demuestra su superioridad y su pretensión de poder mediante actos violentos sin considerar las matanzas y ataques al pueblo colombiano o minimizando sus consecuencias, todo a fin de materializar sus ideales políticos.

Otro aspecto que se debe considerar es la conformación de una masa artificial (militares) para la defensa de la nación y el logro de los objetivos del Estado. Si evaluamos las características de una masa en general encontramos, como primera medida, una identificación, definida como el proceso mediante el cual el sujeto toma de manera inconsciente rasgos de un modelo para asumirlos como propios por medio de una fascinación. La persona ingresa a la masa, idolatra a su líder e intentará comportarse como él. Esta identificación genera una sumisión, vista como la aceptación de todas las órdenes impartidas por el superior sin cuestionarlas, conducta interpretada por este como lealtad. Con sus compañeros de armas se forja un vínculo horizontal que se enseña como una figura de hermandad, por lo cual es común que una operación militar se justifique en términos de salvar a los compañeros de armas.

La identificación es analizada por Rosolato (2004), quien a la luz de la tendencia del hombre a matar propone que no toda identificación se construye sobre la violencia y el odio, sino también sobre la base del amor. Si bien entre padres e hijos el odio genera odio y el amor genera amor, hay sentimientos inconscientes. Sin embargo, puede darse una inversión de efectos dado que el odio o la indiferencia podrían causar amor (por un desplazamiento o por identificación con el padre ideal) y el amor odio, en el sentido de que hay culpabilidad por los deseos de muerte y por la imposibilidad de adquirir su independencia, lo que genera que estos sentimientos ambivalentes de amor y odio lleven a sustitutos o ideales inesperados. Sobre este cimiento se indaga la posición del piloto militar, ya que como miembro de una masa crea una identificación con el líder y muestra un acatamiento a las órdenes impartidas. Esta identificación puede tener de base un sentimiento de amor o de odio e incluso una ambivalencia entre ambos. El amor se podría dar en la medida en que es visto como padre, toda vez que al ingresar a su formación el piloto se aleja de su familia nuclear y el contacto con esta se circunscribe a las órdenes del superior. El sujeto queda así desprotegido y busca dentro de la institución una figura que cumpla las funciones de familia. Por su parte, el odio puede generarse por la imposibilidad de adquirir una independencia relativa a su espacio, su tiempo y a las cosas que desea hacer. Su independencia es limitada por su superior y, como ocurre en la mayoría de los casos, puede nacer un sentimiento de ambivalencia: se ama y se odia al modelo y la identificación se cimenta en estos polos.

A partir del análisis de la subjetividad de los militares, se establecen algunos aspectos importantes. El primero de ellos es el alcance de la agresividad en la formación del yo, en la medida en que este solo se forma a partir de un otro y la diferencia entre uno y otro le permite al sujeto entender que cada uno es

una unidad diferente y el yo intentará hacerse diferente como una respuesta narcisista de diferenciación. En este punto es relevante la configuración del enemigo con base en una rivalidad entre ese otro y el yo, configuración en todo caso necesaria para la constitución del yo como unidad.

Por su parte Rosolato, (2004) propone que la identificación funciona a partir del narcisismo del yo, y esta como encargada de portar la agresividad, se ve enfrentada a dos cuestiones contradictorias. La primera apunta a que al haber una relación especular, lo parecido debe ser abolido, pues la función del narcisismo es la preservación de la unicidad y la unidad del yo. Por tanto, al existir un parecido la meta es amenazada. Conociendo que no es posible encontrar una identidad doble aunque el narcisismo tienda a ella para lograr que lo refleje y por tanto que tenga valor, el doble se convierte en un aspecto peligroso ya que genera una rivalidad, lo que hace que la muerte y la destrucción se centren en la relación con el doble. La segunda cuestión contradictoria consiste en que para lograr la meta de la unicidad se pueden borrar las similitudes con el otro haciendo una idealización de este y cargándolo de poderes y cualidades, pero esta idealización está amarrada a un polo negativo, una idealización negativa con una proyección del mal. Por tanto, la contradicción se evidencia cuando el sujeto tiende a ser sí mismo y no sí mismo simultáneamente y acepta la diferencia del otro, al tiempo que rechaza las similitudes. Entonces, lo narcisista prohíbe lo parecido, pero lo desea a la vez y de este modo la violencia aparece como un círculo vicioso. Para proteger la identificación sostenida en el narcisismo, la violencia entra como acción necesaria.

En relación con el piloto militar, en la identificación narcisista se encuentran dos posibles vías. La primera se enmarca en la relación especular que busca la preservación de la unicidad y la unidad del yo siendo agresivo y generando rivalidad con aquellos que sean parecidos a sí mismo. En este caso, se podría comparar con la justificación del piloto militar relativa a la misión que ejecuta, ya que el hecho aniquilar al enemigo y porque está destruyendo a los militares, es pensado como un acto para defender al pueblo colombiano, así sea una acción similar y esta genere un parecido con el otro. Como segunda vía, aparece una posición contradictoria en la que el sujeto busca ser como sí mismo y al mismo tiempo no serlo, pensado a la luz de la ambivalencia de sentimientos que debe enfrentar día a día con las acciones que ejecuta.

Como segundo aspecto se encuentra la relación existente entre la violencia y la agresividad, vistas como la forma de satisfacer la pulsión. En la medida en que

la violencia no puede ser simbolizada y la agresión sí, la violencia se valdrá de la agresión para satisfacerse mediante la puesta en acto.

En relación con la satisfacción pulsional, es preciso señalar que esta ocurre por la presencia inicial de la muerte en la economía psíquica, en la que el inconsciente del sujeto tiende a volver al punto inerte donde la energía psíquica es igual a cero. Por tanto, la pulsión de muerte estaría facultada para arrojar lo *malo* del cuerpo por medio de la tendencia original de buscar la economía psíquica que se logra en la repetición. La muerte, entonces, sería una posibilidad irreversible que se acepta como algo constante y permite descubrir la angustia. Así, la pulsión en su afán de aliviar la angustia y basada en la economía psíquica se vale de la repetición como compulsión.

Con base en lo expuesto y amarrado a las oposiciones entre el interior y el exterior, se tiene que

> *[…] la elección entre perdición y aniquilación por lo pleno en exceso o por el vacío, la destrucción por el poder o el no-poder, por la unidad rígida o por la fragmentación, por el rechazo de lo especular o del Otro, por la vinculación o por la desvinculación, vienen a reunirse en una paradoja nodal, existencial relativa a la muerte, que sostiene el doble vínculo cuya formulación sería: hay que morir para vivir* (Rosolato, 2004, p. 24).

En esta paradoja existencial se debate cada sujeto y en el piloto militar se expresa en las elecciones que emergen de su interior como pulsión y buscan su satisfacción, y del exterior como cumplimiento de una norma. Allí se estaría persiguiendo la satisfacción de la pulsión por medio del placer.

Sin embargo, no siempre el sujeto busca placer. El goce es también una especie de sufrimiento que implica la utilización del otro e incluso del propio cuerpo como exceso de los límites del placer al sobrepasar la ley. En relación con el piloto, se da una ambivalencia porque una parte de su ser sabe que su actividad es legítima ante los ojos de la sociedad, pero a su vez es consciente de que hay una ley que infringe al utilizar la violencia contra el enemigo.

Así mismo, hay connotación del deseo que nunca se colma y se instaura en el sujeto para buscar su satisfacción por medio de objetos. En el caso del piloto militar, una de esas formas es la acción (acto) de disponer de una vida en virtud de una misión ejecutada por vía de la violencia para afectar a su enemigo. Se debe tener en cuenta que el acto es una forma de decir algo y se define como lo que quiere decir en relación con el deseo del cual nada conoce, pero que lo

lleva a actuar y movilizarse frente a la satisfacción y la búsqueda de objetos de placer (Gómez, 2010).

Finalmente, cabe anotar que en la mayoría de los casos los pilotos militares no evidencian manifestaciones conscientes de culpa, lo que se explica por dos razones. En primera instancia, el piloto ejecuta acciones de manera legítima, por tanto su trabajo no le genera culpabilidad. En segunda instancia, hay una agresividad benigna que funciona como defensa de la vida, su protección y su exaltación, en este caso de las personas civiles y otros militares (Fromm citado por Rosolato, 2004).

En el caso de los pilotos militares, se han indagado las posibles circunstancias que los llevan a ejecutar las misiones. Sin embargo, es claro que múltiples razones estarían subjetivamente implicadas en ese ejercicio. Cada piloto encuentra una forma de satisfacer su pulsión, su deseo y su forma de gozar, de tal manera que en su estructura como sujeto escindido queda la elección sobre la posición ambivalente a la cual se expone día a día.

Esta reflexión permitió hacer aportes en tres dimensiones importantes: a nivel social, entender la dinámica de la guerra como fenómeno social y llevar a la comprensión de por qué ha llegado a ser un fenómeno y cuáles han sido las vicisitudes por las cuales la guerra en Colombia no ha finalizado. A nivel disciplinar, se abarcaron categorías relacionadas con la guerra, como la agresión y la violencia y su relación con el conflicto y con las pulsiones de los pilotos militares. En relación con la psicología, se generaron inquietudes con respecto a la forma abordar el posconflicto y a la función y posición de los actores de la guerra, además de las implicaciones a nivel subjetivo que generaría el posconflicto en cuanto a la construcción de enemigo durante la guerra colombiana. Estos pueden ser temas de futuros estudios.

Bibliografía

ACUÑA, E. (2008). "Psicoanálisis de la guerra, el conflicto armado y terrorismo". En: *Revista de Psicoanálisis, Psicoterapia y Salud Mental 1* (5).

ANGARITA, P. , GALLO, H., JIMÉNEZ, B., LONDOÑO, H., LONDOÑO, D., MEDINA, G., MESA, J., RAMÍREZ, D., RAMÍREZ, M. y RUIZ, A. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílaba Editores.

BOTERO, E. (2014). *Sí futuro. Aportes psicoanalíticos para la construcción del postconflicto*. Digitalizado por Plus Creaciones.

BRICEÑO, M. (2014). "¡Basta ya! Colombia: voces de un país en guerra". En: *Desde el jardín de Freud. Enero-diciembre.* (14), 265-268.

CASTRO, M. (2001). *Del ideal y el goce*. Universidad Nacional de Colombia. Colombia: Editora Guadalupe.

CASTRO, M. (2005). *Transgresión, goce y profanación.* Universidad Nacional de Colombia. Colombia: Editora Guadalupe.

CHIOZZA, L. (1972). "Apuntes sobre metapsicología". En: *Metapsicología y metahistoria 1: escritos de teoría psicoanalítica (1963-1977)*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008. Obras Completas, v. 3, pp. 165-173.

CLAUSEVITZ, K. (2008). *De la guerra*. Argentina: Terramar.

EINSTEIN, A. y FREUD, S. (1933). "¿Por qué la guerra?" En: *Obras completas*, Tomo XXII (pp. 179-198). Buenos Aires: Amorrortu.

FLORES, F. (2010). Un psicoanalista ante la guerra o, mejor ante las víctimas de la guerra. Intervención en el coloquio "Política y psicoanálisis", Invención del psicoanálisis. México D.F.

FREUD, S. (1915). "De guerra y muerte. Temas de actualidad". En: *Obras completas*, Tomo XIV (págs. 273-303). Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1920). "Más allá del principio del placer". En: *Obras completas*, Tomo XVIII (págs. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1921). "Psicología de las masas y el análisis del yo". En: *Obras completas*, Tomo XVIII (págs. 77-136). Buenos Aires: Amorrortu.

GALLO, H. (2013). "El lugar del enemigo". En: *Desde el jardín de Freud. Enero-diciembre* (13), pp. 137-144.

GALLO, H. (2013). "El lugar del enemigo en lo subjetivo y lo social". Conferencia dictada en la biblioteca pública piloto, edificio Torre de la Memoria. Noches de biblioteca de la NEL, Medellín, Colombia.

GALLO, H. y JIMÉNEZ, B. (2002). *Dinámicas de guerra y construcción de paz*. Estudio interdisciplinario del conflicto armado en la Comuna 13 de Medellín. Colombia: L. Vieco e Hijas Ltda.

GÓMEZ, G. (Ed.). (2010). "El sujeto del acto". En: *Acto, pasaje al acto y acting out en psicoanálisis.* Colombia: Mavarac.

IMBRIANO, A. (2004). "La globalización y la violencia". En: *Affectio Societatis Marzo*. (7).

NASIO, J. (1996). *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*. España: Gedisa

LACAN, J. (1958). Seminario 5. Las formaciones del inconsciente. *Clase 26: Los circuitos del deseo*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (1949). El estadío del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. Escritos I.

LACAN, J. (1994). La psiquiatría inglesa y la guerra. En *Uno por uno (40)*.

RAMÍREZ, M. (2007). *Psicoanálisis en el frente de batalla.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

RICOEUR, P. (2006). *El mal: un desafío a la filosofía y la teología*. Madrid: Amorrortu.

ROSOLATO, G. (2004). *El sacrificio*. Argentina: Nueva Visión.

SAMPSON, A. (2001). "Reflexiones sobre la violencia, la guerra y la paz". En: *Violencia, guerra y paz: una mirada desde las ciencias humanas.* Cali: Universidad del Valle.

SAMPSON, (2005). "Cultura y violencia". En: *Nuevo pensamiento administrativo*, Facultad de Ciencias de la Administración. Cali: Universidad del Valle.

El capitalismo contemporáneo y el goce derivado del consumo

Carlos Alfonso Calle Madrid

En la época actual, el apasionamiento desmedido está representado por la liberación de las pulsiones y su poca o escasa regulación. Asistimos a una vida regulada por el consumo[22] y el *plus* de goce que de allí se deriva. El consumo opera, entonces, como un imperativo proveniente del Otro (el capitalismo, el mercado) que se promueve a como dé lugar y hace que nuestras vidas se organicen en "sustancia significante" (Baudrillard, 2012, p. 224).

Significaría, entonces, que entre el capitalismo contemporáneo y los consumidores existe una mutua correspondencia, una suerte de continuo que se puede representar con la banda de Möbius. El primero requiere del sujeto –su carencia y su goce– para perpetuar su discurso y así lograr que las personas consuman cada vez más. Por su parte, los sujetos contemporáneos hallan en el consumo de mercancías aquello que han perdido y esperan encontrar. Entre ambos, lo que está en juego no son tanto los objetos de consumo, sino una relación de "[…] estrecha complicidad negativa, o también una implicación recíproca

22. El consumo entendido como "[…] la totalidad virtual de todos los objetos y mensajes constituidos desde ahora en un discurso más o menos coherente. En cuanto que tiene un sentido, el consumo es […] una actividad de manipulación sistemática de signos". Baudrillard (2012, p. 224). Esto significa que el consumo es una característica propia de la sociedad contemporánea y que como tal se las arregla para manejar a su antojo los signos (significantes y significados) con un propósito económico.

entre la disfuncionalidad del sistema socioeconómico y la incidencia profunda del sistema inconsciente" (Baudrillard, 2012, p. 147).

De tal forma que en el presente capítulo abordaremos, desde una perspectiva crítica y psicoanalítica, las implicaciones, consideraciones y alternancias entre la apuesta del capitalismo contemporáneo por el consumo y el goce que de dicho consumo se produce en los sujetos llamados consumidores.

Como primera medida, nos detendremos en cómo el discurso capitalista deviene en un el discurso de los mercados, para luego entender por qué el discurso de los mercados a través de su filosofía del *marketing* dice, engañosamente, satisfacer las necesidades de los sujetos-consumidores. Trabajaremos de manera específica el goce derivado del consumo. Así mismo, discutiremos el fetichismo y su articulación con los objetos de consumo, señalando si se trata más de una cuestión estructural (perversión generalizada) o son rasgos perversos fetichistas ligados a la problemática del consumo. Finalmente, reflexionaremos acerca de algunas posibles salidas al atolladero del sujeto frente al consumo y compra de mercancías y el goce derivado de ello.

¿Discurso capitalista que se cuela en el discurso de los mercados?

Abordamos este tópico en primer lugar, por tratarse de un aspecto medular en cuanto es necesario distinguir entre el discurso capitalista y el discurso de los mercados. Aunque pueden asumirse como análogos es importante saber desde dónde –y por qué no es mejor– equipararlos. Así mismo, explicar –a sabiendas de que son diferentes– de qué manera se relacionan. El tema contribuirá a la discusión en torno a la polémica desatada por Braunstein (2012) en *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*.

Braunstein habla del discurso de los mercados en plural para señalar la presencia de diferentes especies de mercados: el de la producción y el del consumo de mercancías; el del trabajo y el financiero, pues en el mundo contemporáneo todos los discursos están conectados, se apoyan entre sí y refuerzan el mismo sistema, de tal forma que el capital financiero se sirve de una producción flexible y de un consumo cada vez más ávido, constituyéndose de esta manera en una red que se hace materialmente visible en los consumidores.

Braunstein presenta los cuatro discursos propuestos por Lacan (amo, universidad, psicoanalista, histérica) y señala las características de cada uno y la

estructura que los gobierna. Una vez logrado esto, le da paso a la aparición de un quinto discurso, quinto interrogado como discurso adicional no solo porque Lacan habló de cuatro, sino porque el discurso del capitalista es una variante del discurso del amo de la antigüedad. El capitalista sería el amo contemporáneo "que incita a la satisfacción pulsional y un nuevo amo este que permite y comanda el goce de los órganos del cuerpo" (Braunstein, 2012, p. 139). No obstante, decir que solo eran cuatro es relativo, pues al parecer Lacan dejó formulado este discurso como uno más al escribir en el tablero, en la conferencia dada en Italia en el año 1972, el cambio de posición o de inversión "en el discurso del amo, los lugares de agente (S_1) y de la verdad ($). Además eliminaba el vector que ligaba, en la línea superior de la fórmula general de los discursos, al agente y al otro que recibía su orden de conminación" (p.142).

Con lo dicho hasta el momento, Braunstein deja tranquila las huestes de los psicoanalistas, pues sin temor a equívocos, unos y otros podrían estar de acuerdo con la presentación de este "quinto" discurso. Sin embargo, tal tranquilidad podría verse amenazada cuando señala que Lacan en Milán profetizó quizás un nuevo discurso: el discurso PST, pestilente, discurso de los mercados. Con argumentos interesantes y sustentados, Braunstein considera que este discurso es el de la contemporaneidad, para lo cual señala cada uno de los lugares y significados de los matemas. El semblante del objeto @ es el agente del discurso de los mercados, el cual corresponde a los servomecanismos. En el lugar de la verdad se encuentra el saber S_2 que dirige a los objetos semblantes de @ y los genera, convirtiendo así el conocimiento en técnica que luego va a lanzarse a los mercados. En el lugar del otro ($) se encuentra el sujeto a quien se dirigen los objetos semblantes y quien se cree autónomo cuando los adquiere, pero queda sometido a ellos; es esclavo de los mecanismos. En el lugar de la producción se encuentra el sujeto que queda sometido a identidades imaginarias, a la escogencia de significantes S_1 en el que de manera ilusoria ha creído que tiene la libertad de escogencia cuando a la postre no hay tal (al menos, no como se nos hace creer).

Ahora bien, ¿dónde estaría el punto de discusión que intranquilizaría y haría distanciarse del psicoanalista argentino? La respuesta se encuentra en el hecho de mostrar cómo la estructura del discurso de los mercados corresponde a la ya conocida estructura del discurso del psicoanalista. Lo que puede incomodar es, precisamente, esta posible analogía muy a pesar de que el mismo Braunstein señale que existe una identidad gráfica entre ambos discursos, pero que "[…] ello no significa una identidad de los elementos subsumidos por el matema" (p.

166). Incluso Braunstein se pregunta por las semejanzas y diferencias entre los dos discursos y se arriesga a dar respuestas.

En últimas, considero que es discurso capitalista aquel se encuentra detrás, dirigiendo el teatro actual. Sin embargo, acude al *marketing*, a las condiciones del mercado para hacer creer que los consumidores son lo más importante, cuando realmente es el consumo lo que en últimas tiene valor. De esto se hablará a continuación.

La satisfacción de las necesidades del consumidor: una filosofía engañosa

Para iniciar, diremos que a manera de diagnóstico de la modernidad Freud (1913) señalaba la existencia de tres maneras de soportar las exigencias que implica vivir la vida misma: las distracciones, las satisfacciones sustitutivas y los narcóticos. Desde la época en que Freud se ubicaba hasta el mundo contemporáneo, dichas formas en general aún se mantienen; lo que varía son las maneras particulares como estas se representan, la forma como nos valemos de ellas, los tipos de mecanismos y acciones que utilizamos para hacer de esta vida algo llevadero.

En esta vía, la sociedad de consumo contemporánea no solo nos ofrece la principal fuente de distracciones, satisfacciones y adicciones, sino también alternativas para evitar el displacer por medio del consumo de diferentes mercancías. Objetos sustitutivos para soportar las exigencias de la vida y menguar el malestar en la cultura; lo que nos hace, por un lado, caer en el autoengaño de creer que por fin habrá un objeto que cubra la falta; y por otro, nos hace caer en la posición maniaca del adicto que busca con desesperación el objeto de consumo. En ambas situaciones se considera una manera de negar la castración y es "[…] muy difícil hablarle de la castración al dueño de un *i-phone*, por no decir de un Mercedes. ¿Para qué se nombraría la soga en casa de quien se siente dueño de la horca?" (Braunstein, 2012, p.118)

Ahora bien, será Lacan quien nos dará las coordenadas precisas sobre la manera como pasamos del discurso capitalista de la revolución industrial –representante de la represión y la privación– hasta ser testigos del capitalismo contemporáneo que nos incita, empuja y exhorta al consumo. Este nuevo capitalismo es representado –de acuerdo con Braunstein (2012) – por el discurso PST o pestilente o posindustrial o poscapitalista o de los mercados. ¿Cómo opera ese nuevo discurso?

En primer lugar, el *marketing*, sistema propio del capitalismo, se emplea para incidir en los consumidores con el firme propósito de satisfacer las diferentes necesidades humanas. En su filosofía sostiene que parten y se centran primero en las "necesidades" de los consumidores y desde allí ofrecen productos acordes con ellas. Esta es la promesa engañosa que pregonan por doquier.

En este sentido, consideramos que, en efecto, la lógica del mercadeo funciona a partir de las necesidades del sujeto en su relación con los objetos. Sin embargo, son las aspiraciones del capitalismo por lograr que los consumidores adquieran más y más objetos que incrementen y sostengan el flujo libre del capital, el motor principal.

Asistimos a una suerte de engaño, pues lo importante no es el sujeto –aunque se nos haga creer lo contrario– sino la venta de productos. De allí que las promesas estén en la relación con el objeto que se vende. "Todo ha de esperarse del objeto, nada del sujeto. La promesa es la del objeto próximo. La lógica de la satisfacción por el objeto es la del todo o nada" (Lewkowickz, 1999, p.10). Sobre este punto Baudrillard (2012) considera que el proyecto de la sociedad de consumo no está tanto en los objetos sino en la relación con ellos, porque "[…] lo consumido nunca son los objetos sino la relación misma (significada y ausente, incluida y excluida a la vez); es la idea de la relación la que se consume en la serie de objetos que la exhibe" (p. 225). Y de allí, que el discurso del capitalismo es el único que no permite hacer lazo. Este es un falso discurso a diferencia de los otros cuatro, pues de acuerdo con Lacan, el discurso capitalista no permite vincularnos con la cultura en cuanto los mercados nos ofrecen productos y servicios con los cuales nos separamos y quedamos adheridos a aquello que nos venden. En este sentido, se evidencia la "[…] disposición de los objetos a desempeñar el papel de sustitutos de la relación humana" (Baudrillard, 2012, p.144). En sí el discurso del capitalismo contemporáneo no hace lazo porque deja solo al sujeto como consumidor de objetos-mercancías, lo que provoca una existencia sin sentido cuando el sujeto intenta quedar por fuera de esta lógica imperante. Como proyecto final, el capitalismo anhela seres aislados, desmaterializados, sin sustancia y vinculados tan solo con su computador personal. La película *Her* en la que un hombre se enamora de su ordenador es un claro ejemplo de ello.

Entonces, más que trabajar con la satisfacción de las necesidades de los sujetos al capitalismo le interesa la insatisfacción o la frustración de los consumidores, pues de esta manera se garantiza la compra del nuevo artículo. Al final lo que importa es que el consumo muestre sus cifras ascendentes. Un ejemplo de ello es el mercado de los aparatos tecnológicos, que ofrece permanentemente productos

con obsolescencia programada en la que el producto que acaba de salir ya tiene su reemplazo que lo hará "morir" para el mercado. En su despliegue operativo, el nuevo aparato no necesariamente es algo que se esté necesitando, pero se le hará creer al consumidor que es una necesidad. Se creará así la "demanda" y una vez se hayan obtenido las utilidades, se intensifique su distribución o incluso se haga masivo, saldrá al mercado un nuevo producto que reemplazará al anterior, una versión mejorada de él.

Si el capitalismo realmente trabajase con la satisfacción de "[…] las necesidades, se habría de llegar a una satisfacción. Ahora bien, sabemos que no hay tal: se desea consumir cada vez más" (Baudrillard, 2012, p. 228). La razón para ello está en que dicha "buena" filosofía descansa en una imposibilidad estructural. Con respecto a dicha imposibilidad, Braunstein (2012) afirma que

> *[…] el actual modo de producción, un modo pos o hipermoderno no está centrado en la satisfacción de las necesidades mediante la oferta de objetos para el consumo, sino en la creación de las demandas de los objetos que simulen el goce* (p. 228).

De allí que existan "[…] sin lugar a dudas, cierto número de objetos que, en cierto modo, están adaptados de antemano, hechos para servir de tapón" (Lacan, 1969-70, p. 53). El sujeto pretende con el objeto taponar la falta, ocultar los síntomas que dan cuenta de su historia. Objetos que sirven de solución vía imaginaria y no simbólica a la que se supone es la castración en lo real. Adicionalmente, porque el objeto *a*, objeto sobre el que realmente operan los mercados y los consumidores, es algo que Lacan define como una pérdida, un vacío y no es precisamente la presencia del objeto el que produce el deseo: es su ausencia la que lo moviliza; su insatisfacción y no la satisfacción es la que el capitalista de los mercados se sirve para sus propósitos; en eso el capitalismo ha desplegado su "inteligencia".

Ahora bien, ¿con base en qué afirmamos que la satisfacción de necesidades descansa en una imposibilidad estructural? Son varios los aspectos que apoyan nuestra tesis.

Primero, el psicoanálisis ha demostrado que las pulsiones, aunque sea su meta, no logran ser satisfechas y será la presencia de esta falla-yerro –que relanzará la pulsión– le permitirá un movimiento hacia delante. En este sentido, el capitalismo saca "utilidad" de esa pulsión que se repite y que nos relanza en la búsqueda de nuevos objetos. "El negocio" descansa, precisamente, en colmar el mundo de objetos cuyo propósito es llenar, cubrir o completarnos de algo que es

imposible de llenarse, colmarse o lograr la satisfacción plena. De todas maneras, en la vida hay cosas que no se pueden comprar, para lo demás existe *MasterCard.*

Segundo, encontramos apoyo en la diferencia entre necesidad, deseo y demanda propuesta por Lacan. En cuanto a la articulación entre necesidad y demanda, Lacan sostiene que la demanda es aquello que además de expresar una necesidad, se convierte en un llamado de amor por medio de un significante dirigido al Otro. El deseo surge en un tercer tiempo lógico. Va más allá de la demanda en una operación mediada por la significación fálica en cuanto el anhelo de amor no se puede satisfacer, por lo que es el residuo, luego de satisfacer las necesidades, lo que comporta el deseo. Por ejemplo, la necesidad se satisface con un objeto cualquiera, la sed se calma con el agua. Pero la satisfacción de la demanda no es la satisfacción de una necesidad. La demanda busca una respuesta del Otro. Entonces, la demanda no busca satisfacción en el registro real sino en el registro simbólico. En el caso del deseo, el objeto no sirve para satisfacer el deseo sino para designarlo. La relación con un objeto es compleja, ya que el deseo no puede nunca ser satisfecho. Un ejemplo de esto es el siguiente: un consumidor mira un exhibidor con refrescos y dice: "quiero ese jugo y no otro." Hay necesidad bruta en cuanto a que hay sed, y la sed se sacia con líquido. La sed se saciaría con cualquier líquido y sin embargo el consumidor quiere "ese jugo" y no otro: he ahí el deseo. Por último, la demanda: el pedido está dirigido a algún Otro, quien responde, le da (o le niega) al consumidor el jugo que pide. De esa manera, el mercado se ofrecería como dador de ese amor que demanda el consumidor. Los mercados, entonces, parten de un deseo insaciable e insoluble y ofrecen objetos que simulan esa posibilidad de satisfacción. Y como el caballo tras la zanahoria, el consumidor no podrá lograr lo que desea, pues el deseo nos dice que eso buscado está en otra parte. El deseo se manifiesta en forma de metonimia en cuanto es continuamente pospuesto; no apunta al objeto sino a lo que no se tiene, pues el deseo siempre es de otra cosa. Precisamente, lo que falta es el objeto perdido primordialmente, siempre a la espera de volverse a encontrar.

Por su parte, el consumidor confía crédulamente que el objeto lo completará, lo hará feliz. Hace equiparables objeto, deseo, demanda y necesidad. De lo que no se percata con esta amalgama es que el objeto que busca está irremediablemente perdido y cuando cree que por fin lo tiene, su deseo se mueve hacia otra parte y es en ese momento cuando el mercado está presto a ofrecerle el nuevo objeto que complazca la nueva búsqueda. Haga lo que haga el mercado, el sujeto-consumidor "[…] no consigue apagar –a saber– una nostalgia relacionada con la propia falta de ese objeto de amor" (Lacan, 2008, p. 179).

El consumo, entonces, se presenta al consumidor como algo irresistible, como una razón de vivir, una práctica idealista y aspiracional dinamizada por un proyecto frustrado y siempre sostenido por los objetos que han de multiplicarse para colmar una realidad ausente. Práctica idealista marcada por modelos dominantes a la vez ideales de consumo que, debido a la innovación permanente, la diversificación y la renovación de las formas del objeto, se hacen constantemente inalcanzables. "Finalmente, porque el consumo se funda en una *falta o carencia* es incontenible". (Baudrillard, 2012, p. 229). En gran medida esa búsqueda más allá del placer, será en parte la que se manifieste en la manera como el sujeto contemporáneo goza.

Mediante los objetos que tiene en el mercado el capitalismo pretende un mundo sin falla, sin castración, un paraíso artificial de felicidad. Pero un mundo así sería terrorífico, porque nos fundiríamos en la cosa y nos desintegraríamos, retornaríamos al caos primigenio como sombras, imágenes de seres sin substancia. Es esa también la pretensión del sujeto mítico de la necesidad pura. Pero nosotros hemos pasado o atravesado por los atolladeros de la cadena significante e ineludiblemente somos, por suerte, sujetos divididos ($). Es paradójico, pero anhelamos –o fantaseamos mediante los objetos de consumo– encontrar el objeto perdido. Pero si en la realidad externa lo adquiriéramos, llegaríamos a la desaparición (afanasis).

Fetichismo articulado a los objetos del mercado: ¿una cuestión estructural (perversión generalizada) o rasgos perversos fetichistas ligados a la problemática del consumo?

En la actualidad existe una lógica correspondiente a una perversión generalizada que "[…] no es otra cosa que aquello que se deduce de la reconsideración de la perversión, a partir de la axiomática lacaniana del goce" (Askofaré, 2012, p. 170). En este sentido, Askofaré nos indica que dicha perversión no significa ni desviación, ni aberración, ni inversión de las normas y menos una nueva norma social. Se ha de entender que en el campo del goce del *hablanteser* se ordena y se estructura alrededor de un imposible (satisfacción plena), lo que trae como consecuencia que el sujeto tome necesaria y forzadamente los caminos de sus síntomas, el fantasma y, por ende, el goce perverso. Esta perversión, de acuerdo con Lacan (1969/70) –que, de paso sea dicho, no señala que sea generalizada– es producto de la cultura y no de las relaciones sociales, como es el caso de las neurosis.

Por parte del discurso capitalista no se busca que los sujetos renuncien al goce. Por el contrario, se pregona un goce total, una saturación de la falta de goce y su carácter de imperativo. En este sentido, la perversión generalizada también ha de situarse como una renegación de la percepción de la castración materna, lo cual trae como consecuencia el privilegio otorgado al objeto fetiche y promoción del fetichismo como paradigma de las perversiones sexuales. Aquí se aplica una especie de fetichismo de la mercancía de uso (desplazamiento del fetiche a un objeto; en este caso, las personas que ven en su cuerpo una mercancía y que los otros también lo consideran). Al respecto y con fines aclaratorios se cita a Eildelztein (2008).

> *El fetichismo no es una perversión porque el hablanteser no se presenta "como en a", él no es el objeto del o para el Otro, pero es la perversión de las perversiones debido a que en ningún otro caso de perversión se encuentra más destacado el objeto en sí mismo como velando la falla del Otro* (p. 156).

Se puede deducir, entonces, que dicha perversión generalizada surge como consecuencia de dos consideraciones que se entrecruzan: "[…] una estructural, relativa al goce, accesible permitido al *hablanteser*. Otra histórica, que se refiere a la incidencia de la tecnociencia y del discurso capitalista sobre los modos de gozar contemporáneos" (Askofaré, 2012, p. 173). Los *hablanteseres* que son tomados u ofrecidos como objetos o mercancía, ¿de qué gozan? Gozan del cuerpo en cuanto este simboliza al Otro inaccesible para ellos. Entonces, si gozar del Otro es lógicamente imposible, lo que queda es un resto; eso que se denomina *objeto a* el cual opera tanto en relación con la pulsión como con el fantasma sólidamente respaldado por "[…] la supremacía del discurso capitalista, que pone en primer plano al *objeto a*, ocultando así al sujeto" (Rojas, Ceballos y Gaspar, 2007, p. 142). También ha de considerarse ese resto como resultado o producto de la operación del discurso del amo; o sea, del inconsciente, lo que conduce a un *plus* de goce. Quiere decir, entonces, que el sujeto que se ofrece al otro como objeto, lo que le ofrece es en realidad el objeto *a*, y la vez, su cuerpo es objeto *a* para sí mismo.

En el primer punto, dos aspectos de la perversión de los mercados: el estar regulados por leyes arbitrarias de oferta y demanda y la tan mencionada libertad que esconde la intención de tener sujetos completamente dispuestos en el mundo de los mercados. Estas leyes de la oferta y la demanda dan cuenta de:

> *La interacción económica tratantes e intermediarios. En este sentido, no es solo la alta rentabilidad, sino, además, la correspondencia entre demanda y oferta las que nutren este comercio ilícito de seres humanos. Hay una coincidencia entre el*

> *interés de tratantes (demandantes) e intermediarios por captar los denominados talentos o víctimas por un lado, y la disposición en varios casos de las víctimas (oferentes) de "probar suerte" y mejorar su situación socioeconómica, por el otro* (Hurtado y Pereira-Villa, 2012, p. 171).

Otra variante de la perversión es aquella en la que los artículos de consumo, en especial los *gadgets*, sirven de fetiches y "[…] según la propuesta freudiana de 1927, el objeto destinado a desmentir, a desestimar, la castración y, en particular, la castración de la madre" (Braunstein, 2012, p. 57). Además, porque el consumidor, a partir de los significantes del mercado, se convierte en objeto de sus cuidados, algo ya elaborado en la infancia cuando el niño construye simbólicamente su cuerpo pulsional; es decir, queda sometido a los cuidados, deseos y goces de su madre. El mercado sería la gran madre presta a satisfacer las necesidades de los consumidores-infantes.

Esa desmentida de la falta hace que los consumidores gasten sumas considerables en el consumo de productos. Cada vez se necesita más y cuanto más se compra más se quiere, más falta se tiene de los productos, lo que deviene en un círculo vicioso similar a la manifestación del adicto y en este sentido ha tenido otro tipo de efectos o correlatos. Por ejemplo, el mundo de los mercados financieros no regulados y de los mercados de consumo en general, guardan similitud con el "marco posneurótico en el cual predominan la perversión, la depresión y la adicción" (Dufour, 2013, p. 21). De hecho, los ejecutivos de *Wall Street* gastan fortunas en drogas y prostitutas y se ha encontrado que su uso estimula la misma parte del cerebro que se estimula cuando se gana dinero. En este sentido, Navarro (2012) nos recuerda:

> *El dinero… puede conseguir todos los bienes comerciales, es su equivalente. Pero el bien comercial es un sustituto del objeto perdido, perdido para siempre, y por lo tanto, manifestación de la insatisfacción. El objeto comprado, una vez comprado, es un engaño y una ilusión. No importan su autenticidad, ni su marca, ni su calidad. Lo que da lugar a que ese objeto se sustituya por otro, y genere más castración imaginaria. La demanda es, entonces, un círculo infernal cuya repetición no tiene fin. Petición y repetición, ad infinitum, anhelo de goce fijado, congelado, imaginarizado, en la búsqueda permanente de algo que no cesa de llegar al lugar esperado* (p. 58).

Y agrega Dufour (2013):

> *En efecto, los comportamientos adictivos —frecuentes en las economías del goce— se ven favorecidos por la economía mercantil que tiene como propósito proporcionar a cada persona todos los objetos manufacturados necesarios, todos los productos*

> *lícitos o no, todos los servicios mercantiles, todos los fantasmas mostrables, susceptibles de satisfacer todas las apetencias* (p. 21).

Con lo aclarado y dicho hasta el momento, es tiempo de abordar uno de los interrogantes que movilizaron la escritura de este capítulo: ¿cuál es la relación entre los imperativos de consumo y de goce? Las respuestas serán presentadas en el siguiente apartado.

Los imperativos de consumo y de goce

Definitivamente no podemos tenerlo todo: si entre la vida y la bolsa escogemos la primera, perderemos la segunda; si escogemos la vida perdemos la bolsa; la castración será parte de la vida. En estos dilemas lógicos: la vida o la bolsa; la libertad o la vida; la vida o la muerte, se encuentran los dos polos de la ley: la kantiana y la sadiana. En el lado kantiano, hallamos al superyó freudiano emparentado por este con el imperativo categórico. Su poder está en restringir, culpar e impedir. Funciona como interdicción del deseo y está en el orden de la prohibición. No puede basarse en característica sensible alguna, ni referida al placer. Su ética es la del deber y la obligación. Además, constituyen dominios universales que no dan espacio ni cabida para lo singular y no producen sujetos felices, sino modelos o ideales elevados de conducta. Contrario a Kant, existe el marqués de Sade, quien intenta establecer una ética centrada en el placer y la sensación. En ella, el cuerpo, tanto el propio como el del otro, puede ser utilizado a cualquier hora, en cualquier momento, cuando se desee. También está presente la ley, pero ya no una que restringe o impone restricciones, sino una ley que se me exhorta a gozar. El imperativo es el del goce, aquel que nos invita a vivir una experiencia de permanente exceso, un exceso de satisfacción. Existe una subordinación ya no por la vía del sometimiento negativo, sino del sometimiento positivo. Ahora el sujeto goza con la ley y permite que la ley goce de él.

Se podría sostener que a partir de ambos lados de la ley se constituye lo patológico, lo cual constituye una pérdida de libertad que ataca ambos polos. En el polo kantiano se ve privado de la libertad que se manifiesta con síntomas de vía negativa: "no puedo gozar de…", "no puedo evitar no hacer esto". Hablaríamos de repeticiones, compulsiones, impedimentos, una acrecentada pulsión de muerte. Por el lado sadiano, los síntomas tendrían una gramática del "no puedo con la situación x"; es una especie de imposibilidad o impotencia que se confronta con la posibilidad. Es una diada entre la necesidad y la posibilidad, entre lo posible e imposible.

Las dos leyes anteriores se ven claramente reflejadas en las dos versiones que conocemos del capitalismo. En el capitalismo de la revolución industrial, ya no opera el amo que representaba la represión y la privación. Ahora el amo del capitalismo contemporáneo nos incita y empuja a gozar mediante el consumo de todo tipo de cosas y nos deja solos para hacerlo; ya no nos ordena la vida, ni nos dice qué hacer. Somos testigos, entonces, de una vida en la que cada uno ha de arreglárselas como pueda, lo que evidencia en su reverso la innegable carencia del Otro (Dufour, 2007).

De tal forma que uno de los imperativos contemporáneos es el del goce, entendido como "lo que va contra la vida" (Lacan, 1969-70, p. 48). Goce en cuanto repetición, pues "la repetición tiene cierta relación con lo que, de este saber, está en el límite y se llama goce" (Lacan, 1969-70, p. 13). Este goce se asume, como lo plantea Braunstein, un placer en exceso intolerable, cercano al dolor y al sufrimiento. Lacan retomaría de Freud su reformulada teoría pulsional, aquella del *Más allá del principio del placer* (1920), para indicarnos que el sujeto, al buscar un exceso de placer o un placer intolerable, no estaría buscando el bien para sí, sino el gozar de su sufrimiento.

Ahora bien, si el amo actual es el mercado, el papel de esclavo estaría representado por los consumidores. Tal lugar es obtenido por permitir que sus vidas estén gobernadas por los significantes (S_1) del Otro (mercado) vía mandato del consumo y paradójicamente, también ellos se convierten en objetos o mercancía para los demás. En la primera vía esos objetos y gadgets servirían de servomecanismos, no están a nuestro servicio sino lo contrario. En la segunda variante, el sujeto se inviste libidinalmente e invierte económicamente en su cuerpo para convertirse en un objeto más del mercado y gozar ya no mediante el consumo sino el siendo objeto para los demás. Al respecto Baudrillard (2012) sostiene:

> *Lo que queremos mostrar es que las estructuras actuales de la producción/consumo inducen al sujeto a realizar una práctica doble, vinculada con una práctica desunida (pero profundamente solidaria) de su propio cuerpo: la del cuerpo como capital y la del cuerpo como fetiche (u objeto de consumo). En ambos casos, lo importante es que, lejos de negar u omitir el cuerpo, el sujeto, deliberadamente, lo invista psicológicamente e invierta económicamente en él* (p. 156).

El investirse y el invertir en sí parecen, de entrada, tener propósitos diferentes, pero en últimas conducen al mismo punto. En la investidura del cuerpo se pretende recubrirlo de brillo –agalma, diría Lacan– que serviría de velo, de disfraz para ocultar la verdad; tendría una función metafórica dirigida hacia el Otro y los otros. Al invertir en el cuerpo, verter hacia adentro, se intentaría un

giro cuyo resultado sería una ganancia económica, libidinal y de goce. Ambos movimientos confluyen en el mismo punto: hacer del cuerpo un objeto que produzca dividendos, "producción como soporte (económico)" (Baudrillard, 2009, p. 166), lo que llevaría ineludiblemente al campo del goce vía obsesión por conservar la figura, obtener un usufructo y explotar el cuerpo. Lo paradójico radica en que dicho movimiento se considera un acto emancipatorio del sujeto, no una alienación que haría del consumidor un objeto más de consumo capturado por las leyes de la oferta y la demanda, de tal manera que la condición de mercancía no solo les corresponde a los objetos.

Atestiguamos, entonces, una situación generalizada en que todo es susceptible de ser vendido, de tal forma que también podemos gozar con infinidad de objetos y situaciones. El goce vía consumo de mercancías o nosotros como mercancía nos hace esclavos y en servidumbre.

A esta condición de goce irrestricto contribuye la sociedad de consumo que nos ofrece la posibilidad y las condiciones para un goce sin límites o la infinitización del goce (Dassen, 2004). O como lo diría Imbriano (2006), "[…] vivimos en un mundo sin límites frente a los nuevos desasosiegos del sujeto. Cada época se caracteriza por el modo en que el hombre enfrenta esos desasosiegos, la época contemporánea también; el sin límite es el modo de nuestra época" (p. 33). De manera similar Navarro (2012) relaciona ese goce ilimitado con la importancia que reviste el dinero para el sujeto de hoy, en cuanto "[…] el dinero no es un objeto neutral. Por el contrario es el representante imaginario del goce ilimitado o el símbolo concreto del significante del goce" (p. 54) […]; "[…] el dinero está, pues, relacionado con la posibilidad de disfrute de los objetos deseados" (p. 56).

De esta manera, el goce del consumo hace que la racionalidad y los límites queden abolidos. Se traspasa un límite, no hay un dique que detenga aquella actividad, la razón no opera como significante de la ley y las empresas de consumo no asumen el papel de significante de la ley toda vez que estimulan a consumir cada día más, colindando así con la pulsión de muerte. Esta invitación a franquear el principio del placer se ve reflejada en significantes que funcionan muy bien como eslóganes publicitarios que nos dicen: "Solo hazlo". "Que nada te detenga". "Ve hasta donde quieras llegar, el límite lo pones tú". "Mantente a la vanguardia". "El límite ya no está en tus pies; está en tu mente". Un superyó más voraz, pues encubierto en una aparente libertad te invita a gozar. Es "[…] la libertad de elección el ingrediente clave de la economía del mercado" (Žižek, 2012a, p. 74), y en ella la argucia del superyó contemporáneo radica en la falsa

apariencia de una libre elección, pues ordena adorar aquello con lo cual el sujeto no tiene la opción de una negativa (Žižek, 2012b).

Para lograr el acceso a ese goce sin límite que nos ofrece el consumo, los mercados buscan con avidez que adquiramos el estatus de consumidores, mas no el de adictos. Sin embargo, el solo hecho de ser consumidores colinda con la posibilidad de adherirnos al objeto. En este sentido, la figura del consumidor y en especial la del adicto, están socialmente establecidas, ya que la "[…] lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible –y necesario– ese tipo de prácticas" (Lewkowickz, 1999, p. 5). Tanto en el consumo como en la adicción subyace una "[…] lógica aditiva, la lógica del uno más, de un tanto más, en una serie con tendencia al infinito" (Imbriano, 2006, p. 38). Sería, entonces, que la sociedad de consumo contribuye con la constitución de la adicción aunque no le convienen los adictos, pues si bien en un primer momento los consumidores quedan adheridos a los objetos que se comercializan, poco a poco se apartan de la economía productiva que les da la posibilidad de seguir siendo consumidores. De esta manera "[…] el sujeto de consumo se interrumpe" (Lewkowickz , 1999, p. 13).

La propuesta del goce sin límite coincide a todas luces con esa solicitud explícita del ultraliberalismo, pues "[…] el liberalismo es todo eso: la liberación de las pasiones/pulsiones" (Dufour, 2013, p. 15). Estos modelos piden no poner límites o que estos sean laxos; que nada los detenga, pues cualquier impedimento afectaría el desarrollo de su potencial.[23] Así, en todos los ámbitos de la vida se estaría pregonando la no regulación. Tanto en el mundo de los negocios como en el privado cada quien ha de regirse por sus propios criterios, sus propios límites. Esa libertad pulsional sería la base para lo que Lipovetsky (1986) denomina "[…] la sobremultiplicación de elecciones […] o la vida sin imperativo categórico; la vida kit modulada en función de las motivaciones individuales; la vida flexible en la era de las combinaciones, de las opciones, de las fórmulas independientes" (Lipovetsky, pp. 18-19).

Entonces, el imperativo que el capitalismo y la sociedad de consumo proponen es el de gozar, lo cual tiene a su favor que los sujetos contemporáneos cuentan con la posibilidad –en cuanto todo lo pueden– de arreglársela como sea para ello. Así, uno de nuestros derechos fundamentales es al consumo; cada quien

23. De acuerdo con Dufour (2013): "El ultraliberalismo constituye en suma una perversión del liberalismo al llevar hasta sus últimas consecuencias el principio de la defensa absoluta, por cada actor, de sus intereses privados" (p. 18).

buscará a través de los productos que nos ofrece el mercado hacer valer este derecho. Se le *@-diciona* la posibilidad de estar conectado a la red informática mundial las veinticuatro horas, con la posibilidad de consumir a toda hora.

Con las condiciones dadas y unos esfuerzos de *marketing* cada día más agresivos, se puede asegurar que en el mundo contemporáneo se da la posibilidad de ser adicto. Se trata de un "[…] consumo adictivo de fijación a un objeto (una sustancia, una práctica, un tipo sexual, una actividad informática, un agujero en el cuerpo o una imagen ideal)" (Lewkowickz, 1999, p. 13). De esta manera, hay una infinidad de "cosas" a las que podemos ser adictos y una forma de gozar con el consumo, a tal punto que la relación con los objetos y las experiencias de consumo al convertirse en objetos a los que quedamos atados (drogas), se emparentan en algún punto:

> *[…] con el autoerotismo de la prohibición original: el sujeto se administra a sí mismo una sustancia que lo conecta directamente con un goce que no tiene que pasar por el filtro de la aquiescencia o el forzamiento del cuerpo de otro, se consigue de tal modo el relevo de la sexualidad* (Braunstein, 2006, pp. 280-281).

El consumidor que no para de comprar; que no se resiste de ir al quirófano a moldear un cuerpo especularizado; que espera con meses de anticipación que salga la nueva versión del *i-phone;* el alcohólico, el cocainómano, el adicto a la marihuana estarían, de una u otra forma, dando cuenta de la negación de la castración; es decir, el rechazo de asumirse como seres en falta, de impugnar las exigencias del Otro en un intento de sustituir el deseo inconsciente.

Esa negación de la castración que deambula por doquier en el mundo contemporáneo se opone a la idea de que cualquier cosa que deseemos tiene un precio. Por ello, el mundo contemporáneo es la sociedad de la no deuda (no tener deuda simbólica), sustraernos del toma y daca simbólico aunque estemos endeudados con los créditos y las tarjetas. En este sentido, podemos entender por qué el discurso de los mercados se ve favorecido con la posición del consumidor contemporáneo de no querer pagar la deuda simbólica que ha adquirido, de evitar asumir la responsabilidad por sus goces. En este sentido, Tarrab (2011) señala que en la contemporaneidad contamos con las llamadas patologías de la ética, en cuanto son

> *[…] patologías de "no puedo dejar de hacerlo", que eclipsan la responsabilidad del sujeto. Y en ese eclipse, en esa suspensión de la responsabilidad, se desvanece el sujeto que debe responder por su pasión, mientras la culpabilidad se evapora del horizonte del mundo contemporáneo* (p. 62).

No obstante, el deseo tiene un costo; algo se debe pagar por desear. Esto aplica, incluso, para el mundo del consumo. Si un consumidor desea un objeto ello le implica una pérdida, pues no puede aspirar a comprar todos los objetos. Gana uno, pero pierde el resto.

En el mundo contemporáneo se configuran las condiciones del consumo desmedido y por ende, de la configuración de nuevos síntomas que implican, según Tarrab (2011), no ligarse a nada. Síntomas que representan un retorno de lo reprimido, un tránsito al acto en detrimento de la palabra en el cual se intenta abolir el sujeto del inconsciente (sujeto dividido) para reemplazarlo por un escepticismo (no creer en los ideales, borramiento del Otro por medio de la droga, desencantamiento del mundo, debilidad de la metáfora paterna, sustracción del intercambio simbólico, etc.). En palabras de Tarrab: "[…] es el rechazo que esta época tiene por el saber, por la decadencia de las referencias ligadas al ideal y la vacilación de los semblantes en la cultura" (p. 59).

Algunas reflexiones finales: ¿acotar, entonces, el goce derivado del consumo?

Si bien el psicoanálisis no se erige como la solución a todos nuestros males, sí permite pensar en las posibles salidas al atolladero en que nos encontramos: ¿cómo acotar el goce en una época que no hace más que promoverlo y empujarnos a él?

Es claro que el fantasma puede industrializarse. Prueba de ello son los diferentes productos y servicios del mercado. Sin embargo, hay algo que no se deja atrapar por las lógicas del mercado: el saber inconsciente en cuanto vinculado a lo significativamente único para cada sujeto. En este sentido, el psicoanálisis surge como dispositivo en el que por medio de la palabra los sujetos pagan la deuda simbólica adquirida y asumen una pérdida ineludible.

Igualmente, como opción ética el psicoanálisis se opondrá a aquello de no ligarse a nada. Propondrá una ética de la demanda en la que el sujeto determine su responsabilidad en la manera como produce y sostiene su sufrimiento. Por consiguiente, se trataría de hacer trabajar en el sujeto la dimensión ética de la culpa (Recalti, 2004). En este sentido, el psicoanálisis podría dirigir la cura haciendo que el sujeto pase del acto de callar a la palabra.

Otra de las salidas propuesta por el psicoanálisis es la recuperar para el sujeto la opción de moverse en la vida con cierta facilidad. No una libertad absoluta,

sino una posibilidad recuperada vía negociación-consentimiento. Mejor dicho, restablecer la experiencia de ciertos niveles de libertad dentro de la determinación a la que el sujeto está sometido.

Cuando se acude al análisis el sujeto puede referir que lleva una vida sin bolsa, que alguien tomó su bolsa. De allí que surja la angustia por la pérdida de la bolsa, la cual se significa como una pérdida en el orden de lo real; una pérdida que parece desintegrarnos, pues sentimos que perdemos todo. Es el temor al temor a vivir esa experiencia primera de pérdida que nos hace sentir que estamos perdiendo de más y que implica repetirnos en el consumo de objetos, de relaciones, de experiencias, en un intento por negar que lo buscado está perdido de manera definitiva y para siempre. Ya lo mencionamos: la vida sin la bolsa es la vida castrada. Es el señalamiento de la existencia de una pérdida con la que llegamos al mundo. La vida trae contingencias; es decir, malestar. Es como si la vida contuviese en sí una especie de fracaso frente al cual no hay posibilidad de éxito, pues es inherente a la condición de finitud humana.

Finalmente, en el análisis se pretenderá que el sujeto pase de esa posición de angustia real de castración a aceptar la castración simbólica que lo faculte para asumir que había escogido la vida en lugar de la bolsa. Pero, además, logre saber que el mundo ya había escogido por él, una experiencia obtenida por el solo hecho de existir.

Bibliografía

BAUDRILLARD, J. (1999). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI editores.

_____ (2009). *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI editores

BRAUNSTEIN, N. (2012). *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*. México: Siglo XXI editores.

DASSEN, F. (2004). *Actualidad de la clínica psicoanalítica*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

DUFOUR, D (2013). Liberalismo, liberación de las pasiones, pulsiones tráficos. En Mayer Foulkes Benjamín y Francisco Roberto Pérez (eds.), *Tráficos*, colección 17, México.

_____ (2007). El inconsciente es la política. En desde el jardín de Freud, No. 7. Bogotá, pp. 241-256.

FREUD, S (1913). *El malestar en la cultura.* Obras completas, Vol. II. Trad. por Ballesteros, L. Madrid: Biblioteca nueva.

HURTADO, M. y PEREIRA, C. (2012). "Dinámica del comercio ilícito de personas: el caso de Colombia-Oriente Asiático". En: *Colombia Internacional 76*, julio-diciembre, pp. 167-194. DOI: http://dx.doi.org/10.7440/colombiaint76.2012.07

IMBRIANO, A. (2006). *La odisea del siglo XXI.* Buenos Aires: Letra viva.

LACAN, J. (1969/70) [1992]. *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós

_____ (2008). *El seminario. Libro 4. Las relaciones de objeto*. Barcelona: Paidós.

LEWKOWICKZ, I. Las drogas en el siglo, ¿qué viene? Argentina: Edama editorial.

LIPOVETSKY, G. (1986). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

NAVARRO, J. "El dinero y el psicoanálisis". En: Orejuela, Moreno y Salcedo (2012). *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad I.* Cali: Editorial Bonaventuriana.

RECALCATI, M. "La cuestión preliminar en la época del Otro que no existe". Virtualia: revista digital de orientación lacaniana, 2004 Año III, Número 10, http://virtualia.eol.org.ar/010/default.asp?notas/mrecalcati-01.html. (Consultado en junio 20, 2016).

ROJAS, A.; CEBALLOS, C. y GASPARD, J. (2007). "Actualidad de una clínica del a-Sujeto. El ejemplo de la toxicomanía". En: *Desde el jardín de Freud*, No. 7, pp. 137-150

TARRAB, M. "Las eficacias del psicoanálisis y los nuevos síntomas". En: GALANTE, D.; LEVATO M.; NAPARSTEK, F. y SALAMONE, L. (compiladores). *Los inclasificables de las toxicomanías*. Argentina: Gramma.

ŽIŽEK, S. (2012a). *Primero como tragedia, después como farsa.* Madrid: Akal.

_____ (2012b). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

La perspectiva psicoanalítica de la función cultural y subjetiva de la religión

Camilo Bustamante y Johnny Orejuela

Los nuevos discursos que aparecieron para dar sentido a la existencia prometían llegar a la verdad y despojar a la humanidad de mitos y creencias que en antaño lograron ese propósito. Muchos anunciaban que ante el desencantamiento del mundo el discurso científico daría las respuestas que los humanos han buscado por siempre, razón por la cual el discurso religioso caería y el científico triunfaría sin miramientos.

En la actualidad, la religión institucionalizada no tiene la incidencia que antes poseía en los diferentes establecimientos sociales; sin embargo, los sujetos inmersos en ellos se inscriben consciente o inconscientemente en algún credo particular. La religión ya no está integrada a una forma de vida social en particular, por lo cual un credo puede sobrevivir de manera autónoma en diferentes culturas. En relación con esto, Zizek (2005) explicita: "Esta separación le permite a la religión globalizarse (hoy hay cristianos, musulmanes y budistas en todas partes)" (p. 9). Empero, todavía las proclamas de los líderes religiosos generan impacto al tratar aspectos como la moral, la economía y la política, así no lo hagan de forma directa. Al respecto, Wilson (1969) plantea: "En la Iglesia católica los pronunciamientos sobre el control de los nacimientos, la práctica

de la medicina, el divorcio y la educación, tienen aún importante significación política y a veces económica" (p. 67).

Esto muestra que la promesa del positivismo no se cumplió; antes bien, emergió el reencantamiento del mundo mediante diferentes formas de lo religioso unidas a las nuevas ofertas encarnadas en movimientos como el *New Age*, prácticas espirituales orientales, chamanismo, etc. Lacan (2005) dirá:

> *Ni siquiera se puede imaginar lo poderosa que es la religión. Hace instantes hablé de lo real. Por más que la ciencia ponga de su parte, lo real se extenderá, y la religión tendrá muchos más motivos para apaciguar los corazones. La ciencia, que es lo nuevo, introducirá montones de cosas perturbadoras en la vida de cada uno* (pp. 78-79).

No obstante, lo que la ciencia ha generado es angustia frente a la existencia misma al mostrar su incapacidad de llenar el vacío existencial y la falta en ser estructural: lo real que siempre emerge; aquello que no se puede simbolizar y es insoportable para el sujeto. La religión triunfa donde la ciencia falla en cuanto sus respuestas son insuficientes para apaciguar y al hacer patente su fragilidad genera más insatisfacción. En este sentido, Orejuela *et al* (2013) plantean:

> *Entonces, para Lacan, allí donde la ciencia falla la religión triunfa, porque ella es capaz de proveer un sentido allí donde la ciencia con toda su parafernalia no hizo más que exacerbar lo real, y si la religión no tiene un sentido qué proveer con su repertorio previo es incluso capaz hasta de inventárselo; va a decírnoslo* (p. 346).

El fenómeno religioso ha sido uno de los objetos de estudio del psicoanálisis, así como de numerosos autores. El mismo Freud dedicó parte de su obra a su análisis y a la importancia que entraña para la civilización y para la construcción de la subjetividad. Evidencia de esto son *Tótem y tabú* (1912), *Psicología de las masas* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930) y *Moisés y la religión monoteísta* (1938), entre otros escritos.

Cimentado en el concepto de religión de Durkheim (1982), a saber: "Una religión es un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sagradas; es decir, separadas, interdictas, que unen en una misma comunidad moral llamada Iglesia a todos aquellos que se adhieren a ellas" (p. 42), el presente texto pretende, desde una mirada psicoanalítica, un acercamiento a lo religioso y a su valor en la constitución subjetiva del ser humano y de su cultura, como hecho relevante en la manera como cada sujeto se relaciona de forma particular con los diferentes aspectos de su vida, de sus afectos y de su entorno.

La función cultural de la religión

La mirada freudiana

La cultura es una creación del ser humano y en ese proceso le asignó dos funciones: en primer lugar, como defensa de los avatares naturales por medio del conocimiento adquirido para tal fin y la satisfacción de sus necesidades; y en segundo lugar, crear instituciones para regular (controlándolas y supervisándolas) las relaciones humanas de los sujetos pertenecientes a una cultura en particular. "Estas instituciones ejercen una presión en el ser humano, en algunos casos intolerable, que debe soportar para poder estar con los otros y vivir en sociedad" (Bustamante, 2013, p. 376). Tal presión hace que el sujeto renuncie a sus pulsiones ya sea momentáneamente o sublimándolas por algo aprobado por la sociedad, lo cual genera un malestar en los sujetos inmersos en esa cultura.

Este malestar entra en relación con el principio de placer, entendido como la satisfacción inmediata de la pulsión, al tiempo que se enfrenta al principio de realidad que frustra al sujeto de la satisfacción inmediata, dándole de esta manera una satisfacción retardada o trasformada. Marcuse (1983) nos dirá al respecto: "El hombre aprende a sustituir el placer momentáneo, incierto y destructivo, por el placer retardado, restringido pero seguro" (p. 29). La cultura y sus instituciones (familia, escuela, Iglesia, Estado, etc.) son mecanismos represivos de control para que estas pulsiones inherentes al ser humano no se manifiesten, y si lo hacen que sea de manera y útil.

La religión institucionalizada genera normas y leyes morales que les dictan a los sujetos la manera como deben comportarse y las consecuencias que acarrearía si esto no se lleva a cabo. Asimismo, les proporciona un sentido a sus vidas y un alivio frente a las prohibiciones culturales que los llevan constantemente a sentirse mal. En esta dirección, Bustamante (2013) menciona: "La religión es la sublimación de los miedos infantiles, de desamparo, temor, alimentados por el sentimiento de impotencia del ser humano frente a la naturaleza la cual lo deja expuesto a su fragilidad y su narcisismo queda herido" (p. 379).

Además de esta sublimación de los miedos infantiles, subyace el malestar acarreado por esa dupla antagónica individuo-sociedad, el cual es mediado por la religión de diferentes maneras para que tenga un sentido. Algunas de ellas son:

1. La promesa de una vida en el más allá, donde los sufrimientos padecidos por esa renuncia pulsional serán recompensados. El sufrimiento no es en vano;

todo lo contrario: a mayor sufrimiento mayor recompensa. Esto va a hacer que las privaciones o lo percibido como injusto sea aceptado con mayor facilidad.

2. La identificación con el líder de la religión colma de sentido las insatisfacciones, una causa loable que las hacen más llevadera. Al respecto, Villamarzo (1979) menciona: "Yo sufro, pero a través de Cristo –comunión de los santos– de alguna forma esos sufrimientos van a ser satisfechos y tendrán un sentido y una utilidad para otra persona" (p. 81).

3. La religión permite resolver la ambivalencia amor-odio inherente a la condición psíquica humana. Los miembros de una comunidad se brindan entre sí una mirada caritativa y de amor como hermanos que son dentro del grupo religioso, pero el sentimiento de reprimido es luego proyectado a los no creyentes, los cuales se convierten en el centro de sus ataques. Freud (1921) dirá al respecto:

> *En el fondo, toda religión es una religión de amor para sus fieles y, en cambio, cruel e intolerable para aquellos que no la reconocen… si tal intolerancia no se manifiesta hoy de una manera tan cruel y violenta como siglos anteriores, no hemos de ver en ello una dulcificación de las costumbres de los hombres. La causa se halla más bien en la indudable debilitación del sentimiento religioso y de los lazos afectivos de ellos dependientes* (pp. 2581-2582).

Al funcionar como un mecanismo represor de la pulsión y de ordenamiento social, Freud (1907) calificaría de neurosis universal a la religión, para lo cual hace un comparativo entre los rituales religiosos y los neuróticos obsesivos a los que llama, análogamente, ceremoniales. Estos ceremoniales tienen en común el temor consciente que genera omitirlos (temor hacer castigados), lo cual lleva a excluir cualquier otra actividad y a practicarlos con minuciosidad. El pensador vienés lo explicita de esta manera: "Los actos ceremoniales y obsesivos nacen así, en parte, como defensa contra la tentación, y en parte, como protección contra la desgracia esperada" (p. 1341). La diferencia estriba en que los actos neuróticos se llevan a cabo de manera privada y sin sentido, y los religiosos en comunidad, con un sentido y una significación simbólica compartidos. En este sentido, la neurosis obsesiva sería la pareja patológica de la religión, por lo cual denomina la neurosis obsesiva como religión privada y la religión neurosis universal, y en las dos se encuentra una renuncia básica a los instintos constitucionalmente dados: "La renuncia progresiva a instintos constitucionales, cuya actividad podría aportar al yo un placer primario, parece ser uno de los fundamentos del desarrollo de la civilización humana" (p. 1342).

En *Tótem y tabú* (Freud, 1912) expone la génesis de la religión, enmarcada en lo que se conoce como los "mitos freudianos" (Miller, 2006). Puntualiza que en tiempos primitivos el macho dominante tenía el privilegio de ser el único que podía acceder sexualmente a las mujeres de la horda, además de abusar de manera tiránica de los demás miembros. Llevados por sus deseos y resentimientos, estos se revelan en su contra y uniendo fuerzas matan al padre, crimen que genera en ellos culpa y quieren olvidarlo, reprimirlo. Emerge la rivalidad entre hermanos, ya que cada uno quiere ocupar el lugar del padre muerto (odiado y amado); sin embargo, pactan entre ellos dando origen así a las leyes que impedirían que el acto vuelva suceder. Surge el animal totémico –al que no se puede matar, excepto en situaciones especiales, para comerlo e incorporarlo–, se prohíben las mujeres del mismo clan y se funda la exogamia. Se magnifica al padre muerto y se lo transforma en dios; el tótem de la tribu se eleva a la categoría del padre muerto y se tienen frente a él las mismas actitudes. En este sentido, Villamarzo (1978) menciona: "De ahí surge la *necesidad religiosa* que se expresa a través de la búsqueda de protección y de una búsqueda de perdón de ese Dios ambivalente amado y odiado, necesitado y temido" (p.76). Igualmente, Urbano Alonso (citado por Beuchot, M., 1994) plantea:

> *El sentimiento inconsciente de culpabilidad siguió avivando el amor filial siempre insatisfecho, y la necesidad religiosa fue orientada hacia la reparación del parricidio, el sometimiento a la voluntad del padre y hacia la idealización ilimitada de los valores y funciones suprimidas. Esta triple tendencia daría origen y explicaría las prácticas sacrificiales del culto religioso, los preceptos morales y la idealización atribuida por los creyentes a Dios* (p. 28).

La mirada lacaniana

Como hijo de su época, cuando la esperanza de la humanidad estaba puesta en el positivismo y en el triunfo de la ciencia sobre la religión, una ilusión por medio de la cual el hombre pretende no vérsela con sus sentimientos de minusvalía e indefensión, Freud (1927) expresaría :

> *Sabemos ya que la penosa sensación de impotencia experimentada en la niñez fue lo que despertó la necesidad de protección, la necesidad de una protección amorosa, satisfecha en tal época por el padre, y que el descubrimiento de la persistencia de tal indefensión a través de toda la vida llevo luego al hombre a forjar la existencia de un padre inmortal mucho más poderoso* (p. 2.977).

Lacan (2005) afirmaría que la religión triunfará frente a la ciencia que exacerba lo real y deja a la humanidad más angustiada frente aquello que se escapa del

discurso simbólico, amén de prometer dar respuesta a preguntas que la angustian, un sinsentido que el discurso religioso tapona y le da sentido a aquello que para el sujeto es imposible apresar, como la muerte propia o la de un ser querido. La ciencia no va dar esperanza frente estos acontecimientos. Quizás logre que esta no suceda de manera rápida o logre detenerla por un tiempo, pero el solo hecho de pensar en ella genera angustia y es en ese momento cuando la religión promete la esperanza de la vida después de la muerte. Esta felicidad plena en un más allá donde se encontrarán con los seres queridos, le da sentido a la muerte y merma la angustia de tener que vérselas con este real. Al respecto, Orejuela *et al* (2013) señalan: "Para Lacan, allí donde la ciencia falla la religión triunfa, porque es capaz de promover un sentido y permite existir sin el desgaste que implica la angustia del sinsentido que impone lo real" (p. 346). Creer que Dios ha muerto es en la actualidad un error. "La verdadera fórmula del ateísmo no es *Dios ha muerto* –pese a fundar el origen de la función del padre en su asesinato, Freud protege al padre–; la verdadera fórmula del ateísmo es *Dios es inconsciente*" (Lacan, 2001, p. 67).

Si se afirma que Dios ha muerto significa que en algún momento vivió, por lo cual se podría tener la esperanza de que volviera a la vida. Lacan es radical y al mencionar que Dios es inconsciente pone de manifiesto que es una creación humana para llenar el vacío existencial. No hay un Dios que no existe –forma teísta del ateísmo– sino un hoyo inherente a todo decir que se suele rellenar con el nombre de Dios y al que se alude con la producción de sentido, mientras, como dice Nietzsche, "continuemos creyendo en la gramática" (Braunstein, 2105). Los que se dicen ateos tratan de llenar este agujero con otros "dioses" (ciencia, *New Age*, etc.), pero siguen siendo víctimas del significante y poniendo sus esperanzas en un gran Otro que no quieren ver en falta y lo enfundan con diferentes formas, suponiendo así una guía que soporte su existencia.

En la actualidad, lo religioso no es tomado tan radicalmente como antaño, tanto en las prácticas como en manifestaciones de fe frente a los otros. Ya no es tanto el creyente que restringe su goce con prohibiciones, sino aquel que se obliga a gozar. Los imperativos de gozar imperan hoy: goza tu sexualidad, goza tu cuerpo, *enjoy* Coca Cola. A tono con ello, Žižek (2008) formula: "El goce funciona hoy como un extraño deber ético: los individuos no se sienten culpables por violar alguna prohibición moral al practicar placeres ilícitos, sino por no ser capaces de gozar" (p. 111).

La función subjetiva de la religión

La mirada freudiana

A nivel subjetivo la religión tiene su función y su génesis. En *Una experiencia religiosa*, Freud (1928) alude a una carta que recibió de un colega médico en la que le recrimina la respuesta que dio en una entrevista cuando le preguntaron si creía en la vida después de la muerte, a lo cual respondió "eso me tiene sin cuidado" (p. 3001). El colega le reprocha su no creencia en la vida después de la muerte, tras de lo cual le narra una experiencia personal vivida en su época de estudiante cuando en una ocasión vio a una anciana muerta en la mesa de disección y se negó a creer que una persona de rostro tan dulce estuviese postrada allí. Al llegar a casa toma la decisión de apartarse definitivamente de su grupo religioso, "[…] pero cuando me hallaba reflexionando sobre esto surgió en mi alma una voz que me aconsejó meditar mi resolución. Mi razón respondió a esa voz de la siguiente manera: si alguna vez adquiero la certeza de que los dogmas cristianos son verdaderos y de que la Biblia es la palabra de Dios, los aceptaré sumisamente" (p. 301). Luego de esto sucedieron situaciones que lo convencieron inapelablemente de sus creencias e invita a Freud a que cambie de parecer. Freud menciona que desde la perspectiva del psicoanálisis es fácil deducir lo que le pasó a su colega: "El rostro de la anciana le había recordado el de su propia madre. En realidad, la carta no contenía nada semejante y yo me di en seguida cuenta de ello" (p. 3002). Este lapsus de Freud es adjudicado al médico al manifestar que esto es lo que deduce luego de lo que el médico menciona sobre la anciana (*sweetfaced dear old woman*). Al ver el rostro de esta mujer, se despierta en él el recuerdo de su madre procedente del complejo de Edipo, lo cual genera dudas y rechazo hacia el padre, repudio que se traslada a la esfera de lo religioso, o sea, al Dios-padre. Este conflicto lo llevó hasta una psicosis alucinatoria: "El conflicto parece haberse desarrollado en la forma de psicosis alucinatoria: voces internas que se hacen perceptibles para desaconsejar la rebelión contra Dios" (p. 3002).

Freud menciona aquí el complejo de Edipo; es decir, la relación vincular entre el padre, la madre y el hijo, triada en la cual el padre desempeña un papel fundamental. Sabemos que el niño se ubica en una relación ambivalente hacia su padre: lo ama y le teme; lo necesita y lo rechaza. La definición clásica del complejo de Edipo, nos dirá Massota (2001), es "[…] la ligazón libidinal amorosa

con el padre del sexo opuesto y, simultáneamente, la reacción hostil para con el padre del mismo sexo" (p. 28).

El niño ama al padre y este le brinda protección, lo cual hace que se subordine a él como figura que le ofrece seguridad. Pero también lo odia y tiene sentimientos hostiles debido a que se entromete en la relación idílica que tiene con su madre. El infante se da cuenta de que no es el único objeto de amor de su madre y ve al padre como rival, lo cual despierta el deseo de que muera y así monopolizar el amor de su madre. Pero este deseo de muerte viene acompañado de un sentimiento de culpa, ambivalencia intolerable para el niño que la reprime y lo lleva a idealizar al padre, generando así una profunda devoción hacia él. Al respecto, Villamarzo (1979) menciona: "El amor hacia el padre idealizado es mucho más fuerte que hacia el padre real, y el odio y la culpabilidad mucho más intensos" (p.72). Por medio del retorno de lo reprimido, esta situación problemática se intenta resolver proyectando fuera al padre. Un padre más poderoso y magnífico se convierte en Dios, a quien se le brinda sumisión y respeto. El aspecto agresivo se dirige a la creación del Dios-malo (como se le conoce en el cristianismo al diablo), a lo que Pieters (2006) refiere: "Personalizar dicho mal, asignarle un espíritu, un nombre, una máscara, ha sido una de las primeras actividades de la humanidad" (p. 22).

Freud (1910) expone esto de manera lúcida:

> *La religiosidad se refiere, biológicamente, a la importancia y a la necesidad de protección del niño durante largos años. Cuando luego el adulto reconoce su abandono y su debilidad ante los grandes poderes de la vida, se siente en una situación análoga a la de su infancia y trata de consolarse por medio de la renovación regresiva de los poderes protectores infantiles* (p. 1.611).

Ahora bien, la religión también permitiría resolver el conflicto subjetivo entre el principio de realidad y el principio de placer. La energía no descargada será utilizada por el sujeto, hecho que logra mediante el fenómeno alucinatorio que toma cuerpo en una fantasía que permita satisfacer los deseos, en oposición una realidad que no lo permite. Hacemos como que se satisficieran en un "más allá" prometido donde vamos a ser eternamente felices. Villamarzo (1978) lo expresará de la siguiente manera: "Parafraseando una frase célebre de Freud a propósito del fenómeno onírico, diríamos que 'la religión es una satisfacción de deseos'" (p. 81).

La mirada lacaniana

Para Lacan, la religión reviste una importancia fundamental en la estructuración subjetiva. Por ser un hecho cultural forma parte de la estructura simbólica, del gran Otro. "Lacan equipara esta alteridad radical con el lenguaje y la ley, de modo que el gran Otro está inscrito en el orden de lo simbólico" (Evans, 2003, p. 143). Ello da al sujeto una determinada manera de goce. El goce es prohibido por la religión a través de sus demandas y de sus imperativos, lo cual genera dos afectos-efectos generales: miedo y culpa. Estas prohibiciones avivan el deseo constituyente al sujeto y su particular estructura psíquica (Orejuela *et al.*, 2013).

El término goce en el psicoanálisis no se equipara al placer. No hay que confundir estos dos conceptos. Nasio (1992), aclara:

> *El placer es la figura consciente o preconsciente pero siempre sentida de la energía, mientras que el goce es su figura inconsciente y jamás sentida de inmediato. En el placer, recuerden a Freud, se trata de una disminución de la tensión psíquica en el sentido del reposo y de la distensión. En cuanto respecta al goce, este consiste en un mantenimiento o en un agudo incremento de la tensión. El goce es una palabra para decir la experiencia de sentir una tensión intolerable, mezcla de ebriedad y de extrañeza* (pp. 50-51).

Lacan asocia la experiencia religiosa con uno de los tres estados de gozar: el *goce del Otro,* que sería el estado ideal en el cual hay un goce sin límites, sin barreras, donde la energía se descarga totalmente y hay una felicidad absoluta; es el cielo, el paraíso prometido. Esto no deja de ser solo ficción, una ilusión que alimenta el deseo. En el niño lo podemos percibir como el deseo al acto incestuoso "[…] marcado por su destino mítico de deber consumarse en el acto incestuoso, de ser el goce experimentado por el Otro bajo la forma de un placer sexual absoluto" (Nasio, 1992, p. 37). Este Otro puede ser cualquier personaje mítico: madre, Dios, etc.

El Otro mítico le sirve al sujeto para no reconocer su deseo en el sentido de que renuncia a él para que aparezca el deseo del Otro, causa de todo lo bueno o malo que le pasa y le evita hacerse responsable de su vida y del deseo que lo habita. Renuncia a su satisfacción como sacrificio al Dios-padre, como demanda de amor. El sujeto religioso no quiere saber nada de su verdad sino perpetuar su goce. Al respecto, García (2006) señala: "Si deja al Otro la carga de la causa, corta su acceso a la verdad y no habrá sujeto responsable de llegar a su verdad: la responsabilidad es del Otro" (p. 160).

Religión y estructuras clínicas

Las estructuras clínicas le permiten al analista observar la situación del sujeto y dirigir la cura, razón por la cual los síntomas en sí mismos no son primordiales. Ello no significa que no haya que tenerlos en cuenta; el propósito es percatarse del posicionamiento del sujeto frente a ellos. No es lo mismo un obsesivo que delira que un psicótico delirante. A tono con esto, Londoño *et al.* (2012) expresan: "Con ello se debe entender que la estructura da forma a los síntomas y no son los síntomas los que configuran la estructura clínica, como ocurre en otros criterios diagnósticos como el DSM-IV" (p. 128). Ahora bien, al ser la religión un síntoma, implica una postura subjetiva frente a ella. Cada estructura tiene su manera particular de posicionarse frente a lo religioso.

Como se dijo anteriormente, para Lacan la religión es importante para la estructuración subjetiva y la manera como el sujeto se posiciona en la vida. Para esto, la clínica lacaniana definió tres grupos de estructuras clínicas, a saber (Cuadro 1):

Cuadro 1

Las estructuras clínicas a partir de Freud-Lacan

Psicosis	Neurosis	Perversión
Paranoia	Obsesión	Fetichismo
Esquizofrenia	Histeria	Sadismo
Autismo	Fobia	Masoquismo
Psicosis maniaco-depresiva		Exhibicionismo
		Voyerismo

En Freud no aparecen diferenciadas las estructuras clínicas como tal, sino un intento a partir de la manera particular de defensa del sujeto que el autor vienés definiría como represión, desmentida o renegación y rechazo, cada una de las cuales diferenciaría al sujeto en neurótico (represión), perverso (desmentida) y psicótico (rechazo). Sin embargo, ello no es suficiente para entender y diferenciar las estructuras clínicas, pues como en los casos de la neurosis y la perversión, no es clara su distinción. Al respecto, Dupont (1992) formula:

> *Hay quedar –por lo menos– un rodeo teórico más, porque de pronto nos encontramos con impases tales como que la renegación o desmentida en relación con la castración es constitutiva del sujeto, si la sexualidad infantil es polimórficamente perversa, las fantasías –lo digo con Freud– o el fantasma fundamental –lo digo*

> *con Lacan– es una suerte de renegación de la castración. La renegación de la castración es estructural* (p. 23).

Respecto a lo religioso, esto se puede evidenciar en cuanto aparece la falta en el Otro, su inconsistencia; cuando sucede un acontecimiento en el que Dios no intervino en beneficio del sujeto suplicante o piadoso. Este no quiere verlo castrado y puede mencionar frases como: "Son los designios de Dios" o "Los tiempos de Dios son perfectos". Aunque no aparezca la intervención en lo real de Dios o su silencio sea irrefutable, el sujeto siempre va a justificar su accionar o su no accionar.

La manera como Lacan diferenció las estructuras neurótica, perversa y psicótica fue por los tiempos del Edipo. El primer tiempo –o el primer tiempo lógico– es el de ser el falo de la madre, aquel que sustituye y colma la falta de la madre. "Este punto de intersección, desde lo simbólico, es el lugar de ser el falo; es decir, la identificación primaria" (Dupont, 1992, p. 24). El niño pasa hacer el falo que la madre desea y la madre pasa a estar completa llenando así su falta (madre fálica). El segundo tiempo es la aparición del padre en la ecuación. Surge la interdicción paterna que pone límites al deseo materno; es la ley encarnada. Dupont (1992), nos dirá: "Es el tiempo del padre idealizado, del padre terrible, del padre que es ley. No es el que la tramita; él es la ley" (p. 24). Esta ley estará mediatizada por el discurso materno. La madre se muestra en falta: no solo desea a su hijo, también muestra interés sobre otros objetos El tercer tiempo es el surgimiento del padre simbólico que no encarna la ley, sino que la trasmite. Por este mismo hecho, quien representa la función paterna tampoco se muestra completo; vale decir, también está en falta y por tanto sometido a la ley; está castrado. El lugar fálico deviene en un lugar simbólico; ninguno de los actores lo encarna. En el niño se pasa del "ser" al "tener" falo.

Ahora bien, lo que diferencia la neurosis de la perversión sucede en el segundo tiempo del Edipo que se trató anteriormente: cuando en el sujeto no opera la metáfora paterna y no sucede el corte entre el vínculo madre-hijo y este sigue ostentando el lugar del falo para ella. Es decir, el niño sigue identificado con el deseo materno y la madre sigue siendo fálica. En la neurosis, la metáfora paterna sí cumple su objetivo. Al respecto, Dupont (1992) dirá: "En la neurosis sí ha operado en esta posición, este punto de corte de la función paterna y ha dejado de ser el falo para recorrer los caminos del *tener* con la ilusión de recuperar el *ser*" (p. 35). En el infante actúa la castración simbólica, deja de identificarse con el falo y separa a la madre de este, despojando así al niño del objeto de su deseo (la madre) y a la madre de su objeto fálico (el hijo).

En la psicosis el significante del padre está forcluido.[24] Por medio de esta se rechaza el significante primordial de la castración, de la ley, "el nombre del padre" (no trasmitido por el deseo materno). En la psicosis, este significante primordial que regula el goce e impone límites no está en la cadena. En esta estructura no se habla de síntomas sino de fenómenos elementales, los cuales comprenden los delirios, las alucinaciones y la creación de neologismos. "Cuando un psicótico delira se está estabilizando, está intentando simbolizar el goce. Por eso Lacan va a decir que la metáfora delirante es una suplencia de la metáfora paterna que no se constituyó" (Dupont, 1992, p. 27). En la psicosis, el sujeto no pasó por ser el falo materno. Para desear, el sujeto tiene que ser deseado por el Otro, por el deseo de la madre, ser el falo y pasar por la castración para así dejar de *ser* y pasar al *tener*. Los delirios son una manera de estabilización. La psicosis no se manifestará hasta que se desencadene el delirio y aparezca este significante desde lo real. La emersión de estos fenómenos elementales en delirios de absoluta certeza ("soy el redentor", "soy el enviado de Dios"), obedece a que este significante elemental esta forcluido de la cadena de significantes (Orejuela *et al.*, 2013). Importa aquí el hecho de que siempre es el hijo –la mujer, como en caso Schreber trabajado por Freud (1911)–, pero nunca es Dios. "Es interesante para pensar cómo hay un intento de ocupar el lugar en el deseo y en el amor del Otro, porque algo falló en la constitución" (Dupont, 1992, p. 27).

En la neurosis (la más común de las estructuras) se encuentra el sujeto de la duda, el que pregunta sobre su ser, su existencia. A la estructura neurótica pertenecen la histeria, que privilegia el cuerpo para la inscripción de sus síntomas, y la obsesión, que privilegia el pensamiento. En el neurótico, su deseo siempre es insatisfecho por la estructura, siente miedo y culpa frente a su goce, por lo cual busca la manera de no lograrlo. "El goce intolerable se convierte en trastornos del cuerpo en el caso de la histeria, se desplaza como alteración del pensamiento en la obsesión, y se expulsa, para retornar de inmediato como peligro exterior, en la fobia" (Nasio, 1991, p. 23). Lo religioso toma cuerpo en la histeria como la incapacidad de satisfacción y la disposición al sacrificio. En la obsesión, se relaciona con la renuncia pulsional y el sacrificio (Orejuela *et al.*, 2013). Este sacrificio viene ligado en el discurso religioso con el pecado original, a su vez ligado a la culpa. Miedo de lograr el goce máximo. "El histérico es, fundamentalmente, un ser de miedo que, para atenuar su angustia, no ha encontrado más recurso que sostener sin descanso, en sus fantasmas y en su vida, el penoso estado de la insatisfacción" (Nasio, 1991, p.16).

24. Suprimido, vencido en sus términos, sin eficacia simbólica.

En la perversión –muy al contrario de la psicosis–, el sujeto sabe que existe la ley pero la niega. Niega la castración ("lo sé, pero aun así…"); es decir, niega la castración real de la madre y él pasa a ocupar el lugar del falo materno (Ramírez, 2007). El perverso tiene la certeza de que su goce es verdadero; al contrario del neurótico, que tiene miedo al goce absoluto y solo goza parcialmente. Miller (1997), especifica: "Ya sabe todo lo que hay que saber sobre el goce" (p. 27), lo cual los puede hacer sentir superiores al resto de los humanos. Cabría pensar que el perverso es malo y destructivo y que desconoce la ley, pero es todo lo contrario:

> *Estas dificultades se aclaran un poco cuando vemos cuál es la relación del perverso con la ley, cómo se ha verificado en él la metáfora paterna (instalación de una represión en su psiquismo en clave freudiana) y qué avatares sufrió su identificación primaria con el padre primitivo. Dice el marqués de Sade: "cualquier cosa menos el pene en la vagina" (pido disculpas por citar de memoria). Con ello, marca claramente que sabe muy bien que la ley moral sexual limita la sexualidad al acto procreador, esto es, al coito heterosexual. Pero se resiste a dicho mandamiento y genera otro exactamente opuesto: la consigna perversa de alguna manera reproduce irónicamente el mandato social y encuentra su razón de ser en su trasgresión* (Ipar, 2002).

Esto muestra que el perverso se identifica con ese padre, con la ley. Es el poseedor de la verdad que llevará hasta sus últimas consecuencias (Orejuela *et al.*, 2013). Dios sería el punto de identificación máxima. Es el caso del fundamentalismo religioso, poseedor de los instrumentos de Dios para aplicar su ley y castigar a los impíos. Su identificación con los ideales y leyes de su Dios es inquebrantable y llevada a sus máximas consecuencias. "Para el fundamentalista, Dios indudablemente existe, y como se considera su instrumento, puede hacer lo que le plazca: sus actos están redimidos de antemano, puesto que son expresión de la voluntad divina" (Žižek, (2008, p. 100).

Conclusiones

Muchos pronostican la desaparición de las religiones. El discurso científico tomará su lugar, dará esperanza y dará las repuestas que el ser humano buscaba en ellas. Sin embargo, se constata que la fe (si la podemos llamar así) en la ciencia y en su capacidad de llenar los vacíos es aún endeble. Al contrario, la religión ha tomado nuevas fuerzas e incluso se apoya en el discurso científico para seguir posicionándose. Lo religioso, aunque, como se dijo anteriormente, no es tan evidente y directo en los actos de los sujetos en los diferentes ámbitos sociales, sigue funcionando a manera de un saber no sabido que dirige las acciones, los

deseos y las repuestas del sujeto y de la sociedad en una determinada época o contingencia, amén de funcionar como reguladora de la pulsión y articuladora de la ley. Al decir de Lacan (2001), "Dios es inconsciente", distinto del "Dios ha muerto" de Nietzsche, ya que no pone la esperanza en el hecho de que en algún momento hubo un dios vivo y que este puede regresar. Deja al sujeto solo, parado en sus propios pies, sin la esperanza de Otro que venga a salvarlo. No obstante, hay que reconocer que la creencia en lo religioso forma parte estructurante del ser humano. Esta cara del gran Otro es importante para la construcción subjetiva y hay que darle un lugar en la escucha al sujeto.

Bibliografía

BEUCHOT, M. (1994). "Psicoanálisis y experiencia religiosa". En: *Experiencia de Dios y psicoanálisis.* México: Promexa.

BRAUNSTEIN, N. (2105). *Fractal*. Revista trimestral. Recuperado de http://www.mxfractal.org/F26braunstein.html

BUSTAMANTE, C. (2013). "La religión y su función en la cultura". En: Orejuela, J. *et al. Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad* (pp. 373-386). Cali: Bonaventuriana.

DUPONT, E. G. (1992). "El amor, el deseo y el goce en las estructuras clínicas". En: T. Álvarez, *Neurosis-psicosis-perversión* (pp. 23-38). Buenos Aires: Lugar.

DURKHEIM, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa.* Madrid: Akal.

EVANS, D. (2003). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

FREUD, S. (1907). "Los actos obsesivos y las prácticas religiosas". En: FREUD, S. *Obras Completas.* Tomo II (pp. 1337-1353). Madrid: Biblioteca Nueva.

_____. (1910). "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci". En: FREUD, S. *Obras Completas*. Tomo II (pp. 1577-1619). Madrid: Biblioteca nueva.

_____. (1911). Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia. En: FREUD, S. *Obras Completas.* Tomo II (pp. 1486-1528). Madrid: Biblioteca Nueva.

_____. (1912). "Tótem y tabú". En: FREUD, S. *Obras Completas*. Tomo II (pp. 1745-1850). Madrid: Biblioteca Nueva.

_____. (1921). "Psicología de las masas y análisis del yo". En: FREUD, S. *Obras Completas* Tomo III (pp. 2563-2610). Madrid: Biblioteca Nueva.

_____. (1927). "El porvenir de una ilusión". En: FREUD, S. *Obras Completas*. Tomo III (pp. 2961-2992). Madrid: Biblioteca Nueva.

_____. (1928). "Una experiencia religiosa". En: FREUD, S. *Obras Completas*. Tomo III (pp. 3001-3003). Madrid: Biblioteca Nueva.

GARCÍA, S. (2006). "El sacrificio en la religión y su relación con el deseo". En: Goldenberg, D., *La creencia y el psicoanálisis* (pp. 155-161). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

IPAR, J. (2002). *Alcmeon*. Recuperado de: http://www.alcmeon.com.ar/11/41/07_ipar.htm

OREJUELA, J. *et al.* (2013). "Relaciones entre psicoanálisis y religión, tres visiones: Freud, Jung y Lacan". En Orejuela, J. *et al*. *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad* (pp. 327-355). Cali: Bonaventuriana.

LACAN, J. (2001). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

_____, J. (2005). *El triunfo de la religión*. Buenos Aires: Paidós.

MANRIQUE, D. (2012). "De la diferencia en los mecanismos estructurales de la neurosis y la perversión". En: *Revista de Psicología*, GEPU, ISSN 2145-6569, Vol. 3 No. 1, 127-147.

MARCUSE. (1983). Eros y civilización. Madrid: Sarpe.

MASSOTA, O. (2001). *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan.* Buenos Aires: Paidós.

MILLER, J. (1997). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (2006). "Religión y psicoanálisis". En: M. G. Diana Chorne, *La creencia y el psicoanálisis* (pp. 35-67). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

NASIO, J. (1991). El dolor en la histeria. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1992). Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan. Barcelona: Gedisa.

PIETERS, S. (2006). *Diabolus*. Barcelona: Minotauro.

RAMÍREZ, M. (2007). *Órdenes de hierro.* Medellín: La Carreta.

VILLAMARZO, P. (1979). *Psicoanálisis de la experiencia ético- religiosa*. Madrid: Marova.

WILSON, B. (1969). *La religión en la sociedad*. Barcelona: Labor.

ŽIŽEK, S. (2005). *El títere y el enano. El núcleo perverso del cristianismo*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (2008). *Cómo leer a Lacan*. Buenos Aires: Paidós.

Versiones del padre[25]

Pierre Ángelo González

Cada vez que la violencia y la delincuencia entre los jóvenes son noticia, la sociedad no deja de sentirse conmocionada, como si esta particular expresión perturbara a una conciencia colectiva del mismo modo que en su momento lo hizo la sola idea de una sexualidad infantil de la que habla el psicoanálisis. Parece que lo inquietante no fueran los episodios de violencia, sino la forma como cierta imagen de la infancia, idílica, inocente y asexuada; o de la juventud "divino tesoro", se viera desmentida por los hechos o al menos por las noticias y las cifras que continuamente nos presentan.

Frente a semejante sacrilegio y a la profanación de ese porvenir que quisiéramos ver y preservar en la juventud, surge como respuesta una demanda al Otro para que se haga cargo: "La inconsecuencia de los actos delincuenciales y criminales de los jóvenes obedece al abandono por parte del Estado y a la laxitud del sistema legislativo y penitenciario". Así parecía rezar la lectura general que acompañó a la Ley 1098 desde su formulación en el 2006 hasta su paulatina implementación.[26] El clamor general solo fue recientemente apaciguado con la aparición de

25. Este texto fue escrito para una conferencia pública ofrecida en el marco del programa de Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica. Corresponde a la investigación sobre jóvenes en conflicto con la ley. Quienes le conocimos, sabemos que esta versión que publicamos seguramente no fue terminada, ya que su interés inagotable por perfeccionar sus textos habría hecho de esta versión algo distinto.
26. Es importante señalar que de todo el articulado de la Ley 1098 el punto particularmente sensible y que estuvo en el ojo del huracán durante todo este tiempo fue el referido al Libro II, correspondiente al Sistema de Responsabilidad Penal para Adolescentes (SRPA).

la Ley 1453 de 2011, mediante la cual se reformó el Código Penal, el Código de Procedimiento Penal y el Código de Infancia y Adolescencia, además de otras disposiciones en materia de seguridad, y que se difundió principalmente como la "ley de seguridad ciudadana". Las autoridades y los cuerpos policiales fueron, sin duda, los primeros en celebrar la noticia al contar con mejores herramientas para hacer frente a esta problemática y establecer funciones específicas para la Policía de Infancia y Adolescencia.

Esta rápida mirada deja entrever una de las formas como son entendidas la violencia y la delincuencia en los jóvenes, a saber, como consecuencia necesaria de un vacío jurídico y legal. Se trata de una ecuación –inicialmente mediática y solo después de sentido común– según la cual los vacíos legales favorecen la impunidad y esta a su vez, estimula e invita al delito y al ejercicio cotidiano de la violencia como forma resolutiva y privilegiada de los conflictos adolescentes. Desde el gran lente panorámico de los medios allí radica el problema. Esa ha sido su causa y por ende no puede haber otra solución más que el endurecimiento de las leyes. Sin embargo, esta interpretación de "sentido común" no es exclusiva de la así llamada "opinión pública", pues se empieza a sentir en algunos sectores académicos una prolongación de esta ecuación al considerar la laxitud jurídica en cuanto debilitamiento de la autoridad, como algo que va en consonancia con el desfallecimiento de la autoridad paterna en el seno mismo de la ley.

Los principales indicadores que recogen tales discursos insisten en ciertas transformaciones sociales que han favorecido esta situación (desinstitucionalización de la familia, desautorización del lugar del padre, desafiliación), a partir de las cuales el derecho empieza a ser interrogado por las ciencias sociales y el campo psi. Desde este último, quizás sea el momento de indicar una importante cuestión sobre la relación entre delito y ley, pues es la ley la que finalmente es aquí interpelada. Pero, ¿cuál? Como señala Patrick Raoult:

> *[…] la noción de delito es ante todo un término jurídico, en absoluto un término psicológico. Esta diferenciación es fundamental para evitar una confusión frecuente entre ley social, jurídica y ley simbólica. El respeto de la ley social no equivale a una inscripción en la ley simbólica, el acto delictivo no significa una debilidad de la referencia simbólica. La observación atenta de esta diferenciación es lo que garantiza no cerrarse sobre un puro discurso normativo, camuflado de jerga psicológica o psicoanalítica* (Raoult, 2002. p. 16).

Surge, entonces, una primera pregunta. Al clamor general de un "endurecimiento" de la ley, ¿de qué ley estamos hablando? Y una segunda: ¿qué puede haber del orden del padre en la demanda que se le hace al Estado? O mejor, ¿qué lugar ocupa el Estado para elevar ante él esta solicitud?

Como anticipo de algunas respuestas a estas tres preguntas, ciertos sectores psicoanalíticos identifican los vacíos legales con el declive del padre como causa del actual desorden de los jóvenes y del callejón sin salida que representaría actualmente el tránsito adolescente. Quizás sea oportuno, entonces, indagar desde la historia, el derecho y el psicoanálisis el lugar y la función del padre y evaluar si en este recorrido es posible esclarecer algunas de las preguntas que hemos formulado.

La revisión documental que se ha llevado a cabo parcialmente sobre esta temática dentro de la investigación de la cual forma parte, es la que se pretende compartir en este espacio.

Dentro de la vasta bibliografía sobre la función del padre se advierte un conjunto de referentes históricos como recurso para comprender el incierto lugar que hoy le toca en suerte al padre y el declive de su autoridad. Entonces, para comprender mejor el asunto podemos ver en perspectiva ciertos hitos que nos permitirán delimitar la función del padre y la preocupación actual por el lugar desde el cual se hace esa función.

Aunque el punto cero en la mayoría de las historias sobre el padre es el *pater familias* latino por ser este, además, el primer referente jurídico en nuestra tradición occidental, es importante reconocer que el derecho de vida y muerte que se le atribuye al padre sobre sus hijos es incluso anterior. Para rastrear ese poder será necesario retroceder hasta el contexto griego para ver allí ese derecho que el padre ejerce sobre el niño, derecho reconocible no solo en su dimensión mítica sino y sobre todo, en su dimensión trágica, como se puede ver en las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Olivier (1994), nos dice al respecto que

> *[…] siempre es la cuestión del padre desaparecido […] la que desencadena la inquietud y la agresividad de los hijos en relación con la madre, el amante o el tutor, en definitiva, con quien se atreve a ponerse en el lugar del padre* (pp. 7-8).

Tenemos así, de manera sumaria, una primera versión del padre: la que se remonta al padre griego que ejerce el derecho de vida y muerte sobre sus hijos.

Resulta importante esta precisión, pues la sola evocación de ese presunto derecho se sume en ocasiones en las tinieblas del pasado hasta el punto de convertirse en algo mítico y por tanto, atemporal. Así sucede con la oportuna cita que extrae Philippe Julien de *Los seis libros de la República* de Jean Bodin y que me permito citar aquí de nuevo:

> *En la República bien ordenada hay una necesidad de devolver al padre el poder de la vida y de la muerte que la ley de Dios y de Naturaleza les da […]. Todos los procesos, querellas y diferencias que por lo común son entre hermano y hermana, se aplacaban y calmaban mientras el padre vivía: ya que los matrimonios no le quitaban en absoluto el poder. Aunque hubiera emancipado a aquellos que se casaban, y salían de su casa para forma un hogar aparte, lo que no hacían tan fácilmente, la reverencia y el temor al padre siempre permanecía en ellos* (Bodin, citado por Julien, 2000, p. 22).

Será necesario volver sobre esta referencia, pues por tratarse de una época bastante posterior a la que aquí se presenta, se deslizan aspectos como el matrimonio y la ley de Dios. Sin embargo, lo que sí cabe destacar es el valor social, el carácter edificante que se atribuye al temor al padre y que se confunde aquí fácilmente con el temor de Dios que nos ha legado la tradición judeocristiana como antídoto contra el orgullo que subyace las querellas a las que se refiere Bodin.

Antes de ocuparnos de nuestra segunda figura conviene señalar una segunda característica. Se trata de la distinción entre lo privado de la familia y lo público de la comunidad, lo que se designa respectivamente mediante las expresiones griegas *idion* (lo que es propio) y *koinon* (lo que es común). Mediante esta distinción se puede oponer la *oikia*, la casa, a la *polis*, la ciudad; la primera el lugar de la vida y la segunda el lugar de la palabra; es decir, donde se realiza plenamente la existencia.

> *Es allí, y solo allí, que se celebran festivamente los tres acontecimientos esenciales de la existencia, que son: el nacimiento de un niño, el matrimonio de una pareja, la muerte de un pariente. Mediante la fiesta pública, lo que es "propio" a cada uno se elevaba, "retomado" por y en lo "común"* (Julien, 2000, p. 14).

En la tradición romana tenemos la segunda versión del padre, el *pater familias*, en la que no se trata solo de la *patria potestas* sino también de la *tolere liberum*, expresión mediante la cual se designa el gesto de levantar al niño en sus brazos y reconocerlo como hijo. Se sustituye progresivamente el "derecho de vida y muerte" anterior por el derecho o libertad de adoptar o de rechazar fuera de su germen.

> *En efecto, si realiza el gesto del tolere liberum y levanta al niño, hace de él su hijo para toda la vida y, a partir de entonces, debe tanto asegurarle su supervivencia material como ofrecerle una educación digna de su rango, y hacerlo heredero de todos los bienes que se vinculan con su propio nombre… En Roma, contaba más el nomen que el germen, y si la maternidad biológica era insoslayable, la paternidad podía eludirse* (Olivier, 1994, p. 11).

Pero más que la posibilidad abierta de que la paternidad sea eludida o de refrendar el viejo adagio latino *mater certissima, pater semper incertus est* (la madre es segura, el padre siempre dudoso o incierto) que ha servido de fundamento tanto a la tragedia vinculada con el padre como al derecho romano, es importante subrayar ante todo que el asunto del padre y de la paternidad se revela rápidamente como una construcción simbólica por oposición a su dimensión biológica. Es decir, la paternidad se traduce únicamente como el efecto de la voluntad del padre sin que tenga lugar una posible filiación biológica. La paternidad "[…] remite a las cuestiones de filiación, de derechos y poderes" (Raoult, 2002, p. 34), lo cual permite, por otra parte, entender también a Julien (1991) cuando afirma que "[…] la paternidad es, de entrada, política y religiosa; sólo es familiar como consecuencia (p. 2), pues lo que hemos visto en este corto recorrido es sobre todo una cara –la política– de la paternidad. Su contraparte –la dimensión religiosa– será tributaria de la encrucijada del judaísmo y el cristianismo. En efecto, la tercera figura habremos de buscarla en la religión del Padre.

En la articulación entre judaísmo y cristianismo no se trata de sustitución de derechos –como en el tránsito de la Grecia clásica al periodo helenístico– sino de relaciones más complejas no exentas de contradicción. Por una parte, está la religión de *Yahveh*, que reconoce como única Ley la ley del Padre, según la cual cada varón debía tener al menos un hijo para perpetuar su descendencia, con la particularidad de que en esta herencia religiosa "[…] el padre solo lo era para transmitir la ley de *Yahveh* a su propio hijo" (Olivier, 1994, p. 12). Por la otra, con el advenimiento de Jesús

> *[…] Cristo es el primero en no reconocer más que la buena voluntad del padre y en no depender sino de él […] En efecto, Jesús, al mismo tiempo que se proclamaba Hijo de Dios, no dejó de renegar de su verdadera familia y de descartar la paternidad terrestre en beneficio de una paternidad espiritual con Dios. La ley que traía se alzaba contra toda ley patriarcal existente: ¡el hijo tenía derecho a renegar de su padre para remitirse al Padre del Cielo!* (pp. 13-14).

Se produce así una profunda escisión que hará que la paternidad se vuelva más espiritual que temporal.

Como no es posible recorrer en detalle cada una de las diferentes versiones del padre para determinar su lugar en la historia sin que ello implique un espacio y un desarrollo considerable, daremos un salto hasta los siglos XI y XII cuando la familia tendrá una nueva configuración mediante la institución del matrimonio establecida en el siglo XI y la veneración de la Virgen en cuanto madre, hacia el siglo XII, lo cual puede ser ponderado como un nuevo viraje con respecto a la paternidad. En efecto, dado que la certidumbre de la paternidad es en sí relativa y solidaria de la voluntad del padre, "[…] con la Edad Media el derecho canónico confiere un lugar de padre únicamente en el marco de la institución del matrimonio" (Raoult, 2002, p. 34). En lo sucesivo, la doctrina del matrimonio servirá como garante de la fiabilidad de la paternidad mientras que la virginidad, la fidelidad y el deber conyugal harán las veces de pilares de la institución. "La paternidad es ahora institucional y no ya el resultado de una decisión individual" (*Ibíd.*).

Como quiera que sea –voluntaria o institucional– los avatares históricos de la paternidad permiten colegir su funcionalidad simbólica, hasta tal punto de que la misma Wikipedia dedica una amplia y nada despreciable entrada al tópico paternidad, en la cual se puede apreciar la distinción entre la función de reproducción –que sería de orden biológico– y la función paterna de orden simbólico. Además, precisa que para la antropología se trataría de una institución sociocultural de filiación. Avanzando un poco más se nos dice también que la palabra engendramiento designa la procreación masculina y no debe confundirse con filiación que es de orden simbólico y jurídico, con lo cual aquello que ha empezado por designarse como paternidad se deslinda rápidamente de una función biológica, para asimilarse a la idea de función paterna e inscribir la paternidad en un orden primero simbólico y ahora jurídico. Para delimitar dicha función paterna, esta se desagrega en diversas funciones: de autoridad, de cuidado, de protección, de nominación (pues da el nombre o apellido del padre), económica (que incluye la manutención de los hijos y la transmisión de los bienes y del patrimonio), social, cultural, educativa (transmisión de saberes, enseñanza de los valores morales) y afectiva. Como se ve, se trata de un abanico bastante amplio de funciones en lo que concierne a esta última versión del padre, condensada bajo el nombre de función paterna.

Por supuesto que esta "función paterna" que recoge Wikipedia, solidaria de lo cultural y lo jurídico, al ponerla más del lado de la filiación que del engendramiento dista mucho del sentido que tiene en psicoanálisis, al carecer del relieve y el alcance que tiene el padre, particularmente para Freud y Lacan, pero se le debe abonar el mérito de insistir en la dimensión simbólica asociada al padre,

pues será mediante ese reconocimiento que se puede entender por qué un autor como Joël Dor considera superfluo remitirse a "su incidencia en el horizonte de una evolución histórica que a su vez resultaría ajena al contexto en el que esta noción produce sus efectos en psicoanálisis". Es por esto que Dor postula que "en el campo conceptual del psicoanálisis la noción de padre interviene como un operador simbólico anhistórico" (Dor, 1989, p.11). Es decir, por tratarse esencialmente de un ordenamiento simbólico que funciona como un operador metapsicológico.

El hecho de haber dado este salto desde la paternidad institucional medieval hasta cierta idea contemporánea de "función paterna", no nos autoriza considerar la última versión –que sin duda se encuentra en el centro del debate– sin insistir antes en las implicaciones de esta articulación entre matrimonio, familia y paternidad, pues el devenir de la función y del lugar del padre quedará indisociablemente ligado al devenir del matrimonio y de la familia, como si durante todo el tiempo en que se ha hablado del Padre se tratara de los padres.

A la paternidad institucional vendrá a sumarse la invención de un espacio intermedio que trastocará el decurso que hemos venido siguiendo hasta el momento: la "sociedad" civil. Con el advenimiento de la democracia moderna, es decir, representativa, la "comunidad" cívica es reemplazada por la "sociedad" civil, y los "[…] tres acontecimientos capitales de la historia familiar, que son: un nacimiento, un matrimonio, un entierro, dejan de ser los pretextos de una fiesta pública y devienen puramente privados frente al anonimato social" (Julien, 2000, p. 23).

De hecho, cada vez más, los representantes de la sociedad intervienen en la relación entre padres e hijos

> *[…] El siglo XX piensa más bien que esta relación no puede ser abandonada a la arbitrariedad de la madre, ni a la del padre. En el nombre del bien del niño viene, entonces, a situarse bajo diversas figuras un tercero social: el profesor, el pediatra, la psicóloga, el asistente social, el juez de infancia, el juez para los asuntos familiares. Según los casos, se solicita la ayuda de ese tercero, o a la inversa, éste se introduce por sí mismo para la salvaguarda del niño o del adolescente. Incluso esto es causa de conflicto entre los profesores: los unos quieren perpetuar la antigua imagen de aquel que transmite exclusivamente un saber y su crítica, los otros aceptan responder a la demanda social poniéndose al servicio del alumno para ayudarlo a resolver su malestar personal.* (Julien, 2000, p. 24).

Esta disolución de un actante en el que descansaba un buen número de funciones (de autoridad, de cuidado, de protección, de nominación, económica, social,

cultural, educativa, etc.) será contemporánea del descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil, cuyo escándalo evocábamos muy al comienzo.

No fue por azar si fue justamente en este contexto europeo de un triple desmoronamiento (político, religioso y familiar) de la figura del padre, donde fue posible este descubrimiento de Freud.

"A pesar de nuestros aires afectados de personas adultas, la sexualidad humana sigue siendo infantil. Así, cuanto más declina la imagen social del padre, ¡más reclama el niño una imagen, grande, fuerte, y bella!" (Julien, 1991, p. 1).[27]

Este recorrido, que no es más que unas rápidas notas sobre el lugar del padre en la historia, quizás ayude a matizar lo que tendrá que ser objeto de un estudio detallado sobre el lugar y la función del padre y su incidencia en la actualidad, estudio que difícilmente podrá plantearse al margen de lo que el psicoanálisis ha construido en torno a esta figura. Sin desconocer que la propuesta del ocaso del padre cuenta con defensores y detractores por igual, conviene, no obstante, preguntarse de qué padre se habla cuando se afirma que este declina, pues lo propio del padre y de su función es que en el devenir psíquico de cada quien este decline; de lo contrario, sería insoportable.[28] Podríamos terminar, por lo pronto, señalando que discusiones como la de la procreación artificial invocada con frecuencia, ni quita ni pone a algo que opera siempre desde otro registro. Confundir la función del padre con una mera función reproductiva producirá seguramente el terrible espejismo de que esta efectivamente declina, cuando lo cierto es que nunca estuvo allí y será tarea, en efecto, ya no de la historia, sino del psicoanálisis y la antropología definir los nuevos derroteros con respecto al padre.

Resumen

La ponencia *Versiones del padre* es un avance de la investigación profesoral *¿Relaciones sin objeto? Condiciones y posibilidades para el ejercicio de la función paterna en el marco de la ley colombiana sobre adolescencia*, investigación cualitativa centrada en el análisis documental de la formulación e implementación de la Ley 1098 de 2006 y su posible relación con el incremento de la violencia y la

27. Sigo aquí la traducción de Laura Sampson para el grupo Cultura y Desarrollo Humano, del Instituto de psicología de la Universidad del Valle. La paginación indicada corresponde a tal traducción.
28. Esto podría explicar por qué para algunos psicoanalistas resulte preferible la expresión "servirse del padre".

delincuencia en jóvenes, según los lineamientos y resultados del sistema de responsabilidad penal para adolescentes (SRPA). El proyecto del cual forma parte la ponencia toma como punto de partida la correlación sobre la cual se viene insistiendo desde diversos contextos (principalmente políticos, periodísticos y, eventualmente, académicos) y es imperativo para la psicología considerar los presuntos vacíos que dicha ley pudiera presentar con respecto a aquellos factores que se denuncian como favorecedores de la violencia y la delincuencia.

Objetivos

1. Presentar a la comunidad académica una aproximación a aquellos trabajos que plantean el declive del padre (o de su función) como un referente desde el cual interpretar los episodios de violencia en jóvenes.

2. Confrontar la pertinencia de dicha interpretación con los motivos y supuestos antropológicos que subyacen a las reformas jurídicas del Estado sobre infancia y adolescencia en la última década.

Metodología

Mediante el método del análisis documental se abordan las diferentes concepciones de autoridad y responsabilidad de los padres, la forma como se configura desde allí el lugar y posible ejercicio de la función paterna, el lugar de la familia frente al desarrollo del adolescente y la concepción subyacente de adolescencia. En este sentido, es claro que no se pretende detenerse en las cifras, sino que se orienta principalmente hacia la búsqueda profesional y académica de alternativas a las problemáticas psicosociales contempladas y previstas en el marco de la ley y se ofrece, además, una reflexión que garantice elementos más sólidos para su discusión.

Resultados

Por ser una investigación en curso no hay todavía resultados concluyentes, solo algunas posibles rutas de trabajo y un modelo sobre las diferentes representaciones históricas del padre y su función.

Conclusiones y reflexiones

Estudiar a fondo la formulación y el contenido de las leyes sobre infancia y adolescencia y no solo conocerlas y acatarlas se convierte en un imperativo

académico si se considera que ellas constituyen "[…] una sonda potente para comprender […] las antropologías escondidas que se agitan dentro y aun antes de la formulación legislativa" (Resta, 2007, p. 17), las cuales determinan, abierta o subrepticiamente, el lugar que a la Psicología le toca hoy en día en suerte frente a problemáticas sociales como la de la violencia en los jóvenes.

Bibliografía

JULIEN, Philippe (1991), *Le Manteau de Noé. Essai sur la paternité*. Paris: Éditions Desclée de Brouwer.

_____ (2000), *Tu quitteras ton père et ta mère*. Paris: Aubier.

OLIVIER, C. (1994). *Los hijos de Orestes o la cuestión del padre*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

DOR, J. (1989). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2008.

LEBRUN, J. (1997). *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2003.

RAOULT, P. (2002). "Les impasses subjectives dans l'acte transgressif". Introduction à *Passage à l'acte: Entre perversion et psychopathie*. Édition sous la direction de P. A. Raoult. Paris: L'Harmattan.

RESTA, E. (2007). "La ley de la infancia". En: BERGALLI, R. & RIVERA, I. (coords.) *Jóvenes y adultos. El difícil vínculo social*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Referencias online

"Paternidad". En: http://es.wikipedia.org/wiki/Paternidad

Aupetit, Hubert (1992). *La place du père dans l'Histoire*. Disponible en: http://membres.multimania.fr/paternite/pere.html

El discurso capitalista: análisis conceptual acerca del cuerpo como objeto de goce[29]

Ana Lucía Arango Arias

La constitución del sujeto y el discurso

La noción de sujeto introducida por la teoría lacaniana es inferida de la teoría y praxis freudianas y extraída de las leyes del lenguaje, elaboradas mediante un trabajo sistemático por los lingüistas estructurales de comienzos del siglo XX, Ferdinad De Saussure, Roman Jakobson y Émile Benveniste principalmente, y de la teoría antropológica de Levi Strauss, autores a los que Lacan analiza, critica y utiliza para articular su teoría, la cual se diferencia del modo de abordaje estructuralista propio de su tiempo.

Lacan (1995a), muestra cómo la noción que de sí mismo cultiva el hombre contemporáneo no puede abandonar el registro del yo que se ha abierto paso a lo largo de la historia, incluso en épocas anteriores al siglo XVII, en las cuales

29. El presente escrito de reflexión teórica corresponde a la formulación de una categoría conceptual que forma parte de una investigación cualitativa que se lleva a cabo en la Universidad Católica de Pereira, denominada *Relación entre las categorías psicoanalíticas de discurso capitalista y desborde pulsional con las posiciones subjetivas de los niños, niñas y adolescentes (NNA) que han ejercido la prostitución bajo la modalidad de turismo sexual en el municipio de Pereira* y trabajada como un artículo de reflexión teórica dentro de la Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali, con la asesoría del profesor John Alexánder Quintero.

este registro no era promovido como tal, y como noción solo era implícita. Tal dificultad es más llamativa cuando se considera que a partir de la filosofía se consolidó una noción del yo cada vez más formal y los empiristas ingleses Locke, Berkeley y Hume hicieron una crítica sistemática que llevó a considerarla como un puro espejismo.

En línea con el descubrimiento freudiano, se lleva a cabo –no desde una perspectiva filosófica sino desde la descripción de la dinámica psíquica– un descentramiento del yo. Así, en el propio yo se encuentra algo inconsciente que se exterioriza sin que alcance la conciencia, por lo cual es preciso hacer uso de la asociación libre para adquirir tal cualidad. Por lo tanto, se establece una oposición entre un yo coherente[30] y lo reprimido escindido de él (Freud, 1996). Al respecto, Lacan (1995a) afirma: "El inconsciente escapa por completo al círculo de certidumbres mediante las cuales el hombre se reconoce como yo" (p. 18). El inconsciente no es el yo y esto es suficiente para mostrar que hay un cambio en la perspectiva de la subjetividad, pues para esta teoría el sujeto no es igual al individuo ni se confunde con él.

Para el psicoanálisis, el sujeto es extraño al individuo. No coincide con la noción clásica, no es un organismo que se adapta y tampoco un cúmulo de funciones mentales más o menos abordables desde los planos objetivos de las ciencias cognitivas. Lo anterior no quiere decir que el hombre no sea biológico, sino que puede situarse en él un sujeto comprometido en un juego que no ha urdido y se organiza siguiendo un ordenamiento lógico como el de las leyes del lenguaje; esto es, desde un ordenamiento simbólico que lo precede y ubica en el conjunto de las relaciones sociales.

Se trata, entonces, de una dimensión inconsciente que se constata en el trabajo clínico-teórico de Freud –y de todo psicoanalista–, en la cual a través de los sueños se develan los síntomas, las operaciones fallidas, los chistes y el arte, todo un universo de reglas de sustitución y de desplazamiento significante. El estudio del sujeto del inconsciente debe ser emprendido a partir de la relación de este con el deseo del Otro, relación dialéctica mediada por el significante y sus reglas que se constituyen como único método posible para su abordaje:

30. En El yo y el ello se plantea que el yo constituye una organización coherente de los procesos anímicos de una persona y que de él dependen la conciencia, el acceso a la motilidad, la regulación y el control sobre sus propios procesos parciales, al igual que la represión (Freud, 1996).

> *Si lo que Freud descubrió y redescubre de manera cada vez más abierta tiene un sentido, es que el desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en sus éxitos y en su suerte, a despecho de sus dotes innatas y de su logro social, sin consideración del carácter o el sexo, y que de buena o mala gana seguirá al tren del significante como armas y bagajes, todo lo dado de lo psicológico (Lacan, 1984, p. 24).*

A diferencia de lo que se ha pensado, el hombre se sitúa frente al lenguaje no como quien crea un instrumento para comunicarse, sino como el que es hablado por él; en otros términos, constituido por él. Del mismo modo, no es en el orden de la experiencia que el niño aprende; es en el orden del discurso que la experiencia toma su estatuto. La subjetividad será entendida, entonces, como aquello que supera la organización individual, vista como la suma de las experiencias individuales y como modos de pensar y sentir. Se la formula enmarcada en un mundo simbólico, organizado y de símbolos, que abarca las experiencias (pensamientos, sentimientos, acciones), las anima y les da sentido (Lacan, 1995a).

Lo que el psicoanálisis (tal como lo concibe Lacan) subordina al significante, no es al hombre, ni al pensamiento; es al sujeto del inconsciente, como aquel que falta en la cadena significante y que por ello solo puede ser representado. Así las cosas, el sujeto que trata el psicoanálisis, el sujeto del inconsciente, es ante todo un efecto del lenguaje y definido por Lacan (1999) como "[…] lo que se produce por la relación fundamental, tal como la defino, de un significante con otro significante" (p. 11). De este modo, puede situarse como lo que emerge en la relación de dos significantes: S_1-S_2, cuando un significante representa a este sujeto frente a otro significante. Se trata, en todo caso, de una estructura formal, la del discurso,[31] la que constituye al sujeto. La cadena significante que aquí se conforma resulta ser fundamental y transindividual en la medida en que va más allá del individuo y su acto particular del habla.

Es importante concretar que la noción de discurso en psicoanálisis no se asimila a la de los discursos que el ser humano propone en la ciencia –humana o natural– o en la fe –discurso religioso– como explicaciones a los fenómenos humanos, sociales o naturales, sino que remite a una estructura formal que permite leer, como lo señala Askofaré (2012), "[…] las relaciones fundamentales que instaura el lenguaje como campo y morada del *ser hablante (parlêtre)*" (p. 43).

31. (S_1-S_2).

A diferencia de otras concepciones de sujeto en las que es este el que causa el discurso –saber del discurso por la vía del referente (dimensión del conocer)–, el sujeto fundado en la lógica significante es un sujeto organizado por un discurso que "[…] subsiste, instaura relaciones, códigos, imperativos" (Zuluaga, 2009, p. 20) y cuya referencia ignora, estableciendo de ese modo un saber por revelarse. El sujeto, por lo tanto, es un efecto del significante e introduce el estatuto del saber.[32]

Imbriano (2011) citando la definición de Chemana (1998) respecto del discurso, señala:

> *Se define discurso como la organización de la comunicación, principalmente del lenguaje, específica de las relaciones del sujeto con los significantes, y con el objeto, que son determinantes […] y reglan las formas del lazo social […]. El psicoanálisis lleva a poner el acento no en una subjetividad, sino en su sujetamiento, entendiendo por ello lo que puede determinar a un sujeto, producirlo, causarlo, o sea, su historia, y, más precisamente, la historia de un decir, el que estaba ya antes incluso de su nacimiento en el discurso de sus padres, el que desde su nacimiento no cesa de acompañarlo y de orientar su vida en un tú eres eso* (p.110)

Esta exterioridad que determina al sujeto es el campo del Otro (A). En cuanto el Otro es la sede de los significantes, se entiende que el discurso es el discurso del Otro y que el sujeto emerge, en primera instancia, del campo del Otro. Al respecto, Lacan (1995b), señala:

> *Aún antes de establecer relaciones que sean propiamente humanas, ya se determinan ciertas relaciones. Se las toma de todo lo que la naturaleza ofrece como soportes, y estos soportes se disponen en temas de oposición. La naturaleza proporciona significantes –para llamarlos por su nombre–, y estos significantes organizan de manera inaugural las relaciones humanas, dan las estructuras de estas relaciones y las modelan* (p. 28).

La estructura del discurso

La estructura del significante se basa en la función del corte, en una hiancia fundamental, dado que el significante "[…] no está hecho para las relaciones sexuales" (Lacan, 1999, p. 34); esto es, el significante por sí mismo es represen-

32. Esto hace alusión a la diferencia establecida por Lacan entre conocimiento y saber. El conocimiento pasa por el significante, por lo que puede ser representado; mientras el saber es algo que puede alcanzarse respecto "de algo" (referencia ignorada y nominada por Lacan con la letra a) que no es representable, pero que genera efectos, por ejemplo, en el cuerpo.

tante y no representación y en esa medida "[…] el significante que representa no sabe nada del otro significante, no puede hablarse de representación entre ellos, pues cada uno en su diferencia representa al sujeto para otro significante S_2" (Zuluaga, 2009, p. 21). Así, es claro que "[…] la relación del sujeto con el Otro se engendra en un proceso de hiancia" (Lacan, 1995b, p. 214). Doble hiancia, determinada por un lado, con la captura que hace el sujeto de la falta estructural en el Otro y, por el otro, con la respuesta que da por la vía de una falta precedente que le es inaugural.

El lazo social está precedido por este ordenamiento significante. Para Lacan, discurso y lazo social son equivalentes. Dicho de otro modo, no hay lazo social sin el discurso y los elementos que lo componen (a, S_1, S_2, \$). Estos serán desarrollados más adelante.

En el seminario XVII, *El reverso del psicoanálisis*, Lacan (1999) trabaja esta articulación entre estructura significante y lazo social, generando por la vía de una formalización estructural de cuatro discursos, una teoría novedosa que le permitió "[…] de un lado, hacer una teoría del vínculo social y, de otro, pensar el tratamiento que se hace de los goces en cada discurso" (Zuluaga, 2009, p. 20). Esta teoría del lazo social desnaturaliza la concepción reinante en la sociología respecto de los vínculos sociales entre los seres hablantes y en su lugar pone el fundamento en el lenguaje.

Lacan aísla cuatro modalidades de discurso conocidas como el discurso del amo, de la histérica, de la universidad y del analista. Un quinto discurso conocido como el discurso capitalista se despliega a la par de estos y es el objeto de esta categoría analítica en su relación con el goce y el cuerpo. Estas cuatro formas de discurso

> *[…] obedecen a las estructuras en las que cada uno se encuentra comprometido, diversas formas que puede tomar la relación del sujeto con su deseo, o con su fantasma, con el objeto que intenta reencontrar o con los ideales que lo guían* (Imbriano, 2011, p. 49).

Al tratarse de una teoría tan conocida en estos días en el ámbito del psicoanálisis, en este artículo no se hará un abordaje de cada discurso, sino de los elementos que pueden ayudar a delimitar el discurso capitalista y sus relaciones con la sexualidad. Para ello, se explicarán de manera sucinta las condiciones estructurales del discurso respecto de los lugares, los matemas y las relaciones entre ellos.

Los lugares (el agente, el Otro, la producción y la verdad) ligados por vectores que marcan las posibilidades de conexión o no entre ellos (Figura 1):

Figura 1

Los lugares del discurso

Agente	⟶	Otro
Verdad	//	Producto

Los matemas utilizados por Lacan en esta suerte de álgebra, pueden ordenarse de tal manera que el lugar que cada uno ocupa como agente determina la modalidad de discurso de la que se trata:

S_1: o significante amo, en cuanto significante representante requiere de otro significante (S_2) para obtener representación y fundar la cadena significante. Es el orden de la ley.

S_2: o significante que al entrar en relación con S_1 le brinda representación y por tanto se propone como saber en una red de significantes.

$: o el significante que falta en la cadena y permite que un significante lo represente ante otro significante (sujeto del inconsciente).

Petit a: o el resto que queda como efecto de la pérdida –al ser el sujeto no más que mera representación– que se produce por la operación del significante. Este *plus*, este objeto *a*, no es significante ni es subjetivo, lo cual indica que no todo en la estructura es del orden significante, es goce y por ello escapa al saber significante.

Los matemas se localizan en estos lugares y forman estructuras cuatripartitas de discurso –mencionadas anteriormente: las del amo, de la histérica, de la universidad y del analista–, que sitúan al sujeto a partir de la estructura más simple S_1-S_2. La primera estructura así formada constituye el discurso del amo, y los vectores de relación señalados entre los lugares permiten que al girar un cuarto de vuelta se obtengan las otras estructuras. Lo esencial es determinar en todo momento la significación que tiene en cada discurso, el lugar que ocupa el *petit a* u objeto *plus* de goce, y el elemento de la repetición.

Respecto a este *objeto a*, resulta importante retomar la referencia a la hiancia mencionada más arriba en relación con la constitución del sujeto: al fundarse la estructura del significante en una función del corte, el sujeto que allí emerge está marcado por una pérdida $, representada por ese *a*. Pero ese *a* representa de manera simultánea el objeto *plus* de goce ligado a la repetición y el objeto que se desea recuperar para obturar la falta del sujeto:

> *La pérdida del objeto primordial es la hiancia o el agujero que se abre a la representación de la falta de goce –experiencia de la primera satisfacción freudiana–. Esta falta de goce del sujeto es lo que queda recuperado y acotado en el a. Se goza de lo parcial, de un semblante. Se puede decir que este objeto es la suplencia al goce que falta. Esto es lo que hay que pagar* (Pascual, 2007, p. 24).

Como lo señala Imbriano (2011), los discursos aparecidos en la historia humana se han visto impotentes o imposibilitados en sus alcances. De esto se deduce que "[…] hay una disyunción lógica entre dos lugares: verdad y producción" (p. 49).

Impotencia e imposibilidad son las condiciones de los lugares de los cuatro discursos, según los planteamientos de Lacan. Todo discurso tiene un punto de imposibilidad. Así, en el discurso del amo hay imposibilidad de gobernar, en el universitario de educar, en el histérico de renunciar a la imaginaria completud y en el del analista de psicoanalizar. La impotencia, por su parte, remite a la verdad:[33] "[…] no puede hacerse ninguna referencia a la verdad sin indicar que únicamente es accesible a un medio decir que no puede decirse por completo" (Lacan, 1999, p. 54).

Este señalamiento es importante dado que en la teorización de Lacan sobre los cuatro discursos se puede operar el paso de un discurso a otro, pero solo a condición de que se cumplan: "[…] primero, la impotencia de que el producto se fusione con la verdad; segundo, la imposibilidad para reducir el término que funciona como agente al otro término (S_1-S_2 en el discurso del amo)" (Imbriano, 2011, p. 49).

Esta cuestión es esencial, pues como se verá más adelante, en los cuatro discursos se sostiene la separación entre $ y *a*; esto es, el sujeto no accede ni puede acceder de manera directa al objeto *a*. La relación entre estos dos elementos es indirecta y solo puede darse por una construcción imaginaria –fantasmática–. Además, como ya se señaló, hay un desencuentro entre el S_1-S_2: no hay entre ellos relación sexual, no son ni serán complementarios. No obstante, en el discurso capitalista producto y verdad se fusionan. El sujeto ya no está mediado por el fantasma en su relación con el objeto de goce, trayendo esto consecuencias nefastas.

33 No se trata de la verdad concebida en la lógica aristotélica, sino que el referente que toma Lacan parte de la formulación hecha por los estoicos, según la cual hay una diferencia entre la verdad toda –que está en la base de su sistema general del mundo– y lo verdadero, que implica la contingencia, que algo puede ser verdad en un momento y luego dejar de serlo. En este caso del psicoanálisis se trata de verdades singulares, de cada sujeto.

El discurso del amo y su significante primordial: el nombre del padre

Figura 2

El discurso del amo

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

En el centro de este discurso (Figura 2) está el saber. El significante amo S_1 representa al sujeto en su verdad para otro significante S_2, pero sin que el sujeto identificado a S_1 lo sepa. El saber en esta relación discursiva es función de S_2 –el esclavo–, ubicado en el lugar del Otro; el trabajo que hace el esclavo con el saber produce el *plus* de goce, el cual le es sustraído por el amo junto con su saber. Sujeto y goce no se articulan en este discurso. Lo que articula este discurso es básicamente la operación por medio de la cual se constituye el sujeto y la producción de una pérdida de goce resultado de esta operación.

Lacan sitúa este discurso en la historia al llamarlo discurso del amo antiguo, el cual a lo largo del tiempo ha tenido dos modificaciones: el discurso universitario (conocido como discurso de la ciencia) y el discurso capitalista. Respecto al discurso del amo y su modificación en el discurso universitario cuya fórmula se presenta en la Figura 3 Lacan (1999b), plantea:

> *Ciertamente, ya no tiene la misma estructura que el antiguo, […]. Les diré por qué. Lo que ocupa el lugar de lo que provisionalmente llamaremos dominante aquí, es esto, S_2, cuya característica es ser, no saber de todo, no estamos en eso, sino todo saber. Entiéndase lo que se sostiene en el hecho de que no es más que saber, y que se llama, en el lenguaje corriente, burocracia. No puede decirse que no haya aquí algo problemático* (p. 32).

Figura 3

El discurso universitario

$$\frac{S_2}{S_1} \longrightarrow \frac{a}{\$}$$

En el discurso del amo el S_2 se encuentra en el lugar del Otro (esclavo, en términos de la referencia hegeliana del amo y del esclavo), mientras que en el discurso universitario está en el lugar del agente –en el lugar del amo, en el lugar dominante–. Esta "transmutación" conduce necesariamente a una modificación en el lugar del saber, que posteriormente permite la mutación al

discurso capitalista en cuanto aquí se hace patente que no hay una equivalencia entre lo que se le quita al Otro (esclavo-proletario) y lo que se le restituye. En este sentido, Lacan (1999b) expresa que en esta mutación el saber del Otro se vuelve inútil y el que recibe a cambio no es más que un saber de amo, de un amo que no sabe lo que quiere.

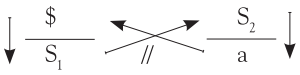
En el discurso del amo antiguo, el significante del padre (S_1)[34] (Iglesia, Estado, filosofía, etc.), detentaba una verdad y en el lugar del saber se podía determinar qué quería ese amo. En el discurso universitario, esta transmutación en el lugar del saber genera que la verdad sea más opaca: "El signo de la verdad está ahora en otra parte. Debe ser producido por lo que sustituye al esclavo antiguo; es decir, por quienes son, ellos mismos, productos tan consumibles como los otros. Como suele decirse, *sociedad de consumo*" (Lacan, 1999, p. 32). Así, el discurso del amo y el discurso universitario (discurso de la ciencia) conducen en su cópula, en su expresión más acabada, al discurso capitalista.

El discurso capitalista

El discurso capitalista (Figura 4) es mencionado por Lacan en el seminario *El Reverso del psicoanálisis*, pero su formulación data de 1970 cuando menciona que, a diferencia de los otros discursos que hacen lazo social, este lo fragmenta. La formalización y la introducción propiamente como discurso las hace en la denominada *Conferencia de Milán*, pronunciada en 1972 y en *Radiofonía y televisión* (1977) vuelve sobre este.

Figura 4

El discurso capitalista



Lacan (1999) concibe que en el discurso del amo puede hacerse una diferencia entre el amo antiguo y el amo moderno, este último una modificación en la economía del discurso del amo y denominándolo capitalista (p. 32). Tal modificación sucede en el campo del saber. Cevasco (2007), llama la atención respecto de lo que Lacan conceptualiza en este seminario como saber: "Hay que decir que en este seminario define el saber como 'medio de goce', que el saber como medio de producción es definido por Lacan no solamente como fabricante de objetos, cosas, sino como medio de goce" (p. 53).

34. La ley entendida como ley articulada, como aquello que está ante todo inscrito en la estructura.

Así las cosas, se trata de entender que la expresión "saber cómo medio de goce", por paradójica que parezca, se refiere a la producción de un saber acumulado en la memoria histórica de la humanidad e introducido en un circuito de repetición, de búsqueda incesante de una satisfacción que a fin de cuentas resulta inalcanzable.[35]

Cevasco (2007), trae a colación en este sentido la distinción entre el conocimiento como conocimiento del mundo y el saber como medio de goce. El primero en función de la vida y, el segundo, al servicio de la pulsión de muerte, inscrito como está en el circuito de repetición que propende hacia la recuperación de goce (retorno del goce, puede decirse). Recuerda, además, que Lacan introduce a partir de este planteamiento del saber como medio de goce, el concepto de entropía[36] que resulta necesario para entender el discurso capitalista.

Lacan (1999) indica, respecto a esta tendencia mortífera, repetitiva, que aquello que se repite "[…] no puede estar más que en posición de pérdida con respecto a lo que es repetido" (p. 49). Ahí se sustenta la función del objeto *a* como objeto perdido, justo por surgir en el lugar de esa pérdida que introduce la repetición. El saber, entonces, produce pérdida, por tanto repetición, por tanto goce. Justo aquí introduce la entropía: "Solo la dimensión de la entropía hace […] que haya un *plus* de goce que recuperar. […] Y esa es la dimensión para la que se necesita el trabajo" (p. 53).

Para comprender mejor este asunto del saber como medio de goce y la entropía que le es inherente, es necesario recordar que el discurso capitalista no es simplemente una variación del discurso del amo moderno. El discurso del amo conserva bien la separación[37] entre $ y *a* y, el desencuentro entre el S_1-S_2. Esto significa que en él la entropía está detenida. En otras palabras, no hay conexión entre el objeto *a* y su recuperación por el sujeto (Figura 5, izquierda).

Mientras que en el discurso capitalista se trata en realidad de una mutación[38] que tiene efecto en varios niveles. Primero, en la anulación de lo que en los

35. La búsqueda de la primera experiencia de satisfacción, experiencia que se perdió definitivamente.
36. Entropía es un término tomado de la física. Según el Diccionario de la Real Academia, se refiere específicamente a una "magnitud termodinámica que mide la parte no utilizable de la energía contenida en un sistema". Es en este sentido de lo que se pierde, que Lacan toma el término.
37. Representada por el losange, entre el $ y el a, que es la fórmula del fantasma: $ <> a
38. Misma que puede apreciarse claramente en los matemas de la parte izquierda de ambas fórmulas (Figura 5).

otros discursos se muestra como una hiancia, como agujero de todo discurso. Una separación entre el lugar de la producción y el lugar de la verdad, leída en ocasiones como imposible o como impotencia. Segundo, en el lugar de la verdad se pone al significante amo S_1 y con ello cambia el orden de funcionamiento del discurso en el cual esta verdad impone su manejo al sujeto $ que se ve obligado a seguirla ciegamente.

Al respecto, Imbriano (2011) refiere:

> *En la mutación capitalista del discurso, en donde no se cumplen las dos condiciones –imposibilidad e impotencia– se produce una perversión. Lacan nos señala que el discurso capitalista es un discurso perverso, no le ahorra la palabra. ¿Saben dónde está la perversión? En que no hay ninguna impotencia, no hay ningún losange, así que el S_1 es absolutamente consistente, no admite ambigüedad* (p. 64).

Así, esta mutación convierte al S_1 en un significante consistente, igualado a un solo significado. Aquí no hay pérdida, sino relación sexual. Respecto a la separación del $ y *a*, la cual implica que el sujeto no accede ni puede acceder de forma directa al objeto *a*, e incluso se defiende de eso por medio de una construcción imaginaria, fantasmática,[39] el discurso del amo, por la solidaridad antes mencionada, excluye al fantasma en cuanto prohíbe la recuperación de goce por parte del sujeto. El discurso capitalista pone al objeto en la posibilidad de obturar la castración del sujeto y lo conduce a la repetición y al intento de recuperación del goce. En otras palabras, lo conduce hacia la muerte del deseo, de la relación con el otro y, en suma, del lazo social y del discurso que funda al sujeto. Al respecto cabría preguntarse si el nuevo estatuto es el de objeto.

El lazo social es posible a partir de lo subjetivo y esto, a su vez, reposa en una de las dimensiones del objeto *a*, su función como causa del deseo y en la competencia del significante para obturar la falta. Lacan (1972), planteó en la conferencia dada en Milán, que lo subjetivo supone

> *[…] que tenemos enfrente de nosotros un sujeto que es capaz de servirse del significante como tal… y de servirse del significante como nosotros nos servimos, servirse del juego del significante no para significar algo, sino precisamente para engañarnos sobre lo que hay a significar… servirse del hecho que el significante es otra cosa que la significación, para presentarnos un significante engañoso* (p. 11).

Lacan ratifica así la mediación simbólica de los semblantes tan necesaria para sostener el lazo social. Los discursos mencionados, a excepción del capitalista,

39 Construcción imaginaria: el fantasma ($ <> a).

trazan de una manera clara el vínculo social, el discurso del amo entre el amo y el esclavo, el discurso de la histérica entre esta y el amo, el discurso universitario entre quienes detentan un conocimiento y aquellos que están en pos de él y, por último, el discurso del analista entre este y el analizante.

El discurso capitalista, por su parte, se relaciona con la otra dimensión del objeto *a*, *plus de goce*, y "[…] el lazo de cada sujeto, de todo sujeto, con el *plus de goce* es un lazo poco social, es un lazo entre el sujeto y algo de goce, trozos de goce" (Soler, 2007, p. 139). En este discurso los semblantes son reemplazados por los objetos producidos que serán objetos de consumo, así estos objetos de consumo sean los cuerpos de los seres humanos e incluso partes de estos cuerpos.

De este modo, el discurso capitalista traza no un lazo entre el capitalista y el proletario, sino, como ya se ha dicho, entre el sujeto y un objeto *a* en su dimensión goce, objeto este que en la actualidad se encuentra condicionado globalmente por la economía y el mercado. En la lucha y la prestancia por ese objeto, la solidaridad en el lazo social cede ante la rivalidad, la competencia, la autosuficiencia y la individualidad, trayendo de este modo consecuencias aún no examinadas del todo, sobre el trabajo, la familia, la amistad y las instituciones sociales en general. Así las cosas, ¿cuál es ahora el lugar para el amor, para la pareja? ¿La relación con el *partner*?

Entre algunos de los efectos de este discurso Schejtman (2004) señala la reducción al imperativo ciego ¡consume!, la *gadgetización* y el todo vale. El primero de los efectos lo analiza vinculado con la caída de la *imago* paterna y la pérdida de la función orientadora del S_1 que de allí en más se reduce a ese imperativo. De este modo, ocurre que el sujeto es menos consumidor que consumido. Ya no es más lo que representa un significante para otro significante, sino sujeto del goce. El segundo efecto muestra cómo con la pérdida de las marcas identificatorias que orientaban al sujeto, este encuentra los objetos que la ciencia, subordinada a los requerimientos que el mercado produce –esto es, los productos de la tecnociencia–, vienen a convertirse en pequeños objetos *a* con los cuales obturar la falta. Por último, el todo vale constituye la emergencia de los pequeños goces individualizados (el goce de cada quien) permitidos, garantizados y hasta obligados, que no se integran en el lazo social. "El derecho al goce deviene deber-de-gozar: los pesados zapatos del superyó no pueden ocultarse tras las cortinas" (Schejtman, 2004, p. 169)

.

El cuerpo como objeto de goce

Cuerpo y goce son conceptos anudados en psicoanálisis. El cuerpo es, ante todo, una construcción hecha desde el momento en que el significante se introduce en el organismo indiferenciado. Lacan (1993) señala que el cuerpo es delimitado, creado, generado a partir de lo simbólico y sería ingenuo pensar siquiera la posibilidad de discernirlo sin el lenguaje. Por paradójico que parezca, es lo incorporal del significante lo que hace cuerpo. El cuerpo existe a partir de ser dicho desde el Otro.

El cuerpo, si se le toma en serio, constituye en primer lugar todo lo que puede llevar la marca apropiada para ordenarlo en una serie de significantes. Desde esta marca, es soporte de la relación no eventual sino necesaria, puesto que sustraerse a ella es todavía soportarla (Lacan, 1993).

Así las cosas, el sujeto no es un cuerpo sino que se hace a un cuerpo gracias a la acción del significante, a su acción estructural, que al denotar al niño como "uno", permite que este se apropie de tal denotación como atributo. Para que haya un cuerpo es necesario que opere el significante sobre el organismo viviente y que este, tomado en calidad de signo, pueda ser representado por el significante. Pero no todo es significante ni puede ser aprehendido por el orden simbólico. Existe un resto no significable, un real que le excede.[40]

Braunstein (1990) recuerda que Freud, en sus primeros trabajos sobre las neurosis, se topa con que en el niño la sexualidad proviene del campo del Otro y es la irrupción de lo real sexual exterior lo que se configura como trauma sexual. Es ese real sexual externo, equivalente a la suma de excitaciones generadas por el Otro y que no puede tramitarse por la vía de lo simbólico, lo que se constituye en un exceso, un goce, un goce Otro, que por no simbolizarse no cesa de no inscribirse. Por el contrario, la introducción del cuerpo en la dimensión simbólica produce una pérdida en ese goce Otro, lo que genera a su vez un goce regulado, ordenado por el significante en cuanto representable, interpretable y encadenado a lo simbólico: el goce fálico.

40. Los desarrollos de Lacan respecto del cuerpo como sustancia gozante implican la dialéctica de los tres registros, rsi, en la cual sitúa al objeto a como resto imposible de representar y de decir, como elemento que los reúne y que reúne además tres goces distinguidos (goce fálico, goce Otro y el tercero, el goce-sentido). La referencia aquí al cuerpo y su relación con el goce se sitúa, entonces, hasta su enseñanza en el seminario 11, en el cual aún no hay una distinción tajante entre goce y pulsión.

Ese resto, la pérdida de ese goce Otro (denotada como *a*) remite a la castración ($), a una prohibición de gozar del propio cuerpo –en términos freudianos, del cuerpo de la madre–, por lo cual el goce solo será posible en los objetos separados de este, aquellos que están por fuera de la posibilidad de simbolización, en los objetos parciales que condensan la pérdida de goce, formas del objeto *a* relacionadas con el cuerpo y de las cuales Lacan situó, además del seno y las heces –aisladas por Freud–, la mirada y la voz.

Es esa sexualidad que proviene del campo del Otro la que en la teoría psicoanalítica se designa como la experiencia de seducción. Esta seducción localiza el goce en el cuerpo del niño a partir del establecimiento de las zonas erógenas, las cuales se erigen a través de la satisfacción de las necesidades, de los cuidados de la limpieza, de la inserción de los ritmos orgánicos en una lógica que no es la de la naturaleza sino la de ese Otro, la de su deseo inconsciente conducido a través de la demanda. De este modo, se entiende que en el sujeto la única manera de gozar es en el cuerpo y por él.

> *La carne del infans es desde un principio un objeto para el goce, para el deseo y para el fantasma del Otro y debe llegar a representarse su lugar en el Otro, esto es, a constituirse como sujeto pasando, imprescindiblemente, por los significantes que proceden de ese Otro seductor y gozante y, a la vez, interdictor del goce, de un goce que es confinado por esa intervención de la palabra a un cuerpo silenciado, el cuerpo de las pulsiones, de la búsqueda compulsiva de un reencuentro siempre fallido con el objeto* (Braunstein, 1990, p. 20).

El Otro tiene, entonces, dos caras: como sistema simbólico que encarna el ordenamiento significante, el lenguaje, la ley, que regula y organiza las relaciones del sujeto con su cuerpo, vacía el cuerpo de goce y con el que es posible el lazo social, y el Otro del goce (goce Otro), ilegal, traumático por su exceso, cuerpo gozante, caracterizado por la imposibilidad de circular en los intercambios y en la palabra por lo cual riñe con el lazo social.

Este goce Otro –mito libidinal–, al ser cernido por la acción del significante resulta interdicto, prohibido y aquello que en esta operación se pierde, el objeto *a*, solo podrá ser recuperado de forma parcial y siempre por medio de objetos fantasmáticos que lo velan, que causan el deseo y lo desvían hacia otros objetos. Este goce del objeto *a* es el remanente de la pérdida de ese goce Otro y por ello es un *plus* que mueve a la pulsión de manera repetitiva y ciega a tratar de restablecerlo.

Es esta repetición la que da cuenta, precisamente, del carácter incoercible de la pulsión; esto es, del hecho de que finalmente no puede reprimirse, inhibirse o restringirse permanentemente. Si se repite es, justamente, por la inadecuación en el encuentro –siempre fallido e insatisfactorio– con el objeto. Su objetivo está más bien en esa tensión mortificante que hace que lo que se satisfaga sea en realidad la pulsión de muerte.

El movimiento repetitivo de la pulsión para tratar de restablecer el goce perdido da cuenta de la diferencia entre pulsión y el goce. Soler (2006), plantea que el cuerpo busca, por medio de la pulsión, el objeto que le restituya el goce. La búsqueda de ese objeto ocurre en el campo del Otro y en su encuentro no puede más que trazar un circuito en el cual solo consigue bordearlo y al volver sobre el cuerpo lo que ha conseguido es afirmar, restaurar la pérdida; de allí la insistencia repetitiva.

En el mismo texto y apoyada en Lacan, Soler (2006) plantea que los usos de la pulsión en el plano subjetivo están en lo erótico y en la identidad. En el primero, el uso del cuerpo en el sentido erótico se haría por la vía de los objetos de la pulsión (seno, heces, mirada y voz) siempre en el cuerpo del otro. En el segundo, la identidad se establece de manera más clara que la pulsión siempre supone al otro, lo cual hace evidente el papel socializante de la pulsión, puesto que toda actividad social y de producción se sostienen "[…] sobre el dar identidad que hay en la pulsión, la identidad que logra separar del otro" (Soler, 2006, p. 48). La pulsión tendría, entonces, en su recorrido en el campo del Otro una función sexual y una social, lo cual implica que ella promueve el lazo social, puesto que se encuentra imposibilitada estructuralmente para promover la unión.

Por su parte, el goce siempre es "[…] solitario. Uno goza con su cuerpo, uno solo, el goce no se comparte, se puede percibir en el otro, a veces hay contaminación, el goce de uno puede llamar al goce del otro, pero cada uno goza solo" (Soler, 2006, p. 49).

Como *plus* de goce se había llamado al objeto pulsional, pero (Lacan, 1999, citado por Soler, 2006) llama de esta misma forma a los objetos producidos por el mercado en el marco del capitalismo. No obstante, a pesar de que ninguno de los dos logra suprimir la insatisfacción, ni tapar la falta en el sujeto y ambos suponen al Otro –aunque no sea el mismo Otro para cada uno de ellos–, el objeto del mercado convoca una satisfacción que no es pulsional y que "[…] subraya la contingencia del encuentro con el más de goce del consumo […] y un rasgo suplementario […] es que los objetos del mercado no pertenecen al registro del ser, pertenecen al registro del tener" (Soler, 2006, p. 52), lo cual

puede llegar a hacer creer que su acumulación haga crecer el ser y en eso el objeto pulsional se distingue al tener el alcance arriba mencionado respecto a la función de identidad en el lazo social. Otro aspecto crucial apunta a que no hay en el objeto del mercado una función separadora sino alienadora, que se suma a la alienación significante.

Ahora bien, las relaciones entre el cuerpo y el Otro se establecían en el discurso del amo antiguo a partir de un ordenamiento del lazo social, en el que el cuerpo entraba en relación con aquello que le venía al sujeto del campo del Otro. Cuerpos regulados y limitados en su goce por la familia, la pareja, la religión, etc., y en los que la dimensión amorosa conseguía hacer que el sujeto se valiese de la castración para responder la demanda del Otro.

Algo de esto subsiste, por supuesto, en una paradójica yuxtaposición, pero no por ello deja de ser evidente que en el discurso capitalista el semblante del amor ha caído y que esa especial relación con el objeto *a* –que ya ha sido señalada en este texto–, genera un cuerpo de individuo sometido al imperativo de gozar, que encuentra su lugar en el circuito de oferta y demanda establecido por la economía y el mercado. En suma, un cuerpo-objeto para el consumo que puede muy bien situarse en la descripción que de la sociedad de consumo hace Bauman (2003):

> *[…] se caracteriza por considerar al mundo como un depósito de potenciales objetos de consumo, alentar la búsqueda de satisfacciones e inducir a los individuos a creer que la satisfacción a sus deseos es la regla que debe orientar sus elecciones* (p. 85).

Así las cosas, en el discurso capitalista la relación con el *partner*, tal y como se hace patente hoy en día, apunta a una negociación en la cual la satisfacción no sea perturbada por el vínculo, lo cual incluye la precarización del compromiso de un proyecto conjunto que de vía al deseo y sentido a la existencia. El cuerpo del otro, reducido a la condición de objeto, entra en la categoría de los objetos que se pueden tener a través una transacción monetaria, reemplazar, modificar o incluso, desechar.

En este orden de ideas, el discurso capitalista a través de los productos del mercado, promueve una relación directa con esos objetos de consumo en la que el sujeto se conduce como si no fuese un sujeto en falta, un sujeto castrado, pues aunque la adquisición de esos productos supone un esfuerzo y un trabajo, no supone una imposibilidad. Así, mientras en la lógica de la castración hay objetos a los cuales se debe renunciar, objetos que no son posibles, en la lógica capitalista todo se puede obtener siempre y cuando se tengan los medios económicos.

Bibliografía

ASKOFARÉ, S. (2012). "La prueba de la ciencia". En: *Clínica del sujeto y del lazo social.* Bogotá: Colección Ánfora Estudios de Psicoanálisis.

BAUMAN, Z. (2003). *En busca de la política.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BRAUNSTEIN, N. (1990). *El goce.* (1ª ed.). México: Siglo Veintiuno Editores.

CEVASCO, R. (2007). "El discurso del amo". En: *Los discursos de Lacan.* Madrid: Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

FREUD, S. (1996). "El yo y el ello". En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu (trabajo original publicado en 1923).

IMBRIANO, A. (2011). *La tanatopolítica y su violencia.* Cali: Universidad de San Buenaventura.

LACAN, J. (1972). *Conferencia de Milán*. Recuperado de http://es.scribd.com/doc/55454317/CONFERENCIA-DE-LACAN-EN-MILAN-DEL-12-DE-MAYO-DE-1972

_____. (1984). "El seminario sobre la carta robada". En: *Escritos I*. México: Siglo XXI Editores.

_____. (1993). *Radiofonía y televisión*.Barcelona: Anagrama.

_____. (1995a). "Psicología y metapsicología". En: Seminario *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica.* Argentina: Paidós.

_____. (1995b). "El inconsciente freudiano y el nuestro". En: Seminairo *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Argentina: Paidós.

_____. (1999). Producción de los cuatro discursos. En: Seminario *El Reverso del Psicoanálisis*. Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).

PASCUAL, C., CEVASCO, R., APARICIO, S., NOMINÉ, B., MONSENY B., SOLER, C. (2007). *Los discursos de Lacan.* Madrid: Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

SCHEJTMAN, F. (2004). "Histeria y capitalismo". En: *La trama del síntoma y el inconsciente.* Buenos Aires: Del Bucle.

SOLER, C. (2006). *Los ensamblajes del cuerpo*. Medellín: AFCL.

_____. (2007). "Discurso capitalista". En: *Los discursos de Lacan.* Madrid: Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

ZULUAGA, B. (2009). Comentario de texto a la sesión del 17 de diciembre de 1969: Producción de los cuatro discursos. En: *Los cuatro discursos en cuestión*. Medellín: Asociación Foro del campo lacaniano.

El malestar en la cultura educativa del capitalismo

Patricia Montoya Jaramillo y John Alexánder Quintero

En el curso de las últimas generaciones, los seres humanos han hecho extraordinarios progresos en las ciencias naturales y su aplicación técnica, consolidando su gobierno sobre la naturaleza en una medida inimaginable. Los detalles de estos progresos son notorios; huelga pasarles revista. Los hombres están orgullosos de estos logros, y tienen derecho a ello. Pero creen haber notado que esta recién conquistada disposición sobre el espacio y el tiempo, este sometimiento sobre las fuerzas naturales, no promueve el cumplimiento de una milenaria añoranza, la de elevar la medida de satisfacción placentera que esperan en la vida; sienten que no los han hecho más felices.

(Freud, 1930 [2008], pp. 86-87)

Observar la educación y los sistemas educativos de una sociedad permite conocerla, indagarla y reconocer la complejidad humana que se gesta en las escuelas en los primeros años de vida Freud (1930 [2008]) hizo referencia a las tensiones propias entre lo individual y lo social, a las tensiones que imponen sobre los seres humanos los ideales culturales y, como lo expresa en la cita con la que se da inicio a este artículo, cuanto mayor es el avance científico y tecnológico, y cuanto más sienta el hombre que puede dominar las fuerzas naturales, más infeliz es.

En la época actual todo lo que acontece en la infancia y en la adolescencia ha cobrado un interés especial, y a la par con ello se gestan las estrategias para dar solución a todo, en un intento de que nada quede a la deriva. El anhelo de control en las instituciones educativas se alimenta del interés por diseñar estrategias

que den solución a las dificultades de los niños y adolescentes, interés que se cruza con el afán de normalización, estandarización y regulación de la época actual y con las estrategias de mercado, el discurso capitalista y la necesidad mantener un posicionamiento en el mercado que garantice la sostenibilidad de las instituciones educativas. Estos elementos han encontrado un punto de intersección en los sistemas de gestión de calidad que puestos en el escenario escolar, generan transformaciones y nuevas dinámicas que impactan la vida de sus estudiantes.

La lógica de estos sistemas se basa en promover la menor variabilidad posible en los procesos, de tal manera que mientras menor sea la variación mayor será la calidad en los productos. Esta es la lógica imperante en las empresas capitalistas, que gracias a la revisión constante de la línea de producción se garantiza no solo la homogenización del producto, sino también la eliminación del error. El paradigma del PHVA (planear, hacer, verificar y actuar), se convierte así en un significante permanente en el lenguaje de las empresas en el sentido de que todo aquello que se produzca de acuerdo con este ciclo de revisión de los procesos garantiza la calidad del producto, y a mayor calidad mayores ventas y por ende, mayores ganancias económicas y sostenibilidad para la empresa.

¿Por qué empezar un artículo de reflexión comentando sobre educación para luego pasar rápidamente a referirse a la calidad en los sistemas de producción de las empresas? Pues bien, es un hecho que hoy en día el campo educativo está soportado en el andamiaje de los sistemas de gestión de calidad, en las lógicas que subyacen a estos sistemas y en las estrategias de mercado que mueven el mundo moderno. Incluso, las promesas de las instituciones educativas se desprenden de las políticas empresariales: "Esto de la calidad viene de las empresas. Nuestro producto son los estudiantes, un producto que debe salir con excelencia académica. Esa es nuestra calidad". Esta frase resume el encuentro ineludible entre la educación y la calidad.

Más allá de los discursos científicos que se generan en las escuelas como conceptos de los cuales debe apropiarse el estudiante, es importante reconocer que la ciencia misma y los ideales de cientificidad presentes en una cultura repercuten en la formación y atraviesan las intenciones del quehacer educativo. Es decir, los modelos educativos buscan implementar estrategias acordes con los ideales científicos del momento y a la luz de estos ideales de cientificidad se establecen métodos que garanticen lo comprobable, lo medible y lo aplicable de forma universal. Así como en una época se impusieron los dogmas de fe como única verdad y los sujetos eran creyentes de aquello que no necesitaba ser observado

ni comprobado, con esa misma intensidad podríamos afirmar que los ideales científicos se establecen hoy como un nuevo dogma de fe. Se cree en todo aquello observable, medible y clasificable. Se cree, a como dé lugar, en el producto con el sello distintivo de calidad, sin errores, en el convencimiento de que es el mejor y no puede dejar de consumirse. Valdría la pena preguntarse si una vez instalado el paradigma científico este realmente se observa o se sigue con una fe ciega. Se cree en lo que presenta el mercado bajo el matiz de un discurso científico o pseudocientífico, unas cuantas cifras puestas en términos numéricos bastarán para dar la sensación de que se está ante un discurso enteramente científico y por lo tanto válido.

Ahora bien, aquello que se constituye como ideal de la ciencia trae consigo el peso de la *verdad.* Esto implica que cuando un discurso científico impacta al colectivo social lo hace con un carácter de verdad que se constituye en el paradigma reinante bajo el cual se ordenan las prácticas cotidianas y los modos de pensar y de constituirse los seres humanos. Se trata, por supuesto, no de una verdad objetiva –¿podría tal verdad existir?–, sino de lo que se establece como tal gracias a un colectivo de sujetos que la legitima. Por lo tanto, aquellas prácticas que tengan la presunción de lo científico tienen garantizado su lugar en la escuela. Aquello que sea observable, medible, y cuantificable, se constituye en los modelos más adecuados y si a estos se suman los ideales del modelo capitalista de la época actual, se tiene una combinación perfecta que se constituye en un imperativo en los modelos educativos: ciencia, verdad, medición, y capitalismo.

Los modelos de gestión de calidad podrían convertirse precisamente (si es que ya no lo son), en el paradigma para cruzar el discurso científico con el discurso capitalista imponerse imponerlo en la educación, como ente que supervisa, valida y verifica lo que acontece en la cotidianidad educativa con un fin: garantizar la homogenización de la educación sin lugar para que no dé lugar el error. Eliminar el error implica negar una subjetividad humana atravesada por el lenguaje que se asienta como tal gracias a una carencia que le es estructural y no cesa de inventarse para ajustarse a las exigencias de la vida.

El ideal de control como lugar de intersección entre los modelos de calidad y el discurso capitalista

Las escuelas se enfrentan siempre con aquello que no se deja amoldar, que se rehúsa a la homogenización; con comportamientos y desempeños que se salen del ideal esperado, por lo cual ameritan su atención. Hoy en día se evidencia en las escuelas un interés constante por diagnosticarlo todo; es decir, darle un

nombre, una etiqueta a lo que podría resultar problemático con el ánimo de poder darle el tratamiento adecuado, lo cual por lo demás, no le corresponde a la escuela y por lo tanto solo genera una demanda alta de terapeutas externos con el ánimo de que sus intervenciones aseguren que las personas logren los resultados esperados, de acuerdo –por supuesto– a los estándares planteados por la institución.

Es curiosa la manera como la escuela genera demanda, pero a la vez se excluye a sí misma de la solución para buscar en otro lugar la solución del problema. Sin embargo, sus sistemas de gestión se encargan de medir la eficacia de las estrategias generadas. Se evidencia aquí lo curioso en esta relación escuela-sistemas de gestión de calidad y consumo capitalista: ofrecer soluciones que beneficien nuevas posibilidades de consumo.

Las etiquetas y diagnósticos crean la falsa ilusión de haber comprendido el problema, incluso de estar haciendo algo por él. Darle un nombre a los comportamientos de una persona es uno de los ideales de las instituciones y las familias: "¿ese qué es lo que tiene?"; "eso que tiene, ¿cómo se llama?". Es, en síntesis, nombrar eso que del otro no se puede comprender y que resulta problemático a los demás.

Frente a la alta demanda de diagnóstico en las escuelas cabe preguntarse: ¿qué impactos tiene esto en la subjetividad de los niños y jóvenes de las escuelas? ¿Qué efecto produce que se impongan nombres y etiquetas acerca de los cuales no se tiene una comprensión clara? ¿Qué consecuencias se derivan del hecho de que estas etiquetas se conviertan en el lenguaje cotidiano de los padres de familia, de los maestros y de los directivos? Y más importante aún: ¿cuáles serían los efectos de esas etiquetas sobre el sujeto mismo al ser nombrado con una de ellas? ¿Qué pasa cuando los sujetos que se etiquetan son niños y adolescentes? ¿No se debería preguntar por los efectos sobre la manera como son nombrados con un mayor cuidado ético? ¿pueden los niños y adolescentes asumir el peso de los diagnósticos sobre ellos? ¿Para qué les sirve ser nombrados y etiquetados así? Cuando la etiqueta es también un callejón sin salida, ¿podrá un niño o un joven dejar de ser maniaco-depresivo o desaparecerá el déficit de atención una vez ha sido nombrado como tal?

Ahora bien, ¿qué sucede cuando se pretende homogenizar todo en la escuela? Establecer medidas de control para los desempeños, resolver conflictos y asumir las distintas dificultades que forman parte del devenir del ser humano. El propósito, entonces, de esta reflexión, está puesto en el lugar de lo subjetivo en la educación y en las repercusiones en la subjetividad de los efectos civilizatorios

de la educación actual estructurada en la lógica de los sistemas de gestión de la calidad.

¿Qué sucede cuando el anhelo por resolver los problemas humanos hace que se generen estrategias que quizás solo logren "taponar" los modos de estar en el mundo? Será importante, para abordar este razonamiento, detenerse y reflexionar a qué nos referimos cuando hablamos de sistemas de gestión de calidad en la educación e indagar los efectos de la introducción de los modelos nosológicos imperantes en la cotidianidad de las escuelas para diagnosticar y clasificar las dificultades en los niños y jóvenes escolares.

Se trata, entonces, de cruzar la dinámica de los sistemas de gestión de calidad y el diagnóstico de enfermedades mentales en la escuela. Corresponde, desde luego, explorar sus repercusiones en la educación a la luz de la teoría psicoanalítica con el fin de entrever el "malestar en la cultura" presente en nuestro tiempo y sus efectos en la constitución subjetiva de niños y adolescentes.

Los principios de los sistemas de gestión de calidad y la escuela

Los siguientes son algunos de los principios fundamentales de los sistemas de gestión de calidad:

- *Garantizar una producción sin defectos*: es decir, eliminar el error. No se trata de generar estrategias para corregirlos, sino de que desde el inicio no se presenten errores.

- *Garantizar la competitividad en el mercado*: lo que interesa es ocupar un lugar estratégico en el sistema capitalista en el que la ganancia esté garantizada, de tal manera que los servicios educativos sumados a los procesos de gestión de calidad, dan como resultado un producto con calidad (los estudiantes), y estos a su vez multiplican el índice de consumidores potenciales (futuros clientes).

- *Satisfacción del cliente*: la norma de que "el cliente siempre tiene la razón" se convierte en el "buen espíritu" de la empresa, y con esto se quiere decir que se hará lo necesario para garantizar la satisfacción de las demandas del cliente (Cubillos, M.C., y Rozo, D., 2009).

- *El mejoramiento continuo*: una máxima de los sistemas de gestión de calidad gracias al cual los procesos siempre están en la mira de la revisión y la verifi-

cación. Incluso cuando los resultados vayan más allá de lo esperado, siempre se puede mejorar; es necesario y es un deber hacerlo constantemente (Rico, J. ,2001).

¿Qué sucede cuando se trasladan estos principios al quehacer de las instituciones educativas? Sin ahondar propiamente en sus efectos, cabe plantear algunas asociaciones. Una primera sería la siguiente: los sistemas de gestión de calidad están diseñados para garantizar la perfección en los productos y en el ámbito educativo esos "productos" son los seres humanos. Pues bien, situar al individuo en el lugar de "un producto" implica, de entrada, un determinismo que lleva a asentarlo en el centro del objeto, de lo que es creado por otros. Ello entraña una negación de su condición de sujeto hablante, pensante, con capacidad de decidir, de hacerse responsable e, incluso, de sentir.

Los sistemas de gestión de calidad resaltan, asimismo, el hecho de que los productos no son únicos y diferenciados, sino creados en serie, con base producción homogénea, idéntica, sin diferencias. Extrapolar esa lógica a la escuela conlleva una educación dirigida a que "todos sean iguales". No obstante, cabe plantear en este punto: ¿iguales a quién?, ¿cuál es el modelo que se debe seguir?, ¿quién decide el paradigma? y lógicamente es necesario analizar si los seres humanos pueden ser todos iguales y obtener los mismos resultados. Parece obvia la respuesta, sin embargo la ideología de la gestión de calidad no ceja en su afán de penetrar las instituciones educativas y generar procedimientos que en nombre de las políticas de calidad, de su misión y su visión, buscan garantizar un sujeto ideal a partir de un ideal de sujeto, que será el producto final de su recorrido por la institución educativa.

Ahora, ¿qué sucede cuando en busca de ese "ser humano ideal" se llevan a cabo una y otra vez procedimientos y acciones que deben ser revisados, verificados y evaluados para concebir estrategias que avalen que el producto siempre sea "mejor" de lo que es?

Los sistemas de gestión de calidad deben velar por que se definan estándares, indicadores y metas observables, medibles y cuantificables, lo que en relación con la labor educativa se traduce en términos que se puedan observar, medir, verificar y en la definición de protocolos cuyo cumplimiento garantiza –supuestamente– la creación de ese ser humano ideal. Los sistemas de gestión de calidad proponen ciclos constantes de verificación que tienen como meta la perfección. Que un producto sea bueno no es suficiente. Siempre se puede mejorar y para ello proponen una compulsión de repetición en la que la constitución de lo subjetivo se determina por esa búsqueda constante de un sujeto ideal que deja

de lado restos de lo hace, precisamente, un sujeto; es decir, los ciclos imponen necesariamente la eliminación del error.

¿Es posible pensar de esta manera en el ser humano? Se trata de llevarlo cada vez al límite de la perfección sin reconocer que esta nunca se logra y que gracias a esta "imperfección" somos seres posibles de sentido y subjetivación. Pero además, como los límites de la perfección son infinitos los sistemas de gestión de calidad proponen la búsqueda de un imposible y sumergen al sujeto en una compulsión de repetición imposible: perfección de un sujeto ideal que niega la propia humanidad.

Veamos otra implicación. El surgimiento continuo de instituciones educativas en las últimas décadas, de jardines infantiles, de propuestas pedagógicas y de experiencias novedosas para los infantes, hace que las familias tengan frente a sí un sinnúmero de posibilidades para elegir. ¿Qué ocasiona esto en las instituciones? Nada más ni nada menos que ingresar no al campo educativo, sino competitivo, del mercadeo, del capitalismo; por lo tanto, la misión de una obra educativa por más que esté planteada en función de la "creación de un ser humano ideal", es tener a muchos dentro de ella. Los sistemas de gestión de calidad llegaron a las instituciones educativas con la promesa de garantizar la sostenibilidad, la competitividad y la permanencia de la institución en el mercado.

Estos sistemas tienen un efecto cierto, toda vez que se instauran en el discurso cientificista actual y si sigue los pasos y procedimientos propios del método científico nada puede ponerlos en duda. Es decir, se cree en ellos porque se basan en indicadores observables y medibles. De tal manera, las instituciones educativas han encontrado en los sistemas de gestión de calidad su salvación frente al mar de ofertas que colma el mercado. Aquellas instituciones certificadas se venden con la idea de que son mejores que las que no lo están, y en este sentido les otorga a las familias el lugar del cliente con todas las posibilidades que este estatus permite. La escuela entra a satisfacer sus demandas y no las del sujeto que va a educar.

El error (la falta) en los sistemas de gestión de calidad

Al ser uno de los objetivos de un sistema de gestión de calidad verificar que en la línea de producción no se genere error alguno, cabría preguntarse cómo una institución educativa puede ofrecerse como espacio para el aprendizaje si debe garantizar la ausencia de error o eliminarlo si este se presenta. Referirse a aprendizajes limpios no solo es una falacia, sino un imposible. El error dice algo

a quien aprende, moviliza en busca de nuevo saber, advierte al maestro en qué etapa del aprendizaje está el estudiante y permite ver sus procesos cognitivos. Eliminar el error es eliminar al sujeto mismo. El sujeto está puesto en el equívoco y es en los actos fallidos que emerge el inconsciente (Freud, 1916 [2008]). Eliminar el error es negar la condición de sujeto.

¿Qué pasa, entonces, en la vida de quienes asisten a la escuela hoy? ¿Cómo negar el error, un elemento estructural en el ser humano para que devenga en sujeto? Sin embargo, a pesar de que las corporaciones generen constantemente estrategias para eliminar el error, el sujeto no se deja eliminar. El error irrumpe frente al anhelo de control y homogenización; el error se hace presente quizás en esta época con más frecuencia, variantes, angustias y padecimientos ante los intentos de taponamiento. Podríamos, incluso, plantearnos una hipótesis inicial: posiblemente a mayor demanda de control, perfección y estandarización, mayores dificultades en el establecimiento del lazo social; tal vez se presenten mayores problemas para que los sujetos sean responsables de sus aprendizajes y asuman el conflicto en el encuentro con el otro y consigo mismos.

Décadas antes de la llegada de los sistemas gestión de calidad a la escuela, la sociedad asumía otros intereses respecto de la educación, a saber, la transmisión de las letras, de valores y de saberes disciplinares. En este marco la academia no era una garantía que se concretaba en una formación universitaria al salir de la escuela, y con esta claridad cada uno hacía su paso por la institución educativa con miras distintas al saber universitario. Continuar con una formación en oficios, con un saber hacer que permitiera asumir la vida, hacerse responsable de sí mismo y desempeñar una función en la economía familiar, eran fines en los que la excelencia, la calidad y la perfección no eran los estándares.

¿Qué ha cambiado al día de hoy? ¿Qué exige la sociedad al sujeto que llega a la escuela? ¿En cuál discurso se inscribe el ideal de formación? Los sistemas de gestión han introducido otra evaluación: la del cliente hacia la institución. No se puede implementar un sistema de gestión de calidad sin medir la satisfacción de los clientes, satisfacción que no se observa en el sujeto centro de la educación: los niños y los jóvenes, sino en quienes tienen el poder adquisitivo. El cliente central para medir la satisfacción lo constituyen los padres de familia, por cuanto son ellos quienes tienen el poder adquisitivo y quien paga define y evalúa la prestación del servicio. Se trata de una dinámica capitalista que se convierte en el lenguaje de la institución y de la sociedad en la que se inscribe.

Quien paga lo hace para estar satisfecho y la escuela debe hacer todo para responder a la demanda a la que la escuela se apresura en responder ofreciendo

perfección y excelencia. Los sujetos que asisten se ven inscritos un deber ser que no corresponde a su interés y mucho menos a su deseo. Los niños y jóvenes asisten para satisfacer la demanda de los padres y ser la promesa que la escuela les da a cambio del pago.

Pasemos ahora a analizar una demanda en particular. ¿Qué sucede con aquellos sujetos que no se ajustan al estándar? ¿Aquellos que no pueden ser alienados al sistema? Se recurre, entonces, a otra máxima que sobrepasa la escuela: el diagnóstico y la medicación. A quienes no encajan en los estándares y los indicadores o se encuentran en ese punto de subjetividad que no se deja eliminar, se los lleva a la posición extrema de lo patológico. Es como si se funcionase bajo la premisa de "si no podemos cambiarlo, es porque está enfermo, es porque no es normal".

En ese punto se lo remite al psicólogo para que descubra o confirme lo que otros juzgan: "¿cierto que algo le pasa?" o ¿ese joven qué tiene?". Pero no se trata de una preocupación por lo que le pasa o le acontece a nivel subjetivo, sino un "qué le pasa", "cómo se llama lo que tiene"; es decir, qué diagnóstico se le da, con qué etiqueta lo nombramos para que entre a formar parte de una categoría; una etiqueta partir de la cual deja de ser un sujeto con nombre propio para ser un sujeto al que se lo identifica con su síntoma. Ya no se habla de él o de ella, sino del bipolar o del depresivo o del desatento, del impulsivo, del hiperactivo.

¿Cuál es el discurso que cobija a esta nueva categoría? ¿Es decir, la de lo patológico en la escuela? Se trata nuevamente de la dinámica capitalista; o sea, generar las condiciones ideales en las que se presente un grupo de sujetos que no corresponden a las exigencias y les hacen frente con síntomas propios de la época, del malestar de la cultura actual. Por supuesto, el discurso capitalista de la escuela contribuye al sostenimiento del discurso capitalista de la sociedad. Se generan los problemas porque se ofrece una solución: la medicación.

Los sistemas de gestión llevan a las escuelas a sumergirse en un ciclo compulsivo de repetición, en el que los sujetos se ajustan en la búsqueda constante de ese sujeto ideal en el cual dejan de lado su propia subjetividad para corresponder a los ideales que propone la institución. Otros, los que no se ajustan a los protocolos, quedan en el lugar de un resto. Deben crearse categorías especiales para ellos y nombrarse con alguna etiqueta que demuestre que el sujeto que no se ajusta es porque no corresponde a la normalidad del sujeto ideal y por lo tanto requiere la supuesta solución que ofrecen las nuevas clasificaciones y diagnósticos de salud mental, para contribuir al sostenimiento y al equilibrio entre demanda y oferta del mercado de los medicamentos.

En ambos casos estamos ante el intento de negar al sujeto, ya sea por vía de la alienación o de la exclusión. Pero igual, de la negación de una constitución subjetiva en la que no hay identificaciones posibles a un sujeto ideal.

Un joven medicado y una chica integral

Diego (el nombre ha sido cambiado para proteger la identidad de estudiante), es un joven de catorce años. Se encuentra medicado desde los ocho y toma varias dosis de Ritalina al día, pues fue diagnosticado con déficit de atención cuando era niño por sus dificultades en la escuela: se quedaba atrasado, se distraía y conversaba durante las clases. Cuando empezó a reprobar las materias y estuvo cerca de perder el año sus padres se preocuparon, pues por lo general en esa época que los niños perdieran algo generaba una gran angustia en los padres. Animados por el discurso de la escuela, lo llevaron a un psiquiatra que lo diagnóstico con trastorno de déficit de atención que solo puede ser tratado con Ritalina. Sin ese medicamento el niño no podría estudiar y ganar el año. El resultado es que hoy, seis años después, el niño se ha transformado en un adolescente callado y de pocos amigos y a pesar de que sigue al pie de la letra las indicaciones es pasivo en el aula, y aunque se eleva y se distrae un poco, ya no es un problema para la institución, al punto de que podría pasar por uno de esos niños "invisibles" en la clase. No molesta, pero tampoco actúa. Su mirada es lejana, no gusta de hablar con los adultos y menos con el psicólogo. Para la escuela su proceso está bien, los maestros y sus padres se sienten tranquilos porque ha mejorado mucho; es decir, no les produce angustia. Sin embargo, son incapaces de notar la inexpresividad de su mirada, su propensión a pasar en silencio o su dificultad para socializar. Pero, finalmente, la escuela tiene lo que buscaba: un sujeto bajo control.

Su historia no termina aquí. Como se expresó anteriormente, por más que la escuela lo intente y se promuevan las estrategias para que esto no ocurra, el sujeto no se deja eliminar. De un momento a otro Diego se revela y se niega a tomar el medicamento, justo cuando todo estaba bien para los demás y los resultados académicos eran aceptables. Diego está convencido de que la medicación es inútil. "No siento que me haga nada, no siento sus efectos, así que da lo mismo si la tomo o no". Quizás Diego no logra expresar bien su verdadera demanda, pero de algo está seguro: no quiere seguir tomando Ritalina. Lamentablemente, gracias a la escuela su intento por enunciar una voz propia fue acallado. Sus resultado académicos decayeron y la maestra, preocupada, llama a la familia. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué ha sucedido en casa para que sus resultados académicos desciendan? Ante las preguntas la madre solo atina a decir: "Lo único

que ha cambiado es que ha dejado el medicamento". Así, la solución que propone el discurso escolar es que el joven está diagnosticado y no puede dejar el medicamento. Si lo hace, la escuela no se responsabiliza si pierde el año. Diego está presente en la cita con los padres y se angustia frente a esa posibilidad. No expresa nada; solo asiente y acepta tomar nuevamente la medicina.

Hasta aquí llegó la posibilidad del sujeto de emerger. Nadie le preguntó cómo se sentía ni mucho menos lo más obvio: qué le pasaba y por qué bajaron sus desempeños. Se le niega de entrada la posibilidad de que asumiera la responsabilidad por sus desempeños escolares y así, en nombre de la escuela y con las mejores intenciones, Diego vuelve al silencio antes de que algo pudiera ser dicho. La escuela logró su objetivo y la maestra pudo mostrar resultados. El sistema de gestión del colegio le pide revisar el desempeño de sus estudiantes, pues es responsable de un grupo. El 80 % de sus estudiantes debe estar en un nivel académico alto y los casos especiales han de presentarse a análisis con los directivos al finalizar cada periodo. Si se presenta un caso especial, le preguntarán la razón por el bajo rendimiento del estudiante y qué estrategias se implementaron para solucionar sus dificultades. Se ha planteado que la cita con la familia es una de las estrategias y los estudiantes medicados o con un acompañamiento terapéutico externo deben tener un seguimiento. En el caso de Diego, las estrategias planteadas por la maestra fueron eficaces, pues dieron el resultado esperado. Se anota aquí un triunfo del sistema de gestión de calidad sobre la emergente voz del deseo del sujeto: Diego ha quedado anulado nuevamente y taponado su deseo.

Este es solo uno de los casos en los que bajo la mirada de los sistemas de gestión se busca resolver problemas en los procesos educativos a partir únicamente de la medición de resultados. Se trata de un ideal de regulación y homogenización sin tener en cuenta la singularidad del individuo ni la pregunta por el ser. La posibilidad de reconocerlo como sujeto del discurso se anula y se hará lo que sea necesario para que los resultados correspondan a lo que se ha planteado como indicadores de gestión.

Ahora, es esencial analizar una situación desde el lado opuesto. ¿Qué sucede con los sujetos que se sitúan en el ideal planteado por la institución? Ilona (el nombre ha sido modificado para proteger la identidad de la estudiante), es una joven de quince años. Nunca ha sido sujeto de la intervención del psicólogo, pues su desempeño académico y de convivencia ha estado "acorde con lo esperado". Como buena estudiante, no ha tenido dificultades con la norma ni con las figuras de autoridad, conducta muy valorada por las instituciones educativas. Es

una joven risueña, alegre, deportista, con muchos amigos y agitada vida social. Sin embargo, llega un día al consultorio de la psicóloga escolar porque dice sentirse mal y no saber qué le pasa. Llora mucho y es evidente que se encuentra angustiada, pero no logra ubicar una razón específica. Expresa que no tiene problemas, es buena hija, no les da dolores de cabeza a sus padres, siente que ellos la quieren, se siente a gusto en el colegio, sabe que tiene amigos valiosos para su vida y hace cosas que le agradan. Luego de un rato de permanecer en silencio expresa: "Si todo lo hago bien, no sé por qué me siento mal. Soy buena estudiante, cuido mi cuerpo, me alimento sanamente, hago deporte, tengo buenas relaciones con mis padres, con mis amigos, con mis maestros... (llora)... Es que yo siempre he querido ser una joven integral". Esa fue su última palabra y continuó llorando sin parar.

Al escucharla no se puede dejar de pensar que se trataba de una joven que carga con el peso de un significante de la época actual: la formación integral, el anhelo de control de las instituciones, el ideal de homogenización, la regulación; los estándares de un sujeto ideal que implican ser anulado en su deseo y tomar como propio el interés de la institución, que no es otro que la formación ideal, el ser humano perfecto hacia el cual todos deben propender; el ser humano ideal, sin defectos ni errores, con un funcionamiento perfecto en todos los ámbitos de la vida. ¿Cómo entender el peso de un significante que para ella se convierte en algo alienante y la deja con una sensación de vacío y de angustia que no puede nombrar?

La búsqueda compulsiva de un ideal de sujeto y de la perfección, es el discurso que circula a diario en los escenarios educativos. Está explícito en los objetivos del sistema de gestión de calidad y de las políticas de calidad. Las campañas educativas, los emblemas y el discurso del maestro contienen el significante de "formación integral". Se trata de la promesa a los padres de familia y al mercado. Se ofrece una formación en la que los niños y jóvenes no solo aprenden, sino que también logran ser deportistas, artistas, ciudadanos con sentido social y de cuidado del medioambiente, emprendedores y creativos; es decir, integrales. Es la promesa de mercado de las instituciones educativas y el ideal de un joven que al ser integral, es bueno para todo y finalmente muy feliz.

Freud (1927, [2008]) planteó que la ciencia podía ofrecer la salida a la represión y al malestar que imponen las creencias religiosas. Sin embargo, valdría la pena plantearnos a qué malestar nos expone el discurso científico actual, sobre todo cuando está inscrito en la lógica capitalista que envuelve al colectivo social. ¿De qué avance se trata cuando los modelos de los sistemas de gestión de calidad

son llevados a los procesos educativos, atentando así contra el hecho de que la escuela se pueda constituir en un escenario simbólico en el que los sujetos encuentren su propio deseo, motor de la vida y singular en cada ser humano?

La compulsión a la homogenización genera demandas que solo aumentan la angustia, bien porque se ajusta demasiado al ideal que propone la escuela o bien porque jamás podrá hacerlo. De cualquier forma, el sujeto es invalidado en su propio deseo y queda solo, expuesto al goce generalizado del gran Otro, del capitalismo que se disfraza con las políticas de calidad de las instituciones educativas.

Consideraciones finales

¿Qué hubiera pasado hace veinte o treinta años si hubiésemos hablado de etiquetas psiquiátricas con los padres de familia de estudiantes en edad escolar? Es casi seguro que eso no ocurría, salvo en situaciones realmente extremas. Hoy en día, el uso de etiquetas psiquiátricas en las instituciones educativas y en las familias se ha convertido en el lenguaje cotidiano para dar respuesta a lo que no se puede comprender. De hecho, aparecen en los diagnósticos junto a categorías psiquiátricas antes impensables en menores de edad, y atribuidas a niños y adolescentes diagnosticados apresuradamente y medicados con drogas que anteriormente eran solo de uso adulto, y ello con el total respaldo de los padres de familia y de las instituciones educativas. Se trata de una fascinación generalizada por el discurso psiquiátrico actual.

¿Qué pasó con el temor de los padres de familia y de la sociedad hacia todo lo que tuviera que ver con la psiquiatría? Quizás no se pueda afirmar cuál fue el momento exacto cuando la mirada hacia las etiquetas psiquiátricas cambió, pero es indudable que en esta vía entran en juego dos situaciones. Por un lado, el crecimiento consolidado de la industria farmacéutica y por el otro, el efecto calmante de los medicamentos psiquiátricos. Es importante tener claras estas dos situaciones para comprender que de lo que se trata es de crear demanda.

En las últimas décadas el crecimiento de la industria farmacéutica y su mercado es innegable. Cubrir una población –los niños y los adolescentes– a la que antes no se tenía acceso es un triunfo del discurso capitalista. Por otro lado, se tiene el efecto calmante de estos medicamentos sobre las personas que forman parte del círculo de quien es diagnosticado y medicado, a saber, familiares, maestros, compañeros del colegio e incluso sus directivos. Para nadie es un secreto que los

niños y adolescentes a quienes en algún momento de sus vidas se les impone una etiqueta psiquiátrica, la tienen porque las personas a su alrededor no soportaron más la angustia que les genera las dificultades del otro, aquello que irrumpe el lazo social. Solo que en escenarios como la escuela y la familia, se prefiere que sea un otro quien asuma la responsabilidad de calmar la propia angustia. Atribuimos al otro la dificultad para que sea resuelta a través del diagnóstico y la medicación.

Efectivamente, se trata de una época en la que se pretende calmar la angustia a través del otro y de un discurso capitalista que invade a tal punto que no es fácil abstraerse de sus efectos. Vivimos sumergidos en el discurso capitalista como peces en el agua. Las instituciones educativas han devenido en empresas de selección que hacen una oferta sumamente atractiva para sus posibles clientes: la excelente formación integral, para luego, una vez dentro del sistema se inserten en el discurso de la medición, la homogenización y la verificación constantes, discurso en el que no tienen lugar quienes no se ajusten y sostengan la eficacia del sistema. Resultado final: se selecciona, se excluye y se elimina.

Miller y Milner (citados por Greiser, 2012), plantean la existencia de dos paradigmas que rigen el mundo moderno: todo puede ser evaluado y todo problema tiene una solución. Estos paradigmas se conjugan perfectamente en los sistemas de gestión de calidad total: nada puede quedar por fuera del control; nada puede quedar sin ser evaluado. Por su parte, la pretensión de que para todo problema hay una solución lleva al desarrollo de protocolos, auditorías, acciones de seguimiento e identificación de disconformidades y acciones correctivas y preventivas. No obstante, la idea no es solo establecer múltiples acciones para dar solución a los problemas, sino también que estos tengan seguimientos para demostrar su eficacia. De esta manera, se da comienzo a un ciclo compulsivo de repetición de acciones destinadas solucionar a los problemas y sobre estas llevar a cabo otras acciones que garanticen su eficacia (Greiser, 2012).

Greiser propone, igualmente, que estos paradigmas tienen efectos trascendentales en la subjetividad. Según la autora, implican, por un lado, la forclusión del sujeto al plantear una solución para todos por igual, con estándares de normalización que establezcan el modelo de familia ideal, de estudiante ideal y de desempeños académicos ideales. Por otro lado, pretender que para cada problema hay una solución implica asumir que todo se puede curar. Es decir, se niega la falta estructural del ser humano, se niega que estamos atravesados por el lenguaje y se niega que lo inconsciente siempre está presente y que el deseo no

se puede regular. Por lo tanto, no hay cura que pueda plantearse como solución a lo una falta estructural del sujeto; por el contrario, el psicoanálisis trata de ver cómo cada uno se las arregla con una falta que al ser singular no puede ser objeto de solución, toda vez que no se puede eliminar y mucho menos pensar que es igual para todos (Greiser, 2012).

Los sistemas de gestión de calidad total atesoran también otro ideal: el de la prevención. Se trata de buscar no solo los problemas para darles una solución, sino también indicios de que es probable que se presente un problema para diseñar las estrategias que permitan eliminarlo antes de que aparezca. Greiser plantea que la época se trata de una época del *delirio de prevención*, pero ¿cómo se puede hablar de prevenir cuando en el ser humano el inconciente es el que nos gobierna?, ¿cómo se puede hablar de prevenir cuando se trata de anular lo que nos hace precisamente humanos, es decir la falta que es estructural?, ¿cómo se puede prevenir que estamos atravesados por el lenguaje y que nos constituimos en él? (Greiser, 2012).

Este delirio de prevención, delirio de una solución para todos por igual, delirio de ofrecer una cobertura total y el delirio de furor curandis, son las bases de los sistemas de gestión de la calidad total. Una calidad total que va de la mano del discurso capitalista y de las prácticas de consumo, en ese sentido, la creación genera la demanda, es curioso como entre más políticas de calidad se desarrollan, entre más ciclos de auditorías y más acciones, bien sean preventivas, correctivas o directas, más se presentan dificultades; es decir, pareciera que más se alienta la demanda, con cada acción que se genera.

Hay algo del sujeto que no se deja eliminar, lamentablemente, en los ambientes escolares. Ese algo se hace presente a pesar de los sistemas de gestión de calidad –o quizás, gracias a estos– y se tiende a patologizar. Es decir, cuando el sujeto lucha por emerger se lo escucha desde el lugar de aquel que se salió de la norma y por lo tanto es patológico.

Finalizando una reflexión o encontrar nuevas posibilidades de estudio

Si algo me ha dejado el proceso de llevar a cabo esta reflexión, es ser consciente de que aún hay mucho por abordar y analizar frente al malestar educativo de nuestra época. Me permito la licencia de expresarme en primera persona como

una manera singular de reconocer mi propia experiencia como psicóloga escolar y un sujeto atravesado por el discurso de los sistemas de gestión de calidad.

Debo reconocer que antes de esta reflexión formaba parte del discurso de la normalidad, la prevención y la regulación; de ese discurso de la época que envuelve las escuelas y se instala en ellas para permear todos los discursos que se gestan. Ya no se trata de educar, sino de ofrecer un producto de alta calidad, un producto en el lugar del sujeto.

Si algo me ha permito este trabajo es empezar por escuchar el discurso de la época actual; preguntarme por la educación, por los ideales; cuestionar el interés de regulación y normalización enclavado en los discursos de quienes generan espacios educativos. Sin embargo, esto es solo el comienzo, pues aún queda mucho por entrever en las políticas de calidad y en los sistemas que lo soportan. Los sistemas de gestión de calidad total diseñan estrategias capaces de generar todo un artículo de reflexión. ¿Qué lugar ocupa la demanda de los padres de familia en estos sistemas? Si bien se trata de un cliente que se debe satisfacer, también es cierto que es posible su demanda porque se les reclama constantemente su opinión. Las encuestas de satisfacción del cliente definen las estrategias y las acciones por seguir en las escuelas, pero también valdría la pena indagar por los efectos en la subjetividad de los padres de familia al ponerlos en el lugar de quien demanda constantemente.

Por otro lado, ¿qué podríamos decir de los maestros? ¿Cuál es el impacto en los sistemas de gestión de calidad en su subjetividad ? Más allá de encontrar la queja constante por la cantidad de registros que deben llenar y el estrés que esto les genera, es bueno escuchar su sufrimiento más allá de la queja, en una época en la que la competitividad es lo cotidiano. ¿Cómo se afecta el lazo social cuando los maestros son evaluados por la satisfacción de los clientes? ¿Qué puede suceder cuando el maestro –que se supone es el representante de la autoridad y del saber en las escuelas– es ubicado en el lugar de quien no sabe porque quien tiene el saber es el cliente y no él?

¿Cuál es el propósito real de las instituciones educativas que sustentan su andamiaje en las lógicas de los sistemas de gestión de calidad? ¿Se trata de formar sujetos o deformarlos para un mundo capitalista? Se puede, realmente, hablar de un triunfo de los sistemas de gestión de calidad que garantizan sujetos ideales, integrales, excelentes, perfectos; es decir, imposibles. O se trata de reconocer –como se planteó al comienzo de este escrito– que cuanto mayor es el avance científico, mayor es el sufrimiento. ¿No percibimos claramente que mientras más

se diseñan estrategias para resolverlo todo mayores son las dificultades, sufrimientos y remisiones a terapias? Es decir, ¿mayor malestar en la cultura actual?

Para finalizar, vale la pena indagar sobre el lugar del psicólogo escolar en un contexto educativo invadido por los sistemas de gestión de calidad. ¿Qué lugar debe ocupar el psicólogo, para poder dar respuesta a la demanda del sujeto y no a la demanda de la institución?, o quizás pueda ser posible encontrar los modos de construir espacios simbólicos en las instituciones educativas, de tal manera que los estudiantes puedan establecer lazos sociales que permitan la realización de sus propio ser como sujeto. ¿Qué lugar puede ocupar el psicólogo cuando el discurso de la psiquiatría desborda el discurso de las escuelas y de los padres de familia? ¿Qué escuchar de los informes terapéuticos externos? Y ¿qué lugar ocupar para que, mínimamente, desde su lugar pueda problematizar el discurso imperante de la época?

En 1937, en uno de sus últimos escritos Freud planteó la existencia unas profesiones imposibles: gobernar, analizar y educar. Se trata, entonces, de reconocer que gobernar, analizar y educar a otro ser humano es imposible, pues nada puede asegurar que se obtengan los resultados esperados ni que lo que se hace con una intención logre los efectos planeados. Es decir, no es posible aplicar la lógica del estímulo-respuesta. Siempre, el inconsciente del otro se hace presente; algo del inconsciente se enfrenta a dejarse gobernar, analizar y educar (Freud, 1937 [2008]).

El malestar en la cultura educativa actual: educar como una profesión imposible que pretende taponar la subjetividad para crear sujetos excelentes, homogéneos y perfectos... imposibles finalmente. Entonces, ¿qué educación es posible?

Bibliografía

CUBILLOS, M.C., y ROZO, D., (2009). *El concepto de calidad: Historia, evolución e importancia para la competitividad.* Recuperado de http://revistas.lasalle.edu.co/index.php/ls/article/view/1260/1153.

FREUD, S., (1930 [2008]). "El malestar en la cultura". En: *Obras completas (Vol. XXI)*. Buenos Aires Amorrortu Editores. Segunda edición, 12ª reimpresión.

FREUD, S., (1916 [2008]). Conferencia "Los actos fallidos". En: *Obras completas (Vol. XV)*. Buenos Aires Amorrortu Editores. Segunda edición, 12ª reimpresión.

FREUD, S., (1937 [2008]). "Análisis terminable e interminable". En: *Obras completas (Vol. XXI)*. Buenos Aires Amorrortu Editores. Segunda edición, 12ª reimpresión.

FREUD, S., (1927 [2008]). "El porvenir de una ilusión". En: *Obras completas (Vol. XXI)*. Buenos Aires Amorrortu Editores. Segunda edición, 12ª reimpresión.

GREISER, I. (2012). *Psicoanálisis sin diván. Los fundamentos de la práctica analítica en los dispositivos jurídico-asistenciales*. Buenos Aires: Paidós.

RICO, J. (2001). Evaluación del concepto de calidad. Recuperado de Http://www.elmedicointeractivo.com/ap1/emiold/publicaciones/trasplantes3/169-175.pdf

La función de la palabra en las redes sociales: una aproximación desde la teoría psicoanalítica

Ricardo Alfonso Paredes

La época contemporánea ha sido blanco de diversos cambios socioculturales provenientes del Otro; sin embargo, las formas como se ven en dichos cambios han sido también objeto de diversos cuestionamientos morales sobre lo que es correcto y lo que no lo es: comercio *online*, transacciones bancarias vía internet, bibliotecas virtuales, imágenes en tiempo "real" de lugares ubicados en el otro extremo del planeta y lo que para algunos resulta inadmisible: relaciones interpersonales por medio de las llamadas redes sociales virtuales (RSV). "Si alguna vez el hombre soñó con viajar a la velocidad del pensamiento, internet, es de seguro lo más parecido a la realización de ese sueño" (Gómez, 2010, p. 2). Este le ofrece al sujeto la posibilidad de actuar de forma interactiva con el mundo virtual por lo cual, en las redes sociales el papel que desempeña la palabra en sus diversas expresiones es determinante. Los sujetos involucrados en este tipo de relaciones, si bien no pueden estar en el acto, si lo están de forma virtual, "[...] aquello que existe en potencia pero no en acto" (Levy, 1999, p. 10), y su conexión es permitida, si y solo si, existe la palabra.

La palabra en la obra de Lacan puede concebirse como aquello que está al nivel de un significante. A diferencia de Saussure, para Lacan los significantes no solo son palabras; también pueden ser objetos, imágenes, síntomas e incluso relaciones, siempre que estén inscritas en el marco de lo simbólico. En este orden de ideas, lo simbólico es lo que el sujeto construye a partir de su relación

con el Otro, desde el estadio del espejo donde el sujeto goza de júbilo al ver el reflejo de su propia imagen y su sensación de completud, hasta el sentido que cada uno le da ante la emergencia de un significante.

Con base en lo anterior, esta investigación pretende abordar de una forma particular el desarrollo de la definición de la "palabra" en la obra de Lacan y la función que cumple en los usuarios de las redes sociales virtuales, particularmente *Facebook*. En este punto cabe aclarar que se ha tomado como punto de referencia *Facebook* dada su popularidad, su amplitud respecto a herramientas de interacción (visual, escrita y hablada) y la influencia sobre las relaciones sociales actuales. Posteriormente, se pretende una aproximación al papel que desempeña el Otro simbólico en su relación con el sujeto usuario de *Facebook*, mediante el uso de la palabra. Finalmente, se desea identificar la forma como la pantalla permite o perturba la puesta en escena de la palabra en el marco de la RSV *Facebook*.

Qué motiva este trabajo

La palabra no se remite exclusivamente a la inscripción de grafos sino también, y más importante, a la puesta en escena de significantes y construcciones propias desde la subjetividad de cada uno, como mencionaba Lacan: "[...] Ya se dé por agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis no tiene sino un médium: la palabra del paciente [...]" (Lacan, 1953, p. 237). Al respecto, Rabinovich (2005) agrega:

> *Lacan está señalando un hecho obvio: lo único que se intercambia en un análisis son palabras. Ya desde Freud, la palabra del paciente es el medio fundamental del psicoanálisis. No obstante, indicar que toda palabra llama a una respuesta supone algo diferente que lo desarrollado por Freud, en tanto agrega que no hay palabra sin respuesta, aunque esa respuesta sea el silencio* (p. 1).

Ahora bien, cuando se habla de que dicha respuesta puede incluir el silencio, implica que no solo es la escritura la que permite poner en escena la palabra; también se entiende que una imagen puede cumplir la función de la palabra. Con base en lo visual, sin haber visto en potencia al otro, se lo puede construir a partir de su palabra escrita o hablada.

> *Internet puede resultar [...] un fenomenal avance en las posibilidades de comunicación y encuentro social. Puede ser la oportunidad de un paso preliminar para concretar un vínculo amistoso o amoroso, o bien quedarse en el "placer preliminar" cual mecanismo perverso que reemplaza la meta sexual en la realidad, recusando,*

> *a menudo por temor a la propia insuficiencia y la del otro el enfrentamiento con el objeto* (Sahovaler, 2009, p. 31).

En este orden de ideas, dichos vínculos de amistad y aquella relación del sujeto con el Otro están mediados por la palabra.

El ámbito de las redes sociales virtuales se inscribe como un problema puesto que la sociedad debe enfrentarse a una serie de transformaciones complejas que reúnen factores socioculturales, económicos políticos y tecnológicos, en los que la dinámica funciona como si fuera un proceso de selección natural y está incluido quien se muestra. "Si queremos 'ser alguien' precisamos exhibir permanentemente aquello que supuestamente somos" (Sibilia, 2009, p. 3). Se promueve así en cierta medida la llamada espectacularización del yo. Si vamos más allá de la mera expresión escrita o hablada, la red social *Facebook* permite avatares de la palabra tal como lo es una imagen sin ningún signo, pero que su significado implica mucho más de lo que a simple vista se puede observar.

Por otra parte, es válido mencionar que un aspecto fundamental en el uso de una red social es la función que desempeña la pantalla, puesto que permite romper conceptos como el de distancia e incluso tiempo mediante la red, en lo que se conoce comúnmente como tiempo real. De igual forma, en las RSV un fenómeno particular tiene que ver con la imagen que se muestra a los demás mediante la pantalla, lo que anteriormente fue íntimo se ha vuelto en cierta medida extimo *(extimidad)*,[41] debido a la globalización de las "pantallas", [42] sin descuidar al mismo tiempo la función de velo que pueden llegar a cumplir estas, por lo cual ha crecido una constante sensación de existir permanentemente mediante una pantalla; existir en cuanto sea requerida la palabra del Otro, y existir en tanto un interés subjetivo mueve al sujeto a aparecer sobre la vida de ese Otro mediante la pantalla. Tal como lo narraba Orwell (1949) en *1984*, en la que muestra un Londres abrumado por la tecnología y las telepantallas que lo vigilan todo, a fin de sancionar los actos de la sociedad como permitidos o no. De igual forma, como la figura del Gran Hermano de Orwell que existe desde lo simbólico, cumple una función de norma y ley a un nivel de Dios, imponiendo lineamientos de comportamiento, palabra y pensamiento global a

41. Es un neologismo Lacaniano que apareció por primera vez en su seminario "La ética del psicoanálisis (1958)" y alude a lo que es lo mas interior (mas que lo intimo), sin dejar de ser exterior, no es opuesto de la intimidad pero se construye sobre este concepto.
42. Aludo a pantallas en plural, dado que en la actualidad no es solo es la del PC, sino también la del celular, la tableta, la webcam y las cámaras de seguridad, entre otros, los representantes de esa pantalla global.

una sociedad, y sancionando una imagen que busca ser socialmente aceptada. De allí que Paula Sibilia se cuestione:

> *¿Cómo interpretar estas novedades? ¿Acaso estamos sufriendo un brote de megalomanía consentida e incluso estimulada por todas partes? ¿O, por el contrario, nuestro planeta fue tomado por un aluvión repentino de extrema humildad, exenta de mayores ambiciones, una modesta reivindicación de todos nosotros y de cualquiera? ¿Qué implica este súbito enaltecimiento de lo pequeño y de lo ordinario, de lo cotidiano y de la gente común? No es fácil comprender hacia dónde apunta esta extraña coyuntura que, mediante una incitación permanente a la creatividad personal, la excentricidad y la búsqueda de diferencias, no cesa de producir copias descartables de lo mismo* (Sibilia, 2008, p. 12).

Por lo anterior surge la curiosidad por estudiar la función que cumple la palabra puesta en escena en la R.S.V *Facebook*, para los usuarios en su relación con el Otro. Por consiguiente, el presente trabajo pretender abordar el siguiente problema: ¿cuál es la función que cumple la RSV *Facebook* en la dinámica de los imaginarios yoicos de sus usuarios?

Para responder a esta pregunta es necesario afrontar los siguientes objetivos específicos: 1. abordar el concepto de palabra en psicoanálisis, teniendo como base la primera parte de la obra de Jacques Lacan; 2. examinar el rol del Otro, en su relación con el sujeto usuario de la red social *Facebook* y su interacción con él, mediante la palabra (escrita, hablada y visual); 3. describir la función que cumple la pantalla, en torno a la puesta en escena de la palabra dentro del marco de la red social *Facebook*.

La "palabra" en la primera parte de la obra de Lacan

> *[...] ya no se trata solo del humano, del erógeno. Una computadora también es un cuerpo*
>
> (Parsons, T., 1966, p. 27).

En la actualidad, el ser humano se ve inmerso en una serie de cambios de todo tipo en el cual la aparición de las redes sociales desempeña un papel muy importante a nivel social. Pues bien, los modos de los cuales se valen las personas para interactuar con sus pares hoy en día son diversos gracias a los crecientes avances tecnológicos propios de esta época. Una apreciación importante tiene que ver con lo que afirma la Ferrari (2010) en en el sentido de que a partir de su experiencia clínica, ante la afluencia cada vez mayor de pacientes perturbados por rompimientos de relaciones virtuales, entre otros temas asociados a la red, se

preguntó por una nueva forma de estructurar el síntoma neurótico, asumiendo la necesidad de escuchar el origen de dicho malestar sin afán de encontrar lo patológico como en el caso de los manuales psiquiátricos, sino más bien entender los avatares que sobre el lenguaje han emergido con las nuevas formas de comunicarse e invita a su vez a despertar un interés en los lectores, sobre la forma de interactuar entre los seres humanos a partir del surgimiento de las redes sociales. Lo anterior se articula de gran forma con lo dicho por Lacan en 1953 cundo se refirió al ejercicio del psicoanálisis: "Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época" (Lacan, 1953, p. 309).

En una sociedad consumista, crear un nuevo método de interacción entre personas es el "reto" de cada empresa dedicada a hacer aportes tecnológicos. Pero, ¿qué ocurre con las personas que día tras día se sumergen en esos nuevos modelos de interacción mediante la tecnología? ¿Cuál es el tipo de palabra que utilizan estas personas cuando usan la RSV *Facebook*? ¿Qué función cumple esa palabra? A menudo este tipo de interrogantes suelen ser extensos en su resolución, dado que depende del punto crítico con el que se intenten responder. En el caso de la presente investigación la respuesta va ligada a la teoría psicoanalítica, en especial al concepto de palabra que otorga en un primer momento Jacques Lacan quien afirma en el *Seminario 1*: "El intercambio simbólico es lo que vincula entre sí a los seres humanos, o sea la palabra, y en tanto tal permite identificar al sujeto" (Lacan, 1954, p. 215); basándose para dar esta definición en el campo antropológico.

La "palabra" en Lacan es uno de los conceptos que es transversal a lo largo de su construcción teórica. En Francés el término *parole* ha supuesto dificultades a la hora de traducirlo al inglés, puesto que no se tienen equivalencias a tal termino, por lo cual se plantean dos opciones según la situación: *speech,* que tiene que ver con el discurso, y *word,* que tiene que ver con la palabra como expresión. El concepto de palabra para Lacan fue influido por la obra de Saussure, quien propone una diferencia entre palabra y lengua, mientras que Lacan plantea la misma diferencia. Pero entre palabra y lenguaje. Esta oposición, tiene que ver con un planteamiento sobre el lenguaje como "[...] el paradigma único de todas las estructuras, [...] el lenguaje no es el signo sino el significante. [...] el lenguaje es entonces visto como estructurante de las leyes sociales del intercambio, como un pacto simbólico [...]" (Evans, 1998, p. 117).

Más adelante Lacan propone un análisis del concepto de palabra desde la metafísica, y es aquí que surgen dos elementos a tener en cuenta dentro del estudio de este campo: La palabra vacía (*parolevide*) y la palabra plena *(parolepleine)*.

La palabra plena o palabra verdadera, está del lado del deseo del sujeto y tiene que ver con la enunciación más que con el simple enunciado, Lacan dice al respecto: "La palabra plena, en efecto es definida por su identidad con aquello sobre lo que se habla" (Lacan, 1953, p. 366). La palabra plena es la que hace acto, tras ella el sujeto no vuelve a ser el mismo.

La palabra vacía tiene que ver con el enunciado. Es cuando "[…] el sujeto parece hablar en vano sobre alguien que [...] nunca puede volverse uno con la asunción de su deseo" (Lacan, 1953, p. 244). Mediante la palabra vacía es posible el llamado rodeo, carente de sentido y con la que es posible aislar el deseo propiamente dicho. Cabe destacar que la palabra vacía no tiene que ver con la mentira, "[…] pues la mentira suele revelar la verdad sobre el deseo de modo mucha más completo que muchos enunciados sinceros" (Evans, 1998, p. 147). Hay que manejar con prudencia estos dos conceptos, puesto que así como la palabra vacía no es igual a la mentira, la palabra plena no es equivalente a la verdad. Para Lacan decir toda la verdad, es materialmente imposible. Lo que se debe resaltar de la palabra plena es el momento particular en el que surge el deseo, puesto que la palabra es la cual permite acceder a la verdad y en la teoría psicoanalítica el planteamiento tiene que ver con un tipo específico de palabra que conduce a dicha verdad y que se conoce como asociación libre.

Mencionar lo anterior no tendría efecto si no se revisa también un elemento concluyente sobre la respuesta. En el análisis no existe más que la palabra como *medium*; no obstante, esa palabra está investida por una demanda de respuesta por parte del sujeto que la pone en escena. En *Facebook*, implica que mencionar mediante imágenes, texto o sonido, determinado contenido; lleva consigo un deseo de recibir respuesta por parte de aquel Otro que se encuentra en el campo de lo simbólico (sobre lo cual se profundizará más adelante), y se sirve de dicha respuesta para la constitución de su propio yo. Lacan se refirió al tema al afirmar lo siguiente:

> *Ya se dé por agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis no tiene sino un medium: la palabra del paciente, La evidencia del hecho no excusa que se le desatienda. Ahora bien, toda palabra llama a una respuesta. Mostraremos que no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente, y que éste es el meollo de su función en el análisis (Lacan, 1953, p. 237).*

De acuerdo con lo anterior, podría decirse que el concepto de palabra en Lacan, pese a ser uno de sus más importantes argumentos teóricos, se pueden resaltar aspectos sobresalientes de dicho estudio como lo es la diferencia entre palabra

plena y palabra vacía, visión antropológica y metafísica de la palabra según Lacan, y una definición de palabra que la inscribe en el marco del intercambio simbólico. En este caso tiene que ver con expresiones escritas, visuales o habladas, mediante las cuales los sujetos logran establecer un lazo de comunicación y se sirven del devenir de demandas y respuestas llamadas palabra.

> *Así como el niño jubiloso frente al espejo quiere liberarse de aquel ser "molesto" que lo sostiene frente a su marco, el usuario puede llegar a desconocer y recusar el entorno real que lo sostiene, del cual depende y que está esperando una respuesta de él* (Sahovaler, 2009, p. 83).

Ello permite inferir que la palabra en *Facebook* tiene una asociación directa con lo simbólico ubicando en un lugar especial al gran Otro, ese que se encuentra detrás de la pantalla y promete al usuario brindarle la respuesta esperada, tal como lo ilustra de gran forma,el director Spike Jonze en su película *HER* (2013), en la cual el protagonista vive inmerso en una relación con su computadora cuyo sistema operativo le permite incluso comprender sus emociones. Su vida social se reduce a dicha relación y todo empieza a girar en torno a ese importante elemento en el que, si bien el sistema operativo no tiene un cuerpo, el protagonista lo crea a partir de lo simbólico y refleja de forma clara la posición del usuario de *Facebook*.

El rol del otro en *Facebook*

Un aspecto fundamental que entra en esta discusión es el papel del Otro simbólico en su relación con el usuario de la red social *Facebook* mediante la palabra. Ahora bien, habiendo revisado generalidades del concepto de "palabra" en la obra de Lacan y cómo esta desempeña una determinada función que permite la interacción; pero también que posibilite la constitución de un Yo espectacular, es oportuno revisar cómo la palabra en cuanto respuesta proveniente del Otro, desempeña un papel fundamental en la relación con el sujeto.

En una entrevista a la Paula Sibilia en el 2009 por la revista *Virtualia* se mencionan aspectos de suma importancia respecto al tema. Una de las puntualizaciones que más se destacan en este ámbito tiene que ver con la función de las redes sociales, y por ende de ese gran Otro simbólico, en el marco de la construcción de la subjetividad, una que por cierto según Sibilia, hoy en día esta enfatizada en lo espectacular. Lo que promueven las RSV es en cierta medida espectaculizar la personalidad, volver del yo un espectáculo, aquel constituido por el Otro y por esa pantalla cuya función especular le permite al sujeto constituir el mencionado yo, lo cual implica, a su vez, una relación directa entre lo especular y lo espec-

tacular, en la medida de que el yo es Otro[43] y debido a las vivencias actuales en el contexto de *Facebook*, ese otro contiene lo espectacular. Lo anterior se debe a las transformaciones que se han venido suscitando en el modo de concebir las relaciones sociales, donde es necesario mostrarse para ser alguien. Para Sibilia, nuestro actual modelo de vida funciona en torno al deseo de estar a la vista de los otros, aunque sea para confirmar que estamos vivos, sin descuidar el vacío y la soledad que suele acompañar este tipo de concepción. Incluso escritores y autoridades a nivel de la literatura desde su perspectiva critican al uso distorsionado de la palabra en relación con la gramática; tal es el caso del nobel peruano Mario Vargas Llosa quien comenta al respecto:

> *Algo de la inmaterialidad del libro electrónico se contagiara a su contenido, como le ocurre a esa literatura desmañada, sin orden ni sintaxis, hecha de apócopes y jerga, a veces indescifrable, que domina en el mundo de los blogs, el twitter, el Facebook y demás sistemas de comunicación a través de la red, como si sus autores, al usar para expresarse ese simulacro que es el orden digital, se sintieran liberados de toda exigencia formal y autorizados a atropellar la gramática.[...] La televisión es hasta ahora la mejor demostración de que la pantalla banaliza los contenidos [...] y tiende a convertir todo lo que pasa por ella en espectáculo [...]* (Vargas, 2012, p. 45).

El Otro, representado en los diversos contactos de un sujeto en su perfil de *Facebook*, tiene un efecto de sanción y puntualización sobre el yo de dicho sujeto en el sentido de que en forma cuantitativa se puede medir en esta red social el nivel de aceptación.

> *La angustiosa sensación de insignificancia se ve contrarrestada por la gran cantidad de contactos, por la posibilidad de que millones de ojos vean las fotos personales en Facebook o estén al tanto de lo que el sujeto siente o hace "en ese momento [...]* (Sahovaler, 2009, p. 39).

Una determinada publicación (palabra), puede servir para medir la posición social del sujeto y a su vez invitarlo a cuestionarse sobre su propio yo, un yo socialmente aceptado, un yo socialmente rechazado o simplemente un yo ignorado por el gran Otro, lo cual podría desencadenar perturbaciones de carácter emocional en él, como es común en la actualidad. "Si la constitución del yo se encuentra vacilante, mayor podrá ser la tendencia a atribuir carácter de realidad a la satisfacción hallada en la realidad virtual de la pantalla a despecho de una realidad externa que le resulta displacentera" (Sahovaler, 2009, p. 37).

Debido a lo anterior, podría mencionarse que el punto del que se parte en el segundo objetivo de la presente investigación, es determinar hasta qué nivel el

43. Se retoma la frase de Arthur Rimbaud en 1871.

gran Otro simbólico desempeña este papel sancionador y cómo se desarrolla en una relación establecida bajo los parámetros de la red social virtual *Facebook*.

El tiempo real a partir de los avances tecnológicos es caracterizado "[…] por el movimiento y el intercambio sin necesidad del desplazamiento en el espacio físico, pues se soporta en una nueva forma de espacio, a saber, el ciberespacio" (Gómez, 2010, p. 2). Se anula la noción de tiempo mediante este concepto, puesto que en tan solo segundos la información puede recorrer el mundo entero. Por si esto fuera poco, los avances tecnológicos fueron más allá e incorporaron las cámaras web (que funcionan como los ojos del otro) y los micrófonos que hacen las veces de recepcionar la voz del sujeto para ser llevada a otro lugar del planeta, permitiendo así que los sujetos interactúen ahora "[…] cara a cara, mediadas, claro está, por la pantalla" (Gómez, 2010, p. 2).

Gómez (2010) retoma los conceptos de intimidad y soledad a partir de un recorrido por la Edad Media –época en la cual eran atípicas e incluso tachables las personas que se conducían así por el alto contenido grupal de las relaciones humanas, donde la vida transcurría ante la mirada pública– hasta llegar a la subjetividad humana contemporánea, esa que propone instantes y elementos propios de la intimidad y la soledad. Pero a esto no se llegó por casualidad; fue un proceso de transformación que permitió que la sociedad modificara su forma de relacionarse a sus semejantes respecto al concepto de intimidad. El hogar fue un pilar que posibilito dicha transformación, puesto que se convierte en "[...] un refugio donde el yo se sentía resguardado, donde estaba permitido ser uno mismo" (Sibilia, 2008, p. 74) y convierte la soledad en un objeto de deseo para los sujetos, quienes se iniciaron con procesos tales como la lectura de novelas y la elaboración de diarios como medio para construir su propia subjetividad.

La intimidad de hoy no debe confundirse con la privacidad que la acompañó en épocas pasadas. Hoy en día la intimidad y la privacidad ya no van de la mano, puesto que es íntimo gran parte de lo que se publica en las RSV, y esto da cuenta de que lo que se persigue surge desde las nuevas formas de construir el yo. Pues bien, en contraste a dicha época, hoy en día aparece el "[…] diario extimo, según un juego de palabras que busca dar cuenta de las paradojas de esta novedad, que consiste en exponer la propia intimidad en las vitrinas globales de la red" (Sibilia, 2008, p. 16). Hoy en día el perfil:

> *[...] se constituye en el habitáculo o lugar de residencia del usuario en el ciberespacio. Lo que allí se presenta puede entenderse como una construcción a partir de fotografías, información y pequeños relatos, de la imagen que cada quien desea presentar ante los otros; podríamos decir que se trata de crear una pequeña ficción*

> *de la intimidad que se presenta ante los ojos del Otro, lo cual daría cuenta de cómo en esta era el aforismo lacaniano "el deseo es deseo del otro", se manifiesta en el retorno a la vida psíquica en la que se expone, a través de la pantalla global una nueva intimidad, una extimidad (Gómez, 2010, p. 4).*

Lo anterior tiene efectos sobre la sociedad, dado que de esta forma el sujeto puede estar muy ocupado dentro de su soledad. Puede estar inmerso en diálogos con otros, sin siquiera conocer su rostro, sus expresiones o su lugar de origen. Pueden tener muchos amigos tan solo con aceptar su invitación para serlo, obviando incluso las palabras mínimas requeridas para establecer tal relación, ya que la misma red se encarga de ello.

> *Esto se debe a la ilusión de que en ese ciberespacio siempre hay Otro, en apariencia continuo, pues, sin importar la hora, se puede acceder al Facebook [...] e interactuar con los perfiles de otros usuarios, lo que no siempre significa interactuar con otros usuarios, pues se trata, sobre todo, de observar las imágenes y los pequeños relatos que quedan como imagen eternizada de esos otros* (Gómez, 2010, p. 4).

En este orden de ideas se puede elucidar en cierto modo la ruta que recorren las redes sociales, puesto que de acuerdo con la lectura del texto de Gómez, las relaciones sociales establecidas mediante las RSV tienen que ver con una ilusión, esa de la cual Freud diría:

> *Lo característico de la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos; en este aspecto se aproxima a la idea delirante de la psiquiatría, si bien tampoco se identifica con ella, aun sin prescindimos del complejo edificio de la idea delirante. Destacamos como lo esencial en esta ultima su contradicción con la realidad efectiva; en cambio, la ilusión no necesariamente es falsa, vale decir irrealizable o contradictoria con la realidad* (Freud, 1927, p. 31).

Esa ilusión que a partir de lo que nos adelantaba un visionario Freud, podemos hacer evidente en el deseo de comprobar la existencia propia por parte de los sujetos, mediante la respuesta del Otro inmerso en las redes sociales como *Facebook*, obteniendo así no cualquier respuesta, sino una que tenga la facultad de contribuir a la reflexión subjetiva de la persona y su posición frente al entorno, una respuesta que determine su nivel de inclusión frente a la sociedad.

> *[...] el usuario de los avances tecnológicos puede convertirse el mismo en protagonista de aventuras guerreras, pasionales o científicas al modo de aquellas novelas que proponen: "construye tu propia aventura" [...] La realidad virtual parece una puerta maravillosa que al abrirse ofrece la realización inmediata de deseos* (Sahovaler, 2009, p.34).

Qué función desempeña la pantalla

En la época que vivimos solo existe lo que se ve. Quien no está a la luz de una modesta *webcam* casera y la usa para exponer su personalidad mediante la pantalla global, no es tenida en cuenta por el otro a nivel social. El valor del concepto belleza interior se ha reemplazado por las imágenes que se muestran a diario, queriendo así siempre decir algo sobre un yo ideal constituido con base en los cánones sociales actuales fundamentados en la virtualidad.

Una de las razones que motivó el presente trabajo investigativo es una experiencia clínica particular en la cual se observó un fenómeno interesante en adolescentes que asistían a consulta por diversos motivos. Muchos de estos chicos mantenían durante la sesión una postura perturbada e incómoda que les impedía hablar con espontaneidad y en muy pocas ocasiones lograron mencionar palabra alguna relacionada a su experiencia de vida o el motivo de su visita al terapeuta. Sin embargo, cuando finalizaba la sesión se les hacía énfasis en que podían expresar libremente lo que desearan mediante *e-mail*, con el cual iban a estar en contacto con su psicólogo. La particularidad del caso surgió cuando en dicho correo los mismos adolescentes callados durante sesión, habían escrito un sinfín de ideas y expresaban sus dificultades, aciertos, perturbaciones y demás de la manera más espontanea, incluidos los conocidos emoticonos, que de alguna manera reflejaban su expresión facial al momento de escribir determinada idea y a su vez le daban un toque de espectacularidad a su relato.

> *[…] La consulta, a veces compulsiva de mensajes en las pantallas […] pone en evidencia la necesidad de ver para verse […]. Las vivencias en la web […] dejan marca pero no siempre terminan por generar historia. […] los mensajes virtuales son capaces de crear fuertes efectos de significación […]* (Sahovaler, 2009, p. 35).

De acuerdo con lo anterior, se pueden inferir varios aspectos, entre los que se destacan los siguientes:

1. Los cambios en las formas de interacción social actuales invitan a una reflexión desde todos los campos, incluido el terapéutico, sobre la forma como el sujeto establece su relación con el otro.

2. En el ejemplo anterior, el espacio terapéutico desempeñó un papel perturbador ante la espontaneidad de expresión de los adolescentes. Sin embargo, la pantalla posibilitó la transferencia entre el terapeuta y sus pacientes y se incluían elementos como el estilo "espectacular" con el que el adolescente quería que lean su relato.

Lo anterior forma parte de las formas actuales de expresar mediante palabras la propia subjetividad, y esto a su vez se inscribe en el campo del lenguaje, aquel que para Foucault

> *[...] no es un conjunto de signos independientes, uniforme y liso en el que las cosas vendrían a reflejarse como en un espejo a fin de enunciar, una a una, su verdad singular. Es más bien una cosa opaca, misteriosa, cerrada sobre sí misma, masa fragmentada y enigmática punto por punto, que se mezcla aquí o allá con las figuras del mundo y se enreda en ellas: tanto y tan bien que, todas juntas, forman una red de marcas en la que cada una puede desempeñar, y desempeña en efecto, en relación con todas las demás, el papel de contenido o de signo, de secreto o de indicio* (Foucault, 1966, p. 42).

Lo que pretende Foucault con esta descripción del lenguaje tiene que ver con lo que actualmente se refleja, puesto que la complejidad del lenguaje y su expresión no puede reducirse a tan solo palabras. Si bien se sirve de las palabras, no exclusivamente se pone en escena en una relación en espacio y tiempo real, sino con la inclusión de la virtualidad como el espacio predilecto y la pantalla como prótesis de aquel Otro con el cual se establece la relación. De ahí el gran auge y expansión de la pantalla global hoy en día reflejada en computadores, dispositivos móviles, y automóbiles que incluyen la pantalla como herramienta de comunicación y "conexión" con el mundo externo.

> *Tal vez sea abusivo pensar que la magia está en las imágenes de la pantalla, es el deseo propio proyectado en las imágenes lo que les da significación y las convierte en otro que nos contempla. La mirada del sujeto busca siempre otra mirada en la que pueda reconocerse para la confirmación de una identidad invariablemente huidiza y que le asegure que resulta significativo, que resulta amado* (Sahovaler, 2009, p. 35).

Es muy importante tener en cuenta que según lo anterior, la pantalla juega un papel especular, que permite al sujeto ver, pero a su vez verse reflejado en esa imagen del Otro.

> *En una sociedad tan espectacularizada como la nuestra, la imagen que proyecta el "yo" es el capital más valioso que posee cada sujeto. Pero es preciso tener la habilidad necesaria para administrar ese tesoro, como si fuera una marca capaz de destacarse en el competitivo mercado actual de las apariencias* (Sibilia, 2009, p. 5).

Se enmarca el asunto de las redes sociales en el consumismo actual, que influye a nivel de la forma como los sujetos perciben el entorno y los mensajes que reciben de espectacularización del yo. Actualmente se identifican aspectos relacionados a la forma como los medios de comunicación masivos han producido

cambios sociales en la población y la llevan a una virtualidad social en la cual lo importante es mostrar el mejor yo, el que más guste, o en otros términos, el que más venda.

Lipovetsky y Serroy (2009) afirman respecto de la transformación social que se ha venido gestando: "En menos de medio siglo hemos pasado de la pantalla espectáculo a la pantalla comunicación, de la unipantalla a la omnipantalla" (p. 10). Esto no se refiere a otra cosa distinta que al cambio de dicha posición pasiva que el sujeto tenía anteriormente frente a la televisión y que ahora es activa gracias a la diversidad de pantallas existentes en nuestros días (PC, tabletas, *Iphone*, móviles, etc.), diversidad que a su vez se ha llevado consigo el concepto de intimidad y ha incluido una sensación cuasi paranoide de ser observados siempre, por lo cual las expresiones de los sujetos giran en torno a la pantalla global, al espectáculo que produce ser observado durante un viaje, un concierto o simplemente un día común, sin perder ese tinte especular que le permite al sujeto verse a través de los ojos del otro, de los ojos de la pantalla, de los ojos del gran Otro perteneciente al campo de lo simbólico, cuestionando así de forma continua su propio yo y modificándolo en función de esas pantallas que en cuanto ojos y espejo dan cuenta de dos interrogantes existenciales: "¿cómo soy?" y "¿cómo quiero ser?".

Es importante citar en este punto una investigación hecha en Argentina por Alfredo Dillon en el 2013. Dicho trabajo pretendía abordar la percepción de los adolescentes en torno a las redes sociales virtuales y su interacción con el Otro mediante estas. Uno de los hallazgos importantes tiene que ver con que los jóvenes no ven perturbada su interacción cara a cara con otros por el hecho de estar inmerso en una RSV; es decir, la imagen de que los jóvenes que más usan las redes sociales son aquellos con mayores dificultades de socializar por otros medios. En la población estudiada se observa que los vínculos establecidos mediante estas redes no pueden tildarse de simples o sencillos por el hecho de ser virtuales, puesto que en esa población existen relaciones muy sólidas gestadas en una RSV, por lo cual los adolescentes no las conciben como superficiales y frente a lo cual se consolida la idea de transformación social más que deformación social. En oposición a la investigación de Dillon, Bauman, alude a una "[...] fragilidad de los vínculos humanos, el sentimiento que esa fragilidad inspira y los deseos conflictivos que ese sentimiento despierta, provocando el impulso de estrechar los lazos, pero manteniéndolos al mismo tiempo flojos para poder desanudarlos" (Bauman, 2005, p. 1). En este orden de ideas, los vínculos pueden ser tan importantes para la vida del sujeto que en la misma web circulan frases, escritos y poemas como el siguiente –citado por Sahovaler en uno de

sus textos– que ejemplifica la mirada de los usuarios de estas redes frente a su relación con el Otro mediante la pantalla:

> *Los amigos de internet, ¿qué son?, seres que no se ven pero que dan amor los que tapan los agujeros de la soledad o el desamor.*
>
> *Los que ayudan a distancia, los que nos dan su cariño a través del monitor los que nunca esperan nada, solo que les permitas entrar en tu buzón.*
>
> *Los amigos de internet no son ficción ni mudez, son amigos que descubren nuestra propia desnudez.*
>
> *[...] a través de esta pantalla se puede llegar a querer, desde adentro con el alma sin necesidad de ver (webshots)* (Sahovaler, 2009, p. 31).

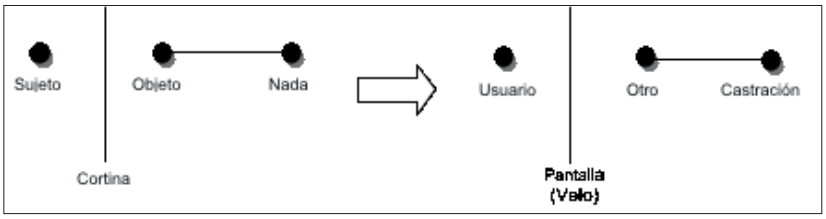
La búsqueda de reconocimiento social por parte de los usuarios de *Facebook* se halla muy ligada a lo que se encuentra más allá de la pantalla, lo que le hace falta, lo encuentra detrás de la pantalla. Pero la misma pantalla es el velo en el cual dibuja aquello que desea y esto se encuentra solo simbólicamente. Lo mencionó Lacan en el *Seminario IV* cuando hace referencia a la función del velo: "Al estar presente la cortina, lo que se encuentra más allá como falta tiende a realizarse como imagen. Sobre el velo se dibuja la imagen [...]" (Lacan, 1957, p. 157). Sobre la pantalla en tanto velo, se escribe, se imagina lo que está detrás de acuerdo a su propio fantasma. En el velo es "[...] donde el hombre encarna, hace un ídolo, de su sentimiento de esa nada que hay más allá del objeto del amor" (Lacan, 1957, p. 157).

El velo del que Lacan habla tiene una fuerte relación con el concepto de fantasía freudiano y fantasma lacaniano. El fantasma para Lacan, al igual que el velo es necesario como elaboración simbólica del sujeto, puesto que le permite entre otras cosas, defenderlo del enfrentamiento con su castración. Lacan propone algo más sobre el tema y en el *Seminario IV*:

[…] compara la escena fantasmatizada con la imagen detenida sobre una pantalla cinematográfica; así como es posible detener la película en un cierto punto para evitar una escena traumática que viene a continuación, también la escena fantasmatizada es una defensa que vela la castración (Evans, 1998, p. 90).

De este modo se pueden observar las dos funciones que cumple la pantalla en las redes sociales, puesto que además de posibilitar una interacción del sujeto con el Otro, también vela la castración, tal como se ilustra en las siguientes figuras en las cuales se hace una comparación entre el esquema del velo planteado por

Lacan y otro paralelo resultante de esta investigación que muestra la posición del usuario frente al Otro con una pantalla en el medio haciendo las veces de velo:



Esquema del velo La pantalla como velo

Fuente Lacan 1957

Haciendo uso del esquema lacaniano, se podría generar la siguiente lectura: la pantalla en las redes sociales cumple la función de aquel velo que protege en cierta medida al usuario, de enfrentarse al Otro relacionado con su propia castración… con su real.

Conclusiones

"Ser psicoanalista es, sencillamente, abrir los ojos ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana" (Lacan, 1956, p. 120). La función de la palabra en la red social *Facebook*, tiene una relación directa con la búsqueda de una respuesta por parte del sujeto, demandando algo del Otro. La palabra en cuanto demanda de respuesta también puede ser concebida como un objeto que se entrega, a la vez que busca un intercambio, puesto que al recibir no solo se recibe otro objeto sino uno que le permite al sujeto cuestionar su posición subjetiva frente al entorno. Es aquello lo que debe interesar, la relación del sujeto no con el dispositivo mediante el cual se comunica, sino con el objeto (palabra) que pone en escena y la demanda detrás de ello. No ha existido época en la cual los sujetos se vean tan interesados por comunicar-se con otros, como la época posterior al surgimiento de las redes sociales virtuales.

La palabra permite al sujeto la interacción con el otro en cuanto intercambio simbólico. Sin embargo, en el marco de la red social *Facebook* la palabra también permite constituir al sujeto un yo, que en la actualidad se relaciona con el espectáculo, es decir un yo espectacularizado que busca ser visto por el Otro,y a su vez agradarle socialmente. Es aquella necesidad de comunicación lo que implica un gusto por mirar y ser mirado.

La función del Otro en este sentido es la de sancionar aquella subjetividad del usuario, lo cual le permite bajo sanción cuestionarse sobre su ser y su propio deseo. A través de esta dialéctica entre el sujeto y el Otro, se va respondiendo ilusoriamente la problemática del deseo, porque el sujeto es ante todo un sujeto dividido que padece de una falta en ser.

La pantalla presenta en las redes sociales dos funciones fundamentales: posibilitar esa interacción entre el sujeto y el Otro a través de la palabra y velar la castración del sujeto tal como la cortina mencionada por Lacan necesaria para elaborar simbólicamente y que le permite al sujeto defenderse de la castración. La pantalla es uno de los medios por los cuales el sujeto escribe su propio fantasma.

De este modo, con base en el psicoanálisis de orientación lacaniana se puede concluir que la palabra es entregada al Otro en búsqueda de una respuesta. Esta respuesta le otorga al sujeto herramientas que le permiten construir su propio yo, uno que Sibilia define como espectacularizado. Las RSV tienden, entonces, a lo espectacular y en ellas se pone en escena la palabra como medio y recurso para demandar una respuesta mediante una pantalla que se presenta como el lienzo sobre el cual se pinta la subjetividad humana y a su vez como el velo frente a la castración.

Bibliografía

BAUMAN. Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica

DILLÓN, A. (2013). *Los vínculos y la conversación: miradas de adolescentes Argentinos sobre Facebook*. Universidad Católica de Argentina. Buenos Aires-Argentina. Recuperado de: www.redalyc.org

EVANS, D. (2007[1998]). *Diccionario Introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

FERRARI, R. (2010). *Redes sociales y psicoanálisis*. Recuperado de: http://rferrari.wordpress.com/2010/03/23/redes-sociales-psicoanalisis/

FOUCAULT. M. (1966 [1968]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

FREUD, S. (1927 [1979]). *El porvenir de una ilusión*. Obras completas, vol XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

GÓMEZ, J.J. (2010). *Pantalla global, redes virtuales y subjetividad: reflexiones para un tema de estudio*. Recuperado de: *Poiésis. Revista electrónica de Psicología Social*.

LACAN, J. (1953). "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". En: *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1953). "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud". En: *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1954). "Ideal del yo y el yo ideal". En: *Seminario I*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1956). "El fenómeno psicótico y su mecanismo". En: *Seminario III*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1957). "La función del velo". En: *Seminario IV*. Buenos Aires: Paidós.

LEVY. P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Buenos Aires: Paidós.

LIPOVETSKY, G; y SERROY, J. (2009). *La pantalla global: cultura mediática y cine en la era hipermoderna.* Barcelona: Anagrama.

ORWELL. G. (2003 [1949]). *1984*. Madrid: Ediciones Escolares La Escuela Nueva y Alinorma.

PARSONS. T. (1966). *La sociedad*. México: Editorial Trillas.

RABINOVICH, D. (2005). *Lectura de función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*. Ficha de cátedra: Psicoanálisis Escuela Francesa, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

SAHOVALER. D. (2009). *El sujeto escondido en la realidad virtual: de la represión del deseo a la pornografía del goce*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva.

SIBILIA. P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____. (2009). "Sociedad del espectáculo: solo existe lo que se ve". Entrevista concedida a la revista *Virtualia* No 19.

VARGAS, M. (2012.) *La civilización del espectáculo*. Madrid: Santillana. Ediciones Generales.

Parte II

apuestas clínicas

¿Existe un concepto pertinente de la toxicomanía?

Gerard Pommier

(Traducción de Javier Navarro)

Evolución histórica de la toxicomanía y nacimiento de su concepto

Desde hace menos de un siglo, sociólogos, psiquiatras y legisladores han considerado a los consumidores regulares de drogas sometidos a una adicción como una categoría en sí misma. Para aclararlo, se puede fechar su aparición con las primeras leyes que proponían la lista de las drogas prohibidas y las penas dadas contra los usuarios y sus proveedores. Antes de esta fecha y desde la noche de los tiempos y en todas las culturas, la droga formaba parte de la vida social. Luego, se instauró una línea de demarcación entre las drogas legales y drogas ilegales, estas últimas con tendencia a crecer, puesto que el alcohol y el tabaco se encaminan hacia reglamentaciones cada vez más estrictas. La droga ilegal es la del otro dios, la de la otra cultura; aquella que se valora por haber seguir siendo (más) humana. Lo mismo sucede con la toma de haschich, opio, champiñones alucinógenos, siempre contaminada de misticismo latente. Las nuevas drogas legales –sedantes, somníferos, etc.– toman, en cambio, una extraordinaria extensión, aunque también se abuse de ellas y se caiga en una adicción que no confiesa su nombre.

Esta breve evocación de una evolución en curso no define un concepto de toxicomanía desde el punto de vista psiquiátrico ni psicoanalítico. A lo mejor no se trata de una categoría sociológica sino policial que faculta para criminalizar las capas de la población dedicadas a las drogas ilegales. Fuera de este contexto, el término "toxicomanía" tiene tanto menos sentido cuanto que es vano identificar a un sujeto con su síntoma. Cuando se dice: "alcohólico", "insomne", "enurético", etc., si su meta es solamente calmar la angustia, el recurso a las drogas tiene que ver tanto con la psicosis y la neurosis como con la perversión. Y nada justifica un concepto particular para designar no una enfermedad, sino un tratamiento. La angustia de los hombres los ha llevado siempre a drogarse y por tanto no se debería considerar a la "toxicomanía" más que como una facilidad de vocabulario adaptada a las particularidades de la sociedad actual, lista a ocultar lo que la trastorna gracias a la medicina y a la psicología. Solo la existencia de centros de cuidados especializados le da alguna pertinencia.

Sin embargo, la crítica de esta categoría de "toxicomanía" en apariencia superficial, descubre problemas nuevos que, de retorno, la fundan. Observemos mejor las condiciones de su aparición. El *Pharmakon* da testimonio, sin duda, del malestar universal de las civilizaciones; sin embargo, hasta hace poco estaba integrado en el tejido social-religioso. Tenía como función adormecer la conciencia; es decir, lo que correspondía con las representaciones religiosas de la sociedad concernida. Este papel sagrado legitimaba la droga y tenía, asimismo, una función terapéutica, a saber, calmar la angustia provocada por el deseo. En nuestra cultura, el vino ("sangre de Cristo") participa del misterio de la misa y en ese sentido el alcohol es la droga legítima de la cristiandad. En otras civilizaciones, los servidores del culto se comunican con los misterios sagrados utilizando otras drogas y los chamanes se ponían a disposición de los "espíritus auxiliares" gracias a diversas clases de alucinógenos. Confiados en la familiaridad así adquirida con el inconsciente –conocimiento mediatizado por los mitos de su cultura– se proponían exorcizar a aquellos que ese mismo inconsciente hacía sufrir. Como consecuencia de estas prácticas sagradas, las drogas adquirían la reputación de aliviar de los espíritus malignos.

En el mismo sentido, los medicamentos psicotrópicos no rompen con las costumbres pasadas: más allá de su acción sobre el sistema nervioso, una parte de su eficacia depende de la creencia en esa nueva religión que es la ciencia. Tienen solamente el inconveniente de ocultar su propia condición de efectuación al creer que la causa del sufrimiento es orgánica, cuando realmente es psíquica en la inmensa mayoría de los casos. De ese modo, al no poderse verbalizar, el sufrimiento psíquico se prorroga y la intoxicación medicamentosa es renovada.

Entonces, la legitimidad de un *Pharmakon* ha sido siempre relativa a su integración en la esfera sagrada de una cultura y se comienza a sospechar que los psicotrópicos tradicionales perdieron su credibilidad a medida que las creencias religiosas declinaron. Esta marginalización de los ideales se produce en la medida en que el ideal hegemónico de nuestra sociedad brilla por la ausencia declarada de ideal. Pues la "mercancía" o el "mercado" son lo contrario de un ideal. No porque el ideal sea forzosamente "espiritual", sino porque, cualquiera que sea, se realiza gracias a los hombres que lo acreditan en común (la justicia, la fraternidad, la libertad, por ejemplo), y no por la adquisición de bienes (lo que no es otra cosa que su consecuencia eventual). Sus consecuencias no son solo las sufridas por los marginales y los necesitados del mundo del trabajo. Golpean también, de rebote, a los otros, incluidos los bien provistos: tampoco ellos pueden creer en un futuro feliz. Una hendidura interior divide a todos, lo que a este respecto, constituye una violencia más grande que la sufrida por los hombres de la Edad Media, que vivían –al menos– en comunidad de creencias con sus opresores. Al contrario, el cuerpo se deshace al mismo tiempo que el cuerpo social cuando pierde toda perspectiva idealizada de su historia.

Entonces, nuevas máquinas de soñar consideradas capaces de proponer ideales más consistentes se buscaron en otras partes, en otras culturas. Como prueba se tomará el camino al que recurrieron las nuevas drogas antes de popularizarse en nuestra civilización. Esta vía fue ante todo literaria, iniciada en Inglaterra por las *Confesiones de un comedor de opio*, de Thomas de Quincey, seguido de un número creciente de ensayos de Baudelaire, Balzac, Gautier o Nerval.[44] La moda hizo el resto, ante todo en los círculos de escritores, en los que psiquiatras como Moreau de Tour no estuvieron ausentes. De este modo, la droga ha funcionado de manera completamente inocente y completamente legal, como un medio de acceso a mundos nuevos en un universo muy conocido. Ante todo, hizo soñar, menos a título de su efecto químico que como objeto literario. Muchas novelas populares tomaron en seguida como tema la degradación deliciosa engendrada por el "Hada morfina". El lector, primero, se habrá emborrachado por esta literatura antes de haber tragado un solo grano de láudano.

Toxicomanía a falta de ideales

Esta ruptura –bastante reciente– en el tejido tradicional de las creencias, obliga a pensar un problema nuevo que surge del cuadro de la sociología en el cual la

44. Cf. Lo imaginario de las drogas, de Max Milner, Gallimard, capítulo De Thomas de Quincey a Henri Michaud.

"toxicomanía" parecía confinarse. Pues la introducción de nuevas drogas atestigua la marginalización de los ideales del yo, tan importantes para el psiquismo. Su pérdida de influencia va a apremiar para que cada sujeto se construya ideales propios. Si no lo hace, privado del seguro que le concede la fraternidad de masa, deberá afrontar una angustia que no conocía en los buenos viejos tiempos en los que los cielos estaban sobrepoblados. ¿Cuál era el mensaje de estos habitantes de los cielos? Ante todo, figuraban bajo una forma invertida las invariantes de su propio inconsciente y su subjetividad se encontraba así restablecida. Su destino le caía desde arriba y en consecuencia, los dioses enunciaban las reglas y las prohibiciones de un goce bien ordenado.

Se ve, entonces, en qué sentido la marginalización de los ideales resonaba: esta descubre la dificultad de los hombres y de las mujeres para encontrarse. Revela también la desnudez del sexo y la angustia del ser humano que tiene que vérselas con un erotismo cuyas condiciones de efectuación son exteriores a su cuerpo. De tal forma que el *Pharmakon* cambia de sentido. Abandona la esfera divina y se seculariza. De ahora en adelante se consagra a las dificultades del encuentro con el prójimo, a aquello que la sexualidad recubre con nada, vuelto condición de goce. El deseo tiene como estipulación el vacío que aspira a llenar y los rituales del ideal que lo cercan no tienen ya eficacia. Es difícil soportar esta proximidad del vacío, pero la mayor parte de los protagonistas de nuestra sociedad lo logran, pues la dura verdad de esa relación no representa menos su liberación. Pero este afrontamiento no se lleva a cabo sin vino, sin tabaco, sin café, sin tranquilizantes, sin esos expedientes nocturnos de la angustia contemporánea. Como contrapartida por cesar el combate de los ideales de masa, hay que pagar el precio de una libertad nueva que crea esta angustia ligera e hipomaníaca fácilmente consumidora de euforizantes, propicios a su errancia noctámbula. En las iglesias y los ejércitos, donde se sabe qué hay que pensar, se prohíbe fumar.

Otros, en cambio no lo soportan, sobre todo cuando son confrontados no solo con la suerte común de una marginalización del ideal, sino, aún más, cuando la imagen misma de su cuerpo, su presencia en el mundo, es de nuevo puesta en cuestión al punto de flotar. ¿Cómo puede ser eso? La falta de amor de la que cada cual ha sufrido algún día, experimenta lo que quiere decir "flotar", cuando el suelo mismo huye bajo los pies, que sin embargo, entonces, parecen de plomo. La falta de amor, la falta de lo que lastra la presencia: mucho más que el enamoramiento tan a menudo asumido con los ojos cerrados, son la mirada y la palabra las que nos aseguran que estamos bien allí donde parece. El hundimiento de ese yo amado se produce no solo para aquellos que no tienen ya la

fuerza de amar o de ser amados, sino también para aquellos que son rechazados del lazo social, sin trabajo, despreciados o criminalizados. Esto les ocurre tanto más violentamente en cuanto que ningún ideal les permite tomar su mal con paciencia, ni tienen ya tribu, ni siquiera pequeña, que les asegure la verdad de mañana, pues su tribu se ha reducido a la tribu de los que carecen de ella, y ellos, los hombres que se han vuelto lo negativo de lo que quiere decir un hombre, tienen poco de este. Es, entonces, cuando flota ese cuerpo, cuyo crecimiento difiere del de los animales, pues depende de la atención que se le conceda. A continuación y a todo lo largo de su vida, su existencia procede del lugar que ocupa en relación con los otros, ya se trate de su función social, por modesta que sea, o del amor del cual no puede prescindir.

La delimitación de este lugar importa, pues el cuerpo psíquico está animado por la violencia de las pulsiones que lo empujan hacia un goce aniquilador más allá de cierto límite. Los ideales de los que ninguna sociedad está dispensada, reprimen o subliman esta violencia: no es ya el caso. Para esta falta, los hombres se fabrican ideales a la medida de su tribu, pero no son verdaderamente eficaces sino cuando pretenden la universalidad. Cuando esta línea de defensa cede también, permanecen el amor y el porvenir de la familia, pero de manera desviada. La fe en el amor depende también de los ideales: creer en el amor, es creer en el hombre. El trabajo y el amor parecen pertenecer a realidades muy diferentes, pero contrariamente a las apariencias, el amor no depende simplemente de la esfera privada: obligaciones sociales e ideales exteriores a la pareja condicionan su existencia.[45]

Ora por las vías del trabajo, ora por las del amor, el alivio de la pulsión se espera del semejante: la fantasía lo pone en escena, espera de él el alivio de la pulsión. ¡Es demandarle mucho! Pero en definitiva, él espera el mismo servicio y algunos arreglos son posibles.[46] La falta de amor va a inhibir la acción, la falta de amor del hombre por la mujer, ciertamente, pero también, la carencia más general del amor en el lazo social. No es una especie de idilio amoroso de la fraternidad de lo que se trata, sino del impedimento concreto de actuar sufrido por unos individuos, por una clase, una raza, una fe, un sexo: la interdicción de la acción significa un rechazo, una falta de amor en este sentido.

45. La mayor parte de las culturas, por ejemplo, han desconocido ampliamente el amor, no porque no exista, sino porque solo le han dejado un lugar marginal en los intercambios matrimoniales.
46. Este mercado problemático lleva la máscara del amor, sentimiento que cierra los ojos ante la inconmensurabilidad del deseo frente a su objeto.

De tal manera que, de defección en defección, el cuerpo se confronta con la violencia de sus pulsiones. La ruptura de los lazos con el prójimo que hacía carburar sus excesos de potencia, provoca ante todo su vuelta hacia el cuerpo psíquico, y esto último se confronta en seguida con la hiancia que lo separa del organismo. Pues nuestro cuerpo psíquico se injerta solamente sobre nuestra carcasa, nuestro cuerpo biológico, que dirige más o menos bien. Nuestro cuerpo psíquico, es ese soplo que existía antes de nosotros en el deseo de nuestros padres, tira el organismo hacia la vida y continúa orientándolo. Siempre delante de él, afirma que mañana existe.

El *Pharmakon* en la hiancia del cuerpo y el organismo

De este modo, cuando el ideal se marginaliza no queda más que esta hiancia entre el cuerpo psíquico y el organismo, fuente de una angustia sin nombre. Se la podría comparar con la de quien oyera constantemente palpitar su corazón, circular su sangre, sonar sus válvulas, morir a cada segundo millones de sus propias células. Esta hiancia engendra una angustia aterradora: la de arrastrar su propio organismo. Y es preciso colmar ese abismo so pena de caer a cada segundo en la nada una y otra vez. Esta función ha sido asumida por el *Pharmakon*. Rompió con lo sagrado. No ayuda superar la distancia que separa del prójimo. En la soledad y sin palabras, afronta la hiancia del cuerpo psíquico con la carne que la soporta. Esta característica es peculiar del toxicómano que la posmodernidad hizo nacer.

¿Por qué tal hiancia puede no solo abrirse sino también permanecer en ese estado? La pulsión que da su superficie al cuerpo psíquico oscila constantemente entre placer y displacer. Más exactamente, ella empuja hacia un placer cuyo exceso se vuelve en su contra.[47] En efecto, su meta es la identificación del cuerpo con una totalidad, con el falo, pero si lo lograra, el cuerpo se aniquilaría. Semejante a los electrones de la teoría cuántica, la pulsión oscila constantemente entre "ser" y "nada". Se pensará que se instaura un instante de hiancia entre el cuerpo psíquico y el organismo, cuando la identificación al falo se encuentra en fase "nada". Pero, ¿cómo podría mantenerse en esta apertura? La fijación de la pulsión en fase "de ser" se comprende con facilidad. Se produce cada vez que un traumatismo trae consigo su "fijación". Así, los síntomas se escriben sobre el cuerpo con posterioridad a un choque psíquico; por ejemplo, una seducción

47. Es el caso cuan1do se tiene hambre y se deplora, luego, la voracidad.

sexual. Todos los seres humanos atraviesan por tales choques. El traumatismo se considera bajo su aspecto negativo, pero en realidad obliga a hacer un esfuerzo de subjetivación para superarlo: empuja hacia una entrada positiva en la humanización, en una sintomatización del cuerpo psíquico sin el cual los lazos con el organismo permanecen sin hacer. Se deducirá, por el contrario, en qué condición se mantiene la hiancia organismo/cuerpo psíquico en ausencia de traumatismo. El traumatismo fija el "ser" gracias a los síntomas. La ausencia de traumatismo fijará la "nada".

Para comprender la producción de una hiancia, se llega a una noción tan extraña como la de "traumatismo por ausencia de traumatismo". Sin embargo, esta extrañeza desaparece si se considera lo que significa: el traumatismo por ausencia de traumatismo es la falta de interés de los padres por su hijo o de erotización de la relación que implica que nada ha hecho germinar una fantasía de seducción.[48] Una fijación sobre la fase "nada" del movimiento pulsional resulta de la falta de traumatismo sexual; es decir, de una falta de interés erótico de los padres por su niño cuyo cuerpo los ha dejado fríos. Este desinterés no tiene implicación estructural, no decide si el sujeto estará del lado de la psicosis, de la neurosis o de la perversión.

De este modo, nos aproximamos un poco más a una característica transestructural de la toxicomanía. La estasis de la libido que desactiva el movimiento pulsional, deja de alguna manera caer al sujeto en sí mismo, en el agujero del organismo que arrastra y cuya hiancia hay que colmar. Para decirlo todavía más simplemente, el amor de los padres dinamiza porque es preciso escaparse de él, pasar de la endogamia a la exogamia, pasar a la acción. Privado de este amor del que es necesario huir, el sujeto sigue siendo presa de la inhibición. Se aísla así el concepto clave que legitima el que se pueda hablar de "toxicomanía" de otra manera que como un síntoma. No es una nueva categoría clínica, pues la inhibición que la engendra no tiene que ver con una estructura particular: la inhibición difiere completamente del síntomag.[49] La inhibición procede de la falta de amor, mientras que el síntoma da testimonio del embarazo del deseo. El amor y el deseo se distinguen en sus causas y en sus efectos. El síntoma hace la estructura. En cambio, la inhibición es transestructural y un sujeto se dedicará más o menos a una droga para superarla. ¿Quién no constata que a veces le es

48. Distinta de toda seducción sexual efectiva, naturalmente.
49. Cf. S. Freud, Inhibición, síntoma y angustia.

preciso tomar un vaso de licor o fumarse un cigarrillo para tener el coraje de actuar? Cuando un hombre habla a una mujer y la desea, puede experimentar al mismo tiempo un fuerte deseo de beber o de fumar (en ciertas ocasiones su emoción es tal que a decir verdad podría hasta fumar heno).

Una característica transestructural de la toxicomanía

La última observación es hasta tal punto trivial que nos preguntamos si la inhibición caracteriza verdaderamente a la toxicomanía. Es preciso dar un paso adelante y agregar que hay grados de inhibición; es decir, en la falta de amor de los padres. En el grado cero del amor, algunjos padres son indiferentes a sus hijos (no los detestan incluso, lo que sería un sentimiento positivo). Algunos padres pueden también amar a sus hijos, pero no se lo expresan al menos diciéndolo, o por medio de pequeños regalos. En un nivel superior, pueden amarlos haciéndoselo saber por algunos presentes. Pero este tercer grado implica dos subconjuntos: pueden dejarlos aprovecharse de este amor simbolizado para saltar fuera de la familia, o pueden oponerse a ello. A estos cuatro grados corresponden niveles de inhibición más o menos importantes. No es una revelación constatar que un niño muy amado no tendrá ninguna dificultad de disponerse para la acción. Cuando la inhibición se levanta, entonces la pulsión se activa, forma el combustible ordinario de la máquina de fantasear; sirve, por ejemplo, para sublimar e incluso para amar (destino paradojal de la pulsión). Al calor de la actividad, ella se desencarna en causa del deseo, según esta característica extrtaña del erotismo humano, nunca tan eficaz, en efecto, como cuando pasa del objeto a la falta de objeto, de la pulsión al deseo.

Y se puede pensar que en el grado cero del amor, el de la inhibición máxima, corresponde la generalidad de la toxicomanía: el sujeto se va a drogar para poder actuar; es decir, para sobrepasar la estasis libidinal del objeto pulsional. Busca sobrepasar una inhibición que lo encierra en la hiancia de sí mismo. Pero, entonces, se produce un drama, pues en ese mismo momento la pulsión está en estasis completa, de tal manera que la acción va a producirse ciertamente, pero solo dentro del sueño engendrado por la droga. Y este drama implica un acto doble: el producto va a engendrar la adicción, una falta orgánica, que va a reemplazar la causa del deseo que regresa sobre la pulsión. Conviene no considerar la droga únicamente en sus efectos, sino desde el punto de vista de su falta. Que el organismo pueda sentir la falta de un producto tiene una importancia de primer nivel. El sujeto puede así transformar la problemática del

deseo en el momento en que es inhibida, en una necesidad del organismo. En el grado cero del amor, el tóxico es ingerido para levantar la inhibición, pero la estasis completa de la libido tiene como consecuencia reemplazar la causa del deseo por la falta orgánica. Los "alcohólicos" de los viejos tiempos no se comportaban de otra manera: se casaban con la botella más bien que con una mujer.[50] Se habrá respondido así a una objeción que el lector quizás se había hecho: los drogadictos no son más emprendedores gracias a su *Pharmakon.* ¡Lejos de ello! Sucede lo siguiente: si la toma de droga tiene, en verdad, como punto de partida el esfuerzo para superar la inhibición, la adicción desplaza doblemente el lugar de la acción. Por una parte, la causa del deseo se vuelve una falta orgánica; por otra, el efecto químico produce una ensoñación interior de la cual la acción se realiza íntegramente. Tomar la droga se vuelve la acción en el interior de la cual se desenvuelve la acción. Esta es así desarrollada según tres grados: ante todo, este es un acto que subjetiva el hundimiento pasivo que procede de la ausencia de ideales. Luego, la transgresión hace gozar, al mismo tiempo que evoca a un padre, por irrisorio que sea disfrazado de gendarme. Por último, el efecto químico construye el sueño y la acción en él. Una vez se dispara la máquina de fantasear, la falta orgánica recubre la hiancia. Y más bien que la angustia de esta hiancia, el sujeto va a experimentar sensaciones penosas de falta por causa de la adicción. Pero serán menos espantosas que el horror de esta hiancia. Cierto tipo de droga es a menudo desagradable. Pero su falta es agradable, en el sentido de que anestesia el deseo.[51] Más acá de la ingesta, el tóxico colma la hiancia organismo/cuerpo psíquico; y más allá, la adicción reemplaza la causa del deseo por una falta orgánica, substituye la necesidad poco práctica de amar a alguien por la servidumbre de un producto. Si no se ven este "más acá" y ese "más allá", ciertas particularidades de la toxicomanía se escapan completamente. En efecto, la mayor parte de quienes no conocen este sufrimiento se rehúsan enérgicamente a drogarse, al menos con ciertos productos. Si a pesar de todo ensayan por curiosidad, no experimentan sino angustia y un sentimiento penoso. No pueden comprender el interés de las drogas que provocan a menudo alucinaciones, momentos de despersonalización o una agresividad desproporcionada. Es que, para quienes están en "el más acá",

50. En el mismo sentido, la bulimia es una semitoxicomanía en el sentido de que la carencia de alimentos reemplaza la causa del deseo. Pero, falta a la alimentación el segundo tiempo que procura el efecto tóxico.
51. Así nos aseguramos que no es la droga la que hace al toxicómano, sino que su sufrimiento precede a toda ingesta del Pharmacon.

estos estados son, sin embargo, un progreso, comparado con el vacío aterrador que ellos deben soportar. La dilatación del yo pulsional, que da la impresión de planear, haría temer la caída a la mayor parte, pero esta angustia es ligera comparada con otra angustia, menos ligada al peso de la existencia que al de cierto organismo que hay que arrastrar, hacer despegar finalmente.[52]

Después de que la falta haya desempeñado el papel en primer plano, papel generalmente pasado por alto, es preciso situar los efectos de la droga. El tóxico cimenta el vacío cavado entre "cuerpo físico" y "organismo", distinción que asombra, quizás, pues nuestro cuerpo parece una unidad. Algunos neurocientíficos (o, en todo caso, sus ideólogos) se imaginan que sus descubrimientos marginan al psicoanálisis. Más bien sucede lo contrario, pues después de todo, ellos aportan pruebas de esta distinción entre cuerpo psíquico y organismo: en el cerebro, el hojaldramiento de las áreas corticales muestra el recubrimiento de las áreas sensoriomotrices orgánicas y de un corte del cuerpo psíquico que no corresponde a esta organicidad (por ejemplo, el área que representa a los labios es proporcional a la pulsión oral y no a las necesidades orgánicas de la boca, etc.). El cuerpo psíquico recubre y anima constantemente al organismo, al punto de que todo movimiento psíquico tiene su traducción orgánica inmediata, y además, igualmente, toda acometida orgánica puede representar un síntoma.

El efecto químico reduce la distancia entre el cuerpo psíquico y el organismo. El producto puede obrar tanto sobre la pulsionalidad misma, de alguna manera inflando y hacer soportable la cenestesia y la sensorialidad, como en el nivel de la carencia de ideal, aumentando la potencia del pensamiento y de las producciones ideativas. Allí también, las neurociencias muestran que ciertos psicotrópicos operan sobre el lóbulo derecho en el nivel de las áreas sensoriales (por ejemplo, el opio, el haschich, etc), mientras que otros actúan sobre el izquierdo, sobre el área simbólica del lenguaje (las anfetaminas, la cafeína, la cocaína, etc.).

En este sentido, el *Pharmakon* reemplaza el cuerpo psíquico por el organismo (y la abstinencia será sentida como la mutilación de un órgano). La urgencia

52. En su libro La noche que llega, Henri Michaux reconoce que la derelicción que la droga hace vivir es un absoluto sin igual... "una soledad de la cual el solitario no tiene ninguna idea. La soledad de estos suburbios no se compara con nada, es una injusticia, un escándalo. Al lado de ella, la soledad de un meditativo es un palacio, la de un indigente es incluso un nido, nido piojoso pero nido al fin y al cabo. ¿Por qué propiciarse tal aislamiento, sino porque constituye incluso un progreso "que os proyecta lejos de lo finito que por doquier se descose... una hernia de lo infinito".

corporal reemplaza la del deseo y esta función aliviadora no será olvidada nunca más, incluso mucho después de una desintoxicación completa.[53]

Mundialización del *Pharmakon*

Marginación de los ideales, falta de amor, defección del lazo social: la angustia puede potencializarse según sus diferentes gradientes, o por todos esos motivos al mismo tiempo. Ante todo, la ingesta del *Pharmakon* ha significado la legitimación de lazo social. Luego ha ayudado a soportar la dificultad de la relación con el prójimo y con la sexualidad. Finalmente, sirve para soportarse a sí misma, sola en sí misma. Toma, entonces, un tercer sentido, a saber, el de la confrontación del organismo con un cuerpo psíquico desarrumado de los otros en sus dos anclajes: el de la idea fraternal y el del sueño del amor compartido.

El tercer ángulo de ataque del *Pharmakon* inquieta: no reemplaza las maneras antiguas de hablar a los dioses. Toma al revés los modos de soñar y, en este sentido, es doblemente precursor. En efecto, trata el alma como un órgano y anuncia la instrumentación generalizada de los cuerpos. Los excesos visibles de la droga ilegal permiten poner de relieve la extensión inmensa e invisible de las drogas legales: el alcohol estaba ampliamente socializado. ¿Es también el caso de los nuevos psicotrópicos, tanto aquellos que son legales (se toman en secreto sus tranquilizantes) como los que están fuera de la ley?

En algunas decenas de años, estos tres usos de los psicotrópicos se habrán desencajado unos de otros y potencializado y se comprende que el legislador no haya intervenido más que con la aparición del último, único que da la espalda a la sociedad. El orden político hace estragos a aquel que ha provocado, no sabiendo suficientemente si tiene que vérselas con enfermos o con delincuentes,según la ambigüedad misma de los textos que vuelven obligatorio para los drogadictos el cuidarse so pena de ser castigados. El legislador tuvo la intuición de que, jugando la carta desesperada de un goce autárquico, el toxicómano es el primero en rechazar y en acusar a la sociedad.

En el lugar mismo del hundimiento de los mitos y mientras que se despliega un frenesí de consumo ya medio toxicomaníaco, la figura del drogadicto toma un inquietante aire premonitorio. La organización del goce en el lazo social lo

53. La droga es tan importante por su falta como por su efecto. En ese caso, se ve que la condición de posibilidad de una cura psicoanalítica radicará en intercambiar el objeto causa del deseo por el objeto de la droga: una manera de reactivar la fantasía, apuesta que va a depender de la transferencia.

muestra. La propiedad es "privada" en el sentido de la privación: el goce de un objeto no es nunca tan delicioso como cuando mi semejante no se aprovecha de él.[54] De tal manera que aquel que está privado, no solo de los bienes materiales, sino también de los ideales y de sus amores íntimos, se mantiene en el centro secreto del goce de la sociedad. Y la ley le prohíbe sustraerse de ese lugar gracias a la droga, que invierte de ahora en adelante, brutalmente, el sentido del *Pharmakon*, cuya utilización cesa de facilitar la relación con el semejante en provecho de la autarquía. Lejos de resultar de un incidente marginal y momentáneo en las mutaciones económicas en curso, la nebulosa de los toxicómanos, así como la de los que carecen de casa o de papeles, focaliza un goce para el conjunto de la sociedad lista a socorrer a los rechazados ("dejados fuera"), con tal de que permanezcan en su lugar, en el que cada uno puede apreciar lo que un ser humano llega a ser, cuando está privado de todo.

Alrededor de ellos, los que poseen algo pueden aprovecharse de sus bienes, goce siempre relativo a su ausencia, cuya encarnación constituyen. Todavía no era lo suficiente el modelo de apropiación en el que se consume "a lo grande" la casa, el carro, los vestidos a la manera Katmandou, en Marruecos, sobre las altas planicies mexicanas. Estamos en las afueras de ausencias ideales, mientras que la cultura se ha replegado por doquier en los museos, mercancía que se ha vuelto turística, también ella. Este "no", mundializado también él, representa a su pesar, una última esperanza. La transgresión invoca secretamente a una ley ideal, no la de la policía, sino la que podría legitimar sus propias razones de prohibir, hasta el punto de que la prohibición y la transgresión se volverían inútiles.

54. Esta aserción tomara más relieve si la considera el "bien" como el compañero sexual. Su propiedad exclusiva supone la privación de los otros.

Del malestar al sufrimiento: lo no dicho que se escucha a través del síntoma de un docente

María del Pilar Murcia y Johnny Orejuela

El propósito del escrito es presentar el análisis del caso Maríe desde la perspectiva de la psicología clínica, articulando sus ejes centrales con conceptos propios del psicoanálisis y la psicodinámica del trabajo; esto con el fin de aportar a la comprensión de conceptos tales como el malestar y el sufrimiento en el trabajo docente.

Sumada a la evolución tecnológica y a las modificaciones de los planes, programas y currículos que conlleva para la carrera docente enfrentarse a nuevos y grandes retos, se encuentra una evidente transformación social que le exige al maestro afrontar diversos momentos y circunstancias no solo como integrador de una sociedad y con una historia particular, sino también a a partir de su papel como educador en el aula y en el ámbito personal.

Es posible afirmar que el docente, en sus múltiples funciones, está sujeto a factores tan importantes que subyacen necesariamente su personalidad. Si tenemos en cuenta, como lo plantea Cordié (citada por Salazar, 2009), que "[…] enseñar no consiste en aplicar recetas; uno enseña con lo que es y muy poco con lo que sabe" (p. 13), podríamos preguntarnos acerca de lo subjetivo que se pone en juego en el quehacer del docente y considerar las diferencias entre los distintos modos de posicionamiento, padecimiento, malestar o sufrimiento del profesional de la educación. Camps (2005) plantea:

> *Sabemos con Freud que educar está entre las profesiones imposibles, junto a gobernar y psicoanalizar, precisamente porque hay algo en ellas que no se obtiene por bien que se haga, por conocimientos que se tengan, por buena voluntad que se ponga, el resultado nunca es completamente satisfactorio* (p. 1).

La autora afirma que es, precisamente, esa incompletud la generadora del malestar en los docentes, ya que permanece en ellos el deseo de control total de la situación enseñante-enseñado, y el ideal de un saber totalizador.

En una investigación, Savio y Cuello (2009) presentan la condición actual y preocupante del docente "agotado", catalogado como "aparentemente desimplicado" (p. 77). Señalan que estas dos categorías se suman a un sufrimiento inherente a esta posición tan compleja. Se reconoce, entonces, que es importante indagar los motivos inconscientes del malestar docente para comprender el sufrimiento psíquico de estos profesionales en su trabajo, que en apariencia se cree están lejos de la angustia y el sufrimiento.

Romano (2007) a propósito del malestar en el docente, afirma que es necesario explorar en sus dinámicas de trabajo "[…] los motivos inconscientes de ese malestar, para reconocer un sufrimiento psíquico detrás de una situación" (p. 1). Desde la perspectiva de la psicodinámica del trabajo, Assis y Macedo (citados por Soussa y Mendes, 2013) refieren que el trabajo es básico para la constitución de la identidad del sujeto. Dejours (citado por Melo y Orejuela, 2014) afirma que el trabajo es un factor esencial en la subjetivación del individuo pues "[…] media entre lo inconsciente y el campo social y entre el orden singular y el orden colectivo" (p. 402). Adicionalmente, Dejours y Abdoucheli (citados por Soussa y Mendes, 2013) refieren que la organización del trabajo "[…] estaría fuertemente ligada a la salud y al sufrimiento psíquico de los profesionales" (p. 118).

Respecto de las investigaciones a propósito del malestar y el sufrimiento en los docentes, se encuentra que en sus comienzos se inclinaban hacia posturas psicológicas y sociales (Berger, 1957). Toriz (2009), plantea que años después aparecen enfoques como el *Burnout Syndrome* planteado en 1997 por Gil-Monte, el del psicoanálisis en 1998 de Cordié, y en 2005 la visión del estrés de Gutiérrez y Santanter. Por su parte, Sousa y Mendes (2013) afirman que la relación entre salud mental y trabajo de los docentes ha sido ampliamente estudiada durante los últimos años en Brasil por la pedagogía, la sociología y la psicología; sn embargo, estos estudios exponen en su mayoría la cuestión de la falta de reconocimiento y el aumento de condiciones laborales precarias, pero poco acerca del padecimiento y la enfermedad en los docentes.

Zanini y Mouriño (2010) hacen un balance de las dificultades y el poco reconocimiento que tienen en la modernidad soportan los docentes. Investigaciones como las de Diniz y las de Pezzuol (Citados por Sousa y Mendes, 2013) constataron, en el primer caso, que el segundo mayor motivo de distanciamiento lo constituían los trastornos mentales; y en el segundo, que "[…] los trastornos mentales son el segundo mayor motivo de alejamiento y reubicación funcional, posicionándose atrás solamente de las enfermedades vocales" (p. 118). Por su parte, Medeiros (citado por Sousa y Mendes, 2013), refiere que los mayores motivos de reubicación entre los profesores son de orden psiquiátrico, especialmente los relacionados con diagnóstico de depresión.

Reflexiones a partir del psicoanálisis acerca del malestar y el sufrimiento en el docente, quizás permitan, como lo plantea Claude (citado por Salazar, 2009), encontrar "[…] la rumia de los deseos narcisistas y la idealización y aperturas a distintas militancias" (p. 12) e indagar lo que ocurre en "[…] la psique del formador sobre sus deseos" (p. 6). Indican, además, que no es suficiente que el docente informe lo que le ocurre en sus prácticas pedagógicas y la relación que sostiene con sus estudiantes, sino que es necesario abordar su dimensión inconsciente. Igualmente, este tipo de abordaje haría posible que el docente se pregunte acerca del significado subjetivo de cada acontecimiento y experiencia en su campo profesional, sobre todo, como lo plantea Cordié (citada por Salazar, 2009), si se tiene en cuenta que "[…] los fenómenos inconscientes presiden todos los actos del aprendizaje, sea en quien enseña al otro o en quien aprende del otro, en quien trasmite el saber tanto como en quien lo recibe" (p. 6).

El placer y el sufrimiento en el trabajo: la aproximación psicodinámica como una vertiente de las clínicas del trabajo

A partir de 1980, y según los trabajos de Le Guillant, Sivadgon y Veil (Lhuilier, 2008; Bendassolli, 2011), nace una vertiente conocida como la psicopatología del trabajo. Asociada principalmente al nombre de Christophe Dejours (1987, 1993, 1999,) estudia las relaciones entre el trabajo y la salud mental y años más tarde cambiará su denominación por psicodinámica del trabajo para formar parte de un campo más amplio denominado clínica del trabajo (Lhuilier, 2008; Bendassolli, 2011, Clot, 2007), que reconoce el peso y centralidad del trabajo en la organización del psiquismo (en la economía psíquica) y en la constitución de la subjetividad. Esta orientación de cuño psicopatológico comienza con estudios pioneros en la década del cincuenta y reaparece con fuerza en 1980:

"La fundación de la psicopatología del trabajo como clínica de los problemas individuales del sujeto frente a la tarea se apoya en la obra de algunos fundadores como P. Sivadgon, C. Veil y L. Le Guillant" (Lhuilier, 2008, p. 43).

La psicopatología del trabajo se interesa por la evaluación que el hombre, como operador, hace del trabajo, en clave de vivencia subjetiva, para la cual apela a la noción de sufrimiento como categoría analítica central. El objeto de estudio de esta perspectiva es "[…] no la locura, mas sí el sufrimiento en el trabajo, un estado compatible con la normalidad pero que implica una serie de mecanismos de regulación" (Ferreira, Leda, en prólogo de Dejours, 1987, p. 7). Desde esta perspectiva, la preocupación por la evaluación del trabajo se hace de cara a la relación trabajo-salud mental, o más exactamente a las relaciones entre trabajo y vida psíquica, "la cuestión fundamental es la cuestión del valor relativo de lo subjetivo en la economía global de la relación sujeto- trabajo" (Dejours, 1987, p. 56); y si bien tiene origen en la psicopatología del trabajo, esta amplía notablemente su propio proyecto de estudio, pues

> *[…] no se trata de estudiar las dolencias mentales descompensadas o los trabajadores por ellas comprometidos, pero sí todos los trabajadores, la población real y normal que está en las fábricas, en los talleres, en las oficinas y es sometida a presiones en su día a día* (Ferreira, 1987, p. 8).

Para la psicodinámica de trabajo, una clínica de la normalidad (Dejours, 1999) cobra particular interés, pues se trata de conocer no solo las descompensaciones graves que derivan en psicopatologías, sino ese malestar en el trabajo evidenciado en formas de sufrimiento que parecen como normales, e incluso tienden a ser subestimadas e infravaloradas como si de una banalización del mal y la injusticia se tratara, de un sufrimiento negado. Para Dejours (2007) "[…] lo enigmático es la normalidad: se interpreta la normalidad como el resultado de un compromiso entre el sufrimiento y a lucha (individual y colectiva) contra el sufrimiento en el trabajo. Y en se casó la normalidad no implica la ausencia de sufrimiento. Al contrario, podemos sostener un concepto de "normalidad en el sufrimiento" (p. 50).

Inicialmente, la psicopatología del trabajo apuntaba a la especificidad de la vivencia operaria sobre la que quería llamar la atención, pero la evolución de este programa de investigación se ha ampliado y hoy incluye una preocupación por la comprensión de las expresiones de placer/sufrimiento de la totalidad de la masa de trabajadores más allá de los operarios, incluidos trabajadores de las áreas de servicios, de múltiples niveles jerárquicos, de variados sectores de actividad y de diferentes niveles de cualificación, entre otros. Son embargo,

conserva la preocupación inicial por la vivencia subjetiva en una fuerte crítica a las aproximaciones funcionalistas comportamentales y se orienta a "[…] dejar que aparezcan las vivencias diferenciadas e irreductibles unas a las otras, que siempre darían cuenta de las experiencias concretas y de los dramas en el sentido de Politzer […] del drama existencial vivido por los trabajadores"(Dejours, 1987, p. 13).

Es la preocupación por la dimensión subjetiva, singular, la que ubica aproximación psicodinámica en una perspectiva clínica, entendida como el estudio de un caso en su particularidad y en profundidad (Braunstein, 1974), pero también como la que comprende la particularidad de lo subjetivo en relación inevitable con lo social, en clave de intersubjetividad (Malvezzi, 2012). Razón por la cual concibe al estudio de caso en profundidad como su forma de abordaje investigativo privilegiada; es decir, una aproximación que se constela al estilo de las aproximaciones entre las personas de tipo "yo-tú", y no "yo-él" (donde "él" puede ser cualquiera o ninguno), tal como lo plantea Cano (1988). Así, en las aproximaciones clínicas cada sujeto es un caso concreto comprendido en su contexto, tiene un rostro específico y una historia personal que lo singulariza y en la cual es tomado por el investigador como un sujeto particular, concreto y no en abstracto. Como suelen ser en las aproximaciones positivistas, en las que el sujeto queda borrado por efecto de un dato, hecho o cifra: un promedio, un porcentaje, un índice, etc. En la aproximación psicodinámica y en las clínicas del trabajo, la palabra y el relato tendrán una centralidad indiscutible no solo como vía de investigación, sino también de intervención. Aquí los datos no son los números derivados del uso de sofisticados instrumentos psicométricos y estadísticos, sino los relatos de los sujetos y de los colectivo de trabajo, sus dichos que los singularizan y los hace únicos, cada uno a la vez. Se trata de una clínica del caso por caso, con principios pero sin estándares (Lacan, 1966).

Su vocación clínica y fuerte crítica a los estudios sobre la evaluación subjetiva del trabajo de corte anglosajón, es expresada por Dejours (1987) de manera explícita, así:

> *Nosotros dejaremos de lado, de una vez por todas, las observaciones cuantitativas, las estadísticas, los cuestionarios abiertos o cerrados, los esquemas de patrones comportamentales, la economía de los gestos repetidos, las fallas del comportamiento productivo o el aumento de los desempeños […] en otras palabras la psicóloga abstracta que deja al margen deliberadamente la propia vida mental, la emoción, la angustia, la rabia, los sueños, los fantasmas, el amor, todos los sentimientos experimentados que escapan a la observación llamada de objetiva* (p. 12).

Esta declaración de principio aparece en el estudio pionero *Travail, usure mentale* (1980) que daría origen a la perspectiva clínica y psicodinámica fundada por Dejours (1987) hace más de cuarenta años, lo que le da una impronta fuertemente crítica respecto de las tradiciones positivistas, objetivistas y comportamentales de los estudios funcionalistas norteamericanos y hace una apuesta *etho-*política –que se ha mantenido desde entonces– por un abordaje clínico, de cara a la comprensión de la evaluación subjetiva que hacen las personas de su trabajo desde el punto de vista dinámico; esto es, "[…] a la vivencia *hic etnunc*, o *dasein* –para retomar los autores existencialistas alemanes– que tendrán prioridad a pesar de que no siempre conseguiremos escapar a la tentación metapsicológica" (p. 13).

Para Dejours (1999), la evaluación que se hace del trabajo por parte del sujeto está en clave de satisfacción o insatisfacción pulsional; esto es, de sobrecarga/descarga de tensión que se traduce en sufrimiento/placer. Así, el trabajo como sufrimiento es ante todo un estado de lucha del sujeto contra las fuerzas que lo empujan en dirección a la enfermedad mental.

> *Surgió de ahí una primera concepción del sufrimiento como característica de los estados mentales que se sitúa entre dos extremos: de un lado, la salud mental, el bienestar psíquico, de otro lado, la dolencia mental descompensada, entre estos dos extremos estaría el sufrimiento* (p. 18.).

En su consideración, el sufrimiento es ante todo una experiencia vivenciada, "[…] un estado mental que implica un movimiento reflexivo de esa persona sobre su estar en el mundo […] el concepto del sufrimiento pertenece al orden de lo singular, permanece siempre individual y único" (p. 19).

Para Dejours (1987), muchos de los estudios sobre la valoración que las personas hacen de su trabajo estaban concentrados en la satisfacción –y sobre todo en la relación satisfacción-motivación– y habían dejado de lado la pregunta por la insatisfacción laboral. De ahí su interés por el sufrimiento como manifestación del malestar en el trabajo, que en su opinión se revelaba medioante síntomas como la insatisfacción, la ansiedad y el miedo. Así, la causa de sufrimiento en cuanto insatisfacción derivaba, de un lado, del contenido significativo de la tarea, y de otro, del contenido ergonómico del trabajo. La primera hace referencia al investimento afectivo (o simbólico) de las tareas que las hacen más o menos significativas, con valor simbólico para cada sujeto, exigen de él esfuerzo y voluntad y están soportadas en el juego de la motivación y el deseo. De esta manera, "[…] la vivencia del sufrimiento podría derivar de la sensación de

adormecimiento intelectual, del anquilosamiento mental, de la parálisis de la imaginación que pueden implicar ciertos trabajos" (p. 49).

De otro lado, la insatisfacción o sufrimiento puede provenir del contenido ergonómico del trabajo;: esto es, de la vivencia subjetiva en cuanto percepción e interpretación particular de las condiciones objetivas relativas al diseño del puesto de trabajo y sus condiciones contextuales objetivas o medioambientales, también valoradas subjetivamente por los individuos y cuando no responden a sus necesidades o deseos particulares producen sufrimiento físico y psíquico:

> *De una relación desarmónica entre el contenido ergonómico del trabajo (exigencias químicas, físicas, biológicas) y la estructura de la personalidad pueden emerger una insatisfacción y correlativamente un sufrimiento que son de naturaleza mental y no física. Esta insatisfacción no está por ejemplo por la insatisfacción en relación con el contenido significativo del trabajo, situada en el registro simbólico. Se trata esta vez, de la insatisfacción y frustración ante todo concretas* (Dejours, 1987, p. 57).

Este segundo componente de la insatisfacción en el trabajo no es de orden significativo en cuanto el valor simbólico que para el sujeto reviste lo que hace. Sin embargo, pesar de referirse a la evaluación subjetiva de lo objetivo, esta sí es del orden de lo económico, dado que tiene implicaciones en el mantenimiento o desequilibrio de la economía psíquica.

Para Dejours (1987) el sufrimiento es igual a la insatisfacción y corresponde a una inadaptación entre las necesidades provenientes de la estructura mental y el contenido ergonómico o simbólico de la tarea. No obstante, cabe aclarar que si bien se apela a la diada satisfacción/insatisfacción esta no tiene el mismo estatuto como concepto que tienen en las aproximaciones funcionalistas antes descritas, pues al reconocer la filiación teórica de Dejours al psicoanálisis, la satisfacción/insatisfacción no implica una valoración emocional positiva o negativa ni una actitud hacia el trabajo –como en las orientaciones positivistas–, sino una relación dialéctica con el placer, en un continuo que establece en definición recíproca el uno respecto del otro y en cuanto tal se trata más estrictamente de la satisfacción/insatisfacción pulsional. Es decir, de las posibilidades o bloqueos para que el trabajo cumpla su función en la economía pulsional inconsciente del sujeto y permita la sublimación pulsional y la satisfacción relativa del programa del principio del placer; esto es, la descarga o no de la pulsión. De esto se deriva la evaluación subjetiva de un sujeto respecto de su trabajo como fatigante o equilibrante, fuente de placer o de sufrimiento:

> *Si un trabajo permite la disminución de la carga psíquica, él es equilibrante, si se opone a esa disminución de la descarga es fatigante, en el trabajo por piezas no*

> *hay casi espacio para la creatividad fantasmática y la vía de descarga psíquica está cerrada; la energía psíquica se acumula, tornándose fuente de tensión y displacer […] inversamente un trabajo libremente escogido o libremente organizado ofrece vías de descarga y se torna entonces en un medio de relajación y una vez termina la tarea el trabajador se siente mejor que antes de haberla comenzado* (Dejours, 1993, p. 25).

Esto nos indica la asociación del placer y el displacer en el trabajo con el hecho de si la naturaleza, las condiciones y las relaciones del trabajo permiten o bloquean, en la evaluación subjetiva del operador, la carga/descarga de la tensión psíquica derivada de las exigencias del principio del placer, de la tendencia económica y dinámica del aparato psíquico. Así, desde la perspectiva psicodinámica, es el continuo del binomio placer (descarga de tensión) y displacer (sobrecarga de tensión impedida de descargarse) en el que se expresa la evaluación que hace un sujeto de su trabajo.

Para Dejours (1987), el sufrimiento como experiencia clave a través de la cual se manifiesta la manera (consciente o inconsciente) como el sujeto evalúa su relación con el trabajo y el trabajo en sí mismo, esta mediado por un fuerte componente subjetivo: la estructura mental, de personalidad, el orden de su deseo y su alineación o no con el contenido significativo del trabajo (valor simbólico) y el contenido ergonómico de las tareas (condiciones materiales). Ello implica un impacto psicosomático; esto es, sobre el aparato psíquico o sobre la experiencia del cuerpo, pues la insatisfacción con el contenido simbólico de la tarea puede manifestarse en el campo del cuerpo, en el sentido físico y nervioso, como consecuencia del aumento de la carga psíquica[55] del trabajo. Y lo hace como una insatisfacción en relación con el contenido ergonómico del trabajo, que si bien tiene un impacto primario sobre el desgaste del cuerpo, puede también llevar, secundariamente, a un sufrimiento mental. Así, la insatisfacción en relación con el contenido significativo de la tarea y el contenido ergonómico del trabajo, puede llevar a dolencias corporales o psíquicas o que comprometan los dos campos simultáneamente, esto es , psico-somáticas.

Según Dejours (1987), el sufrimiento comienza cuando la relación sujeto-organización de trabajo está bloqueada:

55. La carga psíquica no es la carga de trabajo física o psicomotora de la ergonomía, sino los efectos de esta carga como tensión en el registro mental que ocasionan desordenes psico-somáticos. Hay en esta perspectiva una compresión monista del hombre al representarlo como una unidad corpomental (Dejours, 1987).

> *Cuando el trabajador usó el máximo de sus facultades intelectuales, psicoafectivas, de aprendizaje y adaptación. Cuando un trabajador usó de todo lo que disponía de saber y de poder en la organización del trabajo y cuando él no puede más cambiar de tarea: esto es, cuando fueron agotados los medios de defensa contra la exigencia física. No son tanto las exigencias mentales o psíquicas del trabajo las que hacen surgir el sufrimiento, (si bien este factor es evidentemente importante en cuanto la imposibilidad de toda la evolución en dirección a su alivio). La certeza de que el nivel alcanzado de insatisfacción no puede disminuir más marca el comienzo del sufrimiento* (p. 52).

Otro concepto central en la gramática de la relación sujeto-trabajo planteada por Dejours, es el de estrategia de defensa. Es correlativo al de sufrimiento psíquico (hacen un par antitético) y hace referencia al despliegue de la inteligencia individual y colectiva para reducir el sufrimiento en el trabajo; es decir, a las estrategias de afrontamiento para la reducción de las condiciones de insatisfacción que comprometen la vida psíquica del sujeto y son evaluadas singularmente por cada uno en relación con las condiciones materiales, simbólicas y relacionales comprometidas en el desempeño humano en el trabajo. Estas estrategias son la otra cara de la subjetividad implicada en la relación sujeto-trabajo, como formas de lucha contra el sufrimiento y estrategias inteligentes en cuanto adaptativas, en procura del equilibrio psíquico (homeostasis). Cuando son efectivas en la reducción del sufrimiento, denotan creatividad y mayor competencia en el sujeto para enfrentar lo que se denomina lo real en el trabajo. Así, para la perspectiva psicodinámica del trabajo el sufrimiento sería el efecto de una lucha infructuosa para reducir lo real del trabajo, eso que escapa al control absoluto de los operadores y es consecuencia de la brecha entre el trabajo prescrito y el trabajo real, que no es lo mismo que lo real del trabajo.

Las causas del malestar y el sufrimiento desde la perspectiva de las clínicas del trabajo

De acuerdo con Dejours (1987), el sufrimiento como experiencia subjetiva podría tener origen en el desfase entre las condiciones de trabajo y el orden del deseo de los sujetos. El trabajo puede ser una experiencia de sufrimiento cuando no es experimentado como una actividad de compromiso entre los deseos del sujeto y la realidad del contexto en el que se desarrolla. Cuando el trabajo es insatisfactorio, indignante, inútil o sin significatividad, se constituye en una fuente de displacer por la sobrecarga psíquica que implica. El sufrimiento tiene por causa el bloqueo de la relación hombre/organización de trabajo en términos

de la posibilidad de una experiencia de libertad para el ajuste de las condiciones de trabajo de acuerdo con los deseos de los operadores.

Para el sufrimiento puede provenir del poco contenido significativo del trabajo, de un desbalance en el contenido ergonómico del trabajo o una limitada posibilidad de ajustar autónomamente las condiciones de trabajo. "De una relación desarmónica entre el contenido ergonómico del trabajo y el contenido significativo de la tarea y la estructura de personalidad, puede emerger el sufrimiento" (Dejours, 1987, p. 57).

De otro lado, el sufrimiento puede derivar de "[…] una neutralización de las defensas comportamentales en el momento de un cambio de puesto de trabajo" (p. 59). O por una vivencia de "[…] inadaptación entre las necesidades provenientes de la estructura mental y el contenido ergonómico de la tarea, raramente traducido en palabras, raramente explicitada por el propio trabajador" (p. 60). Ptrecisamente, una de las dimensiones características del sufrimiento y del placer es que es invisible: "El sufrimiento no se ve. El dolor tampoco. El placer no es visible". (Dejours, 2007, p. 43).

De otro lado, Dejours (1999) considera que el sufrimiento en el trabajo deriva de un bloqueo de la descarga de la energía pulsional en el ejercicio del trabajo, la cual se acumula en el aparato psíquico y ocasiona un desequilibrio en la economía psíquica cuyo efecto es un sentimiento de displacer y tensión. "Cuando no se consigue más posibilidad de organización del trabajo por el trabajador, la relación conflictual del aparato psíquico a la tarea es bloqueada. Se abre entonces el dominio del sufrimiento" (p. 28). En suma, el sufrimiento surge de la confrontación mal librada por el sujeto entre psiquismo y la organización de trabajo.

El sufrimiento en el trabajo es también consecuencia de los límites en la eficacia que encuentran las estrategias defensivas. Es decir, el sufrimiento no fue bien controlado por las estrategias defensivas y no logró impedir que se transformara en patología. El trabajador usa todos los recursos de los que dispone de saber y poder en la organización del trabajo y no puede cambiar la tarea. Esto es, "[… cuando fueron agotados los medios de defensa contra las exigencias" (Dejours, 1987, p. 52).

Tres condiciones pueden ser fuente de sufrimiento en el trabajo y se constituyen en fuentes inequívocas de malestar y sufrimiento: el temor a la incompeten-

cia, verse forzado a trabajar mal (sufrimiento ético) y trabajar sin esperanza de reconocimiento (régimen de la indiferencia) (Dejours, 2007). De manera inversa, constatar la competencia, trabajar en el marco de los valores sociales compartidos por el sujeto y ser reconocido en su trabajo por lo que se hace en términos de su utilidad y calidad (juicio de utilidad y juicio de belleza), son fuentes de placer. No no es el trabajo en sí lo que produce sufrimiento, sino que el sufrimiento es estructural y prexistente en el sujeto, es propio del malestar derivado de insertarse en la cultura (Freud, 1930), está inscrito en la historia personal previa a la experiencia el trabajo. El trabajo es solo un campo en el que el traumatismo infantil, la fantasmática de cada sujeto puede actualizarse. Según Dejours (1987), es enfáticamente cierto que "[…] el trabajo no causa sufrimiento; es el sufrimiento el que produce el trabajo" (p. 103).

En sentido contrario, un trabajo en condiciones de autonomía, cooperación y reconocimiento, deriva en una experiencia de placer. Esto significa que el sufrimiento psíquico, lejos de ser un epifenómeno, es el instrumento para la obtención del trabajo. En la medida en que la autonomía es una condición para la experiencia del placer en el trabajo, un trabajo fuertemente rutinario, rígido y fragmentario es fuente de sufrimiento (Dejours, 1987).

De otro lado, para Clot (2007) en la medida en que está impedida la función psicológica del trabajo, a saber, permitir salir de sí en el sentido de una sociabilidad que difícilmente podría ser conseguida si no fuera por el trabajo, pues permite la realización de las metas vitales y de los valores que el sujeto extrae de todos los dominios de la vida en la que su existencia está envuelta, aparece el sufrimiento laboral. De igual manera, cuando el sujeto percibe un fuerte sentimiento de inequidad laboral, "[…] cuando se desprecia en la relación entre lo dado y lo recibido, el trabajo impuesto puede perder su lugar en la jerarquía de los investimentos subjetivos siempre con graves consecuencias" (p. 73). Para este autor, cuando el sujeto trabajador percibe que no contribuye con lo que hace a ninguna trascendencia sociocultural y su trabajo es fuertemente simplificado o intensificado, este se vuelve fuente de sufrimiento.

En síntesis, el sufrimiento en el trabajo derivaría de un bloqueo de la posibilidad de expresar el deseo y de los límites encontrados en las estrategias de defensa para lidiar con la sobrecarga que implica la brecha entre el trabajo prescrito y el trabajo real. Ello da lugar a la emergencia de un *real* en el trabajo que no logra ser controlada y produce un desgaste psíquico derivado de la sobrecarga

que implica, así como el bloqueo de las posibilidades de autorrealización a través del trabajo en cuanto actividad sublimatoria. Estas serían, en general, las condiciones precipitadoras del surgimiento del sufrimiento en el trabajo, como una condición invisible y subjetivamente experimentada.

Presentación del caso Maríe

A continuación se presentan los resultados de la reflexión suscitada a partir del trabajo analítico del caso Maríe desde la perspectiva de la psicología clínica, articulando los ejes centrales del caso con conceptos propios del psicoanálisis y la psicodinámica del trabajo; esto con el fin de aportar a la comprensión del paso del malestar al sufrimiento en el docente y a la escucha analítica de síntomas propios de esta condición. Se parte de la presentación del caso y los objetivos propuestos con el estudio del mismo, se sigue con el desarrollo del caso por medio de cuatro categorías de análisis que involucran conceptos como malestar, sufrimiento y síntoma, y finalmente un apartado de conclusiones.

Maríe, como hemos llamado a la mujer que participó en este estudio de caso y con la cual se tuvieron cuatro acercamientos mediante una entrevista en profundidad como instrumento, tiene cuarenta y cinco años y desde hace cuatro vive sola en un apartamento en arrendamiento al nororiente de Cali. Siempre vivió con sus padres, pero por "dificultades" familiares decide independizarse. Es docente hace veintidós años y licenciada en biología y química de una universidad privada de la ciudad. Durante su ejercicio profesional ha trabajado en instituciones privadas en Cali, en espera desde hace seis años de un nombramiento en el sector oficial como parte de una "promesa política" que nunca se ha cimplido, ni siquiera en comisión.

Durante sus primeros seis años de experiencia como docente trabajó con estudiantes de grados superiores en bachillerato (noveno diez y once) en una misma institución. Estando allí se dio la oportunidad por cuatro años más de trabajar de manera paralela en otra institución, lo que le significaba tres jornadas (mañana, tarde y noche) que redundarían de manera significativa en su condición económica. Posteriormente, por su excelente desempeño docente fue nombrada coordinadora de bienestar en la primera institución con un mayor ingreso económico, cargo que le implicó renunciar por tres años al colegio de la tarde-noche. Luego de este tiempo es retornada al cargo de docente al referir que "realmente no fui capaz…", situación que la obliga a permanecer en una sola institución ya que en la otra no le volvieron a dar la oportunidad de laborar dada su renuncia anterior.

Durante los últimos nueve años ha sido inconstante en los sitios de trabajo. Inicia con dinamismo y entusiasmo y se destaca como uno de los docentes, pero luego de unos meses se ausenta aduciendo incapacidad física y emocional, amenaza con renuncir, en efecto lo hace y solicita lueg de un tiempo reingreso. Así permaneció durante cinco años hasta que le negaron definitivamente la contratación en la institución que durante mucho tiempo fue su sitio de trabajo "más estable" y que le "toleró en reiteradas ocasiones" su ausentismo y la deserción por tiempos prolongados. Desde hace cuatro años es desempleada y solo hace trabajos temporales o muy precarios (en condiciones generales), atendiendo estudiantes de grados superiores, con una alta inestabilidad laboral, mediante contratos de diez meses sin prestaciones sociales y un salario no superior a $800.000.

Para el presente análisis de caso a partir del establecimiento de cuatro categorías analíticas, a saber, el trabajo como factor de subjetivación; causas de malestar y sufrimiento en el trabajo docente; síntomas de malestar y sufrimiento en el trabajo docentez, y estrategias de defensa construidas para el afrontamiento del malestar y del sufrimiento en el trabajo docente, se formula como objetivo principal analizar desde una perspectiva psicoanalítica y bajo la estructura de un estudio de caso, los procesos de subjetivación del trabajo docente como actividad psicosocial y económica. Se establecen como objetivos específicos, los siguientes:

1. Describir de manera analítica los ejes centrales que articulan el caso clínico, en cuanto a las causas del malestar y el sufrimiento en el trabajo docente.

2. Identificar desde una orientación psicoanalítica, los síntomas de malestar y sufrimiento en el trabajo docente, como medio de identificación del paso del malestar al sufrimiento.

3. Comprender analíticamente las estrategias de defensa construidas para el afrontamiento del malestar y del sufrimiento.

Maríe: un caso de malestar y sufrimiento en el trabajo docente

Para el desarrollo de este apartado, se abordará en primer lugar el trabajo como factor de subjetivación. En segundo lugar, se revisarán las causas de malestar y sufrimiento en el trabajo docente, seguido de la identificación de sus síntomas y finalmente, la discusión en torno a las estrategias de defensa construidas para

el afrontamiento del malestar y el sufrimiento en el trabajo docente, aproximándonos a la reflexión acerca de lo no dicho que se escucha a través del síntoma en un docente.

El trabajo como factor de subjetivación: el caso particular de la docencia

Pensar el trabajo como el espacio que les permite a los individuos, entre otros aspectos, la interacción con otros y por ende el establecimiento de relaciones interpersonales, da lugar a asumir, como lo afirman Orejuela y Ramírez (2011), que se trata de una actividad que como "vertebrador social" (p. 132) reviste un alto valor para la subjetividad de cada individuo y para su significación y organización influye la propia historia personal y social, razón por la cual es incorporado sociohistóricamente en la vida de cada individuo. De manera positiva, el trabajo es una actividad social cargada de múltiples sentidos, fines prácticos y funciones psicológicas y es fundamental para nuestra subjetividad, al respecto, Maríe afirma:

> *Trabajar es la posibilidad de tener un lugar en la sociedad, más como educadores en tiempos en que los jóvenes son tan anormativos, tan amorales, y desinteresados por el estudio; sin embargo, cuando uno trabaja se siente útil para la sociedad, se siente parte de ella, mi papá siempre nos dijo a mi hermano y a mí que debíamos ser buenos trabajadores, responsables, constantes, aunque infortunadamente su ejemplo fue contrario a sus palabras, el licor no le permitió cumplir con lo que para él por principio era vital en la vida de uno como trabajador ...".*

En cuanto al aspecto negativo del trabajo, es posible que este se constituya en un espacio de pérdida caótico y dramático para los individuos, como lo plantea Clot (citado por Orejuela, 2015), ante lo cual es posible que se den dos situaciones: por un lado, generar en la persona la movilización de sus capacidades; y por el otro y de manera contraria, el desencadenamiento de un nivel tan alto de sufrimiento, que incremente la sensación de fracaso y entorpezca la construcción de su identidad. Es decir, en la dimensión del trabajo se incluye la aparición de patologías laborales que afectan las dimensiones afectivas y emocionales de los trabajadores. Maríe evidencia cómo la dimensión de sufrimiento está ligada, inequívocamente, a la condición de sin sentido, como lo plantea Orejuela (2015), al definir al sufrimiento como una experiencia de desgaste:

> *Inicialmente yo me sentía realizada, muy realizada como docente. Con decirle que llegué a ser coordinadora tres años de un colegio grandísimo. Fui muy reconocida, muy importante, hice grandes cosas, pero me cansé y regresé a la docencia; mejor*

> *dicho, me quemé. Hoy, después de tantos años, me siento sin fuerzas, siento que no valgo nada, realmente sufro. Siento que mi trabajo no tiene sentido. Claro que hay momentos en que lo replanteo y pienso cosas contrarias, como que sí vale la pena, como que sí es bonita mi labor, solo que ya no ejerzo como lo hacía antes. Veo nuevas generaciones que van llegando, los miro y me digo: "uno empieza así, con toda, con las pilas puestas". Pero pasa el tiempo y el trabajo cansa, fatiga, por múltiples razones. No tenemos el lugar ni las condiciones que nos merecemos; creo que es la profesión más mal paga económicamente y en gratitud.*

Cordié (1998) afirma que el docente se expone como "personaje real", y carga al mismo tiempo con el peso de los afectos motivados en su posición de maestro.

> *Está en el cruce de dos coyunturas indisociables e indiscernibles; está ahí, como él mismo, con su estructura de sujeto y de su personalidad, pero también en el lugar del otro, a causa de la transferencia que genera. Será juzgado por lo que trasluce de su persona a través de su enseñanza, pero soportará también el juicio emitido sobre su función; para algunos, el papel de guía, de educador, de maestro, es una reedición demasiado intensa de la posición parental* (p. 279).

A propósito, Maríe expone:

> *Juicios de todas las clases. Desde los coordinadores, los rectores, los padres, los estudiantes. Toda la sociedad nos juzga porque sí y porque no. Opinan desde diversas miradas… todos quieren ser docentes, los abogados, los ingenieros, los técnicos. Nos piden poca cercanía y confianza con nuestros estudiantes, pero a la vez acompañar como si fuéramos padres (ríe) y hasta psicólogos. La verdad, son posiciones complejas de manejar y cada vez será más complejo. Se acordará de mí.*

A partir del análisis longitudinal de la historia de la psicodinámica del trabajo, Melo y Orejuela (2014) nos indican tres etapas. La primera corresponde a los años ochenta cuando se aborda el sufrimiento psíquico (génesis, dinámica, estrategias de defensa y transformaciones). Durante la segunda etapa, que corresponde a mediados de los años noventa, se estudian el placer y los mecanismos empleados por los trabajadores para tornar el trabajo saludable y se gesta el concepto de dinámica de reconocimiento. Finalmente, una tercera etapa correspondiente al final de la etapa anterior, en la cual se exploran asuntos relacionados con la salud de los trabajadores con base en los procesos subjetivos y las patologías sociopsíquicas, desde lo cual y luego de reconocer el trabajo como factor fundamental de subjetivación, se considera importante analizar los aspectos relacionados con el malestar, el sufrimiento y el síntoma de manera particular en el trabajo docente.

Malestar y sufrimiento en el trabajo: el caso de la docencia

Es importante resaltar el valor conceptual del texto *El malestar en la cultura* (Freud, 1930), en el que se presenta un diagnóstico del malestar del hombre moderno, para aplicarlo a la comprensión de diversas situaciones sociales, como es el caso de la educación y más concretamente del malestar y el sufrimiento en el docente, desde una perspectiva psicoanalítica que permita, como lo afirma Cordié (1998), comprenderlo tanto desde una dimensión sociocultural como a partir de un enfoque individual, evitando así reducirlo a un simple síntoma.

Freud define el malestar como una condición inherente al individuo; es decir, estructural, por virtud de ser sujetos de la cultura. De esta manera, se impone un cierto orden que produce en el campo de los sujetos una división/tensión subjetiva derivada de la lucha entre dos tendencias antagónicas y dialetizantes: por un lado el deseo, que a partir del orden individual se impone como tendencia a mantener el mayor nivel de placer en términos narcisísticos; y por el otro, la ley, que representa una prohibición que produce un efecto de "falta en el ser" (castración), rechazado por el sujeto en cuanto inhibe su tendencia al placer.

Orejuela (2014) define el malestar como

> *[…] una experiencia subjetiva de tensión, insatisfacción y displacer inespecífico, difuso en el sujeto, que puede derivar en sufrimiento o en felicidad, según sea el caso, y condiciones que permitan lo uno o lo otro, de acuerdo con la historia personal singular de cada sujeto* (p. 75).

Sostiene, además, que en el mundo contemporáneo el malestar social responde del sujeto de negación de lo real, un debilitamiento de lo simbólico y una exacerbación de lo imaginario (imaginarización de lo real y de lo simbólico).

Para Braunstein (2006), las relaciones con la cultura son inarmónicas por el hecho de que los otros son imagen y semejanza de uno mismo. Adicionalmente, se hace necesarios las barreras legales y los pactos simbólicos que dejan ver claramente el saldo de malestar como consecuencia de las renuncias que se imponen. Por su parte, Fernández (1998) considera que el malestar en los individuos es la respuesta a los conflictos entre el inconsciente y la consciencia, "[…] principio de realidad y principio de placer, naturaleza y cultura [...] sus cristalizaciones derivan directamente de la función represiva de la cultura, en ese sentido se trata de un malestar de la cultura" (p. 14).

Toriz (2009) define el malestar docente como "[…] un fenómeno que expresa incomodidad, sensación de estar mal física y anímicamente por el desempeño

de actividades docentes dentro de una situación escolar, en condiciones de trabajo difíciles y factores subjetivos de los profesores" (p. 2). Cordié (1998) por su parte, comprende el malestar docente como un miedo desencadenado por un objeto o situación que actúa como señal de angustia. s.Señala que estos objetos concentran toda la problemática del sujeto y representan al mismo tiempo, goce y prohibición, deseo y represión.

Al reflexionar acerca de los modos de intervención respecto de esta problemática que aqueja cada vez más a este gremio particular de la educación, Baltazar (s.f) considera fundamental describir los efectos negativos que afectan la personalidad del docente, como resultado de las condiciones psicológicas en que son ejercidas sus funciones. Por su parte, Liss, Collazo y Martínez (2008) consideran el malestar docente como una problemática que debe ser abordada tanto de manera individual como colectiva, para descifrar la amplitud de expresiones físicas y psíquicas implícitas en el papel del docente, así como posibilitar psíquicamente la salida "[…] de la tendencia inconsciente de repetición" (p. 1). Esto se observa claramente en el discurso de Maríe, que refleja cómo el trabajado no está desligado de la historia de vida y la docente trabaja con su persona, con lo que es, con su subjetividad; que puede ser su palanca, pero también su obstáculo (subjetivo):

> *Es que mire. No solo es social, bueno… eso creo, ¿no? (ríe). Desde lo individual y desde mi propia experiencia puedo decirle que muchas situaciones personales, de mi infancia, de mi vida, se ponen en juego en mi trabajo como docente. Constantemente me pregunto si puedo seguir siendo educadora con tantos líos emocionales no resueltos en mi vida, tantas dificultades con mi familia, sobre todo con mi papá, que es un bebedor y maltratador de mi mamá. Por eso no vivo con ellos. Tantos líos conmigo misma… ¿La verdad? Esto ha sido un círculo de cosas que siguen apareciendo. Eso me dijo el mes pasado la psicóloga. Se vuelven a presentar; de una institución a otra; vuelven aparecer. Los jefes y los colegas no cambian, aunque sean otros los colegios. Yo sigo siendo la misma Maríe, al igual que mis problemas, mis quejas, mi sufrimiento. Si todo ha cambiado, ¿por qué se siguen presentando estas cosas en mi vida que afectan mi amor por la educación?* (llora).

Respecto de su malestar, Maríe evidencia la precariedad material del trabajo al señalar aspectos como poco reconocimiento, elevadas exigencias y escasos recursos para responder a la demanda. Afirma:

Mire. Nuestro trabajo no tiene valor para nadie. La principal dificultad, creo, son las relaciones interpersonales. ¡Huy! Eso es tenaz para mí, al punto de llegar a sentirme en bullying. Al final, uno termina sufriendo. Una cosa es cuando uno solo se queja, pero esto con el tiempo ya empieza a doler más. La verdad,

sí se sufre, y mucho, en este trabajo, aunque se ame por vocación. Se sufre porque no se siente uno apoyado. Ese es el segundo motivo para mí, ¿no? En tercer lugar, todos lo juzgan a uno y si uno se queja en la casa le dicen: "¡pues agradezca, mija, que tiene trabajo!". Claro, es que a ellos igual les conviene que uno trabaje para sostenerlos, no crea… Y otros factores, como el poco pago, las condiciones de los salones. Los muchachos ahora son muy groseros, no hay apoyo de los padres.

Toriz (2009), afirma que los docentes experimentan diferentes malestares por el deterioro de sus condiciones laborales y sus subjetividades. Afirma que el factor de mayor incidencia en su malestar es el "[…] detrimento del valor de su figura y trabajo por parte de los alumnos, los padres de familia y autoridades escolares" (p. 1). Es posible mencionar numerosas causas que originan respuestas de malestar en los docentes. Se tienen, entre otras, la descontextualización de las prácticas docentes respecto del curriculum; la dificultad de trabajo en grupo de los equipos directivos; la priorización de los procedimientos de organización y administración sobre lo pedagógico; episodios de violencia; formación docente no acorde con las necesidades regionales y locales; desactualización de marcos referenciales del trabajo institucional, y dificultad para mantener un buen clima institucional.

El sufrimiento es definido por Orejuela (2014), como "[…] una tensión psíquica desgastante, intolerable, insimbolizable e inconsciente" (p. 83). Para Freud (1930), el sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo, desde el mundo exterior y desde las relaciones con otros seres humanos. Este último corresponde al origen social que genera inquietudes como la imposibilidad de comprender "[…] por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos" (p. 84). Estas tres amenazas se evidencian en el discurso de Maríe:

> *Los primeros años en los colegios me hacían sentir respaldo. Era otro tiempo. Los docentes éramos valorados; claro que, igual, yo era más joven, no sentía tanto como ahora esta soledad, este dolor, sobre todo después de la muerte de mi novio (doce años atrás) que me desubicó tanto. Pero igual, eran tiempos cuando uno tenía el respaldo de los papás, de los estudiantes, de los directivos. Ahora todos ellos están en contra de nosotros, nos persiguen, nos asedian, nos hacen sentir que debemos ser evaluados hasta en lo más mínimo de nuestra personalidad. No tenemos derecho a nada, ni siquiera a expresarnos. Incluso, cuando tenemos problemas con un compañero, uno prefiere más bien alejarse porque eso de joder con el genio o la marrulla de otros si no. ¡Que cosa bien complicada eso de las relaciones! (sonríe) y uno sin apoyo de la institución... Ahora yo me siento es muy enferma, del*

> *cuerpo y del alma. Solo Dios logra sostenerme un poco, pero no deja de ser duro de verdad. Siempre parto de la ilusión de que esto cambiará. Hace un tiempo me prometieron un nombramiento, ¡pura paja! Pero me voy sintiendo cada vez más vieja, desarreglada, fea y ya no encuentro ganas como de nada.*

Se evidencia en el sufrimiento de Maríe poco reconocimiento de la labor, altas exigencias mediante evaluaciones en las que se enfatiza la medición más que el contenido real del trabajo. Igualmente, con relación a sus compañeros se observa que entre ellos no es posible hablar, dada su condición de competencia entre iguales. No hay posibilidad de simbolización de la experiencia de malestar mediante la palabra en el colectivo de maestros, lo cual exacerba el malestar y lo convierte en sufrimiento. Igualmente, Maríe evidencia mediante el sufrimiento, desarticulación, ruptura del equilibrio psíquico y desestabilización de su identidad y de su personalidad. Al comienzo despliega una serie de mecanismos de defensa que le permitieron controlar su condición e interpretar la normalidad de su quehacer docente, como resultado de un compromiso entre su malestar y su lucha en el trabajo. Sin embargo, se evidencia a lo largo de todos el espacio de encuentro con ella, que de una situación inicial de malestar deriva un sufrimiento producto de la desestabilización psíquica provocada por las exigencias y demandas de su trabajo y su familia, al tiempo que su malestar no es reconocido por los directivos. Asimismo, no le es posible simbolizar ese malestar a través de su apalabramiento, ni entre sus compañeros, ni con sus jefes, por estar en competencia. Como diría Sennett (2006), trabajando bajo el régimen de la indiferencia.

La generalización del malestar y la intensificación del sufrimiento en el campo de la docencia

Freud (1930) afirma:

> *[…] la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos […] los hay quizás de tres especies: distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; narcóticos que nos tornan insensibles a ella. Alguno cualquiera de estos remedios nos es indispensable* (p. 70).

A propósito de Maríe, ella recurre al licor como químico, cuya toxicidad produce satisfacción sustitutiva para atenuar su malestar. En su discurso se evidencia un sinsentido, causa de sufrimiento, que pudiera devenir de una situación en la que siente que no se está contribuyendo a algo trascendente. Como refiere Clot (citado por Orejuela, 2015), de no contribuir a ninguna perennidad:

> *Mi malestar intentaba remediarlo inicialmente pensando en el afecto de los estudiantes. Me quedaba, incluso, después de la jornada de trabajo nivelándolos, preparando actividades bacanas para mis clases, pensando y soñando cómo hacerlo mejor. Pensaba en mis chicos, ellos eran mi distracción incluso en mi vida tan sola y desierta. Algunas veces optaba los viernes por irme a tomar trago con mis compañeras, las solteronas como yo, otras buscaba un coordinador menor que yo para seducirlo. Pero creo que no le gustaba. Me aceptaba algún detalle, pero siempre supe que no era importante para él. Después de un tiempo mi malestar se volvió mayor. Ya no bastaba mi poesía, los poemas que hacía a la vida, al amor, al colegio. Dejé de hacerlos también. Yo sufro mucho ahora y no encuentro nada que me ayude en realidad. Solo logro sentirme bien cuando voy con la doctora (se refiere a su psicóloga). Con ella hablo y hablo; estoy más tranquila, pero ya no quisiera seguir siendo docente. Me han ofrecido ser bibliotecaria, pero tampoco, porque yo estudié para ser docente. Entonces me pongo que no sé ya qué hacer. Esto no tiene sentido ya. La docencia perdió valor en mi vida, aunque esto lo siento, no quería llegar a sentirme de esta manera tan vacío. No comprendo lo que me pasa en realidad; quisiera una respuesta.*

Melo y Orejuela (2014) afirman que la vivencia de sufrimiento suele traer consigo, entre otros, –como se evidencia en el discurso de Marié– sentimientos de insatisfacción, alejamiento, inseguridad, angustia, depresión, miedo, vulnerabilidad, frustración, culpa, tristeza, desvalorización, rabia o tensión laboral, desgaste físico y emocional. Es decir, que como tal el sufrimiento derivado del malestar y que surge, como lo plantea Clot (citado por Orejuela, 2014), de un desarrollo impedido y de una amputación del poder de actuar, incluye tres registros: el corporal, el psíquico y el relacional, como se observa en la pieza discursiva de Maríe.

Toriz (2009), señala como síntomas del malestar docente "[…] desgaste, agotamiento, pérdida de la tolerancia, se sienten desarmados, debilitados, abatidos y con coraje, unos más que otros" (p. 7). Al respecto, Eastman (citado por De la Torre, s.f) afirma que algunos síntomas propios en la docencia del "quemado" son su insatisfacción con el trabajo, negativismo, aburrimiento, falta de preparación, irritabilidad, frecuentes enfermedades, afección de la memoria, cansancio y depresión y el Burnout interfiere de manera significativa en la vida física, intelectual, social, psicoemocional y espiritual del docente. Concluye que la noción de malestar está asociada a los conceptos de sufrimiento, síntoma y psicopatología.

Los síntomas son definidos por Cordié (1998), como una "[…] formación del inconsciente: indica la división del sujeto, su esquicia [...] El síntoma encierra un sentido ignorado por el sujeto, quien no se reconoce enteramente en él" (p.

164). Orejuela (2014), lo define como "[…] la articulación discursiva entre el malestar y el sufrimiento", pero que también puede ser entendido como "modalidades del sufrimiento y del malestar" (p. 76). A propósito de esto, Cordié (1998) afirma que el síntoma es un sufrimiento que al no pasar por la palabra puede adoptar la forma de goce. Se entiende, como lo afirma Braunstein (2006), que todo goce está ordenado por el Otro y cada uno debe hacerse cargo de los riesgos de obedecer a esas intimaciones que proceden del Otro.

Orejuela (2014), afirma que la subjetividad es dividida y que los sujetos normales aman sus síntomas a los que no les es fácil renunciar, ya que ocupan un lugar en la economía psíquica y proporcionan ganancias secundarias a pesar del desgaste excesivo –de goce– que arrastran, pues como lo plantea Dunker (citado por Orejuela, 2014), el sujeto hace un cálculo neurótico de su goce; es decir, piensa estratégicamente qué gana y qué pierde en cada caso, y acepta mantenerse como está o se arriesga a la posibilidad de un cambio. Todo depende del balance que cada sujeto haga de las pérdidas y las ganancias que implica renunciar a sus síntomas y exponerse al cambio.

Para Braunstein (2013), cada invitación o incitación a gozar acaba por convertirse en una orden para chocar con los límites, experimentar la prohibición y burlarse de la condena implícita en la consigna de gozar hasta reventar, como se observa en el discurso de Maríe en el que se evidencia una estrategia de defensa consistente en propiciar incapacidades médicas para apartarse de la fuente de tensión y desgaste. Igualmente, se patentiza una pérdida del sentido. Ella vive, de un lado, una pérdida de la experiencia (pérdida del sentido), y de otro, una experiencia de la pérdida (del trabajo dado, que se sitúa por periodos de desempleo o en precariedad laboral):

> *Es gracioso (sonríe). Al principio, desde el martes gritaba en la sala de profesores: compañeros "no vendré a trabajar ni miércoles, ni jueves, ni viernes. Me voy a incapacitar". Y así era. No iba a trabajar, me enfermaba, iba a mi EPS, enviaba la incapacidad y me tomaba cuando estaba mamada de tanta responsabilidad cinco días de descanso, sin importar que se volviera constante, que era usual, al menos una vez al mes. Eso me daba risa con mis amigas, miedo también que me pillara el rector, pero finalmente se dio cuenta y me cambiaron de buena gente de sede, y allí fue lo mismo (ríe) hasta que un día decidí no volver diciendo que me tenían en bullying algunos compañeros, que la rectora me perseguía y no me aceptaba. Cuando quise regresar después de un tiempo ya la rectora de ese colegio no me recibió porque se dio cuenta de que venía haciendo eso desde hace muchos años en otras sedes. Y aquí estoy, como desempleada o con trabajos mal pagos (llora), a veces hasta queriendo no vivir más, así me siento un ser viviente, sin vida.*

Como lo plantea Bourdieu (citado por Orejuela y Ramírez, 2011) un desempleo vivido como "muerte social" (p. 137), y adicionalmente implícito en las palabras de Maríe, como lo afirma Cordié (1998). Un docente que expresa el porqué de su evitamiento y a la vez aparecn el sentimiento de tener demasiadas responsabilidades y ser incapaz de hacerlo. La autora observa que esta impresión deriva de una gran culpabilidad en este sujeto. Aparece así el miedo, la incapacidad, la impotencia, el sentimiento de estar desbordado y sobre todo de no ser comprendido y sostenido por las instancia responsables.

Sierra, Ortega y Zubeidat (2003), afirman que el psicoanálisis vive la angustia como una amenaza de disolución del yo. Sostienen que para Freud la angustia se produce sin relación con tipo alguno de condición, de manera incomprensible tanto para los otros como para el mismo enfermo. Su acceso es espontáneo y libre, sin que pueda hallarse un peligro o pretexto y "[…] siempre está presente en la vida del ser humano, pudiendo adquirir distintos tipos de máscaras" (p. 30). La formación de síntoma para Freud (1926), tiene el efectivo resultado de cancelar la situación de peligro, que en sí misma posee dos caras: una que permanece oculta para nosotros y produce en el ello una modificación por medio de la cual el yo se sustrae del peligro; y la otra, vuelta hacia nosotros, nos muestra lo que ella ha creado en sustitución del proceso pulsional modificado. Freud (1930) señala que la finalidad de evitar el sufrimiento relega a segundo plano la de lograr el placer, como se observa en Maríe "[…] el alejamiento voluntario, el alejamiento de los demás, es el método de protección más inmediato contra el sufrimiento susceptible de originarse en las relaciones humanas" (p. 74).

Abordar de esta manera al malestar como el sufrimiento en el quehacer del docente implica pensar en las múltiples expectativas puestas en él, "[…] es muy berraco. A uno le dicen que no se comprometa emocionalmente con los muchachos, pero también le piden ser asertivo, quererlos, ayudarlos, acompañarlos. Pero la cercanía también es juzgada con mala intención, con malos ojos". Como sujeto envestido en la posición de un funcionario domesticado al que, como se observa en el discurso de Maríe, "[…] se le pide que proporcione una enseñanza codificada en donde no se involucre afectivamente, se le pide que mantenga distancia entre el ámbito del saber y sus emociones y no se le permite en muchas ocasiones la expresión de su sentir" (Salazar, 2009, p. 5). Esto se comprende como aquello propio del mundo paradójico del trabajo, que espera que la subjetividad no afecte el desempeño laboral, pero a la vez exige control emocional y subjetivo, como apalancamiento del desempeño, sobre todo en la era de trabajo de servicios.

Estrategias de defensa construidas para el afrontamiento del malestar y del sufrimiento en el trabajo docente: lo que se escucha a través del síntoma en un docente

Dejours (citado por Orejuela, 2015), plantea que el trabajo, como actividad psicosocial y económica, puede llegar a ser creativo o patogénico, y ello depende de los recursos con los que se cuenta o los obstáculos con los que se enfrenta el individuo para poner en juego su subjetividad en el desempeño de sus tareas y configurar sus estrategias de defensa individual o colectivas. Sousa y Mendes (2013), afirman que estas defensas se constituyen con el fin de protegerse de la enfermedad; sin embargo, algunas de estas estrategias podrían conducir al sujeto a la patología, como se observa en el caso de Maríe:

> *Yo empecé faltando mucho al colegio. Me enfermaba, mentía; sentía que era motivo de burla de mis compañeros. Llegue alguna vez a decir en un noveno que yo sabía que era una mujer muy fea… Luego ya de manera descarada, conseguía con un amigo médico las incapacidades en la EPS, me iba de puente (ríe). Empecé hacer mal mi trabajo, desmotivada, ya no era igual dando las clases, ni las de biología que tanto me gustaban. Luego eso pasó de castaño a oscuro, empecé amenazar con no volver, y efectivamente me iba un tiempo, pero el académico me quería tanto que me daba la oportunidad de volver muchas veces, hasta que cambiaron la de talento humano, y me echaron; bueno, me sacaron. Hoy soy una más del montón, a veces me entusiasmo y hago cosas chéveres, pero ya no disfruto. Me siento muy desubicada, sin comprender a qué hora pasó todo eso. De ser coordinadora, ahora nada. Bueno, ahora profesora en…*

Se hace visible en este momento del discurso de Maríe la pérdida de las referencias de identidad, de la idea de sí. Esa función subjetiva del trabajo como proveedor de una identidad que ha perdido, ante lo cual Dejours (citado por Orejuela, 2015) plantearía que toda crisis patológica pasa por una crisis de la identidad. Freud (1926) afirma que el yo consigue defenderse de una moción pulsional peligrosa por mecanismos como la represión, inhibiendo y dañando esta parte del ello, pero de manera simultánea le concede una porción de independencia y renuncia a una porción de su propia soberanía. "Esto se desprende de la naturaleza de la represión, que en el fondo es un intento de huida. Ahora lo reprimido está 'proscrito', excluido de la gran organización del Yo, solo sometido a las leyes que gobiernan el reino de lo inconsciente" (p. 49).

Cordié (1998) considera que los trastornos dependen de conflictos inconscientes y pueden ser calificados de síntoma. Orejuela (2014) afirma por su parte, que los síntomas pueden tener el estatuto de formaciones del inconsciente, de formas

adaptativas que "[…] dan consistencia ontológica al sujeto y paradójicamente arrastran goce en plus, esto es una forma de defensa que aspira a ser adaptativa pero que falla, que no es toda, porque a la vez que apacigua produce un desgaste no calculado" (p. 88); y Freud (1926) sostiene que si el yo forma síntomas y erige defensas, es ante todo para evitar percibir la angustia, que para el yo significa un peligro, una señal de alarma ligada "[…] al temor de la separación y la pérdida de objeto, en última instancia angustia de [castración]" (p. 1).

> *Yo prefería no volver, huir, estar en casa, sentirme enferma, que enfrentar el rechazo de los otros y el poco valor dado a mis esfuerzos. Digo esfuerzos porque me sentía enferma del alma, cansada de mi trabajo, pero eso nunca lo supo la institución, ni lo leyeron; no valoraron lo que para mí significaban mis años de experiencia y lo que había aprendido como licenciada en bioquímica. Por eso fue mejor alejarme, defenderme de sentirme pisoteada como maestra, como hija, como hermana. Porque la verdad, tanto problema en mi vida familiar y afectiva, y sumo a todo esto, peleas constantes de mis padres, golpes, maltratos, mi soledad… aunque ahora me arrepiento, se agotó la paciencia de ellos (se refiere a los directivos de la institución) y no pude regresar a ese sitio que me vio crecer, que creyó en mí, donde me pagaban bien, y tenía un lugar.*

Esto lo afirma Maríe como indicativo de la falta de reconocimiento vivido de manera subjetiva. Reconoce, incluso desde su misma condición familiar, situaciones que la aquejan y le producen sufrimiento; también una presencia constante de no reconocimiento por un padre alcohólico y maltratador de la madre.

Sousa y Mendes (2013), refieren que el placer en el trabajo se genera en la medida en que el sufrimiento se transforma, en el uso de la inteligencia práctica, en tener espacios públicos de discusión y en el reconocimiento por parte de los otros. Es decir, el placer en el trabajo "[…] se daría debido a la posibilidad del sujeto de llevar a cabo la movilización subjetiva" (p. 118), elementos con los cuales al parecer Maríe contó como recursos en algunos momentos de su trayectoria laboral, pero que se fueron perdiendo en su paso al sufrimiento por las condiciones generadas en torno a él:

> *Yo escribía poesía. Allí expresaba mi sentir frente a lo que me ocurría o lo que pensaba de la educación, lo compartía en las reflexiones de la mañana cuando hacíamos la oración con los compañeros. En el día algunos se acercaban y dialogábamos sobre lo que escribía; era como dejar huella con mis palabras en ellos. Pero cuando empecé a mentir, a faltar hasta descaradamente, a llorar con frecuencia en los salones, a deprimirme, llegar tarde, evadir mis tareas y funciones, ya no tenía efecto mi poesía y mis compañeros se alejaron. Creo que porque les molestaba tener que cubrirme tantas veces en sus horas libres, por no ir a trabajar. Cierto día*

> *una de kínder (se refiere a una docente), me dijo que yo era una manipuladora. La rectora me mandó con la psicóloga de la EPS y allí empecé. He seguido, pero todo parecer estar acabado, mi buen tiempo ya pasó.*

Se observa cómo los síntomas de Maríe fueron tramitables hasta cierto punto por ella. Sin embargo, se desencadenan patologías que dan cuenta de síntomas típicos y permanentes que superaron la capacidad de ser tramitados, imposibilitándose así una defensa de sí misma que revierte en una mayor complejidad e intensidad como forma de sufrimiento. Se evidencian un discurso de desesperanza y la presencia de una fase depresiva derivada de la pérdida del sentido del trabajo y de reconocimiento y del debilitamiento de la estrategia de defensa.

Santos, Mendes y Araujo (citados por Sousa y Mendes, 2013), aducen que desde la psicodinámica del trabajo se comprenden sus dimensiones intersubjetivas a partir del método de la clínica del trabajo, el cual permite a los sujetos configurar espacios de diálogo en relación con el sufrimiento que se origina, permitiendo de esta manera la creación de estrategias eficaces individuales y colectivas, la reconstrucción de su capacidad de pensar y de enfrentar situaciones que provoquen sufrimiento, e ir en busca de un buen estado de salud y de placer, para lo cual se debe tener en cuenta la insistencia de sujetos como Maríe, de mantenerse en posiciones y condiciones que aunque le producen malestar y sufrimiento, tienen valor subjetivo en su economía psíquica sin saber exactamente por qué, al menos hasta que no reconozca qué significantes han devenido de tal posición, desde su propia historia, sus identificaciones y sus coagulaciones; posición subjetiva que no es definitivamente gratuita y que tiene valor en su economía psíquica.

Consideraciones finales

El trabajo constituye una dimensión clave de la existencia y del psiquismo y un medio que permite la vinculación social. En el caso particular de la docencia, el acto educativo requiere necesariamente del deseo –como en otras profesiones u oficios– no solo del educador, sino también de los estudiantes, los padres de familia, los directivos. Al respecto Cordié (1998) afirma:

> *Un objeto común al analista y al pedagogo es el "saber" […] el analista y el pedagogo, de quienes se supone van a responder a una demanda de saber, tendrán que preguntarse por la respuesta que a su juicio darán; en otras palabras, tendrán que plantearse la cuestión de su deseo. La naturaleza del "deseo del analista" hace al meollo de su praxis. Pero, ¿qué decir del deseo del docente y del educador?* (p. 72).

Y en el caso que nos ocupa, ¿qué decir de su malestar y su paso al sufrimiento?

A lo largo de esta reflexión se concluye que son múltiples factores los que llevan del malestar al sufrimiento intenso en el docente y sus síntomas nos hace pensar en lo paradójico de esta condición, que de manera consciente expresa la urgencia de remediar porque duele y destruye, pero como lo expresa Fernández (1998), a la vez se muestra posibilitante, necesaria, incurable e inevitable.

Podría afirmarse que en el caso de Maríe son múltiples los factores desencadenantes de su angustia y en estas condiciones el cuestionamiento de sus acciones, omisiones, saberes, cualidades, realidad familiar e imagen en general, producirían un sufrimiento tal que generaría la descompensación. Por ello, es importante señalar que mientras el malestar corresponde a una tensión de baja intensidad, difusa, relativamente simbolizable (que se puede o no articular), y tolerable, el sufrimiento es generador de alta tensión, relativamente identificable, no simbolizable (sin sentido, inarticulable) e intolerable (Orejuela, 2015). Como se observa en las piezas discursivas de Maríe, es claro su paso del malestar al sufrimiento al evidenciar paulatinamente la creciente precarización de sus condiciones objetivas y subjetivas en el campo laboral, en las que atraviesa situaciones como la pérdida del trabajo, la desmejora en las condiciones económicas, el desvanecimiento de su lugar de autoridad, la no apelación eficaz de estrategias de defensa anteriores (poesía, licor, ausentismo) y vivencia de acoso moral que ella señala como *bullying*. Es decir, en términos generales pierde su posición docente y se sostiene en un goce repetitivo que no logra resolver.

Lo no dicho por Marié por medio de sus síntomas se refleja en situaciones de depresión que no le permiten encontrarle sentido a la experiencia de trabajo. Pugna por darle valor una actividad que en el pasado lo tuvo, pero que no logra entender cómo se ha ido perdido. Enfermarse de manera recurrente, ausentarse, evadir responsabilidades y el contacto con los otros, establece un sufrimiento en el trabajo que no ha podido articular en palabras y la lleva en ocasiones a tomar posiciones de cinismo como una estrategia de defensa. Ese síntoma revela que está luchando por hacer del trabajo una experiencia placentera como lo fue en el pasado, pero no logra reconocer cómo perdió la facultad de hacer de su labor una experiencia placentera. Otro síntoma apunta a una conflictividad entre ella, sus colegas y sus estudiantes, sobre todo con los primeros cuando una compañera la acusa de manipuladora y ella se sitúa como víctima de *bullying*.

Se observa claramente la presencia de síntomas en tres registros: en el campo de las relaciones que se manifiesta en una dificultad marcada con sus compañeros; en el campo del cuerpo que se evidencia en enfermedades recurrentes que la

hace ausentarse del trabajo; y en el campo de lo psíquico, con síntomas de depresión, despersonalización, angustia, miedo e insatisfacción constante. Estos síntomas reflejan cómo Maríe ha experimentado un relativo malestar que se ha intensificado y la ha llevado a una experiencia de sufrimiento en el trabajo de la cual no es suficientemente consciente, pues ni en su experiencia terapéutica con la psicólha logrado articular, ni en su colectivo de trabajo, porque allí no le es posible hacer que circule su malestar.

Aunque la mayoría de los docentes tienen conciencia de los movimientos afectivos que generan en sus estudiantes, en su mayoría son interpretados como asuntos directamente dirigidos a su persona y a su manera de enseñar, lo cual puede acarrear consecuencias significativas en el establecimiento de sus relaciones interpersonales. Para Cordié (1998) "[…] el docente es más vulnerable por cuanto no tiene a su alcance la posibilidad de iniciar una reflexión sobre sí mismo y sobre su práctica fuera del rígido marco de su formación universitaria" (p. 276).

La imposibilidad de articular el malestar y el sufrimiento del docente mediante la palabra les impide ser reconocidos de manera real y ser exorcizados, por tanto sitúan su estado en un ambiente difuso e inarticulado para convertirse, bajo el efecto de la transferencia simbólica, en sentidos incorporados a nuevas estructuras simbólicas. Se reconocen de esta manera, como lo señala Dunker (2004), que "[…] los síntomas deben ser embargados como obras de arte, paciente y laboriosamente construido por pacientes, hechas para ocultar y revelar el deseo, que contiene la fantasía, en sí, el proceso de formación simbólica" (p. 109).

Bibliografía

BALTAZAR, R. (s.f). *El malestar docente en los educadores de personas jóvenes y adultas.* Recuperado de: http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v09/ponencias/pdf

BENDASSOLLI, P. (2011). Mal-estar no trabalho: do sofrimento ao poder de agir. Revista Mal-estar e subjetividade. X(1), 63-98. Recuperado de: www.mal-estaresubjetividade.com

BERCOVISH, S. (2006). *Intimidades transformadoras.* Recuperado en: www.encuentropsicoanalitico.com.

BRAUNSTEIN, N. (2006). *El goce: un concepto lacaniano.* México: Siglo XXI.

BRAUNSTEIN, N. (2013). *Freud y el malestar en la cultura mexicana.* Recuperado de: http://psicologiasilvestre.blogspot.com/2013/02/freud-y-el-malestar-en-la-cultura_1432.html

CAMPS, M. (2005). *El malestar en el docente, su posición y su deseo.* Grupo de investigación pedagogía y psicoanálisis. Valencia.

CANO, F. (1988). "La subjetividad como objeto de estudio de la psicología y los modos de investigación". En: Orejuela, J. (2014). (Ed). *Floralba Cano. Escritos*. Cali: Bonaventuriana.

CLOT, Y. (2007). *A funcão psicologica do trabalho*. Petropolis: Vozes.

CORDIÉ, A. (1998). *Malestar en el docente. La educación confrontada en el psicoanálisis.* Buenos Aires: Nueva visión.

DE LA TORRE, C. (S.F). El malestar docente: un fenómeno de relevancia internacional. Recuperado de: http://stellae.usc.es/red/file/view/5625/el-malestar-docenteun-fenmeno-de-relevancia-internacional

DEJOURS, C. (1987). *A loucura do trabalho: Estudo de psicopatologia do trabalho*. São Paulo: Cortez.

DEJOURS, C. (1993). *Psicodinâmica do trabalho: contribuições da escola dejouriana à análise da relação prazer, sofrimento trabalho*. São Paulo: Atlas.

DEJOURS, C. (1999). *Conferencias brasileiras: identidade, reconhecimento e trasgressao no trabalho.* São Paulo: FGV.

DEJOURS, C. (2007). *A banalizacão da injustica social*. Rio de Janeiro: Fundacão Getulio Vargas.

DIAZGRANADOS, S., GONZÁLEZ, C., y JARAMILLO, R. (2006). "Aproximación a las problemáticas psicosociales y a los saberes y habilidades de los docentes del distrito". En: *Estudios sociales.* 1 (23), 45-55

DUNKER, C. (2004). "Formas de apresentação do sofrimento psíquico: alguns tipos clínicos no Brasil contemporâneo". En: *Mal-estar e subjetividade,* 6 (1), pp. 94-111.

DUNKER, C. (2011). "Mal-estar, sofrimento e sintoma: releitura da diagnóstica lacaniana a partir do perspectivismo animista". En: *Tempo Soc.* 23 (1) São Paulo.

FERNÁNDEZ, E. (1998). "En torno al malestar: Aproximaciones de Nietzsche y Freud". Conferência apresentada no I Congresso sobre Mal-estar e Subjetividade. Mal-estar e subjetividade. 1 (1), 10 – 42.

FERREIRA, L. (1987). Prólogo. En: Dejours, C. (1987). *A loucura do trabalho: Estudo de psicopatologia do trabalho*. Sao Paulo: Cortez.

FRANCO, I., y SARIEDDINE, R. (2005) "O mal-estar do professor frente à violência do aluno. *Mal-estar e subjetividade.* 5 (2), pp. 261-280.

FREUD (1930). El Malestar en la cultura. Recuperado de: http://www.dfpd.edu.uy/ifd/rocha/m_apoyo/2/sig_freud_el_malestar_cult.pdf.

FREUD, S. (1926d) *Inhibición, síntoma y angustia.* Hemmung, Symptom und Angst (traducción y notas de Juan Bauzá).

GUTIÉRREZ P., MORÁN S. y SANZ I. (2005). El estrés docente: elaboración de la escala ed-6 para su evaluación, Revista Electrónica de Investigación y Evaluación Educativa, 11, (1).

LACAN, J. (1966). "La dirección de la cura y los principios de su poder". En: *Escritos 2*. México: Siglo veintiuno.

LHUILIER, D. (2008). *Clinique du Travail*. París: Érès.

LISS, M., COLLAZO, M., y MARTÍNEZ, D. (2008). *Lo no dicho que se escucha tras lo dicho. El sufrimiento psíquico en los docentes.* VII Seminario Redestrado. Nuevas regulaciones en América Latina, Buenos Aires, Argentina.

MALVEZZI, S., OREJUELA, J., CHIUZI, R., VESGA, J y RIASCOS, W. (2012). *Gramáticas actuales de la relación hombre-trabajo: propuestas de lectura*. Cali: Bonaventuriana.

MANCORDES, B. (2010) "O mal-estar na civilização: um diálogo entre Freud e Marcuse". En: *Malestar e Subjetividade*. 10 (1), pp. 61-86.

MELO, M., y OREJUELA, J. (2014). "Clínicas del trabajo: un estado de la cuestión". En: *Psicología de las organizaciones y del trabajo.* Universidad de San Buenaventura, Cali, Colombia.

MURCIA, M. y OREJUELA, J. (2014). "Las comunidades teoterapéuticas y psicoterapéuticas como tratamiento contra la adicción a SPA: una aproximación a su estado del arte". En: *Revista CES Psicología*, 7(2), pp. 153-172.

NASIO, J. (1999). El placer de leer a Freud. Buenos Aires: Gedisa.

OBANDO, J. (2010). La transferencia en la clínica psicoanalítica. Tesis de posgrado. Universidad de San Buenaventura, Cali, Colombia.

OREJUELA, J. y RAMÍREZ, A. (2011) "Aproximación cualitativa al estudio de la subjetividad laboral en profesionales colombianos". En: *Pensamento psicológico*. 16 (9), pp. 125-144.

OREJUELA, J. (2014). *O mal-estar subjetivo derivado da fragmentação do trabalho*. Tesis doctoral. Universidad de Sao Paulo, Sao Paulo, Brasil.

PUJÓ, M. (2001). "Malestar en la institución". En: *Mal-estar e subjetividade*, 1 (1), pp. 73-93

ROMANO, E. (2007). *Hacer lugar al deseo de saber*. Buenos Aires: Escuela freudiana de Buenos Aires.

SALAZAR, M. (2009). "Ser docente. Un punto de vista subjetivo". En: *Educare.* 13 (3), pp. 182-195

SAVIO, N., y Cuello, M. (2009). "Mudanzas epocales en los posicionamientos subjetivos. Aportes del psicoanálisis para abordar el malestar docente". En: *Fundamentos en humanidades,* 20 (2), pp. 77-86.

SENNETT, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama. Barcelona.

SIERRA, J., Ortega, V., y Zubeidat, I. (2003). "Ansiedad, angustia y estrés: tres conceptos a diferenciar". En: *Mal-estar e subjetividad*, 5 (3), pp. 10-59.

SOUSA, F., y Mendes, A. (2013). "Cuerpo docente: análisis psicodinámico del trabajo de profesores reubicados de Brasilia, Brasil". En: *Praxis*, 15 (23), pp. 115-131.

TENORIO, M. (1988). "Consideraciones en torno a la construcción del caso clínico en psicoanálisis". En: *Cuadernos de psicología*, 9 (1), pp. 68-85.

TORICIA, A. *Declive, reinvención y malestar.* XI Congreso Nacional de Investigación Educativa. Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco.

TORIS, A. (2009). "Condiciones de trabajo y malestar docente en la educación secundaria pública". XXVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, Argentina.

ZANINI, E. y MOURIÑO, J. (2010). "Omal-estar na docencia em tempos liquidos de modernidade". En: *Fortaleza*, 10 (3), pp. 865-885.

La locura, enigma más allá de los límites de la razón

Julio Ortega Bobadilla

La vida cambia. El psicoanálisis también cambia.
Estamos apenas en el comienzo de una nueva ciencia.
Freud, S. (1926).

Afirman Bastide *et all* (1969), que la locura no es un hecho sino un problema. El problema en cuestión, sería el del sin-sentido; la extranjería de las manifestaciones que acompañan a la psicosis y su falta de relación con el contexto cotidiano, sus diversas formas de atentar contra el mundo social construido sobre supuestos habituales.

Sin embargo, múltiples ejemplos de la historia humana parecen encajar en esta definición como parte del progreso mismo de una civilización. Habitualmente se considera la psicosis un fenómeno de excepción. No obstante, quienes argumentan que la normalidad se acerca más bien a la estructura neurótica, pasan por alto la más elemental lectura de los acontecimientos históricos. Los delirios de Nerón y de Calígula, las atrocidades de Vlad Tepes, Alfonso IV de Portugal, Pedro el Cruel de Castilla, Catalina de Rusia; en tiempos más modernos el acontecimiento del Holocausto y los siniestros personajes que lo animaron, la voracidad y crueldad de Stalin, quien en nombre de una causa trascendente cazó a sus adversarios y aplastó la ciencia y la cultura de un pueblo, y la guerra norteamericana del Golfo Pérsico, son signos de que la locura ha corrido sin trabas. Incluso el neoliberalismo y el impulso ecocida de nuestro hipercapita-

lismo, son parte de una misma enajenación que compromete el futuro de las próximas generaciones.Estos ejemplos, por demás llamativos, hablan también de que bajo ciertas condiciones –¿sociales?–, esta locura puede ser sancionada como justa, normal o al menos tolerable, por el grueso de la población.

El concepto de psicosis resulta polémico desde el principio. Lacan mismo intituló a su seminario de 1955-1956 *Las psicosis*, intentando con ello con este nombre en plural transmitir la ambigüedad del término no solo en el mundo psiquiátrico.

En un comienzo, las psicosis eran entendidas como una posesión divina. Colli (2000), nos recuerda que en el mundo griego la locura era una forma de inducción al conocimiento y la verdad. Será en la Edad Media cuando los locos sean despreciados, marginados y más tarde tomados como posesos. Recién en el siglo XVIII, los lunáticos son considerados enfermos (acompañados de un consecuente temor al contagio y víctimas por tanto de una condena al aislamiento).

Es a partir de la época clásica que se determina un significado para la locura. En adelante, la estrategia de definición operará por el acento en el negativo de la norma. La taxonomía establecida permite la instrumentación de estrategias de rechazo social que segregan a los alienados del resto de la población en hospitales. El paso es paulatino y la enfermedad mental ocupará el lugar dejado por la lepra como consecuencia de un acercamiento higiénico médico moderno (Foucault, 1964).

Atrás ha quedado la simpatía a la locura de Erasmo o su embarcamiento en la *Stultifera navis*, en adelante representa la sombra, el desahucio o una práctica sentencia de muerte. En el fondo, el internamiento no pretende tanto suprimir la locura, arrojar del orden social una figura que no encuentra ahí su lugar; su esencia no es la conjuración de un peligro. Manifiesta solamente lo que es en su esencia la locura: es decir una revelación del no – ser; y al manifestar esa expresión, la suprime por ello mismo, puesto que la restituye a su verdad de nada. El internamiento es la práctica que corresponde con mayor justeza a una locura experimentada como sin razón, es decir como negatividad vacía de la razón; allí la locura se reconoce como nada. (Foucault, M., 1964).

El estudio de Foucault (1964) respecto de las aproximaciones a la locura en la época clásica arroja un resultado sorprendente:

1. En la locura clásica se dan dos formas de delirio. Uno manifiesto, conformado por las enfermedades del espíritu, singularmente la melancolía. Otro, pro-

ducto de la enfermedad que no aparece siempre, pero que cuando se busca se encuentra.

2. El delirio implícito existe en todas las alteraciones del espíritu. Todo signo de extravío es una marca de la esencia natural de la locura.

3. El discurso cubre todo el dominio de extensión de la locura. La locura no solo consiste en alteraciones del cuerpo y de la conducta, sino básicamente en un discurso delirante.

4. El lenguaje es la estructura primera y última de la locura. Silencioso o estridente el delirio se define a partir no solo de su naturaleza psicológica o de su carácter onírico, sino principalmente por el peso de un lenguaje delirante.

Es a partir del siglo XVIII cuando el psicótico pasa de ser un exótico sin sentido, caprichoso e inmanejable, que trata de imponer su voluntad y se confunde con el idiota, a ser un objeto de estudio. Así, la psiquiatría intentó transformar racionalmente los síntomas en signos objetivos que alineados darían lugar a una clasificación al estilo naturalista de Buffon. Pinel inicia la separación entre las locuras sintomáticas de las locuras idiopáticas o esenciales, trabajo que continuarán en el siglo XIX Georget, Baillager, Magnan y finalmente Kraepelin (Bercherie, 1980).

La orientación empírica de este trabajo se ratifica con las recomendaciones de Pinel para utilizar al máximo como modelo el trabajo de Locke y Condillac. Sin embargo, no se privará de criticar al primero y establecer que debe rechazarse un sistema totalizante; aún así, sus trabajos son concretos y su clasificación precisa. En su tipificación de la locura destacan las causas morales como la principal etiología. La cólera, la alegría, el miedo y la tristeza actúan sobre las vísceras y perturban las funciones de la circulación y el cerebro, ocasionando con ello movimientos que afectan el resto del organismo. El esfuerzo de Pinel que merece resaltarse es convertir al alienado en un ser humano con derechos. De Hipócrates retoma la idea –aún vigente en muchas concepciones holísticas– de que la enfermedad es una respuesta saludable a una serie de causas que perturban el equilibrio, cuya finalidad es hallar una curación. El tratamiento moral por él instituido, tiene como finalidad aislar al enfermo de su medio familiar enervante y someterlo a una reeducación severa y paternal, un trabajo ordenado y estricta vigilancia médica. Su objetivo es someter al enfermo a una influencia positiva que extraiga del círculo vicioso de su enfermedad. Pinel utiliza todos los recursos de lo que hoy llamaríamos una "transferencia positiva", buscando con ello ser

un modelo para el enfermo y aunque a veces habría que intimidarlo, se evita agredirlo o degradarlo.

Nada diferente del panorama de un hospital mental contemporáneo en una provincia mexicana. No hemos avanzado mucho desde Pinel en el tratamiento psicológico de los enfermos mentales, prácticamente nada; incluso se ha retrocedido. La psicoeducación no es más que un refrito del sistema de Pinel. Sazonado con literatura de autosuperación y psicologías de pasillo, es lo mejor que puede recibir un enfermo, aunque lo que habitualmente recibe es simple encierro y fármacos que lo mantienen en calma a precio de cosificarlo.

La desventura de las ideas de Pinel sobrevendrá por su desconfianza en las corrientes anatomopatológicas, especialmente en los trabajos de Bichat, lo que lo pondrá a contracorriente de las tendencias organicistas. Corresponde a él y no a Esquirol el mérito de establecer una práctica clínica con los pacientes que puede ser hoy cuestionable, pero que resulta la primera aproximación que da valor al trato con el paciente y no considera azaroso el padecimiento ni el tratamiento.

Esquirol parece menos autoritario que Pinel. Sus ideas desembocaron en la implementación de un sistema institucional, pues desempeña un importante papel en la elaboración de un plan administrativo y legislativo para los enfermos en Francia (ley de 1838). Su obra es más conocida que la de su maestro dado que sus estudios fueron más extensos, sus descripciones más pormenorizadas y su clínica más definida. El tratado de Esquirol es la más detallada obra sobre las enfermedades mentales de esta primera época psiquiátrica y reduce el resto de las publicaciones a meras monografías.

La frenología de Gall –cómo demuestra Bercherie– desempeña un papel importantísimo en el desarrollo posterior de la psiquiatría. Neuroanatomista destacado, fue el primero en establecer las funciones de la materia gris y la corteza cerebral. Posteriormente establece la localización exacta de las funciones corticales, emocionales e intelectuales y en general psicológicas, lo que lo lleva a adentrarse en un trabajo que termina en el fracaso por sus conclusiones prematuras. Sin embargo, su sistema ejercerá una fascinación intelectual en el público de la época, incluidos Broussais[56] y Comte. La alienación mental es consecuencia de una modificación funcional material del cerebro; no hay más. Los tratamientos morales son por tanto ineficaces en el caso de la locura.

56. Para una exposición de las ideas y aportaciones de Broussais conviene remitirse al extraordinario texto de Canghilhem: Lo Normal y lo patológico.

Étienne-Jean Georget, asistente de Pinel y de Esquirol, representa una posición intermedia entre los anatomistas y los funcionalistas. Según este autor, la locura es producto de causas predisponentes (herencia, enfermedad, involución) y eficientes (causas morales e intelectuales). Será contradictorio en sus estrategias para con el enfermo, pero categórico en ciertas afirmaciones: "No se buscará para nada hacer razonar a los alienados para conducirlos nuevamente al sentido común, pues sus errores son tan necesarios como los desórdenes de toda función cuyo órgano está enfermo" (Bercherie, 1999, p. 29).

Más adelante, Moreau de Tours (1845) equipara el estado del sueño y la locura; sin embarbo, la figura central de este período fue Griesinger, que influenciado por Guieslan y Hebart introduce concepciones, semiología, etiopatogenia, formas clínicas, pronóstico y tratamientos que prevalecen hasta nuestros días. Bercherie (1999) resalta que su teoría del ego y la metamorfosis del ego en el delirio son retomadas por Freud. Representación, represión (término de Herbart), móviles (¿pulsiones?), conciencia y yo, son conceptos que se encuentran en su obra y seguramente influyeron a Freud más de lo que se cree. Su sistema psicopatológico es bastante completo, pero la idea que prevalece en su método es la de evolución. Neumann pondrá por escrito en 1860 el criterio de que todas las formas de la locura serían fases sucesivas de una misma enfermedad.

Bayle desarrolla una anatomopatología de la enfermedad mental, pero su nosología atraviesa los sistemas de Pinel y Esquirol y hace centrales para el desarrollo de un diagnóstico los signos y síntomas que ellos habían señalado, aunque la parálisis general aparece como un punto de unidad clínica evolutiva y anatomopatológica.

Falret intenta clarificar las clasificaciones anteriores. En una crítica a sus predecesores distingue tres estados en el delirio: manía, melancolía y estado lúcido y prepara el camino que seguirán Magnan y Kraepelin. A partir de este punto, la psiquiatría toma la vía de las descripciones detalladas y las clasificaciones diversas. su hijo, Jules Falret, sentará las bases de la llamada "época de oro de la psiquiatría francesa" que opera según el juego de distinguir diferencias y semejanzas y descubrir "nuevos padecimientos", dejando de lado la etiología de esas formas. Agrega a las clasificaciones "la hipocondría moral" (caracterizada por pesimismo y postración), y la "alienación parcial" (prácticas obsesivas y miedo al contacto) que serán retomadas bajo el título de neurosis obsesiva por el psicoanálisis. Describe con puntualidad el delirio de persecución-perseguidores, que será retomado por los clínicos franceses y luego conformarán el delirio de reivindicación de Sérieux y Capgras.

Morel tiene el mérito de reintroducir la idea –suprimida por la ciencia médica de sus contemporáneos– de Georget, de que la clasificación debe surgir con base en la etiología y que el tratamiento debe ser acorde con la causa de la enfermedad. Su clasificación de esas causas es, sin embargo, imperfecta: intoxicación (alcoholismo y drogadicción); consecutivas a las grandes neurosis (histeria, hipocondría, epilepsia), simpáticas (generadas por un órgano diferente al cerebro), e idiopáticas (cerebro lastimado en su sustancia y cuyo paradigma sigue siendo la parálisis general). Sin embargo, es famoso por su teoría de la degeneración que con matices religiosos explica que la locura es el final de un proceso de degradación del cuerpo que reduce a lo animal y primitivo al ser humano. Lo esencial de esta doctrina es la consideración de un carácter hereditario a dicha degeneración, concepción que tendrá un éxito notable hasta que se topa con Ziehen (Psychiatrie, 1894) y más tarde con las objeciones de Freud en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905). Su trabajo sentará las bases de la demencia precoz de Kraepelin. Las clasificaciones de Kahlbum ceden su importancia a su trabajo clínico sobre la catatonia, que distingue del estupor, la estupidez y la demencia que aparecían confundidas antes de sus estudios.

Las orientaciones de muchos trabajos de la época están marcadas por la circunstancia de que los alienistas y psiquiatras son ante todo neurólogos que conciben la actividad mental homóloga al arco reflejo (Freud mismo concibe así el esquema-dispositivo, que va de la percepción a la motilidad de su aparato psíquico en su *Traumdeutung*, 1900) y las hipótesis son neurologizantes sin mantener del todo una autonomía del enfoque psíquico.

Los trabajos más fructíferos conservan la independencia del funcionamiento psíquico de la anatomía. Asociacionismo de ideas (John Stuart Mill), placer y displacer, conciencia e inconsciente (Hartmann), serán conceptos que se desarrollarán en el siglo XIX, pero varían en sus significados y trascendencia.

Kraepelin se alinea en principio con los trabajos de Kraft-Ebing y desarrolla una monumental clasificación que retoca una y otra vez y produce notables descripciones clínicas y tipificaciones que prevalecen hasta nuestros días. Niega las psiconeurosis de los autores que le preceden y las agrupa en el concepto de demencia precoz. Como dato curioso, no acepta la psicoanalítica freudiana.

La clínica de la Salpêtrière desempeña un papel importantísimo en la formación de la psiquiatría y el psicoanálisis modernos. La influencia de Charcot y de Jules Falret, se hará patentes en muchas generaciones, así como la rivalidad de Ball y Joffroy respecto de las concepciones de Magnan, que finalmente será limada para la publicación de un *Tratado de patología mental* (1904). Al comienzo del

otoño de 1885, Freud se presenta como neurólogo en el hospital de La Salpêtrière con cortes de tejido coloreados con plata, según un método de su propia invención que habría desarrollado en el laboratorio merced a sus estudios con Meynert. Cabe imaginarlo como médico entusiasta que trata de ganar fama con sus investigaciones. Charcot desprecia su regalo. El maestro francés y amo de las histéricas, posee una intuición que lo empuja a confiar menos en los resultados de laboratorio y no muestra entusiasmo alguno por la ofrenda del joven investigador. Hablar de Charcot rebasaría las intenciones de este artículo. Su figura rechoncha, sus impecables trajes negros, su seriedad y sus ademanes hieráticos, dan lugar a un seguimiento fanático de sus sesiones por un público que incluye a Sara Bernhard y Guy de Maupassant. En Alemania será retratado para la eternidad bajo la siniestra figura de un hipnotista que controla un muerto viviente en el filme expresionista *El gabinete del doctor Caligari* (1920), de Robert Wiene.

La concepción de Charcot acerca de la génesis de las enfermedades "nerviosas", si bien no era del todo clara atribuía un magro papel a la exploración física del paciente, adelantándose en este sentido a la idea de que detrás del cuerpo modificado por el sufrimiento hay una dinámica no ligada a la *physis* del todo, pero sí una historia que puede ser develada por la entrevista clínica y un síntoma susceptible de ser modificado a partir de la sugestión.

Los trabajos de la Salpêtrière y en particular de Séglas, mantienen una unidad respecto del género en lo que respecta a las psicosis delirantes. Sus trabajos dejarán huella en la enseñanza de Clérambault, maestro de Lacan. Según Foucault (1977), la Salpêtrière

> *[…] era un inmenso aparato de observación, con sus exámenes, sus interrogatorios, sus experiencias, pero también era una maquinaria de incitación, con sus presentaciones públicas, su teatro de las crisis rituales cuidadosamente preparadas con éter o nitrito de amilo, su juego de diálogos, de palpaciones, de imposición de manos, de posturas que los médicos, mediante un gesto o una palabra, suscitan o borran, con la jerarquía del personal que espía, organiza, provoca, anota, informa, y que acumula una inmensa pirámide de observaciones y expedientes* (p. 45).

Bajo la influencia de estos clínicos franceses se aplica al ejercicio psicopatológico el dispositivo de la confesión, tan caro al cristianismo occidental. Freud, tras presenciar este espectáculo y regresar a Viena, combinará estas experiencias con la clínica de Breuer, la psicología del asociacionismo desenterrada por Théodule-Armand Ribot (con la que seguramente topó en Francia), y el descargo de la confesión. Foucault (1977) hace notar esto último con un dejo de sarcasmo,

pero no habría por qué descartar el valor de la confidencia y su poder de desahogo. Su primera psicología es simple: el hecho traumático debe ser liberado para traer el *happy ending* de la curación.

Con base en esta concepción, Freud se propone dirigir la abreacción como si se tratase de expulsar a la nociva *taenia solium*, causante de la parasitosis intestinal. Incluso podría irse más lejos en la metáfora y la imagen que surgiría es la del exorcista tratando de sacar los demonios del poseso. Su abordaje técnico "deficiente" prefigura modalidades y recursos de "modernas terapias" como la guestáltica o la del grito primario. Estas estrategias encuentran en la catarsis la fuente más profunda de su resorte curativo, pero complican su mecánica con intervenciones basadas en los sentimientos e intuiciones del operador –en la clínica psicoanalítica eso tiene un nombre: *contraacting*– que complican a final de cuentas el universo inconsciente del paciente y precipitan el progreso terapéutico hasta arrojarlo fuera del trabajo perlaborativo.

En su artículo necrológico sobre Charcot, Freud (1893) hace patente su deuda con él. Esto es palpable en relación con su concepción de la teoría de la escisión de la conciencia, que liga con el estudio de fenómenos cotidianos como la diferencia entre sueño y vigilia. Se anuncia en este escrito el germen de conceptos claves en la teoría psicoanalítica, a saber: "escisión" del yo, "inconsciente" e "identificación". Los estudios del médico francés sobre las representaciones y las imágenes histéricas ejercerán una notable influencia sobre Janet y Binet. Babinski propondrá eliminar el término "histeria" que considera impreciso, y cambiarlo por el neologismo "piatitismo" (curable por persuasión),

El salto freudiano se da a partir de incluir el factor sexual como principalísimo en la causa de los padecimientos mentales y producir una metapsicología acorde con ello, que descarta el factor degenerativo tan caro a sus antecesores y contemporáneos. Todavía Sérieux y Capgrás (2008) tan cuidadosos en sus descripciones clínicas de la paranoia, le atribuyen como etiología la degeneración.

Ballet distingue la alucinación crónica como independiente del delirio, sentando con ello las bases para la teoría del automatismo mental de Clérambault. El trabajo de este último sostiene que el núcleo del automatismo mental es de origen lesional, subconsciente, neutro y atemático y genera sintomatología que desemboca en el delirio. En ambos autores, el factor sexual se encuentra ausente como centro.

Moebius, Magnan y otros autores clásicos, tendrán una relativa importancia en las elaboraciones freudianas. Bleuler y Jung se fascinan al leerlo, pues ven el

nacimiento de una verdadera etiología en lo que se refiere a los padecimientos mentales crónicos. Ven como central el factor emocional en la regulación, dirección y perturbación de la vida psíquica. Aunque las reglas de semejanza y continuidad del asociacionismo estén presentes como lógica en los procesos mentales, lo esencial es el descubrimiento de un "complejo emocional". Bleuler aplica este modelo a lo que, a partir de 1906, denominará "esquizofrenia" y que más tarde ligará a una toxina producida por el cerebro, unida a un hecho traumático y al factor emocional. Sin embargo, a pesar de utilizar el modelo freudiano de sentido en el caso de este padecimiento con notables resultados, remite el hecho a una perturbación primera generadora (Minkowski) no susceptible de cerrarse en un anillo lógico.

El término "autismo", derivado del freudiano "autoerotismo", busca por otro lado, negar el determinismo sexual, aunque haga patente la introyección sobre sí mismo del sujeto y su mundo mental fuera de la realidad compartida.

Kraepelin sigue en sus clasificaciones un camino medio entre Charcot y los clásicos alemanes. Integra los trabajos de la criminología italiana (Lombroso) y los sintetiza en una obra que alcanza ocho ediciones, con correcciones fundamentales que dan unidad a la catatonia, la hebefrenia y la paranoia, además de dar carta de ciudadanía a la psicosis maníaco-depresiva.

El problema puede ser visto también desde la perspectiva de la psiquiatría clásica, que pone el énfasis en la mirada (el psicoanálisis se centra en la escucha) y conduce a un psicogenetismo que trastoca las construcciones psiquiátricas. Se apoya en un funcionalismo que toma por pivote la palabra y sus construcciones. No puede negarse un factor orgánico en los delirios y formas de psicosis, pero es impensable reducir a una grosera génesis física la etiología de estas estructuras. La etiología trasciende los focos de la materia gris y se ubica en el registro del lenguaje, siempre en relación con el otro. Séglas ya lo había hecho notar: la alucinación toma como manifestación las formas verbales.

La *Psicopatología general* de Jaspers (1913) critica conceptualmente el discurso psiquiátrico. La causalidad psíquica nunca es simple. Así como la vida es un intercambio entre adentro y el afuera, así lo exógeno y lo endógeno se comunican. No puede reducirse un padecimiento a uno solo de estos factores. Nunca debe olvidarse el *Angalage* (lo individual endógeno) de cada sujeto (Jaspers, 1988).

A partir de Claude, el psicoanálisis ejercerá una influencia (que algunos consideran imperialista y totalizante) sobre la psiquiatría francesa. Esta no será compartida por la psiquiatría norteamericana que tomará el camino del empi-

rismo y el behavorismo en su núcleo teórico y técnico. Al parecer, este último movimiento se ha generalizado en una psiquiatría cada vez más avergonzada de sus juicios psicopatológicos y de sus meditaciones etiológicas.

La clínica psiquiátrica psicoanalítica se preocupa menos por las clasificaciones y las oscilaciones entre lo normal y lo patológico y por la determinación obsesiva de un diagnóstico, que por la composición de la historia y las vicisitudes que acompañan la subjetividad del paciente. Se trata de comprender a este y a su entorno, y en esta vía no hay tipos puros psicopatológicos. El sentido terapéutico estriba en la recuperación del equilibrio al precio menos costoso (Bercherie, 1980). La psicosis es una de las experiencias más extremas de sufrimiento que pueda imaginarse y su tratamiento no es fácil, puesto que requiere modificaciones en la técnica psicoanalítica tradicional y muchas veces un esfuerzo interdisciplinario.

El organodinamismo constituye el esfuerzo teórico de Henri Ey para responder positivamente a la interrogación de cuál es el propósito del clínico, e intenta definir el objeto y el sentido de la psiquiatría. Su trabajo es fiel al humanismo y enraizado en un cierto espíritu dialéctico que va de Platón a Marx, sin olvidar a Hegel (Mahieu y Mahieu, s.f). El desprecio de su trabajo por Lacan y Foucault, no debe hacernos olvidar que formó muchas generaciones de médicos en Francia y el mundo.

Los asombrosos avances de la psicofarmacología han llevado a "resultados prácticos" fundamentados en bases teóricas pobres que se alejan muy poco de la frenología de Gall (Stahl, 2002). Los medicamentos son recetados luego de una indigente escucha, un contacto mínimo con el paciente y la identificación de síntomas típicos y signos sin ninguna aproximación crítica. La demanda del paciente y los familiares es atendida sin mediación y pone al médico en el papel de una máquina dispensadora de refrescos.

El diagnóstico debería ser más bien ser tentativo. La causalidad psíquica nunca es simple, pues las funciones del cerebro son complejas y el *Angalage* específico del sujeto es único. La intervención debe ser calculada sin apresuramientos y el psiquiatra debería ser algo más que un farmaceuta. Actualmente, la formación social, filosófica y humana, esencial en un verdadero tratamiento terapéutico, es completamente dejada de lado como producto del enfoque organicista.

Cabe preguntarse en detalle los aportes de Freud (y en general del psicoanálisis) al estudio y tratamiento de la psicosis. Con el psicoanálisis se descarta el determinismo biológico hereditario del siglo XIX y se da paso a una concepción más compleja.

Importa hacer notar que la nosología psiquiátrica fue enfrentada por Freud a partir de sus primeros abordajes de la locura. La clasificación según síndromes y síntomas, las recomendaciones morales y las terapias constrictivas o de simple contención, no colmaron sus expectativas de tratamiento hacia los enfermos. La etiología pareció ser siempre la intención en su obra, pues parecía importarle más encontrar un mecanismo específico por el cual se crea la vivencia delirante. En *La neuropsicosis de defensa* (Freud 1894) refiere que la psicosis es producto de rechazar una representación intolerable que va más allá de la disociación del afecto o la represión. El yo aparece aquí como agente de la locura que intolerante ante una realidad indeseable produce el repudio.

Por otro lado, el antagonismo esquizofrenia-paranoia, síntesis de la contraposición desorganización frente al delirio estructurado –tan cara a la psiquiatría alemana– no aparece como esencial al vienés. En la correspondencia de Freud a Fliess vemos emerger un concepto más amplio que el de paranoia retomado de la psiquiatría clásica alemana: demencia precoz.

Cabe preguntarse si Freud consideró las psicosis tratables por el psicoanalisis. La respuesta es negativa en principio, aunque a esta contestación agregó que *no* en el estado que él dejaba la teoría. Otras preguntas asociadas a esta inquietud serían: ¿cuáles son los criterios que lo llevaron a sostener semejante punto de vista? Y ¿en qué estado dejó la cuestión de la Locura (con mayúscula)?

El método de asociación libre, única regla forzosa del análisis, parte del supuesto lógico de que mediante una serie de palabras hiladas como discurso en el trabajo de diván, irán poco a poco surgiendo las representaciones reprimidas por el yo y contrarias a sus mandatos. Es así como el analizante encontrará paulatinamente la forma de relacionarse con la parte oculta de su ser, con su deseo. El propósito de la terapia psicoanalítica sería revelar al enfermo neurótico sus tendencias reprimidas inconscientes y descubrir con este fin las resistencias que en él se oponen a la ampliación del conocimiento de sí mismo.

Sin embargo, la psicosis planteará a la teoría y a la práctica del psicoanálisis problemas de no fácil respuesta. En este caso no se trata de revelar nada reprimido, sino de lidiar con el hueco del rechazo a esa realidad intolerable. El trabajo, por otro lado, se complica en ciertos casos: ¿qué pasa en enfermos en los que reconoce una pérdida de nexos asociativos como en la catatonia y ciertos tipos de esquiquizoidias?

Agreguemos otra consideración: si la libido está dirigida específicamente al yo y no hay posibilidad de catexis con objetos externos, entonces la consecuencia

clínica sería la imposibilidad de establecer una transferencia, condición indispensable para la terapia analítica.

Freud considera la psicosis por fuera del tratamiento a través del psicoanálisis. De hecho, el caso Schreber (1910-1911) le interesa más por razones científicas y su análisis es específico sobre el libro (el discurso) del paciente, sin desviarse hacia la familia, los antecedentes infantiles o la historia personal. El caso en cuestión excede en mucho el análisis de Freud, cómo ha señalado Lacan (también excede el análisis del mismo Lacan),

En sus publicaciones formales de la primera época, destaca el escrito *Nuevas observaciones sobre la psiconeurosis de defensa* (1897), en el que el inciso *Análisis de un caso de paranoia crónica* revela una hipótesis:

> *Desde hace mucho tiempo vengo sospechando que también la paranoia –o algún grupo de casos pertenecientes a la paranoia– es una neurosis de defensa, surgiendo, como la histeria y las representaciones obsesivas, de la represión de recuerdos penosos, y siendo determinada la forma de sus síntomas por el contenido de lo reprimido. Peculiar a la paranoia sería un mecanismo especial de la represión, como lo es la represión en la histeria por el proceso de la conversión en inervación somática, y en la neurosis obsesiva la sustitución (el desplazamiento a lo largo de ciertas categorías asociativas).*

Al examinar la correspondencia con su amigo Fleiss, encontramos en una referencia al mecanismo de la psicosis que consideramos de importancia:

> *Viena, 22-12-1897.*
>
> *¿Has visto alguna vez un diario extranjero que haya pasado la censura rusa en la frontera? Palabras, cláusulas y párrafos enteros están tachados de negro, al punto que lo que resta es incomprensible. Tal censura rusa ocurre también en las psicosis, dándonos los delirios, carentes en apariencia de todo sentido.*

De estas letras, elegimos saltar a una nota relevante contenida en *La interpretación de los sueños* (1900), síntesis de una práctica que ya puede calificarse de analítica:

> *Inciso: c) La realización de deseos. Subinciso: h) Relaciones entre el sueño y las enfermedades mentales.*
>
> *Aquellos que hablan de las relaciones del sueño con las perturbaciones mentales pueden referirse a tres cosas: 1. A relaciones etiológicas y clínicas, cuando un sueño representa o inicia un estado psicótico o queda como residuo del mismo; 2. A las transformaciones que la vida onírica sufre en los casos de enfermedad*

> *mental; y 3. A relaciones internas entre el sueño y la psicosis; esto es, a analogías reveladoras de una afinidad esencial. Estas diversas relaciones entre ambas series de fenómenos han constituido en épocas anteriores de la medicina –y vuelven a constituirlo actualmente– un tema favorito de los autores médicos,*

En el historial del caso de histeria conocido como el caso Dora (1905), nos hará un comentario curioso respecto de la psicosis y una forma particular de manifestación de dicha entidad, que demuestra una sensibilidad clínica notable:

> *No llegué a conocer a su madre, pero de los informes que sobre ella hubieron de proporcionarme el padre y la hija, hube de deducir que se trataba de una mujer poco ilustrada y, sobre todo, poco inteligente, que al enfermar su marido, había concentrado todos sus intereses en el gobierno del hogar, ofreciendo una imagen completa de aquello que podemos calificar de "psicosis del ama de casa". Falta de toda comprensión para los intereses espirituales de sus hijos, se pasaba el día velando por la limpieza de las habitaciones, los muebles y los utensilios, con una exageración tal, que hacía casi imposible servirse de ellos. Este estado, del cual encontramos con bastante frecuencia claros indicios en mujeres normales, se aproxima a ciertas formas de la obsesión patológica de limpieza.*

En otro momento de su obra, encontramos el escrito *Sobre psicoterapia* (Freud, 1904/1905), del que extraemos el siguiente párrafo:

> *Las psicosis y los estados de confusión mental y de melancolía profunda (pudiéramos decir tóxica) contraindican así la aplicación del psicoanálisis, por lo menos tal y como hoy se practica. De todos modos, no creo imposible que una vez adecuadamente modificado el método analítico quede superada esta contraindicación y pueda crear una psicoterapia de las psicosis (p. 47).*

Y en el caso Schreber 1910 (1911):

> *[…] el paranoico vuelve, en efecto, a construirlo, no precisamente con mayor magnificencia, pero al menos en forma que pueda volver a vivir en él. Lo reconstruye con la labor de su delirio. El delirio, en el cual vemos el producto de la enfermedad, es en realidad la tentativa de curación, la reconstrucción. Ésta es conseguida mejor o peor después de la catástrofe, pero nunca completamente.*

Siguiendo un cierto orden cronológico (no exhaustivo) de referencias, encontramos ese ejemplar tratado sobre el padre que conocemos como *Tótem y tabú* (1913), en el que afirma:

> *El estado conocido con el nombre de enamoramiento, tan interesante desde el punto de vista psicológico y que constituye como el prototipo normal de la psicosis, corresponde al grado más elevado de tales emanaciones con relación al nivel del amor a sí mismo.*

Proposición que se comprende mejor, si lo ponemos en el contexto de las observaciones hechas en la *Introducción al narcisismo* (1914), donde al exponer los tipos de elección de objeto, nos mencionaba que éstos se hallaban determinados conforme a dos clases:

> *1. Conforme al tipo narcisista:*
> *Lo que uno es (a sí mismo).*
> *Lo que uno fue.*
> *Lo que uno quisiera ser.*
> *A la persona que fue una parte de uno mismo.*
>
> *2. Conforme al tipo de apoyo (o anaclítico):*
> *A la mujer nutriz.*
> *Al hombre protector.*

Se sostiene, entonces, que el narcisismo es la base fundamental de la conducta humana. Es aquí que al ocuparse de la parafrenia elige afirmar que la libido se ha retraído sobre el yo y es incapaz de ser puesta en objetos. Respuesta teórica que ya había ensayado en el caso Schreber (1911) y que tiene el grandísimo inconveniente de valerse del uso metafórico de una topología de esfera. La cuestión se complica, pues en *Duelo y melancolía* (1915) [1917] vuelve sobre sus reflexiones y se ocupa de preguntas relacionadas con la pérdida del juicio ante la desilusión amorosa. Leemos:

> *[...]¿En qué consiste la labor que el duelo lleva a cabo? A mi juicio, podemos describirla en la forma siguiente: el examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya, y demanda que la libido abandone todas sus relaciones con el mismo. Contra esta demanda surge una resistencia naturalísima, pues sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una sustitución. Esta resistencia puede ser tan intensa que surjan el apartamiento de la realidad y la conservación del objeto, por medio de una psicosis optativa alucinatoria.*

Más tarde (en los que se han definido como los dos escritos fundamentales de Freud sobre el tema), encontramos diferenciaciones entre neurosis y psicosis (1924):

> *[...] llegamos a una fórmula sencilla, que integra quizá la diferencia genética más importante entre la neurosis y la psicosis: la neurosis sería el resultado de un conflicto entre el "yo" y su "ello", y, en cambio, la psicosis, el desenlace análogo de tal perturbación de las relaciones entre el "yo" y el mundo exterior.*

Un poco más adelante en el mismo escrito: "[...] la demencia aguda alucinatoria forma quizá la más extrema e impresionante de las psicosis; la percepción del mundo exterior cesa por completo o permanece totalmente ineficaz".

Y en *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis* (1924):

> *Ya en un trabajo reciente expusimos como uno de los caracteres diferenciales entre la neurosis y la psicosis el hecho de que en la primera reprime el yo, obediente a las exigencias de la realidad, una parte del ello (de la vida instintiva), mientras que en la psicosis del mismo yo, dependiente ahora del ello, se retrae de una parte de la realidad. Así, pues, en la neurosis dominaría el influjo de la realidad y en la psicosis el del ello. La pérdida de realidad sería un fenómeno característico de la psicosis y ajeno, en cambio, a la neurosis.*

Paremos aquí nuestra revisión de estos textos fundamentales y clásicos. Recalquemos que se trata de un resumen selectivo e incompleto de las posiciones freudianas. Como idea general, se impone la impresión de que Freud parece detenerse frente a los problemas que presenta el tratamiento de psicóticos. Sin embargo, hoy en día habría que preguntarnos si, precisamente, algunos de los casos tratados por el profesor no se trataron de psicosis. Me refiero, en concreto, a algunos casos de los primeros historiales clínicos (por ejemplo, frau Cëcilie M. y frau Emmy Von M.), habitualmente considerados neurosis histéricas, pero en los que se presentan graves alteraciones clínicas de tipo alucinatorio, pasajes al acto, automatismos mentales, ideas delirantes y enfermedades que hoy consideraríamos del tipo psicosomático. Aunque quizá deban agregarse otros historiales como el de el hombre de los lobos y el mismísimo caso Dora, no por azar incluido en la reflexión central dedicada a la pregunta histérica en el seminario de las psicosis dictado por Lacan. Si fuese correcta esta afirmación, tendría que admitirse como un hecho que desde el principio del psicoanálisis el tratamiento de psicóticos se ha llevado a cabo. Por nuestra parte, consideramos que ha habido y habrá psicóticos en análisis con éxito diferente en el tratamiento, pero la sola posibilidad de éxito en algunos casos nos orienta a no ceder ante la psicosis.

El debate acerca de los conceptos de paranoia, esquizofrenia y dementia precoz no se cierra tan fácilmente. La amplia discusión es una polémica de fondo que marca el comienzo de un reposicionamiento respecto de la locura. La esquizofrenia bleuleriana impuesta totalmente después de la Segunda Guerra Mundial se generaliza –no por azar– con la diáspora freudiana. Sin embargo, los franceses conservaran la división entre la dementia precoz y la esquizofrenia. El mismísimo jefe de Lacan en el internado, su maestro Claude, conservaba la idea de que la primera era una denominación más general y llamaba a las esquizofrenias "esquizoidías". Las aproximaciones de la terapéutica psiquiátrica ligadas a estos fenómenos tomaron con el tiempo diversas formas. Se intentaron los choques eléctricos y las lobotomías y recientemente merced a una nueva generación de neurolépticos, se han reducido el delirio y las manifestaciones de depresión y suicidio. Desgraciadamente, es común encontrar entre el mundo médico cierta certeza de que estos padecimientos son irremisibles en la mayoría de los

casos y que lo único que habría de esperarse del tratamiento es un control no siempre eficaz.

Agreguemos a esta reflexión el hecho de que personalidades consideradas sociopáticas, caracteropáticas o aquellos casos que la extensa bibliografía anglosajona menciona ordinariamente como *borderline,* nos plantea el problema de si en realidad se trata de psicosis compensadas. En virtud de la indefinición conceptual típica de estos trabajos que se balancea entre considerar esas personalidades dentro de una entidad clínica determinada o apariciones fugaces de rasgos aislados ligados a perturbaciones de la constitución primaria del sujeto, se manifiestan problemas ineluctablemente ligados a la forclusión del nombre del padre, concepto lacaniano sin el cual no sería posible entender la clínica de la psicosis.

Lacan no es el único que ha tratado en el psicoanálisis a pacientes psicóticos. Los trabajos de Klein, Bion, Bettelheim son una muestra de diferentes modos de trabajo con este tipo de paciente. Lacan ha intentado una manera diferente de comprensión del fenómeno, cercana al pensamiento freudiano.

Julien (1985), explícita para nosotros que la labor de Lacan se identifica con el psicoanálisis a través nombrar los puntos en los que se cierra la enseñanza sobre el inconsciente. Justamente uno de estos puntos es la paranoia, problema que apasionó al maestro francés. De hecho, su tesis de doctorado lleva el título de *La psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932) en la que apuesta por una nueva definición de la personalidad y liga al yo en relación íntima imaginaria con el semejante. Pero también se denota la cercanía de los procesos de odio y amor –matriz del concepto de *heinamoration* (odioenamoración) (Krajzman 1986)–, idea que confronta la concepción psicoanalítica de que el psicótico vive en un mundo propio donde la catectización de los objetos externos es imposible. En este escrito *princeps* sobre el tema formula la solución de que el perseguidor para el paranoico debe ser eliminado mediante la solución del *pasaje al acto*, pues justamente lo intolerable de su existencia se debe a una intrusión excesiva de ese otro. Asimismo, establece una revolución en la psiquiatría al considerar la paranoia una psicosis pasional en contra de su maestro De Clérambault (1920, 1923, 1924).

Por otra parte, tras la muerte de Lacan se revalora la predominancia del registro de lo simbólico que en los años cincuenta constituyó el corazón del llamado "retorno a Freud". Se ha afirmado, incluso, que la dimensión imaginaria es lo único que permite hacer lazo entre lo simbólico y lo real (Julien 1985) y pone en entredicho el primer plano que originalmente habría constituido en relación con los otros registros, el llamado simbólico. También se discute actualmente sobre la incompletud de dicho registro y la necesidad de reformar la práctica

del psicoanálisis basada en el simple marcaje del significante. En el caso de la psicosis concretamente, la técnica tradicional se revela insuficiente y pobre.

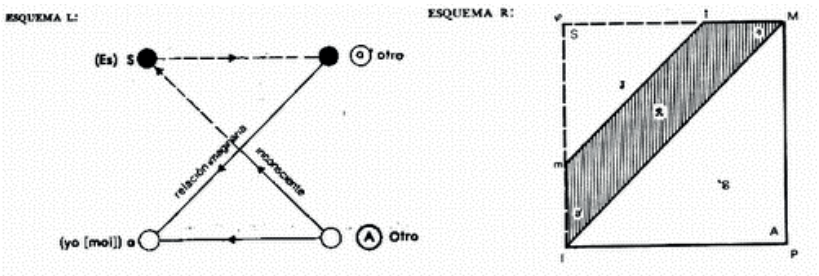
Con la locura nos enfrentamos a un problema particular. La característica de este tipo de sujetos es el perdido contacto con el lazo social. ¿Significa est acaso, que no viven en sociedad? No precisamente. Digamos que su relación con el entorno está significada por un tipo particular de vínculo en el cual su modo de producción de sentido se encuentra subvertido.

Lacan (Rifflet-Lemaire, 1970) aporta a la teoría freudiana del complejo de Edipo la perspectiva de la teoría del significante. Desde esta visión, lo que posibilita dicho complejo es la substitución de un significante por otro: es decir una metáfora. La operación en cuestión posibilita un juego que genera un sentido que no se remite a los significantes inicialmente jugados en el deseo materno. Complejo de Edipo y metáfora paterna se convierten así en sinónimos del proceso que permite un corte del niño con su progenitora y estabiliza en un significante llamado nombre del padre, eso que para el niño representa el extrañamiento con aquello de lo que fue carne. El deseo de la madre puesto sobre el hijo únicamente se traduce en el empuje a un abismo sin fondo que consagra un relación imaginaria: a'-a (esquema L). El límite impuesto por la función paterna (P → A → **Φ**) en el esquema R, da un sentido al comportamiento de esa madre y detiene la deriva del deseo en la función fálica. El hecho de que exista una madre deseante implica que ese ser se confiesa en falta y carece de la posibilidad de satisfacerse a sí misma, lo cual lleva a una búsqueda que encuentra como respuesta formal imaginaria el órgano del hombre. Así, este padre se convierte en el portador de aquello que la madre desea y se posibilita la separación de ese producto llamado niño y su matriz. En un momento posterior, el chico comprenderá que su única salida consiste en identificarse con ese rival. Así accederá a la salida normal del Edipo que lo llevará a entrar en relación con la ley de prohibición del incesto y el ejercicio de la exogamia (Lacan, 1957).

El falo es también la síntesis de la sinrazón del deseo (Millot 1984). Como significante, es la detención de la búsqueda de sentido e impide la prosecución del sometimiento al ideal del deseo materno, su instauración como significante amo sitúa al padre siempre por debajo de las expectativas de aquello que supuestamente portaría. Por ello, pene y falo se diferencian y se sitúan uno del lado de la mísera materialidad y el otro dentro de los límites del ideal.

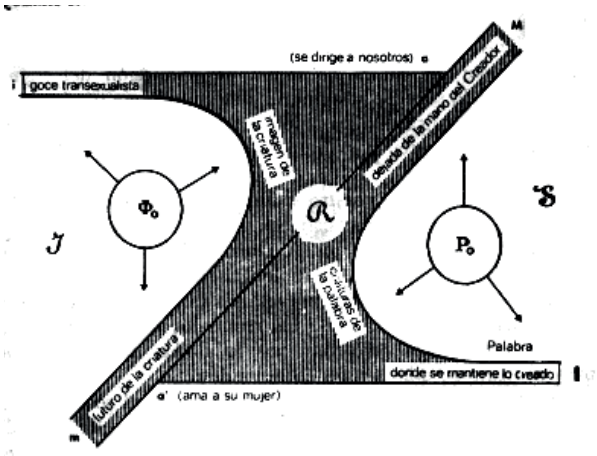
Así tendríamos que la estructura del inconsciente en el sujeto se comportaría sobre una base no triádica, sino cuaternaria: la madre, el niño, el padre y el falo.

El esquema L y el esquema R propuestos por Lacan (1957-58b) dan cuenta de la constitución del sujeto bajo el imperio de la ley.



Cuando el significante primordial nombre del padre no ocupa su lugar, es obturado. Hablamos, entonces, de forclusión quedando así el sujeto fuera de inscripción simbólica (eje A-S). Esto implica que nada en los significantes de los que dispone el psicótico va a simbolizarlo, incluso cuando intente modificaciones corporales o tienda puentes simbólicos (religiones, ideología, convicciones políticas), los límites I-m-i-M ponen al sujeto en condiciones de vivir solo, en un puente imaginario dual (a'-a), que no alcanza a dar cuenta de la incertidumbre de lo real, para utilizar el nombre de uno de esos tres registros que componen las coordenadas fundamentales en las que nos situamos todos los seres humanos (imaginario, simbólico y real).

Desligado del dicho nexo simbólico (esquema I), el psicótico se precipita en el goce narcisista de una *imago* fracturada (i) y a la enajenación de su palabra en una incesante metonimia (sin posibilidad para la sustitución metafórica), ligada al ideal del yo, que ha tomado el lugar del otro simbólico. En el caso Schreber, se ilustraría entonces, de la siguiente manera:



Recordemos que uno de los criterios más seguros para identificar una verdadera psicosis es la aparición de neologismos y trastornos del lenguaje. Lacan (Maleval, 1969), señala que en el llamado efecto psicosomático y en la psicosis desaparece el intervalo entre significantes, cerrándose así la apertura dialéctica. El delirio se nutre de una descomposición fonética llamada holofrase, definible como una toma en masa de la pareja S1-S2 (significante 1 y 2). Surgimiento de la enunciación (del lado del inconsciente) en el enunciado (del lado del consciente). La adecuación a la realidad del psicótico, como ya hemos observado, no es prueba de que se encuentre situado en las coordenadas de lo simbólico; su vida está ligada a la voluptuosidad del goce, punto en el que se sitúa el más allá del principio del placer.

Agreguemos a estas reflexiones un obstáculo hasta ahora incomprensible: la falta del nombre del padre da lugar a la psicosis. La teoría en esto es explícita. Sin embargo, el fenómeno no se presenta como un trastorno de "todo o nada". Maleval (1989) advierte la existencia de grados en la desestructuración del sujeto psicótico que siguen los cuatro ejes sindrómicos del delirio pasional, del delirio interpretativo de la melancolía manía y de la esquizofrenia.

Este hecho acarrea nuevos cuestionamientos más allá del problema taxonómico. Nos sitúa ante la interrogante de si existen distintas maneras de forclusión (¿parcial o total?). Esta posibilidad obliga a replantear a la teoría en su estado actual.

¿Puede conseguirse una reversibilidad del proceso llamado *verwerfung* (preclusión, forclusión)? La tarea parece "casi imposible". Ante estos enfermos, Lacan conservó una actitud resuelta y hasta arriesgada, como puede constatarse a través de su práctica de presentación de enfermos en el Hospital de Saint Anne, que en México dobló Juan Carlos Plá a partir de 1985.

Algunos pensarán que esas entrevistas o una serie de ellas no son más que el desarrollo de una actitud voyeurista. En nuestro caso, tenemos la convicción de que tales sesiones eran animadas por la investigación y la valentía de enfrentar lo desconocido y ayudar a las víctimas del desamor, la diferencia de clases, la violencia y graves casos orgánicos que no deben negarse. Plá fue expulsado de diversas clínicas (la Clínica Florida, luego el Hospital Fray Bernardino Álvarez, y el Hospital San Fernando del Seguro Social), básicamente por el rechazo hacia su orientación psicoanalítica. Luego fue albergado por la Universidad Iberoamericana y finalmente por la Universidad Autónoma de México.

Finalmente, estos esfuerzos clínicos desembocaron en la creación de la Clínica Montealbán en la Ciudad de México y demuestran que es factible abordar pa-

cientes en crisis, sumidos en psicosis que siguen su curso. El objetivo del trabajo llevado a cabo allí es proporcionar atención a personas que normalmente no podrían recibirla por los altos costos que implica el tratamiento de la psicosis.

En ese abordaje se atiende no solo al paciente sino también a la familia entera (hundida, asimismo, en ciertas psicopatologías) mediante una aproximación personal a cada caso que no solo requiere un analista, sino todo un equipo interdisciplinario que restablezca los lazos sociales rotos como consecuencia de su afección. La Clínica Montealbán tiene un hospital de día, consultorios, comedor, salón de juegos y recurre a redes sociales como instituciones vecinales. Hay un trabajo intensivo sobre cada paciente.

El psicótico ha perdido su ropaje y subsiste como resto abandonado ante el deseo del otro, víctima siempre de una tragedia. En estas historias encontramos silencios, secretos, asesinatos acontecidos o deseados y traumas que imponen marcas de sufrimiento a lo largo de generaciones.

El trabajo de escucha, tiende –nos dice Saslavsky (2012)– a la restitución de estas historias de horror. Abordar su escucha lo empuja a la subjetivación y al anclaje en la humanidad de la relación social. La imposibilidad de acceso a la palabra propia torna amenazante la relación con el otro. El tiempo está trastocado: ¿pasó, pasará, está pasando? El sometimiento al otro es la única ley que rige sobre el enfermo. El paranoico cree en la palabra del otro sin duda alguna.

Se trata de sujetos con certezas y un conjunto de ideas oxidadas y sistematizadas al punto de la fusión, la confusión y el marasmo. El enfermo vive en un infierno o un purgatorio heredado por lo menos de tres generaciones atrás.

Aún nos quedan muchas interrogantes pendientes. Desconocemos casi todo del mundo del psicótico, pero la escucha y la posición ética del analista son las únicas posibilidades de abordaje ante la confusión del enfermo que busca anclarse en el sentido. Oír más allá del relato, más allá del silencio y ser el receptáculo de una transferencia masiva que implica desesperación y angustia no es fácil, pues implica mucho trabajo, un análisis personal de por medio, un trabajo colectivo, acompañamiento del paciente, paciencia, esperanza y mucho valor por parte del terapeuta.

Bibliografía

ASSOUN, P. (1984). *Freud y Nietzsche* México: Fondo de Cultura Económica.

ASSOUN, P. (1982). *Freud, la filosofía y los filósofos*. Buenos Aires: Paidós.

BASTIDE R., DOUCET, P. y LAURIN, C. (1976). "Significación de la psicosis en la evolución del hombre y de las estructuras sociales" En: *El sueño, el trance y la locura*. Buenos Aires: Amorrortu.

BENVENISTE, E. (1976). *Problemas de lingüística general.* México: Siglo XXI.

COLLI, G. (2000). *El nacimiento de la filosofía*. Recuperado de: http://cmap. upb. edu.co/rid=1186175794968_1930164874_836/El%20Nacimiento%20de%20la%20Filosof%C3%ADa%20Giorgio%20Colli.pdf

COMTE A. (1980). *Discurso sobre el espíritu positivo.* Bueno Aires: Aguilar.

DE CLERAMBÁULT, D. y MAGNAN. (1987). *Les édifices du délire.* Paris: Navarin.

FOCAULT, M. (1964). *Historia de la locura en la época clásica.* México: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, M. (1977). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber. Tomo I.* Madrid: Siglo XXI.

FREUD, S. (1926). "El valor de la vida". Entrevista con George Sylvester Viereck. En: Orejuela, J. (2012). *Palabra plena: conversaciones con psicoanalistas.* Cali: Bovaventuriana.

FREUD, S. (1995). *Obras completas*. Biblioteca eLe. Ediciones Nueva Hélade, 1995.

JASPERS, K. (1988). *General Phychopatology*. Chicago: University of Chicago Press.

JULIEN, P. (1985/1992). *El retorno a Freud de Jacques Lacan*. México: Sitesa.

KRAEPELIN Emil (1987/1899). *La psychose irréversible.* Paris : Navarin.

KRAJZMAN, M. (1986). *El lugar del amor en psicoanálisis (1986)*. Buenos Aires: Nueva Visión.

LACAN, J. (1932/1979). *De la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad.* México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1953). "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". En: *Escritos 1.* México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1956). "La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis". En: *Escritos 1*. México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1958). "La significación del falo". En: *Escritos 2*. Mexico: Siglo XXI.

LACAN, J. (1957). "Las formaciones del inconsciente". En: Pontalis, J (1979). *Las formaciones del inconsciente.* Buenos Aires: Nueva Visión.

LACAN, J. (1956). *Las psicosis.* Barcelona: Paidós.

LACAN, J. (1957). "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". En: *Escritos 2*. México: Siglo XXI. .

MAHIEU y MAHIEU. (s.f). *Biografía de Henry Ey*. Recuperado de: http://www.psicomundo.org/ey/

MALEVAL, J. (1989). "El campo pasional de la psicosis". En: *Apertura: cuadernos de psicoanálisis*. No. 4.

MARIETÁN, H. (s.f). "Gaëtan Gatian de Clérambault y el automatismo mental". En: *Revista Alcmeon* 12. Recuperado de: http://www.alcmeon.com.ar/3/12/a12_10.htm

SASLAVSKY, M. (2012). Conferencia sobre el trabajo psicoanalítico de la Clínica Montealbán. Segundo Congreso de Cepsis. Cuernavaca, 2012.

MILLER, J. (1982). "Esquizofrenia y paranoia". En: *Psicosis y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.

MILLOT, C. (1983). *Exsexo: ensayo sobre el transexualismo.* Buenos Aires: Points Hors Ligne.

RIFFLET-LEMAIRE, A. (1979). *Lacan*. Buenos Aires: Sudamericana.

SÉRIEUX y CAPGRÁS. (2008). *Locuras razonantes: el delirio de la interpretación*. Madrid: Ergon.

URSOM, J. (1982). *Berkeley.* Madrid: Alianza.

La identificación en las teorías de Freud y Lacan

Ulises Orestes Cuéllar

El presente capítulo plantea una revisión y reflexión conceptuales acerca de la "identificación", término que parece esquivo a la conceptualización en el psicoanálisis, dado que en las obras revisadas por Freud y Lacan no se establece una definición, sino un ir y venir en el intento por entender el concepto.

Este aspecto confuso del término se nota en la práctica de la clínica y se manifiesta en una inaprehensión de la "identificación". En algunos casos, por no decir en la mayoría, el concepto se presenta como un aspecto negativo que el sujeto manifiesta en el análisis psicoanalítico y se deja de lado, precisamente, la "identificación": el vehículo que permite a lo humano ser. Este aspecto esquivo planteó el punto de partida de lo que más tarde tomaría forma de tesis doctoral con los siguientes lineamientos:

En primer lugar la elección de la palabra, la cual debía estar en el título y remitiría en su momento a buscar respuestas en torno a la construcción de la identidad en personas con dos referentes culturales, como sería el caso de los inmigrantes. Ello demostraría cómo detrás de la palabra "identidad" se cubre la pregunta por quién se es.

En las indagaciones iniciales se encontró que esta pregunta se asentaba en el concepto psicoanalítico de "identificación", que no es un sinónimo de identidad como se pudo comprobar en el desarrollo del trabajo, pues es este el lugar por la pregunta del ser y cómo se constituye.

Fue importante, entonces, aclarar el sentido del término "identificación" –en singular y no en plural, como se encuentra en la mayoría de la literatura psicoanalítica– que se basa en la cosa misma freudiana. El plural se funda a partir de las primeras elaboraciones del fundador del psicoanálisis y ello se refleja en su estilo de escritura y de investigación. Freud manejó el problema de la "identificación" diferenciando una variedad de formaciones psíquicas como los hechos del lenguaje, los síntomas y los sueños, entre otros. Tiempo después el autor consideraría nuevamente los vínculos de cohesión latente y la articulación con elementos teóricos diseminados en la experiencia clínica.

Un ejemplo de la atención a lo plural en Freud se evidencia en la producción del concepto de transferencia que en principio denominó las transferencias; igualmente, la atención a lo múltiple y a las diferencias aparecen en la teoría de las pulsiones, de los deseos, de las defensas, etc.

La palabra –en singular– es por lo tanto una elección relacionada con el fondo de la cuestión y no con la forma, razón suficiente para abordarla en este trabajo para buscar la unidad del concepto, sin olvidar que aún faltan mediaciones en la teoría para llegar a ello y que esto opera a nivel de la elaboración conceptual en el psicoanálisis mas no en la clínica en sí, donde el uno a uno hace operar la singularidad de cada sujeto.

En segundo se abordaron algunos conceptos fundamentales del psicoanálisis y su relación con quien los estudia. En este sentido, ningún trabajo de orden epistemológico deja sin tocar la relación del sujeto que teoriza con su práctica y recíprocamente. El fundador del psicoanálisis señaló tempranamente la estrecha relación entre el tratamiento con la investigación y en consecuencia, con la teoría. En este caso particular, al hablar de "identificación" o "identificaciones" se movilizan las identificaciones del autor y sus ideales con todo lo que implica.

En tercer lugar, toma en cuenta el principio de apertura. El trabajo de Freud dejó un sello en el sentido de que toda elaboración teórica y clínica *a posteriori* debe encaminarse saltar las barreras convencionales que se levantan en el contexto histórico particular de cada sujeto que busque o manifieste practicar el psicoanálisis.

Por último, este estudio fue animado por un principio de movimiento. Indagar en un tema freudiano como las identificaciones obliga a seguir el movimiento que asistía la interrogación en Freud, lo cual implica que con base en el concepto de identificación se tocan otras cuestiones del psicoanálisis.

La investigación se ocupó, además, del concepto de identificación a partir de los pilares fundamentales del psicoanálisis asentados en las obras de Freud y Lacan, uno de cuyos propósitos centrales es dar cuenta de la evolución, el manejo y los abordajes que los autores le dieron al concepto.

La identificación es la extrema complejidad que denota el tratamiento del mismo, lo cual lleva a preguntarse a qué obedece la complejidad encontrada en la literatura psicoanalítica alrededor del término.

Una evidencia latente de esta particularidad se observa en las primeras páginas de múltiples libros que abordan el concepto, en la mayoría de ellos se encuentran postulados como los siguientes:

> *[…] no hay en toda la teoría psicoanalítica, dominio más confuso, más generador de exasperación en el lector que el de la teoría de la identificación […] (Ménard, y otros, 1987, p. 15)*.
>
> *[…] el concepto de identificación se encuentra ubicado en aquella categoría de conceptos cuyo uso se presta a diversas interpretaciones dando origen a controversias y confusiones […] (Grinberg, 1985, p. 19)*.
>
> *[…] La identificación es uno de los conceptos en la literatura psicoanalítica que más cuenta con multiplicidad y riqueza a la hora de abordarlo […]* (Escuela de la Orientación Lacaniana, 2007).

La identificación es un concepto que desde sus primeras apariciones en la obra de Freud se refirió a un punto de vista doxológico; es decir, señaló la existencia de un objeto. Gracias a la práctica clínica, el término toma un tinte diferente y se encamina hacia lo epistemológico para dar cuenta de fenómenos psicopatológicos en la histeria y en la melancolía. En 1921 Freud plantearía una versión que sistematizaría el concepto a partir del cual Lacan establece una trayectoria en cierto sentido análoga a la de su antecesor.

Sin embargo, en relación con la identificación se encuentran en los dos autores elementos que con base en su operación y observación en la clínica no les permitieron una conceptualización. Esta particularidad se centra en lo que es en sí el término y sus implicaciones para el sujeto, así como en su dinámica que conduce la realización del fenómeno en la estructura "psíquica".

La revisión de la bibliografía arrojó semejanzas en las elaboraciones teóricas acerca de la identificación en los casos de los autores aquí tratados, a saber, Freud y Jacques Lacan. Por ejemplo, en cuanto a la identificación primaria descrita por Freud esta se asemeja o es similar a la identificación imaginaria detallada por

Lacan, especialmente la elaborada en el estadio del espejo y en la significación del falo en cuanto sirven al organismo para transformarse en algo semejante al otro, un semejante que, además, es fundamental en esta transformación.

Se encontraron en el texto aspectos en la teorización lacaniana que llevan a inferir que, en efecto, él era freudiano, no solo en lo que respecta a los planteamientos del fundador, sino también a su método, hecho que se refleja en la continuidad de su trabajo y en una mejor categorización de lo que se entiende (o se pretende entender) como identificación al unirla con los tres registros.

En ese orden de ideas, Lacan parte de la concepción de esa *nada*, impulsada a configurarse en sujeto (de lo inconsciente). En ese instante se instaura la pregunta "¿quién soy?", cuestión que sufre posteriormente una transformación que lleva a establecerla en términos de "¿qué soy?".

A partir de las identificaciones secundarias en Freud y simbólicas y reales en Lacan, se pasa a la pregunta relacionada con aquello que subyace la identificación, y en el intento por establecer posibles respuestas –lo cual, con algunos matices, en la mayoría de los casos llega a la proliferación de las preguntas establecidas en el párrafo anterior– se pasa después a un "¿qué me hace?" y "¿qué me constituye?", entre tantas otras que recubren la pregunta por la existencia.

Es importante resaltar que las preguntas por la existencia son la guía de la exploración. No obstante, su fin último no es encontrar respuestas, sino transformar los cuestionamientos y el lugar desde el cual se hacen estas preguntas, para así dar cuenta de un asunto tan complejo como el que este trabajo pretende.

En este sentido, una característica fundamental se evidencia en las elaboraciones más contemporáneas sobre el concepto (sobre todo en trabajos de la naturaleza como el que aquí se presenta), en las cuales se encuentra un tratamiento ligero que describe generalidades o mezcla las diferentes posturas de las escuelas freudianas y lacanianas. Otros trabajos, sobre todo los de Jacques-Alain Miller, Erik Laurent, Monique, David-Menar y Julia Kristeva, hacen un manejo más riguroso y muestran cómo el concepto está anudado a la complejidad del sujeto y del aparato psíquico.

Aproximación general al concepto de identificación

Se comienza con un preámbulo general del origen del vocablo, su significado etimológico, para luego ver su evolución, dentro del movimiento psicoanalítico. El término "identificación", aparece por primera vez en el diccionario de la

RAE (Real Academia Española, 2001) en 1925, como: "acción de identificar", definición que se mantiene hasta la última edición del diccionario hecha en 2001. Si se toma la palabra "identificar", se encuentra que ya en 1734 (Real Academia Española, 2001) aparece la que se podría considerar como más amplia y detallada de las definiciones:

IDENTIFICAR. v. a. Hacer una miſma coſa las que ſon diſtintas. Viene del Latino *Identificare.* TEJAD. Leon Prodig. part. 1. Apolog. 40. En eſpecial la voluntad, la qual rinde y ſujéta à la del amado, con un querer y un no querer, un obrar y no obrar, que en cierta manera las *identifica.* MANRIQ. Quar. Serm. 7. §. 4. Dicen los Philóſophos, que los caminos ſe *identifican* con ſus términos..... los términos que ſe *identifican* con eſſos caminos, quien duda que tambien ſon uno miſmo?

Si se descompone esta palabra y se analiza etimológicamente (Gómez de Silva, 2003), se aprecia que deriva de dos palabras del latín:
Ídem: lo mismo (palabra que se usa para evitar repeticiones). Ejemplo: *ídem homo, el mismo hombre* a diferencia de *homo ipse, el hombre mismo.*

Ficar: hacer, formar, transformar en, convertir en, hacer semejante a.

En el campo específico del psicoanálisis, aparece la siguiente definición en el *Diccionario de psicoanálisis* (Roudinesco y Plon, 1998):

> *[…] La identificación (Identifzzierung) es una de las categorías fundamentales de la teoría y la metapsicología freudianas. R# 85.*
>
> *Inicialmente se podría decir que las identificaciones son una lenta vacilación entre el "yo" [je] y el "otro", mientras que la identidad es la ilusión de un yo puro de toda relación de objeto. Al tomar del otro, no se corre el riesgo de dejar de ser uno mismo, lo que remite a lo opuesto de la introyección, que es la proyección, la negativa a reconocer una identidad de sentimientos o pensamientos entre uno mismo y el otro, o la expulsión hacia el otro de lo que no se reconoce en uno […].*

En el diccionario de Laplanche y Pontalis (1996) se encuentra lo siguiente:

> *[…] Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el*

modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones […].

El concepto de identificación en Freud

El rastreo de las obras con sus comentarios, se presentaron con el propósito fundamental de hacer una exégesis del concepto de "identificación" en la obra de Sigmund Freud, en el lugar no solo del fundador del movimiento psicoanalítico, sino como uno de sus más férreos teóricos.

Es pertinente aclarar que no se reseñaron todos los trabajos dada su naturaleza, pues en algunos casos no abordaban el término ni directa ni indirectamente, o bien eran una repetición sin mayores aportaciones a la elaboración teórica.

Es así como se siguió, paso a paso, la noción a partir de sus primeras nominaciones y conceptualizaciones, movidas desde el plano de la experiencia clínica y sus posteriores elaboraciones, obteniendo de esta manera los siguientes resultados:

–El proceso identificatorio es inconsciente y se basa en el desplazamiento de energías psíquicas del yo al objeto y del objeto al yo, esto lleva en sí un proceso primario y estructurante y, por esta segunda característica, puede encontrarse a su vez en la raíz de los procesos secundarios.

–Hay un proceso que se puede inferir en la mayoría de los casos en los que existe la "identificación" en la obra de Freud, y que es la apropiación de algo exterior que es incorporado, esto puede ser el objeto en sí, o rasgos del mismo.

–Existe una modificación del individuo a consecuencia del punto anterior.

–Hay un desplazamiento en parte o de forma total del aspecto yoico modificado, edificando con ello una disociación en el interior del yo, lo cual da origen al ideal del yo en el caso de la identificación secundaria, y del yo ideal en el caso de la identificación primaria.

Posteriormente se introdujo el concepto de identificación histérica, pero cabe aclarar, que si bien Freud utiliza esta denominación, en ella y en las explicaciones tanto clínicas como teóricas, abarca distintos tipos de identificación. Sin embargo, lo particular de este tipo de identificación –la denominada histérica–, viene dada por:

–Estar al servicio de la representación como mecanismo de defensa y a su vez del deseo. Esto implica que posee el carácter transaccional de todo síntoma.

–Ser de parcial y poseer un carácter transitorio.

–Permitir en lo esencial la conservación del objeto libidinal en la fantasía.

Posteriormente se fue descubriendo la identificación primaria, que parece originarse en el interés por dos asuntos el complejo de Edipo y su prehistoria, y el concepto de narcisismo. Esto llevó a dedicarles un par de apartados a los conceptos de objeto sexual y narcisismo.

Las primeras referencias aparecen entre 1912 y 1913. En Tótem y tabú Freud, se refiere a identificaciones secundarias, pero el concepto no se aclarara sino hasta 1923 en El yo y el ello. Luego del establecimiento del mito paterno (Tótem y tabú), se pasó a la confirmación por la experiencia clínica con el historial de el hombre de los lobos (Historia de una neurosis infantil) (1918 [1914]) y se resalta la diferencia entre ser como el objeto, que no es más que la identificación, y tener al objeto, que corresponde a la elección sexual del objeto.

Se encontró también el papel que juegan las fantasías orales, sumado al interés antropológico en el crimen edípico y sus relaciones con los tabúes del incesto y del tótem, señalando así que la identificación posee una marca que la vincula directamente al modelo oral canibalístico.

Pero es en el capítulo VII de Psicología de las masas y análisis del yo (1921) que aparecen las primeras conceptualizaciones de manera específica y precisa sobre la identificación primaria y se consolida en El yo y el ello (1923) al postular que la identificación primaria es previa a toda elección de objeto sexual edípico y se hace fundamentalmente con el padre.

Se llega a este punto siguiendo fielmente a Freud y no es posible aceptar contradicciones en su pensamiento. Se puede enunciar que hay desarrollos que parecen confusos, pero que forman parte de la rigurosidad teórica con que el fundador manejaba sus acercamientos a los fenómenos psíquicos.

Claro está que con herramientas conceptuales como las actuales, es viable hacer cuestionamientos sobre sus elaboraciones, pero en ningún caso constituyen una postura que pretende invalidar los acercamientos de Freud. antes bien, son la continuación del camino señalado por él.

De vuelta al concepto de identificación primaria y a las supuestas dudas que generan los planteamientos a su alrededor, se juzga que muchos de estos cuestionamientos desaparecen si se hace un seguimiento riguroso y coherente de los planteamientos enunciados.

En los trabajos publicados en 1917, Trabajos sobre metapsicología y Duelo y melancolía (1917 [1915]), se encuentra un nexo entre insistir con el modelo oral y reconocer la importancia de las identificaciones secundarias en la pérdida de objeto. Este aspecto es de suma importancia toda vez que en El yo y el ello (1923), se precisa el segundo tópico con la internalización del superyó como instancia psíquica que arribó a la hipótesis sobre la resolución del Edipo.

Finalmente, al introducir la nueva polaridad instintiva en Más allá del principio de placer (1920), se abren otras perspectivas y se suscitan preguntas del tipo ¿qué relación existe entre identificación, desexualización y sublimación?

Para finalizar, se perfiló a lo largo del trabajo la utilización por Freud del concepto de identificación narcisista como un proceso básico de formación del yo que está en el origen de los procesos secundarios, aunque él mismo sea primario sin la intervención de la estructura del lenguaje y una identificación simbólica o estructural que requiere una ordenación diferencial de tres elementos; es decir, que inscribe la diferencia: lo que yo no soy como definitorio de lo que soy. O, sencillamente, una identificación preedípica en el origen del yo y una identificación sexual que requiere inscribir la diferencia y que se sustenta en el relato inconsciente o escena primaria, que da origen al sujeto.

Si se asume la importancia de la identificación en la estructura psíquica y en la problemática de la comunicación humana, del diálogo con el otro y del amor, se hace evidente el valor del concepto para entender los procesos de construcción de la identidad y por tanto la inserción del individuo en el contexto social, particularmente respecto de lo que constituirá para los sujetos cuyos conflictos son producto del movimiento migratorio.

El concepto identificación en Lacan

La revisión de la obra de Jacques Lacan comprendió los escritos y los seminarios del 0 al 9. Para los seminarios que no establecidos por Jacques Allain Miller, se trabajaron seminarios inéditos que circulan en bases de datos o en páginas de internet destinadas a difundir el psicoanálisis.

Necesariamente hay que partir de lo indicado por Freud y tomar para ello las dos formas que el pensador vienés establece para la identificación, a saber, como proceso y como resultado, en las cuales se explicitan dos convenciones: como función y como estructurante del sujeto. Por su parte, en la obra de Lacan la identificación es el laberinto de las identificaciones como lo expresara en *Escritos 2*.

En las primeras revisiones se observó una primacía del lenguaje en la estructuración de lo inconsciente. A partir de este punto, Lacan postula una nueva interpretación de la experiencia analítica y establece una revisión minuciosa de los conceptos freudianos.

En esta línea, la identificación no solo es abordada desde otra perspectiva, sino que también se relaciona de manera explícita con conceptos psicoanalíticos como el significante, el deseo, la demanda, el objeto *a*, los tres registros y las diferencias entre el Otro y el otro, y se la asocia con saberes en apariencia alejados del psicoanálisis, como la física cuántica, el álgebra y la topología.

En sus escritos Lacan es cuidadoso en nombrar la identificación o en definirla. Simplemente la ejemplifica a partir los casos clínicos presentados por Freud en su obra; pero luego, en el *Seminario 8* establece los tres modos de identificación partiendo de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).

Primera identificación: por "incorporación" –término que Lacan pone en entredicho– con el Otro, a quien se demanda algo en la llamada de amor. Consiste en identificarse con el Otro de la "necesidad". Aquí los términos son equívocos: ¿se trata de la madre, como sugieren ciertos textos? ¿O del padre, según la línea freudiana? ¿No será mejor identificación con la madre en cuanto portadora de la primordial metáfora paterna?

Segunda identificación: que en razón de los atolladeros necesarios del deseo, se cumple por regresión, con un rasgo unitario tomado al Otro del deseo, entendido como objeto y donde la identificación sustituye la *versagung* ("frustración") necesaria.

Identificación imaginaria: histérica del deseo con el deseo del otro, con quien uno no se identifica sino en cuanto portador de la marca de un deseo insatisfecho que revela uno de los rasgos secretos de toda identificación: identificarse con el significante de la falta del otro, no para colmar a este otro, sino, por el contrario, para recordar la marca de su insatisfacción, a consecuencia de su castración, marca el deseo inconsciente sueño de la ingeniosa carnicera.

Sin embargo, priman dos tipos de identificación asociados a los registros, a saber, identificación simbólica, que engendra al sujeto del inconsciente y resulta del efecto con el Otro; identificación imaginaria, constitutiva del yo (*moi)* y del otro como semejante. Es lo que Miller (1988) establece como identificación constituida e identificación constituyente.

Se percibe que las inflexiones introducidas por Lacan a las variedades freudianas a comienzos de los años sesenta, no fueron simples reformulaciones en otro lenguaje de lo que Freud había escrito, sino modificaciones que incluyen cambios de perspectiva.

Para Lacan, la identificación es llevada a cabo por el significante, que en últimas remite al rasgo unario derivado del *ein einziger zug* freudiano. Este aspecto subraya la determinación del sujeto por el Otro; el Otro como lugar en donde el sujeto se identifica. Aquí se establece una gran diferencia con lo planteado por Freud, dado que Lacan aclara una y otra vez tanto en los escritos como en los seminarios, que el sujeto manipula al Otro. Al situar al Otro como lugar en donde el sujeto se identifica, Lacan despersonaliza el proceso: no es con personas ni objetos, sino con el Otro como depositario de los significantes.

Por otro lado, Lacan desvincula lo pulsional de la identificación al establecer el significante como su centro de desarrollo y al ser esta por el significante, se trasmite a la vez la semejanza y la diferencia. Es decir, es concebida no como reproducción de lo mismo, sino como introducción de una marca diferencial (rasgo unario), resolviendo con esto la paradoja implícita en toda identificación: la transmisión simultánea de la semejanza y la diferencia.

A partir de este punto se propone hablar de identificación en singular y no en plural, aunque se haga alusión a un conjunto de fenómenos estrechamente relacionados y se generan de manera concomitante. En definitiva, cuando se habla de identificación se hace referencia a un rasgo similar, no *ídem,* que influye en tanto significante, en la configuración de elementos que derivan en esquemas:

> *[…] En psicoanálisis, se habla de identificación para señalar un mecanismo (y sus efectos), mediante el cual un sujeto adopta como suyos uno o más atributos, provenientes del Otro, que asume como propios, y halla un lugar en el mundo desde donde le es posible actuar. El hecho produce un saber sobre sí, un lugar para existir, una forma del lazo social y formas para actuar. La definición podría precisarse mejor, pero esta que se propone aquí es útil como referencia en el examen de lo que Lacan llamó "el laberinto de las identificaciones". Hablamos por tanto de un proceso subjetivo –que se distingue de la identidad, pues esta implica más un proceso objetivo-, mediante el cual una colectividad, con algún mecanismo establecido en ella, reconoce a un individuo y así puede referirse a él como tal. […]* (Peréz, 2011, p. 117).

Se describe en la cita la complejidad del fenómeno de la identificación en cuanto laberinto relacional que genera un sinnúmero de bifurcaciones en las cuales es

necesario perderse, pues es en el recorrido de este laberinto que el sujeto se constituye como tal.

A modo de conclusión

Para concluir, es importante dejar enunciada una hipótesis que recoge una definición que puede dar cuenta de la naturaleza misma del concepto: la identificación es un fenómeno producido como un sistema dinámico sensible a las variaciones en las condiciones iniciales. Pequeñas variaciones en ellas implican notables diferencias en el comportamiento futuro, complicando con ello la predicción a largo plazo y el establecimiento de reglas fijas para describirlo.

Esta hipótesis se sustenta en el recorrido conceptual por las obras de Freud y Lacan en el que se pudo evidenciar en primer lugar, la imposibilidad de establecer una única definición de la identificación, y en segundo lugar, se determinó que el término es explicado por los autores de manera diferencial, según el tiempo de su obra y los recursos teóricos diferentes al psicoanálisis en los que se apoyaron para explicar el fenómeno.

Esta variedad de definiciones y los múltiples elementos que juegan a la hora de intentar explicar la identificación hacen que lo singular de los actores ejerza como esas pequeñas variaciones definidas en la hipótesis como las condiciones iniciales.

Se encontró en los autores una coincidencia en la imposibilidad de dar cuenta de la primera identificación. Cuando Freud afirma que la identificación primaria es el primer vínculo afectivo con un objeto y es previa a toda elección de objeto, significa que es previa a que el yo elija su primer objeto de amor (generalmente la madre); es decir, el revestimiento global libidinoso de los instintos ya unificados sobre un objeto total externo semejante al propio cuerpo. Esto no contradice para nada que en la identificación primaria se dé una relación o vínculo objetal de otro tipo.

Se pudo comprobar una gran diferencia en los dos autores. Mientras que para Freud el sujeto es pasivo en este sistema, para Lacan es activo. Se explica de la siguiente manera: para Freud la identificación se inicia en cuanto A (organismo), en relación con B (objeto), toma de este último elementos que incorpora para generar el proceso de identificación. Para Lacan B permite que A se identifique a partir de la imagen de totalidad que se le devuelve hecha demanda el deseo del Otro, transmitido por el significante.

Puede interpretarse que para Freud, la identificación es una suma de elementos, rasgos, y características, mientras que para Lacan es a partir de lo que no se tiene que se inicia la identificación. Es decir, la relación A, B, descrita en el párrafo anterior señala que para Freud A es activo en relación con B, mientras es lo contrario para Lacan.

Si partimos de los elementos usados para definir la hipótesis, a saber, que la identificación es un sistema dinámico muy sensible a las variaciones en las condiciones iniciales, puede tomarse como el planteamiento que sustenta las dificultades ante las cuales el psicoanálisis se ha tenido que enfrentar para explicara un proceso de orden singular; esto es, que cada organismo lo ha experimentado de forma diferente con resultados disímiles y desde ópticas incomparables.

Esto se sintetizó en la revisión teórica al enunciar que la identificación es llevada a cabo por el significante que, en últimas, remite a un rasgo unario, derivado del *ein einziger zug* freudiano, el cual subraya la determinación del sujeto por el Otro y establece lo singular del fenómeno mismo.

Bibliografía

CUÉLLAR, U. (2013). *Construcción de la identidad, contexto cultural y violencia.* Universidad Complutense de Madrid. Madrid: inédito.

Escuela de la Orientación Lacaniana. (2007). *Patologías de la identificación en los lazos familiares y sociales.* Buenos Aires: Grama.

FREUD, S. (1913 [1912-13]). *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1917 [1915]). *Trabajos sobre metapsicología. Duelo y melancolía* (Vol. XIV). (J. STRACHEY, Ed., y J. L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1918 [1914]). *De la historia de una neurosis infantil*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo. El yo y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu.

GÓMEZ DE SILVA, G. (2003). *Breve diccionario etimológico de la lengua española.* Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica.

GRINBERG, L. (1985). *Teoría de la identificación.* Madrid: Tecnipublicaciones.

LACAN, J. (1960-1961). *El seminario de Jacques Lacan libro 8: La transferencia.* Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (1966). *Escritos (Vol. II).* Buenos Aires: Siglo XXI.

LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J. B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidos.

MÉNARD, D., FLORENCE, J., KRISTEVA, J., MICHAUD, G., OURY, J., SCHOTTE, J., y STEIN, C. (1987). *Las identificaciones, confrontación de la clínica y la teoría de Freud a Lacan.* Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Miller, J.-A. (1998). *Los signos del goce.* Buenos Aires: Paidós.

PERÉZ, J. F. (2011). "Singularidad subjetiva e identificación". En: H. Gallo, M. C. Giraldo, J. F. PERÉZ, M. E. Ramírez, A. L. Ruiz L., A. V. Saldarriaga, J. F. Velasquez, *Clínica y teoría de las identificaciones.* Medellín: Nueva Escuela Lacaniana.

Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (Vigésima segunda ed.). Madrid: RAE.

ROUDINESCO, E., y PLON, M. (1998). *Diccionario de psicoanalisis.* Buenos Aires: Paidós

Obstáculos subjetivos en la adherencia al tratamiento en pacientes diagnosticados con diabetes. Una aproximación a su estado del arte

Wilmar Hernán Reyes y Johnny Orejuela

La diabetes mellitus (DM) es un trastorno metabólico; es decir, hace parte de un conjunto de enfermedades hereditarias que conllevan perturbaciones del metabolismo, en este caso puntual se trata de hiperglicemia (o hiperglucemia), lo que significa que quien la padece presenta una cantidad excesiva de glucosa en la sangre.

La OMS la define como una enfermedad crónica que aparece cuando el páncreas no produce insulina suficiente o cuando la prodece el organismo no la utiliza eficazmente. La insulina es la hormona que regula la cantidad de azúcar en la sangre.La diabetes se clasifica en DM tipo 1, DM tipo 2 y diabetes gestacional, según el momento de su aparición y su causa inicial.

La diabetes mellitus tipo 1 (DM1), denominada también insulinodependiente o juvenil se caracteriza por una producción insuficiente de insulina, por lo cual es indispensable que quien la padece se administre diariamente esta hormona. Para la medicina aún son desconocidas sus causas, lo cual no permite su prevención.

La diabetes mellitus tipo 2 (DM2) o no insulinodependiente es la mala utilización de la insulina por el organismo y entre sus causas se tienen el sobrepeso, el sedentarismo y el hábito de fumar, entre otras.

La diabetes gestacional hace referencia a un estado hiperglucémico que aparece durante el periodo de embarazo y se detecta por los exámenes de rutina de esta etapa, pues habitualmente las pacientes no presentan síntomas. Es la condición patológica que con mayor frecuencia complica el embarazo e influye en el futuro de la madre y su hijo (Zúñiga, Arango, Zuluaga y Ocampo,2008).

Generalmente se ha considerado que la ausencia o la utilización inadecuada de la insulina por el organismo es la principal causa de la diabetes. sin embargo, según Malacara M, Garay-Sevilla M, (2009) se deben considerar otros factores.

Recientemente ha surgido la importancia del depósito excesivo de grasa en el hígado. El *hígado graso no alcohólico*, se encuentra entre el 50 % y 70 % de los pacientes diabéticos y es un importante factor de riesgo de diabetes en las personas sin diabetes." (p. 7).

También sostienen estos autores que factores como la raza y la etnia podrían resultar determinantes (ideas no desarrolladas en profundidad).

Hasta aquí la diabetes se nos muestra como una afección meramente física. La referencia a aspectos de orden psicológico asoma cuando se hace mención a factores como la mala alimentación, el factor hereditario, el sobrepeso y hábitos como tabaquismo y el sedentarismo. Esto respecto a DM2.

En el interjuego biológico-psíquico-social que comprende el ámbito de la salud humana, se observa a simple vista que al diabético se le ofrece un tratamiento dirigido únicamente al cuerpo, y es el mismo médico quien le indica la dieta que ayudará a no agravar la enfermedad (Latino, 2012). Como veremos a lo largo del documento, si bien la medicina ha reconocido el papel de los afectos y su impacto en lo orgánico al hablar de enfermedad, sus métodos tradicionales persisten.

Por otro lado, Castillo *et al* (2007) sostienen la necesidad de integrar las perspectivas biológica y social con la psicológica, para lograr un entendimiento más integrado sobre esta enfermedad. Estas necesidades modernas han dado lugar a programas de prevención y promoción de la diabetes y otras enfermedades que representan riesgo cardiovascular.

La investigación sobre la diabetes mellitus es amplísima (especialmente sobre la DM2), con la excepción de la diabetes gestacional, la mnos abordada al ser la única que ofrece una posibilidad de curación y es menos común que las otras.

Estas investigaciones tienen tantos matices como los tiene el tratamiento de la enfermedad, lo cual se evidencia en la variedad de elementos sobre los que se acentúan las pesquisas. Por ejemplo, algunos autores hacen sus investigaciones primordialmente desde la perspectiva de la medicina y enfatizan el tratamiento farmacológico al que consideran de gran relevancia y el más importante a tener en cuenta (Durán, Carrasco y Araya, 2012; Del Olmo, Carrillo, y Aguilera, 2008; Bastidas, García, Rincón y Panduro, 2001; Menéndez, *et al*., 2010; López, 2005; Huertas, *et al*. 2014). Otros investigadores, al provenir de países donde la DM es considerada un problema de salud pública, dedican ingentes esfuerzos no solo investigativos y descriptivos, sino también preventivos y destinados a buscar mejoras en las formas de tratamiento (Malacara y Garay-Sevilla, 2009; Bácerna-Sobrino, 2007; Gonzales, Tinoco, y Benhumea, 2011; Laguna, García, Calva, y Del Castillo, 2009; Oviedo-Gómez y Martínez, 2007; Pompa y Alvarez, 2004). investigadores como Thierer, 2006; Castillo, Haser y Tamagnone, 2007; Granados y Escalante, 2010; Pereyra y Mardones, 2006, ponen el acento en las enfermedades denominadas psicosomáticas y basan sus investigaciones en el psicoanálisis.

Por su parte, Domínguez, *et al.* 2010 y Pereira, *et al.* 2007, muestran un fuerte interés por los factores psicológicos implicados en el tratamiento de la diabetes y su impacto en el paciente y las personas que lo rodean. Otros autores han puesto la mirada en la DM gracias al notorio crecimiento de la enfermedad por factores en progresión como la obesidad, el sedentarismo y el tabaquismo (Hoyos, Duvaltier y Giraldo, 2003; Velandia y Rivera, 2009; Zúñiga, *et al.* 2008; Quintana, Merino, Merino, Pc. y Cea, 2008; Torres y Piña, 2010; Arenda, 2009; Moraga, 2005; Ortiz y Ortiz, 2007; Ortiz, 2004).

Las disciplinas más preocupadas por investigar este campo son la medicina y la psicología y en menor medida el psicoanálisis (este se ocupa de las enfermedades psicosomáticas en general, lo que indudablemente enriquece el panorama de la investigación en diabetes). La primera se ha caracterizado por indagar acerca de las causas de la enfermedad y las posibilidades de curación. Sus investigaciones son cuantitativas y sus artículos de revisión explicativos. Su interés suele centrarse en aspectos como la alimentación, el ejercicio y los fármacos para abordar el tratamiento y los instrumentos más utilizados en las investigaciones son las

escalas tipo Liker, las investigaciones previas y los cuestionarios. Los sujetos en todas las investigaciones revisadas son los pacientes diabéticos.

La investigaciones de la última década apuntan a entender la relación de la diabetes con otras enfermedades especialmente las cardiovasculares y cerebrovasculares, como lo describe Thierer, (2006). La comprensión profunda de los factores hormonales, metabólicos e inflamatorios es fundamental para vislumbrar las conductas adecuadas en pacientes cada vez más complejos.

En general, los estudios médicos sobre la diabetes insisten en la necesidad de una alimentación acorde con las necesidades de cada paciente; es decir, se deben tener en cuenta aspectos como la edad, la actividad física, el estado patológico y el sexo, entre otras. Llama la atención aquí el reconocimiento que se hace a la singularidad del sujeto como aspecto fundamental en el éxito del tratamiento.

Quizá lo que falta en este rubro es más investigación desde el campo de la medicina psicosomática y la psiquiatría, si tenemos en cuenta que los factores subjetivos pueden complicar el proceso terapéutico, pero por otro lado, acercan el tratamiento a procesos más humanos.

La investigación desde la perspectiva psicológica y la discusión a partir del psicoanálisis: propuestas, posibilidades y dificultades en la adherencia al tratamiento en la diabetes

La investigación en psicología tiene un matiz diferente al de la medicina. Su interés se centra en indagar por qué algunos pacientes logran una adhesión adecuada al tratamiento que les permite mejorar su calidad de vida mientras otros, a pesar de tener a disposición las herramientas necesarias, no las utilizan y persisten en dejar evolucionar la condición crónica e incluso acelerar el proceso a partir de comportamientos autodestructivos. Interesa, además, promover técnicas y desarrollar propuestas que logren generar adherencia y permanencia en el tratamiento (Organización mundial de la salud. OMS, 2003; Herrera, 2012; Palop y Martínez, 2004; Idazkuntza, 2011; Conthe y Tejerina, 2007; Velandia y Rivera, 2009; Granados, y Escalante, 2010; Ortiz y Ortiz, 2007; Matos y Bayarre, 2007).

En psicología los estudios son en su mayoría cualitativos (António, 2010; Arenda, 2009). Estos analizan la problemática a partir de una concepción social del mundo constituido por símbolos y significados que apuntan a las muchas aristas

intervinientes en el proceso de adherencia al tratamiento, entre estas la familia. Domínguez, *et al.* (2010) llevan a cabo un estudio en el que se propone que la familia y el entramado complejo de relaciones que ofrece son determinantes para el tratamiento de la diabetes. Los aspectos psicosociales también son tenidos en cuenta, como se evidencia en la investigación de Galán, Blanco y Pérez (20009 en la que se discute acerca de las implicaciones psicosociales emergentes por la condición de enfermedad. Interesan, además, los aspectos referentes a la condición humana *per se* y las implicaciones emocionales y subjetivas del padecimiento de la enfermedad (Gonzales, Tinoco y Benhumea, 2011; Granados y Escalante, 2010). Hay también algunas referencias de estudios cuantitativos (Torres y Piña, 2010; Granados y Escalante, 2010; Conthe y Tejerina, 2007). En estos, la atención se centra en describir y clasificar la adherencia al tratamiento en niveles, así como categorizar la adherencia farmacológica y la adherencia terapéutica relacionando las variables adherencia al tratamiento y niveles de glucosa en sangre.

Sobre los tipos de estudio cabe mencionar que en su mayoría son de reflexión, explicativos y descriptivos. El interés particular, como se señaló antes, es en la adherencia al tratamiento con base en factores biológicos, psicológicos y sociales y en el abordaje multidisciplinar. Los instrumentos utilizados son la entrevista semiestructurada, los estudios de caso y los cuestionarios. Los sujetos son el paciente diabético en general o clasificado según el tipo de enfermedad, los cuidadores y el personal médico.

La psicología plantea que la efectividad del tratamiento médico de las patologías crónicas está mediada por la adhesión al tratamiento, también definido como autocuidado. Dicha adhesión está notablemente influenciada por el funcionamiento cognitivo, emocional, conductual y social del individuo, razón por la cual se deben considerar los aspectos psicológicos como factores intervinientes en la salud en general (Pineda, *et al.*, 2014. s.f).

Recientemente ha aumentado el interés por los aspectos psicológicos y psicosociales en el control de las enfermedades crónicas y en este sentido las investigación en torno a la depresión y la diabetes han obtenido un mayor reconocimiento (Lloyd, 2008). Respecto a esto, la psicología de la salud concibe la idea de que la psicoterapia le permite al paciente rectificar sus conceptos e ideas acerca de la enfermedad a fin de que encuentre alternativas que le eviten ponerse en la posición de víctima y ver la enfermedad como catastrófica y avasallante, desplegando con ello un acercamiento más adaptativo y menos sumiso.

En materia psicoanalítica, la investigación es enteramente cualitativa (Álvarez, J. 2013; Árcega, A. *et al.*, 2005; Barbosa, R. *et al.* 2012; Gómez, J. 2012; Hoyos, *et al.*, 2003; Imaz, 2013; López, 2011). En psicoanálisis, los productos de las investigaciones son artículos reflexivos y explicativos y el interés se centra en la experiencia singular y en la relación del sujeto con el cuerpo y lo psicosomático. Los instrumentos utilizados son las investigaciones previas y la entrevista abierta y los sujetos de investigación los enfermos como sujetos del lenguaje. Es decir, no abordan el sujeto únicamente en cuanto a su condición de diabético, sino en toda su dimensión subjetiva.

La investigación en psicoanálisis plantea una paradoja: si bien no existen muchas pesquisas que se interesen de manera exclusiva por la problemática de la diabetes, no es complicado extrapolar apreciaciones con base en la teoría psicoanalítica que permitan la inteligibilidad del fenómeno como una enfermedad psicosomática (Pompa y Álvarez, 2004; Barbosa, *et al.*, 2012). Basta con repasar las referencias para darnos cuenta de cómo la investigación sobre enfermedades o problemáticas diferentes pueden dar luz para entender aspectos relacionados con la incapacidad de algunos pacientes de adherirse a los tratamientos, más allá de que conozcan y reconozcan sus bondades y beneficios; es decir, "lo saben, pero aun así…[57]".

La diabetes, como condición crónica demanda un tratamiento exhaustivo, complejo y multivariado, además interdisciplinar, como se puede advertir en diferentes investigaciones (Castillo, Haser, y Tamagnone, H. 2007; António, 2010; Latino, 2012; Hoyos, Duvaltier y Giraldo, 2003). Como se indicó, depende de diversos factores individuales, como el sexo, la raza y la edad, entre otros. Sin embargo, el tratamiento debe tener en cuenta (reconocer) la subjetividad para acercase al éxito, lo que representa una dificultad hasta ahora constituyente de la medicina, como señala Braustein (2006) refiriéndose a Lacan:

> *Es en 1966, disertando sobre el tema de psicoanálisis y medicina, cuando Lacan recordó la experiencia banal del médico obligado a constatar una y otra vez que bajo la apariencia de la demanda de curación se esconde a menudo un aferrarse a*

57. Es la fórmula empleada para explicar la "desmentida o renegación". Es el reemplazo de una realidad por otra no cualquiera, sino la recíproca. Este sustituto recíproco, sin embargo, no tiene cualidad sensorial, no es una alucinación, sigue estando a nivel de la consciencia. La renegación consiste en el rechazo de una representación a través de una afirmación de la opuesta. No se rechaza la percepción sino que la suplanta por otra. El fenómeno mismo del reemplazo es la renegación. La presencia de una creencia implicaría la renegación de la otra (Bleichmar, 1976).

> *la enfermedad que derrota sin atenuantes a los instrumentos que la técnica pone en manos del médico* (p. 20).

En la misma disertación, Lacan hace un llamado de atención a propósito de la verdadera demanda que el paciente hace al médico e invita a sus colegas a reconocer la enfermedad como una condición que el paciente no necesariamente quiere abandonar, aunque manifieste una "intención" de cura, pues hay ganancias en la enfermedad a las que podría no querer renunciar. Refiriéndose a los enfermos, Lacan (1966) manifiesta:

> *A veces viene a demandarnos que lo autentifiquemos como enfermo, en muchos otros casos viene, de la manera más manifiesta a demandarles que lo preserven en su enfermedad, que lo traten de la manera que le conviene a él, la que le permitirá continuar siendo un enfermo bien instalado en su enfermedad* (p. 13).

Hay, entonces, una enunciación acertada acerca de los obstáculos subjetivos presentes en los tratamientos médicos, pues lo que se persigue en estos y particularmente en la DM, es que quien la padece logre una adaptación que le permita apropiarse de los cuidados que esta le demanda. Esta adaptación es dinámica, pues se mueve al ritmo de la constante negociación entre el enfermo y las circunstancias que la vida le plantea, en este caso, seguir una dieta rigurosa, practicar ejercicio constantemente y consumir los medicamentos según las indicaciones del médico.

Para ejemplificar esto, es pertinente recurrir a la investigación de Moraga (2005), en la que clasifica a los pacientes diabéticos en pacientes normalizados y pacientes no normalizados. Para los primeros, la DM es vista como una enfermedad incurable que requiere cuidado de por vida, mas no peligrosa y mortal. Para el segundo grupo, la enfermedad aparece como catastrófica, incurable, represora y central en su vida. Según la autora, el estado de bienestar se alcanza cuando se conocen la enfermedad y los beneficios de seguir el tratamiento y se adquiere la capacidad de evitar que las crisis sucedan.

Se hace referencia a un saber que podríamos denominar consciente. Por ejemplo, qué comer, cómo comerlo, cuándo comer, en qué cantidad, así como reconocer la importancia y los beneficios del ejercicio y tomar los medicamentos según las indicaciones médicas. No obstante, la experiencia nos enseña que muchos pacientes cuyo diagnóstico es relativamente antiguo, son conscientes de los beneficios de seguir las recomendaciones dadas para el tratamiento y aun así no logran adherirse a él. Este conocimiento es importante, pero deja de lado el

"saber no sabido",[58] dimensión que nos permitiría discernir por qué losfactores de riesgo "[…] entrañan casi siempre un cierto gusto, un cierto placer, que la enfermedad inscrita en el discurso de la prevención lo convierte en ilícito o al menos en riesgoso" (Hoyos, Duvaltier y Giraldo, 2003, p. 138). Es decir, hay una condición en el paciente que lo habita, obstaculiza el tratamiento, no puede dar cuenta de ella y no permite desplegar prácticas de autocuidado (se hace referencia al goce como concepto psicoanalítico, asunto que se desarrollara más adelante).

En cuanto a los pacientes no normalizados, el problema de información no es desconocimiento, sino una condición más compleja. Vivencian la enfermedad como algo que amenaza la estabilidad y quien es diagnosticado no conoce de su afección más que de nombre. Esa novedad viene acompañada de la creencia de una posible cura, razón por la cual cuando el paciente es informado de la cronicidad de su condición el proceso se hace más doloroso (recordemos que la concepción común de salud es la ausencia de enfermedad). Este avasallamiento genera en el paciente una respuesta de doble vía. En primer lugar, como una catástrofe que traza un camino doloroso hacia la muerte, lo cual redunda en negación, deslegitimación del tratamiento y abandono a la suerte, al considerar que estos cuidados no pueden cambiar el destino. En segundo lugar se tiene un camino menos transitado, a saber, la "resiliencia", denominado así por la psicología de la salud y consistente en la capacidad de abordar la enfermedad con la creencia de que si bien no es curable, no significa la muerte (Granados y Escalante, 2010; Torres y Piña, 2010; Hoyos, Duvaltier y Giraldo, 2003). A este punto se llega ocasionalmente y luego de elaborar el duelo necesario. "Hablar de duelo en este contexto es considerar los sentimientos que despierta toda situación de pérdida, real o imaginaria, o de temor sobre su acaecer" (Pereyra y Mardones, 2006, p. 444). Así, el duelo no debe ser percibido como una dimensión domeñable que se desvanece con el tiempo, pues la pena y el dolor están sujetados al recuerdo que a su vez trae la añoranza de aquello perdido. Es necesario, entonces, que el paciente reflexione sobre sus dolencias para reelaborarlas y resignificar su condición.

Para conseguir estos propósitos, los sistemas de salud y los investigadores de la materia insisten en la necesidad de "educar al paciente". Al respecto, Arenda (2009) plantea que

58. Frase que alude al inconsciente, al saber simbólico del que no se tiene noticia (no se tiene conocimiento) y al que solo se puede llegar mediante la palabra, pero que nunca será asequible en su totalidad, pues el inconsciente es aprehensible solo parcialmente.

> *[…] la educación terapéutica estará destinada a enseñar una serie de procedimientos, hábitos y actitudes que permiten al paciente reemplazar por medio de su conducta consciente y voluntaria, una función biológica extremadamente compleja, que hasta el momento se realizaba en forma involuntaria y silenciosa* (p. 56).

Como se puede evidenciar, se responde a los cánones comunes de una educación basada en una suerte de adoctrinamiento que desconoce la singularidad. Sería conveniente que los programas de educación en diabetología se preguntaran, por ejemplo, ¿qué se somete a instrucción?, ¿cómo se ejecutan estas instrucciones?, ¿qué se enseña?, ¿cómo se enseña?, ¿para qué se enseña?, ¿quién enseña?, ¿para quién se enseña? Son cuestionamientos cuya respuesta está permeada por una postura específica sobre el sujeto: sujeto del deseo, del goce, del inconsciente. El avance radica en que se piensa en la posibilidad y la necesidad de que el paciente se apropie de sus cuidados.

Galán, Blanco y Pérez (2000), en alusión a Parsons (1951), discuten el papel del enfermo (*sick role*) en el proceso de curación. Según este planteamiento, en la sociedad occidental los enfermos tienen derecho a ser eximidos de las responsabilidades sociales y a no ser considerados responsables de la situación que viven. Asimismo, tienen la obligación de considerar indeseable su enfermedad, buscar ayuda profesional y cooperar en el proceso de curación. En este caso, los derechos suelen ser reconocidos por los pacientes, quienes a partir de concebir la diabetes como una enfermedad hereditaria suelen asumir una postura pasiva y una condición de víctimas que los absuelve de toda responsabilidad, pues su condición es vista como un golpe inexorable del destino. A esto se añade la dificultad de asumir su posición de sujetos de deberes, ya que la cura, además de considerarse ajena, es inalcanzable.

Por ejemplo, el ejercicio es considerado fundamental para mejorar la calidad de vida de los pacientes con DM. Es una recomendación general de la medicina y la psicología, independientemente de la presencia de alguna enfermedad. Los estudios revisados de Novials (2006) y Bastidas*et al.* (2001), muestran que este aspecto es considerablemente complejo, pues si bien la actividad física es inherente al hombre (sabemos que los griegos tenían sus olimpiadas 2000 a. C), no es necesariamente una práctica que todos disfruten, pues más que una condición física es una dimensión psicológica la que entra en juego (competir, alcanzar el logro o ganar) que puede bien permitir o bien obstaculizar el desarrollo de actividades deportivas por parte del paciente diabético. El ejercicio debe ser algo que se disfrute y genere placer, además de precisar un alto grado de disciplina para quien lo practica, ya que al no ser "obligatorio" es fácilmente excluido de la cotidianidad. Los pacientes suelen justificar su falta de interés

aduciendo falta de tiempo, cansancio por las labores diarias, alguna dificultad de orden físico o simple pereza.

En las denominadas charlas educativas o talleres de formación, es común escuchar discursos como el siguiente:

> *Los efectos sobre la captación de glucosa y el aumento en la sensibilidad a la insulina son mayores cuando se hace entrenamiento regular y ordenado que cuando se lleva a cabo una sola sesión de ejercicio. Se considera que el ejercicio aeróbico es el más adecuado para mejorar la sensibilidad a la insulina. Los efectos metabólicos del ejercicio se pueden resumir en los siguientes: reducción del riesgo coronario de enfermedad cardiaca, disminución de la presión arterial, incremento de la capacidad cardiaca, la fuerza y la elasticidad muscular, control y reducción del peso y el porcentaje de grasa corporal, disminución de los niveles de lípidos, aumento del flujo sanguíneo, reducción de la ansiedad y el estrés, mejora de la autoestima, mejora del metabolismo de los azúcares, incremento de la sensibilidad a la insulina, prevención de las complicaciones de la DM2 y prevención de padecer DM2 en poblaciones de alto riesgo* (Bastidas, García, Rincon y Panduro, 2006, p. 47).

Este es un segmento de información generalmente conocido por el paciente diabético, al menos cuando participa de programas de promoción y prevención. Se explicaría así la tesis de que "saber que hacer" no implica necesariamente acción. La educación vista como transmisión del conocimiento, no representa indefectiblemente el camino a la curación. En este sentido, la OMS (2003) afirma: "Es bien sabido que la educación sola es una intervención débil, pero muchas intervenciones siguen dependiendo de la educación de los pacientes para alentarlos a que se adhieran al tratamiento" (p. 35).

Entonces, ¿por qué renunciar a tantos beneficios? Es decir, si el paciente sabe lo que le conviene, ¿por qué no asume prácticas de autocuidado? ¿Acaso hay una imposibilidad estructural de aplazar la satisfacción inmediata para obtener beneficios a largo plazo? Negarse a la realidad en este caso implica despojar de toda validez la información recibida por los profesionales de la salud; pero, principalmente, la negación es a "escuchar" el propio cuerpo. Se pretende no escuchar aquello tan desagradable y vivir la vida como antes, como siempre: "placentera". Placer que conlleva displacer: goce.

Galán, Blanco y Pérez (2000 citando a Mechanic, 1962) aluden a la denominada "conducta de enfermedad", la cual hacen referencia a la forma particular como una persona responde a sus signos corporales y a las condiciones bajo las cuales percibe esos signos como anormales. Ante la generalidad de este postulado, Mechanic (1986 citado por Galán, Blanco y Pérez, 2000) planteó que la

conducta de enfermedad puede ser conceptualizada de cuatro formas: 1. como una disposición estable de las personas a responder de forma determinada ante la enfermedad; 2. como resultado de la interacción entre variables personales y sociales en el ámbito de la enfermedad, que determinan el significado proporcionado a ella; 3. como una consecuencia de la organización y estructura del sistema sanitario en cuanto determinantes de la respuesta del enfermo, y 4. como resultado de un proceso de atribución en torno a la salud-enfermedad.

Como se puede evidenciar, en esta clasificación se amplía el panorama y se les da cabida a otras dimensiones no siempre tenidas en cuenta dentro del proceso, a saber, la interacción entre lo social y lo personal, la concepción de salud y enfermedad y el papel del sistema de salud.

De acuerdo con lo anterior, es indudable que

> *[…] la enfermedad física y la lesión corporal inevitablemente debilitan el sentido de identidad, interrumpiendo la existencia segura dentro del propio cuerpo y esto puede llevar a la regresión afectiva. Se necesita, como consecuencia, una reorganización a nivel físico, emocional y cognitivo. Frecuentemente, ese proceso es lento, difícil y doloroso* (Durbán, Lazar y Ofer, 1993, p. 224).

De ahí la importancia de desarrollar programas de promoción y prevención mediante acciones educativas, que en ocasiones suelen quedarse cortas quizá porque su principal objetivo no es la salud del paciente, sino la salud económica del sistema. Interesa la cuantificación para reducir cifras y la subjetividad se trata de borrar.

La adherencia al tratamiento

Sobre el concepto de adherencia al tratamiento, Hentinen y Kingas (1992 citados por Ortiz y Ortiz, 2007), afirman que es un proceso activo e intencional en el que el paciente es responsable de su cuidado y trabaja para mantener la salud en estrecha colaboración con el personal médico. Esta definición es ampliamente aceptada en virtud a que no se limita a reducir al sujeto a la posición pasiva ("paciente") de quien obedece, pues el autocuidado implica un proceso de participación dinámico (Orem, 1993 citado por Velandia y Rviera, 2009). Este sería el objetivo de la adherencia al tratamiento en los programas de promoción y prevención no solo para la diabetes, sino para cualquier enfermedad, particularmente las enfermedades crónicas.

Autores como Conthe y Tejerina (2007), definen la adherencia al tratamiento como el grado de seguimiento por el paciente de una serie de instrucciones médicas que incluyen, además de un tratamiento farmacológico, medidas generales (se advierte aquí una postura centrada en las órdenes médicas). Son medidas –afirman– que necesitan un clara comprensión, razón por la cual es necesario que el medico explique de una manera acorde con el nivel cultural del paciente y haga un seguimiento. Esta postura desconoce, por ejemplo, las "ganancias secundarias" anudadas al síntoma y representan la forma como el paciente obtiene beneficio de su enfermedad, como cuando manifiesta "ahora que me enferme, ahí sí todos están pendientes de mí". De ahí que sea complicado que el paciente siga instrucciones, pues no es fácil renunciar al amor obtenido gracias a la enfermedad.

La no adherencia al tratamiento es un problema que afecta muchos países, al extremo de que la OMS lo considera un asunto prioritario de salud pública por sus consecuencias negativas: fracasos terapéuticos, mayores tasas de hospitalización y aumento de los costes sanitarios (Idazkuntza, B. 2011). A propósito, discutiremos sobre el manual de la OMS (1993) sobre modelos de prevención y tratamientos de las enfermedades crónicas, entre ellas la diabetes. Esta disertación será nutrida por otros estudios al respecto.

Llegados a este paraje y con el ánimo de seguir desarrollando el tema, es pertinente señalar que las enfermedades crónicas se definen como de larga duración y por lo general de progresión lenta. Las enfermedades cardiacas, los infartos, el cáncer, las enfermedades respiratorias y la diabetes son las causas principales de mortalidad en el mundo (OMS, 1993). Así, la cronicidad de la enfermedad define en gran medida el destino del tratamiento, ya que en este caso los cambios propuestos son para toda la vida.

Como se mencionó anteriormente, la adherencia al tratamiento es dinámica, compleja y dependiente de factores determinantes para el éxito o el fracaso del proceso, los cuales generalmente no tienen ver con la enfermedad.

De esta manera, el objetivo del tratamiento para la DM es básicamente el control de los niveles de glucosa en sangre, lo cual se relaciona con el hecho de que el paciente se apropie de su cuidado, monitoree constantemente sus niveles de azúcar (glucometría), se administre los medicamentos, haga actividad física y se alimente adecuadamente. Al respecto, importa aclarar la diferencia entre comer y alimentarse. Lo primero surge como respuesta al estímulo del hambre, pero no implica necesariamente consumir alimentos sanos; se puede "comer cualquier cosa". Lo segundo implica ingerir comidas que además de saciar el

hambre proveen sustancias beneficiosas para la salud, algo fundamental en el tratamiento de la DM. De hecho, todos los pacientes comen, pero lo hacen en respuesta a las necesidades que suelen ir asociadas al placer.

Cinco dimensiones interactuantes que influyen en la adherencia al tratamiento

Los elementos socioeconómicos

Esta dimensión alude a considerar el efecto negativo de factores como la pobreza, el analfabetismo, el desempleo, la falta de redes de apoyo social, las condiciones de vida inestable y los costos elevados de la medicación, entre otros, sobre la adherencia al tratamiento. Al respecto, Herrera (2012), afirma que un bajo nivel socioeconómico pone en riesgo la adherencia al tratamiento. Como es sabido, en Latinoamérica las dificultades socioeconómicas suelen redundar en falta de oportunidades educativas y laborales, lo cual implica menores ingresos económicos que impiden seguir planes dietarios, acceder al sistema de salud o simplemente pagar el transporte para desplazarse a una consulta. Por otro lado, el analfabetismo complica, sisn duda, los procesos de comprensión necesarios para desarrollar prácticas de autocuidado, pues como se mencionó, es preciso conocer acrca de la enfermedad para que esta deje de resultar ajena y el paciente se adhiera al tratamiento. Es común en las prácticas de promoción y prevención que los pacientes manifiesten ideas del tipo "yo no tengo dinero para seguir dietas. Uno come lo que hay y lo que comen los demás en la casa" o "el sector donde vivo es muy inseguro, no se puede salir a hacer ejercicio". Así, los componentes socioeconómicos se constituyen en una barrera cuando las situaciones son complejas; sin embargo, en ocasiones pueden ser de ayuda cuando se trata de pacientes que gozan de mejores condiciones.

En un estudio llevado a cabo en Chile por Ortiz (2004) sobre adherencia al tratamiento en pacientes con DM1, se encontró que el nivel socioeconómico de los participantes resultó ser una variable que marca diferencias en el grado de control metabólico. De este modo, aquellos pacientes provenientes de estratos socioeconómicos mayores tuvieron una mejor adherencia que los provenientes de estratos medios, los que a su vez presentaron mejor control que los participantes del estratos bajos. Este resultado no es sorprendente, pues la pertenencia a niveles socioeconómicos elevados facilita a los pacientes diabéticos costear sin mayores dificultades su tratamiento, lo que implica tener acceso a mejores prestaciones de salud (Ortiz, 2004).

Por otro lado, los pacientes manifiestan de forma explícita que su salud física interfiere en su trabajo y en las demás actividades diarias, que su rendimiento es menor que el deseado, que se sienten limitados y que tienen dificultades para hacer ciertas actividades (Ledón, 2011). Estos aspectos deben ser tomados con discreción, pues es importante identificar cuándo el paciente en realidad está imposibilitado para desarrollar sus labores y cuándo se vale de la enfermedad para evadir responsabilidades.

En este campo, diferentes estudios (Ledón, 2011; Dominguez, *et al.* 2010; Ortiz, 2004) muestran una relación directa entre el apoyo recibido por el enfermo de parte de familiares, amigos, empleadores y Gobierno y su adherencia al tratamiento, hecho que se evidencia en un mejor control metabólico y en el retardo o no aparición de complicaciones asociadas a la DM.

El paciente

Se hace referencia aquí a las actitudes, creencias y expectativas del paciente, y cómo pueden favorecer u frenar la adherencia al tratamiento. Sobre este asunto, Palop y Martínez (2004) afirman que el paciente toma las decisiones sobre su medicación con base en factores personales relativos a sus creencias sobre la salud, la percepción de la causa de su enfermedad o la manera como cree debe hacerle frente. Ampliando el espectro, Granados y Escalante (2010) conceptúan que la adherencia al tratamiento es, en esencia, un comportamiento modulado por componentes subjetivos en los que se conceptualiza que la conducta de cumplir con el tratamiento está mediada por los conocimientos y creencias del paciente acerca de su enfermedad. Las creencias como un beneficio para su salud son relevantes para una buena adherencia. Es importante en este sentido el criterio subjetivo de que los esfuerzos que lleve a cabo para cumplir el tratamiento valen la pena; o sea, son necesarios con tal de evitar dolencias y sentirse bien (Matos, Libertad y Bayarre, 2007).

En las investigaciones se reconoce asimismo la depresión como un obstáculo determinante y frecuentemente asociado con los resultados alcanzados. "En relación a la DM, al parecer, cuando la depresión está presente, existe evidencia de un peor control metabólico, disminución de la actividad física, mayor obesidad, y potencialmente mayores complicaciones derivadas de la patología" (Ortiz y Ortiz, 2007, p. 648). Evidentemente, la condición de diabético implica un impacto psicológico desde el momento en se anuncia al afectado su nueva condición.

> *Este impacto está relacionado también con las implicaciones directas e indirectas que conlleva la enfermedad. Las directas incluyen los síntomas mencionados al principio y las posibles complicaciones que podría sufrir el paciente; y las indirectas o secundarias de la enfermedad como el estrés que produce el autocuidado, la frustración que ocurre ante algún fracaso en el mismo, la interferencia del autocuidado en la vida cotidiana, las restricciones alimentarias y la tendencia a deprimirse* (Heredia y Pinto, 2008, p. 24).

Se hace referencia a un duelo. Hay una pérdida evidente de la condición anterior. El modelo de vida, hasta el momento hegemónico, debe cambiar, pues la nueva situación demanda restricciones en la forma de alimentarse (la comida deja de ser un placer) y clama por un cuerpo más activo. De esta manera, el sedentarismo deja de ser una forma de "descanso" y aparece como factor de riesgo.

En diferentes investigaciones (Portilla, Romero y Román, 1991; Pineda *et al.*, 2014; Laguna, *et al.*, 2009; Quintana, *et al.*, 2008), se ha identificado que las características de la personalidad influyen en el control de la glicemia en diabéticos. La tendencia de los pacientes a experimentar menos emociones negativas y enfocar las necesidades de los demás antes que las de ellos, demostró ser un factor de riesgo para el inadecuado control de la glicemia.

La enfermedad

Están constituidas por las demandas propias de la enfermedad y dependen de la gravedad de los síntomas y del grado de daño (si hay discapacidad de algún tipo). Este aspecto determina el camino por seguir, pues el tratamiento tiene unas características que lo hacen particular. Por esta razón, factores como la gravedad de la condición y su antigüedad indican para cada paciente un abordaje diferente, aunque sostenido en la misma triada: alimentación-ejercicio-medicamentos.

A nivel macro y con profundas implicaciones micro, nos referimos a una construcción social de la idea y del sentido de enfermedad como algo que nos sitúa en las fronteras de la anormalidad; es decir, de lo que no se desea (Gonzales, Tinoco y Benhumea, 2011). En concreto, la enfermedad le da un lugar a quien la padece que la sociedad legitima a partir de la rotulación: "el diabético" o "el pacientico". Podría, entonces, pensarse que si se diese un lugar más amable para situar a quien padece diabetes, quizá se le facilitaría la posibilidad de adherirse al tratamiento de manera exitosa. Así, "padecer" una enfermedad implica sufrirla, pero también tolerarla. "Las personas no solo sufren dolencias, viven su propias experiencias idiosincrásicas de enfermedad, por lo que no hay que tratar las dolencias sino a las personas" (Gonzales, *et. al*, 2011, p. 267).

El equipo o el sistema de asistencia sanitaria

Hace referencia a la calidad del servicio y a la comodidad del paciente frente al trato que se le brinda. A propósito, Herrera (2012) sostiene que la educación y el apoyo del equipo de salud son insuficientemente percibidos por los participantes (pacientes), pues consideran que solo en ocasiones quienes los atienden responden a sus interrogantes y dificultades relacionadas con el tratamiento. Puntualiza, además, que la satisfacción del paciente en en cuanto a la terapia es un factor que puede potenciar la adherencia, y cuyo principal componente es una buena comunicación y mantener una relación respetuosa y cordial.

En esta misma línea, para Ortiz y Ortiz (2007) toma fuerza la hipótesis de que una relación de colaboración entre el paciente y los prestadores mejora la adherencia al tratamiento en enfermedades crónicas. Además, esta variable parece asociarse con mejoras en la participación del paciente en su cuidado, disminución de cancelaciones a las citas médicas e incrementos en el compromiso del paciente con su tratamiento.

Acerca de la posición del equipo terapéutico, Palop y Martínez (2004) sostienen que si el problema del incumplimiento es grave, lo es más la actitud pasiva de los profesionales sanitarios ante él, ya que en la práctica clínica diaria no lo integran en el contexto del fallo terapéutico. Estos autores proponen que si se hace una clasificación de los pacientes en cumplidores y no cumplidores, se podría reconocer el problema, las causas que lo condicionan y hacer recomendaciones que lo mejoren. En los programas de promoción y prevención generalmente se lleva a cabo esta clasificación, aunque con la denominación de adherentes (cumplidores) y no inadherentes (no cumplidores). No obstante, habitualmente tal ordenamiento no implica el reconocimiento de los factores individuales que motivan el comportamiento, por lo cual se queda en una mera calificación del tipo "buenos y malos", que en el caso de ser negativa redundaría en angustia para el paciente que siente que no llena las expectativas que le demanda el Otro;[59] es decir, el sujeto supuesto al saber,[60] en este caso el médico.

59. Aquí, "Otro" remite a un concepto clave en la teoría lacaniana: el gran Otro, con el que Lacan pretende denominar un espacio simbólico determinante del sujeto pero externo a él: el significante, la ley, el inconsciente.
60. La frase "sujeto supuesto saber" no designa al analista (el médico), sino una función que este puede llegar a encarnar en la cura. Solo cuando el analista es percibido por el analizante como encarnado, puede decirse que se ha establecido una transferencia (vínculo terapéutico). En este caso, el saber que se presume tiene el analista, es aquello de lo cual nadie puede huir en cuanto él lo formula (Evans, 1996).

El tratamiento

Aparece aquí la complejidad del régimen médico, sostenido por un mandato inamovible y vivido muchas veces como tirano al ser percibido como una orden o una prohibición: "no puede comer esto, ni aquello, ni esto otro…". También juegan un papel la duración del tratamiento –que en la diabetes es de por vida– el riesgo de fracasar, los beneficios posibles y los efectos colaterales, entre otros. Estos principios relacionados con los aspectos mencionados anteriormente, generan complicaciones que traban el proceso terapéutico y la adherencia al tratamiento. Es evidente la presencia de numerosos factores en el tratamiento. Si se consideran la complejidad de la enfermedad y la cronicidad del tratamiento, no sorprende la baja tasa de adherencia encontrada en diversas investigaciones (Kyngas, 2000 citado por Ortiz, 2004).

La adherencia al tratamiento entre el placer y su más allá: el punto de vista del psicoanálisis

Para el psicoanálisis, si bien los anteriores aspectos tienen validez prima la dimensión subjetiva, la singularidad del sujeto, aquello que lo hace diferente y único.

El lugar del psicoanálisis en el mundo posmoderno encuentra su justificación en la praxis, que mediante la palabra, procura acotar el goce permitiendo la emergencia de un sujeto ético con relación a la responsabilidad en el develamiento y sostén de su deseo (López, 2011, p. 11).

Interesa el sujeto que no confronta su falta. El psicoanálisis entiende el enfermar como un desorden en la interioridad del sujeto que se manifiesta a modo anímico; es decir, a modo de trastorno orgánico o a modo de alteración en los comportamientos o los vínculos.

De esta manera, una enfermedad es algo de lo que hay que hablar. Pero si hablar se reduce a un intercambio entre paciente y médico que incluya el fenómeno "enfermedad" en el discurso médico, el individuo será borrado, silenciado (Bárcena, 2007). El paciente, al salir de la consulta médica, suele manifestar: "Hable con el médico y me dijo…". Es decir, no hubo conversación, no se presentó una *consulta*. El paciente no pregunta, pero el médico desde su posición de saber le dice al sujeto qué le pasa y qué debe hacer para que le deje de pasar. Se da, entonces, el caso de que el paciente no habla pero sí lo hace su síntoma físico. Habló el cuerpo de la medicina, cuerpo que, además, dice algo sobre la psique y es eso, precisamente, lo que no se escucha.

Para Bárcena (2007), esta es la crítica a la medicina como una disciplina que hace abstracción del sujeto y se dirige solo al cuerpo. Cuando el médico señala: "Vamos a atacar esa enfermedad", es como si nadie la tuviera; como si fuera un hecho aislado sin pensar que la tiene alguien y que ese alguien tiene una historia. El cuerpo es tratado solo como organismo, desconociendo con ello que en él opera el lenguaje.

El discurso médico se interrumpe cuando aparece la angustia del paciente y toma distancia de la condición hablante del sujeto para no perder de vista su objeto (el cuerpo como organismo). Esta angustia hace referencia a la sentida por el paciente al no tener respuestas sobre su sufrimiento, angustia que es transmitida al médico en la consulta y que en muchos casos convoca a este último a recurrir a la rigidez del dispositivo médico para evitar lo engorroso de escuchar al otro.

A propósito, Hoyos, Duvaltier y Giraldo (2003) proponen darle la palabra al sujeto al considerar que este es excluido en la lógica discursiva de los programas de promoción y prevención. Es "[…] invitarlo a hablar de su relación particular con los factores de riesgo y con los denominados hábitos de vida saludables" (p. 136). Esta loable propuesta conlleva una dificultad: tomar la palabra no es tarea fácil. Es común encontrar en el enfermo en general y en el diabético en particular, una suerte de pobreza en cuanto a la producción de discurso sobre su padecer emocional y la relación de este con su dolencia fisca, entre otras porque muchas veces no reconocen la relación entre ambas dimensiones. Ejemplificando esto, Sifneos (1973), citado por Valdez (2004), nos dice: "Los pacientes que sufren trastornos psicosomáticos, muestran una marcada dificultad para comunicarse con su entrevistador, transmiten la impresión general de ser apagados y utilizan las acciones para evitar conflictos o situaciones de frustración" (p. 406). Matos, Libertad y Bayarre (2007), plantean que los problemas de adherencia pueden ocurrir por ausencia, exceso o defecto en el seguimiento de la recomendación. Suceden en cualquier momento: antes, al inicio, durante o al finalizar la recomendación. Incluso, la persona puede adherirse a ciertos aspectos de la prescripción y en algunos momentos o circunstancias.

El paciente inadherente tiende a fijar su posición subjetiva en una suerte de contrariedad y desinterés por las normas que le son establecidas para su autocuidado, y en particular por el valor de la palabra que viene del otro, pues esta suele ser equiparada a un saber que se vive como excluyente y no lo representa. El interés del paciente se centra en una búsqueda de alivio a su sufrimiento y de esta manera deja de lado el cumplimiento con los cuidados. Por ejemplo, no seguir la dieta recomendada irrumpe como una forma de "terapia antagónica"

que conduce a un goce. La negación determina en el paciente conductas que buscan restituir el estado anterior de bienestar y comprobar la ineptitud y futilidad del tratamiento. Por otro lado, cabe anotar que en los pacientes que se han adherido, los niveles de ansiedad aumentan debido al riesgo siempre latente de recaída, pues ni siquiera el hecho de seguir estrictamente el tratamiento garantiza la estabilidad de la enfermedad (Huertas, *et al.*, 2014; Velandia y Rivera, 2009). Asimismo, se evidencia (en contravía) que muchas veces el manejo de la ansiedad se da a partir de trasgredir la norma; es decir, aparecen comportamientos que serían compensatorios al subsanar otras penurias. Esto se da generalmente en los pacientes con diabetes tipo 1, ya que son niños y adolescentes.

El psicoanálisis, entonces, ofrece al paciente la búsqueda de la (su) verdad a través de la palabra a partir de interrogarse sobre su condición de inadherente. El problema radica en que el paciente supone un "interrogatorio" que lo desacreditará y juzgará su "indisciplina", sin comprender que lo que se pretende es desafiar el saber que está en falta para resignificar la condición de diabético y los cuidados que esta condicion demanda.

Ulnik (2008) mantiene la misma postura y manifiesta:

> *Una vez aparecen esas palabras (las del paciente) se despliega una historia a veces nunca contada pero consciente y otras veces nunca contada porque es inconsciente, cuyo escenario es el cuerpo. Lo que el psicoanálisis escucha del cuerpo es lo que de él se inscribe en la palabra o en su defecto, lo que a modo de un parche –hecho de un material heterogéneo a la palabra– viene a ocupar el lugar de una laguna del recuerdo, una detención en las asociaciones o una falla en la identidad. El elemento heterogéneo es la enfermedad somática* (pp. 193-210).

Pese a la complejidad ya mencionada, el hecho de que el sujeto acceda a la palabra abriría una posibilidad a la subjetivación. La invitación es a permitir que el paciente se responsabilice de su condición, de aquello que lo aqueja y que obstaculiza su tratamiento; es decir, que se haga cargo de sí. Duvaltier y Giraldo (2003) afirman en este sentido: "Es necesario que sea en la escucha de cada uno de los pacientes donde cada quien se las vea con ese factor de riesgo que lo lleva más allá de un placer y que lo pone de cara a la muerte" (p. 136).

Es común que en el paciente diabético el *acto* emerja como reemplazo de la palabra. Por ejemplo, a un paciente en consulta se le pregunta acerca de lo que para él significa su condición de cronicidad (de diabético), los cuidados que debe seguir y los riesgos presentes, a lo que generalmente responde: "Yo no siento nada, ni cuando tomo la pasta ni cuando no me la tomo. Entonces, yo sigo mi vida normal, comiendo lo que me gusta y haciendo pereza. Yo sé que no está

bien pero no sé qué pasa". Vemos que el paciente "hace" algo por su condición, en este caso "nada". Y ahí aflora el síntoma, primero como teoría para explicar el padecer propio: "no siento nada"; luego, como marca de un límite: "yo sé que no está bien, pero no sé", en alusión a aquel saber no sabido. "El sujeto es superado por su decir" (Nasio, 1998, p. 17). El psicoanálisis confía en el síntoma porque no lo considera un desecho sino una formación que obedece a ciertas reglas (Imaz, 2013) y entraña algo de la verdad del inconsciente.

He ahí la dimensión del goce, que es tanto dolor como satisfacción y se expresa en el síntoma. De nuevo la paradoja, dolor y sufrimiento; y también satisfacción porque evita un dolor mayor. El síntoma satisface allí donde se presenta como doloroso (Mira y Carmona, 2006). Al corriente de esta lógica, bienestar no es sinónimo de lo que socialmente se consideraría bueno, aspecto que aún no tiene cabida en el discurso médico. Para la medicina es inconcebible que alguien "consciente" de lo delicado de su condición crónica, se niegue a seguir los cuidados que solo pueden generarle salud. En esta vía, Álvarez (2013) comenta: "Las buenas intenciones del enfermo tropiezan con la fuerza y el empuje indomeñable de lo que Freud llamará pulsión, esa vertiente de la pasión que desoye los buenos argumentos y escamotea los esfuerzos de la voluntad". (p. 3).

Freud (1926), define el síntoma como un sustituto de una no lograda satisfacción instintiva, un resultado de la represión. Por la represión, el yo hace que la representación sustentadora del superyó rehúse hacerse consciente. El impulso instintivo encuentra un sustituto de su satisfacción en el síntoma. Según esto,

> *[…] la satisfacción oculta del síntoma se presenta como una situación paradojal, ya que se trata de un placer obtenido a través del sufrimiento y de impedimentos que hacen dolorosa la vida cotidiana, algo que Freud describe como la inutilidad del síntoma para la vida cotidiana. El síntoma se revela, entonces, colmo algo displacentero e incómodo para el sujeto, pero al mismo tiempo le aporta satisfacción, una satisfacción inconsciente de la cual no tiene noticias* (Ustárroz, 2008, p. 2).

Un paciente en consulta afirma: "Uno sabe que fumar es una pendejada porque no sirve para nada, sino para mal! Pero es rico y hace una falta..!" a propósito de esa imposibilidad de renuncia y esa repetición constante de actos insulsos, Freud (1920) explicita: "Es claro que las más de las veces lo que la compulsión de repetición hace revivenciar no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a la luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas" (p. 8). Ejemplificado esto en el discurso de una paciente diabética que en diferentes consultas manifestó "me da mucha ansiedad de comer dulce, me levanto todos los días a la madrugada a comer panela", hay, evidentemente, una compulsión

a la repetición, no solo porque es una práctica diaria y sistemática sino porque la paciente está repitiendo una experiencia de su infancia cuando cada mañana muy temprano preparaba agua de panela junto a su padre, con la que este desayunaba antes de salir a trabajar. Convengamos que la paciente definía esta práctica como molesta (pues "madrugaba mucho"), pero placentera porque la unía a su padre: "era un momento de compartir los dos". "Osaremos suponer que en la vida anímica existe una compulsión a la repetición que se instaura más allá del principio del placer" (Freud, 1920, p. 10).

Así, el sujeto es presa de la lucha antitética entre tensión y distensión constantes, mientras la tensión genera displacer y exige ser satisfecha para alcanzar el placer.

> *Un estado de tensión da lugar a impulsos endógenos denominados por Freud, pulsiones. Distingue dos tipos de pulsiones, la pulsión sexual o de la vida, Eros, y la pulsión de la muerte, ambas presentes en el sujeto en proporciones variables. La primera pugna por conservar la sustancia viva y reunirla en unidades mayores, mientras que la segunda pretende disolver las unidades y llevarlas al estado inerte… En otras palabras, la pulsión de muerte refiere a una tendencia a recuperar el fuero sobre Eros, para dar lugar a un reinado del goce. Cabe aclarar, no obstante, que Freud no hizo del goce un concepto central de sus teorizaciones, siendo en cambio un núcleo primordial del pensamiento lacaniano* (Pinto, 2012, p. 4).

Como sabemos, en el argot popular goce/gozar es sinónimo de disfrute. A propósito, Braunstein (2006) plantea que si bien este término es tomado del sentido común, representa para el psicoanálisis una propuesta fundamental a partir de la significación particular que Lacan le da. Es sabido que en su uso coloquial goce y placer tienden a ser sinónimos, pero en el psicoanálisis el goce va "más allá del principio de placer"; es decir, es un "[…] exceso intolerable de placer, una manifestación del cuerpo más próxima a la tensión extrema, al dolor, al sufrimiento" (p. 14).

A propósito del goce, Lacan nombra primordial al masoquismo primario y erógeno de Freud y ubica al goce en relación con una marca en cuanto significante. Lacan juega con la ironía al afirmar que es la "gloria de la marca". Conmemora una irrupción de goce, una marca de identificación, el rasgo único. No es como en la represión primaria; tampoco es la fijación que interviene en el fantasma: es la identificación al rasgo. Introduce otro orden de inscripción que diferencia de la estructura del fantasma. Es lo más propio y extraño que tiene un sujeto (Zbrun, 2010).

Pensar en el placer desde la perspectiva de la doctrina hedonista, en la cual este se convierte en el bien supremo y la virtud máxima es alcanzarlo a toda costa,

además de evitar lo displacentero o doloroso, podría permitirnos entender mejor ese "ir más allá". Es decir, el hedonismo sostiene que los "deseos" personales deben ser saciados una vez aparezcan (o se tenga noticia de estos) sin importar que ello implique pasar sobre los intereses de los demás, lo que representa la idea de vivir en un eterno placer. A propósito de esto, el psicoanálisis nos dirá que ello es un imposible, pues intentarlo siquiera implicaría un desgaste que sería displacentero al perseguir lo inalcanzable, a saber, satisfacer la pulsión, el deseo, al intentar luchar con la ley y con los propios límites subjetivos.

Evans (1997) plantea: "Lacan sostiene que la meta de la pulsión no es un destino final sino el camino en sí" (p. 159). Sosteniendo esto –la tesis de lo inalcanzable de la pulsión–emerge el goce a partir de ese movimiento repetitivo y circular que nunca toca la meta-placer. Al respecto, Braunstein (2006) afirma:

> *La pulsión no es, pues, algo que se satisface y da acceso al goce, sino que es, en esencia, una aspiración al goce que fracasa por tener que reconocer al Otro y pagarle con la cuota "gocera" que él exige a modo de alquiler por la residencia que ofrece* (p. 68).

Para ejemplificar esa polisemia presente en el concepto de goce podemos recurrir a la religión, que cuando nos invita a "gozar de la presencia de Dios" nos propone un imposible ya sea por la inexistencia de tal divinidad o por el hecho de no ser dignos de su presencia, algo que la misma religión registra en su axioma "no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme".

> *Se reduce la presencia a una palabra, que además está escrita y es transmitida por un Otro. La palabra del Otro es antitética del goce; desaloja ese real pleno, expulsa del paraíso y lo constituye como tal en tanto que se ha perdido. La palabra es siempre palabra de la ley que prohíbe el goce* (Braunstein, 2006, p. 67).

En el caso que nos ocupa, lo inefable es la muerte, esa que está presente pero de la que el paciente parece escapar ante cada "cura" luego de un aumento de sus niveles de glucosa en sangre. Lo testimonia de esta manera. "Este azúcar me pega unos sustos (*risas*) pero afortunadamente siempre se regula". Hay una amenaza que parece nunca pasará de ser más que eso, por lo tanto cada triunfo afirma la idea de inmunidad y si se quiere, de "inmortalidad".

Al explicar la concepción lacaniana de goce Braunstein hace un recorrido cronológico a lo largo de esta idea y se detiene en tres momentos que considera fundamentales para entender el desarrollo y posterior establecimiento del goce como concepto clave en la teoría psicoanalítica. En un primer momento, el goce en Lacan aparece como equivalente al júbilo a partir de su teorización del

estadio del espejo, en el que plantea que el niño entre los seis y los dieciocho meses reconoce su imagen en el espejo, reconocimiento acompañado de expresiones de júbilo iniciando con ello la constitución del yo. El segundo momento sería el goce sujetado a la posibilidad de acceder al mundo simbólico "[…] el advenimiento del símbolo (*fort da*)" (Braunstein, 2006, p. 17). Es, entonces, el acceso al lenguaje con la pérdida que esto implica. Surge así cierta autonomía frente a los avatares pulsionales. El tercer momento tiene como piedra angular la influencia de Hegel en Lacan en relación con la filosofía del derecho hegeliana. En esta, de lo que se goza es de un derecho, "[…] remite a la noción de usufructo" (p. 19). El goce implicaría dominio sobre algo, lo que genera una satisfacción que puede ser vivida como totalidad, la misma que remite el goce a una dimensión imaginaria de la propiedad, pues usufructuar no implica ser propietario ni "tener"; de esta manera el goce se presenta como indecible.

La experiencia nos enseña que pretender "tener algo" no es una demanda del sujeto sino social (del otro o del Otro), a la que se pretende responder para acercarse al ideal, que en nuestra cultura era tener "casa, carro y beca" y en la posmodernidad, dinero, viajes y bienes, sinónimo de éxito y prestigio. En este punto se centra el distanciamiento de Hegel respecto de la noción de goce, al parecerle que va en contra del vínculo y excluye a los demás. Algo paradójico, pues intentar responder a la demanda social en lugar de acercarnos al otro nos distancia, pues el goce es autista y siempre narcisista, ello resultado de la caída de los grandes referentes que permitían cierta organización. Hay una evidente crisis de valores al perder estos su sentido. Su heterogeneidad ha llevado a la creencia general de que cada sujeto puede crear una definición propia de cada uno para de esta manera autorizarse a gozar.

La oferta ya no es de felicidad sino de comodidad mediante el uso de objetos cada vez más sofisticados e inalcanzables. Estos mandatos incrustan en la sociedad la necesidad de obtener logros inmediatos con el mínimo esfuerzo. La espera y la paciencia no son una opción, menos si se trata de esperar por algo que se sabe no llegará, en este caso la curación de la diabetes. La lógica del paciente responde a esto de la siguiente manera: "para qué me cuido si al final esta vaina me va a acompañar toda la vida y es lo que me va a matar".

Sobre esto, Nasio (1998) afirma:

> *Para Freud, el ser humano está atravesado por la aspiración, siempre constante y jamás realizada de alcanzar un fin imposible, el de la felicidad absoluta, felicidad que reviste diferentes figuras, entre las cuales está la del hipotético placer sexual experimentado durante el incesto. Haciéndose necesaria la aparición de la repre-*

> *sión, lo que genera aumento de la tensión y el empuje del deseo, buscando vías de escape* (p. 33).

En esta misma línea Pinto (2012) sostiene:

> *El incesto como idea evoca la posibilidad de tener acceso a una articulación inmediata con la naturaleza, no mediada por la simbolización. Refiere, asimismo y concomitantemente, a la no existencia de límites en la realización pulsional. Es la fantasía de retornar al origen, de ser el padre de uno mismo, lo cual expresa cabalmente el anhelo de un acceso sin mediaciones a lo real* (p. 3).

Entonces, debe haber un límite al goce; no se puede gozar indiscriminadamente. Para el enfermo, las primeras figuras de ese límite son los profesionales de la salud, la familia y en menor medida sus amigos, pero como hemos discutido y argumentado a lo largo del documento, esto resulta no ser suficiente. Otros límites son los impuestos por el cuerpo cuando, desbordado en su goce se acerca a su fin, no sin antes deteriorarse, degenerándose como última forma de goce y el coqueteo con la muerte se hace más intenso y su encuentro empieza a ser inminente.

A la sazón, el principio del placer tiene como objetivo defender el psiquismo de aquello que resulta demasiado perturbador; ese destierro del recuerdo traumático tiene como fin proteger al sistema del displacer. El recuerdo traumático se hace inconsciente y por ende indestructible y el hecho de yacer en el interior del sujeto demanda la necesidad constante de defenderse de algo, de un enemigo que le pertenece, que ataca desde dentro, con el retorno de lo reprimido que se manifiesta con las formaciones del inconsciente, particularmente –señala Braunstein– a través del síntoma. Surgen preguntas como: ¿a qué está respondiendo el paciente que no logra adherirse al tratamiento? ¿Acaso a una identificación con el padre, fumador compulsivo? ¿O a la demanda de la madre resumida en la consigna "no me deja ni un grano de arroz en el plato"? Aflora la singularidad, de ahí la importancia del caso por caso.

Nasio (1998) define lo que llamó los tres estados de gozar:

> *1. goce fálico, que correspondería a la energía disipada en el momento de la descarga parcial y que tiene como efecto un alivio relativo, un alivio incompleto de la tensión del inconsciente. La función fálica es la encargada de regular el goce que sale al exterior (formaciones del inconsciente). 2. La parte residual ce lo anterior es el plus de goce, que correspondería al goce que permanece retenido en el interior del sistema psíquico, lo que aumenta constantemente la intensidad de la tensión interna. Este goce permanece anclado en las zonas erógenas y orificiales del cuerpo: boca, ano, vagina, surco peneano etc. El plus de goce estimula constantemente estas*

> *zonas. 3. el goce del otro, estado fundamentalmente hipotético que correspondería al caso ideal en el cual la tensión habría sido totalmente descargada sin el freno de ningún límite. Es el goce que el sujeto supone al Otro siendo el Otro también un ser supuesto* (pp. 34-36).

Podríamos aquí mencionar de nuevo al Otro de la religión, al que los creyentes consideran el "representante de Dios en la Tierra". Este goce completo es también imposible, puesto que siempre habrá obstáculos representados por el lenguaje, los significantes y particularmente el falo, que impiden su realización.

Hemos visto cómo el goce es paradójico no solo por su significado, como se discutió inicialmente, sino también por lo que implica subjetivamente, pues es mortificante pero también vivifica al estar siempre ahí. No gozar es imposible, sería como estar muerto.

Así, una de las vertientes del goce aparece como mandato inconsciente de destrucción dirigido al sujeto mismo y en ocasiones a los semejantes. Con el goce el sujeto se mantiene en el malestar, es decir, en la cultura, en la "masa", pues si bien la forma de gozar remite a la singularidad del sujeto, también es una manifestación de lo social, como vemos en el efecto de las masas. Por ejemplo, es común ver en los encuentros deportivos, especialmente en el futbol, cómo ante la inminencia de una victoria (o una derrota) se pierde cualquier tipo de distinción socioeconómica y cultural y todos quedan embebidos por una sensación similar que los desborda y los convoca a vociferar arengas (o insultos) al unísono, de manera apasionada y con una uniformidad impactante. Esto es la aniquilación del sujeto, que ante la identificación con un emblema, purga su excesiva alegría, con gritos desgarradores que le lastiman, u ofreciendo su cuerpo marcado por "heridas de guerra" y los tatuajes como muestra de lo "real" del amor profesado a la divisa. Se "celebra" insultando y en ocasiones agrediendo al otro, la racionalidad desaparece y se legitima el goce, primero como una forma de borrar al otro en el discurso, negando su existencia "no existís" o "borrarlo" en lo real, asesinándole.

Entonces ¿cómo hacer lazo social a pesar del goce? A partir de la internalización de la ley y la autoridad por parte del sujeto. Aquel que se declara fuera de la ley y considera que puede trasgredir todo tipo de norma legal o simbólica, renuncia a elegir. Niega la castración, por ende, queda fuera del dispositivo ético y la sociedad se encargará de excluirlo y condenarlo a la minoría. El sujeto debe aprender a gozar dentro de la ley.

Precisamente, sobre la sociedad Dunker (2013) advierte:

> *En ningún caso el diagnóstico es universal (la sociedad patológica, por ejemplo), ni particular (este grupo social específico llamado resentidos, por ejemplo). Se trata de la relación entre universal y particular, o sea, de la relación contingente entre el sujeto y la ley* (p. 38).

Es decir, no hay que perderse en la subjetividad para pertenecer al grupo social. Reconocer el deseo (particular) y anudarlo a la ley (universal), permite desarrollar formas de vida que converjan en lo social y hagan posible la convivencia.

De cualquier forma, pese a la regulación del neurótico obsesivo respecto de su goce –al que teme porque amenaza eliminarlo como sujeto– aún ante tal dureza, el goce regresa y se ubica en el cuerpo, pero esta vez lo hace como síntoma; es decir, como un sufrimiento que trae noticias de la historia propia y enfrenta el sujeto al malestar. También de su propiedad, que deviene con los interrogantes del saber no sabido, eso que es suyo pero irrumpe como ajeno y de lo cual no logra dar referencia.

En nuestro caso, una paciente con diabetes mellitus tipo II manifiesta:

> *Siempre fui cuidadosa de mi alimentación. No comía azúcares, ni harinas, ni fritos, ni nada dañino. Además, siempre fui deportista y aun así me salió diabetes. Tanto cuidarme no sirvió para nada, de modo que ya no me interesa ni la dieta ni el ejercicio, eso parece que no sirve.*

Vemos, entonces, una suerte de regreso del goce sobre el cuerpo, cuerpo que ahora resulta ajeno al traer algo nuevo que invade la estabilidad reinante: "me salió diabetes". Es decir, emerge lo real y el "nuevo cuerpo" demanda cuidados más estrictos y quizá obligatorios, pero a los que el sujeto ya no quiere responder, pues cuidarse dejó de ser un placer. Ahora está del lado del sufrimiento, de la obligación y la prohibición. Además, el cuerpo que se cuida ya no es el propio, dejó de ser sano; es un cuerpo que necesita ser simbolizado de nuevo. ¡Ahora el cuerpo es presa del goce!

Paradójicamente, la diabetes es propia, de familia, matricula un grupo, es pertenencia ("mis papás tenían diabetes y un hermano murió de lo mismo; eso es de familia"), pero es ajena porque hace demandas para las cuales el paciente no está preparado y que no le interesa cumplir. Advertimos cómo la enfermedad puede funcionar como una marca de identidad. Además, esta puede aparecer o ser reactivada cada vez que el paciente se enfrente a una situación de la vida

que le exija un cambio o una respuesta que requiera una serie de recursos simbólicos que los queno dispone (Ulnik, 2008).

> *El sujeto, parece llamado a reconocer que el otro lo reclama, lo demanda, no como siervo sino como deseante; es decir, como alguien que puede responder, desde su lugar, por eso que habla y se satisface desde un lugar que el yo no siempre puede reconocer* (Gómez, 2012, p. 3).

Es así como el yo no reconoce (o desconoce) eso que impacta su cuerpo, pero que no siempre llega sin "avisar"; a veces el paciente lo espera. Esperarlo no implica aceptar o estar preparado: "esto es hereditario, yo sabía que me iba a pasar, no sabía cuándo ni cómo y la verdad, no esperaba que fuera tan bravo (refiriéndose a la DM2)". Entonces, ¿el sujeto es "consciente" de lo que le sucede? No. Es precisamente aquí que se evidencia el saber no sabido, pues referirse a la enfermedad como hereditaria implica que el sujeto desconoce su cuota de responsabilidad en su advenimiento. Podríamos, además, leerlo como una queja, un "regalo" que no se quiere recibir, y también como respuesta a un "llamado" del cuerpo. La enfermedad es, entonces, algo que convoca y demanda una nueva posición frente a la vida, posición para la que, al menos en primer momento, no se está preparado. Por ello, la enfermedad aparece como avasallante y calamitosa.

A modo cierre

Asumimos que es fundamental para alcanzar el éxito terapéutico, que se reconozca la singularidad y la subjetividad de cada paciente, pues solo a través del desciframiento y posterior resignificación de las verdades que entraña cada discurso, será posible pensar en la posibilidad de alcanzar la cura, que en el caso de la diabetes nos remite al hecho de evitar crisis hiperglucemicas.

Con el psicoanálisis pudimos establecer que en los pacientes inadherentes hay algo del goce que no está regulado, el paciente diabético goza en la medida que se acerca a las practicas que son nocivas para su salud física y se aleja de las que podrían beneficiarle, todo sin lograr entender que pasa, pues es algo que le supera y de lo que no tiene noticia.

La armazón conceptual construida en torno al goce como concepto psicoanalítico, ofrece explicaciones valederas acerca de cómo las construcciones de identidad, por extrañas e inconcebibles que puedan parecernos, nos permiten entender las razones de cada paciente para asumir o no los cuidados que se le demandan.

Sería pertinente, entonces, la inclusión del psicoanálisis en los programas de promoción y prevención, pues este sería útil en la prevención si se logra que el paciente se identifique de manera diferente con sus familiares diabéticos –particularmente con sus padres– para que así la diabetes no aparezca como una marca de sentido y filiación y sea más fácil elaborar el duelo y adherirse al tratamiento.

La psicología clínica y de la salud representa una importante opción como enfoque en busca de la inteligibilidad de la problemática. Los resultados muestran muchos matices. Por un lado, se indica que las personas con ansiedad y depresión suelen tener dificultades en la adherencia al tratamiento, pero también posibilidades de aprender a regular su propio comportamiento a partir de estímulos encaminados al autocuidado (Latino, 2012; Pereira, *et al.* 2007; Pineda, *et al.* (n.a); Lajoso y Coelho, 2008; Oviedo y Reidl, 2007). Esta propuesta ue debería ser escuchada al margen de las diferencias epistemológicas, ontológicas, metodológicas y paradigmáticas de cada disciplina. Las investigaciones suelen reconocer los límites de la psicología, lo cual permite que tales pesquisas sean pertinentes y promuevan un abordaje multidisciplinar que redundaría en mejoría en la calidad de los tratamientos y por ende en su efectividad. Quizá el pendiente de la psicología radica en ampliar la investigación sobre los programas de promoción y prevención de riesgo cardiovascular que están en crecimiento y se beneficiarían mucho al dejarse permear por disciplinas más humanas.

Un quehacer profesional conjunto comprendería, básicamente, una terapéutica médico-psicológica que compagine tanto la realidad externa como interna del sujeto que enferma de diabetes, creando así espacios diferentes en los que pueda hablar con el psicólogo sobre las pérdidas y encontrarles el significado que le otorga su propia subjetividad (Latino, 2012).

Bibliografía

ÁLVAREZ, J. (2013). "La tristeza y sus matices". En: *Temas de psicoanálisis* No. 6.

ANTÓNIO, P. (2010). "A psicologia e a doença crónica: intervenção em grupo na diabetes mellitus". En: *Psicologia, saúde e doenças*, Vol. 11, No. 1. Sociedade Portuguesa de Psicología da Saúde

ARENDA, M. (2009). "Adherencia al tratamiento de la diabetes mellitus tipo 1, durante la adolescencia. Una perspectiva psicológica". En: *Revista chilena de pediatría*. Vol. 80, No. 6.

ÁRCEGA, A.; LARA, C. LEON, S. (2005). "Factores relacionados con la percepción subjetiva de la calidad de vida de pacientes con diabetes". En: *revista de investigación clínica* Vol. 53. No. 5.

ARROYO, M.; BONILLA, M. y GONZALES, L. (2005). "Perspectiva familiar alrededor del paciente diabético". En: *Revista de neurología, neurocirugía y psiquiatría.* Vol. 38. No. 2.

BARBOSA, R. DUARTE, M. APARECIDA, C. y POLÉIRO, L. (2012). Psicossomática, gestação e diabetes: um estudo de caso. En: *Psicologia Ciência e Profissão* Vol. 32, No. 2.

BASTIDAS, B.; GARCÍA J.; RINCÓN, A.; PANDURO, A. (2001). "Actividad física y diabetes mellitus tipo 2". En: *Investigación en salud*, Vol. lll. No. 99, pp. 49-56.

BÁCERNA-SOBRINO, E. (2007). "El sujeto en las afecciones orgánicas y psíquicas". En: *Acta pediátrica mexicana.* Vol. 28. No. 1.

BURGOS, R.; JOAQUIM, C.; PUIGGRÓS, C.; CHICHARRO, LL. (2010). "Diabetes mellitus tipo 2 crónica". En: *Nutrición hospitalaria*, Vol. 3, No. 1, Grupo Aula Médica

BLEICHMAR, H. (1976). *Introducción al estudio de las perversiones*. Buenos Aires: Helguero

BRAUNSTEIN, N. (2006). *El goce, un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CASTILLO, M.; HASER, M. y TAMAGNONE, H. (2007 p.237). *Prevención en diabetes. Una mirada interdisciplinaria.* XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.

CIFUENTES, J. y QUINTUL, N. (2005). "La familia: ¿apoyo o desaliento para el paciente diabético?". *Programa de diplomado en salud pública y familiar.* Osorno

CONTHE, P. y TEJERINA, F. (2007). "Adhesión al tratamiento y calidad de vida en los pacientes con insuficiencia cardiaca". En: *Revista española de cardiología*. Hospital general universitario Gregorio Marañón.

DEL OLMO, E.; CARRILLO, M. y AGUILERA, S. (2008). "Actualización del tratamiento farmacológico de la diabetes mellitus tipo 2". En: Sistema nacional de salud. Vol. 32, No. 1.

DÍAZ, L. (2007). "La embriaguez del goce". *Revist. Desde el jardín de Freud.* No. 7.

DOMÍNGUEZ, M.; GARCÍA, E.; REGUERA, E.; MÁRQUEZ-Ulloa, P. y GRIJALVA, F. (2010). "Aspectos psicológicos de cuidadores associados ao apoio familiar na aderência terapêutica de pacientes diabéticos". En: *Revista Brasileira em Promoção da Saúde*, (Vol. 23, No. 1), Universidade de Fortaleza.

DUNKER, C. (2013). "Malestar, sufrimiento y síntoma: relectura diagnóstica lacaniana a partir del perspectivismo animista. En. Orejuela. J. y Moreno. M. *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad*. Cali: Editorial Bonaventuriana.

DURÁN, S.; Carrasco, E.; Araya Pérez, M. (2012). Alimentación y diabetes. En: *Nutrición Hospitalaria*. Vol. 27. Grupo Aula Médica

DURBAN, J.; LAZAR, R. y OFER. G (1993). "El continente resquebrajado, la rajadura continente: la enfermedad crónica. Sus efectos sobre el terapeuta y el proceso terapéutico". En: *The International Journal of Psycho-Analysis* (Vol. 74).

EVANS. D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós

FREUD S., (1926) "Inhibición, síntoma y angustia". En: *Obras completas, Tomo II*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1968

GALÁN, A.; BLANCO, A. y PÉREZ, A. (2000) "Análisis del concepto de conducta de enfermedad: un acercamiento a los aspectos psicosociales de enfermar". En: *Anales de psicología.* Vol. 16, No. 2. Servicio de publicaciones Universidad de Murcia.

GÓMEZ, J. (2012). "El corazón delator: algunas reflexiones desde el psicoanálisis a propósito de los infartos cardiovasculares en la época actual". En: *Poiésis.* No. 24.

GONZALES, N. TINOCO, A. y BENHUMEA, L. (2011). "Salud mental y emociones en pacientes con enfermedades crónico-degenerativas. Un acercamiento a la diabetes mellitus tipo 2". En: *Espacios públicos.* Vol.14, No. 32. Universidad Autónoma de México.

GRANADOS, E. y ESCALANTE, E. (2010). "Estilos de personalidad y adherencia al tratamiento en paciente con diabetes mellitus". En: *Liberabit.* Vol.16, No. 2. Universidad del Aconcagua, Argentina.

HEREDIA, J. y PINTO, B. (2008). "Depresión en diabéticos: un enfoque sistémico". En: *Ajayu.* Vol. 6, No. 1.Universidad Católica Boliviana.

HERRERA, E. (2012). "Adherencia al tratamiento en personas con hipertensión arterial". En: *Revista avances en enfermería.* Vol. 30, No. 2.

HOYOS, J. DUVALTIER, I. y GIRALDO, W (2003). "Límites de los programas de promoción y prevención. Una perspectiva psicoanalítica". En: *Iatreia*. Vol. 16, No. 2. Universidad de Antioquia.

HUERTAS, M. *et al.*. (2014). "Factores psicosociales y adherencia al tratamiento farmacológico en pacientes en hemodiálisis crónica. En: *Revista de nefrología.* Sociedad Española de nefrología. Madrid.

IDAZKUNTZA, B. (2011). Adherencia al tratamiento farmacológico en patologías crónicas. En: *19liburukia.*Vol. 19, No. 1. Eskualdeko farmakoterapi infomazioa.

IMAZ, M. (2013). "El síntoma en la clínica psicoanalítica". En: *Revista itinerario.* No.14.

LACAN, J. (1966). "Psicoanálisis y medicina. El lugar del psicoanálisis en la medicina". Coferencia durante una mesa redonda del College de Medián, en la Salpétriére, el 16 de febrero de 1966.

LATINO, M (2012). "Ausencia de interdisciplinariedad en el abordaje de la persona que enfermó de diabetes. Reflexiones psicológicas sobre prevención de la salud". En: *Fundamentos en humanidades.* Vol. 13, No. 25.

LAGUNA, I.; GARCÍA, M.; CALVA, L. y DEL CASTILLO, A. (2009). "Malestar emocional (distress) y su relación con el control metabólico en pacientes con diabetes tipo 2". En: *Revista mexicana de psicología* (número especial). XVII Congreso mexicano de psicología.

LAJOSO, I. y COELHO, R. (2008). "Diabetes mellitus tipo 2 e sintomas psicopatológicos". En: *Psicologia, Saúde e Doenças.* Vol. 9, No. 2. Sociedade Portuguesa de Psicologia da Saúde

LEDÓN, L. (2011). "Enfermedades crónicas y vida cotidiana". En: *Revista cubana de salud pública.* Vol. 37, No. 4.

LLOYD, C. (2008). Los efectos de la diabetes sobre la depresión y de la depresión sobre la diabetes. *Diabetes voice.* Vol. 53, No.1.

LÓPEZ, A. (2011). "Los modos de goce en la posmodernidad". En: *Tesis psicológica* No. 6. Fundación universitaria los libertadores. Colombia.

LÓPEZ, C. (2005). "La alimentación de tus niños". En: *Agencia Española de Seguridad Alimentaria y Nutrición en Madrid*.

MALACARA, J. GARAY-SEVILLA, M (2009). "Los conceptos en evolución sobre diabetes". En: *Acta Universitaria.* Vol. 19, No. 2. Universidad de Guanajuato.

MATOS,Y; LIBERTAD, A. y BAYARRE, H. (2007). "Adherencia terapéutica y factores psicosociales en pacientes hipertensos". En: *Revista cubana de medicina general integral*. Vol. 23, No. 1. Ciudad de La Habana.

MENÉNDEZ, E. *et al.* (2010). "Recomendaciones para el tratamiento farmacológico de la hiperglicemia en la diabetes tipo 2". En: *Avances en diabetología*. Sociedad Española de Diabetes (SED).

MENDIZÁBAL, O. y PINTO, B. (2006). "Estructura familiar y diabetes". En: *Ajayu*. Vol. 4, No. 2.

MIRA, O. y CARMONA, H. (2006) "Anorexia: el cuerpo del síntoma". En: *Acheronta.* No. 23.

MORAGA, R. (2005). "Estudio cualitativo sobre la experiencia subjetiva de la enfermedad en diabéticos". En: *Revista chilena de salud pública.*Vol. 9, No. 3.

MORENO, B. y XIMÉNEZ, G. (1996). "Evaluación de la calidad de vida". En: *Manual de evaluación en psicología clínica y de la salud.* Madrid.

NASIO. J. (1998). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Barcelona: Gedisa

NOVIALS, A. (2006). "Ejercicio y diabetes". En: *Grupo de trabajo de diabetes y ejercicio de la Sociedad española de diabetes (SED)*. Madrid.

ORTIZ, M y ORTIZ, E. (2007). Psicología de la salud: una clave para comprender el fenómeno de la adherencia terapéutica. En: *Revista médica de Chile.* Vol. 135. Universidad Mayor, Temuco.

Organización mundial de la salud (2003). *Adherencia al tratamiento a largo plazo. Pruebas para la acción.*

Ortiz, M. (2004). Factores psicológicos asociados a la adherencia al tratamiento en adolescentes diabéticos tipo 1. En: *Psykhe.* Vol.13, No. 1. Pontificia Universidad Católica de Chile.

OVIEDO-GÓMEZ, M. y MARTÍNEZ, L. (2007). "Predictores psicológicos individuales de la calidad de vida en diabetes tipo 2." En: *Revista mexicana de psicología*. Vol. 24, No. 1. Sociedad Mexicana de Psicología A.C.

PALOP, V. y MARTÍNEZ, I. (2004). Adherencia al tratamiento en el paciente anciano. En: *Inf Ter Sist Nac Salud.* Vol. 28, No. 5.

PEREYRA, M. y MARDONES, O. (2006). Diabetes: el análisis de la relación mente-cuerpo. El duelo y la prevención. *XIII Jornadas de Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología,Universidad de Buenos Aires

PEREIRA, E. MENEGATTI, C. PERCEGONA, L. AITA, C. RIELLA, M. (2007). Aspectos psicológicos de pacientes diabéticos candidatos ao transplante de ilhotas pancreáticas. En: *Arquivos brasileiros de psicología*, Vol. 59, No. 1. Universidade Federal do Rio de Janeiro.

PINEDA, N.; BERMÚDEZ, V.; CANO, C.; AMBARD, M.; MENGUAL, E.; MEDINA, M.; LEAL, E.; MARTÍNEZ, Y. y CANO, R. (2014). "Aspectos psicológicos y personales en el manejo de la diabetes mellitus". En: *Sociedad Venezolana de Farmacología y Farmacología Clínica y Terapéutica*. Universidad Central de Venezuela. Comisión de Publicaciones de la Facultad de Medicina.

PINTO, A. (2012). "Goce del otro: aproximaciones a la lectura lacaniana del racismo". En: *Revista Pilquen*. No. 8. Universidad de Buenos Aires; Universidad Nacional del Rosario.

POMPA, E. y ÁLVAREZ, J. (2004). *La diabetes mellitus tipo 2. Un acercamiento en cuanto enfermedad psicosomática para identificar cómo la angustia y la depresión afectan los niveles de glucosa en algunos pacientes.* Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Nuevo León, México.

PORTILLA, L.; ROMERO, M. y ROMÁN, J. (1991). "El paciente diabético. Aspectos psicológicos de su manejo". En: *Revista latinoamericana de psicología*. Vol. 23, No. 2. Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

QUINTANA, A.; MERINO, J.; MERINO, P. y CEA, J. (2008). "Variables psicosociales asociadas a compensación metabólica de pacientes diabéticos tipo 2. *Revista médica de Chile.*

STAUDE, S. (2007). "Las adicciones y la pasión por la ignorancia". En: Revista *Desde el jardín de Freud*. No. 7, Bogotá.

TORRES, A. y PIÑA, A. (2010). "Asociación entre variables psicológicas y sociales con la adhesión en personas con diabetes tipo 2". En: *Terapia psicológica.* Vol. 28, No. 1. Sociedad Chilena de Psicología Clínica

THIERER, J. (2006). Insuficiencia cardíaca y diabetes. En: *Revista argentina de cardiología*, Vol. 74, No.1. Sociedad Argentina de Cardiología.

ULNIK, J. (2008). "El médico, el psicoanalista y lo psicosomático". En: *Subjetividad y procesos cognitivos.*

USTÁRROZ, D. (2008). "El síntoma en la teoría psicoanalítica". En: *Revista de psicoanálisis, psicoterapia y salud mental.* Vol.1, No.3.

VALDEZ, R. (2004). "La alexitimia: entre la angustia y el goce". En: *Enseñanza e investigación en psicología.* Vol. 9, No. 2. Consejo nacional para la enseñanza en investigación en psicología. México.

VELANDIA, A. y RIVERA, L. (2009). "Agencia de autocuidado y adherencia al tratamiento en personas con factores de riesgo cardiovascular". En: *Revista de salud pública*, Vol II, No. 4. Bogotá.

ZÚÑIGA, E.; ARANGO, L.; ZULUAGA-MARTÍNEZ, S. y OCAMPO, V. (2008). "Diabetes y embarazo". En: *Revista colombiana de obstetricia y ginecología*, Vol. 59, No. 1. Federación Colombiana de Asociaciones de Obstetricia y Ginecología

ZBRUN, H. (2010). "La resistencia y su relación al goce". En: *Resistencia, goce y saber.* Ed. Letra viva.

La depresión: un significante contemporáneo

Angelique van Langeveld y Jorge Eduardo Moncayo

La enfermedad depresiva es un hecho contemporáneo que significa muchas cosas, acaso demasiadas.
Polaino-Lorente (1984, p. 17).

La depresión fue catalogada por el psiquiatra americano Gerald Klerman como la enfermedad mental dominante de nuestra época (Pichot, 1987). Con motivo del día mundial de la salud, la Organización Mundial de la Salud reveló el 9 de octubre del 2012 que más de 350 millones de personas alrededor del mundo padecen este trastorno mental. Es la causa principal de discapacidad y su incidencia la convierte en un factor de importancia dentro de la carga de morbilidad a nivel mundial (OMS, 2012). Su efecto es tangible en cuanto a la incapacidad que genera en la esfera personal, social, familiar y laboral, por tal razón, la depresión es una preocupación general ya que aparte de ser una causa de padecimiento psíquico que va en aumento, también incide en el sistema económico.

En este sentido se torna pertinente hacer otras lecturas sobre lo que se denominó con el significante *depresión,* que vayan más allá de la perspectiva biomédica y no se reduzcan a un problema biológico-comportamental, rescatando así la esfera de la subjetividad como proceso ontológico presente en la realidad psíquica. Por ello, se propone una reflexión desde la perspectiva psicoanalítica freudo-lacaniana de la depresión, con el objetivo de analizar de manera profunda los fenómenos subjetivos y ciertos fenómenos sociales que influyen y

configuran esta problemática contemporánea. Interesa sobre todo comprender la relación entre la esfera social y la esfera de la subjetividad mediante el análisis del discurso predominante y algunos fenómenos e ideales propios de la época como el mercado/consumo, el discurso científico, las transformaciones en los vínculos sociales particularmente de la esfera laboral y familiar, lo cual apoyará el objetivo que se propone este artículo, a saber, analizar el lugar que ocupa la depresión como significante contemporáneo en el discurso actual y su relación con la subjetividad.

La depresión es un asunto continuo de reflexión por diferentes disciplinas. La psiquiatría, la psicología y las neurociencias, por ejemplo, han contribuido a la elaboración de teorías explicativas para comprender e intervenir este trastorno. Con frecuencia, es posible encontrar en el mercado de las llamadas "intervenciones biopsicosociales" diversos instrumentos de medición psicológica y terapias estructuradas desde diferentes perspectivas, así como una gran cantidad de fármacos todos ellos con la intención de solucionar esta problemática. Muchos de ellos apuntan a una solución rápida que elimine los síntomas, siempre molestos e incapacitantes para quien los vive; sin embargo, estas intervenciones no se interesan por la génesis y la historia de la problemática. En el ámbito de estas disciplinas que integran el discurso científico moderno, el psicoanálisis se presenta como un saber en contravía, en cuanto se ocupa de aquello que es desechado por el campo científico, a saber, el contenido que no esté basado en la razón y lo consciente, tal como los equívocos, el olvido, el sueño, el chiste y todas las manifestaciones del inconsciente que se tienen su base en el decir y en un saber subjetivo que se distancian del discurso formal y universalizante de las ciencias modernas.

El significante de la depresión

La palabra depresión no es un concepto que pertenece exclusivamente a la clasificación psiquiátrica y psicológica, pues se hace uso de ella en diferentes campos de la ciencia. Gerber (2011), lo describe como una disminución o rebaja. Este significante es utilizado por primera vez en la psiquiatría por Kreaplin a comienzos del siglo XX al vincularlo con la psicosis. También es referido en cuanto a su uso en la psiquiatría: "Lehman ha señalado que puede ser empleado a tres niveles: como síntoma, como síndrome y como enfermedad" (Pichot, 1987, pp. 86-87). Por otra parte, el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (DSM) parte de un modelo de clasificación que pretende ser ateórico y basado en la sintomatología. Describe la depresión mayor como un trastorno mental específico y en este sentido difiere de la psiquiatría clásica que la concreta

como una enfermedad y le da el nombre de depresión endógena; sin embargo, en relación con el cuadro sintomatológico las dos posturas son muy similares. El DSM se basa en la compilación de un cuadro sintomático para determinar la presencia de sus categorías nosológicas. La depresión se encuentra en el apartado de los trastornos del estado de ánimo que se caracterizan por una alteración en el humor.

La depresión es un significante que cuenta con aprobación plena en el discurso científico y se reconoce siempre en relación con un objetivo: curarla. De hecho, es de interés señalar que este término –ahora reconocido como trastorno del estado del ánimo– es utilizado en el ámbito de la salud mental por primera vez en el siglo XX, como ya se señaló. Sin embargo, el concepto tiene sus antecedentes en disciplinas como la física, la geografía y la economía. Desde ésta última tuvo un traspaso casi equivalente del significante para designar y significar un estado de ánimo en torno a la subjetividad, toda vez que en el campo de la economía aludía a personas que mostraban un marcado desaliento por la vida a causa de un deterioro de sus finanzas (Gerber, 2011). Posiblemente se desconozca hoy la conexión histórica de este significante que relaciona un malestar subjetivo con un periodo de desequilibrio en la economía. Su permanencia actual en las formas de intervención más usadas y solicitadas en las instituciones está relacionada a esa psiquiatría que apoya la intervención farmacológica centrada en la lógica de la disminución o aumento de sustancias químicas en el cerebro como única terapia posible, lo cual responde a una psiquiatría basada más en criterios económicos y financieros que científicos, incluyéndose de esa manera en un discurso de mercado capitalista.

> *[...] es notable el deslizamiento y empobrecimiento del discurso psiquiátrico que, de la referencia a las pasiones del alma y al dolor moral, ha pasado a una simple bipolaridad alto-bajo. La psiquiatría de hoy es guiada por criterios de la economía vigente y esto seguramente continuará en el futuro* (Gerber, 2011, p. 135).

Este hecho comentado por Gerber se evidencia en la forma como la psiquiatría describe no solo la depresión, sino también diversos trastornos mentales en términos de altos o bajos niveles de neurotransmisores. En el caso de la depresión se asume que niveles anormalmente bajos de monoaminas (noradrenalina, dopamina y serotonina) participan en las causas bioquímicas de la depresión, concepción derivada de las investigaciones que demuestran que los fármacos que aumentan la cantidad de monoaminas en el cerebro ayudan a aliviar los síntomas depresivos.

La frecuencia del padecer psíquico representado por el significante de la depresión es innegable. Pero, ¿qué tiene el psicoanálisis que decir acerca de este fenómeno? Es cuestión de ética que el analista se pregunte cómo tiene que posicionarse frente al sujeto que presenta su *pathos* de esta forma, pues es un hecho que la depresión será la hipótesis inicial de muchos para explicar –o nombrar– lo que les sucede.

Según las postulaciones de Lacan acerca del significante –el cual toma un vuelco en su teorización– este ya no queda amarrado al significado como en el signo lingüístico saussureano. Así, el significante cobra su valor –un valor diferencial– y su significación tomando en cuenta los demás significantes con los cuales se relaciona, comoquiera que el sentido se obtiene de forma retroactiva, por lo cual el signo no es algo predeterminado, pues para que significante y significado estén relacionados hace falta la intervención de un sujeto. En este orden de ideas, para analizar el valor del significante de la depresión es necesario escuchar al sujeto para determinar el significado que este le da a partir de su singularidad y precisar las particularidades del discurso de la época en el cual se presenta. Sin duda alguna, para el psicoanálisis la construcción de la subjetividad y el malestar ligado inherente a él están vinculados de forma estrecha a los fenómenos sociales de su civilización. Al respecto, Freud diría que "[…] la psicología individual es simultáneamente psicología social" (Freud, 1921, p. 67); por lo tanto los cambios culturales, económicos y políticos no pueden presentificarse sin dejar marca en la subjetividad como tal. La relación individuo sociedad no es solo en una dirección y lo humano está siempre relacionado con lo social, cultural e histórico. Si se tiene en cuenta lo anterior, surgen las siguientes preguntas: ¿qué es lo que la depresión denuncia?, ¿cuáles son los fenómenos sociales que la depresión cuestiona y pone al descubierto? Además de lo anterior, como significante oficialmente admitido por el discurso actual se debe determinar la función que tiene para el sujeto la identificación a dicho significante.

Sin embargo, antes de analizar el discurso contemporáneo hay que detenerse en un punto cardinal si se quiere analizar la depresión, a saber, el deseo. Es preciso plantear, primeramente, la cuestión a partir de lo subjetivo y luego se proceder a vincularlo con los fenómenos sociales de la contemporaneidad.

El deseo como problemática central en la depresión

En el núcleo de la patología depresiva reside la cuestión del deseo. Al respecto, refiere Chemama (2007): "Diré que en él (el sujeto depresivo) lo que predomina no es un síntoma como expresión de un deseo reprimido. Su tristeza corresponde

más bien a una renuncia radical al deseo" (p. 68). Para precisar la concepción de Freud acerca del deseo es necesario repasar lo que de ello se aborda en el proyecto de psicología. En el texto Freud expone dos categorías de estímulos: los exógenos y los endógenos. El principio de inercia descrita por Freud en varias ocasiones, es la tendencia del organismo de mantener a un nivel cero la tensión, pero el apremio a la vida tal como lo nombra en el proyecto hace que el organismo renuncie a este objetivo –aunque persiga posteriormente mantener la cantidad de tensión lo más baja posible– por la urgencia de conservar cierta cantidad de energía para proceder a acciones específicas dirigidas a satisfacer las necesidades provenientes de estímulos endógenos, como la respiración, el hambre y la sexualidad.

La descarga por el camino motor es la forma arcaica del organismo para deshacerse de la tensión mediante un vaciamiento por medio de los órganos musculares y mantener la tensión lo más baja posible. Es así como el crío humano al momento de experimentar el displacer causado por una necesidad biológica (estímulos endógenos), tiende a una descarga motora. Sin embargo, debido al desvalimiento inicial del ser humano y a su incapacidad de ponerle un cese temporal al desprendimiento de cantidades endógenas por medio de una acción específica, el auxilio de otro se hace imprescindible. El crío es, por naturaleza, prematuro, lo cual demanda la intervención de otro que brinde auxilio para concretar la acción específica en el mundo exterior. Esta experiencia se denomina primera experiencia de satisfacción, la cual deja una huella mnémica en el psiquismo del lactante o una facilitación, como es referida en el proyecto. Al llegar nuevamente el apremio de la necesidad esta huella será investida, evocando de esta manera el estado de deseo. Sin embargo, no hay que perder de vista que este estado se desliga de lo puramente biológico, pues la primera experiencia de satisfacción no es una mera satisfacción de la necesidad, pues se acompaña de los demás acontecimientos que la rodean, como la presencia, la mirada, las caricias de ese otro que auxilió.

> *En la primitiva "experiencia de satisfacción" estaban juntas la resolución de la necesidad y el goce de la estimulación de la zona erógena específica. En cambio cuando la mirada de la madre, o sus palabras, producen placer por haber estado encadenadas éstas con el primitivo placer de órgano, ya no hay nada que se satisfaga en el plano biológico, estamos en el puro terreno del erotismo. Incluso de un erotismo que no requiere de una localización en una zona corporal en particular, la boca por ejemplo* (Bleichmar, 1988, p. 19).

La evocación de la representación de satisfacción plasmada en el psiquismo es el deseo. Y si bien es cierto la necesidad biológica presidió la evocación de

dicha representación en un primer momento y causó un estado de tensión, posteriormente no ocurrirá, necesariamente, en ese orden; la propia investidura de la huella mnémica de satisfacción podrá ocasionar un estado de tensión con tendencia a ella misma.

> *[...] La tensión de necesidad hacía surgir la huella mnémica de la "experiencia de satisfacción". En este caso la necesidad biológica constituye un prerrequisito, un primer tiempo, que desencadena la evocación de la "experiencia de satisfacción". Pero si en esta se realiza además un goce erógeno ya no será necesario que la necesidad preceda a la evocación de la huella. Por el contrario, la huella misma de la "experiencia de satisfacción" será capaz de despertar un estado de tensión como tendencia a la misma. Así por ejemplo, el adulto que viendo su plato preferido desea ingerirlo no funciona según el modelo: primero "tensión de necesidad", luego "experiencia de satisfacción", se convierte en un antecedente que despierta el deseo* (Bleichmar, 1988, p. 18).

Queda así desligado el deseo de la necesidad, y el objeto de deseo, por consiguiente, no se referirá al objeto satisfactor de la necesidad. La estructura del deseo es vacía, pues no tiene objeto como tal sino que se desliza de forma metonímica. Precisamente, esto le permite al sujeto permanecer en la lógica deseante; el deseo en cuanto no puede ser llenado, funciona como el motor de la vida pues implica una búsqueda constante de reencuentro con ese goce primero.

Ese objeto mítico, perdido para siempre, será el modelo de lo que el sujeto va a buscar. Sin embargo, Freud hace referencia a la incompatibilidad entre lo que se busca y lo que se encuentra: la imposibilidad de la satisfacción plena del deseo. Hay una falta de completud a la que el ser humano debe hacerle frente. El vacío es así estructural y remite a la castración simbólica. El objeto pequeño que se adjudica Lacan como su máximo aporte al psicoanálisis, no representa precisamente ese objeto mítico de satisfacción, sino el vacío que deja su ausencia y posibilita al sujeto mantener una búsqueda constante que remite al deseo. "La falta se convierte así, en la garantía de un deseo, que, a su vez vela por siempre, esa falta entendida como irresoluble" (López, 1999, p. 43).

El sujeto, en un intento de articular algo del deseo, de inscribir algo de él en lo simbólico, demanda amor del Otro. La demanda de amor sería como una metaforización del deseo. "La demanda, como expresión del deseo, es doble. Más allá que la demanda de satisfacción de la necesidad, se perfila la demanda de algo 'extra', que es ante todo demanda de amor" (Dor, 1985 p. 180). De esta manera, el sujeto moviliza su deseo hacia objetos sustitutos, de ese objeto mítico

que no puede ser nombrado. Por lo tanto, solo podrá bordearlo con significantes sustitutos de forma metonímica.

La persona que sufre de depresión, sin embargo, pareciera no investir objeto alguno.; es como si perdiera interés por la vidav. No hay búsqueda identificable, por lo tanto hay algo que acontece al nivel deseante, como una renuncia o un rechazo a este; o, incluso, una imposibilidad que experimenta el sujeto para moverse en esta lógica.

En este orden de ideas, es oportuno vislumbrar el lugar que concede Freud en su teorización acerca de la melancolía, al objeto. Pero no a cualquiera. Se trata, justamente, de los que sustituyen metonímicamente a ese objeto perdido desde siempre, y cómo incide la pérdida del objeto amado en la depresión para avanzar en su comprensión de este malestar subjetivo.

La melancolía para Freud

Para Freud, la melancolía (cuadro hoy nombrado como depresión), es causada, justamente, por la pérdida del objeto amado. Es importante precisar la importancia que cobra el otro como objeto de amor y cómo su pérdida, sea material o simbólica, a paesar de que no se sabe bien lo que se perdió con él, puede desencadenar las manifestaciones que hoy se agrupan bajo el término de depresión. No necesariamente la pérdida es por distanciamiento del objeto; también por la pérdida de su aprobación. En últimas, de su amor.

Se hace aquí un paréntesis para ilustrar la similitud de lo que Freud describe como melancolía y los criterios del DSM IV en cuanto cuadro clínico del trastorno depresivo mayor. "La característica esencial de un episodio depresivo mayor es un período de al menos dos semanas en el que hay un estado de ánimo deprimido o una pérdida de interés o placer en casi todas las actividades" (DSM IV, 2005, p. 326). El DSM IV hace, además, mención de los problemas motores: cansancio, insomnio, sentimiento de inutilidad o culpa, dificultad para las actividades intelectuales, alteraciones del apetito e incluso, pensamientos suicidas. Freud, por su parte, señala que la persona melancólica se caracteriza por una "desazón profundamente dolida", y experimenta, además, en coincidencia con DSM IV, una pérdida de interés por el mundo exterior. El sujeto se ve inhibido y se muestra incapaz de amar o de hacer una actividad productiva, acompañado por sentimientos de culpa e incluso de una necesidad de ser castigado. Además, Freud menciona el insomnio y la pérdida de apetito a causa de la imposibilidad del yo de recoger la libido necesaria para proceder en estas acciones, dado que sus energías se concentran en el conflicto psíquico que es librado.

De vuelta a la teorización de Freud sobre la melancolía, queda claro que la pérdida de objeto causante de esta, según lo refiere en el texto de duelo y melancolía, surge de forma inconsciente, así como el conflicto psíquico que es librado por la pérdida. Así, Freud muestra también que el duelo y la melancolía revelan manifestaciones similares, con la excepción de que la melancolía presenta, además, una depreciación del yo. La persona se denigra, se adjudica las más negativas características, se autoreprocha y siente que merece, incluso, ser castigado. Si bien es cierto que el conflicto de la pérdida del objeto sucede a nivel inconsciente, posteriormente deviene consciente el conflicto entre el yo y la instancia crítica. Es aquí que la identificación plasmada en dicha instancia –una parte escindida del yo, al que Freud más adelante llamaría superyó– cobra su importancia en el cuadro de la melancolía.

> *La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado* (Freud, 1917, p. 246).

El yo crítico toma por objeto al yo alterado por la identificación, y los reproches que la persona dirige hacia sí misma son, en realidad, dirigidos hacia ese objeto perdido. De esta manera, la identificación, más que una forma primaria de relación con el objeto que precede su elección, es una modalidad que se presenta en remplazo de la elección de objeto, una identificación regresiva; la libido suelta el objeto y regresa a investir el yo de forma narcisista.

Cuando se presenta una pérdida del objeto se activan los elementos ambivalentes presentes en él. Esto se acentúa aún más cuando el conflicto es a nivel inconsciente, debido a que las representaciones de objeto allí presentes perciben más nítidamente estos elementos. Así se explica el sentimiento de odio evidente en los reproches que la persona se hace al ser por medio de la identificación del objeto sustituto del que se perdió.

La instancia crítica –el superyó– es, precisamente, fruto de las primeras identificaciones del sujeto. En la teoría freudiana estas identificaciones emanan de la resolución del complejo de Edipo. Es así como las personas amadas en ese época, cuando blanco de la sexualidad y la agresividad del niño, son introyectadas por él y las identificaciones que hace con estos objetos pasan a ser el núcleo de la instancia llamada superyó. Esta instancia vigila al yo, lo critica y lo mide

constantemente con el ideal trazado. Este ideal proviene del exterior; el sujeto desea cumplir lo que el otro desea de él.

Es así como el yo se sitúa como objeto ante el superyó e intenta cumplir con sus exigencias para no perder su amor. Sin embargo, es interesante que a partir del duelo y la melancolía se pone en evidencia el carácter gozoso del superyó, pues Freud habla de una satisfacción ganada cuando este hostiga y ultraja al yo sustituto del objeto perdido.

> *Si el amor por el objeto —ese amor que no puede resignarse al par que el objeto mismo es resignado— se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica* (Freud, 1917, pp. 248-249).

Muchos teóricos del psicoanálisis se han referido a la contemporaneidad como una época caracterizada por el goce, por los excesos. Así, el superyó lacaniano, según Miller (2005), produce un imperativo de gozar.

El Otro social

El modelo del ideal que expone Freud (1914) es uno consistente con el el padre con el cual se identifica el sujeto; el padre que representa lo social. Podríamos decir que el padre debe su autoridad y consistencia por lo que representaba. Tras su figura está la cultura, el Estado, la nación misma.

> *Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas. Además de su componente individual, este ideal tiene un componente social; es también el ideal común de una familia, de un estamento, de una nación* (p. 98).

Por un lado, ese Otro social consistente, pero al mismo tiempo lleno de atributos, no parece encontrarse en lo contemporáneo. "El superyó freudiano produjo cosas como lo prohibido, el deber, hasta la culpabilidad, que son términos que hacen existir al Otro, son los semblantes del Otro, suponen al Otro" (Miller, 2005, p. 19), El superyó freudiano era como una especie de mirada restrictiva constante. Hay que contrastarlo con nuestra sociedad donde parece no estar presente esa mirada de autoridad y censura, época en la cual nadie se avergüenza de su goce. Y es que el goce apunta a una idea de totalidad, de saturación; se apoya en la creencia de que sí hay un objeto de satisfacción pleno que complete. Es justamente allí donde el sujeto se pierde; se asemeja al objeto en una (con) fusión. El deseo, en cambio, es de otro orden, pues remite a una diferenciación del sujeto con respecto al objeto, porque a fin de desear, es necesario que el

sujeto reconozca no ser el falo que completa al otro; dejar de ser uno con él. Por esta razón, nuestra sociedad privilegia el goce en cuanto se intenta obturar la falta constantemente con toda clase de objetos y la más clara expresión de la lógica actual son las adicciones, pues en ellas hay un borramiento total de los límites entre el sujeto y el objeto. Tal vez por eso el sujeto depresivo procede rechaza todo objeto que le es ofrecido, pues de esta manera conserva la falta y denuncia el carácter gozoso de nuestra sociedad diciéndole que todo los objetos que ofrece son inservibles.

Por otro lado, el sujeto parece haber perdido los referentes simbólicos, al menos los tradicionales. El padre era el significante de la identificación por excelencia; el significante que extrae y resta goce, que posibilita que el sujeto acceda a una dimensión deseante. Según Miller (2005), el significante nombre del padre ya no es más que uno entre otros que pueden cumplir con la función de amarrar al sujeto a la realidad. Por ello, Lacan lo pluraliza y se refiere a los nombres del padre.

Entre tanto, sería interesante hacer una reflexión y determinar si el Otro no existe; o si existe actualmente en su versión más ominosa, más oscura: el mercado como un Dios que rige nuestras vidas según sus caprichos. Un Dios sin ley, sin piedad, sin atributo identificable; uno que usa y abusa a su antojo, pero que todos veneran y dejan a su libre albedrío las condiciones de la vida humana.

La pregunta por el Otro social lleva a analizar el funcionamiento, la actualidad de ciertos fenómenos que se presentan en nuestras sociedades occidentales, determinar qué los caracteriza y cuál es el impacto que tienen sus particularidades en la subjetividad contemporánea, precisando cómo se coloca el sujeto depresivo ante estos fenómenos. López, 1999, señala respecto a esto: "*[...] el síntoma psíquico como tal siempre se construye pensando en el Otro del discurso del momento y con los instrumentos de conocimiento de cada época*" (p. 36).

Una sociedad que obtura la falta

Pareciera que la expresión abierta del sentimiento de tristeza, atenta directamente a la moral cultural donde prima el ideal de la felicidad. Tal vez por eso se amplía cada vez más la gama de las manifestaciones subjetivas que se consideran como depresión, sin distinguir si realmente hay una situación claramente responsable de los sentimientos de tristeza, como la pérdida de un ser querido, el desempleo prolongado, etc. Lacan hace mención en su texto "*La dirección de la cura y los principios de su poder*", tomando por referencia a *Saint-Just*, al tema

de la felicidad como factor político. El poder político se tiene que encargar de proporcionar el llamado bienestar a sus ciudadanos, poniendo a su disposición los medios y recursos necesarios para ser felices, por lo tanto cada individuo es responsable de hacer uso de dichos medios para la prosecución de su propia felicidad. El no cumplimiento de este imperativo podría colocar al sujeto en un lugar de fracaso, de impotencia e inclusive de culpa.

Así es como el mercado de consumo, con la ayuda de la innovación tecnológica, elabora más y mejores productos para satisfacer las necesidades más específicas de los consumidores. Así, el sujeto se mantiene ocupado de forma constante con los objetos que le son bombardeados en todo momento, con la promesa de la satisfacción plena. Esto parece callar la falta en ser que es inherente al ser humano. "Es como si las normas que rigen en esta sociedad de consumo tiranizasen nuestro ser de vacío, efecto del lenguaje, en favor de ese ser pleno de objetos que pretende" (López, 1999, p. 40). Los ideales culturales están formulados alrededor del éxito en cuanto adaptación al sistema de producción y la potencia para acceder a los bienes que proporcionan el tan mencionado bienestar. En el caso de la persona depresiva, hay un rechazo inminente a estas propuestas sociales, por lo que estos sujetos pierden interés por los objetos ofrecidos para el placer y la satisfacción, y también se ausentan del sistema de producción. El depresivo no desea nada inidentificable, pero en ello reposa una pista y es justamente el resguardo del deseo. ¿Podría la depresión ser una alternativa de nombrar la angustia, de introducirlo en lo simbólico? Haciendo uso de un significante aprobado por el círculo social, al mismo tiempo que este afecto hace las veces de punto de convergencia del sujeto para identificarse con los otros y así encontrar un lugar en el mundo del cual sostenerse. En cuanto que si el sujeto sufre de depresión hace que sea posible representarse ante el Otro y que este diga "algo de mí", y de esta manera salir del anonimato.

Los sujetos como piezas del sistema de producción

Otra demanda que impone la sociedad consiste en que el sujeto está llamado a la eficiencia, a producir a su máximo nivel para ser considerado en un mercado competitivo en el que corre el riesgo constante de ser destituido y reemplazado por otro con mejores competencias. Las exigencias cada vez mayores que le son hechas al sujeto en el ámbito laboral, son contrastadas con un mundo laboral marcado por la flexibilización que hace de éste un ámbito inestable, inseguro, precario, lleno de incertidumbre y fragmentación al que el sujeto se ve expuesto en orden a alcanzar el ideal del éxito. Se demanda mayor compromiso por parte del sujeto, llevándolo así a una intensificación laboral cuando, contradictoria-

mente, el ente de trabajo no asume compromiso alguno y puede prescindir de él cuando lo desee. Su valor radica en su capacidad de producir, lo cual incita un ofrecimiento prácticamente sin límites del sujeto que queda a merced del Otro, el cual goza de sus dones y de su tiempo sin ningún compromiso. Nuestra época se caracteriza por la precariedada. Lo precario, según el diccionario de la RAE, es algo "de poca estabilidad o duración". Hay una falta de garantía y estabilidad que hace que el sujeto quede en una posición de vulnerabilidad y desamparo. Los límites que el sujeto puede poner a esta lógica de exceso e incertidumbre se van desvaneciendo, y esto se evidencia en la famosa exigencia del actual mercado laboral en el sentido de que el sujeto tiene que estar disponible a toda hora "por si la empresa necesita algo de él".

La creciente desregulación y la pérdida del sindicalismo intensifican la vulnerabilidad, y por si fuera poco, se hace al sujeto el responsable único de su fracaso o éxito laboral. Pero he aquí que el deprimido no tiene las energías suficientes para hacerles frente a las exigencias cotidianas, pues la persona que no está "feliz" no produce de la misma forma que la que sí lo está. Tal vez sea este uno de los fundamentos más importantes para considerar la depresión como uno de las enfermedades que genera mayor preocupación, toda vez que atenta directamente contra la maquinaria económica. Si se parte de esta realidad, cabe deducir que la psiquiatría, en subordinación a la ideología del amo capitalista, desempeña un papel preponderante en la legitimización de la depresión como epidemia y como amenaza global creciente, no solo por el sufrimiento que causa al sujeto, sino también por ser una de las mayores causas globales de incapacidad que afecta el sistema de producción actual.

> *[...] el papel del psiquiatra, más que el de "curar" al enfermo, es el de funcionar como un operador necesario para el funcionamiento de la maquinaria económica que, en el afán de hacer que el paciente retome se actividad "productiva", no tendrá reparos de convertirlo en un consumidor compulsivo de medicamentos y, a la vez, en un "usuario" de servicios psiquiátricos* (Gerber, 2011, p. 136).

El discurso científico

No podríamos hablar de nuestra actual civilización sin hacer referencia a la ciencia, pues su desarrollo ha traído cambios en todos los ámbitos de la sociedad. La ciencia le ha arrebatado al hombre gran parte de las creencias y mitos con los cuales le daba explicación al mundo y a su propia existencia. El discurso científico se presenta como uno que se interesa por lo observable, medible y cuantificable y pretende establecer leyes que expliquen ciertos fenómenos de

forma universal. El método científico, sobre todo materializado en las ciencias naturales, en su búsqueda de la objetividad excluye lo subjetivo, pues este no éste encaja en sus pretensiones. "[...] el propósito de la ciencia es una formalización integral que posibilite una comunicación y una transmisión del saber sin pérdida; formalización objetiva, verificable y válida para todos" (Gerber, 2011, p. 132). Sin embargo, la relación del psicoanálisis con el saber es diferente, pues no lo concibe como una presa que se tiene que cazar, pues siempre hay algo que se escapa, siempre hay un real en juego. El psicoanálisis no se mueve como dominio de un saber, pero reconoce que este está por ser descifrado, razón por la cual es infinito y está dispuesto a relacionarse con él sin pretender dominarlo. El análisis apunta a la producción de un saber que marcado por la la castración. Aquí radica la importancia de que el analista se deje sorprender por el advenimiento del saber, pues no puede suponer que lo tiene antes de escuchar al sujeto que viene a hablar e historizar su vida.

Sin embargo, el sujeto objeto de estudio del psicoanálisis no se puede desligar del sujeto afectado por la ciencia y el psicoanálisis no puede prescindir de la ciencia, pues como se mencionó anteriormente, este recoge justo lo que la ciencia desecha: el saber inconsciente que se descubre por el decir; decir válido solo para el sujeto que lo emite, en su singularidad.

Además, según refiere Gerber (2011), el fenómeno de la decadencia de la autoridad paterna y el desarrollo de la ciencia están estrechamente relacionados, pues el discurso del amo contemporáneo se organiza alrededor de estos desarrollos. La figura paterna encontraba su respaldo en la concepción de un padre eterno –la suprema autoridad– del cual otras autoridades eran sus representantes. Los descubrimientos de la ciencia cuestionan estas creencias y proponen teorías que pretenden explicar la existencia. La autoridad paterna queda así relegada y reemplazada por el discurso científico y la identificación simbólica fragmentada. No hay, entonces, una referencia que unifique.

> *De manera que el pasaje del matema de I(A) a S1 traduce una pluralización del significante identificatorio y la miscelánea, que antes era privilegio de lo imaginario, se observa también en lo simbólico. [...] La sustitución de S1 anuncia que el nombre del padre no es más que un significante amo entre otros, y por eso Lacan terminara pluralizándolo y hablando de los nombres del padre* (Miller, 2005, p. 38).

Se podría afirmar que en el campo de la salud mental, la psiquiatría, las neurociencias y la psicología –aunque de estas últimas no se trate a veces nada más que pseudociencias– son las mayores representantes del discurso científico. Y son estas, precisamente, las que en las últimas décadas han elevado la depresión

a categoría diagnóstica de interés y tal vez la urgencia de curarla muestra el atasco del discurso actual que promete la ilusión de la plenitud que solo podemos alcanzar de la mano de los desarrollos científicos, pues estos pueden producir lo que el sujeto necesita y busca. "En consonancia con el discurso del amo, el ideal que preside el desarrollo de la ciencia contemporánea puede resumirse así: ser amos del goce" (Gerber, 2011, p. 138). Sin embargo el psicoanálisis refiere que el goce tiene que ver con eso que sobrepasa al sujeto, eso que no se puede dominar.

Cuando se oyen los halagos de los magníficos adelantos de la humanidad gracias al desarrollo científico, es como si se transmitiera un mensaje de que nada parece imposible, todo lo podemos alcanzar, negando así constantemente la castración.

Lazos a manera de mercancía

Los lazos sociales no se quedan atrás. Actualmente, las relaciones amorosas y la amistad entran en el juego del capitalismo en cuanto el otro solo interesa si satisface mi necesidad y sirve para mi conveniencia. El sujeto queda en posición de un objeto de uso –en últimas de consumo– y luego de ser consumido como cualquier otro objeto del mercado queda un resto con el cual "no se sabe muy bien qué hacer, ni dónde colocarlo" (Sinatra, 2006, p. 50). El mismo sujeto ocupa un lugar de desecho y no puede localizarse en el deseo del otro; solo da cuenta de sí como objeto del goce desmedido de este.

Podríamos conjeturar que los dos ámbitos que Freud privilegió en cuanto a la salud mental del sujeto, a saber, el amor y el trabajo, están profundamente afectados por la lógica contemporánea. El sujeto queda expuesto constantemente al peligro de la pérdida y por lo tanto a la angustia que suscita. La contradicción es inmensa. El sujeto, por un lado, es vulnerable en todos los sentidos ante constantes situaciones de peligro que remiten a la pérdida del objeto amado. Por otro lado, se ofrece un arsenal de objetos inservibles –objetos de consumo– para tapar la falta estructural, lo que incrementa la sensación de angustia.

La identificación posibilita el lazo social. El sujeto actual parece vivir en el anonimato si se tiene en cuenta la fuerte ruptura del lazo social como consecuencia del individualismo de la época. La identificación del sujeto al significante de la depresión podría ser una posibilidad de entrar en el discurso del Otro, de la ciencia al servicio del amo capitalista, y así legitimar su malestar de una forma u otra ante. Este significante le permite al sujeto nombrarse, validar su queja, poner algo de su angustia en palabras. Aunque no necesariamente le da el espacio de decir algo de sí, pues las clasificaciones, los diagnósticos, las soluciones farmacológicas, obturan un posible decir del sujeto. Por ello, el psicoanálisis no puede dirigirse al malestar subjetivo como lo hace la ciencia; tendría que abrir

un espacio al decir subjetivo que pide ser escuchado, pues no tiene lugar en el discurso oficial de la ciencia. El significante de la depresión, que podría tener la función de representar a un sujeto, tendría que ser escuchado en un espacio analítico desvinculado de sus habituales significados, los cuales son consagrados en lo social para que la persona deje escapar algo de su subjetividad, pues todo saber predeterminado que no tiene el efecto sorpresa del desciframiento, proviene del yo. Es necesario que el paciente construya un síntoma analítico, dado que el síntoma es una producción subjetiva en oposición al significante identificatorio. Es importante que caigan las identificaciones del sujeto y que este se responsabilice por su deseo y aceptar la castración inherente a él.

Consideraciones finales

La depresión forma parte de los significantes utilizados por el discurso del amo capitalista y también de la ciencia. En este caso, no dejaría espacio a la subjetividad, pues esta se ve borrada por una clasificación que tiene por finalidad identificar una solución que atropella lo subjetivo para favorecer el capitalismo.

A pesar de ello, la depresión paraece ser un significante que cumple la función de aminorar la angustia que produce una sociedad que intenta, a toda costa, negar la falta en ser, y no dejar al sujeto en un real insoportable. Por la misma razón, se presenta como un obstáculo del discurso contemporáneo que forma parte de los significantes que el sujeto dispone para inscribir algo de su angustia en lo simbólico. Al mismo tiempo, este significante sería una vía legal validada por el amo, para ausentarse del sistema de producción y situarse de forma distinta en el conjunto social, lo cual le permitiría al sujeto pensarse y reflexionar sobre su existencia. Sin embargo, la solución no puede provenir del exterior al sujeto mismo por medio de un fármaco, por ejemplo, pues el medicamento silencia al sujeto y le imposibilita un ejercicio de reflexión en relación con su sufrimiento y con un reposicionamiento subjetivo, pues sitúa la responsabilidad fuera del sujeto y remite a causas bioquímicas por fuera de su control. Por lo tanto, la escucha analítica tiene que recibir al sujeto que nombra su padecer de esta manera, pero permitiéndole un despojo de las identificaciones que lo alienan para implicarse en su sufrimiento y construir así un síntoma analítico en transferencia, en cuanto creación de sentido que surge en lo singular.

Bibliografía

Asociación Americana de Psiquiatría. (2005). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales.* Texto revisado. Barcelona: Editorial Masson.

BLEICHMAR, H. (1998). *La depresión: un estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

CHEMAMA, R. (2007). *Depresión, la gran neurosis contemporánea*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

DOR, J. (1985). *Introducción a la lectura de Lacan*. Barcelona: Gedisa editorial.

FREUD, S. *Obras completas*. (Trad. José Luis Etcheverry). Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

_____*Duelo y melancolía* (1917[1915]), vol. XIV

_____*Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), vol. XVIII

_____Proyecto de psicología (1950 [1895]), vol. I

GERBER, D. (2011). "El disurso del amo contemporáneo y el psicoanálisis". En: *Inscribir el psicoanálisis*, 14 (2), pp.133-141.

LACAN, J. (2008). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Escritos 2. Argentina: Siglo XXI.

LÓPEZ, L. (1999). "Anorexia: comer nada, una perspectiva psicoanalítica". En: *Revista Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 19 (72), 599-608.

MILLER, J.A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

OMS. (2012). La depresión (No. 369). Recuperado de: http://www.who.int

PICHOT, P. (1987). Las depresiones: problemas actuales. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 16 (2), 85-104.

POLAINO-LORENTE, A. (1984). *Depresión: actualización psicológica de un problema clínico*. España: Printed in Spain.

Anorexia y feminidad: entre el hambre y el deseo

Carolina Villegas Vanegas

A partir de una serie de interrogantes que surgen alrededor de la anorexia como generalización que se contrapone a la singularidad y como proveedora de pistas que permitirán comprender el entramado del cual emerge su sintomatología, se intenta con el siguiente texto dilucidar algunos elementos relevantes que pueden ser útiles al momento de abordar el asunto, pues por el afán de dar orden a lo que sucede cuando un sujeto es nombrado como anoréxico (sin importar si es hombre o mujer), se apunta a respuestas sobre lo sintomático con base en las políticas y creencias sociales, dejando de lado así aspectos fundamentales que viven hombres y mujeres y los predisponen a la anorexia.

Si bien lo que se pretende es exponer, con base en el psicoanálisis, la estrecha relación entre feminidad y anorexia, no se trata de un trabajo relativo al género sino de una revisión del proceso de sexuación que vive la niña hasta constituirse mujer dentro de un sistema simbólico en el cual comparte ideales socialmente determinados para el sexo femenino, ya que en el caso de las mujeres hay una mayor tendencia a sufrir anorexia.

La revisión teórica mostrará factores ligados al desarrollo de la feminidad que dan cuenta de un periodo en el que podrían ubicarse elementos referentes a la formación de la sintomatología anoréxica. Este periodo involucra el paso por el complejo del destete y todo lo que él representa en cuanto a la formación de la imagen especular, aspecto que nos conduce a la melancolía y finalmente a lo que queda de un posible proceso de separación-individualización fallido.

Mujeres que no comen

El trastorno resulta de una suerte de extrema exageración, podríamos aventurar, de una enfermedad del ideal.

Emilce Dio Bleichmar (2000)

La pertinencia de traer a colación el complejo del destete de la teoría de Lacan, recae en la utilidad que proporcionará como guía para la presentación de la anorexia no como un síndrome, sino como un movimiento subjetivo referente a la feminidad, debido –si se quiere– a que representa la forma primordial de la *imago* materna y se determina por factores culturales. Contrario a lo que sucede en los animales, el destete en el hombre se presenta como manifestación cultural y deja una huella en el psiquismo que marca la interrupción biológica; es decir, de los procesos meramente orgánicos que requieren la satisfacción de alguna necesidad. En tal interrupción, se despierta una tensión mental que se resuelve en dos vías: aceptación o rechazo. Ambas respuestas no serán concebidas en ese momento como elección, pues haría falta un yo que afirme (acepte) o niegue (rechace), de manera que no hay contradicción entre ellas inicialmente. No obstante, habrá una ambivalencia posterior que se resolverá a partir de diferenciaciones psíquicas en las que una de las respuestas tendrá mayor prevalencia. Cabe afirmar que el complejo, eventualmente, se relaciona con lo orgánico cuando se busca reemplazar una insuficiencia vital a través de la regulación social. De acuerdo con lo anterior, la *imago* de la madre deberá ser sublimada para que otras relaciones puedan introducirse; de lo contrario, la *imago* materna se convertirá en un factor de muerte.

La anorexia mental es estimada por ciertos autores como una conducta de rechazo, a la cual se encadenan causas y consecuencias que involucran el entorno, la psique y el cuerpo y es calificada en muchos casos como trastorno psicosomático. A esto se le añade la afectación que el sujeto sufre respecto de la nutrición, factor de alta relevancia durante el trastorno. Brusset (1985) se plantea la siguiente pregunta: "¿Es posible distinguir el hambre y el apetito, y por tanto dos tipos de anorexias según el trastorno afecte a uno o al otro?" (p. 63). Cuestionamiento pertinente si se quiere establecer puntos de encuentro entre lo mental y lo orgánico; es decir, entre psique y cuerpo, pues hay una diferencia entre ambas instancias, ya que el apetito viene a ser el componente psíquico del hambre.

Bleichmar (2000) expone, por su parte, que el cuerpo podría considerarse causa en la anorexia cuando se vuelve foco de los conflictos internos a causa de una

pobreza en los contenidos mentales, lo que abre el espacio para la reflexión acerca de tales contenidos que podrían responder a una dificultad de expresar emociones y formular fantasías. Este aspecto será retomado más adelante.

Antes de hacer cualquier señalamiento que involucre lo psíquico, el orden sexual, el placer o la búsqueda de un objeto de satisfacción, es importante volver sobre el estado del ser humano donde lo orgánico prima, pues a partir de las manifestaciones dadas en dicho periodo, el sujeto podrá aprehender y reconocer aquello que le sucede. Para la elaboración de estas manifestaciones es necesaria la presencia de un otro que ayude a regular las necesidades y que les dé respuesta. Tomemos como ejemplo el hambre no como hambre, sino como una tensión en el organismo; vale decir, un conjunto de contracciones, calambres y dolores eventuales, como lo plantea Brusset (1985). Para que el hambre evolucione y no permanezca en una noción de malestar o manifestación somática, es indispensable que este tipo de experiencias (tensión en el organismo) se den y dejen huella en el organismo, condición posible gracias a las acciones de quien cuida el organismo del sujeto que empezará a emerger.

De acuerdo con lo señalado en el complejo del destete y en los planteamientos de Brusset, las conductas alimentarias adquieren un alto valor social. No es suficiente con que el infante crezca y se encargue de conservar su salud, sino que debe inscribir en una red imaginaria y simbólica los alimentos, compartiendo así las características culturales y familiares. Frente a esto, es posible afirmar que los sujetos buscan satisfacer algo que va más allá del orden de la necesidad, por consiguiente las costumbres alimentarias desempeñan formas de existencia y se hacen portadoras de moral, significaciones y sentido. En últimas, son valores que conforman la identidad de los sujetos.

Brusset presenta la obesidad y la delgadez como estados del cuerpo ofrecidos a otros, que sin importar cuán deseados o soportados sean, sirven de proyección y de receptores de mensajes. En el caso de la delgadez ligada a las huelgas de hambre, el ayuno se convierte en medio de protesta en contra de quienes participan en situaciones que involucran al sujeto, buscando con ello responsabilizarlos moralmente frente a lo que pueda sucederles en su esfuerzo de protesta. En el caso de la anoréxica, pese a su apariencia no se trata de la discordancia entre la presentación física y el discurso, sino de una contradicción entre un mensaje y un mensaje sobre el mensaje; es decir, un mensaje oculto que presenta una crítica moral dirigida al otro.

En este orden de ideas, se entiende que el hecho de comer encierra un placer compartido el cual es comunicado, en primera instancia, por la madre. Ella,

mediante la satisfacción de las necesidades alimentarias del niño, le presenta conflictos ligados al placer y al displacer. Por lo tanto, el apetito será útil para educar el deseo y las muchas significaciones que se establecen a su alrededor. En consecuencia, la madre se verá expuesta a la ambivalencia aceptación/rechazo por ser la encargada de satisfacer las necesidades alimentarias y ser reconocida como primer objeto de amor, elemento que en un primer momento la protegerá contra la destrucción que implica el desplazamiento hacia el alimento que ella representa.

> *Además, no solo la madre fuerza a su hijo, alimentándolo a menudo todavía y esperando de él una actitud totalmente pasiva y dependiente, sino que ella misma entra en el juego y a los ojos del pequeño se identifica por completo con la comida* (Brusset, 1985, p. 72).

La anterior cita muestra las pretensiones de la madre respecto del hijo, que en muchos casos son sofocantes para este no solo en los momentos de la alimentación, sino también en aspectos concernientes a la formación de su yo que termina por constituirse a partir de imágenes ideales que involucran tanto al niño como a la madre. En el caso de la mujer anoréxica, sobre la base de lo anterior y del vínculo de continuidad entre madre e hija del cual hablará Juranville (1994), es probable que la hija sea útil para depositar las proyecciones de la madre, constituyéndose de esta manera un fuerte bloque narcisista difícil de romper.

Bleichmar (2000) se pregunta por el carácter evolutivo de la anorexia infantil cuando el niño busca abrirse a un cambio subjetivo que implica el reconocimiento de otro y de sí mismo, por medio de actividades no nutricias que compartiría con la figura de apego, ya que se trata del mismo momento cuando el niño percibe los deseos de la madre en torno a él e incrementa también la percepción sobre los propios deseos, siempre y cuando sean reconocidos; de lo contrario, el hambre, la alimentación y el comer se convertirán en una aglomeración que no permitirá la discriminación de necesidades emocionales referentes a la sensación de hambre por parte del niño, situación que pone de manifiesto algo del narcisismo de la madre. Así, las conductas de rechazo del niño pretenderán un distanciamiento del objeto, solicitando con ello su presencia para que le reconozca por fuera de la pasividad.

> *Desde el momento en que la permanencia del objeto se halla establecida, el hambre se convierte en la experiencia de la falta, la cual suscita la producción de sustitutos mediante la manipulación de objetos o del cuerpo, chupando, pero también con la realización alucinatoria del deseo. Se compone de las trazas mnésicas de la experiencia de satisfacción, pero ésta no integra tanto la modificación metabólica*

> *o corporal como la propia modalidad de realización; es decir, la manera de hacer –indirectamente, la manera de ser– de la madre en las diversas componentes de los cuidados que son otros tantos canales de comunicación* (Brusset, 1985, p. 79).

De acuerdo con lo planteado por Freud sobre la oralidad y su relevancia en la identificación primaria y en la diferenciación entre el yo y el objeto, es posible afirmar que las frustraciones vividas pasivamente por el sujeto durante la fase oral fundarán sentimientos ambivalentes cargados de culpa de la cual se espera librarse posteriormente. Este argumento explica el tormento que vive la madre debido a la situación de la hija, la satisfacción de la agresividad inconfesada de la hija hacia la madre. Sin embargo, en la anorexia es la hija la que padece las consecuencias de la neurosis y existe una razón para ello. Si la enferma suprimiera lo que recibe de su madre se estaría suprimiendo a sí misma, ya que en los procesos de identificación que resumen el paso del primer objeto de amor a uno totalmente distinto, tuvo que mirar nuevamente a su madre para llegar a sentirse mujer; es decir, entre ellas se ha tejido una continuidad irrompible debido a que es el valor de la existencia misma.

Selvini (citado por Brusset, 1985) afirma que las anoréxicas son sujetos hambrientos y su hambre exhibe una regresión evocadora del momento en que estaban bajo los cuidados de la madre. El hambre devoradora promueve la representación atemorizante de un cuerpo enorme que aumenta a expensas de su yo controlado por la madre; es decir, aquel momento cuando era un objeto poseído por la madre quien lo nutría y engordaba. Sin embargo, otro elemento de mayor complejidad dista de la idea del cuerpo como contenedor del objeto malo, y es el hecho de convertir el cuerpo mismo en el mal objeto en relación con el yo ideal. Con esto intento referir que la simbiosis madre-hija resultó insatisfactoria en el curso del desarrollo, debido a la incesante preocupación narcisista de la madre y su insensibilidad frente a las necesidades de la hija, estableciendo de esta manera carencias en la función materna que imposibilitó el proceso separación-individualización y no permitió la formulación de un yo propio en la hija, sino con base en los desechos de la madre, cumpliendo así su función de objeto-desecho.

Por vía de consecuencia, cabe afirmar que la representación visual de un cuerpo reducido en su volumen y que intenta escurrirse entre los dedos del objeto para escapar a su poder y a la asimilación con este en la identificación, liga los peligros directamente experimentados en la realidad corporal. El cuerpo se experimenta como si careciese de límite porque representa el límite mismo, y en esta conexión ya no se trata de presentar conductas anoréxicas sino de no llegar a ser

otra cosa que anoréxica. Ya no se trata, pues, de un equilibrio narcisista, sino de un conjunto de síntomas que exhiben todo lo contrario: un desequilibrado autocontrol. Frente a esto cabe preguntarse qué se pretende controlar y sobre qué recae la noción de tal desequilibrio.

Resolviendo la falta en el cuerpo

Desde la perspectiva del psicoanálisis, la sexualidad femenina forma parte del transitar subjetivo mediante el cual un sujeto se hace a una identidad. Esta, a paesar de estar influenciada por la condición anatómica, no se resuelve a partir de la genitalidad, sino de un cúmulo de movimientos, variaciones, representaciones y relaciones que el sujeto deberá resolver en relación con otro y consigo mismo. En dicho proceso, el sujeto deberá encontrar una salida a la pérdida (castración) asumiendo una posición en el mundo que le permitirá vivirse en el plano de la sexualidad, concepción distante de las generalidades sociales que suelen dar por resuelta la participación en la feminidad por el hecho de tener un genital específico, lo cual deja de lado otras formas para llegar a ser mujer.

De acuerdo con el transcurrir del proceso de constitución femenina, hay un momento determinante en el que se establece un punto de relación con los elementos que posteriormente darán forma a una sintomatología anoréxica. Por ende, el interés por relacionar los síntomas anoréxicos con lo femenino conduce a una revisión del proceso de sexuación que viven las mujeres, hecho que presenta cierta indeterminación debido a que abre una brecha en relación con la falta que implica directamente aquello que como mujer –anatómicamente hablando– no se tiene. De acuerdo con esto, es posible pensar que en su desarrollo la niña se pondrá en la búsqueda de aquello que sirva o sea útil para suplir dicha falta. Sin embargo, en el caso de la anorexia es preciso preguntarse si se trata de un perfeccionamiento de sí con el fin imaginario de llenar el vacío o, por el contrario, se trata de algo más.

Bleichmar (1997) muestra la incidencia social en la caracterización de la feminidad a partir de la sexualización como un proceso "natural", en el cual la niña linda será la mujer guapa, convirtiendo de esta manera términos como belleza o hermosura en propio de lo femenino, siempre y cuando la mujer tenga el poder de causar placer en los otros al ser vista. "El exhibicionismo en la mujer es un imperativo de lo que se ha teorizado como su verdadera feminidad: ser objeto-causa de deseo" (p. 384). La anterior afirmación ("ser objeto-causa de deseo") viene con cierta pertinencia, pues abre paso a la concepción del cuerpo como objeto de exhibición y admiración, susceptible de ser mirado y habitado.

Al corriente de esa lógica, es posible estimar que la sexualización del cuerpo femenino proviene de un formato precedente a la niña-mujer, cuestión que la ubica en una posición pasiva respecto de los esquemas preexistentes que desvirtúan las experiencias individuales e íntimas que estructuran su subjetividad y dan forma a un nuevo "yo femenino".[61] En tal devenir, la niña-mujer parece construirse mediante atribuciones impuestas sin espacios para preguntarse acerca de sí, mientras el saber sobre su cuerpo queda reducido a descubrimientos reprimidos y sus emociones sustituidas por comportamientos adaptativos según la teoría sobre las emociones de Sartre, quien indica "*que cuanto más desarmado se halla un ser humano para incidir sobre la realidad, para actuar eficazmente, para controlar sus experiencias, no le queda más remedio que hipertrofiar la emoción, emoción que toma la ruta del sufrimiento*" (citado por Dio Bleichmar, p.338).

De acuerdo con las palabras de Sartre: "para controlar sus experiencias, no le queda más remedio que hipertrofiar la emoción, emoción que toma la ruta del sufrimiento" y según el vínculo entre feminidad y vida pulsional que Freud señaló a partir de los efectos que las influencias sociales producen en la mujer cuando se le demanda sofocar su agresividad, se podría afirmar que la ruta del sufrimiento elegida en la anorexia es el cuerpo en virtud del valor narcisista que adquiere como instrumento de exhibición que da cuenta de la vida del sujeto que lo porta.

Sin embargo, el cuerpo es la ruta elegida por cuantiosas mujeres que no desarrollan la sintomatología anoréxica, por lo que se hace necesaria una revisión de mayor profundidad en lo que atañe a la relación anorexia-feminidad, además de examinar la procedencia de los formatos que le permiten a la niña sujetarse a ellos con aparente docilidad y desprender de allí los ideales femeninos. Debe tratarse de un orden ligado a las imposturas sociales que no descansa completamente en ellas y que en el caso de las mujeres anoréxicas viene para plantearse como punto de partida en la búsqueda de aquello que las pueda representar –la belleza– pero termina por alejarse de los ideales comunes.

Aprehender el constituyente subjetivo de la anorexia no es moverse con ligereza, pues no se trata de un asunto del cual se puedan hacer generalidades pese a la sintomatología, por lo que es conveniente volver al momento en que se pusieron en juego los elementos que dieron forma a la subjetividad de estas mujeres que han encontrado en tan riguroso modo de existir su salida. Como primer eje está la cuestión del proceso de sexuación en la mujer, del cual no

61. Expresión usada por Bleichmar (1997) en el capítulo "El cuerpo de la niña".

es posible determinar con plena seguridad dónde ni cómo termina. Compete, pues, centrarse brevemente en el paso hacia el Edipo.

Freud (1931) traza aspectos de suma importancia para acercarse a la cuestión de la feminidad de acuerdo con las divergencias en el desarrollo sexual de hombres y mujeres. En el caso del varón, la destrucción del Edipo posterior a la aparición de la angustia de castración, representa la salida hacia la masculinidad mediante la identificación con el padre. En el caso de la niña, el acontecer de los hechos se torna más complejo debido a que el Edipo es el puerto de llegada; es decir, el momento en que encontrará la posibilidad de lograr algo de la feminidad.

El proceso de la niña involucra una etapa anterior (preedípica) que da lugar a mociones afectivas de gran intensidad que fijan algo en el orden de la relación con la madre como primer objeto de amor. Hamon (1998) cita a Fenichel, quien plantea que en principio –es decir, antes de conocer la falta existente en la madre– la madre es más una madre castradora que fálica, lo que genera en la niña la pregunta por el deseo de esa madre: "qué me quiere?", y una respuesta a ello es el goce devorador que se le supone, un goce mortífero del cual vendrá a protegerla el padre con la prohibición en cuanto se muestre como deseante ante la niña. Por lo tanto, ella concebirá principalmente la castración como un hecho personal y en muchos casos guardará la esperanza de que ese hecho cambie. No obstante, al descubrir dicha falta en la madre, todo lo que esta representa (la feminidad) sufrirá una desvalorización que le permitirá a la niña abandonarla para encaminarse hacia el padre en busca de lo que la madre le negó.

Hamon plantea también un aspecto de suma importancia, a saber, la castración, que da cuenta de la falta no solo en el sujeto sino también en la madre, percibida primero como aquella que castra para luego designale una posición gozosa y amenazante. A esto se añade el valor del padre en su función mediadora, regulador del deseo y pacificador del goce, sin el cual la niña quedaría atrapada en el goce materno o expuesta a no saber sobre su deseo, pues solo al momento de reconocer la falta en el otro se suscita la pregunta por el deseo y el lugar que se ocupa en él. Ante tal acontecer, la niña podrá guardarse en una posición narcisista en la cual se corresponde la vanidad corporal con la fragilidad que supone siempre la mirada del Otro y la posibilidad de una caída, en la cual la interiorización de la prohibición llevará implícito el rechazo, pues representa una renuncia de la sexualidad para tener acceso al amor de un padre de quien no se sabe pero se espera, por lo que para evitar daños sobre lo que Bleichmar (1997) llamó el yo-género femenino, la niña deberá armarse de los mecanismos

que le permitan el control sobre situaciones que le fueron transmitidas en este proceso, y que su yo, en cuanto escindido, no logra hacer convenir.

El complejo de castración podrá ser superado por la niña con un alto gasto psíquico que le implica verse obligada a admitir la falta bajo un manto de tristeza, además de arreglárselas con la castración en su cuerpo. De esta forma, el cuerpo sería el equivalente del órgano masculino que no acepta fragmentación y exige ser visto en su completud. Por ende, lo defectuoso es un asunto que se relaciona estrechamente con el pudor y busca preservar para sí aquello que se debe esconder, invistiendo el cuerpo en su totalidad con valor fálico en cuanto cubierto. No obstante, la anoréxica exhibe un cuerpo ausente de voluptuosidad, inútil en la promoción de la hermosura, que atrae la mirada del otro mientras le causa espanto. Esto lleva a pensar si la falta de un superyó claramente estructurado vendría a ser en la anorexia la posibilidad de regulación del sujeto mediante la perfección,no como respuesta a la pregunta neurótica, sino como un suceso en el sistema inconsciente que se convertirá más bien en un ideal consciente en cuanto usa la vía del cuerpo.

Perfectas y escindidas

La experiencia de vacío referente a la castración simbólica está dada para hombres y mujeres, pero la dimensión imaginaria del cuerpo producirá construcciones de sí diferentes. La mujer se adjudicará un compromiso frente a su imagen corporal si renuncia al mito de la plenitud fálica; es decir, se borrará a sí misma en el estatuto de cosa mediante la castración, haciéndose objeto-desecho en un proceso que se repetirá de madre a hija, forma como será transmitida la feminidad. Sin embargo, en muchos casos este proceso no alcanzará para cerrar la etapa prehistórica en la cual la hija debería lograr una separación de la madre, lo que ocasiona que de una u otra forma madre e hija permanezcan en continuidad, tal como lo plantea Juranville (1994). Por tanto, la conquista de la feminidad y la entrada en el Edipo son procesos que pueden verse obstaculizados en la medida en que aspectos importantes puestos en juego no alcancen para proteger a la mujer contra la melancolía, ni logren proveerla de los recursos suficientes que le permitan dar el paso por fuera de la etapa preedípica, poniendo así en peligro la feminidad misma.

Veamos pues, como a partir del mito de Deméter Juranville expone el fracaso de la melancolía originaria de la mujer en la risa, mediante una serie de elementos con los que la mujer cuenta para arreglárselas con la cuestión de la castración, en cuanto va tejiendo su feminidad. La risa en el mito de Deméter vendría a

ser, por una parte, el hecho de no dejarse engañar por las apariencias en cuanto se asumen con cierta adhesión. Por otro lado, sería la afirmación del sinsentido de la vida en torno a las apariencias que no hablan de lo profundo ni de lo superficial, sino de aquello que permite realizar un duelo de lo absoluto sobre la melancolía existencial. Así, la manifestación de la seducción como factor resolutivo en el asunto de la feminidad permitirá a la mujer saberse objeto para el otro en el deseo sexual y ubicarse no solo como objeto sino también como sujeto, abriendo de esta forma la posibilidad de ejercer cierto control sobre algunas situaciones que le conciernen.

Sin embargo, encontramos en la anorexia la imposibilidad de un enganche libidinal con el otro, una no seducción que perpetúa la posición melancólica del ser que causa en el sujeto la sensación de perturbación y amenaza frente a la mirada del otro conduciéndolo de a la búsqueda de la perfección, no para ofrecérsela al otro, sino buscando su admiración. Esta situación nos ubica en una dimensión narcisista que resulta efectiva para arreglárselas con aquello de la castración que se perdió en el desarrollo hacia la feminidad.

Freud (1917) menciona ligeramente la conexión entre la melancolía y la etapa oral, apunte pertinente para trazar una línea de comprensión de la anorexia. La melancolía desarrollada por Freud presenta una elección de objeto a la cual se hace una ligadura libidinal que después de una afrenta real o un desengaño se ve sacudida. Como resultado, no se obtiene un trabajo de duelo que desplace la libido a un nuevo objeto, sino que ocurre algo distinto. La investidura de objeto al resultar poco resistente, deja libre la libido para retirarla sobre el yo y encuentra allí un uso de identificación con el objeto resignado del cual hablará el yo bajo el juicio particular de objeto abandonado. Así, la identificación narcisista se convierte en el sustituto de la investidura de amor, y en consecuencia el vínculo de amor permanece pese al conflicto con la persona amada. El conflicto inconsciente muestra la ambivalencia, una constante afrenta de amor y odio que intenta por un lado, salvar la posición libidinal, y por el otro, desligar la libido del objeto.

Es claro que en la melancolía se da una pérdida. Pero es una pérdida inconsciente trasladada al yo mediante una escisión en la cual una de las partes recibirá las críticas en representación del objeto perdido, mientras la otra será la instancia crítica a partir de una posición moral, aspecto fundamental en la anorexia pues no solo exhibe el desagrado moral con el propio yo que dista de situaciones que podrían hacer vulnerable al sujeto, sino también la aparente ausencia de vergüenza enlazada a la franqueza con la que narra (critica) su ser y

sus hechos, que dan cuenta del agujero causado por la castración en el proceso de la feminidad, que al no encontrar una salida en lo simbólico elige la vía del síntoma que permitirá la cohesión de un yo-cuerpo dividido entre la imagen especular construida a partir de la madre, la cual permanece ligada a la misma y la parte de sí que rechaza la ajenidad de dicha imagen, empeñándose en la lucha por la propia existencia.

> *Toda la secuencia: ver, verse, darse a ver, ser vista, que provoca encuentro y respuesta, se dirige al Otro paterno a través del esquema de la pulsión donde se articula en primer lugar el orden simbólico. Este hace posible el despegarse de la madre y la hija ("la mirada de lo Mismo colmante, debe faltar al niño"), mientras que este "levantamiento" instaura al mismo tiempo, insistimos en ello, la transmisión de la femineidad* (Lemoine citada por Juranville, 1974, p. 176).

De acuerdo con la lectura que Juranville hace de Lemoine, es posible afirmar que en el proceso de la imagen especular la niña podrá creer que tal imagen es ella misma y sustituye la persona de la madre por la suya para luego aparecer en una imagen que la madre causará.

Según el anterior planteamiento, es oportuno detenerse en el proceso vivido entre el complejo del destete y el complejo de Edipo, el estadio del espejo propuesto por Lacan en el que surgirá la identificación primaria y resultará la formación del yo, elemento resolutivo en la vida del sujeto que hará posible la organización de la noción de vida y muerte en torno a la castración. En dicho proceso, el sujeto construirá una imagen que quedará petrificada a partir de lo que le devuelva el espejo, representación de los ojos de la madre; es decir, de su deseo. La figura materna será la unidad alienadora de la cual el sujeto tendrá que separarse para establecer la relación yo/no-yo, en cuanto se salvaguarda a sí mismo mientras abre espacio a la pregunta por el deseo. Es importante tener presente el hecho de que la imagen construida que da cuenta de la identificación primaria se mantiene, pues se trata de la relación de alienación que se comparte con el Otro.

Respecto a lo anterior, Hamon (1998) plantea que solo al momento de reconocer la falta en el otro se puede suscitar la pregunta por el deseo y el lugar que se ocupa en él; por lo tanto, elegir el goce sería alejarse de la pregunta por el deseo. Afirmar que la sintomatología anoréxica corresponde al orden del no saber, del no querer saber acerca del deseo del otro, pese a ver sometido el deseo propio para reinventarse en la negativa, no es posible más que en la clínica, en el uno por uno. Sin embargo, cabe afirmar que la línea que separa el deseo del goce en la anorexia aparece borrosa y su anhelo de perfección más allá de lo que es

el otro, da lugar a cuestionarse si realmente se trata la anorexia de un límite aparentemente distante de la constitución del deseo y se establece en el orden de la necesidad, precisamente donde lo alimenticio se encuentra afectado y lo nutricio falta. La cuestión es que algo está puesto en juego y es el deseo, así como lo que en su formación y mantenimiento acarrea.

De este modo y en alusión a Milmaniene (1995): "Y si se trata de no ceder al deseo –tal como dice Lacan– esta afirmación debe entenderse como una apelación a una irrenunciable consecuencia deseante, como modo privilegiado de esquivar el goce" (p. 18), vemos cómo el deseo funciona en defensa de sí mismo. Es decir, se defiende para no caer en lo siniestro del goce, en este caso para mantener la cohesión de sí y evitar la disolución subjetiva mediante soportes fantasmáticos que ocuparán la distancia simbólica creada por mínima que sea. En este caso, la anorexia funcionaría como prótesis, como último recurso para la no disolución subjetiva, creando así una separación en la que pueda negar la dependencia simbólica y la falta de recursos subjetivos para hacer frente a lo que se le presenta.

Se trata, entonces, de la misma pulsión de muerte de la que nos habló Freud, una posición un tanto masoquista en la cual el sujeto ofrece parte de sí al goce del Otro y se tambalea en sus soportes fantasmáticos que lo enfrentan a la ley del padre y a la ética derivada de ello que responde al deseo mismo, cuando la renuncia y la aceptación de la pérdida o la falta se vuelve cada vez un proceso de mayor complejidad.

Ante el fracaso de la construcción de la feminidad que se presenta en ciertos casos, la mujer puede establecer una relación patológica con la noción de hábitat presentada por Juranville que se superpone al *habere,* hasta el punto de que el sujeto se confunde con su casa y se producen, entonces, los vestigios de la melancolía en fantasmas de sofocación cuerpo-ataúd inhumano, entre otros, que conforman una imagen atravesada por una realidad que no es solo la propia, sino también la de otro que la precede y que en conjunto conforman su identidad.

Conclusiones

Nos hallamos ante la complejidad que conlleva la renuncia y el deseo para la mujer, pues en su transitar subjetivo diferente al del varón, esta queda atada al deseo primario a partir de elementos especulares que confluirán en la constitución de la *imago* y la formación del yo, en un proceso de identificación del cual será difícil desligarse debido a que se trata de un movimiento de ida y vuelta en el que se le pide a la niña renunciar a la madre como objeto de amor,

demanda que acarrea la renuncia a sí misma para luego regresar y verse en ella, encontrar en ella algo del orden de lo femenino mediante la relación yo/no-yo que se haya establecido.

En esta medida es posible afirmar que la anoréxica es una mujer que ha quedado entrampada entre la necesidad de separación-individualización y el deseo primario, a partir del desbalance vivido en torno a la transición de la madre a la hija en el que el alimento adquirió en el sistema inconsciente la forma de dicha transición, no del lado del deseo, sino del ideal. Así, el alimento vendrá como objeto perturbador si viene por la vía del deseo, lo que ocasiona un trastocar en la alimentación, cuestión a la que se debe responder.

En la respuesta anoréxica vemos un autocontrol desequilibrado que implica el cuerpo a partir de lo sintomático, un cuerpo escindido que logra hacer coexistir las partes que lo componen, como si a través de este se pudiese recobrar un equilibrio en otro nivel. Sin embargo, la implicación que tiene el cuerpo en la mujer, es decir, en la formación de su Yo, no le permite sino encontrar un mayor desequilibrio.

Por ende, solo cuando el apetito (deseo) se ha ido, la comida y el comer vuelven en el orden de la necesidad, despojados de los aspectos culturales que aporta la alimentación. No obstante, la relación que se mantenga con los alimentos no deja de estar subjetivada ni ser investida de atributos tan propios que dejan ver las tonalidades de la subjetividad del sujeto. En el caso de la anorexia, la relación perturbada con la comida da cuenta de un cuerpo más susceptible que sirve como deposición del cuerpo de la madre, elemento del que se hace entrega en el proceso de identificación y se da más que por similitud que por compensación. Es decir, la madre entrega en la feminidad una deficiencia: lo que le falta, lo que no es, buscando así completarse con su hija.

En este sentido, el papel que desempeña el cuerpo en relación con el alimento es del orden de la necesidad. Un cuerpo que necesita ser alimentado, un cuerpo funcional que ha perdido la noción de la belleza así como se ha perdido del deseo; un cuerpo cohesionado por la imagen especular ligada a una identidad que ha perdido la dimensión simbólica. El cuerpo de la anoréxica se presenta como delirante; es su estancia crítica de sí que la salvaguarda, en algunos casos, de psicotizar.

Bibliografía

BRUSSET, B. (1985). *La anorexia: inapetencia de origen psíquico en el niño y en el adolecente*. Planeta Colombiana. España.

BLEICHMAR, E. (2000). "Anorexia/bulimia. Un intento de ordenamiento desde el enfoque modular-transformacional". En: *Aperturas Psicoanalíticas*. N.4

BLEICHMAR, E. (1997). *La sexualidad femenina del cuerpo de la niña a la mujer*. Paidós. España.

FREUD, S. (1917). *Obras completas Tomo XIV. Duelo y melancolía*. Amorrortu editores.

FREUD, S. (1931). *Obras completas Tomo XXI. Sobre la sexualidad* femenina. Amorrortu editores.

FREUD, S. (1932). *Obras completas Tomo XXII.Conferencia 33: La feminidad*. Amorrortu editores.

HAMON, M. (1998). *¿Por qué las mujeres aman a los hombres y no a su madre*? Paidós.

JURANVILLE, A. (1994). *La mujer y la melancolía.* Nueva visión. Argentina.

MILMANIENE, José E. (1995). *El goce y la ley*. Paidós. Argentina.

LACAN, J. (2002). *Escritos 1. El estadio del espejo*. Siglo XXI. Argentina.

La fisura en la subjetividad

Lucelly López Atuesta

El presente trabajo se ocupará de comprender los cortes y autolesiones en los adolescentes, fenómeno que ha tomado un inusitado auge en la actualidad. El DSMS IV lo menciona, como criterio para su diagnóstico, como trastorno de personalidad limítrofe (TLP), trastorno autista, retraso mental y trastorno ficticio (1995) y en el proyecto de desarrollo del DSM V propone incluir la autolesión sin intento de suicidio (NSSSI) (2012). Actualmente, la psicología hace estudios sobre ello y nombra este comportamiento como un acto deliberado y repetitivo que persigue dañar el propio cuerpo sin intensión suicida, con fines catárticos o reintegrativos.

El propósito del presente trabajo es hacer una revisión psicoanalítica de algunos fenómenos y conceptos subyacentes a las cortadas, entre ellos el acto, el dolor y la adolescencia, los cuales se ilustrarán clínicamente a partir de un caso denominado Luna la poeta.[62]

62. Luna es una niña de trece años, estudiante de grado octavo en un colegio en la ciudad de Cali. Debido a su situación particular se ve abocada a solicitar espacios con psicología en la Institución Educativa a la que pertenece con el propósito de ser escuchada. Accede a que su caso sea puesto en escena para aportar en el trabajo psicoanalítico bajo el consentimiento de sus padres. Por supuesto, no se revela su nombre propio.

Una lectura del caso clínico a la luz de los elementos teóricos psicoanalíticos

Emplear el recurso del caso clínico para analizar algunos planteamientos del psicoanálisis, implica aceptar que existen diversas maneras de abordar las situaciones y fenómenos individuales y sociales desde una perspectiva en la que se cuestione lo que se pone en juego del lado de la subjetividad, y se encuentra anudado a algunos fenómenos que involucran el cuerpo en un momento específico, a saber, la adolescencia.

En primera instancia, el caso clínico refiere la situación de una adolescente de trece años a quien le asalta el miedo de no poder cumplir las expectativas de los otros, le es difícil buscar su propio deseo y se enfrenta a muchos encuentros y percepciones sobre el mundo. La relación consigo misma es compleja y resulta difícil para ella elaborar el mundo que inicia con su propio cuerpo, acompañado de cambios que la perturban. Es posible que su fin sea ser reconocida por sus padres y pares para que la tomen en serio. Es una provocación mediante el repliegue en sí misma, por lo cual el hecho de cortarse más que ser considerado como una conducta de riesgo, es la vía para expresar lo que se revela como un conflicto, que implica el encuentro con el Otro sexo, con la sexualidad y con el deseo, situaciones que resultan llamativas y complejas en la adolescencia.

Ahora bien, ¿por qué se corta la piel? ¿Qué busca a partir de estos actos? Según el caso, vemos una adolescente que no cuenta con unas referencias organizadas, lo que le implica dificultades para elaborar su propia identidad. El desacuerdo dentro de su familia fragiliza a la adolescente en sus propios recursos de negociación con los otros y le impide encontrar su lugar en sí misma y en los demás.

A propósito de los cortes en la piel, se aventura como hipótesis que su intención no sea la de morir, sino comprobar a sí misma su identidad, posibilitar el trámite de una angustia que la agobia y dar sentido a su vida. Es decir, lo que ella hace es un rodeo simbólico para asegurar su razón de existir y fabricarle un sentido a su vida. El cortarse la piel es un pasaje doloroso que proyecta al mundo exterior y da continuidad a su avance doloroso de confusión.

Se parte de una hipótesis inicial consistente en que los cortes en la piel pueden ser ubicados del lado del *acting out*, toda vez que las acciones que se ubican de este lado poseen u obedecen a un carácter impulsivo, con lo que se da cuenta también, según los postulados psicoanalíticos, de que aquello que no es posible verbalizar o poner en palabras es actuado y presenta rasgos de exhibición en cuanto son actos que se dirigen al Otro y lo involucran. Es decir, el *acting out*

reproduce un guion inconsciente, requiere un escenario donde el Otro es espectador, y su dimensión es transferencial.

De acuerdo con lo anterior, este Otro al cual se dirige el *acting out* no es otro cualquiera, sino uno que funciona como referente o representante de la ley. En este caso, puede estar representado por el padre, un referente carente en sus funciones parentales percibido como un par, por lo que puede considerarse que la adolescente hace un llamado a la intervención del padre como una ley transmitida vía el deseo.

Esto exige brindar un desarrollo frente a las vicisitudes que trae consigo la adolescencia en relación con lo que se abandona o se pierde de la infancia, y los nuevos retos a los que se ven abocados los adolescentes. Tal como lo muestra Arkadiy Dolgoruki en *El adolescente*, de Dostoievski, la formación del carácter toma lugar central. El diálogo consigo mismo es una estrategia secreta y los usos de la memoria apuntan a un duelo vivido en carne propia; la infancia perdida es la iniciación rumbo a la apropiación de la vida (Ramírez, 2013).

Entrar en la adolescencia significa abandonar la infancia, el cuerpo infantil representante de un narcisismo que hasta ese momento era la idea de un "cuerpo total" no marcado por la castración. La mirada del niño empieza a enfrentar un cuerpo distinto y unos sentimientos y sensaciones desconocidos para los cuales no está preparado. No hay tiempo para pensar que ya nada es como antes y lo que está ocurriendo es indefinible. Es en ese momento cuando inicia la búsqueda de aquellos objetos externos que van más allá de la triangulación edípica y le ayudarán a situarse en la adultez, encontrando así su autonomía respecto de los referentes parentales.

Doltó (1992) refiere:

> *Las langostas cuando cambian de caparazón, pierden primero el viejo y quedan sin defensa por un tiempo, hasta fabricar uno nuevo. Durante ese tiempo se hallan en gran peligro. Para los adolescentes viene a ser la misma cosa. Y fabricar un nuevo caparazón cuesta tantas lágrimas y sudores que es un pozo como si uno lo chorreara. En las aguas de una langosta sin caparazón hay casi siempre un congrio, que acecha, listo a devorarla. ¡La adolescencia es el drama de la langosta! Nuestro congrio propio es todo lo que nos amenaza, en el interior de nosotros mismos y en ese exterior, en lo cual, a menudo no se piensa* (p. 19).

En la adolescencia comienzan a darse cambios en el cuerpo. Además de los fisiológicos están las nuevas sensaciones que dan lugar a la excitación y por supuesto, surge miedo a una sexualidad naciente en un cuerpo que aún conserva

restos de la infancia. Por ello, la condición de niño es privilegiada, pues el solo hecho de permanecer en el caparazón lo hace sentir bien. En el adolescente esto cambia y todo gira alrededor de la pregunta de si cuenta con las características para agradar a otros en términos de la atracción que un sexo ejerce sobre el otro.

No siempre hay un pleno conocimiento del ser ni mucho menos de lo que se quiere mostrar a los demás. Esos vacíos son escondidos a través de un *look*, que no es más que un caparazón provisorio. El adolescente se siente bello o feo según cumpla con la imagen ideal que le imponen sus pares y artificios como las redes de comunicación. Es de anotar que la aceptación o el rechazo funciona como un *boomerang*, pues llega y se introyecta de acuerdo con lo que se le devuelva. En ocasiones no se gustan o aceptan a sí mismos e intentan agradar en la mirada de otros. El intento por cumplir esos ideales les genera un sufrimiento enmascarado en la simpatía, la agresión o la rebeldía. El sentido de su ser se convierte en una obsesión por ser mirado y reconocido.

El siguiente caso permite ilustrar lo señalado:

> *Me gustaba hablar con mis amigos. Hablaba mucho, me la llevaba bien con los profes, con mis hermanos, estaba feliz, era muy activa. Soy creativa, abierta, agresiva en algunas ocasiones. Me saca la piedra o me enojo fácilmente cuando soy agresiva… a veces soy paciente con mis hermanos, expresiva en algunos casos; con otros amigos no tanto, porque no les tengo suficiente confianza. No soy perseverante para nada, soy complicada, no estoy bien cuando dicen que estoy bien, soy muy afectiva, muy amigable; considero amigos a los que pronto conozco así sea hace dos semanas* (Luna, sesión 1).
>
> *La parte que no les he revelado a mis amigos es lo sensible que soy, además soy muy cursi. Aprendí a no apegarme a mis amigos. Soy muy grosera porque a veces agredo verbal y físicamente a mis amigos (aruñándolos); no soy muy directa para decir las cosas, redondeo mucho para hablar, salgo diciendo otras cosas porque siento que la gente se puede ofender y se puede enojar conmigo o de pronto algo que no quieren escuchar. Me gusta dibujar* (Luna, sesión 5).

La adolescencia supone en este sentido, lo siguiente:

> *Durante este período se está completamente prendido al espejo, al reflejo inerte devuelto por el cristal, al reflejo viviente que uno intenta leer en los ojos de los demás. Acecha el surgimiento de uno mismo conforme a una imagen ideal. Pero el espejo no nos muestra nunca lo que los demás ven cuando nos miran, porque un rostro no revela la personalidad cuando se anima* (Doltó, 1992, p. 29).

Cierto modo de vestir y el empleo de accesorios y maquillaje aparecen como una necesidad de generar una respuesta en el otro, lo cual conlleva caer en un sinsentido. Sin embargo, la obstinación surge como el sostén para soportar las miradas; saben que puede resultar peligroso, pues llaman la atención sobre lo que no se tiene y se arriesgan a aparentar lo que no se es, ni lo que se siente. Se pierden entre lo que son y lo que muestran. La imagen de sí y la percepción del cuerpo son construidas por la mirada de los demás o por la idea que se hace el adolescente de cómo lo miran. El cuerpo y la manera de percibirse cambian al punto de que no hay reconocimiento. Los ojos de los amigos comienzan a ser el espejo viviente al que preguntan sin cesar.

> *Me gusta aplicarme base en el rostro por las mañanas, es lo único que me aplico como maquillaje, uno de mis gustos es andar en ropa interior en casa, me gusta dormir solo con el pantalón, me agrada la ropa oscura y así no pueden descifrar cómo me siento…"triste", ni criticarme, no quiero que la gente diga nada de mí* (Luna, sesión 2).

Se empieza a afianzar un proceso de ir y venir en el que se pierde y se gana y permanentemente renace una nueva posibilidad de cuerpo. Se revive una nueva corporalidad con otras significaciones, que a pesar de traer huellas imborrables de esa primera piel, abre sus extensiones para recibir otras sensaciones y ser marcado de distintas formas. Los cambios corporales obligan al desprendimiento del cuerpo infantil y es difícil reencontrar el lugar de sí mismo en su cuerpo y en el mundo; de ser habitante de su cuerpo en un mundo actual real y ser capaz de utilizar el cuerpo y tomar un lugar en el mundo.

A esto se liga el hecho de que la sexualidad es una realidad que impregna la vida cotidiana del adolescente y le da la posibilidad de disociar la vida imaginaria de la realidad al establecer relaciones reales, lo cual se constituye en un hecho fundamental que marca la ruptura con la infancia. Es la adolescencia aparecen los conflictos reprimidos en la niñez, afloran en un cuerpo desarrollado y dan forma a la modalidad de satisfacción sexual adulta.

> *Cuando hablo de identidad sexual me estoy refiriendo a mis preferencias, ya que me gustan las mujeres. Creo que mis padres se enteraron al revisar mi Facebook y me advirtieron que debía reflexionar porque eso va en contra de Dios. La religión me da miedo porque dice que si no hace esto o aquello hay consecuencias. Mis padres me piden que me acerque a la religión y pienso que no lo necesito; sin embargo, he aceptado algunas creencias religiosas para tener contentos a mis padres. Han pasado cosas malucas tanto en mi colegio como en mi casa; empezando porque me metí en el proyecto de fotografía y le pedí en la clase al profesor que me tomara una foto besándome con otra mujer* (Luna, sesión 5).

Efectivamente, esos fuertes indicios de la sexualidad están marcados por un componente imaginario incluso antes de que el cuerpo en transformación entrara en juego. El adolescente experimenta una especie de "fiebre psíquica", de amor imaginario mediado por modelos inconscientes que le impiden satisfacer su deseo y lo empujan a recorrer caminos por fuera de la familia en busca de su satisfacción. Esta ruptura es un proceso dramático y cargado de angustias y depresiones; es asumirse con un cuerpo distinto y un impetuoso deseo sexual, que a veces lo aliena.

> *Recuerdo que cuando estaba en la mitad de grado séptimo me empezó a gustar una chica y me sentí confundida. Por ello me alejé para revisar lo que me pasaba. Cuando estaba en grado octavo me interesé por los chicos pero también por las chicas. Me siento bien cuando le cuento a mis amigos que tengo una relación con una mujer y más aún cuando ellos se sorprenden y me dicen que es bacano tener una amiga como yo, así; es decir, con gustos diferentes, que me gusta el mismo sexo. Claro que también me gustan los hombres y de ellos me atrae mucho cuando son respetuosos, abiertos y de las mujeres que sean susceptibles, maduras y seguras de interesarse por su mismo sexo; que no que lo hagan por moda ni que se incomoden por lo que piensan los demás* (Luna, sesión 4).

En la adolescencia se vive una especie de desgarramiento consecuencia de la pérdida de la fantasía de alcanzar, mediante la fusión, el amor eterno e inmutable de la persona que fue parte de sí mismo. La renuncia de la infancia es una desidentificación. Ya no existe el sostén imaginario de los padres como salvadores sobrevalorados ni del hijo idealizado y mesiánico para los padres. La desidentificación, la culpa y la necesidad inconsciente de castigo, vienen acompañadas de sentimientos de pánico, horror, incertidumbre, vacío y muerte, que se revelan en los sueños y en otras formaciones inconscientes.

> *Bueno, lo último que me ha pasado es que he tenido algunos sueño, donde muero de distintas maneras. Por ejemplo, que me encontraba en el colegio y veía explotar estrellas y que se me aparecía un man que me dice que a la Tierra le va a pasar lo mismo y me despierto asustada. Me he soñado que estoy agonizando y no sé por qué. Me sueño con la contaminación y que todo se va a desintegrar, igual me despierto asustada. También he soñado que mis amigos me rayan con un lápiz mis pies y no podía caminar, me sangraban… que mis amigos me halan y me encierran en mi casa, me despierto asustada… sueño con mis padres en mi casa.*
>
> *Siento miedo de que mis padres se mueran porque ellos andan en la moto y he presenciado algunos accidentes de motos. Les tengo miedo a las arañas y las mariposas cuando se me vienen encima. Todo lo que vuela me asusta (Luna, sesión 6).*

Debemos recordar que los adolescentes retoman sus conflictos reprimidos de la niñez y los proyectan en su cuerpo, principalmente en su genitalidad. Esto hace más complejo, doloroso y angustiante el conflicto infantil y por lo tanto es eliminado de la conciencia. Ello implica en el adolescente una doble represión: la originada en la infancia y la que se instala al aparecer la adolescencia. Se marcan una serie de situaciones irreconciliables con los adultos que emergen de la crisis de autoridad y de la crisis de sexualidad. Se entra en un choque con los modelos adaptativos del adulto y se sucumbe a la represión.

En este orden de ideas, cabría considerar los desarrollos psicoanalíticos referentes al dolor y señalar que Freud redujo las emociones y sentimientos a dos afectos principales: placer y displacer. El primero se produce por una satisfacción de necesidad y deseo y el segundo por un o una frustración.

El dolor es una experiencia subjetiva, por lo cual se debe tener en cuenta cómo funciona en cada caso. El dolor es una impronta subjetiva en la conciencia y por su carga energética tiene mayores posibilidades de permear el psiquismo. El dolor y la satisfacción se relacionan fuertemente, por lo que es posible obtener placer del dolor (Freud, 1924). La satisfacción es un placer obtenido mediante el sufrimiento, pero se diferencia en lo conductual. La satisfacción busca repetir, reincide sobre el objeto de satisfacción; el dolor, por el contrario, deja secuelas amplias. Freud estipula que al estado de deseo sigue directamente una atracción hacia el objeto de la vivencia y que del dolor se genera un rechazo a mantener investida la imagen mnémica hostil; es decir, se evitar pensar el horror de lo sucedido. La conciencia no vuelve por el recuerdo.

> *Claro cuando uso el bisturí. Sé que el efecto es grave. Cuando no es suficiente la sensación de dolor intento hacerlo en tiempos más largos. En el colegio también lo he hecho usando las cuchillas del sacapuntas, en casa uso el cuchillo y me cercioro de que tenga buen filo y empiezo a cortarme con la punta. Intento hacer una herida profunda en un tiempo corto; el dolor no me permite ningún pensamiento. Cuando me detengo hay calma y me siento relajada. Esto lo hago en las noches y después de cortarme no quiero ver a nadie. Sé que lo hago para distraerme, para no ver ni pensar en mis padres estresados. Reconozco que de nada me sirve hacerlo, no voy a conseguir nada* (Luna, sesión 3).

La satisfacción no guarda relación alguna con los límites impuestos por los principios del placer y displacer. Por ejemplo, en Luna se repiten situaciones de sufrimiento y dolor; sin embargo, las experimenta como un placer inconsciente que funciona más allá de los límites de ese principio homeostático, experimentado en un vivenciar pasivo de una compulsión impuesta.

Luna dice:

> *Cuando me corto generalmente lo hago en las noches. Me refugio en el baño para evitar ser descubierta y al hacerlo estoy de pie y siempre estiro mi brazo y prefiero que el ventilador me dé justo en la herida y así sentir aún más el ardor. Me siento tranquila; es en lo único que quiero pensar, en mi dolor. Antes lo hacía solo en mi brazo derecho, pero también he experimentado en el antebrazo, en las piernas y en los muslos porque así no lo iban a notar. Hay algo especial que cuando lo hago en las piernas. Me gusta ponerme pantalón largo para sentir que al caminar me roza la herida con la tela del pantalón sintiendo así dolor* (Luna, sesión 5).

Se observa que la adolescente de manera narcisística, convierte su cuerpo en el escenario para castigarse con el dolor, castigo que le representa una satisfacción para expiar la culpa de estar sexuada. En este sentido, es necesario considerar desde la perspectiva psicoanalítica algunos de estos comportamientos, los cuales adquieren el estatuto de actos que involucran el cuerpo. A partir de los primeros desciframientos de los síntomas histéricos, Freud elucida que el inconsciente no lo es sin incidir sobre el cuerpo. Esta incidencia del inconsciente sobre el cuerpo fue nominada por Freud bajo el concepto "más allá del principio del placer". "Es cualquier cosa que se presente en la ocasión como un gozo nocivo. De entrada se conoce que el inconsciente no se daba sin relación con el cuerpo" (Soler, 1988, p. 39). En este sentido, el cuerpo articula inconsciente y sexualidad.

Afirmar que el cuerpo es realidad es afirmar que el cuerpo no es primario. No se nace con el cuerpo, lo que implica que el cuerpo es construido, secundario y lo biológico toma sentido en lo simbólico, en la construcción de la palabra que se ha hecho de ese organismo. Es cierto que hay un sistema nervioso, pero no es ese cuerpo del sistema nervioso al que nos referimos cuando hablamos de relación inconsciente-cuerpo o del cual el psicoanálisis se ocupe.

"El animal no tiene cuerpo; el animal es un organismo" (Lacan, citado por Soler, 2001, p. 3). Vemos una diferencia sutil y afirmar "tengo cuerpo", tomar el cuerpo como atributo en lugar de tomarlo como el mismo ser involucra que como sujetos se suele prescindir de él; como sujeto del significante se está separado del cuerpo. Pues bien, el sujeto es aquel de quien se habla antes de que él mismo hable; el sujeto está ahí en la palabra, antes de tener un cuerpo, simplemente antes de nacer. Y él está todavía después de que no tenga más cuerpo, o sea después de muerto. Porque la duración del sujeto, por estar sostenida por el significante, excede la duración del cuerpo. Esto se debe a que el lenguaje asegura ese margen que Lacan denominó más allá de la vida, tomado aquí como la vida del cuerpo viviente.

En psicoanálisis, el cuerpo se constituye a partir del ingreso del sujeto al registro significante, un cuerpo atravesado por el deseo del Otro cuya marca inaugura el ingreso a la falta fundamental. El Otro, para el psicoanálisis, es un lugar que es ocupado por la madre o por la persona encargada del cuidado del niño. Su función es brindar los objetos de satisfacción; no solo aquellos que satisfacen las necesidades básicas, sino los que introducen al infante en la dialéctica del deseo. "Al respecto, Lacan ubica al Otro como lugar tesoro de significantes donde el sujeto se inscribe o no en el registro de lo simbólico, inaugurándose su inmersión en el registro de la falta y adviniendo así como deseante" (Villa, 2010, p. 5).

No se nace con un cuerpo sino con un organismo no acabado cuya construcción final será la consecuencia de este intercambio por medio del lenguaje y la imagen. Es importante añadir que el cuerpo, en esta medida, se convierte en un agente solidario con la recuperación, en cuanto se parte de la consideración de que para hacerse a un cuerpo es necesario pagar una deuda mediante la pérdida de goce. Sin embargo, resulta llamativo que en esta vía el sujeto, al inscribirse en el registro significante, se ve abocado a la búsqueda incesante de algo perdido, por lo que el cuerpo podría convertirse en el escenario propicio para obtener algo de ese goce por la vía de lo real. Es en esta misma línea que tiene cabida la consideración de las marcas en el cuerpo y un intento porque advenga, vía el cuerpo físico, algo que a nivel estructural no encuentra otra vía de expresión.

> *He notado que después de hacerlo repetidas veces por un tiempo, me empecé a aburrir en el colegio, a pasar mayor tiempo en el computador. Ahora soy más pasiva, no encuentro sentido para hacer las cosas y he perdido el apetito. Cuando veo comer a otros siento náuseas, no me gusta ver comer a otros. Empecé a consumir dos comidas en el día; siempre pienso en ayudar a los demás que están pasando por lo mismo; siento rabia con esas personas que no toman en serio las cosas, ni lo que dicen y que no tengan palabra* (Luna, sesión 2. Relaciono esto con lo que señala de su padre que es una persona "relajada").

Como ocurre en la adolescencia, la tendencia a actuar puede ser una modalidad de la mente para elaborar una realidad interna de cambios inestables e inquietantes. Dichas conductas pueden constituir la expresión de la construcción de identidad o manifestación de la vulnerabilidad y de los conflictos. La tendencia al *acting*, a la confrontación, a la posibilidad de experimentar y de ponerse a prueba mediante una búsqueda de excesos, son todas expresiones funcionales del desarrollo de la autodefinición. La acción puede ayudar a enfrentar los conflictos internos, sin obviar que también pueden significar un impulso hacia la activación de conductas de riesgo.

Cada adolescente usa sus propios mecanismos psíquicos para sobrellevar las angustias, temores y excitaciones que lo desbordan en ese momento. Algunos al no poder tramitar o poner nombre a lo que sienten, se descargan de un dolor emocional, de toda la energía que les parece insoportable e incontrolable, cortando su cuerpo. Estos cortes son acciones reales en un cuerpo real, que dejan de lado cualquier otra forma de enfrentar aquello que causa el malestar emocional. Estos se convierten en cortes que intentan apropiarse del cuerpo, por lo tanto se impone un diagnóstico diferencial. No se trata de intentos de suicidio en cuanto lo que se busca es un corte y no la muerte.

Así las cosas, de lo que se trata es de aliviar la angustia, ponerla en suspenso. El dolor, como una constancia de la vida en el propio dolor, se puede considerar s una experiencia que sustrae el cuerpo de una escena haciendo, a su vez, una escena. Pero hay una pasividad de la carne que no se resiste; se deja cortar sin resistencias. Es más: "cortan a un cuerpo", como "pegan a un niño". El que se corta es alguien que encontró un modo cruel de arreglárselas solo. Se corta solo, de ahí que se conoce como un acto en solitario.

> *Cuando me corto con el bisturí yo sé hasta qué punto cortarme y cuando veo que la herida se hace profunda y luego me detengo y me agrada ver salir la sangre. Claro cuando uso el bisturí sé que el efecto es más grave, cuando no es suficiente la sensación de dolor intento hacerlo en tiempos más largos. En el colegio también lo he hecho usando las cuchillas del sacapuntas, en casa uso el cuchillo y me cercioro de que tenga buen filo y empiezo a-cortarme con la punta e intento hacer una herida profunda en un tiempo corto, el dolor no me permite ningún pensamiento; cuando me detengo hay calma y me siento relajada esto lo hago en las noches y después de cortarme no quiero ver a nadie, sé que lo hago para distraerme, para no ver ni pensar en mis padres estresados, reconozco que de nada me sirve hacerlo , no voy a conseguir nada* (Luna, sesión 4).

En el *acting out* es "la verdad que dice" señala Lacan (1966). Es una puesta en acto que no excluye el decir. No se trata de un "lo uno o lo otro"; es un acto que dice, vía un soporte imaginario, sirviéndose de la escena. El *acting out* se ofrece entonces al desciframiento por parte del Otro, al cual hace señas. Evidentemente sabemos que todo y cualquier cosa es susceptible de ofrecerse al desciframiento: pero hace falta un descifrador. Lo propio del acting out, que interviene en el análisis, es que la secuencia en la que se coloca, el descifrador es llamado en posición de réplica. Dicho de otra manera, el *acting out* es también allí soporte de la palabra. Hay muchas maneras de hablar: bla bla bla, charla y con el cuerpo en el síntoma, el cual es, en sí mismo y por otra parte, una manera de hablar.

El *acting out* habla en la escena, para otro que está ahí y al cual eso es dirigido. (Soler, C., 2010, p.p.37-38)

> *De nuevo me corté en el antebrazo, creo que había aguantado mucha presión de mis padres, el hablar cada dos noches conmigo, los reproches y cuando decidí hacerlo me liberé, quise controlarme para demostrarme a mí misma que soy fuerte, pero realmente no aguanté y me doy cuenta que soy muy débil y darme cuenta que no iba a conseguir nada con cortarme* (Luna, sesión 6).

De acuerdo con lo anterior, podría reconocerse que incluso en el *acting out* puede presentarse un mostrarse al Otro; es decir, una suerte de rectificación subjetiva posibilitada a nivel clínico en la medida en que el sujeto pase de la acción a la palabra y a la tramitación por medio de esta.

No obstante, es necesario reconocer el adolescente da menor importancia a la verbalización que a la acción como un proceso de economía mental. La invasión instintiva y sensorial en el adolescente, sus cambios corporales, su crisis de identidad y su nueva forma de pensamiento, producen una inevitable remezón en la estructura psíquica y se tiende regresar a formas más primitivas en cuanto al manejo de la tensión y los conflictos psíquicos. A esto se suma la necesidad de autoexperimentar el conocimiento de sí mismo, de aprender de su propia experiencia, de la omnipotencia de la fantasía grupal, del centramiento narcisista, todo lo cual lleva a que en este período de la vida se dé prioridad a la acción sobre el pensar y prime el impulso sobre la tendencia del manejo simbólico sublimado.

En cuanto a lo referido por Luna, se puede precisar que hace un pasaje al acto, puesto que lo expresa como una conducta de riesgo y toca el registro real, saliendo así por un momento del registro simbólico. Al pasar al acto, busca gozar y lo logra; es decir, se convierte en un paso a la realización de goce. Uno de los rasgos del pasaje al acto es cuando ella, a falta de integrarlo, lo intenta dejar al margen como un accidente.

Otro argumento que permite considerar que se trata de un pasaje al acto es que Luna no busca ser mirada por el otro. Cuando se autolesiona, prefiere hacerlo a solas y de manera repetitiva, en una práctica solitaria que deja por fuera de la escena al Otro. Sin embargo, es posible afirmar que el goce está presente en el *acting out*, ya que de alguna manera se representa sin saber una verdad sobre su propia historia y en el pasaje en el acto él se apaga en detrimento de su acto. Por el lado del *acting out*, el sujeto sostiene un mensaje inconsciente cifrado que no logra ser hablado sino solo actuado, mientras que por el lado

del pasaje al acto, identificamos no un mensaje que se dirige al Otro, sino un desvanecimiento del sujeto. En ambos casos, el goce del acto parece posibilitar al sujeto una respuesta a la angustia.

Cabe señalar que tanto el *acting out* como el pasaje al acto se convierten en recursos a los que el sujeto acude frente a la angustia. No obstante, su forma de operación e implicación escénica en el acto son diferentes, ya que en el pasaje al acto el sujeto como el Otro quedan por fuera de la escena.

Consideraciones finales

Es posible evidenciar una interpretación psicoanalítica en el caso de Luna, en la que los padres se sitúan como referentes que no le permiten tramitar su adolescencia en cuanto el establecimiento de límites y normas claras que permitan situar su deseo no aparecen. En ese sentido, lo que emerge es una angustia que la confunde en relación con las cosas simples y cotidianas que en la dinámica familiar posibilitarían el establecimiento de límites. Luna reclama ser legislada, vista, regulada y genera en consecuencia una estrategia de autocontrol por la vía del acto: "yo me castigo; ellos me castigan". Sin embargo, ¿por qué no resuelve esto? Y este acto pasar al acto, ¿por qué se torna repetitivo?

Encontrar un límite a su acción es resolver mediante el castigo. Ya que sus padres no resuelven, entonces las cortadas encierran un castigo particular que no la devuelve ni en su angustia ni en su deseo. Si bien la cortada aliviana la angustia, como todo pasaje al acto no resuelve el conflicto porque no logra dar sentido a eso que hace. Por lo tanto, aparece un goce que no constituye la posibilidad de entramar el deseo de un objeto, sino una resolución narcisística en la vía del acto por su propia angustia.

Es importante ocuparnos acerca de qué tiene el dolor en cuanto cortarse desafía todo principio de satisfacción (se entiende por principio de placer la evitación de todo sufrimiento). Es evidente un sadismo hacia el yo, hacia la propia persona, que sugiere una dimensión melancólica; es decir, la elaboración de un dolor en la propia persona a través de la eliminación del yo. Aquí no se desencadena un suicidio y además no hay intención suicida aunque bordee sus límites. La intención de este hecho no es acabar con la vida, pero las autolesiones posibilitan además del trámite de la angustia, la eliminación de algo en su cuerpo que no es capaz de asumir. Cabría aquí la posibilidad de considerar las cortadas como una fantasía con pasaje al acto de su cuerpo sangrante y doliente, este cuerpo sexuado que ahora tiene y que no sabe qué hacer con él. Así, la cortada ocupa

en el lugar de lo fantasioso algo de la sexualidad adulta; el resto del cuerpo podrá seguir siendo infantil e incluso su pensamiento podrá ocuparse de antiguas preocupaciones infantiles, como el reclamo del amor de sus padres.

Pero el dolor también cumple una función económica en la dinámica del psiquismo adolescente y se convierte en un pasaje por la vía del autotraumatismo que devuelve la tranquilidad ante una angustia insoportable. Este ritual personal de cortarse es una garantía de propiedad sobre sí, de sentir el cuerpo como suyo, de sentir que es capaz de hacer algo con lo que le pasa y de este modo dejar por fuera de la conciencia los dilemas de los que no se quiere ocupar. Entre ellos está el que sus padres no pueden (ni deben) resolverle lo que a ella le pasa: desear a sus amigos, pero no sabe qué hacer. Ni siquiera sabe si es hombre o mujer y de eso no puede ocuparse y que nadie resuelve por ella.

No obstante herirse, dañarse, cortarse (el ritual) le da un sentido de vida artificial y una preocupación principal a su conciencia. Una suerte de sentido, mientras que las angustias fundamentales que la atraviesan se velan inconscientemente en cuanto el cuerpo cortado ocupa sus acciones y aliviana la tensión. Luna elige una manera de gozar en la que su cuerpo se convierte en un escenario de tramitación sádico o masoquista –en todo caso narcisista– que compulsivamente condena este síntoma en la repetición, hasta tanto encuentre otro escenario que le permita o bien recrear el conflicto o bien ponerlo en la conciencia.

Y cierro resaltando que fue un gran aprendizaje esclarecer que el caso es un caso único, por tanto no es posible generalizar a partir de él la queja y el sentimiento que encierran los demás niños que también lo hacen. Así que si bien el síntoma es igual en todos los adolescentes, en este caso cortarse cobra un carácter singular para cada uno.

Bibliografía

American Psychiatric Association (1995). *Manual de diagnóstico estadístico de los trastornos mentales (DSM IV)*. Barcelona.

American Psychiatric Association (2012). *Manual de diagnóstico estadístico de los trastornos mentales (DSM V)*. Barcelona.

ARYAN, A. (2008). *Clínica y práctica psicoanalítica con púberes y adolescentes*.

ABERASTURY, A. (1971). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

CARVAJAL, G. (1993). *Adolecer: la aventura de una metamorfosis*. Bogotá: Editorial Tiresias.

DOLTÓ, F. (1992). *Palabras para adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.

KAPLAN, F. MAHLER, M. Blos, P., Hall, S., Freud, S. y Jones, E. . http://psicopsi.com/Conceptos-adolescencia-Kaplan-Mahler-Blos-Hall-Freud-Jones

PETER, B. (2013). sicoresumen.blogspot.com/.../la-transicion-adolescente-peter-blos.html. https://es.scribd.com/doc/126106548/Blos-1979-La-transicion-adolescente

RAMÍREZ, J. (2013). *El proceso clínico en el trabajo con adolescentes desde el psicoanálisis.* Centro de Difusión y Estudios Psicoanalíticos.

https://centrodedifusionyestudiospsicoanaliticos.wordpress.com .

SOLER, C. (1988). "El cuerpo en la Enseñanza de Jacques Lacan". En: *Fundación Freudiana de Medellín*.

QUIROGA, S. (1999). *La entrevista con adolescentes: aspectos teóricos*. tomado de www.ocw.unc.edu.ar/.../entrevista.../la-entrevista-con-adolescentes-aspect.

El niño y su constitución subjetiva

Luisa Fernanda Mesa Tobón

Durante la práctica laboral en una institución educativa privada de la ciudad de Cali, es frecuente encontrar niños de primaria que por no alcanzar los desempeños esperados en los saberes básicos de algunas áreas del conocimiento, son juzgados como "casos especiales" e inmediatamente se constituyen en motivo de atención psicológica y se establece la demanda por parte de la institución. Otra forma de establecer la demanda de atención a psicología es cuando los maestros o las familias la solicitan por alguna situación que les preocupa en relación con su proceso de constitución o en la relación con los otros pares o adultos. Al escuchar la demanda de atención se evidencia en sus descripciones el malestar de los niños y sus familias, malestar relacionado con aspectos constitucionales propios del niño, con el modo como establecen lazos sociales y con problemáticas propias del aprendizaje. Padres y docentes observan en los infantes baja autoestima, curiosidad frente a su sexualidad, dificultad en la expresión de sentimientos, dificultad para adaptarse a los cambios que se presentan en el espacio escolar y en el familiar, altos niveles de angustia por miedos o temores, tristeza por duelos causados por pérdidas o separación de padres, y niños medicados por diagnósticos psiquiátricos, como déficit atencional o hiperactividad. En lo que respecta a las relaciones interpersonales, observan en los niños dependencia del adulto, dificultad para establecer vínculos entre pares y adultos, presión grupal o acoso escolar, y dificultades para asumir normas, límites y autoridad. Finalmente, están las dificultades en el proceso de aprendizaje, las cuales surgen por la preocupación del Otro social (padres, docente, etc.) sobre

el nivel de atención, concentración, memoria y hábitos de estudio en la casa y en el colegio, que afectan los resultados académicos.

Adicionalmente, se observa la preocupación de algunos padres en el sentido de que sus hijos sean adultos autónomos o, en su defecto, niños que se acoplen a la demanda del adulto y refrenen su *quantum* pulsional, su "curiosidad infantil". ¿Qué niño no es inquieto? Sin embargo, el adulto y la premura de la época no disponen de tiempo, ni de paciencia. A cambio de su presencia, atiborran al niño con la "papilla tecnológica", como lo denomina Miller (2011).

Al momento de decidir lo que les van a comprar a sus hijos, la posición del adulto frente a las tendencias del mercado no es contundente. Se ofrecen artículos y servicios para adolescentes o adultos y en lugar de reconocer esta realidad eligen las tendencias del mercado.

Hoy es común ver niños con celulares, tabletas, *iPod,* portátiles, internet a su libre disposición y cuentas en alguna red social, objetos que no podrían ser posibles sin el respaldo de los adultos responsables de su crianza. Los niños acceden a las propuestas de los medios de comunicación (novelas, *realitys*, etc.), en las que se recrean vivencias de la realidad con la anuencia de los adultos, quienes equivocadamente creen que los infantes están preparados para "conectarse" con los medios de comunicación sin necesidad de su orientación. Sin embargo, la realidad nos dice lo contrario. Prueba de ello son los temores nocturnos que agobian a los niños y problemas de enuresis, dislexia, hiperactividad, etc.

Entonces, a pesar de la papilla tecnológica que atosiga al niño, él sigue insistiendo. La pregunta desesperada de los padres en el sentido de quiere el niño se traduce en términos lacanianos en *che moui?* (¿qué me quiere?). Esto conduce a la problemática de la necesidad, demanda y el deseo porque toda demanda del niño es demanda por un signo de amor. Freud aborda la triada necesidad-demanda-deseo conocida como primera vivencia de satisfacción, momento inaugural del aparato psíquico del cual se desprende un objeto que queda irremediablemente perdido constituyendo así el deseo. Esta es una de las formas de concebir la constitución del aparato psíquico, abordada por la teoría psicoanalítica desde otras perspectivas, lo que Freud llama la construcción del aparato psíquico o constitución del yo, y que Lacan designaría como constitución subjetiva.

La constitución subjetiva es una temática extensa y difícil de trabajar desde la visión psicoanalítica, razón por la cual en el presente trabajo se exponen de forma breve tres concepciones que se pueden retomar en la obra freudiana y lacaniana.

La intención es llevar a cabo una revisión conceptual a partir de Freud y Lacan alrededor de la constitución subjetiva. En este sentido, se plantea la siguiente pregunta: ¿cuál es la elaboración conceptual de Freud y Lacan en torno a la constitución subjetiva? Al ser este trabajo una primera aproximación a la constitución subjetiva, esta se aborda desde tres perspectivas. La primera se relaciona con lo que Freud conceptualiza en la primera vivencia de satisfacción, que en Lacan corresponde a la triada necesidad-demanda-deseo. La segunda hace referencia a lo que Freud (1914) designa como la construcción del yo y la construcción del cuerpo, hipótesis que Lacan retomaría posteriormente bajo el concepto del estadio del espejo. Finalmente, se retomará la identificación sexuada en relación con el complejo de Edipo.

Al corriente de lo anterior, el propósito del presente trabajo es hacer una revisión conceptual de la constitución subjetiva en Freud y Lacan a partir de tres aproximaciones específicas en las que se constituye el deseo, el yo y la identificación sexuada. Por supuesto que las temáticas estudiadas dan cuenta de otras constituciones fundamentales, como la constitución del cuerpo y la construcción del superyó como heredero del complejo de Edipo. Sin embargo, se ha delimitado el presente trabajo a estas tres cuestiones: constitución del deseo, constitución del yo y constitución de la identificación sexuada.

Con el fin de responder a este objetivo general y a la problemática del trabajo, se plantean los siguientes objetivos específicos: dar cuenta de la constitución del deseo de acuerdo con la triada necesidad-demanda-deseo; conceptualizar la construcción del yo a partir de lo que Freud conceptualiza en *Introducción al narcisismo* y que Lacan retoma en el estadio del espejo, y abordar la construcción de la identificación sexuada a partir del complejo de Edipo según la sistematización de Lacan en relación con los tres tiempos del Edipo.

La constitución del deseo

Freud (1950 [1895]), describe el funcionamiento del aparato psíquico y su relación con un enfoque cuantitativo. En uno de los apartados detalla la vivencia de satisfacción como una de las formas que utiliza Freud para conceptualizar la formación del aparato psíquico y aproximarnos a la problemática del deseo.

La vivencia de satisfacción evidencia el desvalimiento inicial del ser humano y toma cuerpo cuando un niño nace. El infante experimenta intensas sensaciones internas como hambre, frío, calor o la necesidad de satisfacer sus urgencias fisiológicas. Se trata de una “alteración interior” que convoca la cancelación del

estímulo y lleva al niño a una excitación que se manifiesta mediante diferentes movimientos corporales, respuesta que no necesariamente modifica su situación. Esta se transforma cuando recibe el auxilio de su madre o su cuidador quien le da un significado e interpreta el llanto del niño.

La "alteración interior" exige una acción específica para cancelar el estímulo. Para Freud "El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno…* El todo constituye entonces una *vivencia de satisfacción*, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo (Freud, 1950[1895], pp. 362-363).

Es en este momento cuando el niño reconoce en la relación con ese otro de quien recibe auxilio, la experiencia de satisfacción que le permite suprimir las respuestas a la excitación. A partir de su percepción, el niño reconoce las formas de satisfacer sus necesidades físicas, constituyendo así una imagen mnémica que se asocia a la huella mnémica de la excitación, las cuales surgen de la necesidad física interna y constituyen un aspecto esencial de esta experiencia. La huella mnémica da cuenta de la forma como se inscriben ciertos acontecimientos en la memoria. Esas huellas se depositan en diversas partes del aparato psíquico y persisten en el tiempo hasta ser reactivadas en determinados momentos.

Cuando el niño presente la "necesidad" nuevamente y surja esta "alteración interior", también a partir de la relación establecida, saldrá a flote un impulso psíquico que cargará la imagen mnémica relacionada con dicha percepción y hará que el niño reconstituya la situación de la primera satisfacción, impulso que Freud plantea como deseo. Sin embargo, el niño siempre desea revivir el primer objeto de satisfacción, pero este nunca será el mismo. El objeto de satisfacción se constituye como irremediablemente perdido.

Para Milmaniene –quien retoma a Freud– la subjetividad es el resultado del constante pero infructuoso anhelo del deseo en pos de su imposible satisfacción. Es así que se evidencia que el deseo es determinante no solo en los niños, sino también en toda la condición humana. El cumplimiento del deseo no se producirá jamás y ello garantiza la permanente actividad subjetiva y la incesante circulación de intenciones y proyectos existenciales. El deseo moviliza el aparato psíquico, razón por la cual "[…] deviene así, paradójicamente, motor de toda búsqueda del mismo objeto que lo causa" (Milmaniene, 1995, p. 18); es un objeto irremediablemente perdido.

El desarrollo conceptual que Lacan estableció de la triada necesidad-demanda-deseo se apuntala en lo que Freud conceptualiza como la primera vivencia de

satisfacción. Lacan hace una primera distinción entre necesidad y demanda, entre las cuales la necesidad está vinculada al organismo como tal, a la cría animal, al "cachorro humano". Pero a diferencia de la cría animal, el sujeto-niño es atrapado por el lenguaje. Desde el mismo momento en que nace inmerso en el mundo del lenguaje, su necesidad se vehiculiza mediante una demanda, que no se expresa por medio de un grito cualquiera, sino por un llamado dirigido a Otro. Tendlarz (2004) postula que "[…] el reino del instinto, de la demanda, queda perdido para el hablante puesto que la necesidad se metaforiza en demanda. La demanda metaforiza la necesidad, sin recubrirla por completo. El resto de esta operación es el deseo" (p. 36).

El deseo no se reduce a la demanda; es la madre quien interpreta ese grito primordial como demanda de algo, por ejemplo, alimento. Lacan plantea al respecto dos estatutos de la demanda: la demanda en cuanto articulación de significante y la demanda de amor. La primera hace referencia a la interpretación del Otro primordial de la necesidad. Sin embargo, la demanda de amor no es la demanda de un determinado objeto, sino la demanda de nada. Miller (2011) señala: "Quienes encarnan el Otro para el niño debe saber darles nada; el problema son las ideas preconcebidas que el Otro tiene acerca de las necesidades del niño" (p. 242).

Algunos padres interpretan que el niño necesita estar ocupado continuamente en actividades pedagógicas o lúdicas que contribuyan al desarrollo de su personalidad. Sin embargo y de manera paradójica, estos mismos niños son los casos especiales que terminan en el consultorio de psicología de la institución educativa. Miller indica que

> *[…] si el Otro, en lugar de dar nada, atiborra [al niño] con la papilla asfixiante de lo que tiene, es decir confunde sus cuidados con el don de su amor, entonces el niño reestablece por otros medios el lugar de la nada (p. 242).*

Y pone como ejemplo la fuga –los *actings out*– como medio para reestablecer el lugar de la nada. Si hay una pedagogía lacaniana, ella consiste en recordar que nada es más saludable que la "nada". Es preciso que la madre no atosigue al niño con objetos específicos sino que le dé su propia falta. El niño quiere tan solo un signo de amor, un signo de la presencia de ese Otro materno que desea. Si la madre atiborra al niño con objetos, aniquila el deseo en cuanto este se constituye a partir de un objeto irremediablemente perdido; se constituye a partir de una falta. El deseo es irreductible a la demanda, no se articula con palabras y esconde un carácter incondicional y absoluto. Si la madre da su propia falta, garantiza, entre otras cosas, el lugar de deseo. Si a la madre le falta algo,

es posible que este niño advenga como objeto de deseo. ¿Qué quiere el niño? Ser aquello que la madre desea.

La constitución del yo

Freud (1914) admite que en un comienzo no está presente una unidad comparable al yo; el yo debe ser desarrollado. Nuevamente encontramos la idea de un sujeto por nacer en el campo del Otro. El médico vienés plantea que en el organismo hay libido, pero esta debe transferirse a los objetos del mundo exterior para que una relación de objeto y una construcción de la realidad sean posibles. Sin embargo, las pulsiones autoeróticas son iniciales y al autoerotismo debe agregársele una nueva acción psíquica para que el narcisismo se constituya, dando así origen al yo del narcisismo primario. Una vez se configura, es posible establecer una relación de objeto; vale decir, lo que Freud denominará psiconeurosis de transferencia. Sin embargo, hay quienes no transfieren la libido a los objetos sino que esta se acumula en el propio yo. A estas personas les corresponde la nosología de psiconeurosis narcisísticas, dentro de las cuales encontramos la parafrenia, la paranoia y la psicosis en general que para los psicóticos se constituye el yo. En efecto, para la teoría psicoanalítica la psicosis reside en un yo fragmentado y de lo que se trata es de constituir un yo unificado. En las psiconeurosis de transferencia lo que se da es un yo unificado con capacidad de establecer una relación de objeto.

El narcisismo primario se define, entonces, como la investidura de la libido en el yo que Freud opone al amor objetal, en que la es investida en objetos. La investidura de la libido en el yo es la libido acumulada en el amor por uno mismo que encuentra en su interior todas las fuentes de placer. Sin embargo, en el transcurso de la vida una parte de la libido se dirige hacia objetos externos, lo que da lugar a la relación de objeto.

Por consiguiente, Freud propone la vida amorosa como una entrada al estudio del narcisismo cuando el niño y el adolescente eligen, a partir de sus vivencias de satisfacción, sus objetos sexuales. “Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas,y solo más tarde se independizan de ellas” (Freud, 1914, p. 84). La persona encargada del cuidado del infante se transforma en el primer objeto sexual, elección que Freud denomina apuntalamiento anaclítico. Se entrevé en esta elección lo que el psicoanálisis conceptualiza como el complejo de Edipo: se ama al Otro primordial que cuidó de mí. Sin embargo, Freud también propone la posibilidad de que el niño, en su desarrollo libidinal, haya vivido una perturbación en la que la elección de

objeto de amor no se realiza según la persona encargada del cuidado, sino que se busca a sí mismo como objeto de amor (elección de objeto narcisista).

Freud es enfático en afirmar que el niño prefiere el tipo de apuntalamiento o el tipo narcisista para la elección de objeto, por lo tanto tiene dos objetos sexuales originarios: la persona que lo cuidó y él mismo, y aclara que hay diferencias entre hombres y mujeres en su relación con el tipo de elección de objeto. La constitución del yo unificado permite, en primera instancia, diferenciarla de la psicosis; y en segunda instancia, plantear la posibilidad de establecer el lazo social y el amor objetal. De allí la importancia de revisar la constitución subjetiva a partir de *La introducción al narcisismo*.

Freud desarrolla en este texto lo que Lacan retomaría luego en el estadio del espejo". Es el primer aporte oficial a la teoría psicoanalítica que tomaría cuerpo en la producción lacaniana a medida que lo retomaba en sus seminarios y los reelaboraba en diferentes contextos.

Según el *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* de Dylan Evans, el concepto de estadio del espejo representa un aspecto fundamental de la estructura de la subjetividad. Se diferencian dos momentos en su conceptualización. El primer momento es esbozado por Lacan entre 1936 y1949 y plantea una etapa del desarrollo del niño que comienza a los seis meses y finaliza a los dieciocho. El segundo momento se da a partir de 1950, cuando Lacan lo establece no como una experiencia evolutiva del niño, sino que le da un valor estructural. Evans, apoyado en Lacan, propone que el estadio del espejo es un fenómeno al cual se le asigna un doble valor: como valor histórico al señalar un momento decisivo en el desarrollo mental del niño, y como relación libidinal esencial con la imagen del cuerpo. Para examinar la conceptualización del estadio del espejo se tendrá en cuenta el segundo momento, pues en él se puede ver cómo Lacan enfatiza el valor estructural del estadio del espejo en la castración del yo.

Lacan presentó el estadio del espejo "[…] como una identificación en el sentido pleno [...] la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo *imago*" (Lacan, 1949, p.100).

El niño en la etapa de lactancia, sin dominio para caminar o estar de pie sin soporte, cuando observa su imagen en el espejo asume este momento con gran júbilo. Ciertamente un bebé carece de coordinación motora, pero su sistema visual no se encuentra en el mismo nivel pues puede reconocerse en el espejo sin haber alcanzado el control de sus movimientos. El infante observa su pro-

pia imagen en el espejo como un todo unificado, en contraste con la falta de coordinación que siente en relación con el cuerpo cuerpo. El estadio del espejo ocasiona una tensión agresiva entre el niño y su imagen porque la completud de esta amenaza al niño con la fragmentación. Como vía para resolver esta tensión, el niño se identifica con la imagen especular constituyendo así su yo ideal, tronco de la identificación secundaria, identificación que, en últimas, va a ser sancionada por el Otro que lo cuida. A este proceso Lacan lo denomina identificación primaria, es constituyente del yo y alude a lo que Freud distingue como "acto psíquico". Para que el narcisismo se constituya, es necesario añadir al autoerotismo un nuevo acto psíquico, el cual deviene en la identificación primaria: la identificación al rasgo unario.

Para Lacan, el momento de la identificación primera se da cuando el niño asume su imagen como propia, momento de júbilo al conllevar una sensación imaginaria de dominio. Después de este momento, el niño vuelve la cabeza hacia ese adulto que representa al gran Otro y sanciona que esa imagen unificada es él mismo. De este modo se constituye un yo unificado contrario a las pulsiones parciales autoeróticas del cuerpo fragmentado.

El estadio del espejo posee un valor estructural para Lacan porque da cuenta de una constitución subjetiva que posibilita el lazo social. En la medida en que se instaure la identificación primaria gracias a una sanción del Otro, la tensión agresiva imaginaria se resuelve. De ahí la importancia de la presencia de un Otro en la escuela que les permita a los niños resolver esa tensión imaginaria y tener la ilusión de que el otro especular está completo.

Identificación sexuada

Larrahondo (2012) señala que la primera parte de la teoría freudiana indica que la base de todo síntoma y de toda patología y estructuración psíquica, aparecen en lo que en un primer momento se conceptualiza como vivencia sexual infantil traumática, pero que posteriormente se concreta como fantasía inconsciente de contenido sexual. Freud sustituyó la expresión "vivencias sexuales infantiles traumáticas" por "fantasías de contenido sexual".

Para el psicoanálisis, la sexualidad infantil indica los modos de goce fijados en la primera infancia que el síntoma repite como manera de gozar. En *Tres ensayos de la teoría sexual* (1905) y en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909), Freud postula la presencia de una disposición perversa polimorfa en el niño que no requiere la seducción de un adulto para despertar. Ya no se trata de una

vivencia sexual infantil traumática en la el padre seduce a la niña y manifiesta un deseo sexual ella, sino que es la niña misma la que desea estar con el progenitor. De este modo, Freud se va aproximando teóricamente al complejo de Edipo.

Según el psicoanálisis, el complejo de Edipo es la representación inconsciente por medio de la cual se expresa el deseo amoroso del niño hacia el progenitor del sexo opuesto. Freud encuentra que en los varones este complejo sucumbe cuando interviene la ley del padre y cuando se topa con la diferencia anatómica de los sexos. Evidencia que la madre no posee un falo y recuerda la amenaza proferida de castración impele al niño a temer la pérdida de su falo. La niña, al toparse con la diferencia anatómica de los sexos, se da cuenta de inmediato de que carece de falo y sabe dónde buscarlo: en el padre. La niña entra al complejo de Edipo por el complejo de castración.

Lacan sistematiza el Edipo freudiano en lo que se conoce como los tres tiempos del Edipo. En el primer tiempo, el niño desconoce la castración materna y solo evidencia que la madre tiene un deseo que va más allá de él, y él, a su vez, quiere satisfacer el deseo de su madre. Si la madre desea el falo, el niño se identifica a él para serlo. Como se dijo anteriormente, el niño quiere *ser* aquello que la madre desea. En el segundo tiempo, el padre interviene y priva a la madre del objeto fálico niño y castrando al niño de su madre. El padre interviene en con un doble mensaje, pues por un lado enuncia "no te acostarás con tu madre" y, por el otro ordena "no reintegrarás tu producto". La intervención del padre se dirige para imponerle la ley al deseo de ella. Pero para que esta privación se instaure se necesita que las palabras y las acciones de la madre respeten la ley que él impone. En el tercer tiempo se encuentra la salida del complejo de Edipo. El padre interviene como "[…] el que tiene el falo y no como el que lo es, por lo cual se produce el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre y no solo como objeto del que el padre puede privar" (Lacan, 1957-1958, p.199). En este tercer tiempo el niño pasa de *ser* el falo de la madre a la posibilidad de *tenerlo*. Entonces, el niño se identifica con quien tiene el falo –el padre– con la promesa de usarlo en un futuro con mujeres que no sean su madre. En la niña el asunto es más complejo, pues la niña entra al complejo de Edipo por el complejo de castración. La niña sabe que no tiene el falo, por lo cual se dirige a quien lo tiene, a saber, el padre. Sabe lo que quiere y dónde buscarlo. Ahora bien, para poseer el falo, la niña ha de ser el falo para el hombre; es decir, ser el objeto de su deseo. De igual forma, en este tercer tiempo del complejo de Edipo el niño traspasa la angustia de *ser* el falo de la madre y

pasa a la identificación con el padre. Con base en los textos de Freud, Lacan establece que el superyó se forma a partir de ésta identificación.

De esta forma, el complejo de Edipo es la conquista del orden simbólico; es decir, de la ley y su una función normativa. Por lo tanto, "[…] el complejo de Edipo es esencial para que el ser humano acceda a una estructura humanizadora de lo real" (Lacan, 1955-1956, p. 198). El "no" que instaura el padre del Edipo designa prohibiciones pero también posibilidades.

Lacan condensa los tres tiempos del Edipo en una metáfora que denomina metáfora paterna. Esta comienza con lo enigmático del deseo materno (DM). El niño observa que la madre tiene un deseo enigmático y en ocasiones caprichoso, que la hace ir y venir. Se pregunta entonces, qué quiere la madre, cuya respuesta solo será posible si interviene el padre simbólico como cumplidor de la función simbólica de la ley. A este padre simbólico Lacan lo conceptualiza como nombre del padre y en la metáfora paterna el deseo de la madre (DM) es sustituido por el nombre del padre (NP). El padre es un significante que sustituye a otro significante.

Padre . Madre

Madre *x*

El padre corresponde, entonces, al significante del nombre del padre, el cual se constituye en primordial porque su inscripción en el aparato psíquico es determinante en la estructura. La madre corresponde al deseo de la madre y representa su presencia y su ausencia de ella. El DM implica que su deseo no se deposita completamente en el niño. La *x* corresponde a la incógnita del deseo materno.

Por consiguiente, la escritura M/*x* indica que no hay relación directa entre el niño y el padre, sino que la relación está metaforizada por el deseo de la madre, un deseo caprichoso y sin ley que deja al niño en estado de desamparo emocional. Una vez se constituya la metáfora paterna, el niño podrá dar una significación al deseo de la madre en términos fálicos.

El complejo de Edipo y su consecuente complejo de castración, son importantes en la medida en que posibilitan la identificación con el tipo ideal de su sexo, permiten resolver el problema de qué hacer con el otro sexo, responden a las situaciones que se presentan en la pareja e incluso, dan al hijo un valor fálico y lo instauraran en la dialéctica del deseo.

Conclusiones

De acuerdo con el objetivo general de este trabajo se concluye lo siguiente.

Para Freud, la primera vivencia de satisfacción es esencial en la estructuración del aparato psíquico, pues en ella se instaura el deseo como motor de la actividad psíquica. La triada necesidad-demanda-deseo distingue al sujeto de la cría animal. El sujeto no nace siendo sujeto, sino que se constituye en un mundo del lenguaje. La necesidad queda apresada en los significantes que la transforman en demanda de un objeto específico. Sin embargo, Lacan descubre que más allá de la demanda se encuentra la demanda de amor. De lo que se trata es de una demanda por un signo de amor.

La constitución de un yo unificado da cuenta de la transferencia libidinal que se les deposita a los objetos. Una vez el yo está constituido, se inaugura la posibilidad del lazo social, que en términos freudianos sería la relación de objeto. Lacan complementa lo planteado por Freud en el estadio del espejo al postular que lo que Freud nombró como acto psíquico él lo concibe como identificación primaria, la cual es sancionada por una tercera instancia: el Otro. La novedad de Lacan radica en que la sanción del Otro pacifica los lazos tensionantes que se construyen en el mundo imaginario.

El complejo de Edipo y el complejo de castración introducen al sujeto en una identificación sexual a partir de la cual encontrará respuestas a los enigmas que se le presente en la relación con el *partenaire* y la paternidad.

En conclusión, la constitución subjetiva en la teoría freudiana y lacaniana determina un proceso de continua estructuración y establece que la condición de constitución subjetiva es una ilación constante en el entramado del niño en la relación con el Otro. Aunque la constitución subjetiva está en continuo desarrollo, es evidente que en un primer momento se configuran las estructuras clínicas.

En cuanto al malestar infantil, este se puede repensar en el contexto escolar. Considerar como casos especiales aquellos niños que no alcanzan los desempeños esperados en algunas áreas del conocimiento, es inapropiado e indica interpretación equivocada del concepto. Todos los niños son casos, pero no son especiales. Dada su singularidad, cada niño es único y está inmerso en un deseo insatisfecho. ¿Cómo nombrar a los niños que demandan que el Otro les escuche su malestar y no estimar la dificultad como un factor que los señala como especiales, sino como movilizador de su aprendizaje? Su deseo se constituye en lo que no les permite ajustarse a los estándares de desempeño, pero ¿qué hacer con ese deseo? Sin embargo, el deseo moviliza el proceso de aprendizaje

y pone en evidencia el desencuentro entre adultos y niños, por la dificultad de los primeros para analizar lo que desean de él.

La respuesta del analista es establecer un encuentro con los niños en el espacio escolar, escuchar la singularidad de su historia así como su su malestar y preocupación en relación con el proceso de constitución. La preocupación del adulto es paralela a la de los niños; es decir, no se da en el ámbito educativo, pero también posee unas singularidades. Sus preocupaciones trascienden la dimensión del aprendizaje de los saberes del conocimiento y se instituyen en el acontecer de las relaciones dialógicas que se establecen entre los niños con sus pares y los adultos. De allí que la apuesta del presente artículo fue en indagar cómo constituyen los niños a nivel subjetivo la distinción entre necesidad, demanda y deseo, dando lugar así no solo a la constitución del yo, sino también a la de la novela edípica, fundamental al momento de la escucha. El niño nombrado existe antes de nacer, como lo plantean Freud y Lacan, pero él en cuanto sujeto tiene que advenir.

Bibliografía

DYLAN, E. (2003). "Estadio del espejo". En: *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* Buenos Aires: Paidós.

FREUD, S. (1914). "Introducción al narcisismo". En: *Obras completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

_____. (1950[1895]). "Proyecto de psicología". En: *Obras completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan J. (1955- 56), *El Libro. Seminario 3, Las Psicosis* Buenos Aires: Paidós.

_____. (1957- 1958). "Los tres tiempos del Edipo". En: *Seminario V La formación del inconsciente* (pp199). Buenos Aires: Paidós. 2002.

LARRAHONDO, M. (2012). "Clase 1: el niño, sujeto de un orden simbólico". En: *Clínica psicoanalítica con niños*. Tomado de: http://www.comunidadrussell.com.

MILMANIENE, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Paidós.

MILLER, J. (2011). "Demanda de incondicional". En: *Donc, la lógica de la cura,* (p. 242). Buenos Aires: Paidós.

TENDLARZ, S. (2004). *¿De qué sufren los niños?*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Interés superior del niño: consideraciones sobre la subjetividad en los programas de protección

Luz Amparo Mantilla y Manuel Alejandro Moreno

Este artículo se propone profundizar en el principio del interés superior del niño a partir del análisis de la legislación atinente a la protección a la infancia, a partir de una exploración de las diferentes concepciones que el discurso jurídico maneja sobre la noción de niño. Este discurso orienta el diseño de políticas públicas y es un referente para la producción de conceptos y sentencias judiciales cuyo propósito es el desarrollo pleno e integral de los niños, niñas y adolescentes. El *Código de Infancia y Adolescencia* se fundamenta en el interés de que los niños logren su "[…] pleno y armonioso desarrollo en el seno de la familia, en un ambiente de felicidad, amor y comprensión, lo anterior en la prevalencia del reconocimiento a la igualdad y la dignidad humanas y sin discriminación alguna" (Ley 1098 de 2006).

Para abordar la cuestión que nos atañe, es necesario precisar algunos puntos sobre el principio mencionado. La *Convención sobre los Derechos del Niño* establece lo siguiente: "[…] Todas las medidas concernientes a los niños que tomen las instituciones públicas o privadas de bienestar social, los tribunales, las autoridades administrativas o los órganos legislativos, una consideración primordial a que se atenderá será el interés superior del niño" (p. 4). A partir de la Convención de Ginebra se gesta una nueva concepción de niño en la que el

infante pasa de ser un objeto de los adultos a ser un sujeto de derechos. Como lo plantea Imbriano (2012), los niños "[…] pasan a ser concebidos como ciudadanos de derechos y con la capacidad de exigir y demandar el cumplimiento de esos derechos" (p. 45). Así mismo, fue a partir de dicha convención que se cimentaron los pilares para la creación del *Código de Infancia y Adolescencia* en el 2006 en nuestro país.

Es de aclarar que desde 1989 regía el *Código del Menor*, vigente hasta el año 2005. Esta norma tenía por objeto "[…] consagrar los derechos fundamentales del menor" y "[…] determinar los principios rectores que orientan las normas de protección al menor" (Decreto 2737 de 1989). De esta manera, el *Código de Infancia y Adolescencia* representa un avance en la conceptualización del derecho en la medida en que plantea una nueva noción de niño que abre las puertas hacia una reflexión conducente a la subjetividad y al reconocimiento de un sujeto.

Una de las diferencias estructurales entre el *Código del Menor* y el *Código de Infancia* radica en la forma de concebir al niño. En el primero, las personas entre cero y dieciocho años eran consideradas menores dependientes del Estado y debían salvaguardarse de toda acción de violencia, explotación, abandono o pobreza, dada su minusvalía e incapacidad para defenderse. Por otro lado, el *Código de Infancia y Adolescencia* modifica cambia el término de menor por el de niño, dándole así la connotación de persona autónoma e independiente a quien se le debe garantizar una protección integral, amén de todos los derechos consagrados en los estatutos jurídicos internacionales (Linares y Quijano, 2005).

Ahora bien, explorar la concepción de niño desde la perspectiva jurídica implica reconocerlo como sujeto de derechos y en esa dirección la familia, la sociedad y el Estado deben movilizarse para garantizar la protección que requiere, dando así cumplimiento a lo ordenado por la Constitución Política en el artículo 44, referido a los derechos fundamentales de los niños, los cuales, a su vez, prevalecen sobre los derechos de los demás. Lo anterior se enmarca en el principio del interés superior del niño, definido por el *Código de Infancia y Adolescencia* como el "[...] imperativo que obliga a todas las personas a garantizar la satisfacción integral y simultánea de todos sus derechos humanos, que son universales, prevalentes e interdependientes" (Ley 1098 de 2006).

De acuerdo con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), el principio del interés superior del niño busca su bienestar, por lo que cada caso que involucre un infante se debe tomar como único, con el fin de respetar su la singularidad. En este sentido, cabe preguntarse si instituciones

como la familia, la sociedad y el Estado, en su intento permanente por garantizar una satisfacción plena y total de las necesidades de los niños, contribuyen a la negación de la constitución de un sujeto deseante. Vale la pena, entonces, analizar las implicaciones en la subjetividad de la premisa del interés superior del niño a partir de las categorías psicoanalíticas.

El psicoanálisis plantea una posición específica frente a la constitución de un sujeto deseante, la cual no tiene una correspondencia directa con la concebida por el discurso jurídico. Por lo tanto, para analizar la premisa en cuestión desde la perspectiva de la singularidad de la subjetividad, a lo que se añade el intento por desarrollar un trabajo ético acorde con lo que interesa a los psicólogos y a la perspectiva clínica, se debe tener en cuenta el diálogo entre las categorías jurídicas y las categorías psicoanalíticas.

Para ello, se abordarán en este escrito los siguientes puntos. En primer lugar, se examinará la actual concepción del niño para establecer un paralelo entre el niño como sujeto de derechos y el niño planteado por el discurso psicoanalítico. En segundo lugar, se indagará acerca de la manera como el psicoanálisis considera la constitución del deseo a partir de sus relaciones con la ley, sobre la base de la premisa del interés superior del niño y sus aspiraciones de satisfacción plena. Por último, se hará una revisión descriptiva de algunas prácticas de aplicación del interés superior del niño y unas observaciones críticas respecto de sus efectos en la realidad del caso a caso, vivida en el ejercicio profesional como psicóloga en un centro zonal del ICBF.

Del niño como sujeto de derechos al niño como sujeto en el discurso psicoanalítico

Para empezar, es primordial hacer un recorrido histórico hasta llegar a la concepción actual de niño contemplada en el discurso jurídico. La declaración de Ginebra de1924 reconoció a los niños como poseedores de derechos, y en este sentido se les debe proveer de los mecanismos para que gocen de un adecuado desarrollo material y espiritual y asistirlos cuando se encuentren en condición de enfermedad, abandono, orfandad o hambre. Así mismo, el infante será el primero en recibir socorro cuando se encuentre en situación de calamidad, será protegido contra la explotación laboral y económica y se le debe garantizar una educación que le instaure un sentido social y solidario.

En 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la *Declaración de Derechos Humanos*, cuyo artículo 25 refiere que la infancia tiene "[…] dere-

cho a cuidados y asistencia especiales" y en esa misma dirección, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó en 1959 la *Declaración de los Derechos del Niño* Considerando sobre la base de que este, por su falta de madurez física y mental requiere protección y cuidados especiales y la debida protección legal tanto antes como después del nacimiento:

> *El niño gozará de una protección especial y dispondrá de oportunidades y servicios, dispensado todo ello por la ley y por otros medios, para que pueda desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente en forma saludable y normal, así como en condiciones de libertad y dignidad. Al promulgar leyes con este fin, la consideración fundamental a la que se atendrá será el interés superior del niño* (artículo 2).

Por su parte, la Convención sobre los Derechos del Niño (1989) establece lo siguiente:

> *En todas las medidas concernientes a los niños que tomen las instituciones públicas o privadas de bienestar social, los tribunales, las autoridades administrativas o los órganos legislativos, una consideración primordial a que se atenderá será el interés superior del niño* (art. 3, párr.1) .

En ese mismo año comenzó a regir el *Código del Menor*, que como se mencionó anteriormente, concretaba a las personas de menos de dieciocho años de edad con el término de "menores". Finalmente, en el 2006 se promulgó en Colombia el *Código de Infancia y Adolescencia* que diferencia a los niños y los adolescentes de la siguiente manera: "Se entiende por niño o niña las personas entre cero y doce años y por adolescente las personas entre doce y dieciocho años de edad". De igual manera, le da al niño la connotación de sujeto de derechos, con igualdad de condiciones frente a los adultos pero sujeto de una atención especial por su condición.

De esta manera los niños pasan de ser considerados como menores a ser reconocidos como sujetos de derechos de los que también gozan las personas adultas, los cuales están consagrados en la Constitución Política, descartando así toda concepción de inferioridad. Sin embargo, de acuerdo con el concepto jurídico emitido por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (2010) "[…] se los considera como seres vulnerables y por lo tanto son los sujetos más importantes en el ordenamiento jurídico".

De este modo, concebir al niño como sujeto de derechos desde el campo jurídico, implica reconocer la noción del interés superior del niño, principio que con la *Declaración de los derechos del Niño* (1959) adquiere una importancia jurídica de consideración, pues con base en él se generan las legislaciones actuales y se

toman las decisiones respecto de la garantía de los derechos de los niños, niñas y adolescentes.

De acuerdo con la sentencia T-510 de 2003 de la Corte Constitucional, este principio consiste en que "[…] al menor se le debe otorgar un trato preferente, acorde con su caracterización jurídica, en tanto sujeto de especial protección, de forma tal que se garantice su desarrollo integral y armónico como miembro de la sociedad".

De igual manera, en sentencia T-844 de 2011 la misma institución refiere:

> *Acerca de los criterios jurídicos que deben observarse para aplicar en concreto el principio del interés superior de menores de dieciocho años, en la jurisprudencia de esta Corporación se han establecido los siguientes: (i) el principio del interés superior de los niños, las niñas y los adolescentes se realiza en el estudio de cada caso en particular y tiene por fin asegurar su desarrollo integral; (ii) este principio, además, persigue la realización efectiva de sus derechos fundamentales y también resguardarlos de los riesgos prohibidos que amenacen su desarrollo armónico. Estos riesgos no se agotan en los que enuncia la ley sino que también deben analizarse en el estudio de cada caso en particular; (iii) debe propenderse por encontrar un equilibrio entre los derechos de los padres o sus representantes legales y los de los niños, las niñas y los adolescentes. Sin embargo, cuando dicha armonización no sea posible, deberán prevalecer las garantías superiores de los menores de dieciocho años. En otras palabras, siempre que prevalezcan los derechos de los padres, es porque se ha entendido que ésta es la mejor manera de darle aplicación al principio del interés superior de los niños, las niñas y adolescentes.*

Lo anterior da una idea en relación con la concepción de niño como sujeto planteada con base en el discurso jurídico, en la que más allá de garantizar una plena satisfacción de los derechos se trata de "[…] encontrar una solución en la cual se haga el menor daño posible al niño" (Carmona 2012, p. 122).

A su vez, para comprender el lugar que ocupa el niño en el discurso psicoanalítico, Pelliza (2013) plantea una concepción a partir de las consideraciones de Freud (1914), quien concibe al niño instalado como objeto del deseo de los padres y se refiere a aquel como *his Majesty the Baby* para señalar la función que cumple en la relación con sus padres y expresar su lugar en cuanto "debe cumplir los irrealizados deseos de sus padres" (Freud 1914 p. 88); es decir, hace alusión a un niño privilegiado que inmortaliza el narcicismo de los padres. Freud denota un niño cuyo desarrollo está influido por los sueños que los padres no pudieron llevar a término. De igual manera, alude al niño como perverso polimorfo con

un marcado interés en la sexualidad, argumentando de esta manera la existencia de pulsiones sexuales en los infantes (Freud, 1915).

En los adultos se denomina perverso lo que diverge de lo normal en los siguientes aspectos: 1. se traspasa la barrera entre las especies; 2. hay una transgresión del impedimento del asco; 3. se fracciona la barrera del incesto (la prohibición de buscar satisfacción sexual en parientes cercanos consanguíneos); 4. respecto de la identidad del sexo, y 5. por la trasferencia del papel genital a otros órganos y partes del cuerpo. El niño pequeño está libre de estos obstáculos, toda vez que estos se fundan en el curso del desarrollo y la educación. El niño

> *[…] no muestra asco alguno frente a lo excrementicio, sino que lo aprende poco a poco bajo el imperio de la educación; […] dirige sus primeros apetitos sexuales y su curiosidad a los seres más allegados y a quienes más ama por otras razones: padres, hermanos, personas encargadas de su crianza; por último, muestra lo que vuelve a irrumpir luego en la exaltación de un vínculo amoroso: no solo espera placer de los órganos sexuales, sino que muchos otros lugares del cuerpo reclaman esa misma sensibilidad […] El niño puede ser llamado, entonces, perverso polimorfo* (Freud, 1915, p. 195).

Esta afirmación controvirtió la evocación de la imagen del niño como inocente y feliz, lo cual desencadenó un rechazo social en su contra pues no era posible concebir al niño como poseedor de una sexualidad ya que solo en la pubertad o en la edad adulta se reconocía su aparición.

Ahora bien, en este artículo nos hemos referido a un niño como sustituto del narcicismo de los padres y a su vez como un perverso polimorfo según Freud. Al respecto, Carmona (2012) señala: "Un niño solo puede nombrarse en su relación con la sexualidad y, por tanto, con la dimensión pulsional" (p. 55). Es decir, no es posible aludir a una concepción del niño sin tener en cuenta sus primeras experiencias sexuales, las cuales devienen conscientes en el dispositivo analítico. Por su parte, López (1999) establece: "El encuentro del sujeto con su sexualidad es un evento traumático cuyas huellas marcan de una manera particular la subjetividad, por lo cual sus efectos se prolongarán a lo largo de su existencia" (p. 10).

De acuerdo con Lacan, el niño es nombrado desde antes de su nacimiento y estructurado como sujeto a partir de su relación con el Otro, cuya relación solo es posible a través del lenguaje. De igual manera, nombrar al niño como sujeto con base en la teoría lacaniana implica reconocerlo como sujeto del inconsciente, efecto de la interacción con el Otro a partir del lenguaje. En este sentido López (1999) determina:

> *El ser del niño emerge de esta manera, del discurso del Otro. De un Otro que significa los seres y las cosas e inscribe, a través del lenguaje en el interior del sujeto y de la sociedad los diversos sentidos en los cuales y por los cuales, el niño define una posición frente a sí mismo y a sus semejantes* (p. 1).

Sobre la base de los postulados freudianos que ubican al niño como poseedor de una carga pulsional, y de la concepción lacaniana que lo sitúa como sujeto del inconsciente que expresa su síntoma y malestar mediante el lenguaje, se estructuran otras categorías de análisis que abren la vía para reflexionar sobre la concepción del niño instalada en el Otro a partir del discurso jurídico. Frente a esta cuestión, Carmona (2012) plantea que "[…] la inscripción del niño en él [el discurso jurídico] se da en cuanto objeto posible de ser intervenido por la ciencia, definido por categorías universales, contable, predecible e incluso, silenciable" (p. 130). Ello contradice la definición que se gesta a partir del principio del interés superior, la cual fomenta el desarrollo de la autonomía y concibe un niño a quien se le debe escuchar con el fin de respetar su singularidad. La inscripción del niño en el discurso jurídico señalada por Carmona, conduce a pensar que si se concibe al niño de esa manera se pone en juego su subjetividad. Así, una lectura psicoanalítica de esta cuestión permite comprender que dicho interés superior se ubica, entonces, como el discurso de un Otro que da al niño la connotación de excepción frente a los demás, quien bajo el imperativo de satisfacción plena de sus necesidades corre el riesgo de negarse la posibilidad de desear, convirtiéndolo de esa manera en un ser inimputable para responder ante la ley.

Consideraciones sobre el deseo y la ley

Razonar la lógica del deseo como lo esencial en el ser humano, remite a la concepción psicoanalítica que plantea que el deseo es inconsciente y singular de un sujeto, que a su vez le permite evitar el goce. Al respecto, Milmaniene (1995) plantea:

> *La condición humana lleva la marca del fracaso de toda realización desiderativa, de forma tal que el cumplimiento del deseo no habrá de producirse jamás, lo que garantiza de modo absolutamente eficaz la permanente actividad subjetiva y la incesante circulación de intenciones y proyectos existenciales* (p. 17).

Es decir, el deseo es esencialmente inalcanzable y se caracteriza por la insatisfacción, lo que en últimas resulta provechoso para el sujeto puesto que le permite movilizarse en el intento de su consecución. Esta cuestión indica lo contraproducente que resulta el imperativo de satisfacción plena propuesto

por el discurso jurídico que le impide al niño percibirse en falta e insatisfecho, negándole así la posibilidad de constituirse en sujeto deseante. Al corriente de esta lógica, no es acallando al sujeto como se le permite movilizarse hacia la consecución de su deseo, ya que este es reconocido en la medida en que es nombrado. No obstante, en cuanto inconsciente, el deseo nunca se hará explícito en su totalidad mediante la palabra, pues en el inconsciente se encuentra el contenido no conocido. Esto es lo que Evans (1997) refiere cuando afirma que "[…] siempre que la palabra intenta articular el deseo, queda un resto, una demasía que excede a la palabra" (p. 68). Es justamente a partir de dicha imposibilidad de articular el deseo a partir de la palabra, que este se caracteriza por su insistencia. En cuanto imposible de nombrar, el deseo representa para el sujeto una búsqueda permanente.

Ahora bien, Lacan desarrolla el concepto de deseo planteando la importancia de no confundir los conceptos necesidad, demanda y deseo. Cuando alude a necesidad, resalta aquellas exigencias que el individuo requiere para su supervivencia, necesidad que deja de existir cuando se satisface, ya que opera en el orden biológico. Frente a la demanda afirma Lacan (1958) "[…] que algo de una necesidad pasa al medio del significante dirigido al Otro" (p. 90). Es decir, que el humano al experimentar en sus primeros años de vida alguna necesidad biológica, dependerá del Otro para satisfacerla. Ese Otro puede ser la madre o el padre y es quien transforma esa necesidad en demanda en la que desempeña un papel fundamental el lenguaje como transformador de la vida. Evans (1997) refiere al respecto: "La necesidad tiene que articularse como demanda" (p. 68). Cuando el niño llora y atrae la atención de su madre, la presencia del Otro cobra sentido en la medida en que satisface su necesidad movido por el amor hacia el niño. Frente a este proceso, Evans (1997) manifiesta que "[…] la demanda asume pronto una doble función: como articulación de la necesidad y como demanda de amor" (p. 68). Sin embargo, aunque el Otro proporcione lo que el niño requiere para satisfacer su necesidad, no le puede ofrecer ese amor incondicional que el infante aspira, produciendo con ello una insatisfacción y generando un resto que queda perdido y se convierte en la causa del deseo. Lacan se referirá a ese resto como el "objeto a"; es decir, un objeto de deseo inalcanzable también denominado objeto metonímico.

Lo anterior ilustra con claridad que el deseo está relacionado con una falta; es decir, con lo que el sujeto no posee. Por esta vía Lacan apuntará que "[…] el deseo humano es el deseo del Otro" (p. 235), fórmula ilustrada en el complejo de Edipo, pues lo que desea el niño es ser el falo de la madre (Perdomo, 2010). Es la madre, representada en este ejemplo como el Otro materno, quien instaurará

en el niño el lenguaje y los significantes, y ayudará a comprender que el niño es sujeto en cuanto está inmerso en el lenguaje, en el encuentro con el Otro.

Se ha definido el deseo como el motor que permite al sujeto existir, darle un sentido a su vida; pero también se ha dicho que su calidad de insatisfecho es una de sus cualidades. Milmaniene (1995) destaca que "[…] de consumarse el deseo, entraríamos en esa zona siniestra de goce, con el riesgo ya inevitable de la máxima disolución subjetiva" (p. 18). Es decir, se corre el riesgo de que el sujeto se entregue sin límite al goce del Otro, lo que sucede, por ejemplo, con los adictos.

Por su parte, para abordar la cuestión de la ley a partir del discurso psicoanalítico, debe traerse a colación un planteamiento de Lacan que postula que la ley es el conjunto de principios fundamentales instalados en el inconsciente del sujeto desde sus primeros años de vida y organizan su psique. Esta ley se da a partir de la relación que se establece con el Otro por medio del lenguaje.

Lacan introduce el nombre del padre, concepto mediante el cual abordará la función paterna como aquella que instaura la ley en el sujeto; sin embargo, es la madre quien la aprueba. En este sentido, Evans (1997) plantea:

> *El complejo de Edipo representa la regulación del deseo por la Ley. Es la ley del principio del placer, que le ordena al sujeto gozar lo menos posible, y de tal modo lo mantiene a una distancia segura de la cosa* (p.120).

Es decir, la metáfora paterna surge en relación con la función paterna, en la cual el padre, en el complejo de Edipo, tiene la tarea de separar a la madre de su hijo; en otras palabras, separar al niño del deseo incestuoso mediante la introducción de la ley.

En esta misma vía, Loray (2010) afirma:

> *La función del padre, separado este de la procreación en tanto genitor y de su presencia en el medio familiar es normativa. Esto puede pensarse en dos vertientes, en tanto normativiza, inscribiendo en el sujeto la norma, por lo cual representa en el Otro al Otro de la ley, ley fundante de prohibición del incesto, que determinará la estructura subjetiva. El fundamento del complejo de Edipo es que el padre ante todo prohíbe a la madre por lo que está ligado a la ley primordial de prohibición del incesto, el padre representa esta interdicción. Esta prohibición se realiza bajo amenaza de castración con lo que queda sellado el lazo esencial de la castración a la ley* (pp. 1-2).

Lo anterior da claridad frente a la función del padre simbólico y a la articulación entre el deseo y la ley. Empero, es preciso señalar que como consecuencia de no darse el proceso de articulación, el sujeto quedaría expuesto al goce. Es así como Ramírez (2007) señala que "[…] si no se encuentra el modo de anudar el deseo a la ley, se retorna al exceso de goce, que se realiza en el acto destructivo" (p. 26).

En este sentido, una articulación del deseo con la ley es posible a partir de la interpretación de que el padre, representado como la ley, prohíbe al niño el objeto que desea, lo que instituye a su vez al niño como sujeto deseante, pues como refiere Chaves (2005), "[…] no hay deseo si no hay prohibición" (p. 34).

En este orden de ideas, servirse de las categorías psicoanalíticas para sondear el principio del interés superior del niño en los programas de protección que operan bajo esta premisa, permite comprender que si bien el niño está en el centro de la ley y puede como sujeto acceder a la comprensión de esta normatividad, esta situación lo ubica en una posición de vulnerabilidad, pues se corre el riesgo de que al infante no se le brinde la oportunidad de desear, sino que a partir de la premisa de satisfacción absoluta se lo colme de todo cuanto él no ha deseado sin un límite, lo que llevaría a que todo cuanto se le ofrezca sea destruido por él e incluso traspase los límites de lo socialmente permitido.

De buenas intenciones: efectos perversos

Desde la perspectiva psicoanalítica, un imperativo categórico como es la satisfacción total sin límites conlleva profundas implicaciones psíquicas en los niños. Estas implicaciones están inscritas en las relaciones entre seres hablantes, en las cuales lo que prima, según Lacan, es la *no* relación sexual.

Gallo (2008) señala al respecto: "Cuando un niño integra en su vida psíquica el derecho superior como autorización de no límite, se creerá merecedor de prerrogativas y sin ningún deber" (p. 71). Es decir, niños que bajo este imperativo adoptan una actitud desafiante y evaden sus responsabilidades frente a la vida, generan en el discurso de los padres sentimientos de frustración y desesperación que intentan minimizar mediante la ayuda de un orientador profesional que les permita reafirmar su función parental. Esto se ha evidenciado en los niños que ingresan a programas de protección del ICBF, pero en el marco de la Ley de Infancia y Adolescencia y con el fin de garantizarles el derecho a una familia y a no ser separados de ella, son ubicados en su medio familiar, con seguimiento por parte del equipo técnico de la defensoría de familia.

Es así como en las demandas de las instituciones de protección efectuadas a través de los estudios de caso con las defensorías de familia, es notoria la preocupación por la rebeldía y hostilidad de algunos niños como respuesta ante la interacción con ese algo suministrado por otro, en el marco de la satisfacción total que él nunca deseó. Se trata de casos de niños que ante la demanda del Otro responden con problemas de comportamiento que requieren pronta intervención. Niños que, como lo afirma Gallo (2008), serán "[…] un amo insoportable cuya posición de goce será sostenida por el discurso de los derechos" (p. 78). Es decir, niños amos que según el parecer de Fryd (2013) "[…] son niños que no han sido bautizados por el significante amo. Algo falló en esa captura y por ello aparece el capricho, que no es nada más que la eficacia del capricho materno sin la mediación del padre" (p. 151).

En estos casos se podría pensar en una declinación del nombre del padre, en la que comanda un Otro representado por el discurso jurídico. En cuanto a los programas de protección, se evidencia que las entidades responsables de garantizarles una protección integral a los niños, niñas y adolescentes de este país, como son el ICBF y las comisarías de familia, han desempeñado el papel de gran madres nacionales en el sentido de madres colmadoras que obstruyen la posibilidad de la instauración de la ley del nombre del padre y no de madres que instalan al niño en el discurso de la ley del padre; es decir, que tienen en cuenta que lo mejor que le puede pasar a un niño es que se le instale en la ley. Para evitar la gestación de estos niños amos, los programas de protección operados por las mencionadas entidades deberían ejercer la función de una madre que instaure en el niño el discurso de la ley del nombre del padre.

Ahora bien, cuando no se opera desde el marco del imperativo de satisfacción plena, podrían resultar mejores consecuencias para los niños, ya que como lo plantea Zermatten,

> *[…] el hecho de no dar sistemáticamente la razón al niño es un factor de equilibrio: no sería deseable que el interés del niño fuera superior a cualquier otro interés y lo aventajase sistemáticamente. Esto fundaría la república de los niños, no en el sentido que Korzak lo entendía, sino en un sentido figurado en que el niño estaría puesto en un pedestal. Una posición tal sería contraria a la finalidad de la protección que se debe a los niños y provocaría irremediablemente la desaparición de los derechos del niño* (Zermatten, 2003, p. 8).

Es decir, una protección exacerbada de los niños puede ir en contra de su propio bienestar, pues podría contribuir a su destrucción sin habernos cuestionado como actores responsables de la garantía de sus derechos frente a la subjetividad; como

si con el hecho de proveer al niño de lo material se le facilitara un posicionamiento diferente frente a la vida o se le disminuyera su malestar y sufrimiento. Instalar al niño en este discurso puede traer consecuencias desfavorables para su integridad psíquica y no resultaría extraño que en nombre del imperativo de satisfacción plena, niños, niñas y adolescentes infringieran la ley. Gallo (2008) formuló este proceso inconsciente de la siguiente manera: "[…] abusa del otro que la legislación te protege" (p. 71). Esta paradoja se evidencia en el hecho de que niños que ingresaron a algún programa de protección, tiempo después se presentan como transgresores de la ley e integran como beneficiarios el sistema de responsabilidad penal para adolescentes si son mayores de catorce años, o reingresan a ICBF y dan reapertura al proceso administrativo de restablecimiento de derechos si tienen menos de esa edad.

No obstante, lo que ha mostrado la experiencia es que esos niños, niñas y adolescentes no se hacen responsables subjetivamente de sus actos. Como consecuencia de la satisfacción sin límite se patentiza la no existencia de una responsabilidad subjetiva frente a los hechos que enmarcan sus vidas, lo que convierte esos en niños en víctimas incapaces de responder por su misma historia de vida y los torna vulnerables ante la sociedad. Ello, sin duda, va en contravía de la instauración de un sujeto pleno de derechos ejercidos con responsabilidad.

A modo de conclusión

El niño es concebido a partir del discurso jurídico bajo la premisa del interés superior y se lo reconoce como sujeto cuyos derechos están por encima de los derechos de los demás; sujeto a quien se debe cuidar, proteger y colmar todas sus necesidades, lo que ha conllevado que las autoridades administrativas y judiciales tomen decisiones en el marco del interés superior del niño, donde lo que se evidencia en la práctica es la ausencia de la reivindicación subjetiva.

No obstante, no se trata de que el problema se articule a la premisa jurídica del interés superior, pues tal premisa es jurídicamente sostenible y además necesaria para la protección de los derechos de la infancia. Sin embargo, este trabajo demuestra cómo la proposición del interés superior, cuando se pone en práctica en los programas de protección para la infancia o en las decisiones de las diferentes autoridades administrativas, se equipara con un imperativo de satisfacción plena a los niños. Entre el imperativo de satisfacción plena y la premisa del interés superior hay una equivalencia práctica que no necesariamente tendría que sostenerse si las categorías con las cuales se analiza lo que es un niño fueran otras, lo que deja de manifiesto que en el esfuerzo por cumplir la premisa jurídica del

interés superior del niño se ponen en juego escalas de valores y moralidades de sujetos que representan a la ley, como es el caso de las defensorías de familia, las comisarías de familia y los directores de programas de protección.

Son esos sujetos quienes interpretan la premisa del interés superior tomando decisiones que equiparan de alguna manera esta premisa con un imperativo de satisfacción plena que implica pocas posibilidades de instaurar una ley en relación con los niños a los que está dirigida.

No se trata de que la premisa del interés superior sea errada, sino que las categorías a partir de las cuales se aplica conducen al riesgo del imperativo de satisfacción plena. Podría pensarse que a partir de ella se podrían gestar acciones prácticas dentro de los programas de protección que condujeran a que la premisa del interés superior del niño no estuviera equiparada al imperativo de satisfacción plena, sino que se tomaran decisiones que conducirían a la instauración de la ley, lo cual implicaría un cambio de categorías a partir de las cuales se piensa lo que es un niño y las razones con base en las cuales se toman las decisiones en las defensorías o comisarías de familia que afectan directamente a los niños y niñas de este país.

Bibliografía

ACNUR. (2007). *El interés superior del niño*. Hoja informativa sobre protección y cuidado. Recuperado de http://www.acnur.org./biblioteca/pdf/6074.pdf

CARMONA, D. (2012). *El olvido por lo infantil en la ficción jurídica del niño*. Medellín: Editorial L. Vieco e Hijas Ltda.

CHAVES, G. (2005). "Preguntar al psicoanálisis por la responsabilidad del sujeto". En: Revista Desde el jardín de Freud. No. 5, 2005, pp.286-303. Recuperado de http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/8419

Código de infancia y adolescencia. Ley 1098 del 8 de noviembre de 2006.

Código del menor. Decreto 2737 del 27 de noviembre de 1989. Recuperado de http://www.unicef.org.co/Ley/LN/01.pdf

Constitución Política de Colombia del 20 de julio de 1991.

Convención sobre los Derechos del niño. (1989). Recuperado de https://www.unicef.org/panama/spanish/convencion(3).pdf

Corte Constitucional de Colombia, sentencia T-510 de 2003. Magistrado ponente Manuel José Cepeda Espinosa. Recuperado de http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2003/t-510-03.htm

Corte Constitucional de Colombia, sentencia T-844 de 2011. Magistrado ponente Jorge Ignacio Pretelt Chaliub Recuperado de http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2011/t-844-11.htm

Declaración de los Derechos del Niño. (1959). Recuperado de http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/derhum/cont/4/pr/pr20.pdf

Declaración de Ginebra. (1924). Recuperado de http://www.humanium.org/es/ginebra-1924

Declaración Universal de Derechos Humanos. (1948). Recuperado de http://www.acnur.org/t3/fileadmin/scripts/doc.php?file=biblioteca/pdf/0013

Evans, D (1997). Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano. Buenos Aires: Editorial Paidos.

FREUD, S. (1915 - 1916). *Conferencias de introducción al psicoanálisis. 13ª Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño.* Obras completas, Volumen XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores. . 1978.

FREUD, S. (1914). *Introducción al narcicismo*. Obras completas Volumen XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

FRYD, A. (2013). *Los niños amos*. Textos del VI Encuentro Americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana. Recuperado de http://www.enapol.com/es/Textos.pdf

GALLO, H. (2008). *Maltrato infantil. Teoría y clínica psicoanalítica*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

ICBF. (2010). Concepto jurídico unificado 27891 de 2010. Recuperado de http://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/concepto_icbf_0027891_2010.htm

IMBRIANO, A. (2012). *¿Por qué matan los niños?* Buenos Aires: Letra viva.

LACAN, J. (1957 – 1958). *El seminario, libro V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Barcelona y México: Ediciones Paidós. 2001.

LACAN, J. (1995). *El seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Barcelona y México: Ediciones Paidós.

LINARES y QUIJANO. (2005). *Nueva Ley para la infancia y la adolescencia en Colombia*. Recuperado de http://www.unicef.org.co/Ley/Presentacion/ABC.pdf

LÓPEZ, Y. (1999). "De la inocencia del niño a la sexualidad infantil". En: *Revista Affectio Societatis*. Vol 2. No. 4 de junio de 1999. Recuperado de http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/article/view/5410/4762

Loray, A (2010). La Función del Padre. Revista Letra Analítica. Recuperado de http://www.kennedy.edu.ar/DocsDep29/Revista%20Letra%20Anal%C3%ADtica/Art%C3%ADculos/Loray%20Alejandra/La%20funci%C3%B3n%20del%20Padre.pdf

MILMANIENE, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

PELLIZA, M. (2013) *El niño amo.* Blog Nel Medellín, 11/11/2013. Recuperado de http://nel-medellin.org/el-nino-amo-2

PERDOMO. X. (2010). "La sobreprotección una intensión agresiva". En: OREJUELA, J.; MORENO, M. y SALCEDO, M. A*bordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad*. Cali: Editorial Bonaventuriana.

RAMÍREZ, M. (2007) Órdenes de hierro. Medellín: Editorial la Carreta.

ZERMATTEN, J. (2003). El interés superior del niño. Del análisis literal al alcance filosófico. Informe de Trabajo. Recuperado de http://www.childsrights.org/documents/publications/wr/wr_interes-superior-nino2003.pdf

Parte III

Psicoanálisis, ciencia e investigación

La pasión insípida por la reducción al dato: la coartada determinista

Paula Hochman Vappereau

Un retroceso en la cultura: la psicosis social

Père Ubu: Ainsi, vous jurez de bien tuer le roi?
Tous: Oui, nous le jurons. Vive le Père Ubu!
(Fin du premier acte).
Ubu roi.

Padre Ubu: Entonces, ¿juran matar al rey?
Todos: Sí, lo juramos. ¡Viva el padre Ubu!
(Fin del primer acto).
Ubu rey

Alfred Jarry

Il faut avoir lu ce recueil, et dans son long, pour y sentir que s'y poursuit un seul débat, toujours le même, et qui, dût-il paraître dater, se reconnaît pour être le débat des lumières. C'est qu'il est un domaine où l'aurore même tarde: celui qui va d'un préjugé dont ne se débarrasse pas la psychopathologie, à la fausse évidence dont le moi se fait titre à parader de l'existence.

Es preciso haber leído este compilado y en toda su extensión, para sentir que se sigue allí un solo debate, siempre el mismo, y que se reconoce por ser el debate de las luces. Es un dominio donde la aurora misma tarda: aquel que va desde un prejuicio del cual no se desembaraza la psicopatología, a la falsa evidencia por la cual el yo se da titulo para ostentar la existencia

Jacques Lacan

Ecrits (contratapa)

Donde el insulto como respuesta al piedrazo inauguraba la civilización, el hecho moderno de la psicosis social justifica el piedrazo como respuesta al insulto. Con la particularidad de que hace pasar por insulto cualquier ejercicio un poco exigente del lenguaje, borrando así la diferencia entre el comentario, la crítica, el chiste, el humor, el equívoco y el insulto. Es la fibra reaccionaria de la psicosis que rechaza el uso de la metáfora y cultiva un pacto basado en la codificación del lenguaje, en el ideal de un estilo directo y de fácil comprensión, algo eminentemente reaccionario por ser contrario a lo propio del lenguaje, que es ser una estructura de desvíos. El pacto que exige al que habla que utilice la lógica del semáforo, en la que cada palabra sea una señal inequívoca, no da lugar a esa existencia típicamente equívoca que se llama sujeto y por eso se trata de un pacto retrógrado sin precedentes.

Ocurre que la psicosis social es un pacto nuevo en la historia que organiza un lazo social caracterizado por el rechazo de la metáfora y hace a un mundo de miseria. En cambio, el psicoanálisis, la literatura y las matemáticas son discursos que dan lugar al sujeto y hacen a nuestra pasión y nuestro orgullo como seres de lenguaje.

Me interesa comentar el segundo de los tres rasgos que indica Lacan[63] como los relativos a la subjetividad científica que va en el sentido de la instalación de la psicosis social. Esos rasgos nos incitan a afirmar que la psicosis social nombra un lazo social organizado alrededor de un pacto que sostiene un delirio, una coartada y una creencia.

La libertad: una idea delirante

En ese orden, Lacan cita primero la idea delirante de libertad (y segundo, una noción de lo real que hace del determinismo una coartada). En la medida en que el sujeto es una función que habita el lenguaje, definimos la psicosis como el rechazo de lo simbólico. Hablar de libertad en relación al sujeto pone en juego un rechazo. Se oye hablar de libertad o de grados de libertad, pero no se sale del lenguaje ni siquiera un poco. El sujeto es un tipo de existencia que se produce en el lenguaje y su entrada allí es lo que Lacan llamó alienación. De modo que no se es libre de lenguaje, ni queremos serlo. Se trata más bien de gozar en el lenguaje y de la emancipación del sujeto en el discurso con los medios del lenguaje

63. En cuestiones preliminares a todo tratamiento posible de la psicosis. Postscriptum.

Ahora bien, negar la libertad no supone hacer del sujeto el engranaje de una maquinaria, no lo deja en brazos del determinismo. Ubiquemos el hecho de que la alienación al lenguaje no es automática, ni natural. Entrar en él supone una pérdida de la inocencia, ya que esa entrada tiene un estatuto de acto. Hablar o no hablar son actos y la propagación del autismo lo muestra. Es decir, *la determinación de la estructura no elimina al acto necesario.* Es lo que mostró Freud en las formaciones del inconsciente: no hay inconsciente a cielo abierto, solo aparece por sus efectos; es decir, por la mediación de lo que es un acto del sujeto: su síntoma, su sueño, su acto fallido. La libertad es una noción extraña al sujeto, a él le concierne no la libertad sino el acto. Y es el acto lo que introduce lo nuevo, lo que antes no existía.

La ambición de un estado de "libertad" sigue a la idea de un sujeto autómata. Urge la libertad cuando se considera que el sujeto está preso de un mecanismo, pero la determinación inconsciente no lo es. La insistencia significante que determina al sujeto es pasible de la lectura y el sujeto, al reconstruirla, toma decisiones, pasa de marioneta a ser el que tira de los hilos. Su libertad es su acto. Pero él es sujeto al lenguaje y existe en el lenguaje. De modo que la noción humanista de la libertad delira por rechazar la alienación que da nacimiento al sujeto. Libres son los pájaros o las flores.

La coartada determinista

En el segundo lugar de su listado, Lacan cita la coartada determinista que surge de una cierta noción de lo real. Me propongo mostrar que se trata específicamente de la noción positivista de lo real. Ese conjunto de consideraciones insípidas y mediocres –tal como llamaba Lacan al lógico-positivismo que avanzó con fuerza desde el Círculo de Viena en los años treinta– forma los prejuicios, la escala de valores y el orden a partir del cual actualmente se piensa. Un orden que opone lo objetivo a lo subjetivo, la realidad a la fantasía, la teoría a la clínica, la libertad al determinismo, las palabras a las cosas; que no cree que el discurso opere sobre semblantes sino sobre cosas objetivas que son lo que son; que, a pesar del psicoanálisis, considera la fantasía como engañosa y poco seria en contraste con la realidad de los hechos auténticos, autoridad última.

Una coartada es un pretexto para eludir una responsabilidad, se la esgrime cuando se utiliza al inconsciente como justificación o circunstancia atenuante. El sujeto sería víctima de la acción inconsciente, siguiendo una noción positivista del inconsciente que obraría a la manera de algo exterior, como granizo

que cae, desconociendo así que además del yo y sus intenciones, está el sujeto comprometido en el saber inconsciente.

Por eso, en su texto sobre la responsabilidad moral del contenido de los sueños, Freud habla del "narcisismo ético" (*Ethischen narzibmus*) que nombra la posición ética del sujeto que se hace cargo de los perturbadores deseos que aparecen en los sueños, alojando de esta manera en su narcisismo inclinaciones que el sujeto no reivindica pero está dispuesto a reconocer e interpretar. Es la posición que sostiene la tarea analizante, en la que no se trata de dimitir el narcisismo sino de ampliarlo: si el narcisismo formador del yo consiste en la identificación a una imagen ideal, la ampliación es la del narcisismo que integra rasgos que no vienen ni del yo-ideal ni del ideal del yo, sino que provienen del ubuesco ello. Es el narcisismo modificado por el imperativo freudiano: *Wo es ward soll Ich werden*.[64]

Ese "narcisismo ético" es lo estrictamente opuesto a la coartada determinista y exige en los términos que utiliza Lacan en *Intervenciones en la transferencia*, el cumplimiento de una inversión dialéctica de la verdad. A la queja positivista de Dora: "Estos hechos están ahí, proceden de la realidad y no de mí", Freud responde subvirtiendo esa creencia en la objetividad de los hechos, pregunta qué parte tiene ella en el desorden del que se queja y opera una continuidad entre la ficción del deseo y la llamada realidad.

Es importante notar que esta inversión dialéctica de la verdad en el curso de la construcción psicoanalítica, sobreviene como corte en la elaboración de Freud en una carta a Fliess escrita el 21 de septiembre de 1897. Le decía: "ya no creo en mi neurótica", por haber dejado de creer en la realidad referencial de la acusación histérica: el padre perverso. Descubre la estructura de ficción de la verdad en la fantasía de seducción que va a declinarse en el síntoma histérico. Es un acontecimiento; nace en ese momento un nuevo discurso llamado psicoanálisis. Al final de esa carta (69) Freud escribe que no tenía un sentimiento de derrota sino de triunfo, sentimiento "no-correcto" o "indebido" ya que había naufragado la teoría que venía sosteniendo sobre la etiología traumática de las neurosis.

Sin embargo, al descubrir la función de "la fantasía sexual que se adueña del tema de los padres" cuya "ficción en lo inconsciente no distingue la verdad de la realidad", el sujeto, por la vía de su fantasía, queda implicado en el síntoma

64. "Desde luego, es preciso asumir la responsabilidad de sus impulsos oníricos malvados. ¿Qué otra cosa podría hacer con ellos? Si defendiéndome digo que cuanto en mí es desconocido, inconsciente y reprimido no pertenece a mi yo, entonces me sitúo fuera del terreno psicoanalítico" (p. 2894, T.3).

del que se queja. De ese modo, el síntoma se vuelve analizable. Por eso Freud celebra la decepción que lo libera de tener que basar la verdad en una realidad positiva. Será lo simbólico lo que introduce la dimensión de verdad. Las fantasías inconscientes son ficciones ni ilusorias ni engañadoras, sino simbólicas, el lugar del "verdadero imaginario".

Entre el trauma y el síntoma, Freud va a leer interpuestas las fantasías que son "genuinas en todo su material" y que constituyen "sublimaciones", "poetizaciones protectoras" (Carta 61 del 2-5-97), cuya fuerza causal marca una torsión en el modo de pensar que se consolidó sobre todo a partir del siglo XIX con la filosofía positivista de Augusto Comte.

Que la fantasía se convierta en razón necesaria del síntoma, subvierte la regla positivista según la cual un enunciado solo es verdadero si es el enunciado de un hecho.

Formulado con las categorías de Jacques Lacan, la verdad se redefine como lo que viene del Otro, es lo que se liga al significante y por lo tanto tiene estructura de ficción.

Sobre Augusto Comte y la "inteligencia viril"

Calladita, eres más guapa.
(proverbio español)

El *Discurso sobre el espíritu positivo* de Augusto Comte, publicado en 1844, comienza con la exposición de lo que el autor llamaba "la gran ley" de la evolución intelectual de la humanidad o ley de los tres estados. Desde el fondo de los siglos o de una vida, la razón humana avanzaría gradualmente desde un estado primitivo "teológico o ficticio", pasaría por otro metafísico o abstracto y finalmente alcanzaría en el estado positivo o real "el régimen definitivo de la razón". El primero es un estado preliminar de la inteligencia en el cual domina la "pura imaginación" que busca "conocimientos absolutos" de temas inaccesibles; incluye la adoración de los astros y un politeísmo que con el tiempo se restringe a un monoteísmo. Es un estado de infancia preparatorio. Luego, el "metafísico" sería el estado transitorio de una filosofía intermedia en la cual el reemplazo de agentes sobrenaturales por "entidades o abstracciones personificadas designada como "ontología" constituye un progreso en la inteligencia. "Ya no es la pura imaginación la que domina, y todavía no es la verdadera observación: pero el

razonamiento adquiere aquí mucha extensión y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico".

Y al final de esta línea ascendente del espíritu se llega al estado positivo o de "la virilidad" de la inteligencia, cuyo "carácter principal es la ley o subordinación constante de la imaginación a la observación". La verdadera observación –escribe– es la única base posible de los conocimientos, de manera de no caer en especulaciones sin salida. Que toda proposición verdadera es el enunciado de un hecho, se establece como regla fundamental, basando la eficacia científica en la conformidad directa o indirecta con los fenómenos observados. Los hechos, propiamente, procuran los materiales indispensables en los que anidaría "la virilidad de la inteligencia".

En este sistema, Comte ubica en una progresión, tres modos del pensamiento que van de lo pueril a lo racional. Primero, lo ficticio, luego, lo abstracto y tercero, lo real; este último es el estatuto que corresponde a la verdad y que coincide con lo observable.

El postulado positivista considera que la actividad intelectual basada en la observación es la de mayor plenitud identificada a su vez a lo viril. La imaginación, por lo tanto, queda para las mujeres y los niños. He aquí el fantasma comtiano sobre la diferencia sexual.

Esta forma de ordenar la razón, que sigue calando hondo en los contemporáneos hasta vivirla como una verdad primera, está completamente subvertida en la elaboración freudiana del síntoma y en el psicoanálisis. La asociación libre, regla fundamental del análisis, incita al que habla a dar los enunciados que surjan sin la condición de que enuncien "hechos", pues el "hecho" es haberlos enunciado; el "hecho" es el de la enunciación que introduce la dimensión de la verdad. No es la observación sino lo simbólico lo que va a teñir de verdad un hecho.

Por la regla fundamental de la filosofía positiva, si el hecho no existe el enunciado es falso. Ese es el positivismo. Por su lado, el psicoanálisis nace al dar un valor de verdad al enunciado de un hecho que "no existe" como material observable, esa ficción que Freud llamo fantasía inconsciente. La fantasía de seducción del padre no es el enunciado de un hecho sino una elaboración intermedia entre el trauma y el síntoma, cuya razón no es observable sino legible. No se puede "observar" una metáfora, por ello el síntoma no es abordable científicamente, es necesario leerlo. En términos de la categoría de los estoicos celebrada por Lacan, lo legible no atañe a lo observable sino a lo incorporal.

Así, en el psicoanálisis se sustituye la "observación" por la lectura, lo observable por la legibilidad. Se trata de material no representable sino significante, que crea significación si se lo lee. La observación ligada a la representación, no es puerta de entrada de la verdad, por eso el "guárdense de comprender" de Lacan, es también un guárdense de observar. Ya que el analista no es policía ni agente de inteligencia ni psicólogo conductista, incita a leer el deseo a la letra. Los "hechos" son hechos de discurso y es inútil observar algo supuesto objetivo. El inconsciente en el espacio de Otra-escena no es dado a la observación, solo es accesible por sus efectos y en esa medida es legible. Leer es lo contrario de observar, porque no es registrar algo explícito sino poner en movimiento una lógica al operar en el registro del significante. En *La Instancia de la Letra*, Lacan escribe: ""Nadie dejará de fracasar mientras no nos hayamos desprendido de la ilusión de que el significante responde a la función de representar al significado" (p. 184). No hay un significado objetivo que espera verse reflejado en un significante. Que se entienda, entonces, que el lenguaje funciona provocando al significado como efecto al articularse un significante con otro significante. Si eso se acepta, se estará en condiciones de aceptar que la existencia de hecho del sujeto depende de su existencia lógica.

Jacques Lacan nos explica todo el tiempo, por ejemplo en la lección del 16 de noviembre de 1966, en su seminario consagrado a *La lógica del fantasma*, que hay sujeto a partir del momento en el que hacemos lógica; es decir donde tenemos que manejar significantes ("*Il y a du sujet à partir du moment où nous faisons de la logique, c'est à dire où nous avons à manier des signifiants*"). Si el sujeto tiene lugar entre significantes cuya articulación es lógica, aceptar esa estructura hará cesar el asombro por la práctica de la lógica en el psicoanálisis. Pero ese día todavía no llegó. Esa verdad primera del psicoanálisis es mayoritariamente resistida. Si la clínica psicoanalítica pudiera prescindir de la lógica, perdería la vertiente del significante en la que radican las condiciones de existencia del sujeto, por lo cual ya no corresponde llamarla "psicoanalítica".

En esa misma lección del seminario explica Lacan que toda existencia de hecho, para ser establecida necesita ya de una cierta articulación, de un "si y solamente si". O sea, no hay existencia espontánea o directamente observable sin pasar por una articulación significante.

A pesar del psicoanálisis de Freud y Lacan, el clamor de lo "razonable" tararea: "¡nada pone en duda la objetividad de mi ciudad ni la realidad viril de los hechos!". Como si el psicoanálisis consistiera en divagaciones pintorescas de un relativismo que los hechos y lo concreto de las cosas viene aplastar. Es preciso

decir en este punto que el cambio de la razón desde Freud, consiste en articular a la existencia de los hechos la existencia lógica. No hay relativismo alguno ni capricho de la imaginación.

La relación entre el sujeto y el objeto en el fantasma, se establece mediante una articulación lógica, la que brinda el "si y solamente si". La ilusión divaga e imagina una relación al deseo espontánea y sin estructura, ilusión que no por muy extendida es menos loca. Si el sujeto del lenguaje está barrado, es en relación a ese "si y solamente si" que lo liga al objeto y que en la fórmula del fantasma se escribe con el punzón, un conector forjado por Lacan. Y entre el deseo y la realidad hay una relación moebiana de textura sin corte, lo cual refuta toda idea de "objetividad". La "realidad de los hechos" se verifica por el síntoma; es decir, en la articulación significante. Lacan dice en la lección del 7 de diciembre del citado seminario: "*La question de la vérification, concernant ce à quoi nous avons affaire, passe par ce fil direct du jeu du signifiant, pour autant qu'à lui seul reste suspendue la quesion de la vérité* (La cuestión de la verificación concerniente a eso a lo cual nos confrontamos, pasa por el hilo directo del juego significante, en la medida que solo a él queda suspendida la cuestión de la verdad).

Veremos, sin embargo, más adelante, cómo el prejuicio vigente de la objetividad es una noción trabajada por el positivismo. El entusiasmo de Comte por promover la vulgarización de los conocimientos, que el público acceda a las nociones esenciales de las ciencias, como carácter elemental de universalidad social, se deriva de la creencia en verdades objetivas. ¡Como si fuera practicable una instrucción sin que participe la lectura ni las coerciones lógicas!

En la página cuarenta y ocho del citado libro, dice:

> *Le public, en effet, qui ne veut devenir ni géomètre, ni astronome, ni chimiste, etc., éprouve continuellement le besoin simultané de toutes les sciences fondamentales, réduites chacune à ses notions essentielles : il lui faut, suivant l'expression très remarquable de notre grand Molière, des clartés de tout.*
>
> El público que no quiere devenir ni geómetra ni astrónomo, ni quimico, etc, siente continuamente la necesidad simultánea de todas las ciencias fundamentales, reducidas cada una a sus nociones esenciales: le es preciso, siguiendo la expresión muy destacable de nuestro gran Molière, (*des clartés de tout*) nociones generales, saber de todo.

Dicha expresión la encuentra en la obra de Molière *Les femmes savantes* (*Las mujeres sabias*), en la escena III del primer acto, cuando Clitandre le dice a su amada Henriette, la hija del buen burgués:

> *Les femmes docteurs ne sont point de mon goût. Je consens qu'une femme ait des clartés de tout; Mais je ne lui veux point la passion choquante De se rendre savante afin d'être savante; Et j'aime que souvent, aux questions qu'on fait, Elle sache ignorer les choses qu'elle sait; De son étude enfin je veux qu'elle se cache, Et qu'elle ait du savoir sans vouloir qu'on le sache, Sans citer les auteurs, sans dire de grands mots, Et clouer de l'esprit à ses moindres propos* (p. 304).
>
> Las mujeres doctores no son de mi gusto. Consiento que una mujer tenga conocimientos generales, pero no le deseo la chocante pasión de volverse sabia a fin de ser sabia. Me place que habitualmente, a las preguntas que se hacen ella sepa ignorar las cosas que sabe. De su estudio en fin deseo que se oculte y que tenga saber sin pretender que uno lo sepa, sin citar los autores, sin decir grandes palabras e inyectar ingenio a sus menores palabras.

Encontramos en el discurso comtiano una pareja formada por la inteligencia viril que identifica a un masculino ser de saber y *la clarté du tout*, los "conocimientos generales" identificados a una femenina ignorancia, tal como la comedia de Molière lo explicita con nitidez . En el pacto comtiano, una mujer debe hacerse la tonta –si es inteligente, cae en el territorio de lo viril–, debe censurar lo que sabe y mantenerse callada. Información periodística y desenvoltura de salón, es lo que comtianamente se espera de las mujeres. Traicionan la femineidad si abandonan la ignorancia, se virilizan.

Sigmund Freud rompe ese pacto y solicita el saber de las mujeres que lo consultaban. Les atribuyó el saber sobre sus síntomas y las incitó a quebrar el silencio no para hablar de generalidades, sino para articular el saber inconsciente. Asimismo, el dispositivo del pase que Lacan concibió, habilita justamente un lugar donde el analizante ofrezca el testimonio del saber construido en el análisis, quebrando de esta manera y decididamente el pacto de ignorancia falsamente "femenina".

La psicosis social, su pacto, ¿no integra acaso ese valor? El de tener "nociones generales", nada de estudio ni fina actividad intelectual, sino una formación "positiva" que integre fines de utilidad. Cuando en su *Discurso* Comte se refiere a la acepción de la palabra "positivo", cita el contraste entre lo útil y lo ocioso, entre las sanas especulaciones y la *vaine satisfaction d'une stérile curiosité* (vana satisfacción de una estéril curiosidad). Lo sano pariente de lo útil, hacen a la calidad de lo "positivo".

Y bien, la articulación significante que no opera sobre sentidos positivos sino sobre equívocos, homonimias y trasliteraciones, es, justamente, lo que provocó y sigue provocando la resistencia al psicoanálisis. El escándalo intolerable no es

tanto por la importancia atribuida a la sexualidad, sino por volver al sexo demasiado "intelectual". Que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje exaspera a quienes pretenden que el lenguaje solo sea una reproducción de "la realidad", y la verdad, un hecho de concordancia entre las palabras y las cosas.

La razón positivista de la afasi

Una reticencia a nombrar

La imagen hiperclara de los frescos de Orvieto, deja hurtado de la memoria de Freud el nombre de Luca Signorelli. Es la presencia de la imagen del objeto lo que acapara todo el recuerdo, como si el nombre fuera superfluo y redundante, un agregado innecesario a una existencia capaz de sostenerse en la sola y omnipotente imagen. ¿Para qué dar el nombre de un objeto que está presente?, pregunta con displicencia el discurso de la afasia. Su estar ahí lo exime de necesitar un nombre. ¡El objetivismo positivista no podría sino estar de acuerdo!

Abramos el texto de Roman Jakobson: "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos", que establece, en primer lugar, el carácter doble del lenguaje: la combinación y la selección. Hablar supone tanto combinar las unidades lingüísticas (las relaciones de contigüidad y contextura de los signos), que constituyen la vertiente de la metonimia, como seleccionar y sustituir entre diferentes opciones significantes, vertiente de la metáfora.

Los trastornos afásicos habrán de ubicarse, entonces, en esos dos polos. Nos vamos a ocupar en especial de un tipo de afasia, la que se cumple en el polo metafórico, donde no se trata de la pérdida del habla o de la facultad de formar proposiciones (vertiente metonímica), sino de la dificultad de dar un nombre; es decir, dar una metáfora.

En el apartado III sobre "El trastorno de la semejanza", cuenta una situación –referida por Goldstein– de una paciente que había descrito las características de una casa donde "solo en la parte de atrás viven los solteros". Se le preguntó qué era un soltero. La respuesta a esa pregunta lleva la forma de una ecuación: "un soltero es un hombre no-casado", donde hombre no-casado se sustituye por "soltero", al ser los dos términos equivalentes, explica Jakobson. La definición solicitada no presenta una complejidad cognitiva ni supone gran erudición. Sin embargo, la paciente no respondió. Usaba con fluidez la palabra "soltero" en su relato, pero cuando se le pidió, no que use esa palabra sino que hable de ella, que la explique, que la sustituya, permaneció en silencio. Nada que decir sobre una palabra que solo estaba dispuesta a usar pero no a mencionar. Es claro que

la paciente sabe que soltero es un hombre no-casado, sin embargo se niega a producir en el habla esa sustitución, se niega a la sustituibilidad de las palabras, a tratar las palabras como metáforas.

Es la misma reticencia que manifiesta un hablante cuando se le pide que nombre un objeto que el observador señala. "El afásico cuya dificultad de sustitución se encuentra alterada no podrá completar con el nombre de un objeto el gesto que hace el observador al indicarlo. En lugar de decir: "eso se llama un lápiz", se contentará con añadir una observación elíptica de su uso, el de escribir", emparchando con una metonimia la falta de una metáfora. Mediante una elipsis ("es algo que sirve para escribir"), alude al objeto pero omitiendo su nombre, siendo que aludir no es nombrar, es evitar nombrar.

Estas afasias, entonces, consisten en omitir el nombre que vendría a sustituir a otro nombre o a nombrar un objeto señalado. Pues para el afásico, explica Jakobson, ambos elementos siguen una distribución complementaria: si el observador produce uno de ellos, el paciente evitará el otro considerado redundante o superfluo.

Negarse a decir "lápiz" cuando el objeto lápiz es señalado por el observador, depende de una concepción del lenguaje según la cual el nombre es la traducción lingüística de un objeto, sede del significado. Y ello en una secuencia donde el significado precede al significante, el lápiz precede a la palabra lápiz. La afasia rechaza, así, el poder performativo de la palabra, en la que si el mundo es una existencia objetiva de la cual el lenguaje es nomenclatura, eso le cabría al sujeto que existiría antes de lo simbólico. Es una creencia que va en el sentido del delirio por ser rechazo de la metáfora.

Considerar afásicamente que es redundante dar el nombre de un objeto presente, equivale a considerar que el nombre es un medio indicativo sin diferencias con el dedo. Es el rechazo, pues, a considerar que el nombre, por ejemplo "lápiz", es una metáfora que va a crear un objeto reconocible como tal en el mundo. Como por ejemplo, la palabra: "considerar", proviene del latín y significa mirar las estrellas, significado elevado a un uso de metáfora aunque el hablante lo ignore.

El fundador del Círculo de Viena, Moritz Schlick, escribía en 1932 *Positivismo y realismo*, artículo que apareció por primera vez en *Erkenntnis*, Vol.III (1932-1933), en respuesta a las críticas al positivismo contenidas en una conferencia de Max Planck titulada "Positivismus und Reale Aussenwelt". En ella, el autor pone negro sobre blanco los principios de la filosofía positiva. Leemos:

> *El primer paso de todo filosofar y el fundamento de toda reflexión consiste en advertir que sencillamente resulta imposible establecer el significado de cualquier enunciado, si no es describiendo el hecho que debería existir si el enunciado fuese cierto; si el hecho no existe, entonces el enunciado es falso. El significado de una proposición indudablemente consiste solo en esto, en que expresa un estado definido de cosas. Este estado de cosas debe ser señalado para dar el significado a una proposición. Desde luego podría afirmarse que la proposición misma ya ofrece ese estado de cosas; esto es cierto, nada más que la proposición indica el estado de cosas solamente a la persona que la comprende. ¿Y cuándo entiendo una proposición? ¿Cuándo comprendo los significados de las palabras que figuran en ella?*
>
> *Esto quizás pueda explicarse mediante definiciones, pero en estas definiciones surgirán palabras nuevas cuyos significados será necesario conocer; no es posible formular definiciones ad infinitum. Así, llegaremos a palabras cuyo significado no podrá ser descrito mediante una frase, sino que se deberá indicar directamente; en definitiva, el significado de una palabra tendrá que ser mostrado, deberá ser dado. Esto se hace mediante un acto de indicación, de señalamiento y lo señalado debe ser lo dado; de ningún otro modo, puedo ser remitido a ello. En consecuencia, a efecto de establecer el significado de una proposición, deberemos transformarla por medio de sucesivas definiciones hasta que en última instancia solo aparezcan en ella palabras que ya no puedan ser definidas, pero cuyos significados puedan ser directamente señalados. El criterio de verdad o de falsedad de la proposición se hallará en el hecho de que en circunstancias definidas (dadas en la definición) ciertos datos estarán presentes o no estarán presentes.*
>
> *El significado de toda proposición en última instancia tendrá que ser determinado por lo dado, y no por cosa alguna distinta. Sin género de dudas, verificable no significa otra cosa que "capaz de ser exhibido en lo dado" Si bien declara que la verificación se basa en lo lógicamente posible, cualquiera sea su factibilidad práctica, también declara que la existencia de algo debe manifestarse en la naturaleza y sino su afirmación es sin sentido* (p. 95).

De modo que solo reconoce la efectividad de un enunciado si hay una manifestación observable (Evidentemente, los efectos sujeto del inconsciente escapan a esa condición y serían para esta doctrina afirmaciones sin sentido. La efectividad del inconsciente no es experimental sino incorporal).

El doctrinal lógico-positivista, entonces, ¿qué promulga? Señalar el significado en lo dado y callar, situación que coincide exactamente con la escena del afásico. Schlick da la razón de la afasia relatada por Jakobson. El argumento de la afasia se devela positivista, puesto que el objeto dado es la verificación última. El positivismo se verifica en la afasia considerada como prueba de virilidad. Recordemos que postula una virilidad de la inteligencia en la referencia a lo

observable por la ciencia o la experiencia cotidiana. Una teoría se verifica por el síntoma; la afasia verifica al positivismo.

Que "lo observable" asuma la calidad de "viril" y de lo único que tiene sentido constituye una ordinaria teoría sexual infantil que considera que lo que se ve en el espejo satisface al ideal del falo y lo que falta en el espejo, es un sinsentido descartable, una supuesta potencia de lo evidente que volvería irrisorio cualquier otro discurso. Este orgullo por la prueba tangible, hasta la bravuconada y el grito autoritario de lo "evidente", no es más que un reduccionismo infantil que asimila el falo a un órgano, el símbolo a una imagen, el significante al significado. Los bravucones de lo concreto divagan atontados, como si la mesa no le debiera nada a la palabra mesa ni la rosa a la palabra rosa.

La construcción lógica del mundo

El sistema de la reducción de todos los conceptos al dato inmediato

Se llamó *La construcción lógica del mundo* (*Der logische Aufbau der Welt*), el asombroso libro que editó el filósofo alemán Rudolf Carnap en 1928 en la ciudad de Berlín. Es la obra decisiva del positivismo lógico de la escuela del Círculo de Viena, escrita por su más eminente representante. Veamos de qué se trata su novedad radical enunciada por el autor: "Mi libro trata la tesis de la posibilidad de principio de reducir todos los conceptos al dato inmediato; emprender por primera vez la tentativa de construir efectivamente un tal sistema". Ideó un llamado sistema de constitución de los conceptos por derivación que recorren un árbol genealógico a partir de un pequeño número de conceptos de base formados por elementos de lo vivido, tomados como unidad indivisible. Para ello transcribe en símbolos lógicos experiencias vividas elementales, mediante reglas de traducción mediante las cuales propone una logística tomada de la teoría de las relaciones de Russell, para las sensaciones visuales, sonoras, cutáneas, incluido el dominio de los sentimientos. Dichas vivencias elementales cumplirán la reducción a lo real, donde los objetos de todas las ciencias van a reducirse en forma escalonada los unos a los otros, los más elevados reductibles a los más elementales. Así, el psiquismo propio será la base de este denominado sistema de constitución. ¿Cómo se debe construir tal sistema a fin de que todos los objetos científicos encuentren allí su lugar? Se debe buscar para ello las relaciones de reductibilidad de los objetos.

> *La base, el dominio de los objetos fundamentales, reside en lo psíquico y su primacía cognitiva, que forman los elementos fundamentales del sistema. Esta base residiendo en el psiquismo propio, es un solipsismo metódico. Se trata de lo vivido elemental tomado como unidad indivisible* (p. 36).

Los objetos físicos son reductibles a cualidades sensibles, por lo cual se convierten en objetos psíquicos; y sin los índices perceptibles las proposiciones flotarían en el vacío. Ellas, por lo tanto, deben referirse a percepciones.

En síntesis, la novedad radical de su sistema reside en las sugestiones para resolver el problema de la reducción de los conceptos científicos al dato, en la que la percepción concebida como un camino directo hacia el objeto desempeña un papel crucial. Su nombre: *La construcción lógica del mundo*, refleja el intento de cerrar la brecha entre la nueva lógica puramente formal y las contingencias del mundo, juntando lógica y referente, lo que dice el lenguaje con lo que está por fuera del lenguaje, la necesidad lógica con la contingencia del mundo. En términos de la topología del sujeto, no es sino una puesta en continuidad de lo real, lo simbólico y lo imaginario, estructura que se designa como "psicosis".

El rechazo de la metáfora y del inconsciente, es transparente en este sistema. Nos explica que la elección de los elementos vividos fundamentales se basa en la psicología gestálthica de la consciencia, en la cual "todo estado de consciencia es una unidad no analizable", en el espíritu de una búsqueda "resueltamente científica". Leemos en el prefacio de la primera edición, firmado por el autor en mayo de 1928 en Viena, cómo a partir de "la nueva manera de filosofar" que toma en serio "la exigencia de rigor científico", se desprende la definitiva necesidad de la "eliminación en filosofía del trabajo especulativo basado en la poesía".

Con la existencia lógica del sujeto ubicable en el discurso del psicoanálisis, se revela que la eliminación del sujeto no es una condición inherente a la lógica, sino al proyecto positivista de una lógica científica.

Al final del libro, en el capítulo V, opone a la realidad, la irrealidad, hecha de sueños, leyendas, ficciones, poesía, mentiras como formas del libre juego de la imaginación, y da como ejemplo la distinción entre una montaña determinada geográficamente, de una montaña de leyenda o de sueño. Hay que tener los ojos herméticamente cerrados para no ver en ese ejemplo la montaña de recelo y desprecio a lo simbólico. Le atribuye seriedad a la montaña física, y las palabras no existen. Eso destila un recelo vuelto muy "moderno", el orgullo de olvidar que la montaña que se alza en la cordillera es una creación retroactiva de la palabra montaña y la palabra cordillera; que por supuesto, el sueño no es

un hecho físico, sino un hecho material de escritura, variaciones de la lengua, una suerte de jeroglífico que puede leerse y producir la metáfora del sujeto. Ni más ni menos.

Y en el capítulo introductorio declara que si bien el punto de partida de todo conocimiento es subjetivo, mediante el sistema de constitución se llegará "a un mundo objetivo, intersubjetivo, que sea conceptualmente abordable en tanto que mundo idéntico para todos los sujetos".

Entonces, es claro, la reducción del concepto al dato trae como consecuencia un mundo uniforme para todos, lo cual desde el punto de vista de las condiciones para habitar el lenguaje, es una horrible amenaza. Sin la diferencia, no hay sujeto ni hay narcisismo. No hay seres de lenguaje que puedan habitar el mundo de Carnap.

Para concluir por el momento

Eso no es eso

Hay más que hacer interpretando las interpretaciones que interpretando las cosas; y más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema; lo único que hacemos es entreglosarnos.

Montaigne

(Ensayos)

Tout usage du langage, quel qu'il soit, se déplace dans la métaphore, qu'il n'y a de langage que métaphorique. Il est de la nature du langage, que pour ce qui est d'approcher quoi que ce soit qui y signifie, le référent n'est jamais le bon, et c'est ça qui fait un langage. Toute désignation est métaphorique; elle ne peut se faire que par l'intermédiaire d'autre chose. Même si je dis: ça! ça en le désignant, eh bien! j'implique déjà, de l'avoir appelé ça, que je choisis de n'en faire que ça. Alors que ça n'est pas ça, la preuve c'est que, quand je l'allume, c'est autre chose même au niveau du ça, ce fameux ça qui serait le réduit du particulier, de l'individuel, nous ne pouvons omettre que c'est un fait de langage de dire: ça.
Le signifiant [ça]il évoque, dans sa nature, un référent. Seulement ça ne peut pas être le bon et c'est pour ça que le référent est toujours réel, parce qu'il est impossible à désigner. Moyennant quoi, il ne reste plus qu'à le construire.

Todo uso del lenguaje, cualquiera que sea, se desplaza en la metáfora, no hay lenguaje más que metafórico. Hace a la naturaleza del lenguaje, que en cuanto a aproximarse a lo que sea que allí signifique, el referente no es nunca el bueno, y es eso lo que constituye un

lenguaje.
Toda designación es metafórica; ella no puede hacerse más que por intermedio de otra cosa. Incluso si yo digo: ¡eso! eso designándolo, y bien ya implic, por haberlo llamado eso, que elegí no hacer mas que eso. Mientras que eso no es eso, la prueba es que cuando lo ilumino, es otra cosa incluso al nivel del eso, ese famoso eso que sería lo reducido de lo particular, de lo individual, no podemos omitir que es un hecho de lenguaje decir: eso.
El significante (eso) evoca, en su naturaleza, un referente. Solo que eso no puede ser el bueno y es por eso que el referente es siempre real, porque es imposible de designar. En consecuencia, no queda más que construirlo.

D'un discours qui ne serait pas du semblant.
Jacques Lacan

Que el lenguaje es una estructura de metáforas y desvíos es algo que el positivismo no quiere entender.

Tratando al lenguaje como una nomenclatura, la división positivista entre una realidad supuesta objetiva y concreta, y otra esfera, yoica o psicológica, se ofrece a un pacto por el que se está de acuerdo en que el mundo es como es, las cosas son como son, y se trata de encontrar un bienestar en la adaptación. En esa cosmovisión no hay lugar para el sujeto que por definición está ligado al exceso, al defecto, a lo que no es como es, a la excepción, el resto, la metáfora, el barroco. Un pacto que rechaza las condiciones de existencia del sujeto es el caldo de cultivo de la psicosis social.

Ese modo positivista de pensar, no es de siempre, se remonta sobre todo al siglo XIX. Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, ubica a principios de ese siglo la última gran discontinuidad en la episteme de la cultura occidental, la que señala el umbral de nuestra modernidad. A partir de esa época se desvanece el lenguaje como enlace indispensable entre los seres y las cosas, se desvanece lo simbólico como fundamento general de todos los órdenes posibles. El lenguaje pierde su lugar de privilegio. Las cosas se aíslan y se definen en una supuesta coherencia propia.

Surge la idea de dato inmediato, ilusión moderna. Como si algo pudiera ser reconocido sin necesidad del lenguaje, quedando cara a cara la percepción y el objeto percibido. Es la esperanza comtiana en la todopoderosa observación. Un siglo después Freud movió la razón, descubre la poesía en el cuerpo, que percibir es leer. Revela una continuidad moebiana entre la realidad y la fantasía, por lo cual no es la realidad lo que hace tope a la fantasía, sino es lo real; es decir,

aquello por lo cual no es posible cualquier cosa, hay condiciones y lo real es lo que nunca podrá convertirse en realidad.

En el siglo de Freud, aparece el lógico-positivismo de la escuela del Círculo de Viena, cuyas consideraciones se resumen en una reticencia afásica a la metáfora. Hay una visible intertextualidad entre Moritz Schlick, Rudolf Carnap y Roman Jakobson, en la cual el positivista deviene perfectamente un caso jakobsoniano de afasia, una coincidencia tan insípida como actual. Se es afásico por positivista, por la desatinada creencia que la cosa no necesita del nombre, que el sujeto preexiste al lenguaje. El malentendido es la representación, creer que la palabra representa la cosa. Lo repetiremos hasta el cansancio: el sujeto no es el yo, ambos tienen modos de existencia diferentes. El sujeto no surge de la representación sino de la metáfora, su existencia no es objetiva sino lógica ya que depende de la articulación significante.

El rechazo de la metáfora pretende aferrarse a la representación y cultiva la ilusión moderna que da por obvio que la palabra lápiz no es una metáfora sino lo que expresa al objeto lápiz. Freud descubre por los síntomas, una inversión en esa relación entre las palabras y las cosas, donde es el lápiz el que expresará a la palabra lápiz, reanimando al sofista en nuestra época. El lenguaje no es un reflejo del mundo, sino que opera con metáforas que crean un mundo hecho de efectos de palabras, un mundo que se construye cada vez que se habla.

El proyecto de Carnap de llevar todos los conceptos al dato inmediato, es una generalización de la afasia, y proclama su objetivo de llegar a un mundo idéntico para todos y una lengua única como el esperanto. Es el proyecto del universalismo igualitario, de McDonnals en todo el planeta, de supresión de la particularidad y de la diferencia imprescindible para vivir en el lenguaje. A la necesidad de la diferencia, Freud la llamó prohibición del incesto (es decir, prohibición de lo igual); Levi-Strauss la diversidad cultural sostén de la civilización; Lacan, el Otro significante donde se causa el sujeto; Jean-Michel Vappereau dos lenguas –la hablada y la escrita– que forman una lengua; Bárbara Cassin más de una lengua para hablar una. "¿Qué es lo primero que hace un ser humano cuando llega al desierto o la selva virgen?" –pregunta Lacan–: se encierra, no tanto para distinguir entre un adentro y un afuera sino para dar lugar a lo otro, para crear la diferencia.

El libro de Carnap habría que ponerlo al lado de *Main Kampf,* pseudodiscursos que apuntan a la destrucción del lenguaje.

La afasia como reticencia a nombrar, exhibe la posición de quien "sabe ignorar" lo que es inútil saber, ya que en presencia del referente nombrar es ocioso. El ideal positivista de la objetividad de la cosa, empuja a retener la metáfora y a generalizar la afasia en aras de lo idéntico.

Pero el sujeto está dividido entre S1 y S2, y no puede unificarse en el "es eso" de un dato. De modo que el proyecto de Carnap es estrictamente delirante, y se propone construir un objeto del cual solo encontrará una sombra. A la asimilación carnapiana entre razón y ciencia, por lo cual la literatura sería no racional, Lacan responde en su conclusivo seminario *Momento de concluir* que la ciencia es poesía, ya que sus fórmulas son fantasmas y agrega que la idea de un despertar es propiamente impensable.

El legado que Lacan dejó fue que la realidad está constituida por el fantasma del cual no se sale. El despertar es imposible. Y eso incluye la ciencia: sus fórmulas también están hechas de lenguaje. En otras palabras, la realidad humana está hecha de lo simbólico y lo imaginario, ligados por lo real. Concluye también, por si no lo enseñó lo suficiente a lo largo de más de veinte años de seminario, que las palabras hacen las cosas.

Foucault definía el lenguaje por su punto interior de proliferación; es decir, el hecho que el lenguaje habla de sí mismo. La versión exactamente opuesta y contraria es la del positivismo que cree en la cosa independiente del lenguaje, un verdadero rechazo de lo simbólico y de la metáfora que constituye una vertiente netamente psicótica. La idea positivista de lo concreto, del hecho evidente e indiscutible que tendría una autoridad que prescinde del lenguaje, es una convicción cuyo orgullo tambalea cuando encuentra sus patéticas consecuencias. Si lo concreto es la verdad de la historia y la metáfora, una distracción, entonces la concreta trompada será más pertinente que la injuria. La proporción es ineludible: el desprestigio de la metáfora se acompaña de la promoción de la violencia obscena cada vez más obscena. La estética del positivismo es la obscenidad, y la búsqueda del dato inmediato, una pasión insípida. En esa estética no se puede analizar. Analizar es producir mediaciones que van a desprender al objeto que siempre será entrevisto.

Bibliografía

AYER, A. (1978). *El positivismo lógico*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

CARNAP, R. (2002). *La construction logique du* monde. Paris: Vrin.

CASSIN, B. (2014). *Más de una lengua.* Argentina: Fondo de Cultura Económica.

COMTE, A. (1996). *Discurso sobre el espiritu positivo*. Barcelona: Altaya.

Comte, A. (1842). Discours sur l'esprit positif. Site web:

http://bibliotheque.uqac.uquebec.ca/index.htm

CAPURRO, R. (1999) *Auguste Comte. Actualidad de una herencia*. Montevideo: Edelp.

FOUCALUT, M. (1985) *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI.

FREUD, S. *Obras Completas*.

JAKOBSON, R. *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos.*

LACAN, J. *La logique du fantasme*. Moment de Conclure

VAPPEREAU, J. (2014) http://jeanmichel.vappereau.free.fr/

27 + 1 errores más comunes de quien quiere escribir una tesis en psicoanálisis[65]

Christian Ingo Lenz Dunker.

Traducción de María del Pilar Murcia, Alexandra Valencia y Johnny Orejuela

Este ensayo es una tentativa de reunir y comentar las dificultades que encuentra quien pretende escribir un texto académico inspirado en la teoría clínica psicoanalítica. No abordaré las dificultades metodológicas y epistemológicas inherentes al estatuto particular del psicoanálisis en el campo de la ciencia, como hice en otras ocasiones (Dunker, 2007, 2008a, 2008b), sino que desplegaré un índice de dificultades prácticas y actitudinales, junto con información eventualmente útil y algunos principios generales acerca de la sociabilidad universitaria. El lector debe estar consciente de la relatividad y del contexto del cual derivan tales indicaciones: mi trayectoria formativa en la tradición del psicoanálisis lacaniano, las particularidades de los programas de posgrado a los cuales pertenecí en un principio como estudiante del Departamento de Psicología Experimental de la Universidad de Sao Paulo (USP), como orien-

65. La versión original en portugués de este texto en el que se basa la presente traducción, fue publicada en la revista de la Asociación Psicoanalítica de Curitiba, volumen 20, *Psicoanálisis: investigación y pesquisa*. Publicado el 24 de junio 2010 por la editorial Juruá. Esta traducción está autorizada por su autor original. Agradecemos al profesor Dunker y a la revista por permitir que este texto sea conocido en español.

tador en la Universidad San Marcos, y hoy en el Departamento de Psicología Clínica del Instituto de Psicología de la USP. En los programas de posgrado que conocí fuera de Brasil –con excepción de Francia– los problemas enfrentados son sustancialmente diferentes.

Estamos frente a dos culturas específicas. Cuando se analizan el carácter bastante peculiar de la investigación universitaria de extracción psicoanalítica en Brasil, y la posición –algo extraordinaria– de que goza la formación en psicoanálisis en comparación con otros recorridos de cualificación profesional, se puede reconocer el carácter idiosincrático de nuestra condición. Hay una serie de costumbres, reglas tácitas y exigencias difusas que sorprenden al candidato en un curso de posgrado. Las relaciones costo-beneficio implicadas en la formación –incluso en la escogencia de una carrera académica– hacen suponer a quienes nos rodean que tenemos un toque de aspiración vocacional y de devoción por la investigación que sorprende a los que ven en la ella solo una forma de progresar en la carrera y ascender en la profesión. Eso redunda en ocasiones en una excesiva reverencia y deferencia. Fue pensando en eso y en la necesidad de introducir algún distanciamiento etnológico en la materia, que presento mis consideraciones en forma lista y con estilo paródico.

Dividí la enumeración en tres puntos: los equívocos, derivados de la simple falta de información, formación o localización subjetiva; los errores, causados –como diría Descartes– principalmente por el prejuicio y la precipitación; y los errores crasos, más graves y generalmente más renitentes a la tarea. Cada cual debe encontrar por sí mismo la tipificación de sus dificultades preferidas. Cuando el pretendiente se incluye mayoritariamente en el tercer tipo, se debe considerar una duda razonable de naturaleza diagnóstica: ¿estaremos frente a una superficie orientable o no orientable? Cuando el candidato no presenta las imperfecciones abajo resumidas, se recomienda que reconsidere su escogencia o la orientación de sus planes de vida. Es una tarea desaconsejable para las almas demasiado puras y para quienes necesitan demasiado de normas que cumplir y reglas que obedecer. Finalmente, si su perfil se concentra exclusivamente en los errores típicos, genéricos o esperados, cambie de área, pues esta no es para quienes se contentan con el sentido común. Es decir, al igual que en la lógica de los inquisidores medievales, no hay un lugar seguro que nos garantice la legitimidad de nuestras pretensiones universitarias o psicoanalíticas. Ningún deseo puede ser juzgado de esta manera, pues siempre será evaluado por sus efectos. De ahí que sea con base en un irónico homenaje al *Malleus maleficarum* (Kramer y Sprengler, 1484), compuesto por treinta y cuatro cuestiones de teología canónica sobre el arte de descubrir brujas y herejes, que este manual se ha inspirado.

Otra manera de encarar lo que se presentará a continuación es bosquejar una pequeña guía de autoayuda universitaria (va aquí un ejemplo de corrupción del formato esperado), lo que constituye de salida una advertencia a quienes no se plantearán el problema básico acerca de cuál pesquisa universitaria constituye un género específico de escritura. El psicoanálisis podría constituir un género aparte; sin embargo, es necesario considerar el contraste, en esta cuestión, entre las diferentes escuelas, grupos y tradiciones. El criterio de selección se basa en la frecuente aparición de estos *equívocos, errores* y *errores crasos,* en los trabajos de grado de pregrado, las disertaciones de maestría y las tesis de doctorado; pero solo en las verdaderamente interesantes, sean del lado del orientador o del orientado.

Procuré seguir el espíritu de las *ratschläge* freudianas (Freud, 1912); es decir, consejos e indicaciones que entrañan dos criterios fundamentales: deben adaptarse a la personalidad médica del candidato y enfatizar en los aspectos que deben ser ser evitados y en los modos de acción que deben ser repetidos. En los tiempos de popularización del autodiagnóstico esperamos que sean de valor tanto para aquellos que especulan como para quienes están decididos a incursionar en el mundo medieval del posgrado *strictu sensu,* como diría Eymerich (Eymerich, 1993).

Finalmente, dedico este escrito a aquellos que nutren intereses etnográficos indirectos en la sobreposición de estas dos subculturas discursivas: la universidad y el psicoanálisis. Aquí me refiero a los padres, esposas, maridos, hijos y amigos de quienes se han candidatizado a las provocaciones de la fe universitaria y serán fuertemente tocados por los tormentos que ella causa. Espero que esta breve exposición sirva como tratado de etiqueta y de alivio para estos viajantes incautos, peregrinos desavisados y samaritanos involuntarios, que tuvieron sus seres queridos apartados por esta extraña aventura de la escritura (y que no consiguen entender cómo esto se volvió algo tan importante en sus vidas) y se sienten despreciados, disminuidos y resentidos delante de la "maldita tesis".

1. No desconozca a su orientador

No me refiero aquí a la persona simpática que él representa; a lo que escribió; a quién orientó y quién lo orientó; con quien estudió, dónde publica; dónde no lo hace; cuáles laboratorios y colaboradores frecuenta, y a que asociaciones pertenece. Todo esto debe tener congruencia y coherencia autoral.

Dóblese ante circunstancias desconocidas; recuerde que la magia aquí es investigación. Si usted es de los que necesita consejos, órdenes o indicaciones sobre cualquier cosa como si estuviese aún en el pregrado y quiere saber "cómo hacer para pasar el año", reconsidere sus intereses en el posgrado. Si usted no tiene iniciativa o curiosidad para leer o conocer a aquel con quien pasará los próximos años de su vida, es mejor buscar otra disciplina. Esto aquí se llama pesquisa y su habilidad para eso será evaluada desde el comienzo por la capacidad de encontrar un orientador y justificar sus intereses frente a él.

2. Nunca ignore el mapa de la situación

La situación está compuesta por el programa de posgrado, por los otros alumnos y orientadores, por el área en la cual su programa está incluido, por organismos externos e internos, por lo que se evalúa la satisfacción. CNPq, Capes, Fapesp, CCint, CPG y CCO,[66] son siglas con las que usted se debe familiarizar. Dentro de ellas es importante destacar el soberano *Currículo lattes*, una verdadera mezcla entre carné de identificación e impuesto a la renta del investigador (además es gratis; vaya por el el suyo). Si todavía no tiene uno, vuelva al inicio del juego –casa 1–. Plazos, condiciones, regulaciones y comisiones componen el paisaje de su aventura. Recuerde: el posgrado desciende en espíritu y concepto, de la Edad Media (Bologna, Oxford, Sorbone). Si nunca estudió el feudalismo haga un curso rápido: lazos de vasallaje, teoría de los dos gladiadores, territorios defendidos con murallas y castillos, tribunales del Santo Oficio, defensas ante tribunales, pruebas de amor cortés, ataques de moros, cruzadas y cercos levantados contra los herejes. Por toda parte habrá jerarquía, señales y descifrados. Imagine que la burocracia es la Iglesia y los orientadores son los nobles siempre luchando para ver quién es más noble que el otro. Están asimismo, los siervos de la gleba y los antros en martirio. Los matrimonios se acaban, el embarazo múltiple acontece, el trabajo es perdido y la peste en el computador conspira contra nosotros. Vida real: el mundo no va a parar para que usted haga su tesis. Usted necesita sobrevivir a todo eso y llevar a cabo sus sueños de autonomía y libertad. Conozca el mapa; sin él los peligros vendrán de todas partes. No olvide: dos o tres vidas para la maestría y cinco vidas para el doctorado según el modelo de su *videogame.* En casos especiales, seis meses de prórroga. Pero no cuenten con eso; algunas máquinas dan *game over* sin aviso. Observe, además,

66. El autor hace referencia aquí a los organismos estatales de control de la ciencia y la tecnología que administran la información de la producción científica, evalúan a los investigadores, los grupos de investigación y los programas de posgrado y ofrecen becas de estudio para posgrado. En Colombia estos son Colciencias, Icfes, Conaces, CNA y el Ministerio de Educación Nacional (MEN). (Nota de los traductores).

que si perdió el plazo serán perjudicados, en orden de importancia: usted (que tendrá que dar cuentas de esto hasta el juicio final); su orientador (que usted escogió); su programa (que ganará menos becas); sus compañeros (que tendrán menos qué pelearse); su departamento (que tendrá menos producción científica); su universidad (que tendrá que explicar la mala elección de candidatos), y sus descendientes hasta la quinta generación, que serán maldecidos por el pecado cometido.

3. No pierda tiempo haciendo mapas imaginarios

Escribir una tesis, particularmente sobre psicoanálisis, es un desafío al narcisismo. Si usted no se pone en su lugar el texto será anodino; si se posiciona, el texto se expondrá ante usted. Sus limitaciones, preconceptos y otros devaneos serán llamados a trabajar durante la gestación de su tesis. El texto será un fragmento de sus charlas con sus analistas, supervisores, pacientes, amigos, competidores, enemigos, pseudoenemigos, grupos, antigrupos y demás figuras fantásticas que solo su imaginario sabe crear. Más allá de eso, es importante que forme parte de su conversa con la comunidad de autores con los cuales hable. Escójalos con cuidado, pero no en demasía. Hable con los clásicos (Freud, Lacan, Klein, etc.), pero también con los vivos, con las tesis y artículos publicados en la última década; hable en inglés y en francés (evite el finlandés lacaniano); hable con sus actuales profesores, pero también con los antiguos; hable con los eventos fortuitos de la semana; con todo lo que le caiga en la mano y se muestre útil para la conversación. James Joyce revisaba latas de basura y leía desde la fórmula del médico hasta la propaganda del desodorante. Al igual que en el análisis todo es harina para la masa de la transferencia, en la tesis todo es pretexto para el texto. Especialmente benéfico es hablar con los otros peregrinos, sus compañeros y adyacentes que a pesar de el ensimismamiento que les generado la tesis, viven el mismo mundo que usted. La Edad Media fue un periodo harto en sospechas y temores, regido por la incertidumbre de la persecución. Por esa razón es también una época de extremo encerramiento meditativo e introspección. No gaste sus preciosos y escasos recursos en comparaciones inútiles tratando de saber todo el mapa antes de comenzar. La errancia forma parte del viaje. Cualquier tentativa de elaborar el texto y construir al tiempo su propio metalenguaje explicativo, debe abandonarse para retomarse en la defensa.

4. Domine el dragón de la originalidad

El coraje es bueno; aspirar a la trascendencia no. Una de las peores pesadillas de los magistrandos –y especialmente de doctorandos– es que su amada tesis

quede "olvidada en una biblioteca empolvándose en aquel rincón oscuro, comida por los ratones" como en *El nombre de la rosa*. El camino de Santiago es largo y arduo, razón por la cual los peregrinos comienzan a imaginar el jardín de las delicias. El deseo de tornarse un autor, de ser reconocido por una idea genial, por una nueva forma de ver las cosas o por un tema único del cual usted será el dueño, propietario y conquistador, es loable. Nadie se entrega a una cruzada como esta sin un gran motivo. Considere su tesis como una doncella (o un doncello, si fuere el caso), que debe ser ser conquistada. El dragón de la originalidad, con sus cabezas narcisísticas de las cuales brotan dos cuando se corta una, torna su tesis invulnerable. Detalle aburrido: su tesis no existe todavía. Traiga el dragón que suelta llamas de idealización por los ojos para el viaje, pero guárdelo en su alforja. Mírelo bien cuando todo parezca perdido y guárdelo de nuevo rápidamente.

La originalidad es un efecto, no una causa. No se busca; ella lo encuentra. *Magister dixit:* "La originalidad que nos es permitida se reduce a la franja del entusiasmo que la dotamos" (Lacan, 1968). Pero eso solo acontece si no se obsesiona con las ideas y tiene el coraje para dejar aparecer su propia voz. Curiosamente, los que aspiran a la suprema originalidad en general son inhibidos o tragados por ella. El toque de gracia acontece para algunos, pero no son los que más se preocupan por ello. Nos debemos contentar con hacer nuestra parte; es decir, dar lo mejor que se tiene en este momento de la vida, en las condiciones reales de las que se dispone y con los recursos que se cuenta. Olvide el concepto de condiciones ideales de presión y temperatura, ello solo atrapará a sus familiares que rápidamente serán responsabilizados por su falta de creatividad. Deje que los ratones roan su tesis, de aquí a veinte años ella será solo un pecado de juventud.

5. Encuentre su unicornio interior

Algunos comparan la escritura de la tesis con la búsqueda de un tono. Como en una banda, luego de que se consigue comenzar, el resto acontece con facilidad. En la escritura de ficción este es un tema noble. Hay libros que abordan específicamente la escritura de la primera página o incluso del primer párrafo (Edgeton, 2007). Freud no parece desconocer el problema al insistir en la importancia de las primeras comunicaciones en el análisis, ya sea en el comienzo del tratamiento o en la apertura de cada sesión (Freud, 1913). Por ello se acostumbra repetir –casi siempre sin efecto– que la introducción de la tesis debe ser lo último en ser escrito. Sin embargo, el orden de la creación del texto no se debe confundir con la arquitectura del texto final. Es común que el apartado sobre el método sea escrito o finalizado posteriormente a la discusión de los resultados. Este

"tono" es como estar enamorado. Cuando acontece usted sabe que "tiene una tesis", algo que puede acontecer en cualquier punto del camino y ciertamente cambia todo, como un éxtasis místico de Margarita Porete. Su contenido puede estar errado, mal acabado o en arquitectura precaria, pero usted y en ocasiones su orientador, sabe que tiene una tesis. Incluso que su texto sea una disertación de maestría o un informe de trabajo de grado; o sea, que no se exija la presencia de una tesis en sentido estricto, que será presentada y defendida, en el caso de trabajos en psicoanálisis hay siempre una tesis. Por eso se debe entender la emergencia de la voz de la autoría, de la responsabilización y de la implicación con lo que se está diciendo. Son muchas las voces que componen un texto: otros autores, usted mismo en otros momentos, sus profesores, analistas, y supervisores. Hay voces que aparecen y no siquiera sabemos de dónde provienen. Nuestra injerencia en esta polifonía es relativa, pero nunca se debe dejar de buscar el instante cuando por obra de la casualidad o el esfuerzo ellas paran de luchar unas con otras y usted siente que ese tono es su propia voz. Luego, se trata de no perderlo. Así como los unicornios, la búsqueda de su "tono" es una búsqueda hecha por la inferencia incorrecta de que si existen cuernos sin cuerpos de caballos y caballos sin cuernos únicos, de alguna manera deben existir caballos con cuernos. No existen los unicornios, lo que no nos impide ir en su búsqueda. Cuando los encontramos son hechos de otra cosa: cuernos de Nerval muertos hace mucho tiempo, fantasías sobre caballos fálicos, deseos en torno de la virginidad, tapicerías guardadas en museos, desconocimiento sobre caballos reales o la simple bondad de contar una historia que valga la pena.

6. No complique lo que no existe

A veces somos asaltados por una "idea maravillosa". La tesis nos viene a tono como la pieza faltante de un rompecabezas. A pesar de esto, al día siguiente la euforia termina en dos frases dislocadas, sin brillo y vacías. Otras versiones del problema consisten en que una larga, rica y esclarecedora conversa con su orientador puede redundar en una página en blanco más, que insiste en no entregar el secreto de su virginidad, o magnánimas promesas proclamadas en el bar con los amigos se vuelven polvo indigente cuando regresamos a casa dispuestos a no dejarlas en la inconsistencia verbal. Acepte eso como regla del juego. El tiempo de articulación del significante es un tiempo lógico, no cronológico. El lado traicionero de esto es que no se sabe cuándo llegará la hora, por lo tanto escriba siempre: cuando tenga cinco o diez minutos libres, antes de ir al bar a fanfarronearles a los amigos, antes del insomnio. Nunca espere; las palabras vendrán en la hora adecuada. Es como una sesión de análisis: no

se tiene nada que decir aquel día, pero se va de todos modos. Jamás complique lo que aún no existe: los libros no leídos; el fin de semana sin los niños; aquella tarde de domingo tranquila y sin interrupciones telefónicas; lo que su orientador va a encontrarse. Todo eso no existe, por lo tanto no se complique. Escriba; el escritor escribe; el tesista hace la tesis.

7. Acepte las críticas más despiadadas

Hay un consejo constantemente dado por los editores a los escritores. Luego de terminado el libro, reléalo con atención y subraye las frases que considere más sensacionales, creativas y retóricamente perfectas. Enseguida retírelas sumariamente de su texto, en cuanto solo serán interesantes para usted. Cuando la metáfora corriente compara la tesis con el nacimiento de un niño hay, de hecho, alguna pertinencia, pues pocos proyectos en la vida demoran tanto en ser logrados.

En la tesis depositamos nuestros sueños y esperanzas. Un día, ella nace para la vida y sale de nuestras manos para ir a parar al tribunal de estos terribles e inescrupulosos lectores. En ese momento deja de pertenecernos y deberá sobrevivir sin nuestra ayuda. Como decía Montaigne, escribir es aprender a morir.

Así también son los hijos. cualquier psicoanalista recordará que "su majestad el bebé" necesitará de un largo proceso de separación durante el cual la actitud de sus padres será decisiva. La falla básica aquí es la siguiente: el juicio más íntimo de su ser (*kern useres wesens*) no está en juego en la tesis. No es usted el que está siendo juzgado: es lo que usted escribió. El psicoanálisis es una actividad en el cual los parámetros narcisistas de éxito, realización y progreso son inapropiadamente aplicables. El carácter sigiloso de la experiencia, el cotidiano relativamente solitario, las incertezas de la práctica acostumbran a inquietar nuestros ideales. Es común que la tesis venga ponga a prueba los aspectos más disímiles de la formación y la práctica clínica, por lo cual no es una buena idea alimentar esta tentación. Freud recomendaba que no nos dejáramos llevar por los elogios transferenciales del paciente y tomáramos las reacciones críticas con parsimonia. Si su orientador o sus compañeros critican un punto de su texto, retroceda y evalué con calma. Responda sobre todo a lo que fue dicho y no lo tome como un acto de desamor. Un académico que no escucha es como un psicoanalista sordo. En la duda acepte la crítica como instrumento para separarse de su "obra". Abandone toda soberbia psicoanalítica y admita el carácter proyectivo de la envidia y de la ira intensas. Deje que la melancolía y la tristeza

profunda hagan su trabajo, pero sobre todo jamás se entregue a la lujuria con otros que no sean su texto.

Nota: la melancolía y la tristeza profunda (pereza espiritual) componen los pecados capitales, el número inicial de ocho y no siete, según la clasificación de Evágrio del Punto (345-399 d.c.).

8. Los límites de su lenguaje son los límites de su mundo

Aprenda idiomas. Si no es posible la lectura en el original, busque textos que puedan ser cotejados, ediciones de control junto con discusiones sobre traducción, compilación, edición y establecimiento de las obras de los autores importantes. Nunca discutir con el traductor, ese guardián de la vida académica (si él asegura todo, es su obligación, nadie repara. Si yerra una vez, todos lo critican. Profesión maldita; donde él pisa el pasto no crece). No obligue a su lector a hablar su lengua, especialmente en lo que comporta de dialecto, jerga, proverbialismo y particularismo. Su litoral entre saber y goce no es una playa particular. Recuerde: el nombre del juego es universidades y no es particularidad. Ferenczi apuntaba que toda colonización comienza por obligar al otro a hablar nuestra lengua. Rehusarse a hablar una lengua común no debe ampararse en la falsa asociación entre el discurso del psicoanalista y el estilo gongórico de Lacan. Cuidado también con las monomanías. Freud y Lacan recomendaban una dieta omnívora, balanceada y diversificada. Construir un estilo –o su estilo– es esencial para autorizarse como autor. Nada ayuda más en esta tarea que separarse del otro. Cuanto más rico, complejo y extenso es el otro, mejor será su estilo, su corte, su separación. Separarse en el desierto es bastante más difícil. Piense con su clínica, de preferencia los clásicos del psicoanálisis y la literatura, pero también a todas las lenguas de la ciencia, la cultura y el arte. Piense con lenguaje del cine y de la propaganda; piense con el teatro y con las novelas de televisión. Dominar una lengua básica (un autor o un tema) es altamente deseable. Hay buenos textos que le ayudan a desarrollar la escritura de ficción (Bickham, 1992; Gardner; Burroway y Stuckey-French, 1996; Srunck y White, 2000), una aptitud necesaria para una tesis en psicoanálisis. Hay otras referencias generales sobre la escritura de la clínica, su estilística y los nombres de la constitución de la autoría en psicoanálisis (Mezan, 1998; Costa, 2008; Goncalves, 2000). Debemos tener un poco de formalidad. Eso comienza por su *email* (evite cosas como rockfucker2001@fritz.com.br). El material enviado deberá ser clasificado por su orientador y compañeros, de ahí que sea deseable algún orden o método (evite cosas como Intr.geral-agora-vai-mesmo-33). Seleccione lo que desea que sea leído con más atención e indique sus dificultades (evite

cosas como "tesis total todo de una vez"). Respete la urbanidad de los horarios de envíos y expectativas de respuesta (evite comentarios como "¿estás ahí?"; "¿leyó mi *email*?"; mandado a las 3:34 de la madrugada anterior). Regla general: si el lector no entiende, la culpa es suya. En este juego el lector es soberano. En otras palabras, es usted quien no se expresó bien o escogió mal sus destinatarios. Recuerde que no estará al lado de sus lectores para largas explicaciones verbales sobre el sentido de aquella interjección, aquella alusión, aquellas comillas, aquellos "y/o" bancario, y aún peor "de lo que usted quería decir".

9. No pierda la experiencia

Una investigación clínica no es solo una explicitación de conceptos o la reconstrucción de su desarrollo dentro de la obra. Una experiencia intelectual tampoco es el relato o testimonio autojustificado de un saber pre onstruido. Si entra al posgrado para corroborar lo que ya sabe, vuelva a la casa número 2. Aquí interesan buenas preguntas, no solo respuestas. Además, el tema no es pregunta. Por ejemplo, si aborda a su orientador con una indagación genérica del tipo: "quiero estudiar sexualidad femenina" o "teoría del goce", apenas confesará involuntariamente su interés en hacer un curso, un cartel o una especialización, no una maestría o un doctorado. El posgrado no es el lugar en el cual va a aprender lo que este o aquel autor dicen, ni lo que él quería decir; eso se supone dada la formación que tiene. El posgrado tampoco es un lugar para confirmar que su práctica es buena y que está certificado. Lo que se espera del posgrado es que nuevos problemas, nuevos ángulos, nuevas respuestas sean propuestas y tratadas. Si aún no se siente en condiciones de plantear una *questio*, o sea una cuestión capaz de generar un conjunto articulado de preguntas que se incluya en una *disputatio* (la ciencia es una disputa agonística y concurrencial por la verdad); si no quiere dialogar y cuestionar otras personas de la comunidad de estudio en la que se pretende incluir, continúe leyendo hasta encontrar la estructura de su ficción. Sin embargo, nunca pierda de vista la experiencia que su texto tiene como horizonte, es ella la que debe trabajar en su texto de la primera a la última página.

10. No ignore su propio texto

En el ansia de leer lo que se debe, se puede y lo que no se puede, es común olvidar leer con seriedad y atención lo que estamos diciendo. Leerse es conocer los meandros de su propio texto, una actividad que no es dable recomendar. La búsqueda de la concisión, de la corrección ortográfica, de la fluidez y de la

claridad constituye un verdadero Santo Grial dentro de la tesis. Verifique la concordancia y la coherencia. Lease: "sujeto-verbo- predicado"; "una idea, un párrafo"; "premisas, argumentos, conclusiones". Imagine un monje en canto gregoriano: lo que gana en altura lo pierde en tonalidad. Regla básica: la gente nunca gana en las dos cosas a la vez. Si descendió, pierde en "visión general"; si subió, pierde en detalle y agilidad; si corrió, dejó algo atrás; Si fue muy despacio… se salió del coro. Al contrario del análisis, aquí los entimemas, alusiones, elipses y expresiones indeterminadas no son bienvenidas. El arte de pulir un texto introduce una relación temporal nueva que crea ángulos y problemas inesperados. No es una casualidad que en la época de Spinoza, todo filósofo debía tener una actividad manual (él mismo era pulidor de lentes). El pulidor y el orfebre deben ir de la mano con el ingeniero y el arquitecto del texto. Estas dos funciones deben articularse con la máxima "sea el psicoanalista de su propio texto". Escúchelo, reconozca resistencias, síntomas, inhibiciones, mensajes que retornan invertidos a través del Otro. Principalmente, sustente los significantes que introduce, explique títulos, justifique conceptos, desarrolle nociones, varíe y enriquezca el uso de expresiones; use recursos filológicos, aproveche las fluctuaciones semánticas y ambigüedades calculadas; haga *su cuestión* de investigar-trabajar; aproveche para examinar su trabajo también como un estratega militar: ¿dónde están los flancos?, ¿dónde las mejores columnas de apoyo?, ¿dónde hay agujeros haciendo agua?, ¿dónde queremos que el enemigo se introduzca?

Por encima de todo, nunca entregue un texto para apreciación sin homogeneizar el tipo de letra (Times New Roman 12); sin el interlineado (1,5) ; sin justificarlo (bajo la forma de texto y su contenido de preferencia); sin la titulación y subtitulación numerada de los ítems (1, 1.1.; 1.2.4 .); sin nombrar apropiadamente el archivo (en el texto y en el computador); sin usar correctamente la cursiva (expresiones extranjeras, nombres de libros); sin usar adecuadamente la negrilla (nunca como estresador o interjección de énfasis; use con criterio el signo de exclamación (!) y la pregunta retórica y sin el rigor formal de las citaciones (más de cuarenta palabras fuera del cuerpo del texto y con sangría, tamaño de fuente 11 y menos de cuarenta palabras en el cuerpo del texto, entre comillas, tamaño 12); sin especificar la fuente correctamente (nombre del autor, año de publicación, año de edición utilizada, página en la cual se encuentra el párrafo). Por encima de todo, por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia cite sin poner comillas o sin mencionar el autor. El nombre técnico para esto es plagio, robo o también llamado hurto de texto. ¿Quiere usar parafrases, glosas o síntesis de ideas de autores o el mismo pasaje genérico de un texto? Hágalo con sus propias palabras (parafraseo). Imagine que es un abogado que defiende una causa. Así como en el proceso jurídico, un error en la forma, una pérdida

de plazo, una anomalía en el procedimiento, impiden que su causa sea apreciada con justicia. Ello genera confusión, pues podría ser asimilado como una negación del contenido y desencaminar el alma de su proyecto rumbo al paraíso para dirigirla al limbo o al purgatorio por tiempo indeterminado.

11. Las cabras débiles se quedan atrás

Nunca deje las citas para cotejarlas después; presente los textos parciales con el mejor nivel de que pueda conseguir. La perspectiva de que lo importante en este momento es pasar la idea es completamente incompatible con la sustentación universitaria del significante. Lo mismo se aplica a títulos no explicitados, citaciones no trabajadas o argumentos inconclusos. Evite los dos pecados actitudinales en la escritura académica: dogmatismo (cabras demasiado concentradas) y el eclecticismo (cabras dispersas). Un buen antídoto estilístico para ello es alternar momentos de construcción de justificaciones y argumentos, con momentos de construcción de reglas o criterios por los cuales los argumentos deben ser juzgados. Imagine que su precioso tiempo es tan precioso como el de su colega o el de su orientador, que tendrá que estar atento a los problemas ortográficos, de diagramación o de homogenización de citaciones y referencias, en vez de concentrarse en lo importante. Moraleja: las cabras que deja atrás siempre vuelven a adelante.

12. El postgrado no sustituye la formación analítica

El postgrado forma investigadores y profesores y la formación analítica psicoanalistas. La mejor manera de dividir esta contradicción es asumirla como tal. La formación es un proceso más amplio que el postgrado y comprende su formación psicoanalítica pero también su formación general (*bildung*). Es necesario que lea amplia, extensa e intensamente y conozca los comentadores y autores. Nunca comente a su universidad las divisiones entre escuelas, líneas y grupos psicoanalíticos; ello sería como ir al matrimonio de su jefe con la camiseta de su equipo de futbol preferido (aunque su propio jefe sea hincha del mismo equipo). La regla que prescribe que un grupo no debe leer o discutir lo que otros grupos concurrentes hace, no solo no se aplica en la universidad, sino que es virtualmente maléfica a la formación psicoanalítica. Eso vale para la composición de tribunales de defensa, exámenes de cualificación o candidatura y escogencia de disciplinas y pasantías docentes. Al contrario de otras áreas de postgrado que tienden a la especialización, en el caso del psicoanálisis la feudalización es tendencialmente problemática.

13. La formación analítica no reemplaza el posgrado

El posgrado debe ocupar un lugar suplementario en la formación del psicoanalista. Si fuera un pretexto para descuidar la formación, tenga la certeza de que será la brecha por la cual el diablillo de la resistencia entrará en su vida. En términos más específicos, este problema termina concentrándose en su capítulo sobre el método. El psicoanálisis no solo posee un método, pues fue definido más de una vez por Freud como un método en sí mismo: un método de tratamiento y un método de investigación. En cuanto a método de investigación, está muy lejos de categorías como la asociación libre, la transferencia y la interpretación sin mediación o meditación, como si justificasen o describiesen sus procedimientos de método para la investigación científica. Hay equivalentes, analogías y homologías, pero exigen una especie de "cuarentena de aclimatación". Nunca piense que el psicoanálisis es lo que Freud dice, pero tampoco incurra en su inversión: si Freud (o su equivalente) no lo dice, no es psicoanálisis. En general, la formación en psicoanálisis no enfatiza la investigación psicoanalítica, dado que generalmente las instituciones psicoanalíticas se distancian de la investigación formal. No crea que de su formación le saldrán espontáneamente las reglas del método psicoanalítico, pues este debe ser adecuado a su objeto y a la experiencia en cuestión. Recuérdese la solución algo tautológica pero elegante propuesta por Lacan: el psicoanálisis es todo tratamiento conducido por un psicoanalista y en correspondencia, la investigación psicoanalítica es toda investigación conducida por un psicoanalista. Diferente y más restringida que la investigación en psicoanálisis hecha por cualquiera que tenga la aptitud o muestre interés por el psicoanálisis, sea o no psicoanalista o clínico practicante. Ahora, para construir un método que eleve el objeto a la dignidad de la experiencia, vale lo que sirve al investigador y conviene a sus objetivos. O sea, existen innumerables recursos técnicos y metodológicos que pueden ser combinados y articulados a los conceptos metodológicos del psicoanálisis, a saber, análisis del discurso, investigación-acción, hermenéutica crítica, observación libre o controlada, crítica de conceptos y estudio de caso, por citar los más comunes en el campo de la investigación cualitativa (Banister y Parker, 1994). No los desconozca.

14. ¿Con quién cree que está hablando?

Argumentos de autoridad del tipo "Freud dice" o "Lacan habló", revelan solo la servidumbre de la tradición de la que proceden. La frase de Goethe "Tornar tuya la herencia que te legarán" puede ser usada para domesticar la transferencia de servidumbre. La extensión representada por la formación en psicoanálisis, suplementada por el posgrado, trae una responsabilidad nueva, la llamada

responsabilidad del intelectual, que implica situarse y compartir su recorrido con otros. El primer deber del intelectual es la humildad; apenas reproducirá el sistema de opresiones que gestó. El segundo deber es destruir las autoridades construidas y hablar por fuera del lugar que le está reservado. Esta doble tarea fue sintetizada brillantemente por Bloom (1991), quien la llamó "angustia de la influencia"; o sea, la tarea formativa de autodesmembrarse de la autoridad recibida, de separarse de los autores e influencias que recibimos. Aquel que se adhiere al poder soberano del autor piensa la universidad como una jerarquía y usará el texto como un inquisidor.

15. Cero es igual a cero

Una de las reglas de la teoría general de la conversación de Grice es: contribuya a la conversación añadiendo algo nuevo. La mejor manera de reducir el interés de su tesis incluso para usted mismo, es olvidar que esta es apenas un fragmento compuesto de palabras que será adicionado en una exposición, comenzó antes de usted y terminará mucho después. Usted hará solo una contribución y no será la primera ni la última. Aquel que se aquieta cinco años porque espera salir de su consultorio con "última palabra" sobre un asunto, debería regresar a él (cero = cero). Aquel que quiere participar de la conversación sin decir nada propio o comprometedor, recójase en su consultorio para pensar por cinco años más (0 = 0). La conversación más inmediata –inevitable– es con su orientador y luego con los miembros del comité. Sin embargo, puede aplicar el método de la diagonal de Cantor para percibir la extensión potencial de la conversación en cuestión. Ir a una sustentación sin leer, citar o comentar lo que escribieron los miembros del comité y su orientador sobre un determinado asunto es, simplemente, inadmisible. Si usted los escogió es porque tienen algo que decir sobre lo que estudia. Y si ellos lo escogieron para orientación o aceptaron participar de su comité es porque consideran que usted tiene algo para contribuir a las investigaciones que están desarrollando. Acuérdese: su orientador no es una versión empeorada de mamá, cuya única expectativa terrena (bajo su óptica narcisista) es adular y reforzar la adoración por su cría. Pida licencia, difiera, posiciónese de preferencia con elegancia y educación, pero jamás tome el camino por el cual usted se torna el maestro del universo simplemente porque desarrolló esa extraña habilidad de ignorar a los más próximos, reducir cabezas procrustianamente o disminuir el tamaño del mundo en el cual estamos. Eso es, *mutatis mutandi*, indiferencia para con otras escuelas, líneas y orientaciones dentro del psicoanálisis. En suma, nunca olvide a aquellos con quien usted está hablando ni justifique su pereza con preconceptos.

16. No matar gorriones a cañonazos

Se debe tener cuidado al dimensionar los argumentos, observaciones y datos históricos sobre la base de lo que usted realmente necesita en el contexto de su demostración. En el comienzo tendemos a rodear todas las lagunas y gastar recursos sin los debidos beneficios para la demostración. Cuando no estamos seguros de lo que vamos a hacer en la tesis, partimos por reunir argumentos de fuerte "aspecto crítico" o con "altas dosis dogmáticas" para justificar lo que ya sabemos o alejar lo que aún no sabemos. El arte de matar pajaritos a cañonazos es, en el fondo, el arte de disfrazar la cobardía. El psicoanálisis no es una ciencia que dependa exclusivamente del criterio, la exactitud o lo empírico. Su criterio es el rigor en cuanto al texto y la clínica y de ellos para con la experiencia. Recordemos: la clínica es el nombre de una experiencia y de un método; en realidad, de una familia de métodos. La clínica exige rigor y minucia en el establecimiento de la semiología, una crítica comparativa de la diagnóstica, una evaluación ponderada de la terapéutica y una investigación hipotética de sus esquemas etiológicos. Clínica bajo transferencia, clínica como tradición; de ahí la proximidad entre la tesis en psicoanálisis y la escritura de la novela policial (Dunker *et al*, 2002).

17. No revelar la causa de muerte en el primer capítulo

Esto no es solo una falla retórica que descalifica la atención de su lector e ignora las reglas de la formación de la intriga por la cual valdrá la pena continuar leyendo su trabajo. Este error suele revelar algo más serio: usted ya sabe dónde quiere llegar; sabe lo que será concluido y lo que hay para ser dicho. Quédese en casa, usted ya sabe. Queremos personas que aún no saben.

18. Nada se pierde, todo se transforma

La escritura de un texto largo como el de una maestría y más aún el de un doctorado, requiere un plan o proyecto en el cual los capítulos sean diagramados. La estructura del texto académico sigue, con variaciones, aquello que los antiguos retóricos llaman *dispositio*: introducción, objetivos, justificación, método, resultados, discusión, conclusión, funciones lógicas del texto que no necesariamente deben corresponder a la titulación y al orden de los capítulos. Lo importante estriba en que su escritura posea salidas alternativas. Un capítulo que ha perdido el rumbo puede convertirse en un buen artículo, una sección sin propósito o lugar puede ser reaprovechada en un congreso, una apertura osada que no tuvo lugar puede ser almacenada en su baúl para emergencias.

Si no se tiene algún otro proyecto de escritura que no sea la tesis, se está en problemas, pues tarde o temprano su deseo de hacer entrar todo va a aumentar su ambiente. Las reducciones serán sentidas como pérdidas melancólicas que resistirá con fervor. Su texto se hace más lento, perdió la agilidad y morirá como un elefante preso en la arena movediza.

19. ¿Cuál es el tamaño de la pista donde va a aterrizar?

Siempre mencione sus planes e ideas de acuerdo con sus recursos. Grandes promesas exigen pistas de aterrizaje grandes: plazos largos y prósperos, escritura pródiga y tiempo de dedicación extenso. Calcule el centro de su proyecto, el punto en el cual se debe aplicar más fuerza y densidad y observe si se ajusta a sus previsiones. Si es posible comience por él, tenga claro que los planes, cronogramas y proyectos pueden ser corrompidos por una pasión repentina en medio del camino. Un error común es componer un copioso capítulo histórico lleno de varianzas y reintroducciones, con cuatro turbinas para aterrizar en su pequeñísima y generalmente ahuecada pista de aterrizaje formada por la modesta pregunta de investigación. Si usted es un principiante va de lo particular a lo general, no de lo general a lo particular. Haga como los cineastas de *Hollywood*: comience por la acción. Para estudiar una pieza teatral específica tal vez no necesite rehacer toda la teoría de la representación de Freud desde el *proyecto,* incluidas las *afasias* tanto como el resumen crítico de los textos sobre la metapsicología. Para estudiar las fórmulas de la sexuación de Lacan tal vez no sea el mejor camino comenzar por una revisión completa de la teoría del significante. Algunas definiciones deben venir necesariamente antes que otras, pero una vez comenzado (recuerde la importancia del comienzo) siempre hay algo por hacer. Sobre todo no luche con su texto, no lo insulte, no lo maldiga el día que usted se quiso meter con eso. No se quede ambicionando el tema del próximo, ni soñando con un nuevo comienzo. Un cambio radical de tema dejará los problemas atrás –así como piensa el sentido común sobre los síntomas–. Piense siempre en el tamaño de la pista.

20. No me venga con chucherías

Sí: la impresora tiene voluntad propia. Está mancomunada con su computador y a veces se une al proveedor de internet para todos, en conjunto, conspirar contra usted. Y ni hablar de la falta de suerte porque el el papel se acabó a las tres de la mañana en vísperas de su presentación. Llueve, le dan calambres, se pincha un dedo y sobreviene un tsunami familiar. Su orientador es como un superyó

auxiliar. Él y su tesis entraron en su vida como una vaca gigante que usted decidió poner en la cocina de su casa. Estorba, todo lo atropella todo y no para de observarlo. Un día ellos salen de su vida y usted descubre cómo la vida puede ser feliz. Antes de eso, la tesis es una sensación de división permanente. Si aún no ha olvidado las condiciones ideales de presión y temperatura y sueña con aquel monasterio en las montañas de Caracassone al lado de los pajaritos, sus libros y sus cartapachos, regrese al ítem número 1 de esta lista. La regla es: traiga alguna cosa. Por mínima que sea, nunca será suficiente: un papel arrugado con una frase aforismática, una vieja pregunta sin propósito o destino, un sueño en el que se imagina el gran Berzelius; tráigalo todo. Un orientador sabe volver sobre lo que fue posible escribir. Nadie sabe qué hacer con el vacío; considere llevar este último a su análisis.

21. No le pegue al perro muerto

Las críticas a los perdedores de la historia constituyen siempre la llamada posición fácil. La comunidad a la cual usted pertenece posee consensos firmados y es importante mostrar que los conoce, pero más importante aún es revertir las expectativas creadas a partir de tales consensos. Repetir las viejas críticas de Lacan a la psicología del yo de la década de 1950, puede ser útil para indicar que usted forma parte del grupo pero no aumenta nada. Tarde o temprano va a aparecer la cobardía o la pereza, o peor, la falta de cosas mejores para decir. Siempre que sea posible procure la posición difícil sin que eso se torne el origen de pequeñas diferencias. Consuélese con la mediocridad de la producción ajena; engáñese con la convicción de que su grupo es el mejor del mundo; divida, en cuanto pueda, el mundo en grupos, bandos y personas abultadas de intereses e intrigas. Conspire y prolifere la maledicencia y descubrirá que todo eso es un falso antídoto para aplacar su sentimientos de mediocridad, sus vanas aspiraciones gloriosas y su fe en que al ser los otros muy pequeños usted se tornará en la encarnación de la grandiosidad intelectual.

22. No abuse de la elasticidad de la transferencia

Toda escritura de una tesis está atravesada por transferencias y no solo aquella que se acostumbra formar con el orientador. No imagine que si su orientador hiciese un esfuerzo para amarlo un poco más, una revolución del saber iluminaría su alma. Las puertas de Sésamo se abrirán con un toque de la piedra filosofal del reconocimiento del orientador: ser supremo en maldad.

Amantes, amantes, textos aparte. Freud decía que en las instituciones la transferencia puede asumir las formas más humillantes y empobrecedoras. Ellas son de dos tipos: quienes dicen que todo va a salir bien porque su orientador los ama y quienes dicen que todo va salir mal porque su orientador los odia. Nada mejor que la crítica honesta, dura y directa. Si usted está en busca del "10 con estrellita", vuelva al pregrado. Los orientadores, como los analistas, siempre esperan más normalidad de salud de lo que ellos mismos pueden ofrecer como parámetro. No tienda a adivinar aquello que su orientador realmente quiere echando mano de lo que a usted gustaría. Luche por sus ideas con argumentos, pruebas y evidencias. No imagine que la universidad es una cofradía que funciona como una acción entre amigos y si algo sale mal es culpa de falta de padrinos. Negocie sus intereses con los de su orientador. Considere que en la escrita académica hay cuatro tipos de saberes materiales: aquello que usted sabe que sabe pero está harto de pensar, escribir y decir; aquello que usted sabe que no sabe y se le aparece como un inmenso y seductor continente por conquistar o lo obliga a desviarse; aquello que usted no sabe que sabe y que su orientador debe ser lo suficientemente astuto para extraer, dar voz y aprovechar; y aquello que usted no sabe que no sabe; por ejemplo, el trabajo infinito que aquel tema (aparentemente fácil) representa, pero también su increíble facilidad para tomar y entender los movimientos de este o aquel autor. Ahora suponga que todo está sucediendo también del lado de su orientador. Él puede saber menos que usted sobre su asunto, estar harto de leer las mismas ideas, desconocer su propia ignorancia. No fuerce la barra. Ustedes están juntos como dos ciegos en un bosque oscuro. Lacan decía que la transferencia une, al modo de una banda de Moebius, el psicoanálisis en intensión y el psicoanálisis en extensión. Lidie con las transferencias académicas de la misma forma como lo hace con las transferencias analíticas. Procure saber dónde está el punto de torsión.

23. No es con fuerza, es con estilo

Su tesis es como una doncella a ser conquistada y en el proceso no va a ayudar mucho tirar la casa por la ventana, maldecir su suerte o rezar por ayuda divina. Ella solo se le entregará según sus caprichos y designios y en su tiempo (por desgracia, no está sincronizada con los tiempos institucionales de entrega de la tesis). Tres máximas de los cánticos trovaderescos de amor y amistad son aplicables aquí: 1. no es con fuerza sino con estilo; 2. quien se desubica recibe; quien pide tiene preferencia; 3. no dé el tercer beso antes de dar el primero. Si la idea no viene cambie de capítulo, desarrolle otro apartado y revise un segmento dejado atrás. Imagine que su texto es una casa en construcción o uno de estos

cuadros de Bosh o Brueghel llenos de detalles interminables. Siempre hay algún reparo para hacer aquí o allá. Sus compañeros, orientadores y miembros del jurado, van a mirar aquel acápite entuerto o aquella columna de salomónica mal cimentada de su catedral de Chartes particular. Eso suena como una injusticia frente al esfuerzo. El lector profesional es un maniaco de la falta, pero puede estar seguro de que la mayoría de las veces no está gozando con su castración.

24. Si no salió con estilo, entonces hágalo con fuerza

A pesar de todo hay textos indóciles, momentos de marasmo creativo y desorientación de ideas. A veces recorremos magníficas carreteras que llevan a ninguna parte. Siempre hay una solución simple para cualquier problema complejo: la solución errada. Tarde o temprano, los caprichos de la inspiración se someten a la disciplina de la transpiración. Si su doncella no se quiere entregar a pesar de sus súplicas y de su devoción, recuerde que el amor cortés se desarrolló en paralelo con las competencias de caballerías, los ejercicios militares y las justas ceremoniales. Quien no te quiere no te merece. Lo importante es no volver a casa con las manos vacías: resuma, comprima, reseñe, organice, lea y garabatee. En casos extremos, haga justicia con sus propias manos, sea consciente de que no todos lo reciben como la cosa más maravillosa del mundo. La sublimación es un recurso limitado y el trabajo es la condición de su acontecimiento. Eco (1977), nos recuerda una estrategia para la elección de un tema que puede ser usada de forma inversa. Imagine que escoge un tema de tal forma que sea capaz de conocer (eso incluye desde leer hasta situar vagamente lo que aquel autor hace) todas las referencias. Es decir, si se haya capaz de rehacer todas las referencias importantes sobre, digamos, la transferencia, especifique para "la transferencia de Freud". Si aun así no sale bien redúzcalo a "transferencia en Freud después de 1920". Si a pesar de eso la cosa aún esta corta, especifique "la transferencia en Freud después de 1920 y su recepción entre los posfreudianos de Letonia". Si su aliento ya no le da, busque otra playa, algo así como "De la elección de temas imposibles en la neurosis obsesiva".

25. Respete la lógica del encuentro

En las pruebas de selección para el ingreso es común ver candidatos decepcionados por no ser aprobados. Generalmente toman esto como una señal de insuficiente sabiduría o formación académica insatisfactoria. Muchos maldicen la respuesta negativa con la cruz del juego de cartas marcadas y del favorecimiento clientelista. Pocos entienden que ahí hay una lógica del encuentro entre el

orientador y el orientado: intereses comunes, predicados, referencias, aptitudes, habilidades y simpatías, todo mezclado en un caldero que se asemeja más a una entrevista de empleo que a un concurso público.

En la mayor parte de los casos se trata de un desencaje entre las disponibilidades del orientador y las ofertas e intereses del candidato. Es la lógica del encuentro. La selección no mide conocimientos absolutos y cualificaciones del tipo examen de Estado. Si usted aún cree que ser buen alumno equivale a ser buen investigador, regrese al ítem 1 de esta lista. La elección se hace teniendo en cuenta lo que aquel orientador en su libro de investigación en particular puede y debe recibir. Pregúntese qué es lo que puede ofrecer para aquella comunidad de investigación. Cada orientador tiene compromisos que cumplir en términos de su propia investigación, de sus temas y de sus áreas. Si usted no sabe eso, regrese al ítem 1. Muchos consideran eso injusto, pues creen que el mérito debe ecualizar las condiciones de todos. Pero, ¿cómo graduar un verdadero especialista internacional en la psicología de Jung si no hay un solo conocedor de la psicología analítica en su programa de postgrado? El Otro no existe; es incompleto; le falta un significante y hay un muro real en lo simbólico, sin hablar de la relación sexual –*Sad, but true!* (*Traurig aber wahr!*)–. De acuerdo: está más para noviazgo o matrimonio que para la prueba anónima que evalúa los méritos objetivos imparcialmente. Por ello, se debe frecuentar, en la medida de lo posible, el programa pretendido, presentarse ante al orientador (cuando no puede personalmente sí por escrito), hacer pasantías en sus actividades abiertas cuando las hubiere y conocer el programa (*Know the enemy*). Es prudente experimentar la cultura local antes de mudarse a ella, o se sentiría rechazado por ella. Hay matrimonios que surgen de una cita a ciegas, pero son de alto riesgo. ¿O prefiere la idea de la dote?

26. Jamás desprecie la importancia de los pequeños detalles

Considere la posibilidad de que otros hayan atravesado caminos semejantes a los que ahora usted enfrenta en su tesis. Es posible que más de una vez usted sea destruido por la certeza de que todo lo útil que había que hacer sobre aquel asunto ya fue hecho por cierto autor que usted, infelizmente, leyó dos meses antes de la entrega final de su trabajo. Considere que buena parte de esta sensación deriva de sus expectativas sintomáticas o de las inhibiciones de la escritura y creación. Pero hay casos en los cuales el espíritu del tiempo y la disponibilidad de recursos llevan, de hecho, a trabajos hermanos. En esta situación serán los

detalles y el acabamiento lo que hará la diferencia. Reflexione sobre la cantidad de veces que sus jurados o su orientador han leído aquella citación clásica. ¿Quiere estorbarlos con un comentario superficial? ¿O valdría la pena tratar de descubrir y apreciar un detalle revelador?

27. Vale lo escrito

Recuerde: usted no estará al lado de su lector para explicarle las ambigüedades, las frases sin sentido o las afirmaciones injustificadas. Evite recursos de ambigüedad excesiva tales como comillas, expresiones y ejemplos tipo "en la famosa pieza de teatro en cartel...". Sin embargo, es intolerable la ausencia de explicación para títulos de capítulos o secciones; inaceptable no comentar citaciones; indeseable citar en demasía o en extensión indebida. El criterio de un texto académico es el rigor, y rigor quiere decir sin ambigüedades o con ambigüedad calculada. Lo que claro se concibe, claro se expresa. Si usted no consigue explicar "aquello" que está en su mente, tal vez esté siendo engañado por una quimera.

27 +1. La ley del mutuo merecimiento universal de los orientadores y los orientados

Muchas personas creen en los poderes mágicos de los orientadores. Hacen la pregunta sobre si el suyo es cualificado al punto de que funcione como carta de recomendación para la eternidad en el juicio final. Pocos consideran, en esta materia, que como no sabemos lo que se perdió, tampoco sabemos evaluar lo que ganamos. En el fondo no hay progreso. Aquel orientador más solicitado probablemente tendrá menos tiempo para acompañarnos en su trabajo. Aquel más confuso le dará la libertad para que usted se organice en cuanto intenta organizarlo. Orientadores que pegan en las manos al orientado y siguen cada línea de su texto, pueden ser sentidos como controladores. Los que aman de más pueden destruir a sus orientadores por exceso de expectativas. Los que los aman menos abren espacio para la libertad y la diversificación de transferencias. No siempre el orientador que usted quiere es el que necesita; no siempre el que usted necesita es aquel que lo hará feliz. Generalmente, aquel que usted quiere y necesita no está disponible en aquel programa de postgrado que usted puede o en el momento que usted tiene. Los que son muy exigentes intimidan; los pocos exigentes dispersan; los holgados de tiempo lo dejan paranoide; los que tienen poco tiempo lo melancolizan; los que lo dosifican perfectamente para usted, lo dejan esquizofascinatorio frente a tamaño ideal. Crea en esto: el orientador no es tan importante en sí. Él es como el cáliz sagrado: más vale su búsqueda que

su posesión. Él no necesita saber más que usted para que se produzca un buen trabajo. Es siempre interesante cuando es posible expresar "Aquí usted está por su propia cuenta y riesgo". Durante el proceso de escritura –especialmente al final– las relaciones tienden a quedar tensas. Las insuficiencias son silenciosamente atribuidas de uno a otro y su odioso orientador va representando de manera creciente todo lo que usted podría haber leído, no leyó o no elaboró. Con toda la miserable impiedad de un inquisidor, él, desde lo alto de sus poderes, deja que usted viva la extrema impotencia de terminar un texto. Recuerde lo que se dice corrientemente: "Usted nunca acaba una tesis; ella acaba con usted". El tiempo, el plazo posible, acaba por imponerse a lo gloriosamente deseado. Lo que es cierto y comprobado es que en la inmensa gama de desencuentros y encuentros entre orientandos y orientadores se confirma cada vez la ley universal del mutuo merecimiento. El error último y primero es creer que existe tal cosa como una tesis en psicoanálisis. Hay tesis en psicología clínica, en teoría psicoanalítica, en epistemología del psicoanálisis y así por delante. El psicoanálisis no es una disciplina universitaria, su orientador no es su analista ni su supervisor ni su analizante. Pero como ustedes se merecen, intentarán inevitablemente hacer hasta lo imposible.

Bibliografía

BANISTER, P.; Parker, I. *et all.* 1(994). Qualitative Methods in Psychology, Open University, London.

BICKHAM, J. (1991) *The 38 most common Fiction Writing Mistakes*, Writers Diggest Books, Cincinatti.

BURROWA, Y. y STUCKEY-FRENCH, E. (1996). *Writing fiction. A guide to narrative caft*. Longman, New York,.

COSTA, A. (2008). *Clinicando. Escritas da clínica psicanalítica*. Associação Psicanalítica de

Porto Alegre, Porto Alegre.

DUNKER, C. (2007). *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica*. Tese de Livre Docência. Instituto de Psicologia da USP.

_____. (2008a). "Metodologia da pesquisa em psicanálise". In: Lerner, R. y Kupfer, M.C.M. (org.) *Psicanálise com crianças: clínica e pesquisa*, Fapesp-Escuta.

DUNKER, C. y PARKER, I. (2008b). "Modelos y métodos sociocríticos de la investigación cualitativa: cuatro casos psicanalíticos y estratégias para su superación". En: Gordo Lopez, A y Pacual, A.S. (orgs) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Pearson Prentice Hall, Madrid.

DUNKER, C., Assadi, T., Bichara, M., Gordon, J., Ramírez, H. (2002). "Romance policial e pesquisa". Em: *Psicanálise. Interações*. Universidade São Marcos.

ECO, U. (1977). *Como se faz uma tese*. Perspectiva, São Paulo.

EDGERTON, L. – *Hooked – write fiction that grabs readers at Page one and never lets them go*. Writer´s Digest Books, Cincinnati, 2007.

EYMERICH (1993). *Directorium Inquisitorum (Manual dos Inquisidores)* São Paulo, Record.

FREUD, S. (1912). "Ratchläge für den artz bei der psychoanalytichen behandlung". In: *Sigmund Freud Studienausgabe, Schrifetn zur Behandlungstechnik*. Fischer, 1975.

FREUD, (1913). "Zur Eileitung der Behandlung (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse I)" In: *Sigmund Freud Studienausgabe, Schrifetn zur Behandlungstechnik*. Fischer, 1975.

GONÇALVES, R. (1991). *Subjetividade e escrita*. Edusc-UFSM, Santa María.

GARDNER, J. (2000). *The Art of Fiction*. Vintage, New York.

KRAMER, H. y SPRENGER, J. (1990). *Malleus Maleficarum (O Martelo das Feiticeiras)* (1484). Rosa dos Tempos, Río de Janeiro,

LACAN, J. (1968). "Introdução de Scilicet no título da Revista da Escola Freudiana de Paris". In: *Outros escritos*. Jorge Zahar, Río de Janeiro (2001)

MEZAN, R (1998). *Escrever a clínica*. Casa do Psicólogo. São Paulo.

STRUNK, E. y WHITE, W. (2000). The Elements of Style, Longman, New York.

El caso clínico en psicoanálisis: una causa perdida[67]

John James Gómez Gallego

En el presente capítulo tomamos como punto de partida la pregunta acerca de la lógica sobre la cual se funda la experiencia psicoanalítica; es decir, la experiencia del inconsciente. Para ello, partimos del axioma lacaniano según el cual la causa, entendida su sentido teleológico, estaría, por definición, perdida:

> *[…] la causa del inconsciente –y adviertan que en este caso la palabra causa debe ser entendida en su ambigüedad, causa por defender, pero también función de la causa a nivel del inconsciente–, esta causa ha de ser concebida intrínsecamente como una causa perdida. Es la única posibilidad que tenemos de ganarla* (Lacan, 1964, p. 134).

El recorrido que llevaremos a cabo pretende dar cuenta de la razón freudiana que no dista de la razón matemática. Es por esa razón que se hace relevante para alcanzar nuestros fines, la revisión de la historia del paso del *mythos* al *lôgos*, tanto en lo concerniente a la ciencia moderna, como a la filosofía antigua. El punto nodal en relación al cual dicho paso circunda para nuestro interés, es la invención de la disciplina del *análisis* que debemos a Descartes. Encontramos en la formalización de esa disciplina, como articulación entre el álgebra y la geometría, una razón para conjeturar los motivos por los cuales Freud nombró

67. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada como ponencia en las VII Jornadas de Investigación en Psicoanálisis del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy, en abril de 2013.

su modo de tratar lo psíquico sirviéndose de la palabra "análisis", no solo por su etimología sino por lo que ella conlleva al permitir el tratamiento simbólico del espacio y prescindir de sus representaciones imaginarias.

A partir de allí, abordaremos la experiencia psicoanalítica como un modo saber hacer con la lógica del espacio psíquico, como efecto de una razón que implica la simbolización de lo imaginario mediante esfuerzo continuo por construir una lectura y escritura de lo real.

Matemátopos...[68]

La naturaleza y las leyes naturales yacían ocultas en la noche.
Dijo Dios: "¡Hágase Newton!". Y se hizo la luz.
Alexander Pope

Pope exaltó el descubrimiento de Newton de los principios matemáticos a partir de las bases fundadas por su maestro Isaac Barrow, para dar cuenta de las relaciones entre los cuerpos y describir sus movimientos en el espacio. No obstante, el desarrollo de tales principios no habría sido posible si años antes no se hubiese fundado una disciplina que cambiaría por completo la concepción del espacio mismo en cuanto al tratamiento matemático que de él podía hacerse, a saber, el "análisis", disciplina fundada por Descartes. La etimología de la palabra remite al latín *abductio* (separar, abducir) pero, paradójicamente, esta separación en el caso de Descartes, requirió una conjunción que permitiera una concepción del espacio más allá de su vertiente estrictamente imaginaria; es decir, de la referencia que podía ser imaginada a partir de los sentidos, particularmente de los sentidos de la vista y de la propiocepción. Así, "[…] de pronto la geometría y el álgebra habían dejado de ser dos ramas independientes de la matemática para ser dos formas de representar los mismos hechos" (Livio; 2011, p. 93). Esa nueva manera de representar es más precisamente un modo de escritura. Ya no se trata de la representación de figuras en el espacio sino, sobre todo, de la posibilidad de escribir matemáticamente las relaciones espaciales y, dicho sea de paso, también las temporales; cuestión que sería comprendida algunos siglos después por Albert Einstein. Leer y escribir el espacio sirviéndose del análisis como disciplina permitió a Newton y después a Einstein, echar luces sobre aquello que parecía ilegible e ininteligible. Leer entre líneas o en otras palabras, dar cuenta de una inteligibilidad parcial de lo imposible a partir del *matema*,

68. Se trata de un neologismo con el cual expresamos el carácter de la razón matemática como modo simbólico para la escritura del espacio.

fue el modo como se llegó a formulaciones que dieron lugar al comienzo de una simbolización del tratamiento imaginario del espacio que, además, suele ser el tratamiento común, intuitivo y engañoso al que están atados los sentidos, tanto los órganos como los modos de interpretación, ambos significados relacionados con la palabra "sentido".[69]

Imaginarización de lo simbólico y simbolización de lo imaginario

A pesar de todo, el espacio-tiempo... en fin, lo que propone el señor Einstein... no es algo evidente para los sentidos... quiero decir que todos, ustedes y yo obviamente, en tanto estamos no podemos escapar a esa representación del espacio que, más allá de lo que Einstein dice y propone como probado y verdadero, evidentemente no es sino un abordaje del espacio totalmente imaginario...
Bueno, ahí está un término, que adelanto, el término "imaginario". Es una palabra clave para mi discurso.

Jacques Lacan (1973)

¿Qué diferencia hace una lectura y escritura del espacio respecto de su representación intuitiva por medio de imágenes? Pues bien, lo que en esa diferencia está en juego es el esfuerzo por simbolizar lo imaginario; es decir, por leer y escribir eso que, en principio, es representado mediante los sentidos que, como sabemos, engañan. El análisis, al permitir sustituir la imagen por un texto –tal como ocurre cuando un analizante relata con palabras las imágenes de un sueño–, abrió la posibilidad de formalizar el texto y corregir la experiencia sensible.

Debemos señalar que un modo *princeps* de imaginarizar lo simbólico es, por ejemplo, ubicar en el lugar de la causa originaria de todas las cosas a un ente divino. Simbolizar lo imaginario, en cambio, consiste en leer y escribir más allá de lo que los sentidos registran para reconocer los axiomas que fundan el *matema*, prescindiendo de la idea de una voluntad (deidad) exterior a la estructura para la explicación del modo en que ella opera.

Lógicamente, el paso dado por Descartes y fundado en sus consecuencias por Newton, cuenta con un parangón en la antigüedad, a saber, el paso del *mythos* al *lôgos* que, por lo que sabemos hoy, ocurrió cuando Tales de Mileto, considerado el primer filósofo, decidió preguntarse cómo sería posible explicar el universo

69. Rogamos al lector tomar en cuenta estos dos significados posibles de la palabra sentido, cada vez que la encuentre en el texto.

prescindiendo del padre; es decir, del mito originario que expresaba la voluntad de un ser externo al universo que habría sido el responsable de todo lo existente. Este no fue un paso menor, pues dio lugar al *lôgos*, es decir, a la razón como modo de prescindir del padre mitológico para intentar explicar el origen y el decurso de los acontecimientos y las relaciones entre los cuerpos en el universo. Debemos los filósofos antiguos los cimientos de la lógica, la matemática, la geometría, la filosofía, y de todos aquellos campos del saber de los cuales, hasta hoy, las ciencias y la cultura en general se sirven. Sin embargo, a pesar de un paso de tal magnitud, había un punto infranqueable en aquellos tiempos: la imposibilidad de prescindir de la representación imaginaria del espacio. Todo cálculo geométrico requería, necesariamente, la elaboración de una figura que representara el espacio en relación con el cual se pretendía hacer el cálculo. Por tal razón, la invención del análisis resultó fundamental en la medida en que al servirse del álgebra para escribir las coordenadas espaciales, hizo posible un tratamiento del espacio por vía de lo simbólico sin tener que recurrir su representación imaginaria.

Posteriormente, el logro de Newton permitió dar un paso aún mayor. Sin dejar de reconocer la invención cartesiana, Newton se encargó de aplicar de manera específica la disciplina del análisis al cálculo de las relaciones entre los cuerpos en el espacio, todo ello en un intento por escribir los axiomas fundamentales que permitieran demostrar dichas relaciones. Fue así como llegó a dar cuenta de lo que Arquímedes, Aristarco de Samos, Copérnico, Galileo e incluso el propio Descartes, no habían más que calculado sin llegar a comprender de manera precisa. La tarea consistía en tratar de escribir demostraciones por medio del análisis y de la lógica y no de probar en el sentido positivo de lo sensible, que desde muy temprano resultó en un fracaso rotundo, pues la prueba nada demuestra ya que ver no es comprender. Lamentablemente, algunas disciplinas –entre las cuales la psicología ha sido abanderada– se encuentran aún lejanas a un descubrimiento efectuado hace más de tres siglos, lo cual parece conminarlas a una búsqueda de pruebas, a la manera judicial, que lleva a la moralización basada en la creencia de que puede saberse cuál es la mejor manera de vivir para alguien, aunque, del sujeto, poco o nada se comprenda. Supeditar la construcción de saber a la búsqueda de alguna prueba o test psicotécnico, por ejemplo –a pesar que este sea calculado estadísticamente–, es equivalente a ver sin comprender y, por tanto, es distanciarse de cualquier posibilidad de demostración. Contabilizar y calcular la frecuencia de aparición de un fenómeno no es suficiente para comprender la lógica por la cual opera. Esta cuestión fue señalada de manera simple, pero en extremo indicativa, por Edgar Allan Poe cuando manifestaba en *El crimen*

de la calle Morgue que todo aquel que era capaz de analizar podía calcular, pero no todo aquel que calculaba lograba alcanzar el análisis.

En todo caso y de vuelta al hilo de la cuestión, para avanzar en el tratamiento simbólico del espacio fue necesario el trabajo de Einstein y su búsqueda por articular de manera más precisa, la relación entre los cuerpos a partir del enlace matemático entre espacio y tiempo, aquellas categorías kantianas que han regido la comprensión de lo que en las ciencias de la naturaleza se ha denominado realidad. Así, apuntamos aquí a poner de relieve el modo como la simbolización de lo imaginario propende hacia la corrección matemática de la experiencia sensible y es esta la diferencia con el fantaseo como acto que hace pantalla a la articulación del saber al dificultarlo y en ocasiones inhibirlo, al punto de producir una realidad que no tiene otra finalidad que desconocer la existencia de lo real; es decir, del agujero originario.

Sin embargo, lo que resulta reiterativo a pesar de los gigantescos logros de Descartes, Newton y también de Einstein es que, cuando se trata de explicar lo que ya ha sido demostrado a través del *matema*, la respuesta común deriva en un retorno a la imaginarización de lo simbólico. La causalidad final, una de las cuatro causalidades indicadas por Aristóteles, al ser interpretada por la moral romana mediante el cristianismo, ubicó en el origen el requerimiento de un ser creador. Así, el mito de creación, forma inicial de intentar leer y escribir allí donde no había aún propiamente escritura en cuanto expresión del *lôgos*, se convirtió en el centro de la búsqueda a la que ninguna demostración lleva, pero que aún así opera como recurso en el intento por hacer soportable para muchos –de Descartes a Einstein– la incertidumbre derivada de que en el origen no hay más que un agujero, cuestión crucial de lo traumático, del "trouma", palabra con la que Lacan describía el trauma freudiano jugando con la homofonía entre *trau* y *trou* (en francés, "agujero"). Hay un hecho fácilmente constatable: todo cuanto sabemos sobre el origen, sobre la génesis, suele retornar a la imaginarización por vía del mito, incluso el *Big Bang* es considerado hoy un mito ya venido a pique con las teorías acerca de las branas y los multiversos para los que, una vez más, no se encuentra causa final pues esta siempre se desplaza en el tiempo y el espacio retroactivamente, hacia las preguntas "¿qué había antes de…?" y "¿dónde estaba eso?".

Si a la luz de la lectura de Lacan, en el psicoanálisis freudiano interesan tanto las matemáticas, es por la función que cumplen en relación con lo imaginario y lo real, en cuanto modo de escritura para corregir por un lado, la experiencia

sensible propia de lo imaginario, y,por el otro, como medio para intentar escribir algo sobre eso que siempre escapa, eso imposible, lo real.

El *fascinus* y el agujero

La impotencia es la obsesión romana y converge con el espanto
Pascal Quignard (2000)

Pero, ¿por qué hablar de la moral romana? ¿Qué tiene que ver con todo lo mencionado hasta ahora? ¿A qué se debe que unos cuantos párrafos atrás le hayamos atribuido la búsqueda reiterativa de un origen en el que se propende hacia la imaginarización de lo simbólico?

Pues bien, si algo no soportaban los antiguos romanos (habría que decir que tampoco los modernos que sería, a efectos prácticos, la mayor parte de Occidente e incluso ya buena parte de Oriente), es el agujero, la falta, lo que se introduce por lo simbólico al descubrir que hay un real imposible de saber y que hace que la verdad no pueda alcanzarse sino a medias, con lo cual su potencia queda cuestionada soportada solo en semblantes de autoridad y poder, semblantes de verdad.

La veneración a *Priapos*, el dios romano que siempre ostentaba el *fascinus* (*phallos*, en griego; *falo* en castellano) en su perpetua erección, y el rechazo de la *mentula*, momento de la detumescencia, marcó desde siempre la relación entre sexo y espanto para los romanos, tal como lo ha mostrado Quignard (2000). Y, dado que "[…] el *fascinus* desparece dentro de la vulva y resurge como *mentula*" (p. 48), las mujeres representaban el enigma mayor para los hombres romanos temerosos de ese extraño poder. Ese agujero por el cual el *vir* ser hace *homo*.[70] El espanto estaba así ligado al sexo y en particular al Otro sexo, ese que da cuenta de que, en el origen, hay, por estructura, agujero. De allí que los romanos estuviesen siempre tan preocupados por la *invidia*, pues si ellos creían en su posesión del *fascinus* –y con él en su potencia– sospechaban de la envidia que los otros padecerían por ello: envidia fálica. Al ser la moral

70. En la antigua Roma, la palabra *vir* hacía referencia al hombre que ostentaba su posición activa a través del *fascinus* erecto, mientras el *homo* era el momento en que se estaba en la posición pasiva como portador de la *mentula*, el pene flácido. Justamente es de la partícula *vir* de donde proviene la palabra virilidad y también virtud. Es así que la virtud sería, en la moral romana, extendida en la moral cristiana que predomina en Occidente, como la ostentación del *fascinus*; basta observar las dotes papales para tomar noticia de ello.

romana el discurso que adoptó el cristianismo, perpetuó en el dogma el primado del *fascinus* como ilusión magna; o en términos de Freud, el primado fálico, lo que adviene en la fantasía neurótica al lugar de un ideal dogmático, necesario a la vez que problemático, incluso aunque se funde dialécticamente con él, lo que Freud mismo denominó castración.

Así, para Freud que supo leer muy bien lo que subsiste de la moral sexual romana en la neurosis, el sexo está en el centro como falta y con ella, dialécticamente, el falo; esa dialéctica está allí como ordenadora de ciertos modos de lazo al Otro. Freud se esforzó por escribir una lógica que permitiera demostrar aquello que leía, eso que llamó inconsciente y que, como lo mostró en *La interpretación de los sueños*, tiene el valor de un texto. Sin embargo, dadas sus aspiraciones positivistas, buscaba en la prueba biológica aquello que le permitiera hacer de su descubrimiento una ciencia positiva. A lo largo de su obra es posible ver su división entre el positivismo y la incertidumbre, entre la lógica clásica aristotélica y la lógica del estoicismo antiguo. Por fortuna, Freud nunca cedió un ápice en su deseo de saber y no temía renunciar a la certidumbre de lo conocido ni a sus propios prejuicios. De tal manera, en su lectura y escritura de ese espacio psíquico que es continuo entre sujeto y cultura, entre individuo y sociedad, "topos del sujeto del inconsciente", inventó un nuevo análisis similar al de Descartes, pero significativamente diferente en algunas cuestiones fundamentales.

Análisis freudiano

El trabajo freudiano apuntó a encontrar una manera de escribir aquello que se encontraba imaginarizado en la moral sexual cultural; es decir, en la moral romana con ínfulas eugenésicas. Los impases, al no contar con los medios precisos para tal fin, lo llevaron a la necesidad de tomar el mito como medio de lectura y escritura, y fue el mito de Edipo el que le permitió dar una estructura consecuente a aquello que buscaba comprender. No obstante, el mito, en la medida en que se expresa por medio de la metáfora que se sigue en los acontecimientos y en los personajes, continúa siendo portador de una vertiente fuertemente imaginaria, hilo conductor hasta hoy de frecuentes caricaturizaciones de la obra freudiana. Por otra parte, la referencia a la biología y con ella al pene como equivalente al falo, no dejaba de acentuar también lo imaginario. Freud, entonces, luchaba por encontrar una manera cada vez más precisa de escribir simbolizando lo imaginario, y en ese esfuerzo le resultó inevitable encontrarse en su camino clínico y teórico con lo *real*, aquello que él mismo encontraba en un *resto*, algo que siempre se resiste a ser simbolizado o, usando una expresión de Lacan, algo que no cesa de no escribirse. Esto preocupó profundamente a

Freud, pues temía que diera al traste con los efectos del análisis y lo llevara a declarar en sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, que nunca fue un entusiasta de la terapia (Freud, 1933):

> *Les dije que el psicoanálisis se inició como una terapia, pero no quise recomendarlo al interés de ustedes en calidad de tal, sino por su contenido de verdad, por las informaciones que nos brinda sobre lo que toca más de cerca al hombre: su propio ser; también, por los nexos que descubre entre los más diferentes quehaceres humanos. Como terapia es una entre muchas, sin duda primus inter pares* (p. 145).

En su carta número 33 a Fliess, fechada 16 de abril de 1900, mencionaba acerca del encuentro con ese resto lo siguiente:

> *E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar en mi casa. Su enigma está casi totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste todavía un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable (endlosigkeit) de la cura es algo acorde a ley y depende de la trasferencia. Espero que ese resto no menoscabe el éxito práctico. En mis manos estaba continuar la cura, pero vislumbré que ese es un compromiso entre salud y enfermedad, compromiso que los propios enfermos desean, y por eso mismo el médico no debe entrar en él. La conclusión asintótica de la cura a mí me resulta en esencia indiferente; decepciona más bien a los profanos. En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre.* [71]

Así, mientras la ciencia positiva buscaba el *fascinus* a toda costa para velar el agujero y evitar el encuentro con la incertidumbre, Freud se lanzaba hacia lo imposible de escribir y en ese camino se encontró con una razón ajena a la conciencia, pero no irracional. Una razón más cercana a la razón matemática en cuanto se desplaza por una cadena aunque no sea evidente explícitamente. Un ejemplo simple podemos tenerlo si tomamos la sucesión 2,4,6,8, cuya razón es +2, el número que se desplaza de un lugar a otro, el sujeto que solo aparece de manera evanescente entre lo que representa un significante (2) para otro significante (4) y así sucesivamente, constituyendo de esta manera una cadena. Ese sujeto razona aunque no se piense a sí mismo. Y es importante aquí no confundir la noción de "razón" con la de "justificación", algo que ocurre regularmente en el llamado sentido común. La primera, en su sentido aritmético y geométrico, indica la relación entre dos términos de una sucesión, tal como lo hemos expre-

71. Tomado de la nota introductoria hecha por Strachey al texto de *Análisis terminable e interminable* (1937, p. 217).

sado en el ejemplo. La segunda, justificar –*iustificare*[72]– que de acuerdo con la acepción moral indica "probar la inocencia de alguien", o en su acepción judicial revela probar algo con razones convincentes, testigos o documentos. La razón matemática requiere una demostración, mientras la justificación, como Jesús ante Tomás el apóstol, reclama la prueba. De esta última es hija el positivismo como primer paradigma de la ciencia que buscaba el garante de la verdad en la certeza de un origen sin falta fundado en la fe. En esa vertiente, y tal como se heredase de la moral romana, las condiciones de la verdad apuntan a la triada: dogma-sumisión-sacrificio, tres condiciones que se requieren la una a la otra pues la puesta en duda de una de ellas conllevaría la caída inevitable de las otras dos. Están atadas a la manera de un nudo borromeo.

Freud, en su descubrimiento, se vio llevado a corregir poco a poco su manera de escribir eso que se velaba con dicha triada dogmática, que se mueve entre lo imaginarizado en la moral sexual y la falta propia del origen que da cuenta de que la causa final, en su versión romana-cristiana, vela en su fascinación (*fascinus*) por la potencia el hecho de que algo siempre escapa a lo imaginario y a la simbolización.

Espacio-tiempo-letra

El matema, aunque lo abordemos por las vías
de lo simbólico, no deja de ser real.
Jacques Lacan (1971)

Contemporáneo de Freud, Einstein fundó la teoría que él denominó "de la constancia", pero que se hizo popular con el nombre de "teoría de la relatividad". Dos axiomas fundan su estructura: que espacio y tiempo son dos categorías que deben ser tratadas de manera conjunta como si fuesen al mismo tiempo una y dos en su comprensión matemática, y que nada puede ir más rápido que la velocidad de la luz. Ellas se sostienen recíprocamente, pues si nada puede ir más rápido que la velocidad de la luz es porque en la medida en que espacio y tiempo son uno y a la vez dos, la energía usada por cualquier objeto debe distribuirse en relación inversa y recíproca entre ellas dos; por lo tanto, cuanto más energía consume la luz para moverse en el tiempo menor es la energía de la que dispondrá para moverse en el espacio y viceversa. Esto implica una imposibilidad para disponer

72. Todas las referencias etimológicas usadas en este escrito corresponden al *Diccionario etimológico*, de Joan Coromines, salvo aquellas tratadas directamente por Quignard en *El sexo y el espanto*, como son *fascinus*, *mentula* e *invidia*.

de toda la energía en una sola de las dos categorías (espacio o tiempo), quedando así un resto infranqueable en su aproximación a la velocidad de la luz; un resto asintótico. La lógica de esta estructura es, entonces, la del encuentro también con un real. Como es sabido, estos hallazgos condujeron a comprender que no se trataba de tres dimensiones sino de cuatro, de las cuales la cuarta, espacio/tiempo, es al mismo tiempo una y dos. Por otra parte, llegado el descubrimiento de la mecánica cuántica por parte de Planck, Heisenberg descubrió principio de incertidumbre, el cual fue rechazado por Einstein pues según su credo, "Dios no juega a los dados". Es evidente que para Einsten resultaba insoportable el agujero. Lo real, una vez más, sorprendió a la ciencia con todo lo irónico que los orígenes de la palabra "real" implica.

La palabra "real" deviene por un lado, de *regalis* (*realis*), que hace referencia al lado derecho del cuerpo, lugar de Jesús en la Trinidad y origen mismo de la palabra "rey", contenida en la *base reg*. Es evidente que lo que se consideraba real debía ser siempre lo que procedía del "buen lugar", de la buena voluntad primero, del emperador para los antiguos romanos, luego de Dios para los romanos/cristianos y luego del rey, avalado siempre por Dios, claro está. Lo real era lo que el rey de reyes avalaba como verdad absoluta. En tal sentido, lo real está ligado a la potencia de la palabra de alguien que ha advenido al lugar de *Priapos*. Por otro lado, real deriva también de *res* (cosa), en cuyo caso, apela a la posibilidad de conocer la cosa tal cual es, pero, justamente, la cosa es incognoscible, está perdida y de ella no hacemos, en principio, más que una idea, o también podemos escribirlo, una i(*a*).[73] Pero no olvidemos que la palabra cosa tiene también en su origen mismo a la palabra causa; la causa es *res*, es real. Si Descartes soñó con la res extensa como susceptible de ser cognoscible, es seguro que no imaginaba la ironía que guarda la res misma en tanto real. Es seguro que tenemos i(a); es decir, imagen de *la cosa*, idea de la cosa, que formamos por vía del lenguaje en su articulación con los sentidos y la fantasía (imaginarización de lo simbólico), en la relación espacio/tiempo, pero al encontrarnos con lo real, no queda más que introducir en esa relación que es uno y dos del espacio y tiempo, al tres, y es este tercero *la letra*, a la que lacan rubricó con la "*a*" (S1-S2/a). Si bien Lacan la escribió, no fue sin la anticipación intuitiva de Freud. Con ella se intenta simbolizar algo de lo imaginario en el esfuerzo por escribir algo de lo real.

Tal como indicaba Lacan e insiste Jean Michel Vappereau, el segundo autor con conocimiento directo de causa (cosa),[74] lo que logra el matemático a partir

73. Esta función i(a), debe leerse i-de-a.
74. Jean Michel Vapperau es un matemático y psicoanalista formado con Jacques Lacan.

de la invención del análisis por Descartes y del cálculo por Barrow y Newton, es introducir "la buena letra" para tratar de escribir cada vez mejor lo que por los sentidos no se llega si quiera a imaginar. Como indica Vappereau en sus seminarios, leer mejor es al mismo tiempo, encontrar una manera de escribir mejor; es decir, de hacer entrar la buena letra.

En tal sentido podemos anticipar que el psicoanálisis y las matemáticas tienen en común el hecho de que el error tiene valor de equívoco y, por tanto, de medio de producción de saber, pues estos se reconocen como tales no propiamente por algún descubrimiento totalmente inédito, sino por un análisis más riguroso de las mismas históricas verdades axiomáticas, en psicoanálisis llamadas fantasmas, trabajo por el cual algo de lo imaginario se simboliza y algo de lo real puede escribirse. No obstante, avisados por la triada dogma-sumisión-sacrificio, es menester tener en cuenta que si un axioma deviene un dogma, será sin duda un imperativo superyoico que impedirá la reelaboración, sea esto en psicoanálisis o en matemáticas. Esto vale para la teoría, la práctica y el análisis personal, como también para el trabajo del matemático, ejemplo de lo cual da respuesta de fe lo enunciado por Einstein ante el encuentro con la incertidumbre como efecto no analizado de su cálculo matemático acerca del espacio/tiempo. Psicoanalista y matemático buscan una manera de escribir cada vez mejor lo real, de hacer inteligible lo imposible sobre dos realidades que, como toda realidad, no dejan de ser fantasmáticas: realidad psíquica y realidad física.

En este orden de ideas, es innegable el mérito de Freud por haber abierto la puerta a lo real que no paraba de retornar, pero que era paliado imaginariamente en su época por vía de la moral sexual cultural propia, no tanto de la época victoriana como sí de la moral romana. Loable es también es el hecho de haber iniciado el trabajo de escritura de esas relaciones entre real, simbólico e imaginario, aunque fuese por la vía del mito como forma inaugural de escritura, pero sea como fuere, logra articular otra causalidad, la de la "cosa" en psicoanálisis, la del "caso" en psicoanálisis, que responde, como pudo demostrarlo en su *Psicopatología de la vida cotidiana*, a otra de las causalidades aristotélicas, propiamente la causalidad material, entendido lo material no la materia física que interesa a las ciencias naturales, sino la materialidad del significante y sus efectos sobre el lazo en un ser que habla y usa letras (*parlêttre*). El análisis que Freud inventarequiere también –como lo demostró Lacan– la articulación entre dos ramas que parecían estar cada una por su lado y articuladas por un elemento en común: la geometría ligada al álgebra y que debemos a Descartes, y la lógica ligada al álgebra, que debemos a George Boole. Lo que se puede hacer a partir de ello es usar la geometría cualitativa, la topología, como disciplina que permite

escribir algo sobre ese espacio que ya no es de tres dimensiones. Curiosamente, mientras Lacan se percató de esto hacia el final de los años sesenta, los físicos hicieron sus primeras aproximaciones a ello solo hasta finales de los setenta, lo que derivó para ellos en la teoría de cuerdas o de supercuerdas.

La lectura en el amor y la escritura en una causa perdida

Para mí la lectura es siempre recorte. Según recortemos un texto... tendremos diferentes lecturas. Si uno no sabe cómo leer un texto, al menos puede introducir un recorte para iniciar una primera lectura, y si esta lectura no conviene y se da cuenta, puede intentar otro recorte. Si no hay recorte, se está delante de algo muy vago, un flujo de letras sobre una página o bien ruidos.

Jean Michel Vapperau (1998)

Freud descubrió la transferencia, la cual se manifiesta como condición inherente al hecho mismo de suponer un saber a alguien a quien otro se dirige. Ella presenta el rostro de una resistencia por poner en acto la realidad sexual del inconsciente, tal como lo indicó Lacan (1964) en su seminario sobre los conceptos fundamentales del psicoanálisis. ¿Cómo es actuada tal realidad? Pues bien, por la puesta en marcha de una demanda de amor. Aquel que asiste a un análisis demanda signos de amor por parte de alguien que lo escucha. Freud advirtió en una notal al pie en su texto *El yo y el ello*, que responder como redentor de almas o salvador son cosas totalmente desaconsejadas a quien escucha en el lugar de analista y puede ser la razón de la mayor de las cinco resistencias descritas por Freud, a saber, la que llamó reacción terapéutica negativa. El ello insiste en hacerse reconocer por el yo, mientras este último se sirve de la respuesta por parte de otro a la demanda de amor para mantener ese saber del ello en el desconocimiento. Es claro así, que resulta necesario que el yo advenga al lugar de aquello que se esfuerza por desconocer, por lo no reconocido que habla del deseo y del goce; es decir, de lo que trabaja por vía de la pulsión. Aquello que al yo le parece miserable, pero que permite que mi-ser-hable de eso que parece insoportable. La vía para que exista un caso, entonces, es la de una lectura en el amor por parte del yo que en principio resiste, mientras el analista debe maniobrar para no responder a la demanda de amor que llevaría de nuevo al acallamiento de lo mi-ser-hable, de lo insoportable, de eso real que es causa misma del sujeto. El amor intenta hacer uno negando la condición singular del goce y en ello es impotente aunque busque ostentar un *fascinus*. En tal sentido, el amor llama a la caridad, a una respuesta del otro que sea la de la lástima que convoca a "ponerse en los zapatos del otro". Nada más lejano de lo posible que

saber en carne propia cómo goza el otro, pues el soporte del goce es el cuerpo que se tiene, pero que es intransferible. Se habla también en un análisis del deseo que se desplaza por las cadenas significantes y que da cuenta de que, allí donde se aspira al *fascinus*, este deviene siempre *mentula*, re-velando –es decir, velando al cuadrado– que en la estructura hay, por principio, agujero.

Freud permitió gracias a las mujeres de su época que bien supo escuchar, que esa otra razón hablara y se sirvió de la transferencia sin saber muy bien cómo, salvo por el hecho de que esta le permitía leer algo de un saber que venía desde otro lugar y así se percató del estatuto del inconsciente como un texto. Se trata de leer a partir de lo que se mueve en lo imaginario; se trata de leer en la demanda de amor lo que se pone en juego de la repetición y de la realidad sexual del inconsciente. El tropiezo de Freud sin duda, a pesar de su advertencia de evitar el *furor curandis*, fue el de apresurarse en ocasiones a comprender y nombrar ese deseo, cuestión evidente en cada uno de sus casos cuando intentaba interpretar. No es gratuito, entonces, que Lacan agregara una segunda advertencia: evitar el afán por comprender, cuestión que Freud aprendió con el tiempo a fuerza de encontrarse con la reacción terapéutica negativa, pero que no llegó a explicitar. Hoy, sin duda, sería necesario agregar una tercera advertencia, a saber, evitar el afán de hacer. En una época en la que se desconoce el valor efectivo del lenguaje y solo se cree en la acción de la máquina o del cuerpo como máquina que procesa información, resulta cada vez más evidente la aparición de imperativos por intervenir, por correr sin rumbo a hacer no se sabe qué.

De allí la importancia de no olvidar lo que las matemáticas, por su parte, han sabido mostrar a propósito de la efectividad del lenguaje, pues este hace función de realidad. Basta mirar una lámpara para percatarse de que en la imagen que vemos como luz se encuentran contenidos *matemas*, fórmulas, escritura. El hombre leyó la naturaleza y entonces pudo escribir algo que llamamos "realidad", por más problemática que esta noción resulte por ser, como ya mencionamos, siempre fantasmática; es decir, una manera de leer a partir de axiomas. No obstante, algunas de las ciencias sociales resisten con fuerza a reconocer el estatuto efectivo del lenguaje. El horror de que algo hable desde un lugar donde el yo no es dueño, pero que habita sin saber cómo, conlleva un intento de huida, de desconocimiento, que retorna en ocasiones de manera siniestra. El trabajo del análisis consiste, precisamente, en encontrar una manera de recortar el texto, de leer y de ser posible, escribir algo nuevo a partir de esa lectura. Trabajo que atañe al analizante siempre y cuando haya otro que sirva de oreja para que el propio discurso retorne a la oreja del analizante, sin que tal otro imprima un sentido. Brindar sentido sería equivalente a ofrecer el *fascinus*, ostentar algún

saber y de esta manera silenciar lo que puede ser leído acerca de la causalidad material allí donde la causa final está perdida.

Asumir que se trata de una causa perdida, es decir de la pérdida de un objeto primordial, es la vía que abre la posibilidad del trabajo analítico. En tal sentido, mientras la lógica que permite pensar la llamada "realidad física" parece ser aquella en que los cuerpos, tal como planteaba Aristóteles, se relacionan por el modo continente/contenido, la lógica que permite pensar la realidad del inconsciente no es otra que la estoica, en la cual los cuerpos pueden fusionarse, ser uno y a la vez dos. De dicha fusión, de organismo y lenguaje, resulta una pérdida, un incorporal[75] que en la escritura lacaniana se ha denominado objeto *a*.

El amor es transferencia no analizada; es decir, sin lectura. Y en ese sentido, el amor opera por la vía del dogma y reclama insistentemente alguna prueba, la prueba de amor. Si el amor se analiza por fuera del dispositivo analítico, es decir, donde el otro responde a la demanda de amor, tenemos una cierta locura en el sentido de que alguno cree que puede saber algo sobre el otro y entonces, deviene un sacerdote, un moralista, alguien que cree que sabe cómo orientar al otro en su desconocimiento, y aquí el "su" es común a los dos en juego. Por otra parte, la lectura de la transferencia en el dispositivo analítico es el medio que permite escribir algo a partir del agujero. El sujeto puede construir su manera de leer en el amor; es decir, en aquello que demanda, no en aquello que el otro le demanda en la vida cotidiana, cuestión que deriva en un moralismo que podríamos llamar psicológico.

Si el yo logra leer en el amor en un dispositivo soportado por la lógica del análisis, es posible que reconozca aquellos axiomas que por el desconocimiento mantienen valor de dogmas. Si un dogma puede ser reconocido como axioma, podrá ser analizado de manera rigurosa de acuerdo con sus efectos no calculados y su efectividad, y a partir de allí se podrá escribir algo en función del saber que el sujeto del inconsciente permite construir. Justo en ese punto se habrá fundando el análisis, pues habrá analizante y por su trabajo como tal se habrá fundado también esa función a la que alguien presta su cuerpo y que se ha llamado analista, pero sobre lo cual es necesario comprender que no es más que un semblante que sirve al trabajo del inconsciente por parte de quien lo ha inventado en su lugar como analizante.

75. Los estoicos delimitaron cuatro incorporales: el lekton, el vacío, el espacio y el tiempo (Brehier, 2012).

Escritura: momento de concluir...

¿Qué escribe el analizante? Escribe axiomas, matemas, que le permiten hacer de manera más efectiva con su *trou-ma*, con el agujero en el que se encuentra sin conocer causa final alguna. No se trata de saber matemáticas, aunque no es desaconsejable; se trata de entrar en la lógica de la lectura y de la escritura de una razón que está más cerca de la razón matemática que de la justificación narcisista. La primera, la razón matemática, como desplazamiento que siempre pone su trabajo alrededor de un borde, de una recta infinita que hace función de real e implica de suyo un resto y busca simbolizar lo imaginario y hace entrar lo nuevo, una nueva letra que permita escribir algo de eso que no cesa de no escribirse. La segunda, en cambio, la justificación narcisista, apunta a mantener la ilusión de la posesión del *fascinus*; es decir de la versión imaginaria del falo, con lo cual el yo queda fascinado en su propia imagen idealizada, fascinado con su i(a) [i-de-a] acerca de lo que imagina que debe ostentar como potencia. No obstante, el narcisismo no debe ser tomado como algo incorrecto, sino como algo necesario y por ello es fundamental que se reconozca su estatuto imaginario para que no devenga en el lugar de perpetuación de un malestar por el intento de desalojar lo real de su seno.

Si el caso clínico en psicoanálisis es una causa perdida, lo es solo por el hecho de que lo que el analizante construye es siempre en torno a una falta estructural, sobre la cual es posible que pueda leer y escribir cada vez mejor sus propios *matemas*; es decir, sus axiomas acerca de sus modos de gozar y desear. No se trata, pues, de saber qué hay en el origen como aspiración genésica, eugenésica o creacionista, sino de reconocer que algo falta como incorporal y que allí reside la posibilidad de hacer probable una manera de saber hacer con lo imposible de soportar.

Bibliografía

COROMINES, J. (2005). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos. Madrid.

FREUD, S. (1901). *Psicopatología de la vida cotidiana.* Obras Completas. Amorrortu Editores, vol. VI. Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1933). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Obras Completas. Amorrortu Editores, vol. XXII. Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1937). *Análisis terminable e interminable*. Obras Completas. Amorrortu Editores, vol. XXIII. Buenos Aires, 1979.

LACAN, J. (1964). "Los cuatro conceptos fundamentales". En: *El seminario*, libro 11. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1987.

LACAN, J. (1971). "De la incomprensión y otros temas". En: *Hablo a las paredes*. Editorial Paidos. Buenos Aires, 2012.

LACAN, J. (1973). *El psicoanálisis y su referencia a la relación sexual*. Conferencia dictada en el Museo de la Ciencia y la Técnica de Milán. Inédita.

LIVIO, M. (2011). *¿Es Dios un matemático*? Editorial Ariel. Barcelona.

QUIGNARD, P. (2000). *El sexo y el espanto*. Ediciones Literales. Buenos Aires.

VAPPEREAU, J. (1997). *Clínica de los procesos del nudo*. Editorial Kliné. Buenos Aires.

¿El psicoanálisis forma parte de la psicología?

Esteban Ruiz Moreno

El hecho de que las facultades de psicología de numerosas universidades contengan dentro de su pensum materias que conciernen al psicoanálisis es, supuestamente, conocido por todos. Incluso, la gran mayoría de las personas confunden un psicoanalista con un psicólogo, pues para la gente del común los dos son lo mismo. Tampoco es raro, pero ocurre con frecuencia en los ámbitos universitarios que los docentes que imparten las cátedras de psicoanálisis se intenten autorizar como psicoanalistas por el solo hecho de impartirlas; y se se autorizan por el solo hecho de leer un poco o mucho a Freud y a Lacan.

La cuestión es delimitar epistemológicamente –es decir, a partir de los cimientos de una disciplina del conocimiento o de la ciencia– la pertenencia del psicoanálisis al campo general de la psicología y de la misma forma responder al cómo y al porqué de tal pertenencia en caso de ser así.

Antecedentes: puntos de convergencia y puntos de separación

¿Qué podemos proponer para introducir al psicoanálisis al campo de la psicología? O por el contrario, ¿qué podemos argumentar para separar al psicoanálisis tajantemente de la psicología?

Sabemos que tanto la psicología como el psicoanálisis se ocupan de lo que podríamos denominar el alma, por lo menos a ello se remite el uso similar de

la raíz epistemológica *psi*. Los *psi* suelen ser quienes tratan el sufrimiento de las personas mediante la psicoterapia, (sufrimiento psíquico, se entiende); sin embargo, veremos que este punto no es tan diáfano como se pretende.

El objeto de estudio de la psicología comprende, de la forma más general posible, la conducta o el comportamiento, un objeto completamente diferente del que el psicoanálisis concibe. Lacan (1980b) dedicó un escrito a esta cuestión: *La ciencia y la verdad* y en 1965 en su seminario reflexiona sobre el objeto del psicoanálisis, que no es, como muchos piensan o como nos lo dijeron en la universidad, el inconsciente– aquí reside una falencia en cuanto a la enseñanza de la teoría psicoanalítica en ciertas universidades–. El objeto del psicoanálisis es el objeto *a*.

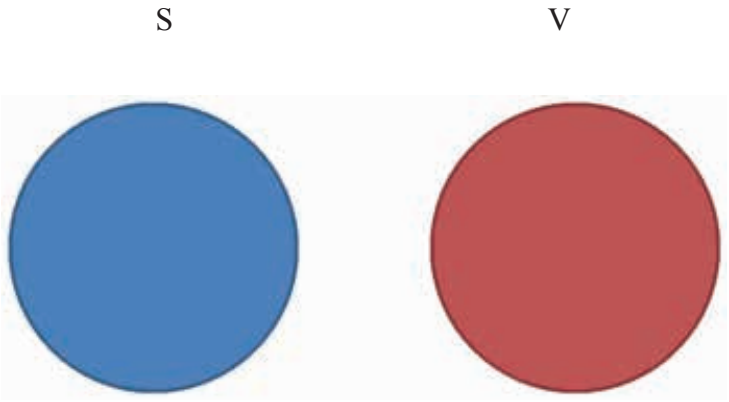
Sin embargo, la esfera de encuentro más importante y, paradójicamente, de separación radical entre la psicología y el psicoanálisis, es el momento destellante de la aparición en la historia del pensamiento de Descartes (1992) y el planteamiento que forjó en el *Discurso del método*: el famosísimo "pienso luego existo" (*cogito ergo sum*). Este foco tiene un especial interés puesto que presenta una doble implicación no siempre destacada por los estudiosos y eruditos de la epistemología.

En primera instancia, marca una posible articulación entre la psicología y el psicoanálisis por ubicarse en un momento fundamental para la constitución de la ciencia, determinada históricamente en la revolución científica de Newton y cimentada en los pilares que asentó Descartes con el *cogito ergo sum* (Hothersall, 2004). Del mismo modo, puede constituirse como una articulación con base en el planteamiento de Lacan (1980b) *La ciencia y la verdad*, que en el momento en que Descartes propone su "pienso, luego existo" o "pienso, luego soy" se funda el sujeto de la ciencia. Para Lacan, este momento es "[…] un correlato esencial de la ciencia" (p. 341) en cuanto a su constitución. Es llamativo, puesto que debería ser un puente que une estas dos disciplinas en caso de que las definamos como científicas en todo su rigor. Del lado de la psicología, es generalmente aceptado que sea una ciencia; del lado del psicoanálisis hay un intenso debate en torno a que se considere una ciencia. Aquí, el matiz se complejiza porque no hablamos solamente de psicoanálisis y psicología, sino también de ciencia.

En segunda instancia, el momento del "pienso, luego existo" se sitúa como paradoja en cuanto hace que estas dos disciplinas se separen radicalmente por dos motivos: por una parte, la cuestión de la ciencia en general y por la otra, el fundamento de la psicología como ciencia. En el primer aparte podemos mencionar que la proposición de Descartes hace nacer al sujeto de la ciencia, pero al momento de hacerlo oculta su verdad más profunda: el sujeto se encuentra

dividido en lo más profundo de su ser. De este modo, la ciencia y con ello la psicología, se separarían del psicoanálisis a partir de los cimientos que prepararon su nacimiento. Primera consecuencia.

Lacan (1980b) va mucho más allá al considerar que en este vértice preciso del nacimiento del sujeto de la ciencia, la verdad y el saber se separan irreductiblemente como dos campos divergentes. Estos dos campos: saber y verdad, podrían ser representados por dos círculos de Euler separados.



Ningún S (saber) es V (verdad).

Esta representación de conjuntos permite aprehender la disyunción entre "[…] la verdad como causa y del saber puesto en ejercicio" (Lacan, 1980b, p. 354). Esta sería la segunda consecuencia, una sutura del sujeto de la ciencia.

En segunda instancia, podemos tomar el "pienso, luego existo" como uno de los fundamentos de la psicología en forma general, en cuanto toma el yo y la consciencia como pilares fundamentales de su constitución y epistemología y posteriormente para el tratamiento de su objeto de estudio, si así se nos permite llamarlo. No es coincidencia que un reconocido historiador y epistemólogo de la psicología como Hardy (1999) exprese: "La psicología, tal y como la conocemos en la actualidad, comenzó con Descartes" (p. 126). Es decir, la psicología, incluso la actual, se asienta sobre la base del planteamiento cartesiano. En este sentido, el psicoanálisis y la psicología serían campos independientes el uno del otro, mientras que gran parte de la psicología se fundamenta en el paradigma yo-consciencia propuesto por Descartes hace más de 500 años, el sustento fundamental del psicoanálisis se sostendría en el descubrimiento freudiano: el inconsciente.

El descubrimiento del inconsciente[76] por Freud implica una ruptura epistemológica con respecto al paradigma del conocimiento de su tiempo, a saber, el positivismo, al punto de generar cambios radicales en diferentes campos del conocimiento: la filosofía, la psicología, la literatura, la comprensión del cine y diferentes manifestaciones del arte, entre muchísimos otros. Al fundamento de la psicología "pienso, luego existo" de Descartes, Lacan (1995) opone el "pienso donde no soy, yo soy donde no pienso" de la asociación libre que se produce en el dispositivo analítico para dar cuenta del inconsciente en cuanto saber que no es sabido por el sujeto, pero al cual se puede aspirar en el camino de la verdad.

Esta oposición entre psicoanálisis y psicología es irreductible y sería el punto de separación más radical que podría situarse –epistemológicamente hablando– en la concepción del psicoanálisis en relación con toda psicología, y que determinaría sus límites y vicisitudes en la universidad y del mismo modo, en los programas de psicología.

Lacan (1980a) define esta separación de la siguiente manera:

> *[…] especialmente en razón de las luces que aporta sobre la función del yo [je] en la experiencia que de él nos da el psicoanálisis. Experiencia de la que hay que decir que nos opone a toda filosofía derivada directamente del cogito (p. 45).*

Por su parte, Freud (1992) reconocía en 1918 las limitaciones y los desafíos que presentaba la enseñanza del psicoanálisis en la universidad, y fue contundente con una sentencia que perdura hasta nuestro tiempo: una universidad no forma psicoanalistas.

En este contexto sería necesario ubicar la dimensión clínica del psicoanálisis y la psicología. Sabemos por la historia que tanto Freud como Lacan hicieron de la clínica el corazón de su camino investigativo y el motor de su investigación del alma y del psiquismo. La importancia del dispositivo analítico –la cuestión que atañe al analista y a su analizante– es imprescindible, sin querer decir que el psicoanálisis se encuentre imposibilitado para dar cuenta de los fenómenos y los retos de nuestro tiempo.[77]

---

76. Repetimos aquí a Lacan en varios pasajes de su obra en su planteamiento de que el inconsciente en psicoanálisis es un descubrimiento de Freud, también su invento e incluso su delirio.
77. Sería necesario revisar, para esclarecer la muy difundida confusión de que el psicoanálisis solo se limita al ámbito del diván, el texto fundamental titulado *Acto de fundación* y su propuesta sobre psicoanálisis en intención y psicoanálisis en extensión.

Askofaré (2010) propone que la psicoterapia encuentra su efectividad terapéutica en la sugestión. Dicho de otro modo, los efectos de bienestar y la mejoría que sienten los pacientes que hacen uso de las terapias psicológicas, dependen exclusivamente del poder de sugestión del psicólogo sobre sus pacientes, algo formulado por Freud y constatado por Lacan. "El factor en cuestión no es otro que la sugestión que en ciertos casos produce efectos benéficos y en otros efectos inhibitorios" (Askofaré, 2010, citando a Freud, 1995, p. 28). Podemos concluir este aparte afirmando que concurren efectos terapéuticos que parten de la sugestión y se producen en una psicoterapia.

Por otra parte, un psicoanálisis busca no solo producir efectos terapéuticos sino ir más allá en el sentido de hacer advenir el saber en el lugar de la verdad, que se junte lo que el movimiento cartesiano del *cogito* había separado al fundar al sujeto de la ciencia. Dicho de otro modo, un análisis busca que el sujeto pueda reencontrarse con la verdad que lo causa, la verdad de su deseo, su verdad más profunda: estar dividido entre él y su inconsciente.

Aquí habría otro punto fuerte de desencuentro entre la psicología y el psicoanálisis. Incluso, cabría citar la posición extrema de Lacan (1993) con respecto a la psicoterapia:

> *El buen sentido representa la sugestión, la comedia, la risa. ¿Es decir que bastan, aparte ser poco compatibles? Es ahí que la psicoterapia, cualquiera que sea, no alcanza, no que no ejerza algún bien, sino que nos retrotrae a lo peor* (p. 82).

En este sentido, la psicología con su oferta diversa de psicoterapias no sería pertinente a un dispositivo psicoanalítico como tal en los programas de psicología. Tenemos las diferentes orientaciones derivadas del psicoanálisis, como la psicoterapia analítica, la psicoterapia de apoyo (Askofaré, 2010) o la terapia psicoanalíticamente orientada, entre otras. No obstante, esta es otra cuestión sobre la cual que hay que seguir reflexionando, puesto que son múltiples las razones para que el psicoanálisis siga brotando en la universidad y en los programas de psicología.

Qué queda

Luego de recorrer este árido panorama que pudiera parecer desalentador para que el psicoanálisis forme parte de la psicología (que debemos definir académica para esta intervención), es necesario señalar lo siguiente.

Si nos referimos al psicoanálisis en extensión, cabría pensar que el este como disciplina del conocimiento puede aportar al análisis y a la comprensión de diferentes fenómenos clínicos, sociales, etc. Puede también sostener un diálogo con las diferentes ciencias y disciplinas del conocimiento y debatir con ellas, entendido esto como las relaciones que el psicoanálisis puede y debe sostener con otras disciplinas, tal como Lacan (2012) lo planteaba para los efectos del psicoanálisis en extensión. Por ello, es necesario que el psicoanálisis siga abordando los fenómenos en interrelación con otras disciplinas, y uno de los lugares más propicios para ello es la universidad. Es importante resaltar la importancia del psicoanálisis en los diferentes ámbitos del pensamiento, lo cual no significa que esta materia por no pertenecer al campo de la psicología, pierda su lugar en la reflexión y el debate. Eso sería retroceder al reduccionismo y al oscurantismo.

No debo dejar de insistir en que debe haber un lugar en la universidad y en los programas de piscología para que el psicoanálisis se aloje y aporte a la intelección de los vastos fenómenos de lo humano y a los retos de nuestro tiempo, lo que Lacan llamó desde un principio la subjetividad de la época. Es importante destacar este lugar puesto que si bien el psicoanálisis no desaparecerá por lo menos en los tiempos del capitalismo en los que parece estar tan amenazado, puede ser eliminado del ámbito académico y universitario por los intereses de unos pocos: desde altos administrativos que puedan estar en contra del psicoanálisis y quieran borrarlo de la universidad (Freud había advertido sobre las consecuencias y la resistencia de un saber que no puede ser dominado por el ser humano y del cual no puede servirse para sus fines de control y opresión), hasta docentes que hacen de él un discurso del terrorismo (aterrorizan a los estudiantes para que sigan el enfoque). Lo ideal en este tipo de casos es que los docentes de psicoanálisis fueran analistas, lo cual, sin embargo, no garantiza que las cosas funcionen excelentemente, pero funcionan mejor que si no lo fueran.

El psicoanálisis debe conservar su lugar en la universidad, sin querer decir con ello que sustituya este lugar en cuanto que dispositivo analítico. Es decir, la universidad no forma psicoanalistas. Esto es determinante, puesto que la formación de un psicoanalista se da por fuera de la universidad y es en este sentido que radica la importancia del propio análisis. Quien desee autorizarse como psicoanalista, debe haber sido escuchado por otro; del mismo modo, el control de los casos que esté tratando con otros psicoanalistas reconocidos en la comunidad analítica y la importancia de los foros de psicoanálisis del campo lacaniano, así como de su escuela (la EPFCL) o cualquier institución psicoanalítica que tenga en sus objetivos la formación de analistas. Como lo dice Juan Guillermo Uribe (s. f): no hay analista sin escuela.

Quisiera destacar en última instancia, que la universidad debe seguir haciendo un esfuerzo por enseñar el psicoanálisis con calidad y entrega, e impulsar firmemente proyectos investigativos docentes y estudiantiles. El compromiso de la universidad –como su misma raíz lo dice, *universal*– es acoger los diferentes saberes de forma amplia y no segregativa, en el sentido de que los estudiantes, los docentes, los maestros y los eruditos puedan contar con un espacio de acceso a esta disciplina del conocimiento. La universidad debe proponer respuestas en este mundo globalizado y capitalista que busca generalizar y normativizar lo subjetivo al punto de eliminarlo, y reducir lo irreductible en cada sujeto. La universidad debe ser un bastión en el cual pueda enseñarse el psicoanálisis por muchos años más en contra del reduccionismo, la homogenización, la oscuridad y la barbarie.

Bibliografía

ASKOFARÉ, S. (2010) *Psicoanálisis vs Psicoterapia*. Colombia: Asociación Foro del Campo Lacaniano de Medellín.

DESCARTES, R. (1992). *Discurso del método*. Colombia: Planeta.

FREUD, S. (1995) *Sobre psicoterapia*. Obras Completas. Vol. VII. Argentina: Amorrortu.1995.

FREUD, S. (1992) *¿Debe el psicoanálisis enseñarse en la universidad?* Obras Completas. Vol. XVII. Argentina: Amorrortu.

HARDY, T. (1999) *Historia de la Psicología. Principales corrientes del pensamiento psicológico*. España: Prentice Hall.

HOTHERSALL, D. (2004) *Historia de la psicología*. México: McGraw-Hill.

LACAN, J. (2012) *Acto de fundación*. Otros escritos. Argentina: Paidós.

LACAN, J. (1995) *El Seminario de Jacques Lacan, Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Argentina: Paidós.

LACAN, J. (1993) *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*. Argentina: Anagrama.

LACAN, J. (1980a) *El estadio del espejo como formador de la función yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos I. México: Siglo XXI.

LACAN, J. (1980b) *La ciencia y la verdad*. En Escritos II. México: Siglo XXI.

ROUDINESCO, E. (2000) *¿Por qué el psicoanálisis?* España: Paidós.

URIBE, J. G. (sin fecha). *¿Desde qué lugar se escucha en el Cartel del Pase?*

Recuperado de http://estebanruizmoreno.blogspot.com/2013/03/desde-que-lugar-se-escucha-en-el-cartel.html el 13 de noviembre de 2013.

Sobre los autores

Editores académicos

Manuel Alejandro Moreno

Psicoanalista. Doctorando en Psicología y magíster en Sociología de la Universidad del Valle. Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura Cali. Profesor invitado en la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali. Coordinador académico de la Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica 2010-2015. Coordinador de la línea de investigación Intersecciones del Psicoanálisis, del Grupo de Investigación Estéticas Urbanas y Socialidades 2013-2015. Asociado a la Nueva Escuela Lacaniana sede Cali y miembro del Colectivo de Análisis Lacaniano (CANAL). Algunas publicaciones: *Otra oportunidad: el paso a la vida civil de jóvenes desvinculados de grupos armados ilegales en Colombia* (2014). *Psicoanálisis e intervención social* (2013). *La posición del sujeto en el paso a la vida civil* (2012). *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad* (2012) (coeditor). *La tanatopolítica y su violencia: efectos subjetivos* (2011) (compilador). Contacto: manalmoreno@gmail.com;moreno.manuel@correounivalle.edu.co; www.manuelalejandromoreno.wordpress.com

Johnny Javier Orejuela

Doctor en Psicología Social de la Universidad de Sao Paulo, Brasil. Psicólogo y Magíster en Sociología de la Universidad del Valle. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la USB, Cali. Estancia doctoral internacional en el Idocal, Universidad de Valencia, España. Investigador Senior (Colciencias) y colaborador del Grupo de Investigación "El método analítico y sus aplicaciones a las ciencias sociales y humanas". Profesor titular y Jefe de la carrera de Psicología de la Universidad Eafit, Medellín. Premio nacional "José Francisco Socarrás" a la docencia e investigación, conferido por el Ministerio de Educación de Colombia, 2016. Algunas de sus publicaciones: *Palabra plena: entrevistas con psicoanalistas en Cali* (2011); *Relaciones entre psicoanálisis y religión* (2011) (coautor); *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad*

(2012) (coeditor); *Fundamentos epistemológicos de las psicologías* (2011/2016) (coautor); *¿Es Lacan un estructuralista?* (2010), entre otras. Contacto: johnnyorejuela@hotmail.com; jorejue2@eafit.edu.co.

Tatiana Calderón

Psicologa y Magíster en Psicología de la Universidad del Valle. Docente de la Facultad de Psicogia de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Coordinadora de la especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Algunas publicaciones: *Investigación etnográfica en la Clínica.* (2012); *Aproximaciones sobre el cuerpo y la estética. Una Reflexión psicológica sobre la feminidad* (2013). Contacto: tcalderon@usbcali.edu.co

Invitados internacionales

Paula Hochman Vappereau

Psicoanalista. Miembro fundador de la Asociación psicoanalítica "Topología en extensión", de Buenos Aires. Investigadora tesista del proyecto de investigación Psicoanálisis y psicosis social de la Universidad de Buenos Aires. Profesora adjunta del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Conferencista enseñante en el área Fundamentos del Psicoanálisis en Après-Coup Psychoanalytic Association en New York. Algunas publicaciones: *El amor intelectual y el objeto a* (Memoria Jornadas de Investigación de la U.B.A. 2008); *El Padre, la metáfora necesaria* (Memoria de las XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, UBA. 7 de agosto de 2008. ISSN: 1667-6750). *La reversibilidad del fantasma* (Tee, 2010) *Narcisismo y segregación* (texto presentado el 8 de noviembre de 2013 en el Coloquio Internacional sobre las Figuras Actuales de la Segregación, organizado por Flacso); *La función fálica y la castración* (Tee, 2014); *El sujeto, una nocion ética* (libro de la Academia Peruana de Psicología, 2015), y *La escritura de la barra en psicoanálisis. Consecuencias clínicas.* (UBA, 2016)

Christian Ingo Lenz Dunker

Psicoanalista, psicólogo de la Universidad de São Paulo (1989). Magíster en Psicología Experimental (1991). Doctor en Psicología Experimental (1996), profesor libre docente en Psicología Clínica de la Universidad de São Paulo (2007). Posdoctorado en la Manchester Metropolitan University (2004). Actualmente es profesor del Instituto de Psicología de la Universidad de São Paulo (Departamento de Psicología Clínica). Analista Miembro de Escuela (AME) de la Escuela de Psicoanálisis del Fórum del Campo Lacaniano. Autor de *Lacan e a Clínica da Interpretação* (Hacker), *O Cálculo Neurótico do Gozo* (Escuta) e *Estrutura e Constituição da Clínica Psicanalítica* (Annablume, 2011),

Mal- Estar, sufrimiento y síntoma (Boitempo, 2015) y *¿Porque lacan?* (Zagodoni, 2016), entre otros.

Julio Ortega Bobadilla

Psicoanalista, psicólogo, filósofo. Miembro adherente no IPA de la Sociedad Freudiana de la Ciudad de México. Miembro activo del Círculo Psicoanalítico Mexicano. Autor de más de cincuenta artículos y diversos capítulos de libros en México y el mundo. Autor de *Foucault ante Freud* de Ediciones Paradiso, México (2014). Director de la Revista electrónica *Carta Psicoanalítica*: www.cartapsi.org Contacto: juliusob@grail.com

Gérard Pommier

Psicoanalista en París. Profesor en la Universidad de Estrasburgo y profesor adjunto de la Universidad de Bogotá. Miembro de la Asociation Espace Analytique, cofundandor de la Fondation Européenne pour la psychanalyse, y director de la revista *La Clinique Lacanienne*. Es autor de numerosas obras traducidas y publicadas en varios países.

Invitados nacionales

Carlos Alfonso Calle Madrid

Psicoanalista. Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle. Doctorando en Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia. Estudios de doctorado en Ceoría crítica de 17 Instituto de Estudios Críticos, México. Docente hora catedra del pregrado de psicología de la Universidad Eafit. Su último libro publicado se titula *El inconsciente y los sueños: correspondencia con el Hades griego* (2016). Contacto: carlos.callem@ucc.edu.co; ccalle7014@yahoo.com;

Ulises Orestes Cuéllar

Doctor en Fundamentos y Desarrollos Psicoanalíticos de la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en Talento Humano de la Penn State University–Universidad del Valle. Psicólogo de la Universidad del Valle. Jefe del departamento de desarrollo estudiantil de la Universidad Eafit. Analista practicante asociado a la NEL, Medellín. Coautor y editor académico de *¿Qué clínica de lo psíquico es posible en un contexto institucional educativo?* y *Abordaje institucional de las psicosis: una orientación por el síntoma.* Coordinador del seminario sobre la obra de Jacques Lacan en la Universidad Eafit. Contacto: ecuellarb@eafit.edu.co; ucuellarb@gmail.com

John James Gómez

Psicoanalista. Psicólogo. Magíster en Sociología de la Universidad del Valle y doctorando en Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Profesor de tiempo completo

del Centro de Estudios e Investigaciones en Salud (CEIS) de la Facultad de Salud de la Universidad Santiago del Cali. Miembro del Grupo de Investigación Subjetividad y Cultura de la misma Institución. Profesor y Miembro del Comité Académico de la Especialización en Clínica Psicoanalítica de la Universidad Abierta Interamericana en Buenos Aires, Argentina. Profesor Invitado de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Corresponsal para Colombia del portal argentino de psicoanálisis elSigma.com. Miembro del Colectivo de Análisis Lacaniano (Canal). Algunas publicaciones: *Tradición/Estado: El conflicto en la aplicación de programas de salud con la comunidad Nasa*; *Sujeto, amor y goce en el estilo de vida Swinger,* (libros, coautor). *La memoria del psicoanálisis*; *La tanatopolítica y su violencia*; (compilador). *Síntoma y reacción terapéutica negativa*; *Ética y principio de incertidumbre en el oficio de investigador*; *La mujer tradicional y la angustia masculina en el estilo de vida swinger*; *Discurso y Locura: Lacan-Foucault* (artículos); entre otras. Contacto: jomesgo@gmail.com Blog: http://leyendopsicoanalisis.blogspot.com.co

Jorge Eduardo Moncayo

Doctor en Educación de la Universidad de Brasilia. Psicólogo, Magíster en Sociología de la Universidad del Valle, docente de las facultades de psicología de la Universidades San Buenaventura Cali y Antonio Nariño. Algunas publicaciones: *El psicoanálisis, el amor y la guerra* (coautor); *Dramaturgia urbana en el espacio público de dos cruces viales en la ciudad de Cali* (coautor); *Swinger, entre el placer y el afecto: rupturas y continuidades*; *La dinámica placer/afecto en la constitución de feminidades en mujeres negras y mestizas blancas de diferentes sectores sociales en el suroccidente colombiano; Swinger, modernidad, reflexividad y otras formas de construir pareja en la ciudad de* Cali, entre otras.

Javier Navarro

Psicoanalista. Profesor titular de la Universidad del Valle (pensionado). Licenciado en Literatura e Idiomas. Magíster en Teoría Psicoanalítica (CIEP, México). Exdirector del Departamento de Literatura, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle. Ha publicado ensayos y poesía en las revistas *Poligramas* (Departamento de literatura), *Revista de la Universidad del Valle*, *El Cuento* (México), suplemento literario de *El Pueblo*, *Revista de La Unesco* y *Pensamiento y Psicoanálilsis*. Artículos en los siguientes libros colectivos: *De sobremesa de Silva* (Univalle); *Antología poética; Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad (I, II)*. Miembro fundador de Canal (Colectivo de analisis lacaniano). Contacto: janavar@gmail.com

John Alexánder Quintero

Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura Cali. Magíster en Psicoanálisis de la Universidad John F. Kennedy. Docente en la Especialización en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Director de la Maestría en Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali. Exmiembro

del equipo de la Agencia Colombiana para la Reintegración, de la Presidencia de la República de Colombia. Docente colaborador en la Corporación Viviendo, Centro de Formación RAISSS Colombia. Algunas publicaciones: *El hallazgo del sujeto en la clínica* (2013); *Es lo que ustedes no comprenden, lo que va a enseñarles algo* (entrevista con Jean Michel Vappereau, 2013); *Surgimiento del psicoanálisis en el pensamiento moderno* (2010); *El discurso en el campo médico* (2009); *Entonces para mí, Reich se equivocó* (entrevista con Jean Michel Vappereau, 2012). Contacto: jaqtorre@usbcali.edu.co; jquinterot@usbcali.edu.co

Mario Elkin Ramírez

Psicoanalista. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Nueva Escuela Lacaniana –sede de Medellín-. Doctor en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Psicoanálisis de la Universidad de París VIII. Filósofo de la Universidad de Antioquia y Sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana Medellín. Profesor titular en el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia. Coordinador de la línea de Clínica en el Doctorado de Psicoanálisis y en la Maestría en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia. Algunas publicaciones: *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010* (2015); *Credencial historia. 100 años Primera Guerra Mundial* (2015); *Despertar de la adolescencia. Freud y Lacan lectores de Wedekind* (2014); *Psicanálise e violência: Sociedade, juventude e literatura* (2013); *Versiones perversas de lo contemporáneo* (2013); *Una clínica posible del autismo infantil* (2012); *El cuerpo en psicoanálisis II* (2012); *Sujeto, saber y educación* (2012); *Clínica y teoría de las identificaciones* (2011). Contacto: marioelkin@gmail.com; www.marioelkin.com

Esteban Ruiz Moreno

Psicoanalista. Doctorando en Psicología, Universidad de Baja California (México). Magíster en Docencia Universitaria y Psicólogo, Universidad de Nariño. Profesor de tiempo completo, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Programa de Psicología, Universidad Mariana (Pasto); Miembro del grupo de investigación Desarrollo Humano y Social del Programa de Psicología, Universidad Mariana. Profesor investigador, Facultad de Postgrados, Maestría en Pedagogía, Universidad Mariana; Miembro del grupo de investigación INDAGAR de la Maestría en Pedagogía, Universidad Mariana. Algunas publicaciones: *El deseo y la saciedad capitalista* (2016). *Una lectura del caso Schreber* (2016). *Psioaálisis y cine, terapéutica y posibilidades de sublimación* (2016). *Aportes de la teoría de los discursos y del lazo social de Jacques Lacan al contexto universitario actual* (2014). *Psicoanálisis y cine: posibilidades de sublimación* (2014). *Algunas reflexiones sobre los registros del cuerpo en la histeria* (2014). *El lugar del síntoma en la clínica psicoanalítica* (2014). *La ética del analista y principios de su formación* (2013). Contacto: estebanruizmoreno@hotmail.com; jesruiz@umariana.edu.co

Egresados

Wílmar Hernán Reyes

Doctorando en Sociología de la Universidad del Valle. Magíster en Psicología y Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Psicólogo de la Universidad del Valle. Profesor catedrático de la facultad de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia. Asistente de docencia del programa de Sociología de la Universidad del Valle. Contacto: wilmarreyes215@yahoo.es; wilmar.reyes@campusucc.edu.co; wilmar.reyes@correounivalle.edu.co

Katerine Andrade Gordillo

Psicóloga de la Universidad el Bosque. Especialista en Psicología Clínica con orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Contacto: katerineagh@hotmail.com; katerineag@gmail.com

Ana Lucía Arango Arias

Psicóloga de la Universidad de Manizales. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Magíster en Filosofía de la Universidad de Caldas. Docente del programa de Psicología de la Universidad Católica de Pereira. Directora de la línea de investigación "Psicoanálisis, trauma y síntomas contemporáneos" del Grupo de Investigación Clínica y Salud Mental de la Universidad Católica de Pereira. Psicoanalista practicante de la Escuela Internacional de los Foros del Campo Lacaniano, Foro Pereira. Algunas publicaciones: *La designación de las teorías científicas desde la perspectiva ontosemántica (2011). Teoría de la identidad psicofísica en el proyecto de psicología para neurólogos de Freud (2011). Especificaciones sobre la explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes (ESCNNA), el turismo sexual y sus relaciones con el discurso capitalista (2012)*, entre otras. Contacto: ana.arango@ucp.edu.co

Camilo Ernesto Bustamante

Magíster en Psicología con énfasis investigativo de la Universidad de San Buenaventura Cali. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura Cali. Formación en psicoterapia con orientación gestáltica en el Centro Gestáltico de San Isidro, Buenos Aires. Coordinador de salud mental del Hospital Raúl Orejuela Bueno, de Palmira. Psicólogo en la comisaría de familia del corregimiento de Rozo. Publicaciones: *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad II* (2013); *La religión y su función en la cultura*. Contacto: camiloepsicologia@gmail.com; ceb_b@hotmail.com

Lucelly López Atuesta

Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Psicóloga de la Universidad Antonio Nariño Cali. Licenciada en Educación y Promoción de la Familia por la Universidad Santo Tomás. Psicóloga en Contexto Educativo, Caja de Compensación Familiar, Comfandi Cali. Docente en Primera Infancia y Básica Primaria (1980-2006). Contacto: lucelop276@gmail.com; lucelop276@hotmail.com

Luz Amparo Mantilla

Psicóloga. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Contacto: luzamanti@hotmail.com

Luisa Fernanda Mesa Tobón

Psicóloga de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali. Formación en Psicoanálisis en la Nueva Escuela Lacaniana, NEL, Cali. Se ha desempeñado en contextos educativos con niños y adolescentes de la ciudad. Contacto: luisa_mesa@hotmail.com

Patricia Montoya Jaramillo

Psicóloga de la Universidad del Valle. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Actualmente estudiante de la maestría en Psicoanálisis de la Universidad de Buenos Aires. Asociada a la Nueva Escuela Lacaniana, sede Cali, 2015. Psicóloga del Colegio Berchmans, 2007-2015. Psicóloga del Colegio Franciscano de Pío XII 2006-2007. Psicóloga del Colegio Santa María Claret 2002-2005. Psicóloga del Colegio Satélite Santa María Claret 2002-2003; Docente hora catedra de la Universidad del Valle, sedes Buga y Palmira 2001 y 2003. Contacto: patricia.montoyapsi@gmail.com

María del Pilar Murcia Zorrilla

Psicóloga de la Universidad del Valle. Magíster en Psicología y Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Docente del Programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali. Psicóloga clínica en fundaciones arquidiocesanas (2002-2011). Coordinadora del área de intervención social de las fundaciones educativas arquidiócesanas (2011). Psicóloga clínica de la Unidad de Servicios Psicológicos Bonaventurianos (2015). Algunas publicaciones: *Del malestar al sufrimiento: lo no dicho que se escucha a través del síntoma de un docente (2016)*; *De la psicoterapia a la teoterapia* (2016); *Las comunidades teoterapéuticas y psicoterapéuticas como tratamiento contra la adicción a SPA: una aproximación a su estado del arte* (2014). Correo: mpmurcia@usbcali.edu.co; pilar.murcia.z@hotmail.com.

Ricardo Alfonso Paredes Lora

Psicólogo de la Universidad Mariana de Pasto. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura de Cali. Contacto: rip_par89@hotmail.com; seele.ps@gmail.com

Angelique van Langeveld

Psicóloga. Maestranda en Psicoanálisis de la Universidad Kennedy, Buenos Aires. Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de San Buenaventura Cali. Licenciada en psicología de la Universidad Autónoma de Centro América, San José de Costa Rica. Psicóloga clínica en el centro de neurorrehabilitación Curaçao (*Revalidatie Center Curaçao*). Consultorio de psicología *About Life Psychological Practice*. Miembro de la comunidad de práctica de la fundación SEDA, que se dirige a la intervención social y comunitaria en los temas de igualdad de género y violencia de género. Actor de la sociedad civil contribuyente al informe paralelo (*shadow report*) *Lighted torches. NGO Shadow Report of Curaçao* (2015), para la evaluación de las doce áreas críticas del acuerdo de Beijing (1995) y los resultados en Curazao, dirigido al comité del Cedaw. Contacto: aboutlife.cur@gmail.com; angeliquevanlangeveld@gmail.com

Alexandra Valencia

Psicóloga de la Universidad de San Buenaventura Cali. Auxiliar de investigación del grupo de investigación Estéticas Urbanas y Socialidades, categoría A1 (Colciencias). Asistente de la dirección académica de la Maestría en Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali. Participó en el proyecto de investigación "Placer y sufrimiento en el trabajo de investigadores" (2014-2016) de la Universidad de San Buenaventura Cali. Ponente de los resultados de investigación *Psicodinámica del reconocimiento, placer y sufrimiento en el trabajo: el caso de investigadores de una universidad privada de la ciudad de Cali,* en la VII Convención Intercontinental de Psicología Hominis, La Habana, Cuba. 2016. Contacto: alexa_v_1234@hotmail.com

Carolina Villegas Vanegas

Especialista en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica de la Universidad San Buenaventura Cali. Psicóloga de la Universidad San Buenaventura Cali. Otras publicaciones: *El sujeto silenciado en las instituciones totales. Una perspectiva desde la psicología* (2011). Contacto: carovillegas6@gmail.com

Los paradigmas de formación, integración y calidad que debe encarnar la universidad, unidos a la aceleración de los procesos tecnológicos, demográficos, urbanos, ambientales, sociales, productivos y económicos, instalan la necesidad de interpretar la extensión en su sentido más amplio e involucrarla en los más diversos aspectos de vinculación con la sociedad y el medio no solo transfiriendo, sino también –y fundamentalmente– escuchando. No es suficiente abrir las puertas de la universidad; en la actualidad, es necesario salir y formar parte integrándose a la comunidad. Este libro, en sus tres ejes temáticos: psicoanálisis, malestar y cultura; apuestas clínicas, y psicoanálisis, ciencia e investigación, es testimonio de que la línea de investigación "Intersecciones del psicoanálisis" se preocupa y se ocupa de las problemáticas comunitarias y a partir de allí interroga sobre la articulación entre psicoanálisis, ciencia e investigación.

Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad es la producción de una línea de investigación, razón que lleva a felicitar a todos sus autores por el hecho de sostener la incomodidad de la implicancia que conlleva: poner en trabajo una pregunta bajo una condición: ¡quien pregunta no descansa! Si se responde a la ética del psicoanálisis, el investigador sostiene la incomodidad de soportarla.

UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

VIGILADA MINEDUCACIÓN

ISBN 978-958-8785-97-4

EDITORIAL
BONAVENTURIANA

editorialbonaventuriana @EditBonaventuri EditorialBonaventuriana editorial-bonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

VIGILADA MINEDUCACIÓN